Michael Seidman

La revolución imaginaria

París 1968

Estudiantes y trabajadores en el mayo francés

MICHAEL SEIDMAN

LA REVOLUCIÓN IMAGINARIA PARÍS 1968

Estudiantes y trabajadores en el Mayo Francés

Traducido del inglés por
Miguel Ángel Pérez Pérez

Alianza editorial

MICHAEL SEIDMAN

LA REVOLUCIÓN IMAGINARIA PARÍS 1968

ESTUDIANTES Y TRABAJADORES EN EL MAYO FRANCÉS

Alianza editorial

Índice

AGRADECIMIENTOS

ABREVIATURAS

PREFACIO A ESTA EDICIÓN. Mayo del 68 cincuenta años después*

INTRODUCCIÓN. Mayo del 68: ¿una ruptura?

SEXO, DROGAS Y REVOLUCIÓN

CONVIRTIENDO LOS DESEOS EN REALIDAD

OCUPACIONES INCENDIARIAS

LA RESPUESTA DE LOS TRABAJADORES

EL ESPECTÁCULO DEL ORDEN

CONCLUSIÓN. ¿Un Mayo del 68 modesto o mítico?

CRONOLOGÍA

GLOSARIO

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Los ojos enamorados no ven

PERCY SLEDGE

AGRADECIMIENTOS

Varias personas han contribuido a que pudiese llevar a término este proyecto al que he dedicado quince años. Mi profundo agradecimiento a Marcel van der Linden, Jean-Claude Dumas, Jean-Paul Vilaine, Steve Leiber, Arthur Arrivant, Marc Tomsin y Henri Simon. Mis compañeros en la UNC-W —James McNab, P.-J. Lapaire, Pascale Barthe, Kathleen Berkeley, Susan McCaffray y Bruce Kinzer— me fueron de enorme ayuda, como también lo fueron los archiveros parisinos Stéphanie Méchine, Édouard Vasseur y Patrice Havard. Sophie Williams y Andrew Dutka realizaron una magnífica tarea desinteresada en la Biblioteca Randall. Jaime Taber, el corrector, hizo gala de una profesionalidad impresionante. Los dos evaluadores mejoraron estas páginas inmensamente. Todos los errores y omisiones son lamentable e indudablemente solo míos.

ABREVIATURAS

AERUA	Asociación de estudiantes de la residencia universitaria de Antony
AFGEN	Asociación federal de grupos de estudios de Nanterre (el grupo de la UNEF de Nanterre)
ARCUN	Asociación de residentes de la ciudad universitaria de Nanterre
ARLP	Alianza republicana por la libertad y el progreso (grupo político de extrema derecha)
CAL	Comités de acción de los liceos
CFDT	Confederación francesa democrática del trabajo (una federación de sindicatos)
CFTC	Confederación francesa de trabajadores cristianos (una federación de sindicatos católicos)
CGC	Confederación general de directivos (sindicato de ejecutivos y directores)
CGPME	Confederación nacional de pequeñas y medianas empresas
CGT	Confederación general del trabajo (federación de sindicatos afines al PCF)
CLER	Comité de enlace de los estudiantes revolucionarios (una organización estudiantil trotskista)
CNPF	Consejo nacional de la patronal francesa
CNT	Confederación nacional del trabajo (sindicato anarquista)
CRAC	Comité revolucionario de agitación cultural
CROUS	Centro regional de actividades universitarias y escolares
CRS	Compañías republicanas de seguridad (policía nacional antidisturbios)
CVB	Comités vietnamitas de base (organización maoísta pro FLN)
CVN	Comité vietnamita nacional (organización trotskista pro FLN)
EDF-	Electricidad de Francia, Gas de Francia (compañía

GDF	nacionalizada de gas y electricidad)
ESU	Estudiantes socialistas unificados (organización estudiantil del PSU)
FEN	Federación de la educación nacional (sindicato de profesores)
FER	Federación de estudiantes revolucionarios (organización estudiantil trotskista)
FGDS	Federación de la izquierda demócrata y socialista (partido político de centro-izquierda)
FGEL	Federación de grupos de estudios de letras (grupo estudiantil de la UNEF)
FLN	Frente de liberación nacional (organización por la independencia de Argelia u organización por la independencia de los comunistas vietnamitas)
FNEF	Federación nacional de estudiantes de Francia (sindicato estudiantil de derechas)
FNSEA	Federación nacional de sindicatos de agricultores
FO	Fuerza obrera (sindicato moderado)
GIM	Agrupación de industrias metalúrgicas (asociación de los industriales metalúrgicos parisinos)
IFOP	Instituto francés de opinión pública
JCR	Jóvenes comunistas revolucionarios (trotskistas)
JOC	Juventud obrera cristiana (organización juvenil católica)
LEA	Unión de estudiantes anarquistas
MAU	Movimiento de acción universitaria (grupo estudiantil combativo)
MNEF	Mutualidad nacional de estudiantes de Francia
MOI	Mano de obra inmigrante (organización comunista de obreros inmigrantes)
OAS	Organización armada secreta (organización terrorista de extrema derecha)
ORTF	Oficina de radio y televisión francesa (monopolio estatal de radio y televisión)
PCF	Partido comunista francés
PDM	Progreso y democracia modernos (partido centrista)

PSU	Partido socialista unificado
PTT	Correos, telégrafos, teléfonos (monopolio estatal de comunicaciones)
RATP	Dirección autónoma de transportes parisinos
RTL	Radiotelevisión de Luxemburgo
SAC	Servicio de acción cívica (agentes gaullistas)
SDS	Estudiantes por una sociedad democrática (grupo estudiantil estadounidense)
SDS	Federación socialista alemana de estudiantes
SFIO	Sección francesa de la internacional obrera (partido socialista)
SGP	Sindicato general del personal de la Prefectura de Policía (el sindicato de la policía de París)
SNCF	Sociedad nacional de ferrocarriles
SNESup	Sindicato nacional de enseñanza superior (sindicato izquierdista de profesores universitarios)
SNI	Sindicato nacional de maestros
TSRF	Tendencia sindical revolucionaria federalista (grupo estudiantil anarquista)
UDCA	Unión para la defensa de comerciantes y artesanos (organización política poujadista de derechas)
UDR	Unión para la defensa de la república (partido gaullista)
UEC	Unión de estudiantes comunistas
UNR	Unión para la nueva república (partido gaullista)
UIMM	Unión de industrias metalúrgicas y mineras (asociación de empresarios de la industria pesada)
UJCml	Unión de jóvenes comunistas marxistas-leninistas
UNEF	Unión nacional de estudiantes de Francia (sindicato estudiantil de izquierdas)

Abreviaturas de las notas

ADHS	Archivos departamentales de Hauts-de-Seine, Nanterre
AN	Archivos nacionales, Fontainebleau y París
APP	Archivos de la Prefectura de Policía, París

BN	Biblioteca Nacional, París
GIM	Agrupación de industrias metalúrgicas, Neuilly
BDIC	Biblioteca de documentación internacional contemporánea, Nanterre

PREFACIO A ESTA EDICIÓN

MAYO DEL 68 CINCUENTA AÑOS DESPUÉS[1]*

Conforme se acerca el cincuenta aniversario de Mayo del 68, los comentaristas e historiadores de los hechos de ese año continúan viéndolos como una «revolución» y una «ruptura» (*brèche*)[2]. Tanto los analistas de izquierdas como los de derechas plantean constantemente unas interpretaciones que, poniendo el énfasis en la discontinuidad, afirman que los movimientos estudiantiles y obreros que fraguaron el Mayo Francés rompieron con el pasado. En lo que venía a ser una innovación, los estudiantes sintetizaron sus deseos de conseguir a la vez una liberación social y personal. Sin sus revueltas de la primavera de 1968, las huelgas de trabajadores tal vez hubieran seguido siendo tan aisladas y estando tan localizadas como antes de los paros nacionales de mayo y junio. Al desafiar al Estado y, al mismo tiempo, provocar su brutalidad, no por constreñida menos espectacular, los estudiantes desencadenaron la mayor oleada de huelgas de la historia de Francia[3].

En esas huelgas, en las que participaron siete millones de trabajadores, los principales sindicatos —la CGT (Confédération générale du travail) y la CFDT (Confédération française démocratique du travail)— continuaron exigiendo sus habituales reivindicaciones de mayores sueldos a cambio de menos horas de trabajo, lo que también incluía la jubilación a los 60 años o incluso a los 55. Junto con el énfasis en la ruptura, algunos historiadores han hecho suya la supuesta naturaleza revolucionaria de esas huelgas masivas de mayo y junio y han resucitado la fantasía *gauchiste* (o de ultraizquierda) de que los trabajadores fueron «traicionados por los sindicatos y los partidos políticos»[4]. Sin embargo, el control de sus empresas por parte de los trabajadores (o *autogestion*), que fue una de las principales reivindicaciones en Estados Unidos y Europa en los años sesenta, estuvo en buena medida ausente de las exigencias de los huelguistas[5]. En otras palabras, aunque la

autogestión tenía mucha aceptación entre quienes buscaban una alternativa al capitalismo directivo, no dejó de ser un eslogan verticalista[6]. Muchos trabajadores de base compartían una actitud ambivalente con respecto al trabajo remunerado, puesto que lo consideraban tanto una esclavitud como también una parte de su identidad social. Dicho de otro modo: los trabajadores producían y a la vez rechazaban su trabajo. Aunque los militantes sindicalistas los instaban a ocupar sus fábricas, relativamente pocos lo hicieron, ya que parte de su identidad de clase comprendía marcharse de allí nada más terminar su jornada laboral. Como dijera un obrero-intelectual, *occuper une usine est beaucoup plus ennuyeux que d'y travailler* («ocupar una fábrica es mucho más aburrido que trabajar en ella»)[7].

Los años sesenta democratizaron la expresión del rechazo al trabajo que en siglos previos había sido monopolio de la nobleza del Antiguo Régimen o de intelectuales bohemios. Durante tan excepcional década, el cuestionamiento público del trabajo se extendió de grupos de vanguardia como los surrealistas y los situacionistas a una masa mucho mayor de estudiantes y trabajadores. Los movimientos de los sesenta tal vez supusieran la primera vez en que las consignas antitrabajo atrajeron a gran número de seguidores, que incluían a militantes de extrema izquierda, hippies y parte de la clase obrera[8]. A finales de los sesenta los trabajadores italianos repetían: «Lo queremos todo». El rechazo al trabajo era radicalmente antisocial y subversivo, y reflejaba una crisis más amplia de legitimidad[9].

Los estudiantes crearon un movimiento inclusivo al que se unieron los *trimards*, *katangais*, *zonards* y *loulous*, a grandes rasgos el equivalente francés al lumpemproletariado y a los vagabundos[10]. Estos marginales no eran adversos a beber, colocarse y, por supuesto, vivir sin trabajar[11]. Los *trimards* eran la expresión radical y consistente del carácter bohemio y juerguista de la vida estudiantil, como reflejara el hedonismo emancipador de las residencias de estudiantes de las universidades francesas[12]. También cometieron actos iconoclastas y vandálicos. Los *gauchistes* politizaron la práctica del hurto menor por medio del *vol révolutionnaire* (robo revolucionario), que entre otras cosas contribuyó a arruinar a la librería de izquierdas más importante de París, «La Joie de Lire»[13]. Una gran variedad

de progresistas, entre ellos demócratas radicales cristianos, no fueron reacios a eliminar las barreras e integrar a los *trimards* en el movimiento. *Il ne pouvait pas y avoir de Mai 68 sans trimards ni anars amateurs de cocktails* («el movimiento de mayo del 68 no podría haber existido sin el lumpen y los anarquistas con cócteles [molotov]»)[14]. De hecho, los *trimards* provocaron —y a ojos de muchos contrarrevolucionarios justificaron— la intervención policial en numerosas universidades de toda Francia, con lo que se convirtieron en actores principales de un drama nacional.

Mientras que el principio del siglo XX vio la ampliación de una obsesiva ética del trabajo por parte de las nuevas élites comunistas y fascistas, sus últimas décadas experimentaron el auge de la ideología antitrabajo. El absentismo, las huelgas de celo, los retrasos, las enfermedades falsas, los frecuentes cambios de personal, los sabotajes y los robos continuaron durante *les anées 68*[15]. Las revueltas contra el trabajo integraron a diversos componentes de la clase obrera. Militantes y bases, mujeres y hombres, franceses y extranjeros: todos podían participar en la guerra de guerrillas contra la existencia de mano de obra asalariada. A la vez que rehuían su lugar de trabajo y su jornada laboral, los trabajadores empleaban el mismo vocabulario que usaran en el siglo XIX, y tildaban a sus enemigos —ya fuesen esquiroles o policías— de «vagos» (*fainéants*). Los «largos años sesenta» también se caracterizaron por un nuevo interés por la historiografía sindical, que por primera vez empezó a estudiar ese rechazo cotidiano al trabajo[16]. Poner el foco en la resistencia a trabajar ayuda a vincular el movimiento francés con otros de todo el mundo, por más que el gobierno gaullista fuese mucho más efectivo a la hora de reprimir ese rechazo al trabajo que el del Frente Popular de finales de los años treinta y su homólogo italiano durante el *maggio strisciante* de finales de los sesenta[17].

Las huelgas de los trabajadores franceses permitieron que la CGT y la CFDT consiguiesen mayores salarios y jornadas más reducidas, pero esos logros materiales que resultaron de tales paros habría que entenderlos dentro de un contexto más amplio. El supuesto año revolucionario de 1968 no fue excepcional, sino que meramente formó parte de la evolución de la disminución general de la semana laboral francesa, la cual comenzó en 1962 (cuando pasó a ser de alrededor de 46 horas) y siguió hasta finales de siglo

(reduciéndose a 35-36 horas aproximadamente)[18]. Los paros de mayo-junio mostraron la solidaridad entre jóvenes y viejos y entre estudiantes y trabajadores, con lo que se superó la «brecha generacional» que muchos analistas suponían característica de los años sesenta[19]. Además, el antifascismo heredado de la era de la Segunda Guerra Mundial continuó motivando a izquierdistas europeos, fueran jóvenes o mayores. Los radicales de izquierdas, que definían el fascismo en términos muy amplios, condenaron por igual tanto al presidente francés Charles de Gaulle como al presidente estadounidense Lyndon Johnson y al generalísimo Francisco Franco. Los hijos de los anarquistas españoles estuvieron especialmente activos en las principales capitales de provincia francesas: Lyon, Burdeos y, por supuesto, Toulouse, el centro del republicanismo y antifascismo español en Francia. Al igual que el antifascismo, el venerable antiimperialismo fue un elemento importante de la política de los sesenta. Las luchas por la independencia nacional posteriores a la Segunda Guerra Mundial ayudaron a desencadenar el *tiersmondisme* de los sesenta. Los antiimperialistas apoyaron la descolonización de Argelia y se opusieron violentamente a la guerra estadounidense de Vietnam.

Quizá aún más trascendental que estas posiciones políticas fuera la revolución cultural de esos años. Por encima del propio Mayo del 68, en los «largos años sesenta» hubo cambios drásticos que supusieron un reto tanto para la izquierda como para la derecha. Esta «década», que empezó a finales de los cincuenta y terminó a finales de los setenta, vio la emergencia de la igualdad de género, la ampliación de las libertades personales —que incluían la sexual—, el multiculturalismo, los nuevos valores estéticos y la crítica del trabajo[20]. En Francia y en otras naciones occidentales, entre ellas España, algunos aspectos fundamentales de esta revolución cultural se han aceptado en buena medida. Pocos cuestionan la igualdad de género cada vez mayor y la despenalización de la homosexualidad, si bien durante el propio Mayo Francés en la cosmovisión de las ideologías de izquierdas preponderantes, basadas en el marxismo, no tenían mucha cabida la militancia homosexual ni, en realidad, tampoco la feminista[21]. El multiculturalismo también ha pasado a formar parte de la corriente dominante, y se ha llegado a un consenso para prohibir las discriminaciones raciales y religiosas.

Por el contrario, otros elementos de la revolución cultural de los sesenta han provocado una fuerte reacción a nivel internacional. La huida de refugiados de Vietnam, el genocidio de Camboya y la migración desesperada a Occidente desde África y Oriente Próximo han desacreditado al *tiersmondisme*[22]. Aunque fuesen *tiersmondistes* y antirracistas, el énfasis de los movimientos de Mayo del 68 en la unidad del proletariado llevaba implícito un rechazo del multiculturalismo[23]. Los principales sindicatos franceses querían integrar a los inmigrantes en sus filas como trabajadores, no como españoles, portugueses, árabes o musulmanes. De hecho, estos últimos se resistieron a ponerse en huelga para favorecer a los estudiantes franceses o ni siquiera a los obreros[24]. Como ocurriese con el feminismo o los derechos de los homosexuales, el fracaso de la clase obrera para hacer la revolución impulsó el multiculturalismo, el cual recientemente ha sufrido intensos ataques. Sus críticos apuntan que un multiculturalismo descontrolado fomenta el desprecio por la propia nación y —lo que es bastante irónico, habida cuenta del carácter relativista del multiculturalismo— un desdén contraproducente hacia la civilización europea o norteamericana de uno mismo. Quienes se oponen al multiculturalismo también acusan a los *islamo-gauchistes* de sustituir con el mito del inmigrante progresista al obrero revolucionario imaginario. Lo que muchos observadores consideran el fracaso a la hora de integrar a cientos de miles de musulmanes en Francia y otros países occidentales ha hecho que aumente la preocupación por la inmigración. Algunos plantean el retorno de políticas más rigurosas y seguras de sí mismas de integración que funcionaron bien con generaciones previas de inmigrantes europeos en Francia, incluidos los cientos de miles de republicanos españoles. Estos planteamientos han provocado acusaciones de «racismo» e incluso de «fascismo», pero los defensores de una integración más meticulosa y de una identidad nacional más positiva responden que un «antirracismo» irreflexivo ha sustituido a un «antifascismo» agotado[25].

Los contrarrevolucionarios culturales han denostado enérgicamente el rechazo al trabajo y a la mano de obra asalariada. La enorme manifestación que tuvo lugar en los Campos Elíseos parisinos el 30 de mayo de 1968 en apoyo del presidente De Gaulle y su gobierno pidió el regreso inmediato al

trabajo en fábricas y aulas. En las marchas que casi simultáneamente hubo en ciudades de provincias, se secundó esa exigencia de que se regresara al orden y a la disciplina[26]. Los agricultores a los que contrariaba ese rechazo al trabajo de los asalariados se expresaron de manera similar[27]. Esta corriente restauracionista en favor del trabajo unió a toda la derecha y animó al gobierno a conceder la amnistía a los líderes del movimiento fallido y subversivo Algérie française. A finales de mayo del 68, la coalición de derechas se expandía con la misma rapidez que la de izquierdas a principios de mes. La amenaza de que se produjeran actos violentos entre revolucionarios y contrarrevolucionarios se elevó y a veces se hizo real, pero por lo general ambos bandos contuvieron sus tendencias más agresivas y destructivas[28].

A partir de mediados de los setenta, la escasez cada vez mayor de trabajo asalariado restringió la movilidad de plantillas y puso freno a la indisciplina laboral. El aumento del desempleo debilitó la popularidad de los teóricos y de los movimientos antitrabajo, a la vez que daba impulso a fuerzas contrarrevolucionarias que incluían a una extrema derecha xenófoba, por no decir racista. El eslogan hedonista de Mayo del 68 que se quejaba de una vida diaria de *métro, boulot, dodo* («metro, trabajar y dormir») era producto de una era de pleno empleo, y desapareció cuando hubo que empezar a reclamar más de las tres cosas[29]. La contraofensiva al rechazo al trabajo continuó hasta bien entrados los ochenta, cuando Ronald Reagan y Margaret Thatcher, neoliberales conservadores, sentaron las bases para lo que algunos afirman que es una política «intransigente» de subsidios por la que se obliga a los parados a trabajar a cambio de recibir ayudas[30].

En Francia, durante la campaña presidencial de 2007, Nicolas Sarkozy repitió ese ataque frontal desde arriba al legado de los años sesenta cuando culpó al «relativismo», que atribuía a Mayo del 68, de ser el responsable del supuesto declive moral, intelectual y económico de Francia. La solución de Sarkozy era ensalzar el trabajo y a los trabajadores y defender, al menos retóricamente, a quienes *se lèvent tôt* («madrugan para ir a trabajar»). Al igual que Sarkozy, otros han exagerado la importancia de Mayo del 68 como punto de partida (*événement fondateur*) para el desarrollo del individualismo, el hedonismo, el consumismo, el cosmopolitismo, el feminismo y la

liberación gay[31]. Los marxistas también han culpado a Mayo del 68 de ese individualismo y hedonismo, pero, a diferencia de los conservadores, achacan la existencia de tales valores «capitalistas» al fracaso de la revolución obrera colectivista del 68[32]. A los intelectuales franceses conservadores les preocupa que un individualismo descontrolado subvierta a la Francia tradicional, mientras que los de izquierdas acusan al egoísmo «capitalista» de negar la solidaridad necesaria para un futuro de progreso.

La crítica de Mayo del 68 al trabajo plantó la semilla del antiproductivismo que florecería a continuación. Los ataques a la sociedad de consumo se transformaron en críticas desde una posición ecologista a los estragos del progreso y la producción. El consumismo hedonista, que se dice deriva de los sesenta, ha continuado, pero viéndose puesto en tela de juicio por nuevas preocupaciones ecológicas. En los setenta, movimientos radicales de agricultores empezaron a plantear dudas acerca de la agricultura industrial y sus efectos en la tierra y en la salud humana[33]. La lucha de una década, de 1971 a 1981, para evitar que el ejército francés ocupara la meseta de Larzac obtuvo apoyo local y nacional, y finalmente consiguió preservar la meseta como zona de pastoreo para las ovejas con las que se produce el queso Roquefort tan típicamente francés. Las protestas rurales contra el Estado y contra determinadas innovaciones capitalistas, como los cultivos alterados genéticamente y la comida rápida (*la malbouffe*), estaban justificadas más por ser preocupaciones ecologistas que por formar parte de la lucha de clases. Incluso entre la extrema izquierda, como es el caso del Nouveau Parti Anticapitaliste, la idea negativa del «anticapitalismo» sustituye a menudo a la exaltación del socialismo o el comunismo.

En España, los años sesenta tuvieron mucho en común con los de su vecino francés. A partir de 1956 hubo movimientos estudiantiles —en última instancia dominados, como en buena parte de Europa Occidental, por diversas formas de marxismo— que protestaron contra el régimen y a menudo fueron apoyados por grupos progresistas de la Iglesia Católica. Al igual que durante la Quinta República del general De Gaulle, los últimos años del régimen franquista también vivieron unos cambios culturales y sociales enormes e intensos que sentaron las bases para unos «años sesenta» que, aunque con retraso y de forma aislada, de todos modos tuvieron profundo

calado[34]. Durante ese «segundo franquismo», que abarca aproximadamente de 1956 a 1975, el régimen promovió un crecimiento económico sin precedentes, ampliando los entornos urbanos y aumentando el ingreso de divisas. El resultado fue el rápido desarrollo de la secularización, del pluralismo cultural y de la cultura juvenil. El descenso del analfabetismo, el relajamiento de la censura y el aumento masivo del consumo impulsaron una revolución cultural española que promovió la libertad sexual y de género, el multiculturalismo (tanto regional como internacional) y una popularidad cada vez mayor de la música rock/pop nacional y extranjera. Durante los «largos años sesenta», que coincidieron con los de la larga transición, la vibrante creatividad del arte, la literatura y el cine españoles logró reconocimiento internacional[35]. La transición social y cultural tuvo lugar antes de la tan estudiada transición política.

Tras la muerte de Franco en 1975, la mayoría de españoles, militares incluidos, se convencieron de que una monarquía constitucional europea y occidental podría continuar con el crecimiento económico y la estabilidad social a la que estaban acostumbrados. Pese a una serie de huelgas y al aumento de la disidencia y de las tensiones autonómicas, la nueva democracia consiguió sobrevivir e incluso prosperar. La modernización siguió disolviendo las restricciones culturales tradicionales[36]. La tónica permisiva culminó en la «Movida madrileña», la cual, pese a ser descrita a menudo como «contracultural» o «alternativa», rápidamente fue asimilada por la cultura española e internacional dominantes. De hecho, con frecuencia los ayuntamientos financiaban, al menos en parte, revistas, conciertos, emisoras de radio y exposiciones[37]. El «Viejo Profesor», Enrique Tierno Galván, alcalde de Madrid entre 1979 y 1986, concedió de buen grado ayudas a las jóvenes musas de la capital. El contexto nocturno específico de la Movida reflejó una renovada atmósfera de los sesenta de drogas, alcohol, género fluido y creatividad individual en las artes visuales y la música. La noche no estimulaba ni el trabajo diurno ni la política convencional de izquierdas o derechas, al tiempo que promovía una experimentación juguetona, aunque a veces también letal, por parte de una juventud proveniente de distintas clases sociales[38]. La «Movida madrileña» fue implícitamente una crítica cultural urbana al «Movimiento nacional» más

rural.

A finales de los setenta y durante parte de los ochenta, y coincidiendo con la «Movida», se relajaron las restricciones contra los anticonceptivos, el divorcio y el aborto. Los postergados años sesenta españoles vieron cambios tan drásticos como los de cualquier país occidental, si bien no tuvieron lugar en ningún año concreto o ni siquiera en una sola década. Se logró en buena medida el sueño recurrente de «europeizar» España, aunque algunos de los europeístas más tradicionales y de orientación liberal clásica no quedaran del todo satisfechos con los resultados[39]. Al igual que Sarkozy, el expresidente del gobierno, José María Aznar, manifestó sus objeciones al utópico «espíritu sesentayochista» y a su eslogan de «seamos realistas, pidamos lo imposible»[40]. Aznar atribuyó la descomposición de la familia y el deterioro de la educación pública a las consecuencias de Mayo del 68. En lugar del sexo, las drogas y el rock and roll de la Movida, él y otros pidieron el retorno a los valores tradicionales de trabajo, sacrificio y «patria». No obstante, la contrarrevolución cultural nunca ha conseguido eliminar por completo las conquistas de los «largos años sesenta» en España, Europa Occidental y Norteamérica, donde la igualdad de género, la libertad sexual e incluso el multiculturalismo son aceptados mayoritariamente.

---

1 *Mi profundo agradecimiento al profesor Nigel Townson por su detenida lectura de este prefacio.

2. Julian Jackson, Anna-Louise Milne y James S. Williams (eds.), *May 68: Rethinking France's Last Revolution* (Basingstoke, 2011); Éric Zemmour, *Le suicide français* (París, 2014).

3. Dogkyu Shin, «La CGT Berliet à Vénissieux en mai 1968: la réactivation de la mémoire locale et les enjeux de la contestation autour des conflits de 1967-1968», en Xavier Vigna y Jean Vigreux (eds.), *Mai-juin 1968: Huit semaines qui ébranlèrent la France* (Dijon, 2010), pp. 38-39; Louis Gruel, *La Rébellion de 1968: Une relecture sociologique* (Rennes, 2004), p. 41.

4. Nathalie Rachlin, «Falling on Deaf Ears, Again: Hervé Le Roux's *Reprise* (1997)», en Jackson, *May 68*, p. 348.

5. Cfr. Gerd-Rainer Horn, *The Spirit of '68: Rebellion in Western Europe and North America, 1956-1976* (Oxford, 2007), p. 2; Richard Wolin, *The Wind from the East: French Intellectuals, the Cultural Revolution, and the Legacy of the 1960s* (Princeton, 2010), pp. 98, 139, 192 y 214; Xavier Vigna y Jean Vigreux, «Conclusion», en Vigna, *Mai-juin 1968*, p. 298; Rebecca Clifford, Juliane Fürst, Robert Gildea, James Mark, Piotr Oseka y Chris Reynolds, «Spaces», en Robert Gildea, James Mark y Anette

Warring (eds.), *Europe's 1968: Voices of Revolt* (Oxford, 2013), p. 167.

6. Frank Georgi, «Selbstverwaltung: Aufstieg und Niedergang einer politischen Utopie in Frankreich von den 1968er bis zu den 80er Jahren», en Bernd Gehrke y Gerd-Rainer Horn (eds.), *1968 und die Arbeiter: Studien zum «proletarischen Mai» in Europa* (Hamburgo, 2007), p. 260.

7. Daniel Mothé, «L'usine, l'amphi et l'association de quartier: fermeture de trois espaces militants en mai 1968», *Esprit*, núm. 344 (mayo 2008), p. 37.

8. Nanni Balestrini, *Queremos todo*, trad. Herman Mario Cueva (Buenos Aires, 1974); Jacques Guigou y Jacques Wajnsztejn, *Mai 1968 et le Mai rampant Italien* (París, 2008), p. 15; Serge Audier, *La pensée anti-68: Essai sur les origines d'une restauration intellectuelle* (París, 2009), p. 11.

9. Boris Gobille, *Mai 68* (París, 2008), p. 6. Estos temas se desarrollaron en la publicación *Révoltes Logiques* (1975-1981).

10. Claire Auzias, *Trimards: «Pègre» et mauvais garçons de Mai 68* (Lyon, 2017), p. 32.

11. Auzias, *Trimards*, pp. 67 y 154; Guigou, *Mai*, p. 25.

12. Gruel, *La Rébellion*, pp. 107 y 117.

13. Julien Hage, «Vie et mort d'une librairie militante: La Joie de Lire», en Philippe Artières y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *68: Une historie collective* (París, 2008), p. 536.

14. Auzias, *Trimards*, p. 164.

15. Xavier Vigna, *L'Insubordination ouvrière dans les années 68: Essai d'historie politique des usines* (Rennes, 2007); Isabelle Sommier, *La violence politique et son deuil: L'après 68 en France et en Italie* (Rennes, 1998), p. 13.

16. Antoine Prost, *La CGT à l'époque du front populaire: 1934-1939: Essai de description numérique* (París, 1964); Rolande Trempé, *Les mineurs de Carmaux, 1848-1914* (París, 1971); Yves Lequin, *Les ouvriers de la région lyonnaise (1814-1914)* (Lyon, 1977). Para el concepto de los largos años sesenta, véase Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-1974* (Nueva York, 1998).

17. Marcel van der Linden, *Transnational Labour History: Explorations* (Aldershot, RU, 2003) [ed. española: *Historia transnacional del trabajo*, UNED, 2004]. Cfr. Zancarini-Fournel, «L'épicentre», en Artières, *68*, p. 248; Xavier Vigna, «La CGT et les grèves ouvrières en mai-juin 1968: une opératrice paradoxale de stabillisation», en Vigna, *Mai-juin 1968*, p. 210.

18. Philippe Askenazy, Catherine Bloch-London y Muriel Roger, «La réduction du temps de travail: 1997-2003», en Patrick Frideson y Bénédicte Reynaud (eds.), *La France et le temps de travail (1814-2004)* (París, 2004), p. 186.

19. Shin, «La CGT Berliet», pp. 38-40. Para una nueva visión de la cultura juvenil, véase Jean-Pierre Le Goff, *La France d'hier: Récit d'un monde adolescent. Des années 1950 à Mai 68* (París, 2018).

20. Marwick, *The Sixties*, pp. 16-20.

21. 20. Michael Sibalis, «And What Then about “Our” Problem: Gay Liberation in the Occupied Sorbonne in May 1968», en Jackson, *May 68*, pp. 123 y 130.

22. Michelle Zancarini-Fournel, «Récit: Le champ des possibles», en Artières, *68*, p. 43.

23. Xavier Vigna y Jean Vigreux, «Introduction», en Vigna, *Mai-juin 1968*, p. 6; Daniel A. Gordon, *Immigrants and Intellectuals: May ‘68 and the Rise of Anti-Racism in France* (Pontypool, RU, 2012), p. 192.

24. Mothé, «L’usine», p. 36.

25. Audier, *La pensée anti-68*, p. 337.

26. Philippe Péchoux, «“Pas de Nanterre à Dijon” Construction de contradictions du mouvement étudiant dijonnais de mai-juin 1968: entre réforme, révolution et réaction», en Vigna, *Mai-juin 1968*, pp. 179-183; Lilian Mathieu, «Décalages et alignements des dynamiques contestataires: mai-juin 1968 à Lyon», en Vigna, *Mai-juin 1968*, p. 63.

27. Vincent Porhel, «Plozévet 68: la révolte au village?», en Vigna, *Mai-juin 1968*, p. 123.

28. Charles Diaz, *Mémories de Police dans la tourmente de Mai 68* (París, 2017), p. 96.

29. Mothé, «L’usine», *Esprit*, p. 43.

30. Para esta cuestión, véase Desmond King, *In the Name of Liberalism: Illiberal Social Policy in the USA and Britain* (Oxford, 1999).

31. Era uno de los argumentos principales del éxito de ventas de Zemmour, *Le suicide français*.

32. Roland Holst, Willi Baer y Karl-Heinz Dellwo (eds.), *Paris Mai 68: Die Phantasie an die Macht* (Hamburgo, 2011), p. 165.

33. Jean-Philippe Martin, *Des «mai 68» dans les campagnes françaises? Les contestations paysannes dans les années 1968* (París, 2017), pp. 30, 66-69, 133 y 193.

34. Véanse las contribuciones de Nigel Townson, Pablo Martín Aceña, Elena Martínez Ruiz, Tom Buchanan, Sasha Pack, Walter L. Bernecker y Elisa Chuliá en Nigel Townson (ed.), *Spain Transformed: The Late Franco Dictatorship, 1959-75* (Basingstoke, RU, 2007) [ed. española: *España en cambio: el segundo franquismo, 1959-1975*, Siglo XXI, 2009]. Véase también Walther L. Bernecker y Sören Brinkmann, *Kampf der Erinnerungen: Des Spanische Bürgerkrieg in Politik und Gesellschaft, 1936-2010* (Nettersheim, 2011), pp. 235-277 [ed. española: *Memorias divididas: Guerra Civil y franquismo en la sociedad y la política españolas (1936-2008)*, Abada, 2009].

35. Jeremy Treglown, *Franco’s Crypt: Spanish Culture and Memory since 1936* (Nueva York, 2013) [ed. española: *La cripta de Franco: viaje por la memoria y la cultura del franquismo*, Ariel, 2014].

36. Reiner Tosstorff, «Spanien: 1968 und die Arbeiter – eine andere Bewegung», en Gehrke, *1968*, pp. 291-295.

37. Maite Usoz de la Fuente, *Urban Space, Identity and Postmodernity in 1980s Spain: Rethinking the*

Movida (Cambridge, RU, 2015), p. 62; José Manuel Lechado, *La Movida y no sólo madrileña* (Madrid, 1991), pp. 3-5.

38. José Luis Gallero, *Sólo se vive una vez: esplendor y ruina de la movida madrileña* (Madrid, 1991), pp. 3-5.

39. Thomas Mermall, «Culture and the Essay in Modern Spain», en David T. Gies, *The Cambridge Companion Guide to Modern Spanish Culture* (Nueva York, 1999), p. 172.

40. José María Aznar, *Cartas a un joven español* (Barcelona, 2007), pp. 112-113.

INTRODUCCIÓN
MAYO DEL 68: ¿UNA RUPTURA?

En 1968 se extendió por todo el planeta una agitación revolucionaria mayor que en cualquier otro momento posterior al final de la Primera Guerra Mundial. De París a Pekín, los gobiernos se vieron obligados a enfrentarse a diversas formas de descontento. Las revueltas globales de 1968 parecían constituir una oleada revolucionaria de orden internacional comparable a las revoluciones atlánticas de finales del siglo XVIII o a las que se dieron en el continente europeo en 1848. Al igual que en 1789 y 1848, París volvió a ser uno de los centros de las sublevaciones. Aunque en esa ocasión no iniciara el movimiento (la precedieron levantamientos en Alemania, Italia y Estados Unidos), la capital francesa se convirtió en el escenario principal en que coincidieron el descontento de estudiantes y trabajadores. Los revolucionarios y reformistas radicales de todo el mundo creyeron que las protestas conjuntas de estudiantes y trabajadores que tuvieron lugar en Francia casi consiguen derrocar al gobierno y crear una nueva sociedad. Algunos sostuvieron que la de París había «superado» a las demás rebeliones[41]. Durante y después de estas, los rebeldes se mostraron optimistas: «Solo es el principio», gritaban.

Esta visión del Mayo Francés (término que a menudo se utiliza para referirse a los «acontecimientos» de mayo y junio de 1968) es la que sigue predominando. Lo sucedido todavía se ve como una ruptura con el pasado y como el comienzo no ya de una revolución proletaria (como muchos radicales pensaron entonces), sino más bien de una rebelión cultural que produjo una sociedad más emancipada. Casi todo el mundo está de acuerdo en que la crisis de la primavera de 1968 cambió Francia profundamente. Habida cuenta de esa importancia que se le atribuía, no es de extrañar que justo a continuación y en los años subsiguientes los sucesos de mayo fueran, en palabras de la policía, «explotados hasta la saciedad por editoriales» de

libros e incluso por editoras de música[42]. Esa explosión editorial confirmó la opinión de Georges Pompidou, entonces primer ministro, el cual comentó en plena crisis: «El único precedente histórico [de los hechos de mayo] es cuando en el siglo XV, mientras las estructuras de la Edad Media se desmoronaban, los estudiantes se sublevaron en la Sorbona. En estos momentos, no es el gobierno el que está siendo atacado, ni las instituciones ni siquiera Francia. Es nuestra propia civilización»[43].

El ministro de Cultura de Pompidou, André Malraux, se hizo eco de su jefe y calificó los hechos de «crisis histórica de la civilización [...] Estamos en el principio de un drama»[44]. Para Malraux, «la abdicación sin precedentes de la juventud mundial, de México a Japón», dio lugar a «una de las crisis más profundas que ha conocido nuestra civilización»[45]. Tanto el conde de París como el prefecto de policía de la capital, Maurice Grimaud, opinaron que el «significado profundo» del movimiento era «el rechazo de la juventud a una sociedad en descomposición»[46]. Hasta para los hostiles con el movimiento de mayo, los sucesos fueron tan dramáticos como sumamente significativos.

Los historiadores, los sociólogos y, por supuesto, los periodistas se han adherido a esta concepción. Inmediatamente después de los sucesos, dos reporteros publicaron una historia detallada de estos que consideraba que «la explosión de mayo» había cambiado Francia profundamente: «En apenas varias semanas todo, las viejas formas, hábitos, costumbres e ideas, se vino abajo [...] De aquí en adelante, la historia francesa posterior a la Segunda Guerra Mundial se dividirá en pre y post 1968»[47]. *Mai 1968*, de Adrien Dansette, que apareció tres años después de los hechos, era una historia política de la «crisis»[48]. El enfoque de Dansette era el de un historiador político tradicional que registraba competentemente los «grandes acontecimientos» de la historia francesa. Convencidos de la importancia primordial de tales hechos, los periodistas anglo-norteamericanos adoptaron un enfoque similar, pese a que simpatizaran más que Dansette con las acciones y miras de los actores radicales[49]. Sus crónicas equiparaban Mayo del 68 con una crisis política, social y cultural revolucionaria.

Las obras sobre el Mayo Francés de los principales sociólogos franceses

también se basaron en el supuesto de que fue una «crisis» de primer orden. Henri Lefebvre postuló a los estudiantes, especialmente a los de Ciencias Sociales de la Universidad de Nanterre, como actores principales que retaron a una sociedad burocrática y consumista y casi consiguieron hacer la revolución[50]. Según Lefebvre, los estudiantes politizaron las calles y se apropiaron de los espacios sociales durante la crisis. Al querer «reconquistar el espacio urbano», los manifestantes evocaron a la Comuna parisina de 1871. En su libro de gran difusión, Edgar Morin, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis vieron los hechos como una bienvenida «ruptura» (*une brèche*) con la sociedad conformista y consumista[51]. Para este trío de sociólogos/filósofos franceses, la rebelión fue el anticipo de un nuevo orden social.

El también sociólogo Alain Touraine vio el movimiento en términos similares. Mayo del 68 supuso una crisis del Antiguo Régimen, al cual, como la mayoría de sus colegas, tildó de rigurosamente represivo[52]: «La única respuesta que le quedó al *grandeur* del régimen fue el uso de la policía». El movimiento de mayo supuso un gran momento crucial: «Nuevas luchas de clase están surgiendo y organizándose en áreas que hace poco se consideraba que estaban fuera de la esfera de las actividades “productivas”: la de la vida urbana, la de la gestión de las necesidades y los recursos y la de la educación». Mayo del 68 fomentó el nacimiento de un «nuevo movimiento social» que sustituiría a la antigua lucha de clases entre burgueses y trabajadores. Según Touraine, los trabajadores, al igual que los campesinos de finales del siglo XIX, eran una clase en declive en las postrimerías del siglo XX. Los estudiantes y los trabajadores ya no luchaban contra la burguesía, sino que, en su lugar, «volvieron a inventar la lucha de clases» al enfrentarse a la tecnocracia de la Quinta República. Los jóvenes retaron a esta exigiendo una toma de decisiones y participación democráticas. Los estudiantes de las masificadas universidades se convirtieron en actores revolucionarios en tanto en cuanto formaban parte del aparato productivo de la sociedad industrial moderna. No se rebelaron tanto porque fueran socialistas o incluso comunistas sino más bien porque eran antitecnócratas. Mayo del 68 «marcó el nacimiento de un nuevo periodo de la historia social de las sociedades industriales». El movimiento fue una reacción positiva contra el

«racionalismo autoritario» y «una sociedad arcaica con una economía moderna». Los sucesos de mayo y junio fueron «tan extraordinarios e importantes» que Touraine predijo que darían pie a «nuevos conflictos que serán tan fundamentales y duraderos como lo fue el movimiento obrero en el periodo de la industrialización capitalista». Muchos historiadores anglonorteamericanos de los sesenta han continuado centrándose en los proyectos transformadores de lo político y lo social de esa década. James Miller identifica a la Nueva Izquierda Norteamericana de entonces con «la democracia participativa»[53]. Paul Ginsborg llama al periodo de 1968 a 1973 en Italia «la era de la acción colectiva»[54].

Pese a su hostilidad hacia el movimiento de mayo y su reputación de heterodoxo, Raymond Aron estuvo de acuerdo con buena parte del análisis de sus colegas sociólogos e historiadores. Al igual que estos, Aron vio la demanda de autogestión como un componente clave de la revuelta. Sin embargo, a diferencia de Touraine, Morin, Lefort, Lefebvre, Castoriadis y demás, a Aron le pareció un objetivo imposible e incluso ridículo[55]. Con buen criterio, afirmó que las universidades y lugares de trabajo de una sociedad industrial avanzada no podían gestionarse democráticamente. No obstante, en consonancia con el trío Morin-Lefort-Castoriadis, Aron creía que la liberación de las restricciones del lenguaje definió los hechos de lo que él calificó de *révolution introuvable*. En lugar de alabar esa emancipación de la palabra, como hicieron el trío de autores y otros observadores (por ejemplo Michel de Certeau), Aron fue muy crítico con ella[56]. Comparó a los estudiantes rebeldes con los miembros del «Club de l'Intelligence» de 1848, de cuyas manifestaciones utópicas y tonterías verbalizadas se burlaría Flaubert con humor en *La educación sentimental*. Así pues, los estudiantes se dedicaron a hacer lo que Aron llamó un «psicodrama» o una «revuelta simbólica», no una revolución real. Aun así, al final Aron compartía el punto de vista de sus colegas sociólogos de que Mayo del 68 fue una crisis de la civilización y una ruptura con el pasado: «[Los estudiantes revolucionarios] se merecen ser tomados en serio. No podrán construir un nuevo orden, pero han abierto una brecha con el antiguo»[57]. Aunque fuese ilógico e irracional, «los estudiantes burgueses [...] expresan el malestar de toda la civilización occidental». Demostraron «la fragilidad del orden moderno» y de «la Francia

liberal del siglo XX».

Los periódicos, revistas y ensayos tanto populares como eruditos no han dejado de ofrecer análisis, comentarios y reimpresiones con motivo del décimo, decimoquinto, vigésimo, vigésimo quinto y trigésimo aniversarios de Mayo del 68. En la conmemoración del primer decenio, los estudiosos franceses y los medios de comunicación insistieron en su idea de que Mayo del 68 supuso el principio de una nueva era. En 1978, Morin *et al.* se reafirmaron en su diagnóstico de una «crisis de la civilización»[58].Críticos con la burocracia y la tecnocracia, el trío celebró Mayo del 68 como una ruptura con un orden social estéril y un paso sustancial hacia la autogestión. Alain Delale y Gilles Ragache, en su *La France de 68* (1978), secundaron esta perspectiva volviendo a poner el énfasis en la llamada crisis revolucionaria, por más que abandonaron el enfoque centrado en París de la mayoría de estudios previos.

Asimismo, en 1978 Régis Debray anticipó la interpretación que predomina en la actualidad al escribir que lo sucedido fue «la cuna de una nueva sociedad burguesa»[59]. En otras palabras, la crisis fue revolucionaria, pero la revolución fue burguesa, no proletaria. Para Debray, Mayo del 68 aportó la cultura neocapitalista de nueva era que cambió «la mentalidad campesina» que prevalecía tenazmente en la Francia recién industrializada: «La estrategia de desarrollo capitalista necesitaba la revolución cultural de mayo». En 1978, el *tiersmondiste* (tercermundista, o partidario de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo) Debray definió Mayo del 68 como una estratagema de la modernidad occidental.

Mai 68: Histoire des Événements, del periodista Laurent Joffrin, apareció en el vigésimo aniversario y arguyó de modo similar que «en este país al que tanto le gustan las revoluciones, hubimos de tener un fracaso para que todo pudiera cambiar». El eminente sociólogo Pierre Bourdieu, de la misma opinión, planteó que lo sucedido fue «una ruptura visible» con el pasado[60]. Mayo del 68 fue el «momento crítico» «en que todo se hizo posible». Otros tres sociólogos argumentaron que el movimiento de mayo produjo «nuevos valores» y «una nueva forma de sociabilidad»[61]. Simultáneamente, el politólogo (y extrotskista) Henri Weber estuvo de acuerdo en que «sin el terremoto de Mayo del 68 y sus réplicas, Francia habría seguido siendo una

sociedad bloqueada»[62]. *Génération*, de Hamon y Rotman, el éxito escrito y audiovisual del vigésimo aniversario, planteó un Mayo del 68 polivalente que se convirtió en una concurrida autopista con multitud de salidas[63]. Para estos autores, Mayo del 68 condujo al feminismo, al borde del terrorismo y finalmente a una conciencia democrática tolerante, plural y emancipada. El historiador Antoine Prost manifestó sus dudas de que *Génération* hubiese aportado algo a la literatura sobre Mayo del 68, así como su escepticismo acerca de la representatividad del grupo de radicales en que se centraba esa obra en dos volúmenes[64]. *Génération* presentaba la historia de unos militantes relativamente conocidos, no de estudiantes u obreros anónimos. Se mantenía dentro de los límites de la historia política tradicional, lo cual fue una de las razones de su gran éxito comercial. *Nanterre 1965-66-67-68*, de Jean-Pierre Duteuil, también narraba los avatares de los militantes, pero su foco en las actividades culturales y la vida cotidiana de estos hace que este trabajo sea indispensable para entender a la extrema izquierda de esa facultad[65].

La desaparición durante la década de los ochenta de cualquier esperanza de revolución proletaria/social, junto con el resurgimiento del individualismo, estimularon las interpretaciones de los filósofos Luc Ferry, Alain Renaut y Gilles Lipovetsky[66]. Ferry y Renaut analizaron la «revolución» de 1968 como otra manifestación de lo que llamaron el individualismo revolucionario, que surgió por primera vez durante la Revolución Francesa para desarrollarse más adelante. El individualismo revolucionario contenía dos aspectos fundamentales. El primero era que los individuos se sublevaban contra la jerarquía en nombre de la igualdad; el segundo, que la libertad cuestionaba la tradición. La máxima expresión del individualismo revolucionario tuvo lugar en 1968 cuando, según Ferry y Renaut, grandes masas se rebelaron contra las jerarquías en nombre de la libertad y la igualdad[67]. Estos filósofos plantearon que la esencia de Mayo del 68 fue su carácter antijerárquico, y no sus formas políticas de índole utópica. Mayo del 68 cambió espectacularmente las tradiciones y costumbres de una sociedad estratificada y anticipó el auge del individualismo narcisista de los ochenta. Así pues, el Mayo Francés no fue una revolución fracasada, sino que heredó el individualismo revolucionario de 1789 y lo transformó en algo más egotista.

Gilles Lipovetsky ofreció una variante de esta interpretación[68]. Aunque él simpatizaba mucho más con el movimiento, irónicamente su análisis no solo confirmó las interpretaciones psicoanalíticas hostiles a los hechos, sino también las duras acusaciones de ciertos intelectuales comunistas de que los estudiantes fueron demasiado espontáneos, libertarios e indulgentes consigo mismos[69]. A diferencia de Ferry y Renaut, que consideraban el individualismo de Mayo del 68 «democrático» y «republicano», Lipovetsky lo calificó de subversivo e incluso anarquista. Para demostrarlo, destacaba el carácter radicalmente individualista de algunos grafitis de mayo del 68: «Prohibido prohibir», «Ni Dios ni amo», «Dios soy yo». El Mayo Francés expresó el deseo del individuo de liberarse de toda restricción colectiva, o lo que Lipovetsky denominó «individualismo utópico». Los radicales cuestionaron la jerarquía universitaria, el Estado represor y la política tradicional. Su espíritu utópico poco tenía que ver con las visiones fourieristas o owenitas, es decir, con «las grandes filosofías utópicas, deductivas e hiperlógicas, que describían con todo detalle la administración y regulaciones de la Ciudad Ideal». En su lugar, Mayo del 68 se basaba más en el humor espontáneo y aún más en el placer. La revuelta meramente reafirmó el hedonismo de la sociedad consumista de la década de los sesenta[70].

De varias formas importantes, el punto de vista de Lipovetsky recordaba a la interpretación psicoanalítica adversa a los hechos de André Stéphane, que vio el Mayo Francés como una expresión de los problemas personales de una generación narcisista[71]. El «psicodrama» de Aron también se aproximaba a una interpretación psicoanalítica de los sucesos. Era inevitable que en parte de la literatura sobre el tema surgieran expresiones de tensiones edípicas[72]. Según Luisa Passerini, los *soixante-huitards* (sesentayochistas, quienes participaron en las protestas estudiantiles y juveniles de 1968) de Europa y Norteamérica «eligieron ser huérfanos»[73]. Sin embargo, el enfoque psicoanalítico termina siendo insatisfactorio, puesto que su marco ahistórico es incapaz de explicar el tiempo y contenido de los movimientos de protesta.

Como es normal, las interpretaciones individualistas han provocado fuertes objeciones, en particular del sociólogo y psicoanalista Cornelius Castoriadis: «Las interpretaciones de Mayo del 68 como una preparación (o aceleración) del individualismo contemporáneo constituyen uno de los

ejemplos más extremos que conozco —habida cuenta de la incuestionable buena fe de los autores— de rescribir en contra de toda credibilidad la historia que la mayoría de nosotros vivimos, y de cambiar el significado de los hechos pese a lo frescos que los tenemos en la memoria»[74]. Según Castoriadis, Mayo del 68 no fue una cuestión de individualismo, sino de su opuesto, «la resocialización». La gente «buscaba la verdad, la justicia, la libertad y la colectividad». Los miembros de ciertos grupúsculos (los maoístas, por ejemplo) no admiraban a China porque fuera «una sociedad nazi o ni siquiera leninista, sino porque aspiraban a que una verdadera revolución estuviese teniendo lugar, a que las masas eliminasen la burocracia, a que se pusiera en su sitio a los "expertos", etc. El que esa concepción pudiese llegar a producir delirios casi criminales es *otro* debate». Para Castoriadis, la esencia del Mayo Francés fue ese poderoso desafío a las élites burocráticas y tecnocráticas.

El politólogo Bernard Lacroix se hizo eco de Castoriadis con otra incisiva crítica contra los individualistas. Lacroix afirmó que, en realidad, Ferry, Renaut y Lipovetsky no estaban interesados en lo que ocurrió en 1968. Los acusó con toda precisión de dejar de lado la historia política y social para favorecer lo que dijeron los intelectuales sobre los hechos: «No quieren redescubrir lo que la gente pensaba o quería lograr. Hacen caso omiso totalmente del significado que los participantes dieron a sus propios actos»[75]. «En todo esto está presente la supuesta superioridad del filósofo y la reafirmación de sus métodos en comparación con cualquier tipo de investigación empírica». Lacroix concluía que los métodos de la historia puramente intelectual no eran los adecuados para comprender el Mayo Francés. Los hechos solo podrían llegar a entenderse reconociendo los presuntos actos e intenciones revolucionarios de los implicados.

Castoriadis y Lacroix pusieron de manifiesto la naturaleza reduccionista de las interpretaciones de Lipovetsky, Ferry y Renaut, los cuales pasaron por alto buena parte de lo que en verdad ocurrió en 1968. La escuela individualista ha olvidado hasta qué punto la fe en la clase trabajadora limitaba el individualismo por entonces. Para los radicales de esa época, la liberación personal iba unida a hacer justicia a los trabajadores. La emancipación individual no se podía separar de la colectividad de clase.

Además, Renaut y los otros trabajaban dentro de la tradición un tanto desfasada del idealismo, y prácticamente solo les interesaba el pensamiento. No analizaron el papel de la política, la división de clases y el Estado. El historiador Jean-Pierre Rioux ha comentado con mucha perspicacia que el Mayo del 68 que presentan es como un momento de frescura y hedonismo en el que no hay objetivos políticos ni huelgas de trabajadores[76].

Aun así, y pese a todos sus muchos fallos aparentes, las interpretaciones individualistas exploraron una cuestión fundamental. Aunque Castoriadis y Lacroix tuviesen razón al criticar las omisiones y la metodología simplista de esa escuela, los individualistas recalcaron incisivamente que Mayo del 68 no fue tan solo —como querría Castoriadis— un proyecto político colectivo orientado hacia una sociedad autogestionada. Lipovetsky enfatizó de manera muy apropiada el carácter verdaderamente radical del individualismo de 1968. Cuesta imaginar que cualquier sociedad hubiese podido satisfacer las reivindicaciones de los estudiantes radicales, como por ejemplo los *enragés* o incluso el Movimiento 22 de marzo. Los anhelos antilaborales, antijerárquicos y en general antirrepresivos terminarían por socavar cualquier orden social. La perspectiva *autogestionnaire* de Castoriadis, en la que el Mayo Francés representaba la esperanza de que el individuo autónomo concordara con una sociedad autogestionada, es hasta cierto punto ingenua y una mera ilusión. El individualismo radical y hedonista de los 60 era incompatible con la autogestión estudiantil o el control del trabajo por parte de los trabajadores. La represión del individualismo subversivo demostró ser necesaria para conseguir que los estudiantes y trabajadores representasen sus papeles sociales, por mucho que a su modo con frecuencia panglossiano Lipovetsky haga caso omiso de esa represión y hable del declive de la «fuerza bruta» y el auge automático de la «participación»[77].

Tanto la interpretación individualista como la antiindividualista han continuado viendo Mayo del 68 como una profunda brecha en la sociedad francesa. Ambas han considerado los hechos como un intenso reto a un antiguo régimen de conservadurismo cultural y social. Ferry, Renaut y Lipovetsky dieron por sentado que la sociedad gaullista era culturalmente represiva. Para progresistas como Castoriadis y otros sociólogos —Touraine, Morin, Lefort, Lefebvre e incluso el conservador Aron—, los estudiantes y

trabajadores intentaron vencer a la Quinta República burocrática, tecnocrática y capitalista. Mayo del 68 fue importante en tanto en cuanto dio a los manifestantes la oportunidad de empezar a emanciparse de un régimen gaullista tradicional y restrictivo.

El trigésimo aniversario dio pie a otra oleada frenética de publicaciones. En 1998 se reeditaron *L'Irruption*, de Lefebvre, *Mouvement*, de Touraine, *Génération*, de Hamon y Rotman, y *Mai 68*, de Joffrin, junto con varios relatos baratos del Mayo Francés[78]. Los anarquistas, trotskistas y otros grupúsculos de izquierdas reprodujeron fuentes primarias para demostrar que Mayo del 68 fue su momento de gloria en la Francia posterior a la Segunda Guerra Mundial[79]. También aparecieron estudios especializados sobre los judíos, Daniel Cohn-Bendit, los católicos, Charles de Gaulle y los trabajadores[80]. Periódicos y revistas de primer orden como *Le Monde*, *Paris Match* y *Le Nouvel Observateur* publicaron suplementos especiales o dedicaron muchas páginas a contar y analizar los sucesos de mayo y junio. Al mismo tiempo, el trigésimo aniversario también dio lugar a la publicación de uno de los libros más extensos y serios sobre Mayo del 68: *Mai 68, l'héritage impossible*, de Jean-Pierre Le Goff. Este sociólogo ahondó en la tesis de *Génération* de un Mayo Francés polivalente. Y ciertamente las tendencias divergentes del levantamiento constituyeron «una herencia imposible». Mayo del 68 produjo dos corrientes tan poderosas como contradictorias entre sí: en primer lugar, los libertarios/contraculturales (lo que los norteamericanos de los sesenta llamaron frikis o hippies), y, en segundo, los leninistas/neomarxistas (o, en jerga estadounidense, los radicales). La primera tendencia exigía libertad personal y sexual, y el libertarismo se convirtió en el tema común de cierto número de grafitis famosos que se han reproducido infinidad de veces: «Vive sin parar», «Disfruta sin trabas», «Haz de tus deseos tu realidad», «El aburrimiento es contrarrevolucionario», «Me corrí en los adoquines», «Cuanto más hago la revolución, más quiero hacer el amor». En comparación, los estudiosos y los medios han prestado menor atención a la segunda corriente del Mayo Francés. En Francia e Italia, los grupúsculos que provocaron las protestas de 1968 —ya fueran anarquistas, trotskistas, prosituacionistas o maoístas— eran mayoritariamente «obreristas», pues creían que eran los obreros quienes debían hacer y harían la revolución. La

ideología que defendía el control por parte de la clase obrera intentó sintetizar el obrerismo y el libertarismo.

Pese al empeño de anarquistas, trotskistas y otros grupúsculos que aún sobrevivían por entonces de reavivar la perspectiva obrerista, en los noventa esta ya había sido eclipsada por la argumentación a favor del individualismo. Aunque algunos reconocieran que Mayo del 68 no consiguió cambiar la sociedad en lo político, existió el consenso generalizado de que sí lo consiguió en lo cultural. En lugar de una revolución proletaria o un frente popular, lo que desataron los hechos fue un torrente de hedonismo, libertarismo e individualismo. Las convenciones sexuales se relajaron, las relaciones sociales se volvieron menos autoritarias y la sociedad se hizo más tolerante[81]. Según el número especial de *Le Nouvel Observateur* con motivo del trigésimo aniversario, el Mayo Francés fue «una falsa revolución que lo cambió todo». La revista dedicó varias páginas a una entrevista con Lipovetsky, el cual, al igual que Debray 20 años antes, afirmaba que Mayo del 68 supuso una revolución cultural de considerable trascendencia: «Liberó a la sociedad de una serie de convencionalismos que ya no estaban en sintonía con el neocapitalismo y, sin embargo, persistían. La violencia revolucionaria eliminó costumbres que habían quedado desfasadas en la sociedad de consumo. Ayudó a fomentar el liberalismo cultural»[82]. El debate entre el anterior primer ministro Michel Rocard y el que fuese líder estudiantil, Daniel Cohn-Bendit, en el número especial de *Paris Match* con motivo del trigésimo aniversario abundaba en lo mismo[83]. Cohn-Bendit: «El movimiento quería cambiar la forma de vida más que cambiar el gobierno». Rocard estuvo de acuerdo en que «las protestas estudiantiles cuestionaron el autoritarismo y un exceso de jerarquía». Cohn-Bendit: «Usted, que se casó dos veces, nunca habría llegado a ser primer ministro de no ocurrir Mayo del 68. Mayo del 68 acabó con la hipocresía moral».

Cuando los medios dan tanto bombo al legado del Mayo Francés, el escepticismo está asegurado. La relación entre los sucesos de la primavera de 1968 y los cambios sociales y culturales que supuestamente se pusieron de manifiesto unos años después sigue sin estar del todo clara. Otras sociedades como la británica y la alemana experimentaron transformaciones similares y ciertas tendencias hacia la permisividad sin pasar por la coyuntura de los

potentes movimientos obreros y estudiantiles que vivió Francia en 1968[84]. Los regímenes anteriores a 1968 no eran tan represivos y monolíticos como los analistas del Mayo Francés los han pintado[85]. De hecho, hubo una continuidad sociocultural en los periodos previos y posteriores a Mayo del 68 tanto en Europa como en Estados Unidos. Asimismo, hubo una continuidad en las demandas y deseos de la clase obrera[86]. Los trabajadores franceses siguieron presionando para conseguir mejores salarios y una jornada laboral más reducida, tal y como habían hecho a lo largo del siglo XIX y principios del XX.

La confluencia de estudiantes y trabajadores que tuvo lugar en el Mayo Francés fue excepcional. Ciertamente en ninguna nación occidental de primer orden se cruzaron los movimientos estudiantiles y obreros como en la Francia de 1968. Italia es el país que estuvo más cerca de repetir el precedente francés, pero mientras que la centralización gala favoreció la simultaneidad de las protestas de estudiantes y trabajadores, la península italiana, más descentralizada, vivió una respuesta obrera más retardada y regionalizada a la agitación estudiantil[87]. El culmen del movimiento obrero italiano —el «otoño caliente de 1969»— llegó más de un año después del clímax francés. Los italianos denominan esos hechos el *maggio strisciante*, el mayo interminable, el cual, aunque invoque de manera significativa el modelo del Mayo Francés, también incluye 1969 e incluso fechas posteriores[88].

No obstante, al final Francia se convirtió en la excepción que confirmaba la regla. Los estudiantes y trabajadores franceses repitieron las experiencias norteamericanas y alemanas de los años sesenta. Las trayectorias de unos y otros apenas confluyeron brevemente. Como en otros países, los radicales defendían ideales revolucionarios; los trabajadores, beneficios prácticos. Los jóvenes radicales franceses fueron más allá de las exigencias cuantitativas de los movimientos sindicales y desafiaron a la jerarquía social y el concepto de propiedad. Cuestionaron las restricciones sexuales, educativas y políticas. El movimiento estudiantil quería sintetizar la liberación personal con la justicia social. Ese encuentro dio al movimiento su fuerza y es una de las razones principales de que la década de los sesenta continúe fascinando. La separación entre lo personal y lo político provocó una crisis de la izquierda, sobre todo del marxismo. Los trabajos de Lefebvre, Herbert Marcuse y

destacados situacionistas como Guy Debord y Raoul Vaneigem respondieron a esta crisis ofreciendo seductoras perspectivas de reconciliación de lo personal y lo político.

Los jóvenes revolucionarios franceses de diversas sectas creían fervientemente en la revolución obrera[89]. Paradójicamente, los estudiantes antijerárquicos aceptaron la autoridad de la «clase trabajadora». Los participantes de Mayo del 68 a menudo defendían un izquierdismo tan radical como convencional, que era en parte producto de la oposición a la guerra de Argelia y el consiguiente *tiersmondisme* (tercermundismo)[90]. El fiasco estadounidense en Vietnam siguió al fracaso francés en Argelia y resucitó un antiimperialismo moral y político que impulsó las protestas. Los antiimperialistas condenaron la guerra de Vietnam por inmoral, mientras que los *tiersmondistes* veían los gobiernos socialistas de países en desarrollo —Argelia, Cuba y China— como modelos de futuro. Eran proyecciones del pensamiento romántico de los estudiantes que reflejaban su concienzuda búsqueda de una teoría y un agente revolucionarios. Sin embargo, y a diferencia de la situación durante la guerra de Argelia, el antiimperialismo nunca llegó a convertirse en la razón de ser del movimiento. En lugar de eso, sirvió para juntar a diversos grupúsculos. En los años sesenta, el antiimperialismo se unió con el antifascismo, que también estaba muy arraigado en la izquierda del siglo XX. Los grupúsculos de la derecha racista, xenófoba y antisemita se enfrentaron a los estudiantes izquierdistas en las instituciones educativas y en las calles de la capital. Los legados antifascista y antiimperialista se fundieron momentáneamente con el odio a la existencia de la mano de obra asalariada y un hedonismo politizado para crear el movimiento estudiantil más fuerte de la historia francesa. El izquierdismo tradicional y un libertinaje democratizado motivaron a gran cantidad de jóvenes.

Alexis de Tocqueville adujo que, con anterioridad a 1789, las ideas de la Ilustración no solo penetraron en la burguesía, sino también en las clases cultivadas. Tocqueville también hizo hincapié en las continuidades entre la política radical y la convencional antes de la revolución y durante esta. El historiador sociocultural Arthur Marwick ha adoptado una posición similar con respecto a Mayo del 68, quitando énfasis a la ruptura del movimiento con

los periodos previos y posteriores[91]. Le resta importancia al conflicto entre generaciones y entre política radical y convencional. Los estudiosos franceses han empezado a aproximarse a este enfoque, utilizando la era que denominan «los años del 68» como una manera conveniente de referirse a los años de protestas que precedieron y siguieron a 1968[92]. Se trata sin duda de un avance conceptual que permite que los historiadores traten de cambios culturales a más largo plazo, pero que también demuestra que los estudiosos franceses se siguen aferrando a un supuesto *annus mirabilis*, o a lo que los historiadores alemanes han apodado en tono crítico «una fecha mágica»[93]. El título de la recopilación de Geneviève Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68* (Los años del 68), vuelve una vez más a destacar 1968 por ser un año que supuestamente liberó «ideas, palabras y cuerpos»[94]. Se dice de ese periodo de mayo-junio que «inauguró una agitación incesante, multiforme y a veces radical».

Asimismo, los estudiosos norteamericanos de la historia de Francia han recalcado recientemente la importancia política de los hechos de Mayo del 68 y su legado combativo. Según Kristin Ross, el Mayo Francés hizo añicos la «identidad social» convencional tanto de estudiantes como de trabajadores, y de ese modo permitió que «se hiciera política»[95]. Ese mes fue «un momento fundamental, aunque no fundase nada». Mayo del 68 se constituyó en un punto de partida político e intelectual: «Un nuevo método histórico disidente [la historiografía sindical] pudo continuar con el deseo de Mayo del 68 de dar voz a los “mudos”». Del mismo modo, Andrew Feenberg y Jim Freedman han afirmado que «los sucesos de Mayo del 68 triunfaron sobre la cultura política de la misma sociedad que los derrotó en las calles [...] Los sucesos de Mayo del 68 fueron tanto el último jadeo de la vieja tradición socialista como la primera señal de un nuevo tipo de oposición»[96].

Las siguientes páginas pretenden ser una contribución al debate sobre el Mayo Francés utilizando fuentes antiguas y nuevas para narrar y analizar los hechos que tuvieron lugar en París en 1968. Ese año no se debería entender como el de «Un mundo transformado», según reza el título de un estudio reciente, sino más bien en el contexto de una continuidad a corto y largo plazos[97]. El interés por París y sus barrios periféricos precisa de poca justificación. A nivel internacional, y como mencionábamos antes, la capital

francesa ha desempeñado un papel fundamental en las principales oleadas revolucionarias de Occidente. Dentro de la propia Francia, la capital ha sido el polo fundamental alrededor del cual se ha forjado la unidad francesa. No obstante, como ocurriera en 1848 o 1871, el París revolucionario permaneció aislado de provincias y al final incluso de su propio extrarradio. Ese aislamiento es un reflejo del carácter urbano que tuvo la «revolución del 68» por toda Francia y buena parte del mundo.

El capítulo 1, «Sexo, drogas y revolución», y el 2, «Convirtiendo los deseos en realidad», examinan la política estudiantil y la vida en las universidades francesas a partir de archivos oficiales universitarios y policiales que muestran los cambios y conflictos culturales de la primera mitad de los sesenta. En los colegios mayores de Antony y Nanterre, la libertad política (por lo general en forma de marxismo y de una fe incuestionable en la clase trabajadora), el libertarismo (sexo y drogas) y la falta de respeto por la propiedad privada (robo y vandalismo) se intensificaron entre 1962 y 1967. Los estudiantes se acostaban juntos, debatían y se dedicaban a actividades políticas y culturales de corte radical ya mucho antes de Mayo del 68. Los primeros años de la década de los sesenta no deberían reducirse a un mero periodo prerrevolucionario, sino que también han de ser considerados de por sí un tiempo muy dinámico. Los historiadores han señalado a menudo que la primera década de la Quinta República (1958-1968) fue testigo de la modernización económica de Francia. Igual de significativo es que las costumbres también cambiaran durante ese periodo. El régimen gaullista y la sociedad francesa eran más tolerantes de lo que se suele aceptar. La protección de la propiedad privada preocupaba a las autoridades más que la defensa de la moralidad.

El capítulo 3, «Ocupaciones incendiarias», examina la creación por parte del movimiento estudiantil y juvenil de comunas rebeldes y violentas que se enfrentaron a la policía y a la propiedad pública y privada. El odio a la policía reunió a una coalición de libertarios, marxistas jóvenes y otros más mayores que veían a las fuerzas de orden público como representantes de la burguesía y, lo que se suele olvidar, también a gente de extrema derecha que consideraba que el régimen gaullista era su adversario. En el siglo XIX, los curas eran el centro de la desconfianza popular; en el XX lo fue la policía. Los

hechos violentos que se dieron entonces han monopolizado frecuentemente la iconografía de Mayo del 68 y figuran a menudo en películas, portadas de libros, etc. Se merecen una historia que incluya y evalúe la perspectiva de las fuerzas del orden. Los archivos policiales que se han desclasificado en los últimos años muestran que las barricadas de mayo-junio no fueron meramente «simbólicas», como afirma cierta historiografía reciente[98]. Por el contrario, produjeron un alto nivel de violencia durante la que, sin llegar a ser letal, miles de manifestantes, transeúntes y policías resultaron heridos. A lo largo de más de un mes, los manifestantes se enfrentaron a la policía en el tiempo, el espacio y los elementos. Al igual que en revoluciones anteriores, los rebeldes, en su mayoría varones junto con algunas féminas, quisieron controlar los espacios urbanos —instituciones culturales y artísticas incluidas— e intentaron hacer valer su dominio de la noche. Los movimientos obreros, y sobre todo los estudiantiles, lucharon contra el Estado por tierra y aire con agua, combustible y fuego. Los cientos de hogueras que encendieron los jóvenes rebeldes amenazaron con prender fuego a buena parte de la ciudad, lo que también incluye a las universidades y teatros ocupados.

Como en otros periodos de la historia francesa (el Frente Popular, la Liberación), el enfrentamiento con el poder del Estado provocó una enorme oleada de huelgas, que es el tema del capítulo 4, «La respuesta de los trabajadores». Los archivos de la policía y de las empresas nos ayudarán a dilucidar la edad, nacionalidad y exigencias de los trabajadores que participaron en la mayor huelga de la historia de Francia. No eran tan jóvenes ni estaban tan interesados en lograr el control obrero como han argumentado muchos[99]. Los hechos de 1968 no se pueden reducir a una mera revuelta juvenil. Casi todas las huelgas de trabajadores pretendían conseguir un aumento de sueldo y no tenían mucho que ver con el idealismo de los manifestantes callejeros ni con los destrozos que causaron. Las sentadas de los asalariados, a diferencia de las barricadas y las ocupaciones por parte de los estudiantes, fueron llevadas a cabo por militantes más que por las masas. Los trabajadores no querían hacerse con el control de los medios de producción, sino que estaban bajo el influjo de la gran variedad de productos —en especial el automóvil— que les ofrecía una economía moderna y pujante. No intentaban ampliar su libertad sexual y personal, como en el caso

de los movimientos juveniles. La suya era una reivindicación más tradicional y, por lo tanto, se la ha dejado de lado o se ha tergiversado. El triángulo formado por el Estado, las patronales y los sindicatos negoció para hacer otra redistribución de la riqueza y poner fin a las huelgas. Los grupos, ya fueran de extrema izquierda o de extrema derecha, que se negaron a cooperar con esa tríada no pudieron obtener concesiones de importancia. Fueron capaces de enfrentarse a la policía, pero en ningún momento estuvieron cerca de derrocar al gobierno. Los sindicatos libraron del enfrentamiento al grueso de sus fuerzas y por lo general evitaron el uso de la violencia contra la propiedad privada. Una especie de corporativismo dubitativo hizo que los partidos políticos solo fuesen actores menores[100]. Además, el Estado demostró ser capaz de controlar las protestas étnicas de negros, judíos y árabes.

El último capítulo, «El espectáculo del orden», muestra que las autoridades pudieron responder a los ataques contra la propiedad privada y el orden. En contraste con 1789, 1848 y 1871, las protestas y las huelgas solo debilitaron al Estado momentáneamente. Ya se estaba restaurando la normalidad incluso antes de la alocución del general De Gaulle a la nación el 30 de mayo, fecha sobre la que algunos observadores e historiadores han exagerado al considerarla el momento crucial de la crisis[101]. Con anterioridad, la unión corporativa de Estado, sindicatos y patronal ya había demostrado ser lo bastante fuerte para ganarse a las clases medias-bajas. La colaboración de estos grupos de comerciantes, camioneros independientes y agricultores permitió al gobierno acabar con las huelgas de combustible y de transportes y proveer a París de gasolina y, por tanto, de comida. Por lo general, el papel de los *petits* se ha pasado por alto, pese a que el que desempeñaron esos pequeños propietarios en mayo y junio fue fundamental para restablecer la existencia cotidiana. En otras ramas de la economía, otras concesiones por parte del Estado y de la patronal ayudaron a poner fin a las huelgas. La represión por parte de una fuerza policial eficiente y esporádicamente brutal instó al regreso al trabajo.

La conclusión, «¿Un mayo del 68 modesto o mítico?», plantea que los efectos del Mayo Francés fueron bastante limitados. En lo cultural, los sucesos cambiaron poco que no se hubiera cuestionado y alterado ya a finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Y, por supuesto, el movimiento

de mayo también fracasó en su principal objetivo político. Pese al optimismo de buena parte de la extrema izquierda, Mayo del 68 no fue el principio de una revolución obrera. La oleada de huelgas desembocó en la reducción de las jornadas laborales y la subida de los salarios, pero estos cambios fueron el resultado de las demandas seculares y habituales del movimiento obrero francés. Mayo del 68 no fue un Día de la Bastilla contemporáneo, hecho este que mucha de la opinión pública culta de Francia ve como la base de su supuesta cultura hedonista. Si los sucesos de Mayo del 68 fueron importantes, no se debió a lo que cambiaron, sino que son notables en virtud del poder transformador que gran parte de los medios de comunicación, muchos estudiosos y el pueblo llano francés les atribuyen. Independientemente de cuál sea la verdad histórica, se han convertido en símbolo de una Francia juvenil, renovada y más libre.

---

41. Ingrid Gilcher-Holtey, «May 1968 in France: The Rise and Fall of a New Social Movement», en Carole Fink, Philipp Gassert y Detlef Junker, *1968: The World Transformed* (Cambridge, 1998), p. 260.

42. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, Bulletin mensuel, noviembre 1968, AN 820599/89. Un británico de ingenio dijo en una ocasión que los franceses tuvieron su Mayo del 68 para luego poder escribir sobre él.

43. Pompidou, citado en Adrien Dansette, *Mai 1968* (París, 1971), p. 413. Véanse también sus comentarios en Georges Pompidou, *Pour rétablir une vérité* (París, 1982), pp. 196-200, en el que considera Mayo del 68 una «crisis del régimen» y una «crisis de la República».

44. Citado en Philippe Labro (ed.), *Ce n'est qu'un début* (París, 1968), p. 238; véase también Jules Monneret, *Sociologie de la révolution* (París, 1969), p. 734.

45. Citado en Keith Reader, *The May 1968 Events in France: Reproductions and Interpretations* (Nueva York, 1993), pp. 35-36.

46. El conde de París, citado en Maurice Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît* (París, 1977), p. 90.

47. Lucien Rioux y René Backmann, *L'Explosion de mai* (París, 1968), p. 594.

48. Dansette, *Mai*.

49. Daniel Singer, *Prelude to Revolution: France in May 1968* (Nueva York, 1970); Patrick Seale y Maureen McConville, *Red Flag Black Flag: French Revolution 1968* (Nueva York, 1968).

50. Henri Lefebvre, *The Explosion: Marxism and the French Revolution*, trad. Alfred Ehrenfeld

(Nueva York, 1969), p. 118.

51. Edgar Morin, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis, *Mai 68: La brèche* (París, 1988), p. 185.

52. Las citas que siguen son de Alain Touraine, *The May Movement: Revolt and Reform*, trad. Leonard F. X. Mayhew (Nueva York, 1979), pp. 26-81.

53. James Miller, *Democracy is in the Streets: From Port Huron to the Siege of Chicago* (Nueva York, 1987).

54. Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics 1943-1988* (Londres, 1990), cap. 9.

55. Raymond Aron, *La révolution introuvable* (París, 1968).

56. Michel de Certeau, *La prise de parole: Pour une nouvelle culture* (París, 1968).

57. Aron, *La révolution*, p. 16.

58. Morin *et al.*, *La brèche*, p. 160.

59. Régis Debray, «A Modest Contribution to the Rites and Ceremonies of the Tenth Anniversary», *New Left Review*, núm. 115 (mayo-junio 1979): 46.

60. Pierre Bourdieu, *Homo Academicus*, trad. Peter Collier (Stanford, 1988), pp. 161 y 182; Ingrid Gilcher-Holtey, *Die 68er Bewegung: Deutschland-Westeuropa-USA* (Múnich, 2001), pp. 72, 80 y 83, utiliza el concepto de Boudieu del «hecho crítico».

61. Daniel Bertaux, Danièle Linhart y Beatrix Le Wita, «Mai 1968 et la formation de générations politiques en France», *Le Mouvement social*, núm. 143 (abril-junio 1988): 79 y 84.

62. Henri Weber, *Vingt ans après: Que reste-t-il de 68?* (París, 1988), p. 153.

63. Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Génération*, 2 vols. (París, 1987).

64. Antoine Prost, «Quoi de neuf sur le mai français», *Le Mouvement social*, núm. 143 (abril-junio 1988): 91-97.

65. Jean-Pierre Duteuil, *Nanterre 1965-66-67-68: Vers le Mouvement du 22 mars* (París, 1988).

66. Luc Ferry y Alain Renaut, *68-86: Itinéraires de l'individu* (París, 1987), cap. 2; Gilles Lipovetsky, «Changer la vie ou l'irruption de l'individualisme transpolitique», *Pouvoirs*, núm. 39 (1986): 91-100.

67. Guy Michaud, en *Révolution dans l'université* (París, 1968), enfatiza la naturaleza proudhoniana y federalista de la revuelta.

68. Lipovetsky, «Changer la vie», pp. 91-100.

69. Claude Prévost, *Les étudiants et le gauchisme* (París, 1969).

70. Paul Yonnet, en *Jeux, Modes et Masses: La société française et le moderne, 1945-1985* (París,

1985) [ed. española: *Juegos, modos y masas*, Gedisa, 1987], arguye que el periodo de posguerra vio la «proliferación de una vida de ocio extremadamente individualista» que era tan apolítica como antipolítica.

71. André Stéphane, *L'Univers contestationnaire* (París, 1969) [ed. española: *El universo contestatario*, Picazo, 1972]. Para las limitaciones de las interpretaciones psicoanalíticas, véase Hervé Savon, «Les événements de mai 1968 et leurs interprètes», *Guerres et Paix*, núm. 14-15 (1969-1970): 84.

72. Claude Dejacques, *À toi l'angoisse, à moi la rage: Mai 68 Les fresques de Nanterre* (París, 1969).

73. *Autobiography of a Generation*, trad. Lisa Erdberg (Hanover y Londres, 1996), p. 29.

74. Morin *et al*., *La brèche*, p. 185.

75. Bernard Lacroix, «À contre-courant: le parti pris du réalisme», *Pouvoirs*, núm. 39 (1986): 119.

76. Jean-Pierre Rioux, «À propos des célébrations décennales du mai français», *Vingtième siècle* (julio-septiembre 1989): 49-58.

77. Gilles Lipovetsky, *L'Ère du vide: Essais sur l'individualisme contemporain* (París, 1983), p. 22. [ed. española: *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, 2002].

78. Marie-Claire Lavabre y Henri Rey, *Les Mouvements de 1968* (Florencia, 1998); Michel Gomez, *Mai 68 au jour le jour* (París, 1998). Durante ese año también se publicaron reproducciones y facsímiles de grafitis, música y álbumes de fotos.

79. Liaison des Étudiants Anarchistes, *Anarchistes en 1968 à Nanterre* (Vauchrétien, 1998); Mouvement du 22 mars, *Mai 68 Tracts et Textes* (Vauchrétien, 1998); René Viénet, *Enragés et Situationnistes dans le mouvement des occupations* (París, 1998) [ed. española: *Enragés y situacionistas en el Movimiento de las ocupaciones*, Miguel Castellote, 1978].

80. Yaïr Auron, *Les juifs d'extrême gauche en mai 68* (París, 1998); Laurent Lemire, *Cohn-Bendit* (París, 1998); jacques Foccart, *Le Général en mai: Journal de L'Élysée – II 1968-1969* (París, 1998); Grégory Barrau, *Le mai 68 des catholiques* (París, 1998); Hervé Le Roux, *Reprise: Récit* (París, 1998).

81. Véase Reader, *May 1968*, p. 87.

82. *Le Nouvel Observateur*, 29 abril 1998, p. 28. Para un estudio académico que concuerda con el análisis de Lipovetsky, véase Philippe Raynaud, «Mai 68», en Frédéric Bluche y Stéphane Rials (eds.), *Les Révolutions françaises* (París, 1989), p. 450.

83. *Paris Match*, 23 abril 1998, p. 62.

84. Para el fin del victorianismo en Gran Bretaña, véase Arthur Marwick, *British Society since 1945* (Nueva York, 1982), cap. 9, y de forma más general, Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-1974* (Nueva York, 1998).

85. Marwick, *The Sixties*, caps. 3-7.

86. Cfr. Serge Berstein, *La France de l'expansion: La République gaullienne, 1958-1969* (París, 1989), pp. 310-311.

87. Ginsborg, *Contemporary Italy*, p. 312.

88. Robert Lumley, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (Londres y Nueva York, 1990), p. 3.

89. Cfr. George Katsiaficas, *The Imagination of the New Left* (Boston, 1987), pp. 17 y 23.

90. Cfr. Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la commune étudiante* (París, 1969), pp. 10-15.

91. Marwick, *The Sixties*.

92. Geneviève Dreyfus-Armand, Robert Frank, Marie-Françoise Lévy y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *Les Années 68: le temps de la contestation* (Bruselas, 2000), p. 14; Michelle Zancarini-Fournel, «Genre et Politique: Les Années 1968», *Vingtième Siécle* (julio-septiembre 2002): 133-143.

93. Axel Schildt, Detlef Siegfried y Karl Christian Lammers (eds.), *Dynamische Zeiten: Die 60er Jahre in den beiden deutschen Gesellshaften* (Hamburgo, 2000), p. 11.

94. Michelle Zancarini-Fournel, «Conclusion», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, p. 501.

95. Kristin Ross, *May '68 and Its Afterlives* (Chicago, 2002), pp. 3, 7 y 116 [ed. española: *Mayo del 68 y sus vidas posteriores: Ensayo contra la despolitización de la memoria*, Machado, 2008].

96. Andrew Feenberg y Jim Freedman, *When Poetry Ruled the Streets: The French May Events of 1968* (Albany, Nueva York, 2001), pp. xxi-xxii y 68.

97. Fink *et al.*, *1968*. No todos los ensayos de la recopilación se ciñen a la división en periodos del título.

98. Alain Corbin, «Préface», en Alain Corbin y Jean-Marie Mayeur (eds.), *La barricade* (París, 1997), p. 21.

99. Cfr. Touraine, *The May Movement*, cap. 5; David Caute, *The Year of the Barricades: A Journey through 1968* (Nueva York, 1988), p. 235; Rioux y Backmann, *L'Explosion de mai*, p. 615.

100. Suzanne Berger (ed.), *Organizing Interests in Western Europe* (Cambridge, 1981), p. 18.

101. Dansette, *Mai*, pp. 328-329; Alain Delale y Gilles Ragache, *La France de 68* (París, 1978); Maurice Agulhon, *La République: Nouveaux drames et nouveaux espoirs (1932 à nos jours*), 2 vols. (París, 1990), 2: 367.

CAPÍTULO 1
SEXO, DROGAS Y REVOLUCIÓN

Los estudiantes radicales que iniciaron la cadena de sucesos que condujo a la mayor oleada de huelgas de la historia de Francia arremetieron contra el capitalismo, el Estado y la propiedad privada. Extendieron sus protestas a lo que consideraban las restricciones de la sociedad burguesa a la búsqueda de los placeres personales, con el propósito de «liberar al hombre de todas las represiones de la sociedad»[102]. Represión no solo significaba en este caso la de la policía, sino que comprendía un amplio abanico de factores: la situación de la mano de obra asalariada, los impedimentos a la libertad sexual, la jerarquización de la industria y la disciplina académica. Como en otras naciones occidentales, las universidades se convirtieron en la plataforma desde la que lanzar sus ataques. Las instituciones más liberales protegieron a los adversarios del orden sociopolítico dominante y alentaron a quienes querían destruirlo y revolucionar la sociedad.

Los *gauchistes* —ya fueran maoístas, trotskistas, anarquistas o incluso situacionistas — que desencadenaron las revueltas de la primavera de 1968 no creían que pudiesen hacer la revolución por sí solos. Al igual que en otros periodos de la historia francesa —1848, por ejemplo—, querían unirse al pueblo o, más en concreto, a los trabajadores. Tenían poca fe en el papel revolucionario de los estudiantes o de cualquier otro sector de lo que consideraban la pequeña burguesía. Sus movimientos no solo incluían en su programa la necesidad de autogestión, sino también lo que podríamos llamar una autocontestación o autocrítica. Herederos del legado revolucionario decimonónico de Karl Marx y Mijaíl Bakunin, intentaban crear una dinámica que condujese a una sociedad sin clases. Estos *trublions* (alborotadores), como los llamó un autor, eran en su inmensa mayoría *ouvriéristes* (obreristas), pues pensaban que eran los trabajadores, y nadie más, quienes debían hacer y harían la revolución[103]. En este punto fundamental los

gauchistes estaban de acuerdo. Los símbolos de los estudiantes revolucionarios —la bandera roja, la bandera negra, la *Internacional* y el puño cerrado— habían sido todos tomados del movimiento obrero. Algunos han argüido que el antiautoritarismo de los radicales los volvió «anticomunistas prematuros» que contribuyeron a la muerte de esa ideología; sin embargo, su fe en la victoria de los trabajadores los situaba de lleno en la tradición marxista[104]. Un psicoanalista también ha establecido el contraste entre los estudiantes radicales «utópicos», «destructores» e «inmaduros» y los comunistas constructivos y racionales[105]. No obstante, tanto los comunistas como los estudiantes radicales creían en la misión histórica de los asalariados. A lo largo de toda la crisis, el PCF (Partido Comunista Francés) insistió en que «la clase trabajadora» era la «única clase verdaderamente revolucionaria»[106]. Al igual que los comunistas, los radicales fueron tan científicos, o estuvieron tan faltos de rigor científico, como la propia tradición marxista[107].

Su utopía, que concebía una sociedad antirrepresora de trabajadores liberados, solo consiguió atraer a un pequeño número de estudiantes, pero empezaron a ser capaces de movilizar a mayor número de los habitualmente apáticos cuando su agitación se centró en temas específicos que concernían directamente a sus intereses. Al empezar a hablar los activistas de problemas que les atañían de pleno, pudieron implicar a una base significativa. Las luchas contra la segregación sexual, las reformas gubernamentales de la educación superior, los exámenes y la brutalidad policial forjaron un movimiento estudiantil de masas.

Esa base era potencialmente grande. Los estudiantes actuaron a partir de su posición de fuerza cada vez mayor, tanto en lo demográfico como en lo biológico. Las hormonas juveniles les proporcionaban el fundamento biológico para la revuelta. El enorme número de jóvenes nacidos después de la Segunda Guerra Mundial (o *baby boomers)* que cursaban educación superior y su mejor salud, que los hacía sexualmente activos a edad más temprana, crearon una poderosa fuerza que preconizaba la liberación sexual. A lo largo del siglo, la edad media a la que se empezaba a tener la menstruación fue cayendo de los 17 años a los 12[108]. En el mismo periodo, la edad media de contraer matrimonio fue elevándose. Los jóvenes eran más

fuertes y estaban mejor alimentados, y los tests de inteligencia demostraron que esta aumentaba cada vez más. En 1963, más de un tercio de la población tenía menos de 20 años, el mayor porcentaje desde el comienzo de la Primera Guerra Mundial[109]. Su mayor número y calidad fomentó una categoría de jóvenes que supuestamente abarcaba todas las clases sociales[110]. La gente joven quería más independencia y autonomía. El crecimiento económico les permitía mayor poder adquisitivo, y la industria, la publicidad y los medios fomentaban una cultura juvenil basada en la música, los discos y la moda. Algunos de estos productos, como por ejemplo la canción protesta, también fomentaban actitudes críticas con la sociedad. Hasta los jóvenes apolíticos de clases sociales distintas podían estar de acuerdo en que ese nuevo consumismo era mucho más divertido que tener que trabajar. Una generación hedonista parecía resistirse al trabajo y a las responsabilidades de la vida adulta. Los estudiantes participaban activamente en un estilo de vida basado en la diversión y se convirtieron en sus principales propagandistas.

Al llegar a la década de los sesenta, los cambios demográficos habían reforzado el poder estudiantil. El número de estudiantes había aumentado de 3.000 en el Primer Imperio (1804-1814) a más de 600.000 en 1968, o cien veces más en relación con el crecimiento de la población[111]. En 1906 había 15.000 estudiantes en París; en 1968 eran 160.000. El número de matriculados en instituciones de educación superior se multiplicó rápidamente a lo largo del siglo XX:

1938-1939:	60.000
1955-1956:	150.000
1962-1963:	280.000
1967-1968:	605.000

Entre 1950 y 1964, el aumento fue mayor en Francia que en cualquier otra nación europea de primer orden, aunque otras, como Italia, también tuvieron dificultades para dar cabida a sus jóvenes y sufrieron sus correspondientes momentos de descontento universitario[112].

Asimismo, el número de profesores creció rápidamente. De los 200 que

trabajaban en las universidades francesas en 1808 se pasó a 2.000 al final de la Segunda Guerra Mundial y a 22.000 en 1967[113]. La mayor parte del aumento de docentes universitarios de la década de los sesenta fue de profesores de menor rango (ayudantes y asociados), lo que permitió que la universidad francesa se masificara. El porcentaje de estos dentro del personal docente universitario se elevó de un 44% en 1956-1957 a un 72% en 1967-1968. Los ayudantes estaban próximos a sus alumnos en lo generacional y lo político. La disparidad creciente entre el número cada vez mayor de profesorado inferior en comparación con la relativa estabilidad del cuerpo docente superior intensificó las tensiones entre los profesores más jóvenes y los más mayores.

El sistema educativo francés exigía que los estudiantes aprobaran al final del bachillerato los exámenes homologados a nivel nacional del *baccalauréat* para poder acceder a la universidad. El *bac* se diferenciaba del título de los institutos estadounidenses en que se consideraba el primero de la educación superior, y no el último de la educación secundaria[114]. Esto indica la estrecha relación administrativa entre el liceo y la universidad. De hecho, los profesores, como sus alumnos, podían moverse, y así lo hacían, con facilidad del liceo a la facultad. No fue ninguna casualidad que las turbulencias de 1968 se propagaran por ambas instituciones.

El exceso de matrículas universitarias afectaba especialmente a las Humanidades y las Ciencias Sociales. El número de estudiantes de estas áreas aumentó de un 32% en 1945 a un 65% en 1962. En 1945, hacían las carreras de Derecho, Medicina y Farmacia, de orientación más profesional, un 57,8% de estudiantes, pero en 1962-1967 el porcentaje había caído a un 35%. La feminización acompañó a la masificación. Solo un 6% de estudiantes eran mujeres en 1906, y de ahí se pasó a un 33% en 1950, un 42% en 1962 y casi el 50% en 1965-1966[115]. Las disciplinas menos pragmáticas dentro de las Humanidades y las Ciencias Sociales atraían proporcionalmente a más estudiantes varones y sobre todo a féminas que los estudios de Derecho y Medicina, más enfocados al ejercicio de la profesión. En los sesenta se endurecieron los requisitos para hacer el *baccalauréat* científico, mientras que el de Humanidades siguió siendo fácil en comparación. Los estudiantes de Letras tenían que padecer aulas abarrotadas e instalaciones poco

adecuadas en mayor grado que los de otras áreas. El futuro económico y profesional de los primeros era cada vez más incierto, y tal vez por eso, al igual que en Estados Unidos, fuera mayor su disposición a la revuelta.

El crecimiento demográfico tuvo el efecto paradójico de incrementar tanto el poder como la inquietud de los jóvenes. Puede que el miedo al desempleo afectara a los estudiantes más que a los trabajadores. Tradicionalmente los licenciados en humanidades encontraban trabajo en el sector de la enseñanza, pero esa opción era cada vez menos segura a finales de los sesenta. Las estudiantes, muchas de las cuales se orientaban hacia la docencia, estaban especialmente preocupadas por el menor número relativo de posibilidades en ese terreno. Entre 1962 y 1968, la cantidad de desempleados menores de 25 años se triplicó[116]. Según un informe de un profesor de Matemáticas de la Facultad de Ciencias de París, de los 1.600 estudiantes que hicieron un curso de licenciatura en 1968, al llegar junio solo 200 habían encontrado empleo[117]. Aunque se dice que muchos de los que participaron en los sucesos de mayo eran hijos de altos ejecutivos, el 52% de ellos temían acabar en el paro[118]. Los días en que un título universitario significaba acceder fácilmente a un buen puesto de trabajo habían terminado. Además, tanto el tiempo que se tardaba en sacar una licenciatura en Humanidades como el número de alumnos que no terminaban los estudios iban creciendo[119]. Habida cuenta de su gran número y de la inseguridad económica y social cada vez mayor, no es de extrañar que los estudiantes de Letras y Ciencias Sociales encabezaran las revueltas.

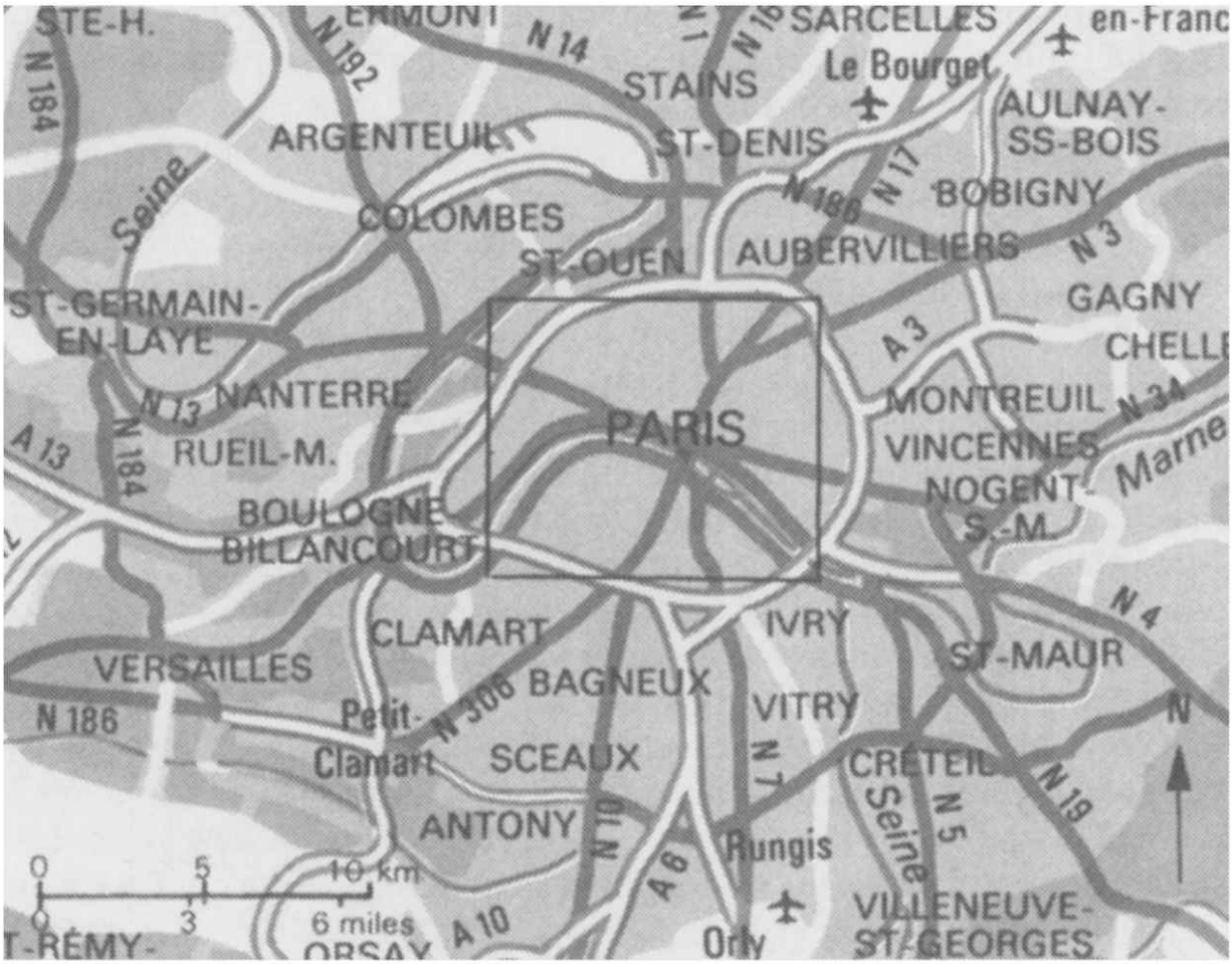
El Estado hizo un esfuerzo enorme, pero finalmente insuficiente, para dar cabida a toda esa afluencia juvenil. Amplió las viejas universidades y creó otras nuevas, como la de Nanterre al oeste de París. El presupuesto para educación superior se multiplicó por seis, pasando de los 605 millones de francos en 1958 a 3.790 en 1968, y el número de profesores de todas las categorías se elevó de 5.870 a 25.700[120]. Durante y después de la campaña electoral de 1967, el primer ministro, Georges Pompidou, alardeó de que se habían construido más universidades desde 1962 de las que estaban en funcionamiento ese año en que llegó al cargo. Esta expansión transformó la educación superior. Previamente, las universidades de la Tercera República ofrecían a los hijos de la burguesía acomodada conocimientos de cultura

francesa y las destrezas necesarias para cursar Derecho, Medicina y otras carreras superiores[121]. El objetivo era preparar a una élite ilustrada y republicana. Durante la Quinta República, llegaron cantidades de estudiantes procedentes de las clases medias no tan acomodadas y con un futuro mucho más incierto. En 1939, el 34,8% de los padres de los estudiantes eran ejecutivos o se dedicaban a profesiones liberales, el 16,4% eran empleados, artesanos o pequeños comerciantes, y un 1,6% eran obreros industriales[122]. El porcentaje de hijos de empleados, artesanos o pequeños comerciantes apenas varió entre 1939 y 1950[123]. Sin embargo, su porcentaje dentro de la población estudiantil se elevó de un 17,2% en 1950 a un 31,2% en 1960, mientras que el de las profesiones liberales cayó de un 17,4% en 1950 a un 9,6% en 1965-1966. La proporción de estudiantes de clase media y clases medias bajas con respecto a los de las clases altas se multiplicó por cuatro en 15 años. Aun así, la democratización tenía sus límites. Aunque la proporción de estudiantes de familias trabajadoras subió del 1,9% en 1950-1951 al 5,5% en 1960-1961, siguió siendo la más baja de los principales países industrializados[124]. En 1968, el ministro de Educación, Alain Peyrefitte, afirmó que un 10% de estudiantes eran de familias de clase obrera. Algunas publicaciones del PCF situaban esa cifra un poco por debajo[125]. En contraste, las instituciones estadounidenses de educación superior, cuya calidad variaba mucho más que las de sus equivalentes francesas, reclutaban aproximadamente un 30% de su alumnado de entre las familias trabajadoras. Incluso en las universidades italianas los estudiantes de clase obrera constituían más del 20% del total[126].

Pese a lograr un estudiantado de mayor diversidad social, el sistema universitario francés siguió siendo firmemente burgués. El hijo de un alto ejecutivo tenía ocho veces más probabilidades de entrar en la universidad que el de un asalariado rural, y 40 más que el de un obrero[127]. Aunque el cuerpo estudiantil iba volviéndose algo menos burgués, los profesores provenían casi exclusivamente de ese grupo, pues un 72% eran hijos de altos *functionnaires* y solo un 2% procedían de la clase obrera. No obstante, las instituciones francesas de educación superior eran burguesas en más cosas que en el origen social de su personal. De hecho, la universidad perpetuaba la existencia de una élite burguesa basada supuestamente en los logros personales. Preparaba

a futuros ejecutivos para que dirigieran burocracias públicas y privadas, además de promover la alta cultura. Esta segunda función daba a los estudiantes de los niveles superiores de la sociedad una clara ventaja, ya que ellos estaban más familiarizados con esa cultura que sus compañeros de clase media-baja y baja.

Nanterre (véase el mapa 1) fue uno de los puntos de inicio de las revueltas contra la universidad burguesa. Henri Lefebvre, que fue allí profesor y agitador, hace una acertada descripción del lugar:



MAPA 1. París y sus barrios periféricos

> [Nanterre] es una universidad parisina situada a las afueras de París [...] En estos momentos allí hay miseria, chabolas, excavaciones para una línea de metro, complejos de viviendas subvencionadas para trabajadores de rentas bajas e industrias. Es un paisaje desolado y extraño. La universidad se concibió de acuerdo con los conceptos de la producción industrial y de la productividad de una sociedad capitalista avanzada [...] Sus edificios y entorno reflejan la verdadera naturaleza del proyecto. Se diseñó para producir intelectuales mediocres y ejecutivos subalternos que dirijan la

sociedad. [En este barrio periférico] el descontento se vuelve tangible[128].

Este tipo de crítica no era exclusiva de los observadores sociales de izquierdas, como por ejemplo el autor del interesante libro *Le droit à la ville*. Es un reflejo de la ambivalencia generalizada de los franceses con respecto a los *banlieues* (los barrios periféricos de París) que a casi todos los que escribieron sobre Nanterre les pareciese un lugar feo. Su decano, Pierre Grappin, no hallaba «encanto alguno» en los edificios del campus, y le espantaba la «ausencia de ventanas»[129]. Los estudiantes detestaban el complejo universitario por ser tan corriente y despersonalizado[130]. El barrio que lo rodeaba era descrito casi siempre como deprimente. Autores de todas las tendencias políticas hablaron de lúgubres viviendas de protección oficial (HLM), almacenes industriales y míseras chabolas. Según un vehemente periodista, el aire era irrespirable, «lleno de humo, emanaciones fétidas, bacterias y porquería viscosa vomitada de continuo por las chimeneas de las fábricas»[131]. El contraste con la colindante Neuilly, una zona residencial de clase media-alta, era escandaloso para algunos y evidente para todos. El campus recién construido carecía de prestaciones o servicios básicos: bibliotecas, instalaciones deportivas, flores y árboles.

En 1963, un arquitecto ganador del Prix de Rome comenzó la construcción de la Facultad de Letras y Ciencias Sociales de Nanterre. El emplazamiento no se eligió por ser el más apropiado (la regia Versalles lo habría sido mucho más), sino por su disponibilidad y relativa baratura. El Ministerio de Educación no tenía fondos para comprar terrenos en el mercado inmobiliario, así que hizo uso de otros en los que antes tenía el Ministerio de Defensa almacenes de suministros aeronáuticos[132]. Una de las razones de construir la nueva institución en un barrio periférico era el intento de imitar —por primera vez en la historia de la región de París— el diseño y la espaciosidad de los campus estadounidenses. La facultad iba a ser un centro de enseñanza y, por el tamaño previsto, también de investigación. Sería la primera facultad de Letras que pusiera especial énfasis en las Ciencias Sociales[133].

El rápido crecimiento del número de estudiantes de Nanterre fue un reflejo de la expansión demográfica y educativa: 4.600 en 1965, 8.500 en 1966 y

11.000 en 1967[134]. En otoño de 1966, Nanterre ya era una universidad masificada en la que el decano podía caminar por los pasillos sin ser reconocido por ninguno de los cientos de estudiantes con que se cruzaba. La masificación se convirtió en un problema. El año académico 1967-1968, un heterogéneo grupo de más de 5.000 estudiantes se matriculó de primer curso, cuando el campus solo estaba preparado para aceptar 2.500[135]. Los administradores de las universidades francesas asignaban un campus a los estudiantes de acuerdo con su procedencia geográfica, no social. Las autoridades querían limitar el número de gente de provincias que se matriculaban en instituciones parisinas, las cuales acogían a alrededor del 30% del total de la población estudiantil de la nación. Los administradores eran conscientes de que los estudiantes preferirían estar en el Barrio Latino antes que en universidades nuevas[136]. Habida cuenta de su proximidad con las zonas prósperas de la ciudad, a gran número de «hijos de papá» y de elegantes chicas bien de las áreas residenciales se les asignó Nanterre. Un 45% de los estudiantes de Nanterre provenían de los distritos 8, 9, 15, 16 y 17 de París, un 8,5% eran de origen obrero y un 17% de familias de oficinistas. Los padres de más del 50% eran directores de empresa, tenían profesiones liberales u ocupaban altos puestos en la administración. Otros vivían en los barrios obreros de Colombes, Argenteuil, Bezons y Courbevoie.

Según el eminente izquierdista de Nanterre Jean-Pierre Duteuil, la mayoría de agitadores y combatientes eran de familias de clase baja o media[137]. Sin llegar a discrepar por completo, René Rémond, profesor y decano de Nanterre después de 1968, matizó esa aseveración añadiendo que los estudiantes de las familias más pudientes eran por lo general más receptivos a ciertas prácticas de la extrema izquierda que otros de familias más humildes. No parece muy probable que quienes disponían de menos recursos se pusieran en huelga por abstracciones como la naturaleza «burguesa» de la institución y el tipo de cultura que impartía. Eran renuentes a arriesgar sus carreras, para las que sus padres habían hecho grandes sacrificios, por semejantes cuestiones. El que sus estudios se retrasasen un semestre o dos por las huelgas podría suponer el fin de sus expectativas académicas. Por otro lado, los que procedían de familias menos acomodadas también se oponían activamente a determinadas cuestiones, como por

ejemplo la política de admisiones selectivas[138]. Para ellos, la universidad era una de las pocas vías para fomentar la movilidad social en la sociedad francesa.

Cualquiera que fuese su origen social, la historia de los entusiastas combatientes de Nanterre y de otras universidades es, en buena parte, la historia de una pequeña minoría. Un estudio de septiembre de 1968 concluyó que solo un 12% de estudiantes querían cambiar radicalmente la sociedad, a un 31% lo que más les preocupaba era aprobar los exámenes, y un 54% pretendían reformar la universidad[139]. Los marxistas radicales reconocieron que «la mayoría de estudiantes todavía quieren conservar sus mezquinos privilegios burgueses»[140]. Durante el curso académico 1967-1968, un puñado de grupúsculos consiguieron que se les unieran entre 130 y 140 estudiantes —un poco más de un 1% de la población estudiantil— que en su mayoría cursaban Humanidades y Ciencias Sociales[141]. En los momentos álgidos de 1968, los activistas nunca sobrepasaron el 12% del alumnado. Su condición minoritaria podría parecer una debilidad, pero en Nanterre produjo paradójicamente el efecto de que se trascendieran las divisiones ideológicas entre las diversas organizaciones izquierdistas. Como ya hemos mencionado, a diferencia de las universidades del Barrio Latino, los espacios de reunión social de Nanterre —cafés, bares, parques, cines e incluso librerías— eran escasos, y el transporte público, deficiente. Los estudiantes se quejaban con frecuencia de la falta de servicios. Aquellos que pertenecían a cualquier grupo izquierdista de la denominación que fuese se encontraron con que dependían de sí mismos para tener vida social. Así pues, la camaradería en un feo barrio periférico reemplazó a la pureza ideológica divisoria, y los grupúsculos pasaron a hacer las veces de asociaciones estudiantiles.

La minoría activista estaba fragmentada en un número de organizaciones que recordaban a los clubes de la revolución de 1848 o a la propia Gran Revolución. Su desarrollo indicó el fracaso del Partido comunista francés (PCF), y sobre todo de su organización estudiantil, la Union des étudiants communistes (UEC), a la hora de atraer a algunos de los segmentos más activos de la juventud activista. Ese fracaso del PCF fue similar al de otros partidos comunistas y socialistas de todo Occidente, y análogo a las dificultades de la Iglesia Católica de Francia e Italia para controlar el

radicalismo de sus propios movimientos juveniles. El sindicalismo dominante, ya fuera la CGT en Francia o la AFL-CIO en Estados Unidos, también demostró ser incapaz de atraer a jóvenes intelectuales[142].

El compromiso cada vez mayor del PCF con continuar por la vía parlamentaria que condujese al socialismo y sus prácticas reformistas creó para los revolucionarios un vacío que los grupúsculos de extrema izquierda estuvieron encantados de llenar. Parecía que el partido había abandonado la revolución proletaria y estaba plenamente dedicado al parlamentarismo. Al mismo tiempo, su funcionamiento interno seguía sin ser democrático. Los jóvenes de la UEC se dividieron ideológicamente. Algunos aceptaban las normas del partido, pero otros rechazaban las formas más puras de estalinismo que seguían imperando sin remisión por toda la organización. Como resultado, la UEC se debilitó enormemente a principios de los sesenta. El campus de Nanterre nació durante el declive de la UEC, con lo que esta ejerció poca influencia en la nueva universidad.

La opción del PCF de realizar una transición pacífica al socialismo y de apoyar la candidatura presidencial de François Mitterrand en 1965 alejó aún más a los estudiantes revolucionarios. La reacción de algunos fue unirse a organizaciones trotskistas o formarlas. Leon Trotsky siempre había tenido en Francia un pequeño grupo de seguidores entusiastas y con talento. Llegados los años sesenta, los seducidos por la doctrina del revolucionario ruso se habían dividido en dos tendencias: lambertistas y frankistas. Los lambertistas eran estrictos discípulos de Trotsky. Pensaban que el capitalismo ya no podía desarrollar las fuerzas productivas y había entrado en un periodo de crisis. Por lo tanto, un partido obrero verdaderamente revolucionario podría hacerse con el control e instaurar un Estado proletario. Los lambertistas formaron una organización estudiantil, el CLER (Comité de liaison des étudiants révolutionnaires), que instó a la acción a un pequeño número de militantes en Nanterre y otras universidades. El CLER ejerció cierta influencia dentro de la sección de Nanterre de la UNEF, sirviendo de guía a los 15 estudiantes que componían lo que se conoció como la *tendance révolutionnaire*. A nivel nacional, los alrededor de 2.000 miembros del CLER adquirieron fama de ser muy sectarios y de practicar una violencia absurda[143].

La otra corriente del trotskismo, la llamada frankista, tenía como principal

teórico al belga Ernest Mandel, que interpretaba los escritos de Trotsky menos literalmente y se mostraba más flexible en su análisis de la situación. Reconocía que el capitalismo había desarrollado las fuerzas productivas y continuaba haciéndolo. La pobreza por sí sola no provocaría la revolución, sino que esta surgiría de una «huelga masiva» que al final condujese a la instauración de un Estado obrero. Como todos los trotskistas, Mandel creía que bastaba con que el partido revolucionario correcto fuese hegemónico —en otras palabras, algún tipo de grupo trotskista que se pareciese al suyo, en lugar de al PCF— para que los trabajadores terminaran haciendo la revolución[144]. Los planteamientos de Mandel y de otros militantes de extrema izquierda no resultaron a la postre muy convincentes, ya que no consiguieron dar respuesta a la cuestión de por qué, si de verdad los obreros eran tan revolucionarios, el PCF y otros partidos reformistas ejercían tanta influencia sobre ellos.

El ala joven de esos frankistas de la órbita de Mandel era el JCR (Jeunesses Communistes Révolutionnaires), que celebró su primer congreso en París en abril de 1966. Su líder era Alain Krivine, cuyo pensamiento claro y simplista y sus excelentes dotes de orador lo convirtieron en una de las figuras más destacadas de la extrema izquierda[145]. Krivine pertenecía a una familia judía de izquierdas que había huido de Rusia con motivo de los pogromos de 1905. Sus cuatro hermanos también eran miembros activos de organizaciones revolucionarias. Alain había iniciado su carrera política siendo un devoto comunista, y como trotskista siguió admirando la disciplina de partido. El JCR de Krivine estaba bien organizado y tenía un «servicio de orden» (una fuerza paramilitar no uniformada) que lucía cascos y máscaras antigás. También era conocido por su valor o, según otros puntos de vista, su temeridad en sus enfrentamientos con la policía. De acuerdo con esta, la organización llegó a tener como mucho 2.000 adeptos en todo el país, 500 de los cuales vivían en la región de París[146].

En Nanterre, el JCR consiguió captar a entre 25 y 40 personas en 1967. Independiente de la Cuarta Internacional, no adoptó como líder simbólico a Trotsky, a quien seguían admirando, sino al Che Guevara. El intento del JCR de dar nuevo ímpetu al marxismo los llevó a un «tercermundismo» ciego y al apoyo absoluto a Vietnam del Norte y Cuba[147]. El JCR quería constituirse en

el partido revolucionario de vanguardia que los trotskistas estaban convencidos de que llevaría a los trabajadores al socialismo. Por lo tanto, su análisis histórico era previsible. Criticaba al PCF y a la SFIO (Section française de l'Internationale ouvrière) por no haber sabido aprovecharse de la «situación objetivamente revolucionaria» de las huelgas del Frente Popular de 1936 y de la victoria de la Resistencia en 1945[148]. Además, el JCR examinaba temas propios de la Nueva Izquierda. Parte de sus miembros estaban interesados en cuestiones sexuales, y su grupo de estudio leyó a Wilhelm Reich, teórico que había intentado por todos los medios sintetizar la revolución sexual y la social. Los estudiantes promovieron grupos de debate sobre las ideas de Reich por medio de carteles que reproducían un dibujo del caricaturista Siné, en el que se veía a una chica que llevaba minifalda protegiéndose tras una alambrada de un grupo de chicos concupiscentes. Algunos componentes del JCR se unieron a los anarquistas en una campaña en pro de la liberación sexual. Al igual que sus contemporáneos, los marxistas de los sesenta exploraban las vías para la obtención del placer y la liberación personales. En ese contexto, no es de extrañar que los militantes del JCR desempeñaran un papel importante en la ocupación de un colegio mayor femenino en la primavera de 1967[149]. No todos los miembros del JRC vieron con buenos ojos esos debates públicos sobre sexo. Para muchos de ellos su líder, Alain Krivine, era un ejemplo de padre tradicional y marido fiel[150].

Como el trotskismo, el maoísmo francés fue una reacción a lo que veían como el parlamentarismo de la izquierda dominante. Los revolucionarios que eran críticos con el «revisionismo» soviético se mostraban a menudo receptivos al pensamiento maoísta. En 1964, cuando fueron expulsados de la UEC 600 maoístas, estos formaron la UJCml (Union des jeunesses communistes marxistes-léninistes), la cual, convencida de que la clase obrera era la única fuerza revolucionaria, desdeñaba a los estudiantes «pequeñoburgueses». Los maoístas franceses llegaron a la conclusión de que la lección de la Revolución Cultural china era que los estudiantes debían desertar en masa al bando de los trabajadores. En 1966 crearon el Comités Vietnam de Base (CVB), que reunía a algunos de los «antiimperialistas» y antinorteamericanos más activos. El CVB se oponía al eslogan de «Paz en

Vietnam» del PCF, ya que quería la victoria absoluta de los vietnamitas del norte. Al igual que la UJCml, el CVB contaba con varios miles de miembros.

Aunque todos los *gauchistes* condenaban el comunismo ortodoxo y estaban de acuerdo en que había traicionado a la clase trabajadora, los anticomunistas de izquierdas más venerables eran los anarquistas. Para ellos, las cumbres de la historia habían sido, primero, los experimentos comunitarios que siguieron a la Primera Guerra Mundial, y después los colectivos de trabajadores y campesinos de la Guerra Civil española. Los anarquistas afirmaban que los comunistas eran culpables de traición por haber emasculado a los sóviets (las comunas de la revolución soviética) y destruir los colectivos agrícolas e industriales de la revolución española. Su crítica del bolchevismo los enfrentaba con los trotskistas y los maoístas. Los trotskistas alababan el papel del partido en 1917-1921 y pensaban que fue después cuando Stalin y su burocracia traicionaron a la clase obrera. Los maoístas pensaban que no fue Stalin quien puso en peligro la revolución, sino sus sucesores revisionistas.

En Nanterre los militantes anarquistas, aun siendo pocos, tuvieron bastante impacto. La Liaison des étudiants anarchistes (LEA) solo contaba con 15 miembros. Se fundó a principios del curso académico 1964-1965 en la sede parisina de la Confederación Nacional del Trabajo española en el exilio (CNT) y reunió a estudiantes que se oponían muy ruidosamente a la variedad «individualista y no violenta» de anarquismo que imperaba en algunas organizaciones libertarias[151]. La LEA propugnaba el anarcosindicalismo y creía que la lucha de clases era el «motor de la historia». Sus miembros leían tanto a Georg Lukács y Henri Lefebvre como a Bakunin. Los libertarios revivieron el comunismo de comunas reclamando la autogestión. Querían suprimir la separación entre el productor y su producto eliminando la estricta división del trabajo entre los que mandaban y los que obedecían las órdenes.

Por más que la LEA pensaba que, por su burocracia, los sindicatos y partidos políticos traicionaban a menudo a quienes se suponía que representaban, de todos modos los libertarios consideraban necesario integrarse en organizaciones obreras o estudiantiles para concienciar a proletarios y estudiantes. Se enfrentaban al cerrado corporativismo sindical exigiendo amplios cambios sociales. Al mismo tiempo, los anarquistas no

querían dejar de lado los asuntos estudiantiles. Escribieron una crítica de la universidad «burguesa», a la que acusaban de formar a los directores de la sociedad capitalista[152]. Para luchar por objetivos estudiantiles específicos y por la autonomía local, la LEA creó la Tendance syndicale révolutionnaire fédéraliste (TSRF). Esta mantuvo su perspectiva revolucionaria a la vez que luchaba contra las políticas de admisión cada vez más selectivas, los cursos masificados, las largas colas y mala comida de las cafeterías de la universidad y la segregación sexual en las residencias de estudiantes. Los 40 activistas que tenía la TSRF en Nanterre querían conectar con estudiantes menos politizados y no anarquistas.

En 1965-1966, entre los militantes anarquistas se encontraba Dany Cohn-Bendit, que se convertiría en el estudiante radical más destacado de Francia. Cohn-Bendit nació en 1945 en Montauban (Tarn-et-Garonne). Sus padres eran judíos no practicantes que habían huido de Alemania al llegar los nazis al poder en 1933. Con muchas dificultades consiguieron sobrevivir a la guerra en la Zona Libre francesa (o Francia de Vichy). Terminado el conflicto, la familia se trasladó a un pequeño apartamento parisino en el que Dany pasaría la mayor parte de su niñez y adolescencia. En 1959 acompañó a su padre enfermo a Frankfurt y allí terminó sus últimos años de educación secundaria. En 1960 se hizo ciudadano alemán para eludir el servicio militar francés. Cuatro años después, por su condición de huérfano recibió una beca del gobierno alemán para estudiar Sociología en Francia. En marzo de 1967 su radicalismo era ya tan conocido que la policía informó a las autoridades de Nanterre de que ese joven pelirrojo quería destruir la universidad[153].

Los *anars* (anarquistas) como Cohn-Bendit y sus amigos hacían causa común tanto en lo político como en lo social. No se limitaban a abrazar la ideología libertaria, sino que intentaban vivir de acuerdo con sus creencias[154]. La influencia libertaria distinguió a Nanterre de la Sorbona y puso el foco de atención en los problemas cotidianos de la vida del campus. Los estudiantes de sensibilidad anarquista reaccionaron contra lo que consideraban formas habituales de represión, saltándose la prohibición de fumar en las aulas e insultando continuamente a los bedeles que intentaban impedírselo[155]. Desacataban los derechos de propiedad exigiendo que la cafetería de la universidad fuese gratis y entrando de vez en cuando en ella a

robar. Por más que su llamada a la liberación sexual a menudo no fuese más que una excusa para seducir mujeres, algunas de estas participaban en el movimiento y se expresaban libremente en sus reuniones. Los libertarios antisistema siempre hablaban de tú a sus profesores y cogían los ascensores reservados para uso del cuerpo docente y los empleados. En Nanterre los izquierdistas declarados no eximieron a los profesores de los insultos y cuestionamientos. Al final del curso 1966-1967, los activistas anarquistas distribuyeron gratis en la clase de Henri Lefebvre ejemplares del destacado panfleto situacionista *Sobre la miseria de la vida estudiantil*. Fue un acto muy provocador, ya que los situacionistas habían acusado al filósofo y sociólogo de plagiar sus ideas. En Nanterre se animaba al radicalismo en las aulas. La presencia de Lefebvre y de otros en el Departamento de Sociología de esa universidad echaba por tierra la afirmación de que los profesores y los cursos universitarios eran tan poco interesantes e irrelevantes que los radicales encontraban su verdadera universidad en las sedes de la UEC y el JCR[156].

Los anarquistas tenían una relación simbiótica con los situacionistas y un grupo más grande de prosituacionistas. Estos últimos encajaban en el perfil sociológico de los rebeldes de Mayo del 68. Eran por lo general jóvenes, varones e intelectuales, aunque no tuviesen una formación académica. Tanto el marxismo como el anarquismo eran la inspiración de anarquistas y situacionistas. En el otoño e invierno de 1966, los libertarios difundieron la historieta «El retorno de la Columna Durruti», de corte situacionista, y el panfleto *Sobre la miseria de la vida estudiantil.* El cómic sobre la Columna Durruti se publicó en la Universidad de Estrasburgo en octubre de 1966. Es significativo que uno de los principales documentos de la revuelta estudiantil fuese una tira cómica. Los revolucionarios supieron ser creativos e ingeniosos a la hora de usar diversos medios para propagar sus mensajes. Los folletos, panfletos, cómics, canciones y grafitis se podían reproducir de forma muy barata en una economía de mercado en que las multicopistas y los botes de espray eran tan fáciles de conseguir. De hecho, uno de los grafitis propugnaba *ne faites plus la bombe, bombez*, que podríamos traducir por «haz grafitis y no la guerra»[157]. Aunque eran ilegales desde 1881, las pintadas y otros medios de expresión radical adquirieron una importancia

especial en una sociedad cuyo gobierno central controlaba directamente el único canal de televisión y la mayoría de emisoras de radio. Los rebeldes estaban dispuestos a arriesgarse a ser detenidos por pintar sus mensajes en las paredes, ya que tenían un acceso muy limitado a los periódicos y revistas de gran tirada, por no decir otra cosa. Con tanta osadía como ingenio, superaron esas desventajas colocando sus mensajes en lugares públicos y repartiendo gratuitamente literatura de carácter provocador.

Al igual que los anarquistas, los situacionistas sintetizaron la rebelión individual con la lucha de clases y dieron expresión al deseo de cambiar la vida cotidiana. En palabras a menudo citadas de Raoul Vaneigem, «los que hablan de revolución y lucha de clases sin querer cambiar la vida cotidiana y sin entender lo que tiene el amor de subversivo, y el rechazo de las restricciones, de beneficioso, es que llevan un muerto dentro»[158]. Los cambios drásticos de la existencia diaria implicaban un renacimiento social e individual: «Los momentos revolucionarios son festivales en que los individuos celebran su unión con una sociedad regenerada». Según Vaneigem, las revoluciones se volvieron reaccionarias cuando exigieron el sacrificio personal. Los revolucionarios debían vivir el momento y actuar como si no hubiera un mañana.

Los situacionistas querían superar la tensión entre el individuo en busca del placer personal y el revolucionario social. Al final, como el resto de la izquierda y sus movimientos sociales, los *situs* se decidieron en favor de lo colectivo[159]. A la vez que exigían una vida diaria distinta, condenaron al individuo aislado. La realización de lo personal tenía que ser colectiva. Los consejos obreros serían la base para una sociedad comunista verdaderamente libertaria. La clase trabajadora crearía una utopía social: «Sin duda es el proletariado el que conseguirá la realización humana llevando una existencia plena». Solo los trabajadores explotados tenían la creatividad suficiente para acabar con las restricciones burguesas, y solo ellos sabrían vivir. Este proyecto proletario y comunitario de la Internacional Situacionista ha quedado relativamente minimizado en años recientes por autores que han enfatizado su orientación contracultural[160]. Aunque no se centrara tanto en el proletariado como los *situs* y *gauchistes* franceses, el SDS norteamericano también criticó el «aislamiento del individuo» de la «comunidad» como el

gran fallo de la democracia estadounidense[161]. A mitad de los sesenta, el SDS se obsesionó con la «organización comunitaria»[162].

Para difundir su mensaje, los situacionistas practicaron lo que llamaron *détournement*, o el uso del arte con fines subversivos. En palabras de Arthur Rimbaud, el *détournament* era un *rencontre suprenante* (encuentro sorprendente), o la inversión de las asociaciones convencionales. El *détournement* arrancaba una imagen o forma de su contexto original y literalmente la volvía a presentar[163]. La trivial tira cómica, que se usaba para vender periódicos y otros artículos, se transformó en propaganda revolucionaria teñida de ironía. Unos cuantos prosituacionistas de Estrasburgo, que pudieron hacerse con el control de la sección local de la UNEF gracias a la apatía de sus compañeros de clase, distribuyeron «El retorno de la Columna Durruti»[164]. Este *détourné* cómico carece de cierta coherencia, pero su atrevida novedad consiguió presentar una serie de mensajes situacionistas que tuvieron resonancia en los años sesenta. Defendía el robo y aprobaba los hurtos en tiendas de los *blousons noirs* (jóvenes delincuentes) alegando que la ratería era un acto positivo en la sociedad de consumo. Al robar artículos y regalarlos, los *blousons noirs* estaban empezando a trascender la relación de intercambio que imperaba en el tardocapitalismo. Intentaban que la llamada sociedad de la abundancia verdaderamente lo fuese. «El retorno de la Columna Durruti» invitaba a los estudiantes a leer «el folleto más escandaloso del siglo», *Sobre la miseria de la vida estudiantil considerada en sus aspectos económicos, psicológicos, políticos y sobre todo intelectuales, con algunas formas de corregirla*. Se había publicado en Estrasburgo en 1966 y probablemente fuese (y tal vez todavía sea) el panfleto francés más leído y traducido de los sesenta[165]. En 1969 ya se habían imprimido entre 250.000 y 300.000 ejemplares, y se había traducido a numerosas lenguas. En el panfleto, uno de los ejemplos más accesibles del pensamiento situacionista, se explicaban sus conceptos más importantes con un estilo vivaz y polémico. Su humor sarcástico alternaba puerilidad y sofisticación.

El folleto ofrecía una crítica de la universidad y de la situación de los estudiantes en ella. Sus autores se quejaban de la superficialidad de los académicos que analizaban esa situación de los estudiantes. El libro de

«Bourderon y Passedieu» (una transposición intencionada de los apellidos de los coautores Pierre Bourdieu y J.-C. Passeron), *Les Héritiers: les étudiants et la culture*, solo era una crítica parcial de la universidad. Bourdieu y Passeron se limitaban a pedir la democratización de las instituciones educativas, en lugar de atacar el papel de la universidad a la hora de perpetuar lo que los situacionistas llamaban el espectáculo, es decir, el vasto desfile de productos materiales y culturales que formaban la sociedad de consumo contemporánea. La universidad volvía a los estudiantes sujetos pasivos y los preparaba para que fuesen gerentes medios que ayudaran a continuar con el espectáculo.

Sobre la pobreza desdeñaba a los estudiantes, que, según afirmaba, se contentaban con recoger las migajas de prestigio de la universidad y eran tan estúpidos que no se daban cuenta de que su educación cada vez era más mecánica y especializada[166]. La economía contemporánea ya no necesitaba intelectuales, sino gerentes. Los *sorboniqueurs* habían reemplazado a los *encyclopédistes*. Tampoco entendían los estudiantes por qué el sistema económico exigía la producción en serie de licenciados incapaces de pensar por sí mismos. Para los situacionistas, la «crisis de la universidad» de los sesenta, tantas veces debatida, no era más que una minucia de una crisis más grande del capitalismo. La universidad burguesa y liberal del siglo XIX había dado paso a su equivalente moderna y tecnocrática del XX. La universidad del siglo XIX proporcionaba a la élite dirigente una cultura general. Su sucesora del siglo XX formaba a los eventuales administradores de oficinas y fábricas. De ahí que los profesores hubiesen perdido su papel de perros guardianes de la clase dirigente para convertirse en perros pastores que «guiaban al rebaño de futuros gerentes a sus lugares de trabajo». Algunos preceptores se quejaban, nostálgicos, pero seguían cobardemente arrojando una pizca de conocimientos a futuros *cadres* que no sabían qué hacer con ellos. Los estudiantes daban muestras de una «menopausia del espíritu» al continuar escuchando respetuosamente a sus profesores: «Todo lo que ocurre hoy en día en la educación superior será condenado en la futura sociedad revolucionaria por ser una injerencia socialmente perniciosa. Los estudiantes son ridículos».

Los estudiantes buscaban alivio a su sufrimiento acudiendo de manera

espontánea y por voluntad propia a la «parapolicía», o, en lenguaje corriente, a los psiquiatras y psicólogos. En cuanto los estudiantes se enteraban de que habían abierto una avanzadilla psiquiátrica en su gueto, tantos corrían a consultar a esa policía de la mente que había que poner números para que hiciesen cola debidamente. El sufrimiento estudiantil hallaba un alivio aún más rápido en su droga favorita, los productos culturales. Eran discípulos respetuosos del espectáculo cultural. Llenaban los cines y teatros en una era en la que, según los *situs*, el arte había muerto. Eran por lo general los consumidores más ávidos del cadáver del arte, que había sido congelado y distribuido, envuelto en celofán, a los supermercados culturales, esas *maisons de culture* que el entonces ministro de Cultura, André Malraux, había promovido durante la década de los sesenta. Los estudiantes llenaban auditorios en los que clérigos de distintas confesiones multiplicaban sus debates con «intelectuales» marxistas. El típico estudiante consumidor de cultura leía *L'Express* y *L'Observateur* y creía que *Le Monde*, pese a que su estilo le resultara un poco complicado, era verdaderamente «objetivo».

Sobre la miseria también afirmaba que los estudiantes politizados seguían sin darse cuenta de que su pensamiento político era el mismo que el del espectáculo. Adoptaban los fragmentos ridículos de una izquierda revolucionaria que había sido aniquilada más de 40 años antes por el reformismo socialista y la contrarrevolución estalinista. Cuando los estudiantes querían ser de verdad «independientes», se unían a la asociación que se anunciaba falsamente como Jeunesse Communiste Révolutionnaire, cuando no era joven, ni comunista ni mucho menos revolucionaria. Hacían suyo ese dogmático eslogan de «Paz en Vietnam». Acostumbraban a pensar que De Gaulle era un ser arcaico, pero, por el contrario —sostenía *Sobre la miseria* proféticamente—, su gobierno disponía de todas las herramientas para administrar la sociedad moderna. Eran los estudiantes los que estaban desfasados, y por eso la basura de la iglesia los seducía tanto. Los estudiantes adoraban el cadáver putrefacto y hediondo de Dios entre fragmentos descompuestos de religiones prehistóricas. El entorno estudiantil, junto con el de las ancianas de provincias, eran los núcleos de mayor fe religiosa. Mientras que otros sectores de la población habían rechazado o expulsado a los curas, los guetos de estudiantes seguían siendo el terreno más fructífero

para la labor evangelizadora. Los estudiantes-curas continuaban «sodomizando descaradamente a miles de estudiantes en sus retretes espirituales».

Los situacionistas consideraban que solo unos pocos estudiantes eran inteligentes. Entre estos se encontraban los que, despreciando el sistema educativo, triunfaban dentro de él porque lo entendían. Conseguían lo mejor que podía ofrecer: subvenciones y becas. Se aprovechaban de sus debilidades, sobre todo de la necesidad de fomentar la investigación. Sin embargo, para ser verdaderamente inteligentes, esos estudiantes debían ir más allá de la rebelión contra sus estudios. Puesto que los estudiantes eran, como la Coca-Cola, productos de la sociedad moderna, su alienación solo se podía vencer por medio de una crítica total del espectáculo. La solución a sus problemas estaba en la abolición del sistema de mercado y su sustitución por una red mundial de comités obreros. La reificación del sistema de mercado era el principal obstáculo para lograr la liberación. La creación había escapado al control de sus creadores. La superación del sistema de mercado significaba el fin del trabajo y su sustitución por otro tipo de actividad. En los comités se anularía la distinción entre trabajo y diversión, y así volverían los verdaderos deseos que el espectáculo reprimía. La revolución proletaria prometía ser un festival en el que el juego sería su máxima racionalidad: «Vivir sin tiempos muertos y disfrutar sin inhibiciones eran sus únicas normas».

Sobre la miseria tuvo enorme repercusión entre los grupos estudiantiles revolucionarios de toda Francia y tal vez de Italia, donde unos estudiantes escribieron una crítica similar de la universidad[167]. En Nanterre, los anarquistas consideraron que el panfleto estaba «bien hecho y era original»[168]. Puede que ayudara a animar a los anarquistas agrupados en la Tendance syndicale révolutionnaire fédéraliste (TSRF) a hacerse con el control de la sección de Filosofía-Sociología-Psicología de la UNEF. Como había ocurrido en Estrasburgo, la TSFR ganó las elecciones en buena medida gracias a la apatía de la gran mayoría. Su plan era aprovechar su posición para declarar la guerra a los exámenes, e invitó a estudiantes, profesores y al decano (al que confundieron a propósito con Maurice Papon, prefecto de la policía parisina entre 1958 y 1967) a una reunión para hablar del tema. Los

anarquistas esperaban una baja asistencia de no más de 50 personas; sin embargo, para su sorpresa, más de 200 acudieron al debate. La crítica de los exámenes seguiría siendo una cuestión fundamental para el movimiento estudiantil. No era de extrañar, ya que el sistema universitario francés concedía gran importancia, por no decir toda, a los exámenes finales. *Sobre la miseria* ya había cuestionado los exámenes, pero los estudiantes de Nanterre llevaron sus críticas más lejos. Los exámenes, afirmaron, no eran procesos de aprendizaje. Provocaban ansiedad y, lo que tal vez fuese lo peor de todo, abstinencia sexual. También discriminaban a tiempo parcial a los estudiantes, a los que no les quedaba más remedio que trabajar para ganar un sueldo y, por lo tanto, tenían menos tiempo para estudiar.

A unos cuantos los motivó la crítica del arte de inspiración situacionista. Pensaban que el arte no debía permanecer separado de la revolución, sino fundirse con ella. Lefebvre había invitado al campus a Jean-Jacques Lebel, discípulo del Living Theater, que era famoso por haber introducido los *happenings* en Francia. El 10 de febrero de 1967, Lebel, que más tarde desempeñaría un papel clave en la ocupación del teatro Odéon, organizó un *happening* al estilo estadounidense para el cuerpo estudiantil. Asistió gran número de espectadores, que rápidamente empezaron a desorientarse por la cantidad cada vez mayor de interrupciones por parte del público. Enseguida fue imposible distinguir lo que eran interrupciones y lo que formaba parte de la representación. Los libertarios interrumpieron a un «hermoso actor negro» para preguntarle si «follaba»[169]. Continuaron con la provocación tirando yogures que habían robado del restaurante de la universidad a Lebel y su compañía. Después de la representación, agitadores y actores se reconciliaron tomando jarras de cerveza en la cafetería.

Pronto la vanguardia tuvo otro ejemplo de los riesgos de ir a Nanterre. Al poco del *contrahappening* de Lebel, se programó que unos «estudiantes-poetas» leyeran sus «poemas *happ*[*ening*]». Varios estudiantes de tendencia situacionista, que se oponían a lo que consideraban una muestra más del «espectáculo artístico», decidieron perturbar el desarrollo del acto. Hubo escaramuzas durante la lectura, y al día siguiente los responsables de los disturbios publicaron un panfleto:

El lunes 11 de diciembre, una tropa de estudiantes poetas, «la mayoría con obras publicadas»,

presentaron el espectáculo titulado «Poemas *happ*». Era un *happening*. Terminó mal, con policías en el escenario [...]

Dos estudiantes revoltosos gritaron: «Los policías y curas de mañana también serán poetas» [...] A nosotros nos tendrían que haber hablado de Nanterre, ciudad modelo, barriada [...] norteafricanos, el metro, la municipalidad estalinista, la futura prefectura, el futuro cuartel de la Guardia Republicana. También nos tendrían que haber hablado de la Universidad de Nanterre, un gueto universitario en proceso de cibernetización, con represión sexual, represión policial, una lista negra de alborotadores, comunidad cristiana, jóvenes burócratas de la UNEF [...]

«Seguro que ahí nos aburrimos», dijo Breton en 1932. EL ABURRIMIENTO ES CONTRARREVOLUCIONARIO.

La lucha contra los policías, curas, cibernetizadores, profesores y futuros sociólogos empieza hoy.

No habrá clemencia con los aficionados y profesionales del mundo del espectáculo.

Contra el aburrimiento, el juego.

Contra los «poetas», la vida [...]

«De cada auténtico poema se escapa un soplo de libertad»[170].

Esta nueva ola dadaísta y surrealista siguió escandalizando a los no iniciados. La vista disciplinaria de René Riesel, uno de los autores del panfleto, contribuiría más tarde a desencadenar los disturbios estudiantiles de París de principios de mayo.

Los que eran menos extremistas que los situacionistas y estaban más interesados en la política estudiantil *per se* tenían la opción de unirse a uno de los mayores objetos de burla de los *situs*, la UNEF, la principal organización de estudiantes de Francia. La UNEF tenía un pasado distinguido en la política de izquierdas de posguerra. Ya en 1948 había condenado la guerra francesa de Vietnam[171]. Su reputación entre los progresistas aumentó aún más por su fuerte oposición a la guerra de Argelia. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta, la UNEF, junto con movimientos católicos de izquierda, apoyó la independencia argelina y dio ayuda al FLN (Front de Libération Nationale), lo cual a algunos nacionalistas y patriotas franceses les pareció una traición. Durante el conflicto de Argelia, como volvería a ocurrir en 1968, la UNEF fue más allá de las prácticas políticas convencionales de la izquierda —PCF y CGT incluidos, por supuesto—[172]. Fue la primera en establecer la costumbre de usar con regularidad las aulas universitarias para llevar a cabo actividades antibélicas. Entre 1958 y 1962, la UNEF participó en 11 huelgas y manifestaciones nacionales contra la guerra y en defensa de las instituciones republicanas. En 1961, esas iniciativas llevaron a la creación del «frente sindical», o *intersyndicalisme*, a través del cual la UNEF e incluso

sindicatos mayoritarios como la CGT, la CFTC (Confédération française des travailleurs chrétiens) y la FO (Force ouvrière) exigieron una solución negociada al conflicto y la autodeterminación del pueblo argelino. En circunstancias distintas, este frente unido de estudiantes, profesores y trabajadores resurgiría en Mayo del 68.

A finales de la guerra de Argelia, el «fascismo» y terrorismo de la OAS (Organisation Armée Secrète), que luchaba despiadadamente para que Argelia siguiera siendo francesa, eran motivo de especial preocupación para los progresistas. El 8 de febrero de 1962, la FEN (Fédération de l'éducation nationale), la CGT, la CFTC y la UNEF organizaron una manifestación anti-OAS a la que acudieron 10.000 personas. La policía cargó contra los manifestantes en la estación de metro de Charonne. Hubo 150 heridos y nueve muertos, entre ellos tres mujeres y un niño[173]. El 13 de febrero, la reacción antifascista culminó en una movilización que congregó a cientos de miles en el funeral de las víctimas de lo que muchos llamaron «la masacre de Charonne». La militancia de la UNEF durante el conflicto argelino llevó al gobierno a cortarle las subvenciones, pero la organización pudo seguir financiándose con aportaciones de la CGT, la FEN, el SNI (Syndicat national des instituteurs) y la Ligue française de l'enseignement[174]. A principios de los sesenta, la nueva prominencia de la UNEF reflejó el poder demográfico en aumento y la cada vez mayor autonomía política de la juventud.

Una vez terminada la guerra de Argelia, la organización pasó a centrarse más en las necesidades de los estudiantes y se manifestó contra las políticas educativas del gobierno, las cuales, según afirmaba, habían conducido a la masificación y a unas instalaciones insuficientes. Hubo una huelga en noviembre de 1963 por esas cuestiones que llevó al cierre de varias instituciones parisinas y de provincias. El sindicato docente de inclinación izquierdista, SNESup (Syndicat national de l'enseignement supérieur), apoyó la protesta. Muchos de sus miembros eran profesores jóvenes cuyo número iba creciendo conforme se extendía la educación superior. El SNESup respaldó a la UNEF en febrero de 1964 cuando ésta aprovechó una visita a la Sorbona del presidente de la República italiana para poner en un aprieto al gobierno. La UNEF quería destacar ante la opinión pública la falta de profesorado, las limitaciones de espacio en las aulas y la insuficiencia del

fondo destinado a becas. En lo que sería un anticipo de su reacción de 1968, en febrero de 1964 el gobierno cerró la Sorbona y envió a 5.000 policías, antidisturbios y miembros del CRS (Compagnies républicaines de sécurité) —un cuerpo especializado de antidisturbios con una fama de brutalidad a menudo merecida— a ocupar el Barrio Latino, la Soborna incluida. Los activistas respondieron manifestándose en las estaciones de tren de la margen derecha, donde se detuvo a un estudiante. Poco después, entre 5.000 y 6.000 personas se concentraron para exigir su puesta en libertad. Se formó una coalición antirrepresión de la UNEF, el CFTC y el PSU (Parti socialiste unifié) para intentar liberar al detenido. Sin embargo, en contraste con lo que pasaría en 1968, el gobierno se negó a hacer concesiones. De hecho, a finales de 1964, cuando un nuevo comité de la UNEF organizó una marcha de la Mutualité a la Sorbona, el gobierno la prohibió y desplegó a miles de policías y miembros del CRS que intimidaron a los manifestantes exhibiendo ostensiblemente sus rifles y ametralladoras. Las acciones policiales no provocaron la masiva reacción negativa que tendrían a principios de Mayo del 68. El régimen gaullista ganó esa partida, pero a costa de hacer de la UNEF un enemigo aún más resuelto. Entre 1964 y 1966, los que querían transformar la organización en «la vanguardia de la clase obrera contra el régimen gaullista» se salieron con la suya. La UNEF se convirtió en la bestia negra de Christian Fouchet, ministro de Educación de 1962 a 1967.

El principal rival de la UNEF era la FNEF (Fédération nationale des étudiants de France), que nació en 1961 como reacción a la postura «política» y antibelicista de la UNEF. El régimen trató con favoritismo a la FNEF, de corte más conservador, dándole las subvenciones que negaba a la UNEF. Informes policiales advirtieron de que «muy rápidamente» la derecha y la extrema derecha, en especial los partidarios de Algérie Française, se estaban haciendo con el control de la organización[175]. A lo largo de los siguientes años se impuso una línea más moderada. El secretario general de la FNEF tenía fuertes vínculos con el FO y la CFTC. Trataba por todos los medios de proyectar una imagen centrista y afirmaba que su sindicato apoyaba «el sufragio universal, el pluralismo político y la iniciativa tanto privada como estatal»[176]. La FNEF tenía presencia en Nanterre, pero estaba lastrada por su identificación con el régimen y por su antimarxismo a veces exagerado. Esto

último llevó a la FNEF a tachar de «marxista» una propuesta popular para que el gobierno diera subsidios a los estudiantes[177]. El grueso de partidarios de la FNEF estaban matriculados en carreras de orientación más específica, y eran mucho más escasos en Humanidades, Letras y Ciencias Sociales. La policía concluyó que tenía poca influencia en París[178]. Antes de Mayo del 68, la UNEF seguía siendo la organización estudiantil más popular y contaba con entre 40.000 y 50.000 afiliados, de los que solo alrededor de un tercio pagaban las cuotas[179]. La preponderancia de la UNEF y el carácter minoritario de la FNEF demostraban que la derecha todavía seguía desacreditada entre los estudiantes, aun mucho después del régimen de Vichy. No todos los afiliados de la UNEF o de la FNEF estaban de acuerdo con las posiciones políticas de sus sindicatos. Un número indeterminado de estudiantes apolíticos o pragmáticos se unían a un sindicato, ya fuera la UNEF o la FNEF, para beneficiarse de los servicios que prestaba, los cuales incluían la publicación de apuntes de clase, la administración de becas y la tramitación de las peticiones de los estudiantes.

Como en otras universidades francesas, la sección de Nanterre de la UNEF pasó a ser menos un sindicato y más un club en el que diversas tendencias —facciones de la UEC, trotskistas y anarquistas— se enfrentaban para intentar hacerse con el control de la organización[180]. De los 2.000 estudiantes matriculados en Nanterre en el curso académico 1964-1965, 600 se unieron al sindicato estudiantil, un porcentaje considerablemente alto. De estos, tan solo entre 150 y 200 asistían a las asambleas, incluso en los momentos de crisis, y únicamente 50 estaban dispuestos a colaborar en el trabajo y necesidades organizativas del sindicato. En Nanterre, fundada en el periodo posheroico de la oposición estudiantil a la guerra de Argelia, la UNEF perdió influencia después de 1966. Los estudiantes de Nanterre tal vez identificaran a la UNEF con la Sorbona y pensasen que no se ocupaba como era debido de las necesidades de su nueva universidad[181]. Aunque seguía contando con 600 estudiantes en sus filas en 1967, el aumento por cinco del número de matriculados indica que el porcentaje de afiliados había caído de un 30% a un 6%. Cincuenta fervientes militantes, procedentes de varios grupúsculos, formaban el núcleo de la organización. Estos activistas eran mayoritariamente varones, lo que refleja la renuencia a nivel nacional de las

féminas a unirse a sindicatos estudiantiles o a grupos de interés.

Muchos radicales de la UNEF no se dedicaban tanto a las labores tradicionales del sindicato de proporcionar servicios a los estudiantes como a cuestiones más amplias en las que se unían sus intereses por los estudiantes, los trabajadores y el Tercer Mundo. Los más activos de ellos también luchaban contra el imperialismo, encarnado especialmente en la guerra de Vietnam, que sería la responsable de incitar a la acción a numerosos militantes[182]. El antiimperialismo francés se transformó en el siglo XX. Pasó a ser internacionalista, despojándose de su orientación nacionalista decimonónica, cuando estudiantes de derechas atacaron al arquitecto del imperio, Jules Ferry, y ensalzaron al patriota fanático Paul Déroulède. El antiimperialismo internacionalista confluyó con el antifascismo heredado del Frente Popular de finales de los años treinta en el momento en que la Ligue d'action universitaire républicaine et socialiste exige que «los jóvenes intelectuales franceses apoyen las legítimas demandas de la clase trabajadora»[183]. Empleando unos términos que se anticipaban a los de los radicales de los sesenta, la Ligue pedía que los «obreros intelectuales» se negaran a explotar a los obreros manuales en beneficio del gran capital.

Entre 1965 y 1967 hubo algunos ataques fascistas esporádicos en Nanterre que impulsaron a los estudiantes antiimperialistas y antifascistas a unirse. El grupúsculo de extrema derecha más destacado era Occident, que tenía entre 500 y 600 miembros, la mayoría de los cuales vivían en la región de París. La organización nació a principios de 1964 como resultado de la fractura de la Fédération des Étudiants Nationalistes. En un principio sus componentes apoyaban al furibundo nacionalista Pierre Sidos, que propugnaba el combate violento contra la izquierda. Las autoridades no vieron esas actividades con buenos ojos y, como resultado, Occident se volvió una organización semiclandestina y obsesionada con la seguridad. Cambiaba de sede con frecuencia y sus integrantes recibían entrenamiento paramilitar. En 1966 apartaron a Sidos del liderazgo. Entre los nuevos dirigentes se encontraba Alain Madelein, que entonces tenía 23 años y luego sería líder de la derecha liberal. Occident seguía la tradición intelectual derechista de Maurice Barrès, Charles Maurras, Pierre Drieu La Rochelle y Robert Brasillach. No se consideraban fascistas, ya que estaban en contra de un poderoso Estado

centralizado y apoyaban una Francia descentralizada, pero a la vez jerarquizada y «sindical». Un informe policial hacía referencia a su pequeño número de militantes, cuyo «dinamismo infatigable» compensaba su debilidad numérica: «Los comandos [de Occident] están bien dirigidos y armados con barras de hierro y mangos de hacha. Atacan objetivos concretos —teatros, sedes de partidos [de izquierdas], librerías y a estudiantes negros e izquierdistas—, y por lo general ganan pequeñas escaramuzas que tienen gran repercusión». Esos comandos estaban activos en Nanterre y en el Barrio Latino e intentaron infiltrarse en «ciertas organizaciones apolíticas» como la FNEF para hacerse con su control[184].

Por mucho que negasen ser fascistas, racistas o antisemitas, los *gauchistes* los veían como tales[185], opinión que secundaban los estudiantes africanos, judíos y árabes que no estaban dispuestos a consentir las repetidas incursiones violentas de la extrema derecha. Los enfrentamientos entre la extrema derecha y la extrema izquierda en Nanterre fueron distintas a las del Barrio Latino. En este eran como un ritual que se desarrollaba en lugares habituales de confrontación, con lo que no afectaban directamente a la mayoría de estudiantes. En Nanterre las refriegas ocurrían justo delante de los colegios mayores del campus, los centros sociales de la vida estudiantil. Muchos residentes apolíticos se indignaron por las tácticas de comando de los *nazillons* (pequeños nazis), que iban desde París sin previo aviso proclamando a alaridos «Occident vencerá», gritando contra «la escoria roja» y dejando tras de sí su símbolo de la cruz celta[186]. Estos grupos de entre 20 y 40 jóvenes tenían un estilo a lo cabezas rapadas *avant la lettre*. El 17 de octubre de 1966, siete activistas de Occident, armados con barras de hierro, atacaron a miembros del JCR que repartían propaganda en Nanterre. Los izquierdistas contraatacaron rápidamente y estuvieron a punto de linchar a los derechistas. Al día siguiente, 25 militantes de Occident, provistos de palos y con cascos en la cabeza, se bajaron de su furgoneta como si fueran un escuadrón para enfrentarse a varios cientos de *gauchistes*. Estos, que también llevaban palos y cascos, completaban su arsenal con piedras y cócteles molotov. Hubo varios heridos en la batalla. En una confrontación posterior del 2 de noviembre, los asaltantes de Occident, peor equipados, sufrieron una «derrota total»[187]. Con el fin de combatir esas incursiones fascistas, todos los

grupos de extrema izquierda se pusieron de acuerdo para vender juntos sus periódicos en la calle. Este tipo de coordinación anticipó futuras coaliciones antifascistas. Al llegar el curso académico 1967-1968, los asaltos fascistas casi habían terminado. Como veremos, los comandos de extrema derecha pasarían a partir de ahí a concentrarse en el frente parisino propiamente dicho. En Francia, como en Italia, los jóvenes izquierdistas reaccionaron a los estímulos agresivos de sus homólogos de extrema derecha.

Las luchas antifascista y antiimperialista siguieron siendo fundamentales para la UNEF, ya que le proporcionaban la base a partir de la cual los miembros de varias tendencias izquierdistas podían construir un grupo de trabajo. El antifascismo y el antiimperialismo ofrecían puntos de coincidencia a grupúsculos enfrentados entre sí por hacerse con el liderazgo y el dominio ideológico de la futura revolución obrera. Hasta los comunistas pudieron participar en las campañas contra Estados Unidos y a favor del Vietcong[188]. Al mismo tiempo, no es que el antiimperialismo y el antifascismo monopolizaran la teoría y práctica de la UNEF. A diferencia del periodo de la guerra de Argelia, en que el anticolonialismo se había convertido en su razón de ser política, la UNEF dedicó sus energías a criticar a la universidad y la sociedad burguesas. Varios panfletos de inspiración *gauchiste* pretendían demostrar que la universidad encajaba en una «formación social capitalista», lo cual, argumentaban, solo podría ser vencido por una revolución obrera[189].

Aunque el anticapitalismo pudiera juntar a activistas en una causa común, no fue tan efectivo a la hora de unir a gran número de estudiantes que estaban más preocupados por sus motivos de queja particulares, uno de los cuales tenía que ver con el sexo. Las restricciones para recibir visitas en los colegios mayores provocaron un enorme descontento por toda la región de París. Los jóvenes atacaron el *ordre moral*, o moral tradicional, de la administración universitaria gaullista, lo que demostraba la fuerza de la corriente libertaria de mitad de los sesenta. Los estudiantes universitarios rechazaron el *internat*, o régimen disciplinario, de los liceos cuando se impuso en los colegios mayores.

A menudo se considera que fueron los *enragés* de Nanterre los que crearon el movimiento, pero un punto de partida igual de lógico podría ser Antony, donde en 1962 los estudiantes ya estaban protestando por las

restricciones en los colegios mayores[190]. Entre 1955 y 1957 se construyeron ocho residencias de estudiantes de cuatro, cinco y ocho plantas en 11 hectáreas de ese *banlieue* a unos 20 kilómetros al suroeste de París[191]. Esas residencias daban alojamiento a estudiantes que iban todos los días a sus clases y trabajos en París utilizando transporte público o sus propios vehículos. El complejo incluía comedores, tres guarderías, un jardín de infancia, campos deportivos y una biblioteca. De hecho, la intención de Jean Zay, ministro de Educación durante el Frente Popular, al hacer ese complejo residencial que recibió su nombre era proporcionar alojamiento decente a estudiantes de rentas bajas. Durante su gestión al frente del ministerio, Zay creó el Centre Régional des Oeuvres Universitaires et Scolaires (CROUS), que regulaba la vida material y social de los estudiantes. Un informe de los años sesenta de la Prefectura de Policía, muy interesada en esas residencias de estudiantes de Antony, dejaba constancia de que allí vivían casi 3.000 jóvenes nacidos después de la Guerra y gran número de estudiantes extranjeros. Muchos eran de familias humildes, trabajaban a la vez que estudiaban y no se podían permitir los alquileres de la ciudad de París. En 1967 su población incluía a 1.513 solteros, 310 solteras y 488 parejas casadas. Los estudiantes se especializaban en cantidades prácticamente iguales en Ciencias, Derecho y Humanidades, aunque las mujeres se inclinaban más por esa última área de estudios. Los estudiantes extranjeros, en total 658 —o casi un 23% de los residentes—, eran mayoritariamente africanos, lo cual reflejaba tanto el ocaso del Imperio Francés como el comienzo de una nueva sociedad multicultural. Trescientas treinta y ocho eran de África occidental y central (*Afrique noire*), 130 de Argelia, 78 de Túnez y 44 de Marruecos. Trescientas sesenta y tres (un 62%) eran hombres solteros; 172 estaban casados y solo 55 (un 9%) eran mujeres solteras.

En 1962, los residentes de Antony destrozaron una portería desde la que un conserje o un guarda controlaba las visitas a un colegio mayor femenino. Era un desafío a la política oficial de prohibir la mezcla de sexos en las habitaciones, y durante un tiempo sin especificar pudo entrar allí quien quisiera con unos resultados que, según el director del centro, rayaron en la indecencia: «Este experimento [de liberalización de 1962] fue un fracaso. Los estudiantes eran incapaces de obedecer las normas. Las dificultades para

hacerlas cumplir y la falta de sanciones dieron pie a tanto libertinaje que las autoridades tuvieron que actuar para preservar la decencia»[192]. En 1963-1964, los residentes de Antony secundaron una huelga a nivel nacional en demanda de alquileres más bajos que consiguió su objetivo[193], y tras la que obtuvieron una reducción de tasas de alojamiento, guarderías y lugares de reunión y centros sociales[194].

En septiembre de 1964, antes de que comenzara el curso académico, hubo cierta agitación por una serie de cuestiones. Los estudiantes extranjeros exigieron la apertura de un restaurante: «El 4 de septiembre de 1964 [...] 100 estudiantes, liderados por la señorita C., rodearon el apartamento del administrador. Se retiraron antes de que llegara la policía. El objetivo de la manifestación era que se adelantase la fecha de apertura del restaurante [...] La mayoría de manifestantes eran extranjeros o africanos»[195].

Los sindicalistas estudiantiles se quejaron de que se quitaran los carteles de la Association des étudiants de la résidence universitaire d'Antony. La AERUA nació en 1957 durante las protestas por la guerra de Argelia. En aquel momento la asociación atrajo a gran número de estudiantes africanos y franceses cercanos a la UNEF que se oponían a la guerra. En 1964, la plataforma antibelicista ya había sido reemplazada por la reivindicación de que hombres y mujeres tuviesen derecho a visitarse en sus alojamientos con menos restricciones. El movimiento de 1964 demostró lo mucho que había cambiado la educación superior desde principios del siglo XIX, cuando se esperaba que los estudiantes e incluso los profesores fueran solteros y castos[196]. Los primeros siguieron insistiendo en su derecho a visitarse sin trabas.

Se diría que buena parte de la batalla por la libertad sexual ya se había librado y a menudo ganado con anterioridad a 1968. La película de Brigitte Bardot *Y Dios creó a la mujer* (1956) fue un hito cultural. La sensual actuación de Bardot «reveló a los franceses que habían cambiado, que los viejos códigos morales ya no se sostenían»[197]. La película dio inicio a una ola cinematográfica juvenil que destronó a las venerables estrellas masculinas Jean Gabin y Pierre Fresnay[198]. También en 1956 empezó su actividad la primera agencia de planificación familiar, la Association Maternité Heureuse.

La moral sexual católica tradicional ya estaba a la defensiva mucho antes de los años sesenta. Las francesas continuaron practicándose abortos ilegales, que se estimaban en 800.000 al año a finales de los cincuenta[199]. Aún más revelador es que, en vísperas de Mayo del 68, un 65% de católicas utilizaran métodos anticonceptivos prohibidos por la Iglesia[200]. Muchas que no usaban las técnicas de control de natalidad que la legislación Neuwirth de 1967 legalizó siguieron recurriendo al aborto clandestino[201]. La organización estudiantil para la ayuda mutua MNEF hizo campaña en contra de «las viejas ideologías de moral sexual» y a favor del «derecho de la juventud a amar». A menudo eran protestantes del Mouvement Français pour le Planning Familial (MFPF) quienes estaban a cargo de las agencias de planificación familiar, las cuales sostenían que las mujeres eran «una “minoría” oprimida»[202].

En enero de 1965, 1.500 residentes de Antony firmaron peticiones reclamando tasas de alojamiento más bajas y liberales —si bien no liberadas— y derechos de visita: «[Exigimos] la adopción de un nuevo conjunto de normas que entienda que los estudiantes somos personas adultas y responsables»[203]. Insistían en la «interrupción inmediata» de los proyectos de construir porterías desde las que conserjes y guardas pudieran controlar las visitas a los colegios mayores masculinos y femeninos. De hecho, querían conservar el *statu quo* que *de facto*, pese a las restricciones oficiales, les permitía contar con fácil acceso a las residencias del sexo opuesto. Había un colegio mayor femenino, por ejemplo, que tenía tres entradas de las cuales dos no disponían de portería para el conserje. Los manifestantes sabían que la construcción de «*loges de concierge* tiene el objetivo específico de restringir las entradas y salidas nocturnas»[204]. Su resistencia fue efectiva: «Solo se ha podido construir uno [de los puestos de observación], y, lo que es más importante, en una residencia femenina [...] No se habría podido hacer sin contar con protección policial»[205].

La administración respondió a las protestas con cierto grado de tolerancia. Pese a la prohibición absoluta de «cualquier propaganda política o religiosa», permitió publicaciones de partidos y sindicatos, como por ejemplo el periódico del PCF *L’Humanité*. Los estudiantes franceses de Antony no necesitaron organizar enormes manifestaciones y sentadas para asegurarse el derecho a participar en actividades políticas, como le había ocurrido al

Movimiento por la libertad de expresión de Berkeley en 1964[206]. Sin embargo, las autoridades francesas siguieron sin transigir con respecto a la terminación de las construcciones para controlar los movimientos de los residentes. El director manifestó su voluntad de que «todos los visitantes a un colegio mayor fueran vistos por un conserje». Los hombres tendrían «libertad restringida», mientras que las mujeres, muchas de ellas menores, continuarían bajo una supervisión más estricta en sus residencias. La noche del 16 al 17 de febrero de 1965, unos residentes sin identificar tomaron cartas en el asunto destruyendo un muro que separaba las residencias B y D[207]. Una asamblea general de estudiantes se opuso a su reconstrucción. Aun así, la construcción prosiguió en la primavera de 1965, aunque se detuvo temporalmente en junio en respuesta a las quejas de los estudiantes de que había demasiado ruido durante el periodo de exámenes. Se reemprendió en julio, pero los estudiantes sabotearon los buldóceres causando daños por valor de entre 2.000 y 3.000 francos. El comienzo de las vacaciones de los trabajadores en agosto retrasó aún más la terminación del proyecto. En otoño de 1965, los administradores, pensando que el descontento se limitaba a una «minoría», siguieron negándose a aceptar las peticiones de los sindicatos estudiantiles de liberalizar las visitas y bajar el precio del alojamiento. Los opositores a la medida advirtieron a la administración de que había muchas posibilidades de que los estudiantes sabotearan las porterías de los conserjes. Las autoridades sospechaban que el objetivo final de la AERUA era instaurar un «régimen de libertad» en Antony que les preocupaba que pudiese servir de modelo para otras residencias universitarias de estudiantes de todo el país[208]. Por lo tanto, el director de Antony adoptó una postura dura. Se negó a permitir las continuas violaciones de las normas y se empeñó en salvaguardar el *statu quo*, intentando que los estudiantes entendiesen que «los métodos de acción directa, que se caracterizan por sus mentiras sistemáticas y una agitación incesante, no son compatibles con la cogestión o la simple colaboración»[209]. Así pues, al comenzar el curso académico de 1965 continuaron los enfrentamientos entre una administración *in loco parentis* y los estudiantes, que se consideraban adultos y responsables en el terreno de lo sexual.

La credibilidad de la administración se debilitó al mezclarse cuestiones de seguridad, de moralidad y de pureza racial. Los vigilantes nocturnos tenían

conflictos esporádicos con visitantes no autorizados a las residencias femeninas. Los incidentes estallaban cuando desconocidos o novios contrariados intentaban meterse en las habitaciones de las mujeres por la fuerza. Los vigilantes estaban sobre todo alerta ante la aparición de extranjeros, en especial de africanos. Un guarda afirmó que «el 80% de las infracciones que tienen lugar en la residencia las cometen africanos». Sin embargo, sus propias estadísticas refutaban su acusación. De los 33 hombres a los que interrogó ese vigilante nocturno entre el 30 de noviembre de 1964 y el 6 de junio de 1965, solo seis eran africanos. Las afirmaciones sin fundamento del vigilante dieron crédito a las acusaciones de la sección de Antony de la UNEF de que el director insistía en que se cumplieran las normas de las residencias a rajatabla porque quería impedir el mestizaje: «El señor X [...] justifica la estricta aplicación de las normas por la necesidad de impedir que las jóvenes se relacionen con estudiantes africanos y argelinos»[210].

La masiva resistencia estudiantil a la construcción de las porterías culminó en octubre de 1965. Hubo manifestaciones y ocupaciones «espontáneas» el viernes 1 de octubre, tanto antes como después de una reunión de residentes que se oponían a la construcción de esos puestos de observación. Muchas jóvenes tomaron parte muy activa en la lucha, pero la suya era una oposición al proyecto con matices. No se oponían a la portería *per se*, ya que estaban de acuerdo en que era necesaria por razones de seguridad. «Las jóvenes del *pavillon* saben muy bien que por razones de seguridad las porterías son necesarias, pero también saben que las normas en vigor restringen en exceso nuestra libertad y nuestra vida en la residencia»[211]. De hecho, había numerosos robos en las habitaciones y los aparcamientos durante el día, mientras muchos residentes estaban trabajando o estudiando en París. Aunque las mujeres estuvieran de acuerdo en principio con mejorar la seguridad, también se oponían al uso de la portería para imponer lo que consideraban unas normas desfasadas que restringían su libertad personal de elección. El sábado 2 de octubre, entre 40 y 50 manifestantes seguían ocupando la obra. Afirmaban tener el apoyo de cientos de sus camaradas, tanto hombres como mujeres. La agitación era lo bastante seria y extensa para que la administración y el propio rector, el cual fue «informado de que cierto

número de estudiantes se oponían con violencia y amenazas a la ejecución de la obra encargada por la administración», se decidieran a autorizar la entrada de la policía para que pusiese fin a la sentada[212]. Según los estudiantes, se dio luz verde al «aparato represor del Estado», en forma de entre 600 y 800 policías, para que se hicieran con el control del lugar[213]. Se pintaron grafitis que denunciaban la presencia de las fuerzas del orden. La reacción negativa generalizada a la represión policial contra los estudiantes de la segunda mitad de la década de los sesenta comenzó en Francia en Antony. Otros países occidentales, en especial Estados Unidos e Italia, experimentarían reacciones negativas similares a la intervención de las fuerzas del orden en los campus.

El modo en que la administración procesó a los estudiantes que participaron en los disturbios fue polémico. De entre docenas de manifestantes, se escogió a destacados militantes sindicalistas contra los que se presentaron cargos ante el consejo disciplinario de la universidad. Hasta el director del complejo residencial dudaba de que hubiese sido muy acertada su propia decisión de que «unos cuantos estudiantes cargaran con la culpa de un error colectivo»[214]. No obstante, él también estaba decidido a domesticar a la asociación de residentes, ya que se corría el riesgo de que su enérgico reto —«por medio de la acción directa»— a las normas y la moral oficial se extendiera a otras universidades. La decisión de llevar ante el consejo disciplinario a ocho activistas —cuatro hombres y cuatro mujeres— tuvo el efecto inmediato de agravar las tensiones. Casi 600 residentes firmaron una petición en defensa de sus compañeros perseguidos[215]. Otra petición del 14 de octubre, suscrita por 100 residentes femeninas, protestaba contra la presencia policial en el complejo. El 16 de octubre se reunió el consejo disciplinario para decidir la suerte de los militantes. Estaba formado por un representante del rector, el director de la residencia, un profesor y tres estudiantes que, según aseguraron los acusados, eran miembros de la Fédération des Étudiants de Paris (FEP), organización rival de la UNEF. Los acusados contaban con el apoyo de su abogado y de Marc Kravetz, vicepresidente de la UNEF. El consejo decidió expulsar indefinidamente de todas las residencias universitarias a tres de los hombres y a dos de las mujeres. A otro hombre y otra mujer se les expulsó un año, mientras que a un estudiante varón no se le impuso ninguna sanción[216]. Fueron unos castigos

relativamente severos que, de forma imprudente, no tuvieron en cuenta el amplio apoyo a los acusados. Sus compañeros residentes habían escrito en solidaridad con ellos 610 cartas en las que afirmaban haber cometido también sus mismas infracciones.

La noticia de las siete expulsiones provocó más actos y declaraciones de solidaridad. Muchos militantes ensalzaron a los sancionados como «rehenes de *l'ordre moral*»[217]. Hubo activistas que vincularon la persecución de su organización sindical y sus militantes con el intento del gobierno de aplastar la resistencia a la implementación del plan Fouchet, que pretendía modernizar la educación superior y transformar las universidades «de acuerdo con las necesidades del capital»[218]. La UNEF temía que las expulsiones y la prohibición anexa de que utilizaran los restaurantes del complejo universitario causaran problemas económicos a los siete sancionados que los obligaran a dejar la universidad. La izquierda supuestamente puritana salió en defensa de los siete, lo que prefiguró su apoyo a los estudiantes en la segunda mitad de Mayo del 68. La diputada del PCF por el Sena, Marie-Claude Vaillant-Couturier, manifestó su solidaridad con los siete. El grupo comunista del Conseil général de la Seine criticó la «represión policial» y exigió «la inmediata anulación de las sanciones»[219]. Grupos de estudiantes socialistas, protestantes y judíos se opusieron a que se expulsara a los activistas de la UNEF cuando se permitía que «conocidos fascistas» atacasen impunemente a sus rivales en el Barrio Latino[220].

El cumplimiento de las expulsiones agravó los problemas. El día fijado para el desalojo, el martes 23 de noviembre, los infractores se resistieron a dejar sus habitaciones. Se montó un piquete y una endeble barricada de muebles para impedir el acceso de quienes tenían que echarlos de allí: «Pusieron mesas delante de las puertas, y los implicados [los estudiantes sancionados] se negaron a salir de sus habitaciones hasta que recibieran instrucciones de la Asociación [AERUA]»[221]. Tanta renuencia convenció a la administración de volver a llamar a la policía, CRS incluida. Desafiando a las fuerzas del orden, entre 400 y 500 estudiantes continuaron con las protestas. La policía dio parte de que habían detenido a 18 estudiantes y siete agentes habían resultado heridos, algunos de ellos en enfrentamientos con miembros del PCF y la UEC[222]. Algunos estudiantes también sufrieron

lesiones, y al menos cinco tuvieron que ser atendidos en la enfermería. Una residente casada resultó gravemente herida cuando un policía sádico le clavó una larga aguja de veterinario de ocho centímetros en el muslo[223]. El médico que la trató en la enfermería confirmó que «ha sido hoy víctima de la brutalidad policial»[224]. Ese acto cruel señaló la lucha entre el Estado y el movimiento estudiantil por controlar los cuerpos de las mujeres y provocó nuevas protestas al día siguiente.

La solidaridad con los estudiantes se extendió. Los alcaldes de Arcueil y Choisy-le-Roi pusieron en tela de juicio las expulsiones, considerándolas muy injustas. La rama de la UNEF de la Universidad de Estrasburgo criticó la brutalidad policial y la «represión de los derechos sindicales»[225]. Otras organizaciones —el PSU, la Ligue française pour la défense des droits de l'homme et du citoyen— también defendieron a los estudiantes. En el propio complejo residencial universitario, algunos de los militantes estudiantiles más destacados fueron elegidos por abrumadora mayoría para el consejo administrativo[226]. Se había formado un frente sólido contra la represión. En la primavera de 1968, la represión policial volvería a tener resultados negativos, pero ese año la brutalidad no se limitó a los *banlieues*, sino que se extendió hasta el corazón del mismo París. Aunque los incidentes de Antony tuvieron cierta repercusión en los medios de comunicación nacionales, el movimiento no consiguió expandirse a provincias o ni siquiera a la capital.

Una de las estudiantes sancionadas recurrió su sentencia, pero el tribunal que revisó el caso justificó desde una posición paternalista el derecho de la administración a construir porterías para proteger a las «jovencitas»[227]. Dictaminó que el director había obrado perfectamente bien al requerir la intervención policial para garantizar que continuasen las obras. Al ocupar el lugar, los estudiantes habían sido culpables de provocar «unos desórdenes graves e intolerables». El tribunal rechazó la alegación de los acusados de ser víctimas de una discriminación injusta por haber sido seleccionados arbitrariamente de entre el gran número de personas que, habiendo estado en las manifestaciones y habiendo obstaculizado la construcción, no habían sido procesadas. Tampoco aceptó el razonamiento de que se había perseguido a los estudiantes sancionados por ser sindicalistas. El tribunal juzgó que la AERUA no podía considerarse un sindicato, sino más bien una asociación,

puesto que los estudiantes y residentes de los colegios mayores no ejercían una profesión ni tenían trabajo fijo.

La repulsa de los estudiantes siguió provocando problemas. El director del complejo residencial, agotado emocionalmente, presentó su dimisión para proteger a su numerosa familia (tenía seis hijos) de las «consecuencias de los sucesos»[228]. Después de que pidiese el traslado a provincias, a la sazón más tranquilas, lo nombraron director de un liceo. Su renuncia fue aceptada de mala gana por sus superiores, los cuales acertaron al predecir que los estudiantes, que habían «actuado con violencia y maldad», se regodearían con su marcha. Ciertamente la dimisión levantó la moral de los activistas, quienes concluyeron que esa abdicación del cargo representaba «el fracaso de las políticas coercitivas» y desmoralizaba aún más a un equipo de gobierno ya de por sí «traumatizado» que «necesitaba de apoyo para devolverle la confianza»[229]. El director de la residencia fue uno de los primeros funcionarios estatales —que abarcan desde personal de seguridad hasta presidentes— del mundo occidental a los que las protestas estudiantiles obligaron a dejar su puesto. En enero de 1966 se nombró nuevo director a Jacques Balland, de 36 años. Este miembro de la SFIO y profesor agregado de Historia no era ningún reaccionario. Su nombramiento reveló cierto liberalismo o al menos flexibilidad por parte del Ministerio gaullista de Educación que fueron poco apreciados. Siendo presidente de la UNEF en 1955, Balland había organizado la primera visita desde 1947 de estudiantes chinos y soviéticos a Francia.

Con rapidez y buen tino, el nuevo director decidió consentir las prácticas de cohabitación y manifestó en repetidas ocasiones su deseo de trabajar en armonía con los estudiantes[230]. Su rendición puso fin a lo que se conoció como «la guerra del amor» de Antony. Ballard se esforzó por mejorar las relaciones con los estudiantes activistas cenando con ellos en el restaurante de la universidad. Sin duda consiguió rebajar la tensión, pero no pudo sacar adelante su plan de proteger ciertos derechos de propiedad y de implantar una subida de las tasas de alojamiento. Lo cierto es que los estudiantes recibieron al nuevo director con un boicot a esas tasas. Los estudiantes extranjeros siguieron pagando, si es lo que hacían, las anteriores tasas más bajas. Muchos africanos no pagaban nada y desafiaban las normas dando alojamiento a

amigos, ya fuera en sus propias habitaciones o en catres y colchones en las oficinas de la UNEF. La AERUA los apoyó solicitando y consiguiendo que las puertas permanecieran abiertas toda la noche. Los estudiantes lograron que la vigilancia de los encargados de seguridad no tuviera ningún efecto y fuese «meramente teórica»[231].

En noviembre de 1967, los directores de las diversas residencias universitarias de la región de París aprobaron la liberación *de facto* que ya había tenido lugar en Antony y en otros colegios mayores[232]. Ballard siguió permitiendo casi por completo que se entrara en las habitaciones libremente, a excepción de las menores de edad (menores de 21 años por entonces) que no tuviesen permiso de sus padres para recibir visitas masculinas. Arguyó que esa libertad funcionaba bien y que las quejas (incluidas las denuncias por violación) eran muy escasas. Consideraba que su puesto no lo obligaba a imponer una moral anticuada, sino a asegurarse de que todo funcionara sin problemas en el complejo. También le parecía acertado autorizar los debates políticos y la distribución de propaganda, de manera que todo el mundo pudiera entrar en contacto directo con opiniones contrarias a las propias. Terminado 1967, ese nuevo régimen de libertad había tenido como efecto el debilitamiento del PCF y el apoyo cada vez mayor a otros grupos de izquierdas como la SFIO, el PSU y la CLER. Independientemente de cuál fuera su ideología política, los residentes de Antony tenían tanto poder *de facto* que hasta podían, en contra de lo que habrían querido los administradores, participar en la toma de decisiones con respecto a la readmisión de estudiantes. Asimismo, en las residencias de la Universidad de Grenoble «no había normas, y hombres y mujeres se relacionaban libremente»[233]. Los funcionarios al cargo tenían una actitud flexible y antirrepresiva con la que querían dar carácter oficial a la tolerancia existente.

Nanterre continuó lo que Antony había iniciado, mostrando los límites y, en última instancia, el avance de la permisividad. La vida cultural de la nueva universidad era mínima, con lo que, en tal contexto, los asuntos que afectaban a la propia residencia se convertían en cuestiones de primer orden para sus habitantes, habida cuenta de su relativo aislamiento. En 1964 se inauguraron los primeros colegios mayores, a cuya construcción en los *banlieues* se había opuesto la UNEF por preferir que se ubicaran en zonas más céntricas. Los

edificios, del estilo funcionalista que imperaba en los sesenta, podrían dar alojamiento a unas 1.400 personas[234]. Al igual que en Antony, sus ocupantes procedían en buena parte de familias de provincias de rentas modestas. En general, las residencias y el campus ofrecían pocos servicios. En esa época previa al RER (transporte rápido de París), la frecuencia del transporte al centro de la capital era limitada. Los autobuses finalizaban el servicio a las nueve de la noche, y los trenes que salían de la estación de Saint-Lazare, a medianoche. Pocos estudiantes tenían coche, por lo que los residentes dependían de sí mismos para divertirse. Sus distintos orígenes y religiones no fueron impedimento para que se formara una comunidad estudiantil en esa localización de las afueras. Varios estudiantes transformaron un blocao militar abandonado en un rudimentario bar. El consumo de alcohol e incluso de hachís ayudaba a fomentar la vida social. Se formó una comunidad hedonista con la que superar el aislamiento, la soledad y el anonimato que caracterizaban la vida estudiantil de París[235]. A diferencia de Alemania o Estados Unidos, las universidades francesas no tenían hermandades estudiantiles masculinas ni femeninas, y las residencias de Nanterre fueron la base para futuras acciones de carácter político, ya que parte de sus residentes pertenecían a asociaciones políticas y al grupo de izquierdas que controlaba y organizaba la vida cultural de allí[236].

Las normas que regulaban la vida en la residencia eran una mezcla de prohibiciones tan racionales como irracionales. Los estudiantes no podían mover muebles, clavar chinchetas en las paredes, cocinar en las habitaciones ni dedicarse a actividades políticas. Y, lo que es más importante, pese a que las mujeres podían entrar en los edificios de los hombres, estos tenían muy restringida la entrada a los de ellas[237]. En marzo de 1967, en señal de protesta contra esas restricciones, docenas de estudiantes varones ocuparon una residencia femenina para montar una dormida. La táctica de la ocupación, como las huelgas, era modular o transferible. En un principio había estado asociada a las protestas obreras, que fueron el modelo para la juventud francesa politizada, y se convirtió en un elemento más del repertorio de los movimientos estudiantiles de Europa y Estados Unidos[238]. Su uso por parte de los estudiantes en un contexto nuevo lo convirtió en una forma muy efectiva de protesta: «Así pues, el poder de las protestas no radica ni en su

número ni en su nivel de violencia, sino en su amenaza de traspasar los límites aceptados de comportamiento social»[239]. En este caso, los activistas derribaron la barrera entre lo público y lo privado en su búsqueda de la libertad y el placer personales.

El decano había autorizado que entrara la policía y acordonase la residencia en el caso de que hubiera una ocupación[240]. Como en Antony, la llegada de las fuerzas del orden provocó gran solidaridad con los ocupantes y mostró, al menos para los activistas, el carácter represor de la universidad y de su decano, Pierre Grappin. Un periodista sensacionalista escribió que los ocupantes estaban «rodeados y mimados por una multitud de admiradoras que los tocaban, alababan y se los comían con los ojos»[241]. No obstante, sin duda la reacción femenina debió de ser más compleja. En cualquier caso, los estudiantes universitarios libertarios fueron un ejemplo para los estudiantes de liceos que se quejaban de sus «barracas»[242]. La centralización administrativa dificultaba las líneas de actuación y las complicadas negociaciones entre los funcionarios de Nanterre y las autoridades parisinas centrales. Se llegó a un acuerdo por el que los ocupantes desalojarían el edificio sin recibir sanciones. Varios días más tarde, sin embargo, 29 estudiantes —cinco de los cuales, según los activistas, no habían participado en la ocupación— recibieron cartas de la dirección en las que les informaba de la suspensión de la aplicación de sanciones contra ellos, al tiempo que se les advertía de que no repitiesen sus actos. Los activistas afirmaron con cierta credibilidad que las autoridades estaban incumpliendo el acuerdo. Mucha gente del campus pensó que esa amenaza de sanciones era un castigo por sus actividades políticas, y no por el encierro en la residencia[243]. Las medidas disciplinarias con que se les amenazaba reafirmaron el odio a la universidad burguesa. Los activistas consideraron que se habían puesto de manifiesto sus «estructuras represoras», por más que en Nanterre, a diferencia de Antony, estas no incluyeron el racismo institucional ni la brutalidad policial.

Los sublevados también pensaban que la administración contaba con informantes que le proporcionaban nombres de activistas, los cuales pasaban a formar parte de infames «listas negras»[244]. La mayoría de historiadores, incluidos los de tendencias izquierdistas, consideran la existencia de esas listas negras un mito, pero por entonces los activistas no dudaban de que

fuesen reales. Los anarquistas llegaron a sugerir en broma que el decano Grappin, cuyas simpatías hacia los partidos de izquierda eran bien conocidas, intentaba demostrar que podría ser un buen candidato para el puesto de ministro de Interior en un gobierno gaullista. Cabría pensar que Grappin no era el blanco más idóneo para los ataques de los estudiantes izquierdistas[245]. Antiguo combatiente de la Resistencia que había logrado escapar del tren en que se le deportaba a un campo de concentración, Grappin se había opuesto con firmeza a la guerra de Argelia y había complementado sus políticas de izquierdas con medidas educativas progresistas. En Nanterre quería sustituir el monólogo verticalista que caracterizaba la relación estudiante-profesor en las universidades francesas tradicionales por un diálogo que animase a la participación estudiantil. Su intención era modernizar la enseñanza de las Ciencias Sociales (Sociología, Filosofía, Psicología, Etnología, Demografía y Lingüística), a las que se dedicaba un tercio de los profesores de Nanterre, el mayor porcentaje al que jamás se había llegado en una facultad de Letras[246]. Sin embargo, para muchos estudiantes él representaba el *establishment* y, por lo tanto, era responsable de la represión sexual y de la persecución de militantes.

Estos adornaron sus acusaciones de que existía una «represión» alentada por Grappin. No hay pruebas de que él diera los nombres de los encerrados a la policía, la cual indudablemente tenía sus propias fuentes de información. Y, de hecho, a principios de año los tradicionalistas criticaron al decano por su «lamentable tolerancia» al permitir que se distribuyesen folletos y panfletos cerca de los edificios de la universidad[247]. La junta de facultad negó rotunda y unánimemente la existencia de listas negras en su reunión del 27 de enero, y calificó el bulo de «rumor difamatorio»[248]. El propio Grappin mostró una postura decididamente conciliadora con las exigencias de los estudiantes aun antes de la ocupación[249]. En una carta a su superior, reconocía que los estudiantes habían conseguido una autonomía absoluta en lo concerniente a las residencias. Su poder era tal que obligaba a los directores a consentir la violación de las normas. Grappin tuvo en cuenta los deseos de los residentes de ser tratados como adultos y no como alumnos de instituto. Siguiendo el camino iniciado por el nuevo director de la residencia de Antony, aconsejaba que se liberalizaran las normas y que las decisiones

sobre los colegios mayores de Nanterre se tomaran desde instancias más locales y no desde París. Él y otros administradores de alto rango pedían más fondos para los alojamientos de estudiantes[250]. Durante la ocupación que tuvo lugar el 22 de marzo de 1968 del edificio administrativo de Nanterre, un hecho de vital importancia que condujo a los disturbios de mayo, el decano de Nanterre y su vicedecano se negaron a permitir el asalto policial que ordenó el ministro de Educación, Alain Peyrefitte, para desalojar el edificio[251].

Apenas sorprende que la intervención policial contra la sentada de marzo de 1967 no consiguiese restaurar el orden moral en las residencias. Si algunos consumían drogas (hachís, éter), muchos más hacían caso omiso de las restricciones a relacionarse libremente[252]. Las chicas campaban a sus anchas por las residencias de chicos y viceversa. Al mes del inicio del semestre de otoño del 67, «la situación es de total depravación ... Todo el mundo sabe que no se están aplicando reglas dignas de ese nombre. Impera la anarquía más absoluta»[253]. La basura y el ruido eran omnipresentes a todas horas. Alrededor de la mitad de residentes albergaban en su habitación al menos a un «clandestino» (un amigo que no era residente oficial), y algunos acogían a varios. Estos ocupas ilegales a menudo tenían el descaro de usar la dirección de la residencia para recibir el correo. Varios futuros *enragés*, como se conocería a los prosituacionistas del campus, tenían fama de consumir drogas y de negarse a pagar las tasas de alojamiento. Fueron precursores de los movimientos ocupas de los setenta. Los estudiantes sabían bien que la administración, aunque estuviese en su derecho de pedir que la policía entrara en las residencias, pues solo los edificios dedicados a la enseñanza estaban eximidos de la aplicación del derecho consuetudinario, era renuente al empleo de la fuerza por miedo a provocar más incidentes.

Esa ocupación de la residencia en marzo de 1967 no derivó en un cambio de las normas. El ministro de Educación se negó tajantemente a que los hombres pudieran entrar libremente en los edificios femeninos[254]. En respuesta, los libertarios publicaron un panfleto de tono muy escatológico que comenzaba con una cita de *Sobre la miseria*: «Cuando la gente no se caga en su cara [del estudiante], se mea en su culo»[255]. Con sorna, los anarquistas afirmaban que los estudiantes estarían eternamente agradecidos al Estado

francés por darles una universidad tan preciosa y funcional. Afirmaban estar muy contentos de poder vivir tan cerca de sus clases y lugares de trabajo y que su situación era incluso mejor que la de Sarcelles (otro barrio periférico famoso, como Nanterre, por su fealdad). ¡Qué maravilloso era que uno no tuviese que perder tiempo desplazándose o manteniendo relaciones! Mientras que en el Barrio Latino los estudiantes de izquierdas se dedicaban a salir y debatir, en Nanterre estaban entregados a sus estudios. Solo hacían el amor por razones higiénicas y aceptaban la prohibición de que los hombres entraran a las residencias femeninas. En su eterna sabiduría, el Estado francés entendía muy bien que la juventud necesitaba trabajo. Sabía que los intereses políticos, culturales y sexuales tan solo disminuían la productividad estudiantil. Todos los alumnos estaban de acuerdo en que los deseos individuales e instintivos debían reprimirse para que Francia pudiera ser fuerte y sana. Estaban encantados de que el ministro de Juventud, que había publicado un libro blanco sobre los problemas de los jóvenes, quisiera iniciar un «diálogo» con ellos, y le urgían a considerar unas ideas que los prepararían para la vida adulta:

1. Que todos los jóvenes llevaran uniforme.
2. Que hubiese rangos para los más meritorios y orejas de burro para los que tuviesen actitudes negativas persistentes.
3. Que hubiera castigos físicos para los que profanasen el amor.

A finales del curso académico 1966-1967, un número influyente de estudiantes pensaban que Nanterre era un lugar represivo hasta lo insoportable. Los exámenes, las restricciones a la cohabitación y, lo peor de todo, la intervención policial les habían demostrado que la universidad era parte integral, aunque muy vulnerable, de una sociedad en exceso autoritaria.

---

102. *Quelle université? Quelle société?* (París, 1968), p. 84.

103. Nicole de Maupeou-Abboud, *Ouverture du ghetto étudiant: La gauche étudiante à la recherche d'un nouveau mode d'intervention politique (1960-1970)* (París, 1974), pp. 207, 260 y 289, limita la definición de *ouvriéristes* a aquellos que, como los maoístas, negaron que los estudiantes desempeñaran ningún papel revolucionario en absoluto. Jean Bertolino, *Les Trublions* (París, 1969).

104. Cfr. Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Génération*, 2 vols. (París, 1987-1988), 2: 640, que afirman que los *gauchistes* contribuyeron significativamente al declive ideológico del comunismo.

105. André Stéphane, *L'Univers contestationnaire* (París, 1969), pp. 269 y *passim*. Véase también Marc Kravetz (ed.), *L'Insurrection étudiante* (París, 1968), p. 32, que niega que el movimiento fuese «anticomunista».

106. Marc Goldstein, «Le Parti communiste du 3 mai au 6 juin 1968», *Les Temps modernes*, núm. 269 (noviembre 1968): 831.

107. Cfr. Gianni Statera, *Death of a Utopia: The Development of Student Movements in Europe* (Oxford, 1975), p. 201, que contrasta la utopía «precientífica» y «milenarista» de los estudiantes con el marxismo-leninismo supuestamente más científico.

108. Jérôme Ferrand, *La jeunesse nouveau tiers état* (París, 1968), 50. Jean Fourastié, *Les 40.000 heures* (París, 1965), p. 196. [ed. española: *Inventario del porvenir: las 40.000 horas*, Cid, 1966].

109. Michel Winock, «Années 60: La poussée des jeunes», en *Études sur la France de 1939 à nos jours* (París, 1985), pp. 304-322.

110. John R. Gillis, *Youth and History* (Nueva York y Londres, 1974), pp. 185-209.

111. Adrien Dansette, *Mai 1968* (París, 1971), p. 25; Alain Monchablon, *Historie de l'UNEF de 1956 à 1968* (París, 1983), p. 14 y 185; véanse también las estadísticas en Theodore Roszak, *The Making of a Counter Culture* (Nueva York, 1968), p. 28 [ed. española: *El nacimiento de una contracultura*, Kairós, 2005].

112. Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics 1943-1988* (Londres, 1990), p. 299.

113. Philippe Labro (ed.), *Ce n'est qu'un début* (París, 1968), p. 260; Statera, *Death*, p. 213; «L'Origine et sens du mouvement», *Esprit*, núm. 372 (junio-julio 1968): 1057.

114. François Bourricaud, *Universités à la dérive* (París, 1971), pp. 44-48.

115. Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *Les Héritiers: Les étudiants et la culture* (París, 1964), pp. 129-131; Raymond Boudon, «Quelques causes de la révolte estudiantine», *La Table ronde*, núms. 251-252 (diciembre-enero 1968-1969): 178; Bertolino, *Trublions*, p. 212; A. Belden Fields, *Student Politics in France: A Study of the Union Nationale des Étudiants de France* (Nueva York, 1970), p. 144.

116. Mattei Dogan, «Causes of the French Student Revolt in May 1968», en Stephen D. Kertesz (ed.), *The Task of Universities in a Changing World* (Notre Dame, Ind., 1971), p. 313.

117. Fields, *Student Politics*, p. 86.

118. Louise Weiss, «Télémaque 1969», *Guerres et Paix*, núms. 14-15 (1969-1970): 50. Cfr. la afirmación de Jacques Chirac, secretario de estado de Empleo, citado en Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 311: «No creo que el miedo al paro sea la causa del descontento estudiantil».

119. Bourricaud, *Universités*, p. 67.

120. Dansette, *Mai*, p. 31; Bourricaud, *Universités*, p. 69.

121. Dansette, *Mai*, p. 32; Bourricaud, *Universités*, p. 43-64.

122. Dansette, *Mai*, p. 32. Véase George Weisz, *The Emergence of Modern Universities in France, 1863-1914* (Princeton, 1983), p. 248, para las estadísticas de 1939.

123. Raymond Boudon, «La crise universitaire française: Essai de diagnostic sociologique», *Annales E.S.C.*, vol. 24, núm. 3 (mayo-junio 1969): 747.

124. Fields, *Student Politics*, p. 74.

125. Véase Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 153; F. G. Dreyfus, «Problems in the French University», en Kertesz, *The Task of Universities*, p. 288, sitúa la cifra en casi el 10%.

126. Robert Lumley, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (Londres y Nueva York, 1990), p. 55.

127. Bourdieu y Passeron, *Les Héritiers*, p. 14; Labro, *Début*, p. 264.

128. Henri Lefebvre, *The Explosion: Marxism and the French Revolution* (Nueva York, 1969), p. 104.

129. Pierre Grappin, *L'Île aux peupliers* (Nancy, 1993), p. 237. Los constructores contestaron que las ventanas impedían concentrarse a los estudiantes.

130. *Le Mnefomane: Mutuelle Nationale des Étudiants de France Information*, número especial 4 A, septiembre 1967. En la extrema derecha, François Duprat, *Les journées de mai 68: Les dessous d'une révolution* (París, 1968), p. 66, lo llama «una barriada horrenda».

131. Bertolino, *Trublions*, p. 255.

132. René Rémond, *La règle et le consentement* (París, 1979), p. 58.

133. Aristede y Vera Zolberg, «The Meanings of May (Paris, 1968)», *Midway*, núm. 3 (invierno 1969): 96.

134. Dansette, *Mai*, p. 58; Grappin, *L'Île*, p. 241

135. Jean-Raymond Tournoux, *Le mois de mai du général* (París, 1969), p. 36.

136. Rémond, *Règle*, pp. 85-87; Jean-Pierre Duteuil, *Nanterre 1965-1968: Vers le Mouvement du 22 mars* (París, 1988), p. 11.

137. Duteuil, *Nanterre*, p. 12. Cfr. Boudon, «Crise», p. 761, que afirma sin aportar muchos datos que la mayoría de radicales de Nanterre provenían de las clases acomodadas. Stéphane, *L'Univers contestationnaire*, p. 46, manifiesta sin citar referencias que «los estudios han demostrado que los radicales fueron reclutados en su mayor parte entre la alta burguesía».

138. Rémond, *Règle*, p. 88.

139. Un 3% no contestó. Véase Dansette, *Mai*, p. 190.

140. Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la commune étudiante* (París, 1969), p. 387.

141. Duteuil, *Nanterre*, pp. 11 y 21.

142. James Miller, *Democracy is in the Streets: From Port Huron to the Siege of Chicago* (Nueva York, 1987).

143. Dansette, *Mai*, p. 52.

144. Ernest Mandel, «The Lessons of May 1968», *New Left Review* (noviembre-diciembre 1968): 9-31.

145. Roland Biard, *Dictionnaire de l'extrême gauche de 1945 à nos jours* (París, 1978), p. 199; Dansette, *Mai*, p. 46. Krivine seguiría estando a la cabeza de la organización que sucedió al JCR, la Liga comunista revolucionaria.

146. Direction générale de la Policie nationale, renseignements généraux, bulletins hebdomadaires, 15 mayo 1968, AN 820599/75.

147. Puede que esto llevara a Maupeou-Abboud, *Ouverture*, p. 197, a afirmar que para el JCR la lucha de clases se había vuelto ante todo internacional, i.e., entre poderes imperialistas y el Tercer Mundo.

148. Panfleto del JCR citado en Duteuil, *Nanterre*, p. 28.

149. Cfr. Statera, *Death*, p. 196: «Estos grupos [el JCR y la UJCml] fueron sectores minoritarios del movimiento estudiantil hasta el verano de 1968».

150. Duteuil, *Nanterre*, p. 26; Jean-Pierre Duteuil, «Les groupes politiques de'extrême-gauche à Nanterre», en Geneviève Dreyfus-Armand y Laurent Gervereau (eds.), *Mai 68: Les mouvements étudiants en France et dans le monde* (Nanterre, 1988), p. 110.

151. Duteuil, *Nanterre*, p. 42.

152. Citado en Duteuil, *Nanterre*, p. 55.

153. Grappin, *L'Île*, p. 244.

154. Duteuil, *Nanterre*, p. 48.

155. Mouvement du 22 Mars, *Ce n'est qu'un début, continuons le combat* (París, 1968), p. 14.

156. Cfr. Hervé Hamon, «68: The Rise and Fall of a Generation», en D. L. Hanley y A. P. Kerr (eds.), *May 68: The Coming of Age* (Londres, 1969), p. 15. Para la relación entre Lefebvre y los situacionistas, véase Henri Lefebvre, *Le temps des méprises* (París, 1975), p. 162 [ed. española: *Tiempos equívocos: testimonio autobiográfico*, Kairós, 1976].

157. Alain Delale y Gilles Ragache, *La France de 68* (París, 1978), p. 162.

158. Los siguientes párrafos se basan en Raoul Vaneigem, *Traité de savoir vivre à l'usage des jeunes générations* (París, 1967), pp. 19-250 [ed. española: *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes*

generaciones, Anagrama, 1977, 2008].

159. Cfr. Ingrid Gilcher-Holtey, *Die 68er Bewegung: Deutschland-Westeuropa-USA* (Múnich, 2001), p. 15.

160. Greil Marcus, *Lipstick Traces: A Secret History of the Twentieth Century* (Cambridge, Mass., 1989) [ed. española: *Rastros de carmín: una historia secreta del siglo XX*, Anagrama, 1993].

161. Miller, *Democracy*, p. 124.

162. *Ibid*., p. 270; Edward Shils, «Dreams of Plentitude, Nightmares of Scarcity», en Seymour Martin Lipset y Philip G. Altbach (eds.), *Students in Revolt* (Boston, 1970), p. 12.

163. Elisabeth Sussman, «Introducción», en Elisabeth Sussman (ed.), *On the Passage of a Few People through a Rather Brief Moment in Time: The Situationist International, 1957-72* (Cambridge y Londres, 1989), p. 13; Pascal Dumontier, *Les Situationnistes et mai 68: Théorie et pratique de la révolution (1966-1972)* (París, 1990), pp. 74-75; Jean-François Martos, *Historie de l'Internationale Situationniste* (París, 1989), pp. 24-25.

164. *L'Internationale situationniste* [en adelante *IS*], núm. 11 (octubre 1967): 25; *IS*, núm. 10 (marzo 1966): 40; véase también Marcus, *Lipstick*, pp. 416-425.

165. *IS*, núm. 12 (septiembre 1969): 103; *Sobre la miseria* se incluyó íntegramente en René Viénet, *Enragés et Situationnistes dans le mouvement des occupations* (París, 1968), pp. 219-243.

166. En esto su argumentación se asemeja a la de uno de los autores más ridiculizados por los propios situacionistas, Alain Touraine. Véase su *The May Movement: Revolt and Reform*, trad. Leonard F. X. Mayhew (Nueva York, 1979).

167. Guido Martinotti, «Notes on Italian Students in Periods of Political Mobilization», en Lipset y Altbach, *Students*, p. 191.

168. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 111-157.

169. Para Lebel, véase Laurence Bertrand Dorléac, «Les artistes et la révolution», en Geneviève Dreyfus-Armand, Robert Frank, Marie-Françoise Lévy y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *Les Années 68: Le temps de la contestation* (Bruselas, 2000), pp. 230-231; para el multiculturalismo, Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-c. 1974* (Nueva York, 1998), p. 417.

170. «Le déshonneur des poètes», citado en Duteuil, *Nanterre*, p. 108.

171. Fields, *Student Politics*, p. 28.

172. Patrick Seale y Maureen McConville, *Red Flag Black Flag: French Revolution 1968* (Nueva York, 1968), p. 43; Maupeou-Abboud, *Ouverture*, pp. 27-36; Fields, *Student Politics*, p. 36.

173. Bernard Droz y Évelyne Lever, *Historie de la guerre d'Algérie* (París, 1982), p. 326. Al parecer, los policías responsables de las muertes nunca fueron sancionados.

174. Fields, *Student Politics*, es la fuente de los siguientes párrafos.

175. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletin mensuel, abril 1968, AN 820599/89.

176. Bertolino, *Trublions*, p. 153; Duprat, *Les journées*, p. 158, resaltó la moderación del sindicato.

177. Fields, *Student Politics*, p. 105.

178. La crise de mai, 24 junio 1968, AN 800273/61.

179. Alain Monchablon, «L'UNEF et mai 68», ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social de 1968, París, 24-25 noviembre 1988; Dansette, *Mai*, p. 93.

180. Monchablon, *UNEF*, p. 176.

181. Maupeou-Abboud, *Ouverture*, p. 253; Fields, *Student Politics*, p. 150.

182. Alain Geismar, Serge July y Erlyne Morane, *Vers la guerre civile* (París, 1969), p. 20.

183. Citado en André Coutin, *Huit siècles de violence au Quartier latin* (París, 1969), p. 339.

184. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, 15 mayo 1968, AN 820599/75.

185. Bertolino, *Trublions*, p. 126.

186. Duteuil, *Nanterre*, p. 74.

187. Duprat, *Les journées*, p. 68.

188. Sobre la importancia de Vietnam para los militantes del PCF, véase «Bilan d'une adhésion au PCF», *Informations Correspondance Ouvrières* (en adelante *ICO*), núm. 91 (marzo-abril 1970); para el «movimiento» en general, véase «Origine et sens du Mouvement», *Esprit*, núm. 372 (junio-julio 1968): 1046-1079.

189. «La structure de l'Université et sa position dans la formation sociale capitaliste», citado en Duteuil, *Nanterre*, p. 17.

190. Sobre Nanterre como el punto de partida, véase Touraine, *The May Movement*, p. 271, o A. Belden Fields, «The Revolution Betrayed: The French Student Revolt of May-June 1968», en Lipset y Altbach, *Students*, p. 128.

191. La résidence universitaire d'Antony, mayo 1967, Ga Brochure 42, APP [Archives de la Préfecture de Police].

192. Le directeur à ministre, 29 octubre 1965, Versement 5 [en adelante v. 5], Rectorat de Paris.

193. Pour le front, sin fecha [en adelante s. f.], v. 5, Rectorat de Paris.

194. Tuchman à M. le Recteur, 5 noviembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

195. Annexe núm. 2, La méthode de l'action directe, 29 octubre 1965, v. 5., Rectorat de Paris.

196. John C. Gallaher, *The Students of Paris and the Revolution of 1848* (Carbondale y Edwardsville, III, 1980), pp. 3-4.

197. Jean-Pierre Rioux, *La France de la Quatrième République: L'Expansion et l'impuissance, 1952-1958* (París, 1983), p. 335.

198. Antoine de Baecque, *La nouvelle vague: Portrait d'une jeunesse* (París, 1998), p. 20.

199. Rioux, *Quatrième République*, p. 217.

200. «Contraception, Amour, Sexualité et Planning familial», marzo 1968, MNEF, BDIC [Nanterre].

201. Dominique Veillon, «Corps, beauté, mode et modes de vie», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, p. 173.

202. *Planning Familial* (diciembre 1967).

203. Annexe núm. 2, La méthode de l'action directe, 29 octubre 1965, v. 5, Rectorat de Paris. Recordemos que estaba prohibido cocinar en las habitaciones de las residencias de estudiantes.

204. Rapport de M. Caron, septiembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

205. *Ibid.*

206. Seymour Martin Lipset y Sheldon S. Wolin (eds.), *The Berkeley Student Revolt: Facts and Interpretations* (Nueva York, 1965), p. xii.

207. Annexe núm. 2, La méthode de l'action directe, 29 octubre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

208. Le directeur à ministre, 29 octubre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

209. *Ibid*.

210. 7 Expulsions, s. f., v. 5, Rectorat de Paris.

211. Carta de Mlle. P. a M. le Recteur, 5 noviembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

212. Le recteur, 6 octubre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

213. Pour le front, s. f., v. 5, Rectorat de Paris.

214. Le directeur à ministre, 29 octubre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

215. Carta de Mlle. P. a M. le Recteur, 5 noviembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

216. Conseil de discipline, 16 octubre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

217. Des otages pour l'ordre moral, s. f., v. 5, Rectorat de Paris.

218. Pour le front unique, s. f., v. 5, Rectorat de Paris.

219. Préfet de la Seine, 28 octubre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

220. Il y a quelques jours, s. f., v. 5, Rectorat de Paris.

221. B. à M. le directeur, 25 noviembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

222. La résidence universitaire d'Antony, mayo 1967, Ga Brochure 42 APP.

223. Docteur C., Dispensaire de la résidence universitaire, 23 noviembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

224. *Ibid.*

225. UNEF, 30 noviembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

226. Liste des membres, 7 diciembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

227. Tribunal, 21 marzo 1966, v. 5, Rectorat de Paris.

228. Antony, 29 noviembre 1965, v. 5, Rectorat de Paris.

229. Passage intérieur, 11 enero 1966 y Le directeur, 6 enero 1966, v. 5, Rectorat de Paris.

230. Dansette, *Mai*, p. 60..

231. La résidence universitaire d'Antony, mayo 1967, Ga Brochure 42 APP.

232. CROUS, 14 noviembre 1967, 1208W, artículos 115-117, ADHS [Archives départementales des Hauts-de-Seine].

233. *Le Mnefomane*, número especial 4 A, septiembre 1967.

234. Bertolino, *Trublions*, p. 228; Dansette, *Mai*, p. 57.

235. Bourdieu y Passeron, *Héritiers*, p. 61; Raymond Aron, *La révolution introuvable* (París, 1968), p. 31; Fields, *Student Politics*, p. 151; Frank A. Pinner, «Western European Student Movements through Changing Times», en Lipset y Altbach, *Students*, pp. 69-70.

236. René Rémond, «Nanterre: Vingt ans après», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 9.

237. Hamon y Rotman, *Génération*, 1: 387.

238. Sidney Tarrow, «Modular Collective Action and the Rise of the Social Movement», *Politics and Society*, vol. 21, núm. 1 (marzo 1993): 82.

239. Sidney Tarrow, *Struggle, Politics, and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest* (Ithaca, 1991), p. 7 [ed. española: *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, 1997, 2009 y 2012].

240. Grappin, *L'Île*, p. 243.

241. Bertolino, *Trublions*, p. 238.

242. Véase Didier Leschi, «Mai 68 et le mouvement lycéen», en Dreyfus-Armand, *Mai 68*, p. 260.

243. Alain Touraine en Philippe Labro, *Début*, p. 43, confirma que la administración rompió el espíritu del acuerdo al que habían llegado con los encerrados; Mouvement du 22 Mars, *Ce n'est qu'un début*, p. 12; Bertolino, *Trublions*, p. 241, se equivoca al decir que 25 estudiantes fueron sancionados.

244. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 103 y 122.

245. Dansette, *Mai*, p. 62.

246. Epistémon (Didier Anzieu), *Ces idées qui ont ébranlé la France* (París, 1968), p. 22.

247. Carta, J. B., 23 enero 1968, 1208W, art. 180, ADHS.

248. Assemblée de la Faculté, 27 enero 1968, 1208W, arts. 1-2, ADHS.

249. Grappin au Recteur Roche, 20 marzo 1967, 1208W, art. 180, ADHS.

250. Grappin au Recteur Roche, 17 abril 1967, 1208W, art. 180, ADHS.

251. M. B. à M. le recteur, 27 marzo 1968, 1208W, art. 180, ADHS. Véase Tournoux, *Le mois*, pp. 347-348; Dansette, *Mai*, p. 73; Duteuil, *Nanterre*, p. 74.

252. L'Inspecteur Général, 4 julio 1967, 1208W, art. 180, ADHS; Rapport, 31 diciembre 1968, 1208W, art. 180, ADHS.

253. Le directeur, 22[?] noviembre 1967, 1208W, art. 180, ADHS.

254. Christian Charrière, *Le Printemps des enragés* (París, 1968), p. 25.

255. Citado en Duteuil, *Nanterre*, p. 73.

CAPÍTULO 2
CONVIRTIENDO LOS DESEOS EN REALIDAD

Contrariamente a la denigrante afirmación de Francis Fukuyama de que los estudiantes de París de 1968 eran unos «niñatos malcriados» que carecían de «ningún motivo racional para rebelarse», lo cierto es que estos tenían verdaderos motivos de queja con respecto a su sistema educativo[256]. En comparación con otros países, las universidades francesas padecían un considerable problema de saturación. En 1967, el número de matriculados estaba entre los 700.000 y los 750.000, mientras que en Gran Bretaña y también en Alemania, cuyas economías eran más grandes que la francesa, el número oscilaba entre los 300.000 y los 350.000[257]. Además, la proporción de profesores por número de estudiantes era mucho menos óptima que en cualquier otra nación importante de Europa Occidental del momento, a excepción de Italia. Gran Bretaña y Alemania tenían, en comparación con Francia, más del doble de profesores por cada 100 estudiantes[258]. Esa pobre ratio profesorado/alumnado explica, al menos en parte, el alto índice de fracaso de los estudiantes franceses en comparación con sus homólogos europeos. A eso hay que añadir que, a diferencia de otros sistemas que seleccionaban a los estudiantes al principio de su carrera universitaria, el sistema francés permitía que cualquiera que tuviese el *baccalauréat* entrara en la universidad. Todos eran admitidos, pero pocos terminaban. Solo un 53% de estudiantes de Medicina, un 42% de Humanidades y un 36% de Derecho pasaban a segundo curso[259]. Un 25% ni siquiera llegaban a presentarse a los exámenes finales de primero. Como resultado, solo entre el 30 y el 40% de quienes terminaban la educación secundaria y estudiaban una licenciatura en Humanidades o Derecho la sacaban. El resto iban quedando eliminados, y en los años sesenta los índices de abandono y fracaso académico fueron en aumento. En Gran Bretaña, por el contrario, el índice de fracaso era del 10%[260].

El gobierno quería reformar un sistema que desperdiciaba considerables recursos y frustraba a los estudiantes que fracasaban. Al inicio del curso académico 1967-1968 decidió imponer una serie de reformas formuladas por Christian Fouchet, que fuera ministro de Educación entre 1962 y 1967, el periodo más largo de ocupación del puesto desde Victor Duruy en el Segundo Imperio y Jules Ferry a principios de la Tercera República[261]. Las reformas, de las más importantes de la historia de la educación superior francesa, reflejaban tanto la mayoría de edad de los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial como los deseos de modernización del gobierno gaullista. Aunque fue Fouchet quien desarrolló el plan, se iba a encargar de implantarlo su sucesor, Alain Peyrefitte. Este, de 42 años y antiguo alumno de la elitista École Normale Supérieure, había sido previamente ministro de Información, y su traslado al de Educación en 1967 lo destacó como uno de los jóvenes valores en alza de la Quinta República. Al igual que el propio general De Gaulle, Peyrefitte era un firme defensor de las admisiones selectivas y quería cambiar el sistema radicalmente. En noviembre de 1967 afirmó: «Es como si la universidad estuviera organizando un naufragio para luego recoger a los que consigan salvarse a nado»[262]. El Ministerio de Educación pretendía adaptar mejor las universidades a un mercado de trabajo en el que, como señalaban los situacionistas y otros, los técnicos del siglo XX estaban reemplazando a los *diplômés* del XIX. El régimen, en consonancia con su deseo de hacer más competitiva la economía francesa, quería reformar la universidad para que sus licenciados pudieran acceder a la oferta del mercado de trabajo[263]. Así pues, fue la voluntad del gobierno de introducir reformas, y no su inmovilismo, lo que provocó el descontento de los estudiantes. Esas reformas, sin embargo, no iban dirigidas a solucionar lo que los estudiantes consideraban que eran algunos de sus problemas más acuciantes: la masificación de las aulas, los cursos anodinos y la escasa dotación de fondos para becas. Los estudiantes italianos expresarían quejas similares contra un gobierno que también quería modernizar su educación superior[264].

La administración intentó cambiar el procedimiento de manera que fuese más difícil aprobar el *baccalauréat* y este ya no implicara automáticamente que se tenía garantizado el acceso a la universidad. Habría de convertirse, al igual que el título de educación secundaria para la mayoría de universidades

estadounidenses, en un elemento de admisión entre otros más. Peyrefitte quería que cada universidad determinara su propia política de ingreso, con lo que se apuntaba hacia una mayor descentralización y autonomía[265]. Las medidas del ministro se iban a implantar por decreto, lo que evitaría el debate parlamentario. Eso contribuyó a reforzar la reputación autoritaria del gobierno y recordó la costumbre de la Tercera República de promulgar decretos ley de dudosa legitimidad democrática, lo cual había permitido al gobierno llegar al final de la legislatura.

Los cambios que se proponían suscitaron la oposición de muchos estudiantes, padres e incluso profesores. La mayoría de docentes de Nanterre (87 frente a 62) que contestaron un cuestionario rechazaron cualquier tipo de selección, más allá del *baccalauréat*, para acceder a la universidad[266]. El propio De Gaulle era consciente de que habría sido mucho más fácil implantar una selección más rigurosa en 1962-1963, cuando hubo 280.000 matrículas, que en 1967-1968, en que el número de estudiantes ascendía a 600.000. A los estudiantes de bachillerato de estratos sociales humildes les escandalizaron esas amenazas a la igualdad de oportunidades en educación, y los universitarios se temían la perspectiva de tener que pasarse el día empollando para poder continuar sus estudios. El que sus hijos pudieran quedar descartados asustaba a los padres que sabían que la educación superior se estaba convirtiendo en la vía para ascender socialmente. Los estudiantes rechazaron la política de selección por razones sociales y económicas. Según ellos, un sistema tan discriminatorio favorecía a los hijos de la burguesía, por disponer de unos medios económicos y una herencia cultural que les garantizaban mayores oportunidades de terminar sus estudios con honores[267]. Parecía que la universidad iba a quedar reservada principalmente a una élite con un futuro incierto como funcionarios o ejecutivos de alto nivel. Los estudiantes y sus familias se sintieron traicionados por un sistema que les había prometido oportunidades con tal de que aprobaran el *baccalauréat.*

En 1967, el aumento de controles y las restricciones inmediatas del plan molestaban más a los estudiantes que el principio de selección en sí. Las reformas impedían que cambiaran de asignaturas troncales sin perder los créditos de un curso, limitaban el número de veces en que se podía repetir un

examen y hacían obligatoria la asistencia a determinadas clases[268]. Como el gobierno no quería que las reformas le salieran caras, no destinó suficientes recursos —especialmente en lo referido a personal educativo— para lograr una transición satisfactoria[269]. Pierre Grappin, decano de Nanterre, pensaba que las reformas eran desacertadas desde el punto de vista académico por no disponer de suficiente personal docente para cubrir todas las clases que se necesitaban[270]. Tampoco era el número de administrativos el adecuado para matricular a 5.000 estudiantes de primero. La junta de facultad «manifestó su enérgica protesta por que no se hubiera construido la biblioteca de la universidad, prometida desde la inauguración del centro en 1964». Un asesor de alumnos se alteró tanto por serle imposible ayudar a estos a que organizaran sus estudios de acuerdo con los nuevos requisitos, que se echó a llorar[271].

El nuevo plan también creaba problemas para los estudiantes de Artes y Ciencias que habían empezado la carrera en el anterior sistema (*propédeutique-licence-doctorat* o *agrégation*) y ahora tenían que transferir créditos al nuevo (organizado en tres ciclos de dos años cada uno). Los estudiantes de últimos cursos se encontraron con que los nuevos requisitos demoraban la finalización de sus estudios[272]. Por ejemplo, a los que nunca hubieran cursado latín se les podría exigir que se examinaran de esa materia y, por lo tanto, verse obligados a matricularse en una clase para la que carecían de la formación suficiente. Muchos tenían que inscribirse en cursos que con frecuencia estaban masificados por la falta de recursos[273]. A los que habían suspendido asignaturas les llevaba ahora más tiempo y les salía más caro cumplir con los requisitos. Se extendió la idea de que las reformas discriminaban a los estudiantes de rentas más bajas que compaginaban la carrera con trabajos a tiempo parcial.

El nuevo plan de estudios, su implementación desorganizada e infradotada de fondos y la perspectiva de tener que esforzarse más desataron enseguida las protestas en París, donde el número cada vez mayor de estudiantes agravaba unas condiciones de estudio y trabajo ya de por sí saturadas. El 17 de octubre de 1967, 400 estudiantes y profesores se manifestaron contra el procedimiento de admisión selectiva en la Faculté des Sciences (sita en Halle aux vins). El 7 de noviembre, entre 400 y 500 estudiantes de Nanterre

también se manifestaron contra el proceso de selección[274]. El 9 de noviembre, 5.000 estudiantes —el mayor número de manifestantes desde la protesta de 1963 contra la falta de financiación y la masificación— se concentraron en París para oponerse a las reformas del gobierno. Aunque solo eran una pequeña minoría del total de 160.000 estudiantes universitarios de la capital, demostraron su carácter militante enfrentándose a la policía en el Barrio Latino y coreando consignas del tipo «abajo con la selección», «profesores, no policías» y «la Sorbona para los estudiantes»[275]. En el periodo que siguió a la manifestación, los militantes de la UNEF formaron dos nuevas organizaciones, el Mouvement d'action universitaire (MAU) y el Comité la Sorbonne aux étudiants[276]. Este último publicó un panfleto en el que ridiculizaba a los «planificadores» que querían integrar a los estudiantes en la economía capitalista. También pedía el fin de «las clases rancias, los aspirantes a Henri Bergson que se atrancaban, los exámenes para aquellos que tenían facilidad para memorizar y los cursos represivos»[277]. En 1968, tanto el MAU como el Comité la Sorbonne aux étudiants catalizaron las acciones en la Sorbona. Como otros gobiernos de derechas aprenderían en décadas posteriores, volver las universidades francesas más selectivas no era tarea fácil. El 17 de noviembre, 500 estudiantes hicieron en París una sentada en el despacho del decano Marc Zamansky, un defensor del proceso selectivo que, para muchos estudiantes radicales, encarnaba muy bien la arrogancia, el elitismo, el autoritarismo y la exigencia de esfuerzo personal del régimen gaullista[278].

Al mismo tiempo, los estudiantes de Sociología de Nanterre empezaron la mayor huelga de la historia de esa nueva universidad. Eso perjudicaba a las autoridades, ya que Sociología era una carrera en auge en la que había más de 700 alumnos matriculados[279]. Por toda Europa, los estudiantes radicales que se especializaban en esa disciplina estaban acostumbrados a analizar la sociedad con ojo crítico y buscar soluciones colectivas a sus problemas[280]. No solo Lefebvre, cuya relación con el comunismo y el situacionismo era bien conocida, sino también otros sociólogos de Nanterre, como es el caso de Alain Touraine, animaban a la crítica radical. De hecho, en algunos aspectos esenciales, y pese a la animadversión mutua, el análisis de Touraine del papel de la universidad se asemejaba al de los situacionistas. Ambos afirmaban, al

igual que algunos radicales estadounidenses e italianos, que el objetivo de la institución era producir *petits cadres* (mandos intermedios) que llenaran las vacantes de la nueva economía burocrática y capitalista[281]. Mientras que la universidad de finales del siglo XIX preparaba a una élite culta, la del XX formaba a una masa especializada.

Las reacciones contrarias a las reformas del ministro disolvieron la barrera entre la actividad política y la del aula. Después de que los estudiantes de Sociología —con la aprobación de algunos profesores— votaran ponerse en huelga contra los principios y consecuencias del plan Fouchet, la protesta se extendió a otras disciplinas[282]. El martes 21 de noviembre de 1967, 2.500 estudiantes acudieron a una reunión del comité de huelga, y entre 9.000 y 10.000 boicotearon las clases. Católicos de izquierda, activistas de la UNEF, miembros del JRC y estudiantes sin filiación política componían un enorme movimiento estudiantil muy heterogéneo[283]. La coacción *gauchiste* contribuyó en parte al éxito del movimiento, ya que cierto número de radicales emplearon amenazas y la fuerza bruta para vaciar clases[284]. La protesta copiaba a las huelgas de trabajadores su negativa a trabajar y la intimidación de los esquiroles. Ese abandono del esfuerzo fue un anticipo de los paros masivos de mayo. El fin de semana no calmó a la militancia, y en la mañana del sábado 25 de noviembre alrededor de 1.000 estudiantes se manifestaron.

Las exigencias de estos eran fundamentalmente corporativistas. Muchos querían algún tipo de *comités paritaires* a través de los cuales pudiesen participar en el funcionamiento de sus departamentos y de toda la universidad en general. Insistían en que el número de alumnos por clase fuera menor, y mayor el de profesores. Para los estudiantes, tener clases más reducidas no solo era una mejora pedagógica, sino también la oportunidad de que ellos trabajasen en grupo y de ese modo «no tuvieran que competir individualmente en los exámenes»[285]. La petición de clases más pequeñas reflejaba la incapacidad del Estado francés, pese a sus considerables esfuerzos, de mejorar una enseñanza universitaria que con demasiada frecuencia se basaba en las clases magistrales, en las que un catedrático disertaba ante cientos de estudiantes[286]. Esa demanda de una instrucción más individualizada persistiría en Nanterre.

Otras peticiones de los huelguistas no tenían tanto que ver con la pedagogía como con las dificultades académicas y económicas de los estudiantes. Estos querían que la asistencia fuese voluntaria y no obligatoria, y que se permitiera a quienes suspendían exámenes —a menudo los que también trabajaban— que pudiesen repetirlos. Estaban decididos a evitar «el exceso de trabajo» y aducían que faltar a clase no era motivo suficiente para ser expulsado de la universidad. Al final, el gobierno fue incapaz de convencer a los estudiantes de que sus reformas eran convenientes o prácticas. Aun en el caso de que hubiese logrado implantar bien el plan, seguía sin estar claro que al mercado laboral le fuesen a interesar los conocimientos de los licenciados. Algunos estudiantes *ouvriéristes* querían ampliar la huelga más allá de las cuestiones educativas y aliarse con la CGT y la CFDT para bloquear otras reformas gubernamentales, entre ellas las que harían que los trabajadores tuvieran que cotizar más a la Seguridad Social.

Los anarquistas apoyaron el paro de noviembre (Cohn-Bendit estaba en el comité de huelga), pese a que algunas de las cosas que se reclamaban, como clases menos numerosas y más profesorado, les parecían «irrisorias»[287]. El objetivo de los radicales era que la huelga fuese menos corporativista y más política, pero sí que insistieron en una exigencia de carácter corporativista: «El fin inmediato de la asistencia obligatoria a clase». Cuando eso fue rechazado, los radicales culparon a «los que, no satisfechos con ir de buenos estudiantes, quieren obligar a los demás a ser como ellos». Como ocurría con las normas restrictivas de las residencias, la asistencia obligatoria les recordaba a los revolucionarios la disciplina de los liceos franceses. También querían defender a los estudiantes a tiempo parcial, a los que más afectaría la intención del gobierno de recortar el número de matriculados universitarios. Los estudiantes a tiempo parcial necesitaban los beneficios sociales, incluida la asistencia sanitaria, que les concedía su condición de estudiantes. Los insurrectos preguntaban retóricamente a sus compañeros: «¿Por qué hemos de luchar contra los *étudiants-fantômes* [absentistas]? No alteran los estudios de los demás y encima son los que mejor se lo pasan». Los anarquistas instaban medio en broma a los estudiantes a que, como preparación para la siguiente manifestación, aprendiesen kárate «para no quedar ridículos ante el CRS o en comparación con los estudiantes japoneses revolucionarios [del

radical Zengakuren]».

Los anarquistas veían la huelga como un modelo de democracia libertaria, ya que el comité de huelga era responsable ante sus bases, pero quedaron decepcionados con los resultados. Cabía esperar que la demanda de inspiración libertaria de que se aboliese la asistencia obligatoria no fuera aceptada por una administración que sospechaba que muchos anarquistas —junto con el CLER y el JCR— querían acabar con la universidad. De hecho, un libertario reconoció a un periodista que «los anarquistas queríamos destruir la universidad burguesa»[288].

A los estudiantes no revolucionarios les animó que la huelga de noviembre sí diera lugar a varias reformas importantes. Por primera vez se permitió que los estudiantes asistieran a las juntas de facultad (lo cual era una antigua reivindicación de la UNEF), y también que participasen en varios comités departamentales de profesores y alumnos[289]. Para ciertos casos se concedieron las transferencias de créditos que se negaban con el nuevo sistema. No obstante, los observadores de diversas tendencias ideológicas consideran casi unánimemente que los logros de la huelga de noviembre fueron ilusorios y decepcionantes[290]. No reconocen que la administración universitaria respondió a las peticiones de los estudiantes con flexibilidad, como ya había hecho durante las protestas por las normas de los colegios mayores. Visto en retrospectiva, las concesiones del decano pudieron ser inadecuadas, pero la directiva de Nanterre no fue en absoluto intransigente.

De inmediato surgieron las divisiones entre la izquierda estudiantil por la participación en los órganos de decisión de la universidad. Pese a que la UNEF nacional y la SNESup aceptaban los *comités paritaires*, la sección de Nanterre de la UNEF rechazó el *paritarisme* por considerarlo una «ilusión» con que tener engañados tanto a sindicalistas estudiantiles como a trabajadores[291]. Afirmaban que dichos comités prácticamente carecían de poder de decisión. A eso hay que añadir que la negativa por parte de cierto número de activistas de Humanidades a que se pusieran en práctica, o en todo caso que se demorasen, lo que muchos consideraban que eran reformas justificadas y factibles —como clases de un máximo de 25 alumnos, la contratación de más profesores y la creación de bibliotecas— hizo que perdieran apoyos[292] y que se convenciesen de la necesidad de formar un

sindicato estudiantil combativo. Para conseguirlo, algunos se unieron a la UNEF en diciembre de 1967. Los análisis de anarquistas y situacionistas se volvieron más convincentes para otros que se radicalizaron porque la administración nacional no respondía rápida y positivamente a muchas de sus reivindicaciones. La negativa corta de miras del ministerio a hacer concesiones politizó aún más a muchos estudiantes y a buen número de profesores, que empezaron a ver que su lucha tenía que ser a nivel nacional, esto es, contra el propio ministerio de Educación. Por causa de lo que se percibía como la obstinación del gobierno, una coalición de distintos grupos radicales fue capaz de fomentar un espíritu de solidaridad contra el Estado.

El resultado de la huelga reforzó el escepticismo de libertarios y situacionistas sobre el papel revolucionario de los estudiantes. A finales de noviembre, el TSRF concluyó con pesimismo que «en este momento, con cualquier movimiento estudiantil masivo solo se consigue [...] un tipo de distanciamiento más sofisticado»[293]. Pensaban que la lucha de clases dividía a estudiantes que, en última instancia, no tenían intereses comunes. No podía haber una organización estudiantil revolucionaria por la sencilla razón de que la mayoría de estudiantes no eran revolucionarios. Los anarquistas y prosituacionistas criticaban a los izquierdistas que se hacían la ilusión de que, al no conseguir ascender en la escala social y profesional, los jóvenes directivos en potencia, amargados, reaccionarían uniéndose a movimientos revolucionarios. Por el contrario, según los anarquistas y situacionistas, el capitalismo moderno de la Quinta República estaba adaptando a los estudiantes y a la universidad a sus necesidades. Ciegos a esa adaptación, los estudiantes sindicalistas creían erróneamente que sus electores eran aliados naturales del proletariado y no futuros burgueses, ora bien situados o de mala muerte. Por ejemplo, los estudiantes intentaban proteger la disciplina de Psicología y el estatus profesional de sus practicantes, mientras que los libertarios y situacionistas consideraban que los profesionales de la salud mental eran «o bien carceleros de los delincuentes juveniles, o mediadores entre trabajadores y empresarios o destructores de las ansias revolucionarias de los rebeldes»[294]. Los verdaderos revolucionarios debían denunciar el carácter capitalista del cuerpo de psicólogos en lugar de defenderlos. Haciéndose también ilusiones por su parte, los libertarios concluían que los

trabajadores que tenían que vérselas con los psicólogos de las industrias terminarían demostrando su gratitud enfrentándose a las formas antiguas y nuevas de dominación.

Los situacionistas y anarquistas daban por sentado que un movimiento revolucionario que tuviera éxito se ganaría el apoyo de los trabajadores. Sin embargo, el movimiento estudiantil permaneció desligado de los asalariados hasta mediados de Mayo del 68. La provocación ayudó a mantenerlo vivo. En Nanterre, el embaucador Daniel Cohn-Bendit fue en parte responsable de que no decayese la agitación. A menudo se ha visto a Cohn-Bendit como una celebridad cuya importancia fue exagerada por todo el bombo que le dieron los medios, pero esa explicación del papel que desempeñó no es satisfactoria por no preguntarse por qué, de entre cientos de radicales, fue él quien logró tanta prominencia. En primer lugar, Dany supo salvar las distancias entre anarquismo y marxismo y entre violencia y no violencia. Fue capaz de cohesionar a subversivos y moderados. Aunque fuese bastante mediocre como teórico (sus libros son manidos y carentes de originalidad), transmitió una ideología de izquierdas libertaria y a la vez ecuménica que unió a una variedad de grupúsculos. En segundo lugar, Dany era ingenioso y muy astuto a la hora de hacer propaganda. Su público le escuchaba «divertido porque sus arengas eran todo un festival de hilaridad, de muecas, de chistes y de pequeñas comedias»[295]. Como dicen los franceses, «sabía ganarse a aquellos a los que tanto hacía reír»[296]. El cineasta François Truffaut relató su primer contacto con el joven anarquista:

> Para mí, el *affaire de la cinémathèque* [enero-marzo 1968] fue el prólogo de los sucesos de mayo [...] Había una protesta de intelectuales por la decisión del gobierno de despedir a Henri Langlois, fundador y *alma mater* de la filmoteca [...] Durante esa manifestación, me golpearon con un palo [...] En la siguiente [...] vi a Cohn-Bendit por primera vez [...] La verdad es que no me causó gran impresión. Algunos queríamos que nuestra lucha fuese «apolítica» porque pensábamos que, de politizarse, Langlois nunca volvería a dirigir la filmoteca.
>
> Vi a un chico pelirrojo que se había subido a una farola [...] Todos nos preguntamos qué hacía ahí [...] La policía había detenido a un joven manifestante, y cuando ya nos disponíamos a marcharnos pacíficamente, Cohn-Bendit se dirigió a nosotros: «¡De aquí no nos vamos hasta que pongan en libertad a nuestro camarada!». Yo pensaba que el detenido ya estaría en alguna comisaría [...] Cohn-Bendit continuó: «En Bretaña los campesinos esperaron seis horas hasta que liberaron a uno de sus camaradas. ¿Cuánto están dispuestos a esperar los parisinos?». Era muy eficaz. Como consecuencia de sus palabras, varios directores fueron a hablar con la policía y consiguieron que pusieran al chico en libertad [...] Aprendí que a veces se puede vencer a la burocracia. Pregunté

quién era ese pelirrojo y alguien me dijo: «Es uno de Nanterre»[297].

El prefecto de la policía de París, Maurice Grimaud, contó otra versión de ese suceso que, como cabía esperar, era más favorable a las fuerzas del orden[298]. Grimaud, licenciado en Historia, había sido ascendido durante la Cuarta República por François Mitterrand, entonces ministro de Interior (1954-1955). El nuevo prefecto demostró su habilidad para adaptarse a las necesidades tanto de políticos de izquierdas como de derechas. Se ganó la confianza del primer ministro, Pierre Mendès-France, pero luego continuó su carrera profesional con los gaullistas[299]. Grimaud afirmó que, a las 7 de la tarde del 18 de marzo, 500 personas se reunieron para manifestarse en apoyo de Langlois. Algunos llevaban piedras, por lo que la policía les impidió la entrada a la filmoteca. El comportamiento de los manifestantes que había cerca de los directores François Truffaut y Claude Chabrol era normal, pero otros, «incitados por un orador más violento» (es de suponer que Dany), insultaban a los agentes. Cuando atacaron a un policía golpeándole con una pancarta, el agresor fue detenido. Otros dos agentes resultaron heridos en la refriega. Chabrol pidió a la multitud que se dispersara, pero 250 se quedaron a petición del «alborotador», que quería provocar más violencia. La policía, por supuesto —siempre según el prefecto—, conservó la calma. La protesta finalmente se disolvió a las 9:15 de la noche.

Cohn-Bendit había empezado a tener notoriedad en los medios al encararse en Nanterre con François Missoffe, ministro de Juventud y Deportes, el 8 de enero de 1968[300]. Al volver de las vacaciones de navidad, los estudiantes se enteraron de que el ministro, acompañado por el decano y otros destacados académicos, iba a visitar la piscina recién construida. Cierto número de radicales, entre ellos trotskistas y anarquistas, decidieron aprovechar la ocasión para divertirse. El ministro era un blanco particularmente atractivo para ellos por ser una figura clave en el intento bastante infructuoso del gobierno gaullista de despolitizar el cuerpo estudiantil[301]. Missoffe acababa de publicar un libro blanco en el que presentaba una imagen de la juventud francesa como de chicos y chicas scout, y en el que llegaba a la conclusión de que la principal preocupación de los jóvenes eran sus carreras profesionales: «Los jóvenes franceses sueñan

con casarse jóvenes, pero les inquieta tener hijos sin contar con los medios para criarlos. Así pues, su máxima prioridad es el éxito profesional. Mientras esperan, él ahorra dinero para comprarse un coche y ella para su ajuar»[302].

Cuando Missoffe se disponía a inaugurar la piscina, Cohn-Bendit, respaldado por varias docenas de estudiantes, interpeló —probablemente en tono poco respetuoso— al ministro acerca de la falta de información sobre sexualidad de su libro blanco. Missoffe replicó con acritud que si quien le preguntaba tenía problemas sexuales, lo mejor que podría hacer era tirarse a la piscina. El semanario de extrema derecha *Minute* ofreció otra versión de la réplica, afirmando que el ministro respondió rápidamente: «Con su pinta, no me extraña que tenga esa clase de problemas»[303]. En cualquier caso, Cohn-Bendit contestó acusando al ministro de reaccionar como un nazi. Ese intercambio de insultos fue el inicio de la fama de Cohn-Bendit de *provocateur* verbal. A lo largo de todo Mayo del 68, ya fuera en persona o en televisión y radio, Dany demostraría ampliamente su talento de animador y su capacidad para divertir al público. Hasta sus adversarios reconocían que les hacía reír[304]. No sorprende que en los noventa se hiciera, al igual que otras personalidades políticas, presentador de un programa televisivo de entrevistas[305].

Ese enfrentamiento verbal con el ministro adquirió unas dimensiones míticas que revelaron que muchos de distintas partes del espectro político identificaban a los rebeldes estudiantiles «antiautoritarios» con la liberación sexual. Con respecto al propio Dany, el Ministerio del Interior abrió un procedimiento con la intención de expulsar a ese radical extranjero que había elegido la nacionalidad alemana. En febrero y marzo el anarquista seguía en Francia y, junto con otros libertarios, continuó con la agitación en Nanterre. *L'Humanité* se alarmó de la creciente celebridad de los izquierdistas radicales e insinuó que Cohn-Bendit colaboraba en secreto con el ministro. Corrieron rumores de que la razón de que el gobierno no consiguiera expulsar a Dany era que este se había acostado con la hija de Missoffe[306]. A finales de enero, los *trublions* de Nanterre —Cohn-Bendit y dos prosituacionistas— fueron sometidos a medidas disciplinarias por alterar el funcionamiento de algunos cursos o quebrantar las normas de las residencias de estudiantes. Según uno de sus defensores, estos *enragés* «tenían la intención de perturbar

sistemáticamente un orden intolerable, empezando por la universidad»[307].

Nanterre era un objetivo especialmente adecuado para los situacionistas. A estos les repugnaba tanto su aspecto físico como su misión de ser el buque insignia de la modernización de la educación superior francesa. Además, dos de sus blancos favoritos, Henri Lefebvre y Alain Touraine, enseñaban Sociología allí. Lefebvre había sido en su momento compañero del teórico situacionista Guy Debord, el cual había terminado la relación con él al habitual modo faccioso de la Internacional Situacionista. Alain Touraine irritaba a muchos *gauchistes* por insistir en que el proletariado ya no era revolucionario. A finales de enero, expulsaron a un *enragé* un mes de la residencia de estudiantes. Había alojado a un ocupa que se negaba a marcharse y, además, tenía antecedentes por drogas[308]. Esa expulsión y las sanciones que recibieron otros fueron piedra de escándalo para los radicales del campus.

La expulsión del *enragé* contribuyó a que se convocara una manifestación el viernes 26 de febrero. Los radicales veían esa *manif* como una protesta contra la represión. Pese a la negativa «categórica y unánime» de los profesores de que hubiera listas negras, persistían los rumores sobre la existencia de esos informes confidenciales para perseguir a los subversivos[309]. Aun no habiendo pruebas fundadas, los radicales de izquierdas siguieron dando mucho crédito al fantasma de las listas negras[310]. Los radicales se creían esas leyendas por su profunda desconfianza del Estado y de las élites establecidas, que, pensaban, conspiraban contra estudiantes y trabajadores. Además, las leyendas son una forma de movilizar a la gente cuando se da un nuevo movimiento social[311]. La presencia más verificable en el campus de policías de paisano e informantes irritó a los estudiantes y condujo a esa manifestación del viernes convocada por los anarquistas, en la que los participantes protestaron por las medidas disciplinarias que se proponían contra Dany y otro estudiante acusado de tráfico de drogas.

Esa agitación desafiante de anarquistas, situacionistas y algunos trotskistas llevó a la administración a llamar a la policía y, por lo tanto, a saltarse la tradición secular, con el fin de garantizar la libertad de cátedra, de que la universidad era un santuario al que no podían acceder las fuerzas del orden.

La legislación decimonónica especificaba que solo con autorización del decano podía entrar la policía en una facultad. La mayoría de profesores y alumnos suscribían esa idea de santuario y eran contrarios a la coacción uniformada en una institución que estaba consagrada a la libre expresión de ideas. Los revolucionarios eran conscientes de los efectos negativos que tendría la presencia policial entre los universitarios y, en consecuencia, estaban más que dispuestos a provocarla para mostrar la naturaleza coercitiva de la sociedad capitalista en una de sus instituciones menos represivas. Sabían que el resentimiento contra la policía era endémico en los estudiantes y que un movimiento contra la represión siempre podría encontrar apoyo entre ellos. Por poner un ejemplo, en febrero, en el distrito doce, se informó de que un grupo de estudiantes de Medicina que vivían en los pisos superiores de una residencia arrojaron líquidos sin identificar a varios policías que estaban poniendo multas de aparcamiento, al tiempo que los insultaban llamándoles «panda de vagos inútiles, jodeculos y asesinos»[312].

Algunos destacados intelectuales han argumentado que en Nanterre se inició el movimiento para liberar a los franceses de las restricciones a la libertad de expresión heredadas de la sociedad relativamente rígida y convencional de los cincuenta, movimiento que llegó a su punto álgido en el levantamiento de mayo[313]. Los radicales creían que la manifestación de enero de Nanterre, como luego las revueltas de mayo de París, cobraron ímpetu por su negativa a aceptar la tradicional prohibición de que hubiese actividad política en el campus[314]. En la protesta del 26 de enero, los ujieres de la universidad advirtieron a 30 manifestantes, que llevaban carteles con las fotos de los policías de paisano que se suponía que vigilaban el campus, que cejaran en su acto «político»[315]. Cuando intentaron confiscarles los carteles, los revolucionarios se resistieron, y rápidamente recibieron la ayuda de alrededor de 30 estudiantes más a los que las refriegas resultaban más interesantes que sus estudios. Haciendo caso omiso de esa tradición de santuario, la administración llamó a las fuerzas del orden para que pusieran fin a la protesta, pero los estudiantes —recién reforzados por sus compañeros más estudiosos que acababan de salir de clase— respondieron arrojando mesas, sillas y piedras a los agentes uniformados, que hubieron de retirarse a sus vehículos. El vigor, la espontaneidad y la unanimidad de la reacción de

los estudiantes contra la intervención policial sorprendieron a sus profesores[316]. El CLER calculó, no sin cierta exageración, que el número de estudiantes «que persiguieron a las fuerzas del orden» fue de entre 500 y 1.000[317].

Tanto la administración de Nanterre como representantes del profesorado cuentan una historia distinta[318]. Afirman que la policía no fue llamada para reprimir la expresión política (que ya existía desde hacía varios años en Antony y era ampliamente tolerada en Nanterre), sino para proteger a la gente y, lo que era igual de importante, los bienes públicos. El vicedecano, el profesor Beaujeu, recordó a la junta de facultad del 27 de enero que solo se había llamado y se llamaría a las fuerzas del orden cuando «las personas y los bienes públicos se vieran directamente amenazados». Ambas condiciones habían concurrido el 26 de enero. Se había requerido la intervención de la policía, pero esta, al encontrarse con una dura resistencia estudiantil, se había retirado «sin hacer detenciones». Los profesores reunidos aprobaron por unanimidad una resolución redactada por varios directores de departamento que acusaba a los manifestantes de haber cometido «actos violentos» y de «tachar de nazi al decano», pese a su conocido historial en la Resistencia y su filiación comunista y después en el PSU[319]. Los profesores concluían diciendo que no se había convocado a la policía para que reprimiese la disidencia, sino para proteger al personal de la universidad, que había sido «agredido y herido» mientras intentaba impedir «actos violentos y la destrucción de material»: «La aparición de grupos violentos y provocadores en la Universidad de Nanterre plantea un nuevo problema de orden y seguridad en una institución tradicionalmente desarmada cuyo funcionamiento depende del rechazo de la violencia»[320].

Los profesores allí presentes se comprometieron por unanimidad a leer la siguiente declaración en sus clases: «Los serios daños causados por los manifestantes al mobiliario de la universidad y a varios automóviles demuestran claramente el carácter censurable de sus actos. Confunden el ejercicio de su libertad con la calumnia, el insulto y el vandalismo»[321]. Los relatos de los simpatizantes con el movimiento omiten a menudo su faceta agresiva, intolerante y revolucionaria, y pasan por alto su violencia hacia las personas y la destrucción de material de la universidad[322].

Sin ser consciente de ello, la administración de Nanterre estaba dando la razón a los radicales en su diagnóstico de que la universidad era un apéndice más del Estado policial, aunque los estudiantes no tuvieran en cuenta el hecho de que no podía considerarse que la retirada de unos policías ante el embate de unos jóvenes airados fuese algo característico de un régimen autoritario, además de ser una actitud que contrastaba fuertemente con la dura represión que había llevado a cabo la policía en Antony unos años antes. En varios sentidos las acciones de los revolucionarios franceses recordaban al Movimiento por la libertad de expresión de Berkeley, que también puso de manifiesto la vulnerabilidad de las restricciones de la universidad liberal a las actividades políticas. Si bien los movimientos de Nanterre y Berkeley fueron paralelos, no es que fueran idénticos en absoluto. Los estudiantes franceses, como era propio de ellos, no solo protestaban contra la prohibición (que no se intentaba hacer cumplir) de que realizasen actividades políticas, sino también contra un gobierno nacional represor que quería proteger sus bienes. Los radicales franceses negaban la legitimidad de la defensa de la propiedad privada por parte de las autoridades. No eran liberales, sino revolucionarios para los que la universidad debía ponerse a disposición de la revolución social proletaria. Los pro*situs* y los anarquistas repetían una y otra vez que la universidad era una institución que solo servía para producir diversas clases de policías que se llamaban a sí mismos directivos, psicólogos o sociólogos. Los radicales, muchos de los cuales se unirían después al Movimiento 22 de marzo, no veían la universidad como un oasis de libertad o una torre de marfil, sino como una institución clasista, esto es, un organismo burgués en el que los profesores ocupaban el lugar de los capitalistas[323]. Por otro lado, los catedráticos no podían soportar la intolerancia de los revolucionarios[324]. El diálogo entre liberales y revolucionarios con conciencia de clase no era posible. Mayo del 68 y el periodo subsiguiente zanjarían la cuestión por medio de la fuerza.

Los estudiantes prosituacionistas, o *enragés*, aprovecharon la confrontación con la policía para publicar el panfleto «Mientras esperamos la [sociedad] cibernética, llega la policía», en el que acusaban al decano (*Grappin-la-matraque*) de poner la universidad bajo la protección de la gendarmería y, por lo tanto, dejar de manifiesto la naturaleza falsa y violenta

del «diálogo» entre estudiantes y administración. El panfleto, de una calidad estilística y gráfica que impresionó hasta a sus adversarios ideológicos, produjo una ruptura entre anarquistas y pro*situs* que culminaría en su enfrentamiento durante la formación del Movimiento 22 de marzo. La decisión unilateral de los pro*situs* de reemplazar todos los puntos y comas del texto por esvásticas ofendió a los anarquistas, que querían mantener la distinción entre el Estado policial capitalista de la Francia gaullista y un régimen fascista o nazi. La crítica que de los radicales de los sesenta hizo el filósofo alemán Jürgen Habermas es acertada: «Los que han tenido éxito con nuevas técnicas de protesta se creen luchadores revolucionarios contra la opresión fascista cuando en realidad no están haciendo nada salvo aprovecharse de forma controvertida de la inesperada laxitud que les proporcionan las instituciones liberales»[325]. La selecta unidad de inteligencia de la policía, la Deuxième Brigade, fue sin pretenderlo habermasiana cuando reconoció que la universidad era la institución más vulnerable de la sociedad francesa[326]. La naturaleza liberal de la educación superior la volvía incapaz de combatir las protestas violentas sin renunciar a su propio liberalismo. Los agentes de los servicios de inteligencia se dieron cuenta de que llamar a las fuerzas del orden a los campus únicamente servía para hacer más profundo el dilema. Aun así, el Estado no podía consentir la destrucción de la universidad, puesto que desempeñaba el papel fundamental de integrar y promover a una nueva generación.

Esa victoria física y política del 26 de enero de los estudiantes sobre la policía no puso fin a la amenaza de expulsar a Cohn-Bendit de Francia o de sancionar a otros revolucionarios. El 6 de febrero, la AFGEN-UNEF (Association fédérative des groupes d’études de Nanterre) organizó una manifestación en contra de la represión de la administración[327]. Casi simultáneamente, el Departamento de Sociología de Nanterre protestó por esa expulsión de Dany que se proponía, pero guardó silencio con respecto a las medidas disciplinarias tomadas contra otros estudiantes cercanos a los situacionistas. Los profesores, que no apreciaban enteramente ese renacer de las tradiciones dadaístas y surrealistas, estaban lógicamente molestos por los trastornos que anarquistas y situacionistas provocaban en sus cursos. Los alborotadores amenazaban su función docente consiguiendo con bastante

habilidad ponerlos en ridículo ante todos. Según la historiadora italiana Luisa Passerini, los estudiantes se burlaban de sus profesores por motivos políticos:

> La reanudación de ese tono burlón es significativo precisamente por su mal gusto, por sus burdas risotadas. Propone hacer en público las burlas groseras que los estudiantes siempre han hecho de sus profesores [...] Ese patrimonio de generaciones de estudiantes frustrados les ayuda a seguir con las risitas tontas y la diversión, que es infantil y por tanto intensa, irritante y capaz de enfadar de verdad a los docentes. La transición a la esfera pública, por medio de la palabra escrita y hablada, infunde una sensación de liberación, de alivio, de poder[328].

Una vez más, los radicales de los sesenta hicieron público lo que antes era privado.

En octubre de 1966, poco antes de la aparición de «El retorno de la Columna Durruti», el profesor de Cibernética Abraham Moses había vivido el primer trastorno al dar su clase inaugural en la Universidad de Estrasburgo[329]. Estudiantes de inspiración situacionista le lanzaron tomates para protestar contra lo que consideraban su apoyo a la universidad tecnocrática y a un urbanismo horrendo a lo Sarcelles. En el invierno y primavera de 1968, uno de los blancos favoritos de situacionistas y anarquistas fue Alain Touraine. Los jóvenes alborotadores que para molestar lo interrumpían en clase irritaron tanto al sociólogo que, temblando de ira, se dice que este replicó: «Si esto es la revolución, entonces yo soy contrarrevolucionario [...] Estoy harto de anarquistas y aún más de situacionistas. Aquí soy yo el que manda. Si lo fueran ustedes, me iría a algún sitio en que la gente supiera lo que significa trabajar»[330]. Un alborotador, conocido como «Richard el Grande» por su tamaño, se acercó a Touraine. Chasqueando los dedos, le tarareó un blues. Otro eminente sociólogo, Edgar Morin, también fue objeto de sus ataques. Sin dejarse intimidar por las interrupciones, se enfrentó a los que lo acosaban espetándoles: «El otro día me dijeron ustedes que yo tendría que estar en el cubo de la basura de la historia». E, impertérrito, alguien le contestó: «¿Y cómo ha conseguido salir de ahí?».

Los estudiantes pasaban con facilidad de la confrontación personal a temas globales. La guerra de Vietnam era el conflicto internacional que más les preocupaba[331]. El sentimiento antibelicista se extendió a profesores y alumnos de liceo. La «ofensiva del Tet» del Vietcong a finales de enero de

1968 animó a la UNEF y el SNESup a convocar unas «Jornadas antiimperialistas» en febrero. En París, el 7 de ese mes, el CVB (Comité Vietnam de base) maoísta decidió reventar una reunión a favor de Estados Unidos y Vietnam del Sur organizada por Occident. Conforme cientos de miembros del CVB cubiertos con cascos se dirigían al salón de actos de la Mutualité, la policía cargó contra ellos y estallaron los altercados callejeros[332]. Varios días después, se congregó una manifestación más numerosa y menos violenta. Ochenta mil personas marcharon de la Plaza de la República a la Plaza de la Bastilla, la ruta habitual de la izquierda. Simpatizantes del PCF y la CGT formaban el grueso de la multitud. Los manifestantes gritaban «paz en Vietnam» en lugar de la consigna trotskista y maoísta más agresiva de «el NFL ganará». Pese a sus divisiones, las simpatías por el NFL y su correspondiente antinorteamericanismo proporcionaban un baluarte de unidad a toda la izquierda. Los éxitos de los vietnamitas en su enfrentamiento con los Estados Unidos llevaron a un número considerable de militantes a creer que otras potencias «imperialistas» —en este caso Francia— también eran vulnerables[333]. Muchos radicales franceses se identificaban con los desvalidos del Tercer Mundo en combate. Para los maoístas, trotskistas y otros, la causa vietnamita era parte integral de la revolución socialista mundial por la que luchaban.

Algunos alumnos de Nanterre se adhirieron a ese internacionalismo revolucionario. Unos 15 estudiantes de allí, entre los que se encontraba Cohn-Bendit, participaron en un viaje a Berlín financiado por el JCR y su organización afiliada, el Comité Vietnam national (CVN). En Berlín, junto con otros 30.000 manifestantes, oyeron soflamas de Alain Krivine y Ernest Mandel. La delegación francesa fue presentada al rítmico cántico de «Ho-Ho, Ho Chi-Minh» y «Che, Che Guevara», que luego adoptarían las manifestaciones antiimperialistas de París[334]. Los anarquistas de Nanterre llegaron a admirar al líder estudiantil alemán Rudi Dutschke, tan entregado a la causa como inteligente, por más que estaba próximo a la Cuarta Internacional trotskista. Dutschke, que había huido de la Alemania del Este estalinista, buscaba una nueva forma de socialismo que atraía a muchos libertarios. Su internacionalismo y tercermundismo ciegos se dejaban notar en su vida privada. Casado con una estadounidense, le habían puesto Che de

nombre a su hijo. La organización de Dutschke, el SDS (Sozialistischer deutscher Studentenbund), impresionó a los estudiantes de Nanterre[335]. Además de a pensadores de izquierdas como Guevara, Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y el propio Marx, los miembros del SDS alemán también leían a Herbert Marcuse.

Aunque el SDS estaba presente en buena parte de campus alemanes, carecía de apoyos fuera de las universidades. Los sindicatos y, por supuesto, el Partido Socialdemócrata no lo veían con buenos ojos. La mayoría de sus adeptos eran conscientes de la necesidad de unirse a los trabajadores, pero a los obreros alemanes, si bien no eran hostiles a su política, esta les era indiferente. Aunque quizá no fuesen mayoría, muchos de los alrededor de 2.000 afiliados de la organización se convencieron de que la clase obrera de las naciones occidentales avanzadas ya no era revolucionaria. La adopción de ese escepticismo marcusiano con respecto a una posible revolución del proletariado levantó una importante barrera entre los estudiantes radicales alemanes y los franceses[336]. La fuerte influencia de la Nueva Izquierda entre los estudiantes de Alemania Occidental en los sesenta tal vez fuese consecuencia de la destrucción del marxismo tradicional durante el Tercer Reich y el subsiguiente dominio intelectual conservador de la República Federal en los años cincuenta. En contraste, la sólida izquierda francesa siguió muy activa durante todo el periodo de posguerra, con lo que restringió el posible atractivo que la Nueva Izquierda pudiese tener para algunos.

En Francia Marcuse era menos influyente que en Alemania Occidental o en Estados Unidos. *El hombre unidimensional* acababa de traducirse a finales de Mayo del 68, pero *Eros y civilización* y *El marxismo soviético* ya gozaban de gran difusión antes de ese mes[337]. No obstante, todas las facciones del movimiento de Nanterre continuaron insistiendo en que la clase trabajadora podía hacer la revolución y la haría. Al igual que en Italia, el *ouvriérisme* predominaba entre los estudiantes radicales franceses. Por el contrario, Dutschke ensalzaba el ensayo de Marcuse «La tolerancia represiva», que dudaba del potencial revolucionario de los obreros. Lo mismo les ocurría a la mayoría de radicales de Estados Unidos, donde la influencia del marxismo ortodoxo era mucho más débil que en Europa[338]. Sus sujetos revolucionarios eran los estudiantes, los negros y los pobres de todo el mundo. Ya fueran

ouvriéristes o no, los radicales de Estados Unidos y Europa alababan a los regímenes socialistas de Cuba y China. Las disculpas y justificaciones de ambos regímenes estuvieron a la orden del día entre buena parte de la izquierda a lo largo de los años sesenta[339]. Ho, Che y Mao se convirtieron en los héroes de una nueva generación de jóvenes revolucionarios[340].

El programa de cuatro puntos del SDS alemán influyó en muchos radicales de Nanterre. El primer punto era la admisión abierta de candidatos de orígenes obreros para democratizar la universidad; el segundo, el control estudiantil de la educación superior por medio de la cogestión o la codecisión; el tercero, fomentar la actividad política en la universidad, y el cuarto, reemplazar la típica actitud de vivir en una torre de marfil por un concienzudo servicio comunitario[341]. Tras una manifestación antiimperialista contra el sah de Irán que tuvo lugar el 2 de junio de 1967, y en la que un estudiante, Benno Ohnesorg, resultó muerto de un tiro, los miembros del SDS instauraron la «universidad crítica», que luego el Movimiento 22 de marzo de Nanterre tomaría como modelo. La universidad crítica quería crear comisiones que analizaran los planes de estudios, la política, el rechazo sexual y la ciencia burguesa. Para sus admiradores franceses, la universidad crítica prometía ir a salvar las distancias entre el movimiento estudiantil radical y otras fuerzas progresistas, especialmente la clase obrera, al animar a los estudiantes a aventurarse a salir de su gueto académico. Algunos sugirieron que, si se seguía el modelo de las universidades cubanas y chinas, la universidad crítica podría ayudar a transformar la sociedad aboliendo la distinción entre trabajo manual e intelectual.

En febrero de 1968, los *enragés* de Nanterre fueron mucho más allá de los postulados de la universidad crítica. Publicaron dos textos con los que propagar la protesta y burlarse de aquellos que les parecía que no eran lo bastante radicales[342]. El primero era el *Chant de guerre des Polonais de Nanterre*, conocido popularmente como el *Grappignole*, que se basaba en las canciones revolucionarias *La Carmagnole* y *Ça ira*. Esa parodia ofensiva, cuyo título derivaba del nombre del decano de Nanterre, ridiculizaba la orientación política, religiosa e incluso sexual de varios jerarcas del campus. El segundo texto de los *enragés* era una tira cómica que atacaba a la UNEF por condenar los «excesos» de algunos radicales y negarse a defender a los

que estaban amenazados con ser expulsados de la universidad. El cómic mostraba a un cura que ofrecía el uso de una capilla a unos militantes de la UNEF muy pulcros y bien rasurados. Luego esos activistas de la UNEF advertían a los hirsutos *enragés* de que no montaran un escándalo. Estos contestaban que lo que querían era divertirse, y que hacer una distinción entre política y placer era contrarrevolucionario. Los miembros de la UNEF contraatacaban preguntando a los *enragés* de quién procedía su autoridad, y ellos replicaban que se investían a sí mismos de poder «en cuanto hacían de sus deseos su realidad».

La juventud radical de los sesenta se distinguió por su facilidad para pasar de lo internacional a lo íntimo y de la abnegación al hedonismo. La UNEF consideró que el día de San Valentín era una fecha muy apropiada para organizar una jornada nacional de protesta contra las restricciones a la entrada a las residencias de estudiantes y otras normas de estas que les parecían ridículas. La tarde de ese 14 de febrero de 1968, 600 estudiantes se congregaron para hablar de las distintas modalidades de la ocupación de la residencia femenina de Nanterre que planeaban[343]. La gran afluencia sorprendió a los observadores, que no se imaginaban hasta qué punto la cuestión podría movilizar al ejército de protesta en la reserva. Hasta la FNEF se dio cuenta *ex post facto* de que había subestimado el asunto de las residencias, con lo que había permitido que la UNEF gozara de una oportunidad política indiscutible[344]. Los organizadores de la protesta querían evitar la interpretación «folclórica» que la prensa había dado a su movimiento en marzo de 1967. Entonces los medios de comunicación habían calificado su ocupación de «primavera estudiantil», o, lo que es lo mismo, de chavales universitarios desfogándose al estilo de los estudiantes estadounidenses que entraban subrepticiamente en residencias de chicas a la caza de su ropa interior en los años cincuenta[345]. Asimismo, al igual que sus homólogos estadounidenses de los sesenta, los estudiantes franceses estaban decididos a poner en tela de juicio los fundamentos de la moral y el control sexuales[346]. Estos militantes no querían una victoria simbólica o a corto plazo, sino un cambio permanente de las normas: «No buscamos invadir ni ocupar residencias, sino establecer el derecho de que cualquiera pueda recibir en su cuarto a quien quiera». Instaron a todos los activistas, hombres y mujeres, a

que se comportaran como adultos responsables. Esa noche, 450 personas ocuparon la residencia femenina sin que la policía interviniera, e impusieron un régimen de total libertad de visitas que continuó en vigor el resto del año. En 1968 el apoyo a la expansión de la libertad sexual pasó a ser un fenómeno nacional. Los residentes de la UNEF de colegios mayores designaron oficialmente el 13-14 de febrero «días de acción para abolir las normas internas». En Nantes, 50 estudiantes invadieron el despacho del rector y «arrancaron cortinas, rompieron papeles y ensuciaron alfombras»[347]. La militancia de Nanterre sirvió de modelo a estudiantes de universidades de provincias como Nancy, Montpellier y Niza. Luego les seguirían otras universidades.

Un decreto del Ministerio de Educación del 22-23 de febrero intentó infructuosamente limitar el avance de tanta permisividad. Tenía como objeto evitar que los hombres entraran en las residencias de las mujeres, y prohibía que estas los visitaran a ellos después de las 11 de la noche. El ministro, Alain Peyrefitte, reconocía la necesidad de «liberalizar» y cambiar «unas normas anticuadas [...] que ya no se cumplen en buena parte»[348]. También ampliaba los derechos de visita y observaba que «la sociedad ha evolucionado y ya no trata a los universitarios como estudiantes de liceo». No obstante, terminaba poniendo unos límites: «No podemos permitir que las menores de edad vayan a los cuartos de los jóvenes», ni podemos «ser menos estrictos que las regulaciones de los hoteles». Aun así, ofrecía a los padres de las menores la opción de pedir una exención de la norma para sus hijas. Peyrefitte insistió en mantener la prohibición de las visitas masculinas a las residencias femeninas: «Esto no quiere decir que nos opongamos a la igualdad de la mujer. Al contrario, la apoyamos. Pero los riesgos no son los mismos para hombres y mujeres [...] La estudiante que entra en el cuarto de un chico sabe a lo que se expone; sin embargo, dejar que ellos entren en los de las chicas pone en riesgo a todas las estudiantes [...] Además, según las encuestas la gran mayoría de alumnas no quieren que los hombres entren en sus residencias». Los estudiantes rechazaron el decreto de Peyrefitte alegando que violaba la constitución de la Quinta República, cuyo preámbulo estipulaba igualdad de derechos para hombres y mujeres. La protesta estudiantil no se centraba en el derecho a acostarse juntos, ya que se permitía

que las mujeres fueran a las residencias de los hombres, sino que, como en Antony, desafiaba unas restricciones que la mayoría consideraban represivas[349]. La UNEF tachó de «hipócrita» una política que permitía que las mujeres fueran a las residencias masculinas y prohibía que los hombres pasaran la noche en las femeninas.

No todas las estudiantes estaban de acuerdo. Algunas de sus delegadas informaron a Peyrefitte de que, aunque querían contar con el derecho a quedarse toda la noche en las residencias masculinas, rechazaban que hubiese hombres viviendo permanentemente en las suyas, ya que su presencia les resultaba intimidatoria[350]. En general, las estudiantes estaban menos politizadas y sindicadas que los varones, pese a ser comparativamente menos tradicionales que otras francesas[351]. Una encuesta confirmó que un 83% de estudiantes creían conveniente que los hombres tuviesen libertad sexual antes del matrimonio, mientras que un 67% la creían conveniente para las mujeres[352]. Resulta curioso que ellas fueran más patriotas y favorables a hacer el servicio militar que los hombres. También se inclinaban más que ellos a vivir con sus padres mientras estudiaban en la universidad. En Nanterre tenían menos movilidad que los varones[353]. La inmensa mayoría de chicas (447 de un total de 523) que vivían en las residencias de Nanterre estaban matriculadas en ese campus, mientras que una ligera mayoría de chicos (315 de 609) estudiaban en otras instituciones. Ya estuvieran a favor o en contra de las visitas masculinas a las residencias femeninas, el conflicto aumentó el grado de politización de las estudiantes, lo cual tenía su importancia en una universidad cuya Facultad de Letras tenía mayoría de mujeres.

Cierto número de miembros del consejo de dirección de las residencias, que incluía a los rectores y decanos de algunas de las universidades parisinas más importantes, se opusieron a la postura de Peyrefitte. Haciéndose eco de lo que decían los partidarios de la UNEF, algunos recordaron que la ley garantizaba la igualdad entre hombres y mujeres. El doctor Dubas, asesor médico del rector, dijo que no podía apoyar «ninguna segregación entre sexos ni entre adultos y menores», que constituían más del 60% de las mujeres y el 43% de los hombres[354]. Otro miembro pensaba que las normas del ministro eran inaplicables y poco razonables por ir en contra de «las tendencias

sociales». Otro, aunque estaba de acuerdo con Peyrefitte en la conveniencia de limitar las visitas, opinaba no obstante que el decreto era demasiado complicado de poner en práctica y podría llevar a una «explosión colectiva». En su lugar, abogaba por redactar «un conjunto sencillo de normas que pudieran ser aceptadas por todos».

Los que estaban a cargo de establecer y hacer cumplir la política de las residencias de las universidades hicieron todo lo que pudieron por sortear lo que consideraban las rígidas instrucciones de Peyrefitte. El director de alojamientos advirtió al ministro y al rector de que la prohibición de que los hombres entraran en las residencias femeninas en que se alojaban mujeres mayores de 21 años sería o bien totalmente pasada por alto por los estudiantes o provocaría una «confrontación» en Nanterre y en otras residencias de la región de París[355]. De pedir el ministro al consejo administrativo que cambiara su política ya de corte más liberal, tendrían que negarse. Además, el director de residencias estudiantiles de París advertía a su superior de que la opinión pública aprobaba que se diese mayor libertad. Recomendaba a Peyrefitte que aceptase las visitas para que los administradores pudieran dedicarse de pleno a perseguir las ocupaciones ilegales. Justo antes de la toma de la residencia femenina del día de San Valentín, la comisión de alojamiento pidió que se modificaran sustancialmente las normas para que se acomodasen a «la mentalidad general y las costumbres»[356]. Aunque predecía que los cambios podrían parecer a algunos «revolucionarios» y «demasiado liberales», consideraba que la nueva regulación que se pedía era «realista». Cada residencia podría aplicar las nuevas normas a su manera. Se consentiría la difusión de todo tipo de información, incluida la política. La cohabitación y las visitas eran menos importantes que prevenir el alojamiento ilegal, que seguía siendo «con diferencia el problema más grave de nuestras residencias»[357].

Los administradores de la Universidad de Nanterre y de sus residencias fueron en 1967-1968 más tolerantes y estuvieron más interesados en la opinión de los estudiantes que los de Antony en 1964-1965. En marzo del 68, no se opusieron a la conferencia organizada por la asociación de residentes (ARCUN) sobre «Sexualidad y represión», ni a la distribución de un manifiesto de 1936 escrito por Wilhelm Reich[358]. En abril de 1967, los

gerentes de los colegios mayores informaron de que varias de sus residentes habían repartido un cuestionario del que habían recibido 97 respuestas, pese a «cierta oposición desleal» de la ARCUN gracias a la cual esta había conseguido en parte impedir la distribución del cuestionario. Veintisiete mujeres optaban por mantener las antiguas normas, que prohibían las visitas del sexo opuesto; 14 preferían la libertad total de entrada, y 56 querían la modificación de las normas y una libertad de movimiento limitada. Esta opción de la libertad limitada no era señal de que las residentes fuesen mojigatas o conservadoras. Por el contrario, en la mayoría de los casos se debía a que querían ser informadas de antemano de cualquier visita, ya fuera de sus padres o de jóvenes[359]. Los administradores pensaban que los cambios que se introdujeran no debían aplicarse a las menores[360]; sin embargo, en 1967 sorprendentemente hasta los padres de estas se mostraron bastante favorables a la liberalización de las visitas[361]. La Comisión de alojamiento del CROUS, dirigida por el doctor Dubas, hizo un sondeo entre los padres de las menores y determinó que un 58% no quería que se aplicasen estrictamente las normas en vigor, un 30% estaba a favor de la libertad limitada y un 12% se decantaba por la libertad sin restricciones[362]. El liberalismo de los padres, muy pocos de los cuales exigían restricciones estrictas, sorprendió a los gerentes, que se equivocaban al asumir que existiría una gran brecha generacional entre padres e hijas.

Los estudiantes afines a la ARCUN insistían aún más en la liberalización de las visitas. Las autoridades no se fiaban de quienes exigían absoluta libertad de movimiento, pero les preocupaba que la adopción por su parte de lo que podría ser visto por la opinión pública como una postura reaccionaria pudiese provocar una rebelión campal en las residencias. En septiembre de 1967, un inspector informó de «hechos y prácticas muy deplorables: idas y venidas incontroladas de desconocidos de día y de noche que provocan tumultos nocturnos, libertinaje, juergas desmadradas y tráfico y consumo de drogas»[363]. A los administradores les preocupaba ante todo garantizar la paz y la «tranquilidad general», puesto que «era lo que pedía la gran mayoría». También sentían que tenían la responsabilidad paternal de impedir el colapso físico y emocional de los estudiantes más decadentes o hedonistas. Aceptaron embellecer los desolados terrenos, ofrecer los servicios de una enfermera y

trabajadores sociales, abrir un bar (el alcohol era preferible a las drogas ilegales), construir un centro cultural y mejorar la biblioteca. Se instalarían abrepuertas eléctricos para poner fin a las visitas no autorizadas y al tráfico ilegal. Además, los visitantes y residentes tendrían que acreditarse debidamente. Toda infracción quedaría registrada y se impondrían las sanciones pertinentes. Los administradores querían que se cerraran las residencias a las 11 de la noche. La erradicación de los «clandestinos» era su principal problema y su máxima prioridad. De nuevo, como ocurriría a lo largo de mayo y junio, a las autoridades les preocupaba mucho más la protección de los bienes públicos y que la de la moralidad.

En Nanterre, tras la ocupación de la residencia femenina del día de San Valentín, las amenazas de expulsar a los *enragés* prolongaron las tensiones. En las universidades parisinas y de provincias continuaron las huelgas de estudiantes por cuestiones como las visitas a las residencias y los procesos de selección. En medio de ese ambiente, cuatro estudiantes anarquistas, entre ellos Cohn-Bendit, colaboraron en la redacción del panfleto «¿Para qué los sociólogos?», que ofrecía una variación de la teoría del capitalismo de monopolio estatal[364]. En él argumentaban que el capitalismo competitivo del siglo XIX había sido desbancado por la versión organizada del siglo XX. En otras palabras, el Estado basado en el liberalismo económico, la lucha darwinista entre competidores y la supresión del sindicalismo ya no caracterizaban al capitalismo contemporáneo. En su lugar, la cooperación corporativista entre grandes empresas, gobiernos y sindicatos era el rasgo distintivo de la economía del momento. Los Estados Unidos habían sido los pioneros de ese modelo, y, por lo tanto, los sociólogos estadounidenses se habían adaptado a ese capitalismo organizado poniéndose al servicio de los beneficios y del mantenimiento del orden. La sociología industrial estadounidense quería ajustar al trabajador a su puesto de trabajo, y no al revés. Desde 1958, la modernización autoritaria del gaullismo animaba al capitalismo francés y al sistema de educación superior a ponerse al nivel de los estadounidenses. La modernización gaullista afectaba inevitablemente a la universidad, volviéndola parte integral del capitalismo organizado. Como resultado, una abrumadora mayoría de profesores y estudiantes eran incapaces de formar un masivo movimiento de oposición. Por el contrario, el

destino de los miembros de la comunidad universitaria era trabajar para «diversas burocracias autoritarias», ya fuesen públicas o privadas. La conclusión de los jóvenes sociólogos, que difería de la de algunos miembros alemanes o estadounidenses de la SDS, se aproximaba al análisis situacionista al afirmar que solo los trabajadores, y no los estudiantes, podían hacer la revolución. Cuesta juzgar qué conclusiones eran más descabelladas.

El enfoque crítico de los radicales de Nanterre ayudó a crear un clima que animó en marzo a algunos estudiantes de Sociología y Psicología a boicotear los exámenes. Al tiempo que denunciaban lo absurdo del sistema, impidieron que otros alumnos más dóciles entregaran sus pruebas[365]. Los profesores pusieron en tela de juicio las tácticas coercitivas de los huelguistas y su verdadera entrega a sus estudios[366]. Uno de ellos relató su experiencia con los *meneurs* (agitadores)[367]. El 14 de marzo, 20 alumnos invadieron su clase de Introducción a la Psicología, agarraron el micrófono y difundieron el texto de una resolución aprobada por «estudiantes de Sociología y Psicología». Entonces entraron en la clase 30 alumnos más llevando carteles de piquete. Uno de ellos leyó en voz alta una declaración en la que se quejaban de las malas notas que ciertos estudiantes habían sacado en el último examen. En lo que era un reflejo del parecer generalizado sobre las listas negras, los estudiantes atribuían las bajas calificaciones a presiones de la administración a los profesores ayudantes. Sin embargo, ese profesor lo negó categóricamente: «Si las notas son bajas, es por causa de la extremada pasividad de algunos estudiantes, de los que me sorprendió que no tomaran nunca apuntes en clase. Dependían de unos apuntes que se imprimieron sin mi conocimiento, y que no solo eran terriblemente esquemáticos sino que también estaban llenos de grandes errores, los mismos que encontré en unos 100 exámenes»[368].

La explicación del profesor no convenció a los manifestantes, que entonces intentaron sin mucho éxito «despabilar a los otros estudiantes aletargados». Los invasores distribuyeron el panfleto «Nanterre o el engorde de las ocas», en el que exigían que los cursos cuyos exámenes se basaban en la repetición mecánica de información fueran sustituidos por seminarios de grupos pequeños centrados en el análisis y el debate[369]. El profesor se negó a esos cambios, afirmando que su curso introductorio era «un paso

indispensable» para dominar la materia. La invasión de la clase y la protesta coincidieron con la manifestación convocada el 14 de marzo por la UNEF en París contra las reformas gubernamentales de la educación superior, a la que acudieron entre 6.000 y 7.000 personas.

Además, la guerra de Vietnam seguía alimentando el ya de por sí fuerte sentimiento internacionalista y antiimperialista. El 20 de marzo, varios militantes pro-Vietcong de Nanterre fueron detenidos por participar en una violenta manifestación antiestadounidense ante las oficinas parisinas de American Express y romper los cristales. Para protestar por las detenciones «arbitrarias» de sus «camaradas antiimperialistas encarcelados», en especial de un miembro del JCR que se había ganado la simpatía y amistad de los adeptos de otros grupúsculos, los radicales decidieron ocupar un edificio del campus de Nanterre. Seis años después del fin de la guerra de Argelia, la defensa de quienes destruían propiedades «imperialistas» era el pegamento que unía a diversas facciones políticas. La elección del edificio administrativo, que era zona prohibida para la mayoría de estudiantes, demostró tanta audacia como astucia. La conquista de ese espacio era un objetivo táctico que promovió una unidad a la postre efímera. La toma del edificio administrativo (en lugar, por ejemplo, de la presa más fácil que eran los departamentos de Ciencias Sociales) puso de manifiesto que el movimiento ya incluía a estudiantes de otras disciplinas además de los procedentes de Sociología y Psicología, por lo general de fuerte militancia. Y, lo que es más, el edificio administrativo —una torre fálica que era el doble de alta que los demás edificios— venía a ser, según Cohn-Bendit y otros, un símbolo de la omnipresente «represión»[370]. La tarde del 22 de marzo, 20 estudiantes invadieron el edificio administrativo y obligaron al personal a que les dejaran usar un altavoz para anunciar una reunión a las 5[371]. Un hurto que se produjo mientras los estudiantes abandonaban las dependencias pareció indicar sus intenciones subversivas: «Después de que se fueran, un empleado descubrió que le faltaba su pluma chapada en oro». Cuando al rato dieron las 5, varios cientos de estudiantes llegaron a la planta baja del edificio. Pese a la activa oposición del vicedecano, decidieron ocupar la novena planta, en la que «estuvieron hablando, comiendo, bebiendo y cantando hasta la 1:30 de la madrugada». Los altos cargos de Nanterre optaron por no llamar a la policía.

Se consintió la ilegalidad.

Los ocupantes sabían que corrían riesgos. Aunque en la asamblea general de la UNEF cientos de ellos habían votado a favor de la ocupación, a causa del miedo y de ciertos recelos ideológicos el número inicial de asaltantes se redujo a 60. Una vez dentro del edificio administrativo, rápidamente surgieron las divisiones entre ellos. Los tres *enragés* presentes pretendían saquear los despachos en imitación, o eso creían, de los afroamericanos durante los disturbios de Watts[372]. No sentían ningún respeto por la propiedad pública o privada. Los *enragés* no mostraron mucho interés por participar en debates con quienes consideraban que eran menos revolucionarios que ellos. En su lugar, lo que querían era poner sus teorías en práctica y beberse las excelentes botellas de whisky escocés que el decano reservaba para las visitas de mayor distinción académica y social[373]. Sin duda una de las influencias de los *enragés* era Sade, cuyo pensamiento les parecía «una crítica de la vida cotidiana»: «Los placeres permitidos no se pueden comparar con otros más fuertes que rompen con las restricciones sociales y derrocan a todas las leyes»[374]. Anticipándose a uno de los grafitis más famosos de Mayo del 68, los pro*situs* eran de la opinión de que «los obstáculos que dificultan los placeres despiertan el deseo de disfrutar de placeres sin obstáculos». Unos cuantos anarquistas prefirieron registrar escritorios y archivadores en busca de las supuestas listas negras, que, como era de esperar, no consiguieron encontrar. No obstante, la existencia de dichas listas continuó siendo piedra angular de casi todos los componentes del «Movimiento de 142». En un principio su nombre procedía del número de estudiantes que votaron la resolución por la que condenaban el imperialismo norteamericano y las listas negras; sin embargo, pronto pasó a conocerse más como el «Movimiento del 22 de marzo» en alusión al «Movimiento del 26 de julio» de Fidel Castro[375]. Los 142 planeaban realizar un seminario especial sobre las luchas estudiantiles y en especial las obreras. Como ocurriría en la Universidad de Columbia de Nueva York un mes más tarde, la agitación por una poderosa combinación de asuntos internacionales, nacionales y locales terminó instigando ese espectacular encierro[376].

La mayoría de los ocupantes no eran tan osados como los anarquistas y pro*situs* saqueadores, sino que querían mantenerse dentro de unos límites

respetables. Por abrumadora mayoría, se negaron a aceptar la sugerencia de los *enragés* de expulsar a varios «estalinistas» de la UEC. Para ellos, empezar el encierro con una purga era un acto «estalinista» igual de reprensible. Entonces los *enragés* se marcharon, no sin antes insultar a sus excamaradas llamándoles *petits cons*. No obstante, demostraron ser capaces de ir más allá de ese nivel de improperios dejando tras de sí los resultados culturales más destacados de esa ocupación del 22 de marzo. Pintaron en las paredes grafitis de corte situacionista: «Que tus deseos sean tu realidad», «El aburrimiento es contrarrevolucionario» y el famoso y de triste fama «No trabajes», además de otros garabatos como: «Profesores, sois viejos y vuestra cultura también», «El conocimiento está hecho añicos, empecemos a crear» y «La cultura no es creativa». Poco después, los miembros de la Nueva Izquierda de la Universidad de Columbia emplearían la fórmula más inclusiva de: «Al paredón, hijos de puta», mientras que los *enragés* de Nanterre, igual de indecorosos pero más específicos, afirmaron que «los sindicatos son una casa de putas: la UNEF es una puta».

La airada salida de los *enragés* permitió que el encierro se relajara e incluso se volviese más festivo. Ciento cincuenta personas seguían en el edificio, muchas de las cuales querían hablar de la construcción de una universidad crítica basada en la noción del SDS alemán. Los ocupantes tuvieron suerte de poner fin a su protesta a la 1:30 de la madrugada, menos de una hora antes de que llegara la policía, a la que el ministro de Educación, Alain Peyrefitte, había ordenado que desalojara el edificio pese a la oposición de Grappin y su adjunto[377]. Peyrefitte quería expulsar a Cohn-Bendit de inmediato, pero el ministro de Interior, Fouchet, lo contuvo, advirtiéndole de que la expulsión de un estudiante extranjero de intercambio supondría una violación de los tradicionales privilegios universitarios. En lugar de eso, Cohn-Bendit se sometería a una vista disciplinaria. Esa vacilación entre tolerancia y represión fue un anticipo de otra serie de indecisiones por parte del gobierno en Mayo del 68.

Los relatos conmemorativos y nostálgicos de los hechos tienden a minimizar el furor del Mayo Francés. La guerra de guerrillas de los radicales de Nanterre y la Sorbona contra los bienes de la universidad se suele omitir en buena parte[378]. Algunos radicales nunca ocultaron que su revolución

pretendía destruir «la universidad burguesa». Los militantes del Movimiento 22 de marzo invadieron el edificio administrativo por razones políticas y simbólicas, pero algunos también robaron y causaron daños por un valor de alrededor de 15.000 francos[379]. Sin duda los daños podrían haber sido mucho peores, y el propio vicedecano los calificó de «mínimos» y «poco sistemáticos». En cambio, a otros profesores les espantaron más los destrozos[380]. Los activistas del 22 de marzo y otros estudiantes de Nanterre demostraron el desdén que les producía el campus. Forzaron puertas, destrozaron muebles, arrancaron cables de teléfono, robaron llaves, quemaron moqueta con cigarrillos, rompieron cristales, carbonizaron una cortina, saquearon comida y estropearon máquinas expendedoras. El decano informó de que la reparación de los daños costó 20.000 francos[381]. La universidad presentó una querella contra los responsables[382]. Varias organizaciones —ARCUN, las secciones de la UNEF y la CGT de Nanterre— condenaron «los pillajes, robos y vandalismo», pese a ser muy críticos con la policía y apoyar a los estudiantes que protestaron contra la intervención, si bien tardía e ineficaz, de las fuerzas del orden[383].

Al término de la ocupación, 142 participantes aprobaron una declaración que se convirtió en la base del Movimiento 22 de marzo, y que por encima de todo atacaba al Estado centralizado. El manifiesto de los 142 criticaba «la represión policial de cualquier forma de acción política»[384]. El Estado represor, denunciaban los 142, estaba deteniendo a militantes en sus propias casas. El capitalismo francés, en su esfuerzo por modernizarse y racionalizarse, tenía que emplear la coacción a todos los niveles. Los militantes juraban «contraatacar cada vez con más fuerza [...] a cada acto de represión». Con su desafío consiguieron superar las diferencias entre los varios grupúsculos y los que no estaban adscritos a ninguna organización. Estos suponían la mitad de los 142, y su participación ayudó a forjar la unidad del grupo. Así pues, el Movimiento 22 de marzo no era un grupúsculo, sino más bien una coalición *ad hoc*[385]. A lo largo de la primavera de 1968, y sobre todo en la segunda mitad de mayo, la protesta contra la protección en ocasiones agresiva por parte del estado de las universidades y las calles se convertiría en un tema unificador de la izquierda.

Tras la ocupación del edificio administrativo, la agitación se intensificó en

Nanterre. Los radicales y *enragés* continuamente perturbaban el desarrollo de las clases y boicoteaban exámenes. Cohn-Bendit y otros justificaban no hacer exámenes y negarle el habla a ciertos profesores argumentando que los revolucionarios debían rechazar «el terreno del adversario: los exámenes y el normal funcionamiento de la universidad»[386]. Los estudiantes radicales robaban libros, cortaban líneas telefónicas y destrozaban bienes de la universidad. En respuesta, la gran mayoría de profesores (tanto catedráticos como muchos ayudantes) decidieron (46 votos a favor, 14 en contra y cinco abstenciones) la suspensión inmediata, aunque por un periodo breve, de las clases. Un militante anarquista afirmó que algunos docentes de aquellos a los que los radicales consideraban los más reaccionarios estaban pensando llevar armas[387]. En una junta de facultad de finales de marzo, un considerable número de profesores fueron de la opinión de que Nanterre debía adoptar el modelo norteamericano de que el campus tuviera su propia policía independiente que pudiese actuar con efectividad dentro de la universidad. Asimismo, pidieron un consejo de disciplina autónomo y descentralizado con capacidad para imponer penas a los estudiantes alborotadores[388]. Los miembros de la UNEF que simpatizaban con el Movimiento 22 de marzo defendieron a este aduciendo con cierto grado de credibilidad que «cualquier movimiento espontáneo» siempre acarreaba «incidentes menores»[389]. Menos convincente es que los estudiantes atribuyeran esos incidentes a la «despolitización de la vida universitaria» y la «connivencia de elementos reaccionarios (extrema derecha, Occident, FNEF [...] y la prensa sensacionalista)»[390].

La tarde del jueves 28 de marzo, el decano Grappin anunció su decisión de cerrar la universidad hasta el siguiente lunes por «los continuos incidentes durante las clases y exámenes y en los edificios administrativos, provocados por pequeños grupos de individuos que intentan imponer su voluntad por medio de la violencia». También se consideró el cierre de las residencias. El director de estas informó al rector de que «son un caldo de cultivo de protestas; los detonadores de una situación explosiva». Sin embargo, las autoridades no podían cerrarlas porque no solo alojaban a revolucionarios de Nanterre, sino también a estudiantes extranjeros y a otros matriculados en instituciones de fuera del campus[391]. A eso hay que añadir que tal vez

Grappin se temiera la intervención de un comando de Occident. Lo cierto es que los estudiantes izquierdistas lo esperaban, y querían «evitar que los neonazis de Occident alteren la reunión del viernes»[392]. En cualquier caso, la decisión de cerrar la institución del viernes 29 de marzo al lunes 1 de abril recibió el apoyo de la UCJml, de entusiasta ideología *ouvriériste*, que refrendaba la opinión de un grupo de personal no docente que culpaba del cierre de la biblioteca a «las bandas anarquistas que destacan tanto por su indisciplina como por sus actos de vandalismo». Los maoístas tacharon de «enemigos de los trabajadores» a esos «estudiantes irresponsables» del Movimiento 22 de marzo por culpa de los cuales los bibliotecarios iban a perder el sueldo de dos días.

Las relaciones entre los radicales de Nanterre y el PCF estaban igual de tensas. Como los maoístas, la célula comunista de Nanterre también criticó a «ese puñado de agitadores». El partido les retiró el apoyo que había dado en 1965 a los estudiantes de Antony en su lucha por la libertad sexual. La expansión del *gauchisme*, la escalada de las exigencias estudiantiles y la destrucción de bienes alejaban y asustaban a algunos militantes del PCF. Su solución para los problemas de la universidad no consistía en más agitación, sino en más financiación. Por supuesto, los *gauchistes* desconfiaban de los estalinistas. Estaban convencidos de que *L'Humanité* no era más que un hatajo de mentiras e invenciones. Cuando un periodista de ese periódico del PCF se atrevió a entrar en el campus, se vio acosado con preguntas hostiles sobre Kronstadt, el pacto Hitler-Stalin, el gulag, el levantamiento húngaro de 1956 y la agitación que había en Polonia en esos momentos. En un célebre artículo de *L'Humanité*, Georges Marchais, que luego lideraría el PCF, culpó de los problemas al «anarquista alemán, Cohn-Bendit»: «Un grupo de anarquistas y situacionistas han ensuciado las paredes de la universidad con las enormes letras de su eslogan "no trabajes nunca". Para esos 40 estudiantes más o menos, la acción consiste en interrumpir conferencias, clases, conciertos de jazz y representaciones teatrales, ocupar edificios y llenar las paredes de pintadas»[393]. Haciéndose eco del PCF, la FNEF, de centro-derecha, que aseguraba contar con el respaldo electoral de casi un tercio de estudiantes, acusó a los radicales de tener un comportamiento propio de «enfermos mentales»[394].

El 29 de marzo, entre 400 y 500 estudiantes se congregaron para protestar contra el cierre de la facultad por parte de la administración y exigir el derecho a poder expresar sus ideas políticas en el campus. Gran cantidad de policías antidisturbios los rodearon mientras se concentraban en el césped de la universidad. El eslogan de la manifestación de Berlín, «Uno, dos, tres Vietnams», fue reemplazado por el más modesto y realista de «Uno, dos, tres Nanterres». Esta consigna no quedó por entero en el plano retórico. A imitación de Nanterre, estudiantes de Toulouse ocuparían el auditorio de su universidad y formarían el Movimiento 25 de abril. De manera más inmediata, esa tarde del 29 de marzo cierto número de estudiantes de Nanterre se trasladaron a París para participar en el MAU, entre cuyos miembros se encontraban los futuros periodistas Marc Kravetz y Jean-Louis Peninou y el que sería político ecologista y ministro Brice Lalonde. Al igual que otros muchos, el MAU vinculaba el éxito del movimiento estudiantil a «una sociedad en que los trabajadores tengan poder»[395]. Sus militantes, algunos de los cuales estaban activos en política desde las protestas contra la guerra de Argelia, convocaron una reunión en la Sorbona que fue prohibida por el rector, Jean Roche[396]. Los radicales de Nanterre, habituados a desafiar los interdictos, ayudaron a convencer a sus camaradas de la Sorbona para que ocupasen un auditorio. El rector se vio obligado a consentir la reunión. Consideró, a diferencia de su decisión de un mes más tarde, que llamar a la policía sería contraproducente.

En la propia Nanterre, el sábado 30 de marzo se celebró una nueva junta de profesores de distintos niveles que aprobó la idea de contar con una fuerza policial universitaria. El decano, aun reconociendo que la tradición de santuario era necesaria para defender la libertad de cátedra, afirmó que la universidad no era una institución en que se pudiera infringir la ley impunemente. Los reunidos apoyaron las propuestas de su administración, ya que pensaban que hacía lo correcto al insistir en que se cumpliera la ley, una actitud que los radicales del campus calificaban equivocadamente de «represión policial». El historiador François Crouzet afirmó que la universidad era un lugar de trabajo y que los profesores defendían su versión del derecho a trabajar, esto es, el derecho a poder dar clase. Didier Anzieu —psicólogo social que luego escribiría un libro sobre el Nanterre de Mayo del

68 con el seudónimo de Epistémon— afirmó que en toda sociedad existía una ley fundamental e inevitable que postulaba correctamente que los alumnos tenían que ser juzgados por sus profesores. El decano Grappin destacó los aspectos antisociales del movimiento de Nanterre al señalar que la mayoría de estudiantes «no eran conscientes de las restricciones y convenciones propias del orden social»[397]. Con la esperanza de aislar a los radicales, la facultad proclamó su deseo de «cooperar con todos los estudiantes que actúen en beneficio de la comunidad universitaria»[398]. La junta aprobó por unanimidad la declaración solemne del decano, que venía a ser un refrendo de la universidad «burguesa»: «Profesores y estudiantes volverán al trabajo para demostrar que la tarea social fundamental de la universidad es enseñar e investigar. Todo aquello que perturbe el normal desarrollo de una clase es una violación de nuestras normas de trabajo y de la libertad de todos. Hay que garantizar que los estudiantes puedan prepararse para sus exámenes, por medio de los cuales se satisface la función social esencial de la universidad: la de formar a los alumnos y concederles sus correspondientes títulos»[399].

Las palabras y decisiones del decano tuvieron poco efecto, ya que los boicots de clases y exámenes continuaron después de la reapertura de la universidad el lunes 1 de abril. El día 2 (conocido como el «martes del debate»), 1.500 estudiantes participaron en la asamblea general del Movimiento 22 de marzo. Era un número considerable, habida cuenta de que la media diaria de alumnos que estaban en el campus era de alrededor de 4.000. La fuerza numérica del movimiento le permitió apropiarse de auditorios sin permiso de la administración. Al mismo tiempo, se intensificó la oposición verbal a los radicales no solo entre los profesores, sino también entre estudiantes de centro y de derecha. La FNEF celebró su propia reunión, en la que acusó a los revolucionarios de impedir que los estudiantes estudiasen[400]. Los *trublions*, dijeron, llevaban a cabo unas prácticas que, por definición, terminarían conduciendo a un «totalitarismo intolerante»[401].

La administración esperaba, y los activistas temían, que las vacaciones de Semana Santa (4-18 abril) apagasen tanto entusiasmo político[402]. Los sucesos internacionales, sin embargo, agudizaron la tensión y aminoraron la tendencia a la no violencia. El 4 de abril, Martin Luther King fue asesinado, tras lo cual los guetos norteamericanos estallaron espontáneamente. Los

situacionistas habían ensalzado los disturbios de Watts de 1965 por parecerles un anticipo revolucionario del final del fetichismo de los bienes de consumo, y los saqueos que perpetraron en abril de 1968 los sublevados de los guetos urbanos reforzaron ese análisis suyo. El 11 de abril, Rudi Dutschke, la figura más conocida del SDS alemán, fue herido de gravedad de un tiro que le disparó un fascista que hacía suyas las opiniones del grupo editorial Springer, de ideología ferozmente anticomunista. Simpatizantes del SDS atacaron las oficinas de Springer en todas las ciudades alemanas importantes. En solidaridad con sus camaradas alemanes, la UNEF, el JCR, el CVN y, por primera vez, el Movimiento 22 de marzo organizaron una manifestación en París que la policía intentó dispersar sin éxito.

Los actos violentos contra King y Dutschke contribuyeron a mantener viva la agitación al dar nuevo ímpetu al sentimiento antifascista e internacionalista de los grupúsculos, en especial del JCR, que desempeñó un papel fundamental en las protestas contra el intento de asesinato de Dutschke[403]. Cuando los estudiantes volvieron al campus el jueves 18 de abril, los recibieron nuevos eslóganes del JCR y el Movimiento 22 de marzo: «Springer asesino» y «Viva la lucha de los estudiantes alemanes». Para demostrar su solidaridad con el SDS alemán, Cohn-Bendit planeó extender la agitación en contra de Springer más allá de Nanterre[404]. Como no contaban con una oficina de Springer a la que atacar, un pequeño comando que incluía a varios activistas de Nanterre rompió las ventanas del Instituto de estudios norteamericanos de París. Al día siguiente, Cohn-Bendit se dirigió a 2.000 estudiantes contrarios a Springer congregados en el Barrio Latino.

Dany y otros más desarrollaron el Movimiento 22 de marzo de un modo innovador. Fueron más allá de las previsibles manifestaciones en las calles con sus consignas al estilo mantra y publicaron un *Bulletin du 22 mars,* que burlonamente numeraron 5494 bis (o suplemento del número 5494). Ese boletín, en el que se sintetizaban contribuciones del SDS alemán con otras del libertarismo francés propio, reflejaba una intensa desconfianza hacia la universidad tradicional[405]. Repetía la crítica de que la educación superior producía policías y directivos encargados de mantener el orden. Los exámenes eran una parte indispensable del proceso, ya que con ellos se ascendía a los que estaban dispuestos a avenirse al orden establecido y se

eliminaba a los estudiantes de origen obrero que no habían tenido acceso a la cultura burguesa. Los exámenes también fomentaban el individualismo burgués, la competitividad y el darwinismo social. Otros grupos —por ejemplo el MAU— difundían críticas similares de ese individualismo capitalista fomentado por el sistema de exámenes[406]. El *Bulletin* argumentaba que el «diálogo» que proponía la administración universitaria encubría un intento de represión. El Movimiento quería «concienciar» a los estudiantes haciendo que saliera a la luz el «autoritarismo latente» de las estructuras de poder. Los estudiantes oprimidos tenían derecho a emplear la violencia revolucionaria: «La única protesta posible contra la universidad es la violencia». Las reacciones autoritarias a los actos revolucionarios inducían a estudiantes y profesores a denunciar el aparato represor. Al mismo tiempo, la agitación revolucionaria dejaba de manifiesto la bancarrota del llamado «marxismo», como el de la UEC y ciertos profesores «de izquierdas», que estaban apoyando al sistema cuando exigían el normal funcionamiento de la universidad. Al renunciar al eslogan de «defender los intereses comunes de todos los estudiantes» en favor del concepto de «universidad crítica», el *Bulletin* estaba poniendo las reivindicaciones políticas por encima de las corporativistas.

Cuando reconoció que, como mucho, solo representaba a 1.000 de un total de 12.000 estudiantes, el Movimiento 22 de marzo rompió con la tradición radical de inflar cifras y con su habitual triunfalismo. Enemigos de la burocracia, su única estructura era la asamblea general. Eso hacía que el Movimiento 22 de marzo fuese bastante inmune a ser controlado por un único grupúsculo. La sección de Nanterre de la UNEF estaba de su lado, pues veía el movimiento como un frente unido de la extrema izquierda que era capaz de resistirse, por medio de la fuerza en caso de ser necesario, a la represión del Estado burgués[407]. Incluso los maoístas, pese a que pensaban que los militantes debían dedicar sus energías por entero a la clase trabajadora, valoraron el Movimiento 22 de marzo por su rechazo del «reaccionario sistema universitario», el cual estaban de acuerdo en que se dedicaba a reproducir a la clase dirigente. Aplaudieron la negativa de «1.200 estudiantes de Nanterre» a «convertirse en ideólogos y agentes de la explotación capitalista»[408].

El Movimiento 22 de marzo añadió la crítica al trabajo a su vapuleo a la universidad burguesa. Sus violaciones de los derechos de propiedad y la misma destrucción de bienes ponían de manifiesto su odio al trabajo, el cual, según el 22 de marzo, era el elemento central de la sociedad represora. Afirmaban que la palabra francesa *travail* procedía del latín *tripalum [sic]*, o instrumento de tortura. El cristianismo, el comunismo y el capitalismo glorificaban el trabajo y mentían sobre su verdadera naturaleza para que los trabajadores lo aceptasen. Todas esas ideologías ponían de manifiesto su vileza al hacer hincapié en la moralidad del trabajo. La sociedad futura debía terminar con el valor central del trabajo e instituir la autogestión, de manera que el productor pudiese ser creativo. Tras la revolución, el trabajo debía convertirse en juego. En ese punto el 22 de marzo coincidía con los *enragés*, que afirmaban que «el trabajo es una vergüenza [...] Su eliminación es un requisito esencial para trascender a la sociedad de consumo»[409]. Esa crítica del trabajo —la pintada de «no trabajes nunca» era una de las más populares de los situacionistas— continuaba una larga tradición que se remontaba a los surrealistas, a Paul Lafargue e incluso a los libertinos del Antiguo Régimen. Puede que con los movimientos de los sesenta se diera por primera vez el caso de que las consignas antitrabajo atrajeran a una gran masa de seguidores, entre los que había gente de extrema izquierda, hippies y unos cuantos trabajadores[410].

Existen factores sociales y económicos que ayudan a entender por qué esa crítica del trabajo emergió en los años sesenta. El peso demográfico de los jóvenes, su cada vez más dilatada etapa de escolarización y, por lo tanto, la demora de su entrada en el mercado de trabajo asalariado proporcionaron un gran electorado potencial entre el que extender la ideología antitrabajo. A eso hay que añadir, por supuesto, que el tradicional rechazo juvenil a la vida escolar continuaba siendo el mismo. Por otro lado, la ampliación de los años de escolarización durante los «30 gloriosos años» de crecimiento económico sin precedentes en la Europa y Norteamérica de posguerra dio a adolescentes y jóvenes adultos más tiempo para evitar convertirse en mano de obra asalariada. El rápido desarrollo de la maquinaria que estaba sustituyendo al esfuerzo físico de los humanos promovió la visión de una próspera utopía cibernética en la que las máquinas harían el trabajo de hombres y mujeres[411].

Las sociedades occidentales eran cada vez más urbanas y el sector de servicios crecía rápidamente. Por lo tanto, la relación entre mano de obra asalariada y producción era menos obvia que en cualquier periodo histórico anterior. La producción excesiva pasó a ser vista como algo sin sentido e incluso destructivo. Los situacionistas y otros criticaron el «espectáculo», cuyo parasitismo era paradójicamente necesario para mantener una sociedad de consumo que no dejaba de crear «falsas» necesidades. Muchos artículos y servicios contemporáneos sólo servían para perpetuar un mundo irracional.

Debord, Lefebvre y Marcuse escribieron textos en contra del trabajo que se hicieron populares porque parecían sintetizar el deseo de la Nueva Izquierda de una liberación tanto personal como social. El llamamiento de Debord y Lefebvre a revolucionar la vida cotidiana, así como la aprobación de Marcuse de un «gran rechazo» a la «represiva» sociedad consumista, combinaban la emancipación individual con el anhelo de lograr un profundo cambio social. Los tres se posicionaban dentro de la tradición marxista. Debord y Marcuse pensaban que la burguesía había desarrollado los medios de producción hasta un nivel que hacía posible abolir el trabajo[412]. Las fuerzas productivas avanzadas tenían el potencial de volver superflua la mano de obra asalariada. La crítica del trabajo se extendió por las organizaciones radicales de Occidente, como es el caso de la SDS estadounidense, la cual se preguntó: «¿Para qué el trabajo sin sentido?»[413]. En Berkeley, los defensores de People's Park identificaron «trabajo con opresión»[414]. Los teóricos radicales italianos fueron más allá y loaron las estrategias obreras contra el trabajo (absentismo, sabotajes, robos, etc.) por ser los aspectos potencialmente más emancipatorios de la lucha de clases[415].

Cierto número de profesores de alto nivel, entre ellos René Rémond, Jean Bastié, Crouzet y Anzieu, eran de la opinión de que los revolucionarios destructores y antitrabajo habían conseguido hacerse con el control de Nanterre. El lunes 22 de abril volvieron a reunirse para considerar las medidas que se debían tomar con el fin de garantizar el orden en la universidad. La indignación del profesorado se tradujo en actitudes de línea dura. Lamentaban la «incompetencia de las autoridades» y exigían que se castigara a los agitadores[416]. Por abrumadora mayoría (25 a favor, cinco en contra y seis abstenciones), finalmente aprobaron la creación de una fuerza

policial universitaria. El decano creía que necesitaban un cuerpo autónomo de 20 agentes que patrullasen el campus. Por un margen aún mayor (32 a favor, uno en contra y ocho abstenciones), los profesores también aprobaron la formación de un consejo disciplinario. Las clases se suspendieron dos días y se movilizó a la policía. El cuerpo docente estaba dispuesto a abandonar la tradición de santuario de la universidad y permitir que la policía ocupase el campus.

Los profesores adjuntos y ayudantes, los más cercanos a los estudiantes tanto en edad como en espíritu, tenían serias dudas sobre las ventajas de ese tipo de represión[417]. Querían evitar tener que enfrentarse a un dilema insistiendo en la libertad de expresión y el derecho a enseñar y, al mismo tiempo, oponiéndose a la presencia policial en el campus. El 29 de marzo, 27 adjuntos y ayudantes de Literatura Francesa, actuando como colectivo por primera vez, exigieron que se respetara el derecho a la discusión política libre y que se mantuviese la tradicional prohibición a la entrada de la policía en la universidad[418]. No obstante, también reconocían la necesidad de que esta funcionara bien. De modo similar, el SNESup quería que los estudiantes participasen en un diálogo «crítico y constructivo» que transformase la universidad, pero también urgía a que «pudiese haber clases, seminarios y exámenes». El 29 de abril, después de que el Movimiento 22 de marzo dejase claro que tenía intención de seguir boicoteando exámenes, la asamblea general de profesores adjuntos y ayudantes apoyó las objeciones de los estudiantes a la «selección tecnocrática» y se opuso a la presencia policial en el campus, pero, contradictoriamente, también exhortó a que «los exámenes transcurran con normalidad sin ningún intento de sabotaje»[419]. A diferencia de lo que ocurriría en Italia, un sector significativo de profesores de Francia respaldaron a los estudiantes sublevados[420].

El PCF se puso de parte de los profesores titulares y catedráticos y se opuso a que los radicales dominaran el campus. El partido decidió enviar a Pierre Juquin —diputado, *normalien* y especialista en cuestiones de educación superior— a Nanterre para que levantara a la tambaleante UEC[421]. El 25 de abril, Juquin se presentó ante un heterogéneo público de 100 personas. Cuando se disponía a hablar, los maoístas lo interrumpieron cantando la *Internacional* y blandiendo el pequeño libro rojo de Mao. Cohn-

Bendit intervino para intentar que dejasen hablar a Juquin y espetó a los maoístas a que «pararan ese circo». Sin embargo, sus palabras no tuvieron efecto y los maoístas intentaron agredir a Juquin, que hubo de escapar por la puerta trasera. Tras su huida, los maoístas ridiculizaron al líder del PCF con el memorable y pegadizo eslogan de *Juquin-Lapin* (Juquin el conejo).

Dany acostumbraba a defender que se dejara expresarse a los izquierdistas, pero lo hacía de un modo muy peculiar. «Dejadle que hable —replicaba a los que interrumpían y silbaban al orador—, que cuanto antes diga sus tonterías, antes acabamos»[422]. Y si toleraba a regañadientes a la izquierda, se mostraba del todo intransigente con el centro y la derecha. Cuando el 25 de abril intentó convencer a sus «camaradas estudiantes» en un seminario de humanidades para que se unieran al movimiento, un activista de la FNEF, un tal Hubert Jouan de Kervenoaël, lo interrumpió, y entonces el pelirrojo respondió amenazando al «fascista»[423]. Unos minutos después, 40 personas atacaron al derechista y le dieron una fuerte paliza. Esa tarde el militante herido de la FNEF denunció ante la policía a Cohn-Bendit. El Comité étudiant pour les libertés universitaries, antiizquierdista, protestó por el incidente y afirmó que a continuación, el 26 de abril, Dany había «condenado a muerte» a un estudiante que no compartía sus ideas[424]. La policía confirmó que, en efecto, Dany había amenazado a un estudiante que después sería agredido y resultaría herido[425]. La supuesta víctima presentó una demanda en la que acusaba a Cohn-Bendit «de amenazas de muerte y lesiones»[426]. También denunció que «Dany lo golpeó, lo tiró al suelo y amenazó con matarlo si volvía al campus». En represalia, una pintada en el edificio de Humanidades anunció que «tras el abyecto ataque a un militante francés de Occident de Nanterre, Occident sentencia al *israélite* (judío) Cohn-Bendit a muerte».

El uso de la violencia contra supuestos «fascistas» puso de relieve una firme determinación revolucionaria, pero también los aspectos intolerantes y antidemocráticos de un movimiento de tendencias tan libertarias como autoritarias. En teoría todo el mundo tenía oportunidad de hablar, pero para muchos, simpatizantes incluidos, las asambleas generales eran alienantes e intimidantes. Según un participante italiano, «la ausencia de ningún reconocimiento institucional de cualquier tipo de autoridad realzó el papel de

las figuras carismáticas. La idea de que era un movimiento democrático participativo en el que todos tenían derecho a hablar se veía puesto en duda por cierto elitismo en su seno, por la convicción de ser diferentes, de oponerse al consenso, a la gran mayoría, al orden establecido y a la hipocresía social»[427].

Al igual que Tom Hayden en los Estados Unidos, Dany era un buen ejemplo de ese carisma. Era hábil manejando a las multitudes y contrarrestando las intrigas de las organizaciones *gauchistes* que querían controlar el movimiento. Un situacionista le concedió de mala gana cierto mérito no exento de reservas:

> Cohn-Bendit pertenecía al grupo anarquista independiente Noir et Rouge que publicaba la revista de ese nombre [...] Estaba en el ala más radical del Movimiento 22 de marzo. Era más revolucionario que los demás [...] Aunque no fuese excesivamente inteligente [...] tenía el suficiente talento para divertir al público estudiantil, era lo bastante honrado para no dejarse atrapar por las maniobras de los *gauchistes* y, a la vez, lo bastante flexible para negociar con sus líderes. Era un revolucionario honesto, pero carecía de verdadera genialidad [...] Como aceptó su papel de estrella mediática sin hacer ningún análisis real del espectáculo, era normal que sus discursos —siempre una mezcla de lucidez y estupidez— fuesen tergiversados en ese último sentido por los medios[428].

Su ascendiente entre los medios de comunicación desencadenó el debate sobre el papel de la prensa en Nanterre. Por lo general los estudiantes radicales desconfiaban de los periodistas. Como ya hemos mencionado, era comprensible que detestaran a *L'Humanité*. También les contrariaba *Combat*, supuestamente de izquierdas, por publicar historias sensacionalistas que quitaban importancia al componente político para centrarse en las drogas, el sexo y las juergas de Nanterre. En sus páginas habían llamado a Dany «un montón de estiércol andante»[429]. Esa publicación también denigraba a las mujeres del movimiento, lo que tal vez contribuyera a aumentar el compromiso político de estas. Escribió con actitud provocativa Christian Charrière, redactor de *Combat*: «En Nanterre abundan las mujeres. Dentro de la universidad [...] hay mucha presa perfumada disponible. Conforme recorres los largos pasillos de paredes cubiertas con pintadas grandilocuentes, ves dulces constelaciones de carne, pechos en los que innumerables suspiros se han acumulado. Quince mil pechos turgentes que están listos para hacer travesuras amorosas, unas granadas calientes que no están disponibles para el

CRS [...] En Nanterre no había vida sin amor»[430]. Y dijo del pequeño harén de Cohn-Bendit, la estrella:

> Dos jovencitas lo seguían continuamente y lo colmaban de amorosa admiración. Isabelle Saint-Saëns, de 19 años, pasó directamente de las aburridas fiestas nocturnas del chic distrito dieciséis a las fanfarronadas de los exaltados melenudos [...] De cuerpo en plena flor juvenil y belleza serena, se encarga de poner algo de orden. Danielle Schulman, de 21 años, estudiante de Sociología como Dany, es la Pasionaria del Movimiento 22 de marzo. Incita al pelirrojo, lo empuja a los follones y lo insta a que se enfrente al peligro. Delgada y de pecho adolescente, melena de chico y mirada sombría, hay algo satánico en ella.

El distinguido historiador Adrien Dansette compartía una actitud similar hacia las mujeres radicales. Cuando Cohn-Bendit habló el 10 de mayo a una multitud en París, fue «recibido con entusiasmo. Las estudiantes, entre las que había chicas de Nanterre [...] se pusieron histéricas y gritaron: "*Vive* Dany. Qué guapo es. Es nuestro Dany"»[431]. Lo cierto es que muchas estudiantes tenían fuertes reservas con respecto a sus compañeros varones. Como hemos visto, bastantes se opusieron a la ocupación de las residencias femeninas. Otras se mostraban remisas a frecuentar los espacios públicos de la universidad, como la cafetería, porque les parecía una especie de *dragodrome* (bar de solteros) en el que era imposible tener una conversación seria con los varones[432].

Fue típica de la relación de los medios con los estudiantes radicales la extraña historia de la entrevista radiofónica a Cohn-Bendit. Iba a ser el sábado 27 de abril a las 7 de la mañana en la importante emisora France-Inter. Dany relató el percance:

> Yo todavía no era una celebridad mediática, sino que me consideraban un alborotador por lo del asunto de Missoffe [en la piscina]. Al locutor, que quería una entrevista de una hora, le daba miedo que no me presentara. Le dije que no se preocupara, que iría. A las 7 el programa empezó sin mí. Él dijo: «Los anarquistas llegan tarde, como es normal». Puso un poco de música. Yo seguía sin llegar. «Es normal, los anarquistas no se toman nada en serio. Ya ven ustedes de lo que va el movimiento de Nanterre». Media hora después se puso furioso [...] «¡Pero qué vergüenza! Fíjense cómo trata a nuestros oyentes».
>
> Salimos de casa para acudir al programa, pero cuando nos disponíamos a ponernos en marcha, unos tíos se abalanzaron sobre nosotros[433].

Dany pronto supo que eran agentes de policía que estaban allí para detenerlo por la denuncia de agresión del militante de la FNEF y por una fórmula

bastante rudimentaria y descabellada para hacer cócteles molotov que habían publicado en el *Bulletin du 22 mars*. Como cabía esperar de unos aprendices de sociólogos y filósofos, la fórmula no habría funcionado, pero fue una peculiar forma de anticipar el exaltado Mayo del 68. Su detención tuvo mucha repercusión en los medios, y la prensa empezó a llamarle «Dany el Rojo» para disgusto suyo, ya que el negro también es color de los anarquistas. La policía lo puso en libertad enseguida, pero su breve detención se convirtió en nuevo motivo para formar una coalición contra la represión. El FER trotskista protestó por el corto apresamiento de «Cohen-Bendit [*sic*]»[434]por parte del gobierno. El grupo pensaba que la detención ponía de manifiesto que «el Estado burgués» planeaba «la masiva eliminación de estudiantes [de la universidad]».

A finales de abril, la atención se centró en los preparativos para la celebración del tradicional desfile del 1 de mayo y el más reciente Día del Antiimperialismo el 2 de ese mes. El 30 de abril su lucha contra el imperialismo llevó a unos cuantos estudiantes de Nanterre a hacer campaña en su antiguo liceo. Mientras distribuían folletos, llegó la policía y detuvo a los pocos desafortunados que no pudieron escapar. La noticia llegó al campus, y una asamblea de varios miles se reunió para protestar por las detenciones. Los estudiantes universitarios hicieron público un ultimátum a la prefectura de Nanterre: «O liberan a nuestros camaradas, o nos manifestaremos masivamente ante la jefatura de policía». Las autoridades locales, indecisas, transigieron rápidamente y pusieron en libertad a los detenidos. Como ocurriría en mayo, esa capitulación de las autoridades elevó la moral de los radicales y les indicó que la victoria contra la «represión» era posible.

El Día Antiimperialista, el jueves 2 de mayo, corrieron rumores de que Occident iba a tomar represalias en Nanterre. Varias semanas antes, el domingo 28 de marzo, los maoístas habían atacado y destruido en el sexto *arrondissement* una exposición montada por el Frente unido a favor de Vietnam del Sur, un grupo de Occident[435]. El asalto maoísta recibió la aprobación de los radicales de Nanterre, y reflejó la integración cada vez mayor de los seguidores del presidente Mao en el Movimiento 22 de marzo. Los antiimperialistas ensalzaron «la hermosa paliza» propinada a Occident y

sus aliados, a lo que Occident respondió distribuyendo en Nanterre un panfleto en el que amenazaban con «oponerse al terror rojo y restablecer el orden por los medios que fuese»[436]. Los izquierdistas temían que no se tratara del habitual contingente de estudiantes de derechas el que acudiera al campus, sino de luchadores profesionales, antiguos paracaidistas del ejército o los guardaespaldas de Jean-Louis Tixier-Vignancour, que había sido el candidato de la extrema derecha en las elecciones presidenciales de 1965. El aumento de la tensión entre los luchadores políticos callejeros de la región de París se tradujo en una fuerte demanda de palos de escoba y otros artículos para usarlos como armas. Docenas de maoístas, liderados por Robert Linhart, estudiante de la École Normale Supérieure, llegaron a Nanterre para hacerse cargo de su defensa. El que sería líder del Largo Marzo Francés se dirigió a la multitud durante media hora, citando a Mao y ofreciendo su grandiosa visión de la política internacional. A una parte de los oyentes les impresionó su carisma, fluidez y coherencia. A otros, en especial a los anarquistas, les molestó ese discurso de sabelotodo y la arrogancia del movimiento maoísta, el cual, aun desconociendo en buena medida la situación de Nanterre, pretendía encargarse de los preparativos para la defensa antifascista.

Ese ataque fascista nunca llegó a producirse, pero los estudiantes siguieron alterando el desarrollo de las clases, enfrentándose a los profesores e incluso tirándoles huevos[437]. Las residencias de estudiantes continuaron siendo una base de reclutamiento de los radicales[438]. Los encargados de los alojamientos informaron de que había «palos, barras de hierro y piedras almacenados en las habitaciones de estudiantes tanto masculinos como femeninos»[439]. El 2 de mayo, un grupo volvió a invadir el edificio administrativo, esta vez para proyectar una película sobre los Panteras Negras. Los echaron, pero entonces encontraron un auditorio en el que René Rémond iba a dar clase. Insultaron a Rémond y lo expulsaron junto con sus alumnos de la sala. Las protestas de los profesores contra la coacción *gauchiste* que siguieron a ese acto decidieron al decano Grappin a suspender las clases hasta nuevo aviso. El ministro del Interior, Fouchet, al que De Gaulle había encargado el 1 de mayo que «pusiera fin a esos incidentes de Nanterre», también quería el cierre[440]. Puede que Grappin no necesitase que le insistieran mucho sus superiores, ya que era víctima de acoso telefónico

nocturno y se veía obligado a desconectar el teléfono de su casa de las 11 de la noche a las 8 de la mañana[441]. Para justificar el cierre de la universidad, el decano alegó amenazas de los estudiantes, intimidaciones a profesores y administrativos, desprecio al derecho al trabajo y violación de la libertad de expresión. También podría haber añadido ataques a la propiedad pública.

La Universidad de Nanterre no volvería a abrir hasta el semestre de otoño. Los radicales que querían cerrar, si no destruir, la universidad burguesa tuvieron más éxito del que jamás se habrían imaginado.

---

256. Cfr. Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man* (Nueva York, 1992), p. 330 [ed. española: *El fin de la historia y el último hombre*, Planeta, 1996].

257. Adrien Dansette, *Mai 1968* (París, 1971), p. 35; Raymond Boudon, «La crise universitaire française: Essai de diagnostic sociologique», *Annales E.S.C.*, vol. 24, núm. 3 (mayo-junio 1969): 740.

258. A. Belden Fields, *Student Politics in France: A Study of the Union Nationale des Étudiants de France* (Nueva York, 1970), p. 84.

259. F. G. Dreyfus, «Problems of the French University», en Stephen D. Kertesz (ed.), *The Task of Universities in a Changing World* (Notre Dame, Ind., 1971), p. 290; Jean-Raymond Tournoux, *Les mois de mai du général* (París, 1969), p. 36.

260. Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la commune étudiante* (París, 1969), p. 33.

261. Sobre Duruy, véase Sandra Horvath-Peterson, *Victor Duruy and French Education* (Baton Rouge y Londres, 1984). Fouchet necesita un tratamiento similar.

262. Peyrefitte, citado en Jean Lacouture, *De Gaulle: The Ruler 1945-1970*, trad. Alan Sheridan (Nueva York y Londres, 1992), p. 530.

263. Tournoux, *Mois*, p. 23; Jacques Perret, *Inquiète Sorbonne* (París, 1968), pp. 56-57.

264. Robert Lumley, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (Londres y Nueva York, 1990), p. 59.

265. Tournoux, *Mois*, pp. 44-45.

266. Conseil de la Faculté, 15 enero 1968, 1208W, art. 1, Archives départementales des Hautes-de-Seine [en adelante ADHS].

267. Esta argumentación podría haber estado influenciada por los trabajos de los sociólogos P. Bourdieu y J.-C. Pausseron. Veáse Dansette, *Mai*, p. 37; François Bourricaud, *Universités à la dérive* (París, 1971), pp. 63-66; Jean-Pierre Duteuil, *Nanterre 1965-1968: Vers le mouvement du 22 mars* (París, 1988), p. 111.

268. Boudon, «Crise», p. 759; Pierre Grappin, *L'Île aux peupliers* (Nancy, 1993), p. 241; Nicolas Daum, *Des révolutionnaires dans un village parisien* (París, 1988), p. 129; 19 mayo 1968, Fa 259, APP.

269. Jean-Philippe Legois, *La Sorbonne avant mai 68* (Mémorie de maîtrise, París I, 1993), p. 163; Jean Bertolino, *Les Trublions* (París, 1969), p. 245.

270. Conseil de Faculté, 25 noviembre 1967, 1208W, art. 1, ADHS. La información que sigue proviene de esta junta.

271. Dansette, *Mai*, p. 62; Perret, *Sorbonne*, p. 21.

272. Alain Touraine, *The May Movement: Revolt and Reform*, trad. Leonard F. X. Mayhew (Nueva York, 1979), p. 131.

273. Alain Monchablon, *Historie de l'UNEF de 1956 à 1968* (París, 1983), p. 185; Perret, *Sorbonne*, p. 21; Fields, *Student Politics*, p. 87.

274. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, 106-113; Duteuil, *Nanterre*, 95-107.

275. Monchablon, *L'UNEF*, p. 185. La policía calculó el número de manifestantes en 3.000. Véase Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletin mensuel, mayo-junio 1968, AN 820599/89.

276. Monchablon, *L'UNEF*, p. 186. Cfr. Jean-Claude y Michelle Perrot, Madeleine Rebérioux y Jean Maitron (eds.), *La Sorbonne par elle-même*, número especial de *Le Mouvement social*, núm. 64 (julio-septiembre 1968): 10, en el que se afirma que el MAU se creó en marzo de 1968, como también hacen Dansette, *Mai*, p. 88, y Geneviève Dreyfus-Armand, «D'un mouvement étudiant à l'autre: La Sorbonne à la veille du 3 mai 1968», en Geneviève Dreyfus-Armand y Laurent Gervereau (eds.), *Mai 68: Les mouvements étudiants en France et dans le monde* (Nanterre, 1988), p. 143; Marc Kravetz (ed.), *L'Insurrection étudiante* (París, 1968), p. 462; Patrick Seale y Maureen McConville, *Red Flag Black Flag: French Revolution 1968* (Nueva York, 1968), p. 62.

277. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 115.

278. Duteuil, *Nanterre*, pp. 95-96.

279. René Rémond, *La règle et le consentement* (París, 1979), p. 190; Philippe Labro (ed.), *Ce n'est qu'un début* (París, 1968), p. 43.

280. Para los estudiantes radicales de Sociología de Alemania, véase David Caute, *The Year of the Barricades: A Journey through 1968* (Nueva York, 1988); para sus homólogos ingleses, Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974* (Nueva York, 1998).

281. Para la argumentación norteamericana, véase Todd Gitlin, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage* (Nueva York, 1987), p. 383; para Italia, Guido Martinotti, «The Positive Marginality: Notes on Italian Students in Periods of Political Mobilization», en Seymour Martin Lipset y Philip G. Altbach (eds.), *Students in Revolt* (Boston, 1970), pp. 167-201.

282. Duteuil, *Nanterre*, pp. 96-110; Monchablon, *L'UNEF*, p. 186.

283. La Nature, s. f., 1208W, art. 256, ADHS, da la cifra de entre 10.000 y 12.000 estudiantes.

284. Bertolino, *Trublions*, p. 253; Monique Suzzoni, «Chronologie des événements à Nanterre en 1967-1968», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 133.

285. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 109.

286. Para una crítica de ese tipo de clases, véase Guy Michaud, *Révolution dans l'université* (París, 1968), p. 102. Para Nanterre, véase *Quelle université? Quelle société?* (París, 1968), p. 110.

287. Las citas que siguen son de «La grève modèle», reproducidas en Duteuil, *Nanterre*, 107.

288. Jean-Pierre Dutueil, citado en Bertolino, *Trublions*, p. 250.

289. Monchablon, *UNEF*, p. 186.

290. Duteuil, *Nanterre*, p. 102; Dansette, *Mai*, p. 64; Bertolino, *Trublions*, p. 258; Touraine, *The May Movement*, p. 134.

291. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 116-122; Duteuil, *Nanterre*, p. 102; Dansette, *Mai*, pp. 63-64.

292. Duteuil, *Nanterre*, p. 102; Dansette, *Mai*, p. 64; Bertolino, *Trublions*, p. 258; Bourricaud, *Universités*, p. 68.

293. TSRF, citado en Duteuil, *Nanterre*, p. 109.

294. *Extraits de la plate-forme des «étudiants» révolutionnaires de Nantes, au début de l'année 1968*, reproducido en René Viénet, *Enragés et Situationnistes dans le mouvement des occupations* (París, 1968), pp. 252-258.

295. Bertolino, *Trublions*, p. 238.

296. Pierre Peuchmaurd, *Plus vivants que jamais* (París, 1968), p. 130; Daniel Cohn-Bendit, *Le Gran Bazar* (París, 1975), p. 29 [ed. española: *El gran bazar*, Dopesa, 1976].

297. Citado en Labro, *Début*, pp. 148-149.

298. 12 abril 1968, Direction générale du travail et de l'emploi, Ministère du Travail, AN 860581/25. El incidente no se menciona en Maurice Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît* (París, 1977).

299. Bertolino, *Trublions*, pp. 24-25.

300. Un incidente que se relata en numerosas obras, entre ellas Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 115. Véase también Dansette, *Mai*, pp. 66-67.

301. Nicole de Maupeou-Abboud, *Ouverture du ghetto étudiant: La gauche étudiante à la recherche d'un nouveau mode d'intervention politique (1960-1970)* (París, 1974), p. 174.

302. Citado en Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Génération*, 2 vols. (París, 1987), 1: 401.

303. *Minute*, 4-10 abril 1968.

304. Grappin, *L'Île*, p. 268.

305. Laurent Lemire, *Cohn-Bendit* (París, 1998), p. 85.

306. Duteuil, *Nanterre*, p. 117. Esta historia sin verificar tuvo largo recorrido, al menos entre miembros de la extrema derecha. En 1987, durante un debate en la Asamblea Nacional, Roger Holeindre, exOAS y diputado del Frente Nacional, arremetió contra una diputada parisina neogaullista, la señora de Panafieux, por haberse acostado con Dany el Rojo en 1968. La señora de Panafieux es la hija de François Missoffe.

307. Viénet, *Enragés*, p. 29.

308. 23 enero 1968, 1208W, art. 180, ADHS. El padre del estudiante estuvo de acuerdo con la expulsión y calificó a su hijo de «imbécil».

309. Para esa negativa, véase Assemblée de la Faculté, 27 enero 1968, 1208W, art. 1, ADHS.

310. Suzzoni, «Chronologie», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 134.

311. Véronique Campion-Vincent, *La légende des vols d'organes* (París, 1997), p. 220.

312. 12 febrero 1968, Fa 265, APP.

313. Por ejemplo, Michel de Certeau, *La prise de parole: Pour une nouvelle culture* (París, 1968), pp. 22-27, y Laurent Joffrin, *Mai 68: Histoire des événements* (París, 1988), p. 36. Para una repetición de esta argumentación que contradice a varias de las contribuciones a la recopilación, véase Michelle Zancarini-Fournel, «Conclusion», en Geneviève Dreyfus-Armand, Robert Frank, Marie-Françoise Lévy y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *Les Années 68: Le Temps de la contestation* (Bruselas, 2000), p. 502.

314. Duteuil, *Nanterre*, p. 120; Seale y McConville, *Red Flag*, p. 34.

315. Los manifestantes afirmaron que todos los actos políticos estaban prohibidos en el campus. Véase Duteuil, *Nanterre*, pp. 118-120; la descripción del incidente en Seale y McConville, *Red Flag*, p. 35, varía ligeramente; cfr. también Grappin, *L'Île*, pp. 248-249.

316. Epistémon [Didier Anzieu], *Ces idées qui ont ébralé la France* (París, 1968), p. 98.

317. CLER, 29 marzo 1968, 1208W, art. 256, ADHS.

318. Assemblée de la Faculté, 27 enero 1968, 1208W, arts. 1-2, ADHS.

319. Touraine, *The May Movement*, p. 129.

320. Assemblée de la Faculté, 27 enero 1968, 1208W, arts. 1-2, ADHS.

321. *Ibid*.

322. Cfr. Angelo Quattrocchi y Tom Nairn, *The Beginning of the End: France, May 1968* (Londres y Nueva York, 1998), p. 6: «Las mentes [de los estudiantes de Nanterre] están controladas por la disciplina y patrulladas por los exámenes. Sus corazones, paralizados por la autoridad». Véase La Nature, s. f., 1208W, art. 256, ADHS.

323. Mouvement du 22 mars, *Ce n'est pas qu'un début, continuons le combat* (París, 1968), p. 65.

324. Duteuil, *Nanterre*, p. 124.

325. Jürgen Habermas, *Toward a Rational Society: Student Protest, Science, and Politics*, trad. Jeremy J. Shapiro (Boston, 1971), p. 41.

326. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletins quotidiens d'information, 30 mayo 1968, AN 820599/40.

327. Suzzoni, «Chronologie», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 134.

328. Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation*, trad. Lisa Erdberg (Hanover y Londres, 1996), p. 78.

329. *L'Internationale Situationniste*, núm. 11 (octubre 1967): 25, pp. 44-48.

330. *Ibid*., núm. 12 (septiembre 1969): 20-21; Duteuil, *Nanterre*, p. 126. Los situacionistas denunciaban que eran los *gauchistes* quienes organizaban la defensa de los profesores insultados.

331. «Enquête: Télémaque 1969», *Guerres et Paix*, núm. 14-15 (1969/4-1970/1): 19.

332. Hamon y Rotman, *Génération*, 1: 413-418.

333. Jean-Marie Vincent, «Pour continuer mai 1968», *Les Temps modernes*, núms. 266-267 (agosto-septiembre 1968): 279; R. Gregoire y F. Perlman, *Worker-Student Action Committees: France May '68* (Detroit, 1991), p. 37.

334. Véase Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 72-83.

335. Dansette, *Mai*, p. 17; Serge Bosc y Jean-Marcel Bouguereau, «Le mouvement des étudiants berlinois», *Les Temps modernes*, núm. 265 (julio 1968): 1-69; Ulrich K. Preuss, «The Legacy of 1968 in Domestic Politics», ponencia presentada en el congreso del Instituto Histórico Alemán «1968: La transformación del mundo», Berlín, mayo 1996; Ingrid Gilcher-Holtey, *Die 68er Bewegung: Deutschland-Westeuropa-USA* (Múnich, 2001), 40 y 69. Para la influencia, a veces exagerada, del SDS en otros movimientos estudiantiles europeos, véase Gianni Statera, *Death of a Utopia: The Development of Student Movements in Europe* (Oxford, 1975), p. 50: «Desde Frankfurt la "teoría crítica de la sociedad" cruzó el Atlántico, ayudó a dar forma a la protesta estudiantil norteamericana y luego volvió a Berlín occidental. Allí maduró hasta convertirse en una vehemente utopía que atravesó las fronteras de Alemania Occidental y proporcionó bases teóricas al mayo revolucionario francés y al "otoño caliente" italiano».

336. Claus-Dieter Krohn, «Die westdeutsche Studentenbewegung und das "andere Deutschland"», en Axel Schildt, Detlef Siegfried y Karl Christian Lammers (eds.), *Dynamische Zeiten: Die 60er Jahre in den beiden deutschen Gesellshafen* (Hamburgo, 2000), pp. 714-715.

337. Para un punto de vista sobre la influencia de Marcuse antes y durante 1968, véase Michel Trebitsch, «Voyages autour de la révolution: Les circulations de la pensée critique de 1956 à 1968», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, pp. 69-87. Cfr. Kristin Ross, *May '68 and Its Afterlives* (Chicago, 2002), p. 193: «Las obras de Marcuse no se leyeron en Francia hasta después de mayo del 68».

338. James Miller, *Democracy Is in the Streets: From Port Huron to the Siege of Chicago* (Nueva York, 1987), pp. 16-23 y 78.

339. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 20.

340. Gitlin, *The Sixties*, p. 263.

341. Dansette, *Mai*, pp. 17-18; Bertolino, *Trublions*, p. 78; Moupeou-Abboud, *Ouverture*, p. 249; Tournoux, *Mois*, p. 166; Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 21.

342. Textos reproducidos en Viénet, *Enragés*, pp. 31-36. «La Grappignole» también se puede encontrar en Dansette, *Mai*, pp. 375-376.

343. Duteuil, *Nanterre*, pp. 136-144.

344. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletin mensuel, abril 1968, AN 820599/89.

345. Modalités, s. f., 1208W, art. 256, ADHS. Para esos *panty raids* norteamericanos de los cincuenta, véase Seymour Martin Lipset y Sheldon S. Wolin (eds.), *The Berkeley Student Revolt: Facts and Interpretations* (Nueva York, 1965), p. 11.

346. Beth Bailey, «Sexual Revolution(s)», en David Farber (ed.), *The Sixties: From Memory to History* (Chapel Hill y Londres, 1994), p. 245.

347. 10 mayo 1968, AN 820599/40.

348. Citado en Centre Régional des Oeuvres Universitaries, 26 febrero 1968, 1208W, ADHS.

349. Bertolino, *Trublions*, p. 235; Suzzoni, «Chronologie», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 134.

350. Dansette, *Mai*, p. 70.

351. Bourdieu y Passeron, *Héritiers*, p. 96.

352. «Télémaque», *Guerres et Paix*, pp. 26-27 y 56; Fields, *Student Politics*, p. 79; Epistémon, *Ces idées*, p. 41.

353. Résidence, 19 diciembre 1967, 1208W, art. 115-117, ADHS.

354. Procès-Verbal, 11 marzo 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS; Résidence, 19 diciembre 1967, 1208W, art. 115-117, ADHS.

355. Le Directeur, 28 marzo 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS.

356. CROUS, 7 febrero 1968, ADHS.

357. Le Directeur, 28 marzo 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS.

358. Panfleto reproducido en Duteuil, *Nanterre*, p. 147.

359. Nanterre, 11 abril 1967, 1208W, art. 115-117, ADHS.

360. Résidence, 19 noviembre 1967, 1208W, art. 115-117, ADHS.

361. «La grande Fronde des Étudiants», *L'Express*, 3-9 abril 1967. Cfr. Lucien Rioux y René Backmann, *L'Explosion de mai* (París, 1968), p. 212, los cuales, al igual que muchos autores que enfatizan la importancia de los hechos de Mayo del 68, a menudo exageran el tradicionalismo previo.

362. «Disons que 58% des parents considèrent le règlement actuel comme valable, mais qu'il ne doit pas être appliqué *strictement*! 30% sont pour un régime de liberté, mais contrôlée! Et enfin 12% estiment, à quelques nuances près, qu'aucune entrave ne doit être établie. 12%!» [la cursiva es del original]. Conseil, 7 diciembre 1967, 1208W, art. 115-117, ADHS.

363. Le Directeur, 14 septiembre 1967, 1208W, art. 115-117, ADHS.

364. Reproducido en Duteuil, *Nanterre*, pp. 187-190.

365. Epistémon, *Ces idées*, p. 24; Assemblée de la Faculté, 26 marxo 1968, 1208W, art. 1, ADHS.

366. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 134; Geneviève Dreyfus-Armand, «D'un mouvement étudiant à l'autre: La Sorbonne à la veille du 3 mai 1968», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 138.

367. Lo que sigue está basado en una carta del profesor Francès, Departamento de Psicología, 14 marzo 1968, 1208W, art. 180, ADHS; cfr. Duteuil, *Nanterre*, p. 148, que critica la reacción del profesor.

368. CROUS, 7 febrero 1968, ADHS.

369. Reproducido en Duteuil, *Nanterre*, pp. 150-151.

370. Citado en Labro, *Début*, p. 57.

371. Las citas que siguen son de M. B. à M. le Recteur, 27 marzo 1968, 1208W, art. 180, ADHS.

372. Para la interpretación de los situacionistas de los disturbios de Watts como modelo de protesta urbana en la sociedad de consumo, véase *L'Internationale Situationniste*, núm. 10 (marzo 1966): 1-11.

373. Duteuil, *Nanterre*, p. 158.

374. Citado en Partout, 19 marzo 1968, 1208W, art. 256, ADHS.

375. À la suite, 25 marzo 1968, 1208W, art. 256, ADHS; Lemire, *Cohn-Bendit*, p. 35.

376. Robert V. Daniels, *Year of the Heroic Guerrilla: World Resolution and Counterrevolution in 1968* (Nueva York, 1989), p. 142; Caute, *The Year of the Barricades*, p. 165.

377. Tournoux, *Mois*, pp. 347-348; Dansette, *Mai*, p. 73; M. B. à M. le Recteur, 27 marzo 1968, 1208W, art. 180, ADHS, para la renuencia de los administradores a pedir la intervención policial.

378. Véase la página web de *Le Monde* sobre el Movimiento 22 de marzo con motivo del treinta aniversario: http://homer.span.ch/~spaw2154.

379. B. à Recteur, 27 marzo 1968, 1208W, art. 180, ADHS.

380. Véase también Assemblée de la Faculté, 26 marzo 1968, 1208W, art. 1, ADHS.

381. Note sur la police intérieure, 4 abril 1968, 1208W, art. 180, ADHS.

382. Assemblée de la Faculté, 30 marzo 1968, 1208W, art. 1, ADHS.

383. ARCUN, 28 marzo 1968, 1208W, art. 256, ADHS.

384. Manifiesto reproducido en Duteuil, *Nanterre*, p. 165.

385. Véase Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 314-315. Para aquellos del Movimiento 22 de marzo que no pertenecían a ninguna organización, véase J.-P. Duteuil, «Les groupes», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 113.

386. Cohn-Bendit, *Le Grand Bazar*, p. 47.

387. Duteuil, *Nanterre*, p. 168.

388. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 136.

389. Documentos reproducidos en Duteuil, *Nanterre*, 170-173, y en Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 139-145.

390. Panfleto de la UNEF y de la ARCUN, reproducido en Duteuil, *Nanterre*, p. 173.

391. D. a R., 28 marzo 1968, 1208W, art. 180, ADHS. La mayoría de los 145 estudiantes extranjeros eran varones procedentes de antiguas colonias francesas del África del Norte y Occidental.

392. La ligne de partage, 28 marzo 1968, 1208W, art. 256, ADHS.

393. Marchais, citado en Hamon y Rotman, *Génération*, 1: 448, y en Duteuil, *Nanterre*, p. 172.

394. Duteuil, *Nanterre*, p. 168.

395. MAU, citado en Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 492.

396. Seale y McConville, *Red Flag*, p. 62; Duteuil, *Nanterre*, p. 182; Dansette, *Mai*, p. 79.

397. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 143.

398. Citado en Duteuil, *Nanterre*, p. 180.

399. Citado en Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 145.

400. Suzzoni, «Chronologie», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 135.

401. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 166.

402. «La Faculté de Nanterre de 1964-1969: Entretien avec Pierre Grappin», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 103.

403. 15 mayo 1968, AN 820599/75.

404. Duteuil, *Nanterre*, p. 191; Bertolino, *Trublions*, p. 365.

405. Reproducido en Duteuil, *Nanterre*, pp. 225-237.

406. Perrot *et al*., *Sorbonne par elle-même*, 21-23.

407. Duteuil, *Nanterre*, p. 193.

408. Allemagne, Italie, France (UJC-ML) y Étudiants, levée en masse (*Cause du Peuple*), citado en Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 84 y 100.

409. Partout, 19 marzo 1968, 1208W, art. 256, ADHS.

410. Nanni Balestrini, *Vogliamo tutto* (Milán, 1988).

411. Por lo tanto, la mayoría de feministas, que creían que el camino para conseguir la emancipación de la mujer implicaba que se integrasen en la mano de obra asalariada, no compartían esa crítica del trabajo.

412. Herbert Marcuse, *An Essay on Liberation* (Boston, 1969), pp. 5 y 21 [ed. española: *Un ensayo sobre la liberación*, Doble J, 2009]; Anselm Jappe, *Guy Debord*, trad. Donald Nicholson-Smith (Berkeley, 1999), p. 151 [ed. española: *Guy Debord*, Anagrama, 1998].

413. Miller, *Democracy*, p. 39.

414. Citado en Marwick, *The Sixties*, p. 673.

415. Lumley, *States of Emergency*, pp. 37-38.

416. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 158; Duteuil, *Nanterre*, p. 198; Dansette, *Mai*, p. 81.

417. Michaud, *Révolution*, p. 10; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 139.

418. Touraine, *The May Movement*, p. 146.

419. Motion de l'Assemblée des assistants et maîtres-assistants, 29 abril 1968, reproducida en Duteuil, *Nanterre*, p. 200, y en Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 163.

420. Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics 1943-1988* (Londres, 1990), p. 303.

421. Duteuil, *Nanterre*, pp. 194-196.

422. Citado en Peuchmaurd, *Vivants*, p. 86.

423. Grimaud, *En mai*, p. 75. Cfr. Bertolino, *Trublions*, p. 369, que se muestra escéptico de que Kervenoaël (o Kervendael) fuera fascista. El especialista en historia de Francia Bertram Gordon no ha encontrado ninguna referencia a él por parte de los miembros de Occident a los que ha entrevistado. Sin embargo, François Duprat, *Les journées de mai 68: Les dessous d'une révolution* (París, 1968), p. 68, percibe una importante influencia de *Occident* en la FNEF de Nanterre.

424. Véase Comité étudiant pour les libertés universitaires, *Pour rebâtir l'université* (París, 1969), p. 31.

425. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletins quotidiens d'information, 2 mayo 1968, AN 820599/40. Véase también UNEF y SNESup, *Le livre noir des journées de mai* (París, 1968), p. 8.

426. 9 mayo 1968, Fa 252, APP. Cfr. Andrew Feenberg y Jim Freedman, *When Poetry Ruled the Streets: The French May Events of 1968* (Albany, 2001), p. 7: «[En Nanterre] todo el mundo hablaba como por inspiración divina, sin necesidad de estar adherido a ninguna doctrina».

427. Passerini, *Autobiography*, p. 63.

428. Viénet, *Enragés*, p. 39.

429. Duteuil, *Nanterre*, p. 170. Véase también Christian Charrière, *Le Printemps des enragés* (París, 1968), pp. 29-30; Cohn-Bendit se hizo autocrítica en su *Le Grand Bazar*, 35.

430. Charrière, *Printemps*, pp. 22 y 44-45.

431. Citado en Dansette, *Mai*, p. 117.

432. Bertolino, *Trublions*, p. 229.

433. Cohn-Bendit, *Le Grand Bazar*, p. 31.

434. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 34.

435. Hamon y Rotman, *Génération*, 1: 438-439; Duteuil, *Nanterre*, p. 202; 15 mayo 1968, AN 820599/75.

436. Citado en Dansette, *Mai*, p. 84; Bertolino, *Trublions*, p. 132.

437. Epistémon, *Ces idées*, p. 41; Duteuil, *Nanterre*, p. 210; Rémond, *Règle*, pp. 10-31.

438. 19 abril 1968, 1208W, art. 180, ADHS.

439. 3 mayo 1968, 1208W, art. 180, ADHS.

440. De Gaulle, citado en Lacouture, *De Gaulle*, p. 529.

441. Epistémon, *Ces idées*, p. 85; Tournoux, *Mois*, p. 94.

CAPÍTULO 3
OCUPACIONES INCENDIARIAS

Cerradas las puertas de Nanterre, el centro de acción del movimiento estudiantil se trasladó de esa *banlieue* a París. Los que se aventuraron a salir de la periferia ocuparon el corazón de la ciudad, cuya reconquista recordó a la Comuna parisina[442]. El radicalismo juvenil se encontró con que el nuevo terreno le era propicio. Aunque las universidades de París contaban con el mayor número de alumnos de origen burgués, los estudiantes parisinos —que constituían aproximadamente una cuarta parte del total francés— eran más izquierdistas y más propensos a unirse a *groupuscules* o a la UNEF que sus homólogos de provincias[443]. Un 79% de los estudiantes de París de Humanidades se consideraban de izquierdas, en comparación con el 56% de los estudiantes de provincias de la misma disciplina. El contacto con las actividades políticas y culturales de la capital daba alas a los estudiantes para mostrar un fino desdén por sus estudios y por las convenciones, así como el deseo de romper con su pasado. Además, la Sorbona padecía unas deficiencias materiales casi tan graves como las de Nanterre. Los estudiantes se quejaban de la masificación, de la falta de profesorado, de las aulas demasiado pequeñas y del ambiente impersonal[444].

La prominencia estudiantil en una revolución fue algo nuevo. En 1830 solo unos pocos estudiantes se unieron a los trabajadores en las barricadas. Aunque en 1848 ayudaron a desencadenar la revolución de febrero, se asustaron ante las revueltas obreras de junio[445]. Apoyaron las reformas burguesas, pero no la revolución proletaria[446]. Estuvieron encantados de brindar por «la indisoluble fraternidad de los hijos del proletariado y de la burguesía» hasta que los primeros empezaron a exigir una República social que los estudiantes —como verdaderos «hijos de papá»— rechazaron[447]. Más adelante, la juventud universitaria jugó un papel menor durante la Comuna de 1871, y muchos, por no decir la mayoría, se mostraron contrarios

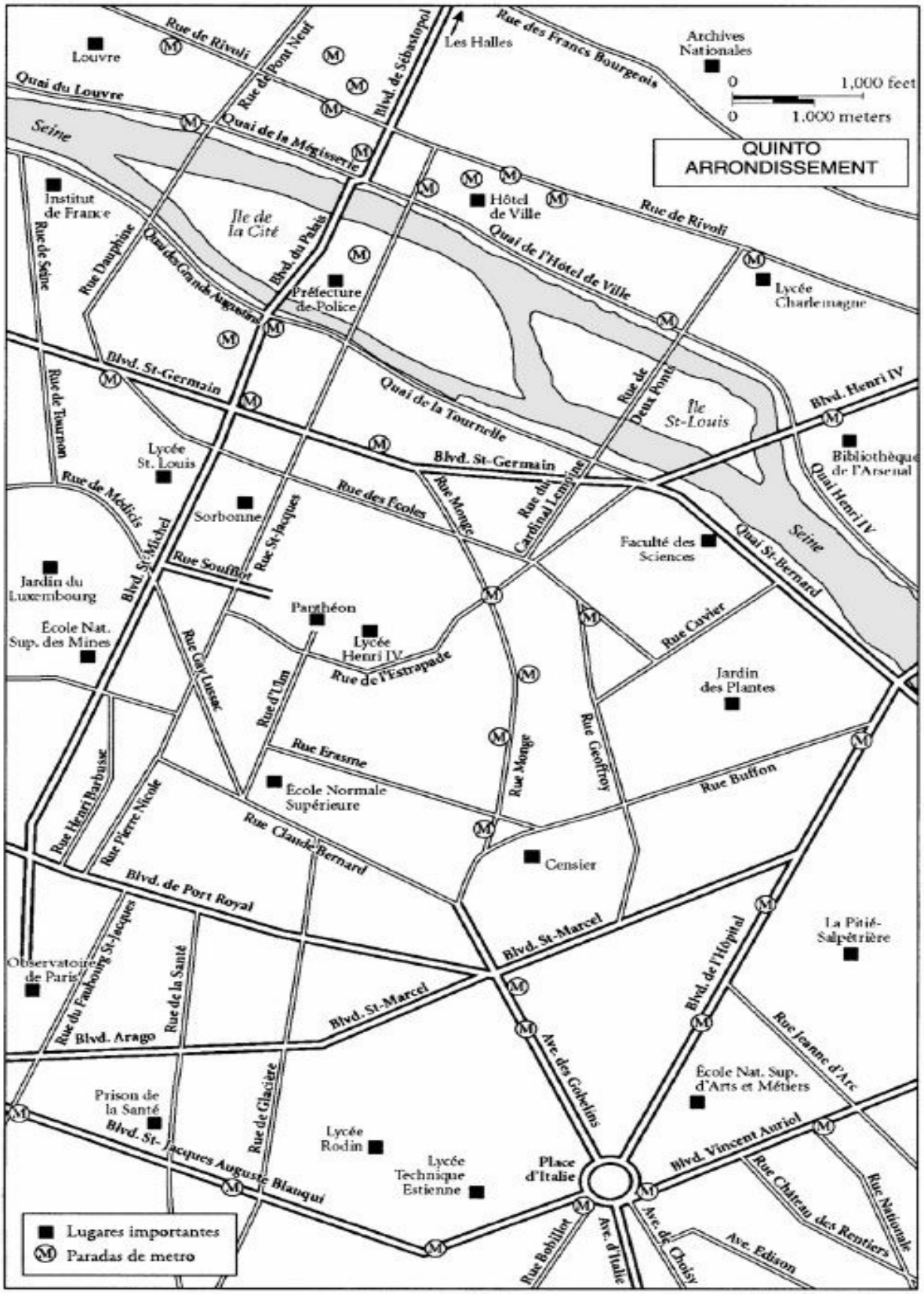
a esa insurrección[448]. Fueron los artesanos y los tenderos, y no los estudiantes, los que dominaron las revueltas del siglo XIX.

El caso Dreyfus politizó y polarizó a los estudiantes tanto de derechas (que eran la gran mayoría) como de izquierdas. Esa polarización continuó en el periodo de entreguerras hasta alcanzar su cenit durante el Frente Popular, cuando bandas de derechistas se enfrentaron a otras de izquierdistas en el Barrio Latino. Tras la Segunda Guerra Mundial, tanto en Francia como en otros países occidentales la izquierda fue ganando cada vez mayor ascendiente sobre los estudiantes, lo que perduraría hasta 1968 y después. En el periodo de posguerra, la UNEF, probablemente el sindicato estudiantil más antiguo del mundo, fue tomada por los progresistas y llegó a simbolizar el dominio izquierdista del estudiantado. Por toda Europa, grandes partidos de izquierdas —el Laborista británico, el Socialdemócrata alemán y el Comunista francés— consideraron que sería más prudente disolver sus organizaciones estudiantiles y expulsar a los radicales que rechazasen la socialdemocracia, el sindicalismo de corte empresarial o el estalinismo. En 1968 los estudiantes iniciaron rebeliones en las que se convirtieron en su fuerza más radical. Tal vez uno de los principales efectos del desarrollo de la sociedad de consumo fue que situó la corriente revolucionaria fuera de la clase trabajadora, lo que no había ocurrido en el siglo XIX, ni después de la Primera Guerra Mundial y ni siquiera durante los Frentes Populares.

Tras el cierre de Nanterre el jueves 2 de mayo, el Movimiento 22 de marzo y la UNEF convocaron una manifestación en el patio de la Sorbona para el día siguiente, viernes 3 de mayo[449]. Los izquierdistas estaban indignados por un incendio que había provocado Occident la mañana del 2 de mayo en la oficina de la Sorbona de la FGEL (Fédération des Groupes d'Études de Lettres). Tres brigadas de bomberos tardaron media hora en sofocar las llamas[450]. El incendio de los derechistas dejó daños por valor de 10.000 francos, además de la insignia de la cruz celta de aquellos[451]. La UNEF participó en las protestas del viernes para mostrar su oposición al «terror fascista y la represión policial». Su llamamiento a la huelga extendió el movimiento de París a provincias[452]. Así pues, fue literalmente el fuego el que encendió los sucesos de Mayo del 68 en París. En cualquier civilización,

la búsqueda de la dominación del fuego es una búsqueda de poder[453]. Mayo del 68 fue una batalla para controlar conflagraciones. Como veremos, a lo largo de ese mes los manifestantes incendiarios pusieron la ciudad en peligro.

El viernes por la tarde, varios cientos se congregaron en el patio de la Sorbona mientras docenas de miembros de Occident se contramanifestaban en el Boulevard Saint-Michel (véase mapa 2). Los derechistas gritaban «Vietcong asesino», «los bolcheviques a Pekín» y «limpiemos la Sorbona»[454]. Cincuenta activistas de extrema derecha, armados con cascos y porras, marcharon por el Boulevard Saint-Michel, y uno de ellos lanzó una bomba de humo a la policía[455]. Su periódico, *Minute*, había instado a Occident a atacar a Cohn-Bendit, además de acusar a los izquierdistas de querer «destruir la civilización occidental» y prometer que «nunca entregarían las calles a la *chienlit* (desorden, o literalmente *chier en lit* o mierda en la cama) de los *enragés*»[456]. Más tarde, los estudiantes atribuirían la calificación por parte de De Gaulle del movimiento estudiantil como *chienlit* a la influencia de la prensa de extrema derecha. En la Sorbona, unos cuantos *enragés* propusieron organizar una defensa contra el que parecía un ataque inminente de Occident. Una vez más, como ocurriría en Italia poco después, el antifascismo sirvió para poner en pie y luego unir a facciones dispares de la extrema izquierda. La policía constató que, a lo largo de todo mayo, tanto los rumores como la realidad de los ataques de Occident sirvieron para fortalecer la unión de fuerzas radicales[457].


QUINTO ARRONDISSEMENT
0 1,000 feet
0 1,000 meters
Louvre
Rue de Rivoli
Rue de Pont Neuf
Blvd. de Sébastopol
Les Halles
Rue des Francs Bourgeois
Archives Nationales
Quai du Louvre
Seine
Quai de la Mégisserie
Institut de France
Rue de Seine
Rue Dauphine
Quai des Grands Augustins
Ile de la Cité
Blvd. du Palais
Préfecture de Police
Hôtel de Ville
Quai de l'Hôtel de Ville
Rue de Rivoli
Lycée Charlemagne
Blvd. St-Germain
Rue de Tournon
Quai de la Tournelle
Rue de Deux Ponts
Ile St-Louis
Blvd. Henri IV
Bibliothèque de l'Arsenal
Quai Henri IV
Lycée St. Louis
Rue de Médicis
Sorbonne
Rue des Ecoles
Rue Monge
Rue du Cardinal Lemoine
Faculté des Sciences
Quai St-Bernard
Jardin du Luxembourg
Blvd. St-Michel
Rue Soufflot
Rue St-Jacques
Panthéon
Lycée Henri IV
Rue de l'Estrapade
Rue Cuvier
Jardin des Plantes
École Nat. Sup. des Mines
Rue Gay Lussac
Rue d'Ulm
Rue Erasme
Rue Geoffroy
Rue Buffon
Rue Henri Barbusse
Rue Pierre Nicole
École Normale Supérieure
Rue Claude Bernard
Censier
Blvd. de Port Royal
Blvd. St-Marcel
La Pitié-Salpêtrière
Observatoire de Paris
Rue du Faubourg St-Jacques
Rue de la Santé
Blvd. de l'Hôpital
Blvd. Arago
Rue Jeanne d'Arc
Ave. des Gobelins
École Nat. Sup. d'Arts et Métiers
Prison de la Santé
Rue de Glacière
Blvd. St-Jacques
Lycée Rodin
Lycée Technique Estienne
Place d'Italie
Blvd. Vincent Auriol
Rue Auguste Blanqui
Rue Château des Rentiers
Rue Nationale
Rue Bobillot
Ave. d'Italie
Ave. de Choisy
Ave. Edison
Lugares importantes
Paradas de metro

MAPA 2. El quinto distrito administrativo de París y sus alrededores

Al igual que sus homólogos italianos, los izquierdistas sublevados sospechaban que la policía transigía mucho con Occident, cuando en realidad no parece que las fuerzas del orden les tuvieran mucha simpatía a esos ultraderechistas en concreto. La Brigada Criminal reaccionó a las denuncias presentadas por el rector y la FGEL tras el ataque del 2 de mayo a la oficina de la FGEL-UNEF registrando las casas de una docena de los principales líderes de Occident[458]. Los informantes de la policía parisina eran por sistema adversos a ese grupúsculo. Reportaban que, después de cualquiera de los encuentros habituales de los miembros de Occident en el distrito dieciocho, lo más normal era que «los militantes se dediquen a montar altercados nocturnos como tienen por costumbre»[459].

El rector, Jean Roche, pidió a los estudiantes anti-Occident que se marcharan de la Sorbona, pero estos se negaron[460]. Haciendo de nuevo gala del poco respeto que tenían a los bienes de la universidad, los radicales empezaron a destrozar mobiliario para usarlo como armas. Su violación colectiva del derecho a la propiedad pública o privada reforzó su cohesión y osadía como grupo. Roche «consideraba totalmente necesario expulsar a los estudiantes que estaban ocupando partes de la universidad», ya que de lo contrario sería imposible que la Sorbona acogiera ni las clases de *agrégation* ni el consejo universitario de disciplina, ambos programados para el 6 de mayo. Los radicales planeaban protestas contra la comparecencia de seis estudiantes ante ese consejo disciplinario. La policía afirmó que, en una reunión del MAU en la Sorbona, Cohn-Bendit había prometido que se encargaría de impedir que se reuniera el consejo[461]. Como hiciera unos años antes en Antony, el rector decidió dar aviso a la policía. Hacia las tres de la tarde, los agentes bloquearon las entradas y salidas de la Sorbona, atrapando dentro a 150 jóvenes, algunos de los cuales eran militantes del JCR y el FER[462]. Veinte de ellos llevaban cascos, y unos cuantos iban armados con palos[463]. Avanzada la tarde, la policía recibió órdenes de entrar en el edificio y desalojar a los manifestantes. Entonces procedieron a detener a 300 estudiantes, entre los que se encontraban Cohn-Bendit y Jacques Sauvageot, un líder de la UNEF. En el aula de Sociología, la policía descubrió varias

docenas de armas ligeras. En las calles de alrededor de la universidad, 13 estudiantes fueron apresados y acusados de tenencia de armas ilegales (tirachinas, porras) que habían encontrado en sus vehículos[464]. El primer convoy de autobuses abarrotados de detenidos salió sin problemas a las 5:10 de la tarde, pero la partida del segundo convoy cinco minutos después provocó, según fuentes oficiales, «incidentes violentos»[465]. Manifestantes procedentes del Boulevard Saint-Michel bloquearon el paso de los autobuses que llevaban a los estudiantes detenidos y pincharon una rueda. El oficial de policía al mando hizo hincapié en que los que se enfrentaron a las fuerzas del orden eran estudiantes radicales que se mezclaban entre «transeúntes y curiosos». Según otros relatos de los hechos, las detenciones de los estudiantes indignaron tanto a los habitantes y trabajadores del Barrio Latino que se unieron a los manifestantes[466].

Los caballerosos policías no quisieron meter a las mujeres activistas del patio de la Sorbona en sus vehículos. Los *carabinieri* italianos mostraron la misma renuencia a detener a manifestantes femeninas[467]. Esa tradicional generosidad sexista de las fuerzas del orden permitió que 150 mujeres rodearan los coches policiales que se llevaban a sus camaradas varones. Estas mujeres pertenecían a un grupo particularmente audaz que había superado los reparos que tendrían muchas féminas a lo largo de todo mayo a tomar parte en acciones callejeras[468]. Sintiéndose insultadas por las prácticas discriminatorias de la policía, gritaban «liberad a nuestros camaradas», «poned fin a la represión» y «CRS = SS»[469]. Aunque el CRS no participó ese viernes, los estudiantes los confundieron con los agentes de policía y los *gendarmes mobiles* por el parecido de sus uniformes de combate[470]. Incluso antes de ser movilizado, el CRS se convirtió rápidamente en símbolo de la «represión absoluta» del Estado burgués. A finales de la tarde del viernes, algunos manifestantes estaban cavando calles y otros arrojaban adoquines a las fuerzas del orden. Intentaban construir barricadas, pero la policía no tardó en impedírselo[471]. Los diversos objetos lanzados contra las líneas policiales provocaron su respuesta en forma de gas lacrimógeno. Había empezado la batalla por tierra y aire del Barrio Latino. Los radicales arrojaron algo que rompió el parabrisas de un vehículo policial e «hirió gravemente» a un

agente. La policía cargó contra la multitud, que desplazó coches para impedírselo. La furia de los manifestantes era tal que un agente afirmó «que por primera vez en el tiempo que llevo de servicio, la policía se vio obligada a retroceder ante la lluvia de adoquines»[472].

La represión llevada a cabo en el corazón de París fue un grave error político por el que el gobierno tuvo que pagar desde principios de mayo hasta bien entrado junio. La invasión policial de una de las universidades más antiguas del mundo y la subsiguiente detención de cientos de estudiantes de inmediato conmocionaron a la opinión pública. La reacción del Estado ante los disturbios estudiantiles pareció excesiva. Los parisinos creían que los estudiantes habían sido detenidos tan solo por expresar sus ideas. Muchos pensaban que la invasión policial del campus no tenía precedentes, y, sin embargo, las fuerzas del orden habían sido llamadas a la universidad varias veces desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Hasta en fechas tan recientes como febrero de 1964 habían ocupado su interior[473]. Por más que, en el contexto del amplio descontento estudiantil por las reformas del gobierno, la intervención policial no parezca una decisión muy aconsejable, tal vez fuese inevitable habida cuenta de la destrucción y los trastornos llevados a cabo por los jóvenes. Como era de esperar, las fuentes policiales no confirman su supuesta «traición», esto es, que no cumplieran el presunto acuerdo de no detener a estudiantes dentro de la universidad. Por el contrario, la policía recalcó su total cooperación con la administración universitaria ese viernes. El lunes siguiente, con anterioridad a la reunión del consejo disciplinario, esa colaboración continuó y «60 agentes de paisano patrullaron por la Sorbona con el beneplácito del rector»[474].

La intervención de las fuerzas del orden reforzó la identificación de la universidad centralizada con el aparato represor del Estado. También mostró el desprecio corto de miras de las autoridades a organizaciones intermediarias como la UNEF que, en otras circunstancias y como ya hiciera en el pasado, podría haber desempeñado un papel mucho mayor a la hora de calmar la agitación violenta o mantener negociaciones[475]. Además, la intervención policial tuvo lugar en la Sorbona, que seguía siendo el símbolo del sistema universitario francés. Una revuelta que ocurriese allí no podía calificarse de mero *nanterrorisme*, de un levantamiento de rebeldes de un campus

periférico, marginal y advenedizo. Y, sin embargo, el modelo de Nanterre se estaba reproduciendo en la capital. A partir de ahí, la revuelta estudiantil parisina se parecería mucho a la rebelión en la facultad suburbana, donde a la administración le había costado mucho encontrar representantes de los estudiantes que fuesen «responsables».

Las detenciones en masa llevaron a la politización inmediata de muchos estudiantes del Barrio Latino. Los militantes se habían esperado una invasión fascista de la universidad, no un asalto policial. Si el gobierno confiaba en que la preocupación del periodo previo a los exámenes finales contribuiría a despolitizar a los estudiantes franceses, calculó mal. Los jóvenes se solidarizaron de un modo sin precedentes con sus compañeros perseguidos[476]. Muchos consideraron que las detenciones masivas eran ilegales puesto que pensaban —un tanto erróneamente— que los detenidos no habían cometido infracción alguna[477]. Una coalición contra la represión más amplia y espontánea sustituyó a la alianza antifascista inicial. La noticia de los cientos de detenciones movilizó a activistas de los liceos del Barrio Latino y de todas partes de la capital. Como sus propias instituciones disciplinarias los frustraban, agradecieron la oportunidad de poder protestar en la Sorbona. Los maoístas concedieron su mayor elogio a los estudiantes detenidos al compararlos con los trabajadores oprimidos. Los huelguistas de Caen, Redon, Le Mans y otras zonas de Francia también habían sido víctimas del gobierno, o, como lo denominaban los maoístas, de la represión «fascista»[478]. Esa noche, en la École Normale Supérieure, formaron rápidamente unos «Comités de defensa contra la represión» que atrajeron a una considerable cantidad de jóvenes[479].

Del número estimado de manifestantes, entre 1.500 y 2.000 (de los que solo 50 eran de extrema derecha), la policía detuvo a 574 (incluidos los alrededor de 300 del patio de la Sorbona). Todos esos estudiantes apresados estaban matriculados en universidades parisinas[480]. Los que ya estaban fichados eran en su mayoría militantes de algún grupúsculo o asociación (UNEF, JCR, CVN, CAL, PSU y comités en contra de las guerras de Argelia y Vietnam). El 12% aproximadamente de aquellos con antecedentes los tenían por pegar carteles, por lo general para la UNEF. Así pues, un buen número de ellos ya estaban fogueados en esas lides y sabían combatir o

esquivar a las fuerzas del orden. Los incidentes del 3 de mayo fueron en buena medida producto de los propios militantes, incluidos unos pocos de extrema derecha responsables de forma directa o indirecta de parte de la violencia y destrucción que se desató. De acuerdo con las estadísticas oficiales, 544 de los detenidos o interrogados fueron puestos en libertad. De estos, 179 eran menores (un 33%), 58 extranjeros (11%) y 45 mujeres (8%)[481]. De esas 45 mujeres, 17 eran mayores de edad, 27 menores y una de nacionalidad extranjera. En los inicios de Mayo del 68, los incidentes fueron ante todo cosa de estudiantes franceses varones. Treinta pasaron a disposición judicial, entre ellos 13 de Nanterre detenidos por llevar armas (palos y cócteles molotov). Ochenta y cuatro policías resultaron heridos[482]. Cinco fueron hospitalizados, y 20 sufrieron lesiones lo bastante graves para que les dieran la baja médica. La mayoría de heridas se debieron a los objetos que les arrojaron, pero también algunos se vieron afectados por el gas lacrimógeno que lanzaron ellos mismos y que se extendió hacia ellos sin que se lo esperaran. No hubo muertes, ya que la policía municipal y la *gendarmerie mobile* estaban muy controladas en ese sentido y solo tenían autorización para usar porras de goma y gas lacrimógeno[483]. Como en Antony y Nanterre, los estudiantes siguieron destruyendo cosas. Trece vehículos policiales, entre ellos tres ambulancias de *police-secours*, sufrieron daños. Por lo general los manifestantes les rompían las luces, ventanillas y parabrisas. También destrozaron señales indicadoras y protecciones metálicas de árboles, además de escaparates de tiendas.

En reacción al número de heridos de sus propias filas, los policías empezaron a pegar indiscriminadamente a los jóvenes. Esa noche, el Movimiento 22 de marzo condenó «la movilización general de la policía» y los «miles de agentes armados que han convertido París en un campamento militar»[484]. La represión alió a grupúsculos y sindicatos como la UNEF, el Movimiento 22 de marzo, el PSU, el JCR, el FER, la UJCml y el SNESup, que se reunieron para intentar coordinar acciones. El viernes 3 de mayo comenzó la costumbre de las «noches de viernes rojas». La noche auspiciaba los comportamientos más subversivos, y el amparo de la oscuridad envalentonaba tanto a manifestantes como a policías. En la primera gran Noche de las Barricadas del 10 de mayo se reanudarían las tradiciones

revolucionarias de 1830, 1848 y 1871[485]. El viernes más violento del mes fue el del 24 de mayo. Estudiantes y *gauchistes* acostumbraban a mostrarse muy activos y violentos por las noches y durante los viernes, mientras que, como veremos, los trabajadores se manifestaban pacíficamente los lunes a plena luz del día.

Durante el relativamente tranquilo fin de semana, el sistema judicial procesó a entre 300 y 400 de los detenidos[486]. El sábado 4 de mayo, e incluso el domingo 5, los juzgados de guardia interrogaron a los acusados y dictaron unas sentencias draconianas por las que condenaban a una docena de manifestantes a penas que iban de dos a tres meses de prisión. Como resultado, los que apoyaban a los detenidos acusaron a los jueces —y por extensión al gobierno— de actuar irregular y arbitrariamente ese fin de semana. La sentencia de varios meses de cárcel que se impuso el domingo a un estudiante católico escandalizó al físico Alfred Kastler, ganador del Premio Nobel[487]. La UNEF, el SNESup, el Movimiento 22 de marzo y varias organizaciones *gauchistes* se unieron en torno al eslogan en favor de la tolerancia de «liberad a nuestros camaradas». La brutalidad policial provocó la repulsa de los estudiantes socialistas (SFIO) y comunistas, que apoyaron a los *trublions*. Doscientos estudiantes de liceos del noveno distrito gritaron «abajo la policía» en una manifestación que tuvo lugar el sábado[488]. Las críticas a las fuerzas del orden llegaron de ámbitos que se dirían inesperados. La anti*gauchiste* FNEF protestó de su «brutalidad»[489]. Los propios agentes dejaron constancia de que las sentencias impuestas ese fin de semana a 13 estudiantes detenidos el 3 de mayo «endurecieron la actitud de los alborotadores [...] Numerosos estudiantes que no pertenecen a ningún *groupuscule* se han unido a los tumultos»[490].

La lucha contra la represión actuó en Mayo del 68 como lo hiciera la lucha antifascista en los años treinta: ambas aglutinaron tácticamente a fuerzas reformistas y revolucionarias, pero no consiguieron salvar sus diferencias estratégicas. En los años treinta, los antifascistas revolucionarios (trotskistas y anarquistas) argumentaron que la mejor forma de evitar el fascismo era hacer la revolución, mientras que los antifascistas que no eran revolucionarios querían una coalición de base amplia que incluyese a los moderados. Del mismo modo, los reformistas de los sesenta (socialistas y

comunistas), cuya coalición al estilo del Frente Popular había obtenido más del 46% de los votos en la segunda vuelta de las elecciones legislativas de 1967, pensaban que una alianza en contra de la represión podría poner fin a la dura actuación policial, y, lo que era más importante para ellos, podría derrocar al régimen. Propusieron que las protestas fueran dirigidas contra el gobierno gaullista, y no contra la sociedad burguesa. En cambio, los revolucionarios franceses de los sesenta creían que la represión «fascista» o autoritaria era intrínseca a la sociedad burguesa. Para ellos, la única vía para la liberación era la revolución proletaria. Los comunistas y socialistas reformistas condenaron la brutalidad de la policía del gobierno y ampliaron el movimiento para que tuvieran cabida en él las tolerantes clases medias. Cierto es que los policías de primera línea llevaron a cabo actos brutales y crueles; sin embargo, no hay pruebas documentales que sustenten la acusación de que en 1968 la policía formó un «Estado dentro del Estado» que escapaba al control de sus mandos y de las autoridades civiles.

La animadversión general hacia las fuerzas del orden venía de lejos. En los años treinta se extendió la idea de que la policía de París apoyaba a la extrema derecha. En la Segunda Guerra Mundial hicieron redadas de decenas de miles de judíos para enviarlos a campos de exterminio nazis. Durante la Guerra Fría y la de Argelia, varias unidades de las fuerzas de seguridad se ganaron la reputación, con frecuencia merecida, de ser racistas y profesar un anticomunismo fanático. Se les acusó de forma bastante verosímil de asesinar «a cientos de argelinos (lo cual es un cálculo por lo bajo)», y de herir a miles durante y después de la manifestación del 17 de octubre de 1961[491]. En febrero de 1962, en la estación de metro de Charonne, la policía y/o agentes de la OAS mataron a ocho miembros de la CGT en el transcurso de una manifestación «antifascista» y anti-OAS que no estaba autorizada. En respuesta, ingentes cantidades de miembros de la CGT y simpatizantes se levantaron contra lo que consideraban la represión gaullista.

El lunes 6 de mayo, la UNEF convocó una huelga indefinida en el sector de la educación superior que fue respaldada por unanimidad por la directiva del SNESup, dispuesta a apoyar una huelga «insurrecta» que hiciese caso omiso de la ley por la que los sindicatos debían notificar a la administración cualquier paro laboral que organizasen. Ese apoyo del SNESup fue

trascendental, ya que era parte importante de la FEN, el principal sindicato de profesores. El SNESup representaba a entre un 20% y un 25% de docentes universitarios, por lo general profesores jóvenes de los niveles más bajos, cuyo número había crecido rápidamente durante la década de los sesenta[492]. Los marxistas radicales del sindicato equiparaban a la policía con el detestado «Estado burgués», y otros culpaban de los desórdenes a un gobierno que había enviado a las fuerzas del orden a la Sorbona. El apoyo a los manifestantes reflejó la solidaridad generacional entre estudiantes y profesores jóvenes. El movimiento había empezado en Humanidades y Ciencias Sociales, pero rápidamente obtuvo amplio respaldo entre los de Física y Ciencias Naturales. En la Facultad de Ciencias de Orsay, el 70% de profesores y estudiantes se pusieron en huelga[493]. Habida cuenta de estas estadísticas oficiales, resulta creíble el comentario del líder del SNESup, Alain Geismar, físico de 29 años: «Nunca se había dado semejante movimiento de solidaridad de profesores con estudiantes»[494].

Geismar, al igual que Cohn-Bendit, se convirtió en un líder del movimiento con mucha repercusión mediática. Ambos estaban entre los principales blancos de la antipatía de los reaccionarios. Nacido en 1939, Geismar era hijo de la burguesía. Su padre, inspector bancario, cayó muerto en junio de 1940 durante la invasión de Francia. Él se formó como ingeniero y científico. Políticamente apoyó al PSU del anterior primer ministro Pierre Mendès-France y estuvo al mando de las juventudes del partido. Sin embargo, en 1966 Geismar abandonó el PSU y pronto fue elegido para dirigir el SNESup gracias a su reputación de radical cultural[495]. Había escrito un panfleto, *Para la revolución cultural en la universidad*, en el que recomendaba una fuerte dosis de igualdad maoísta para la universidad francesa. Los sucesos de mayo lo empujaron aún más hacia «los chinos». Geismar se enfrentó a los compañeros moderados del sindicato que querían cambiar la universidad desde dentro, mientras que él abogaba por la acción en la calle para conseguir reformas.

El lunes 6 de mayo, ocho estudiantes de Nanterre, entre ellos Cohn-Bendit, tenían que comparecer ante el consejo disciplinario de la universidad. La policía recibió informes de que, antes de ser detenido el viernes, Dany había asegurado en público en la Sorbona que el consejo no podría

enjuiciarlos en paz[496]. La FGEL lo apoyó y advirtió de que «ni un solo estudiante será expulsado de la universidad por dedicarse a actividades políticas o sindicales», omitiendo convenientemente mencionar que algunos de los demandados estaban acusados de amenazas y atentados contra bienes y personas, lo que incluía agresiones a profesores en clase[497]. Por lo tanto, no resulta sorprendente que el rector hubiera autorizado que 60 policías de paisano vigilaran los pasillos de la universidad[498]. La centralización del sistema francés (todavía no existía un consejo disciplinario autónomo en Nanterre, pese a haberlo pedido algunos profesores en marzo) fomentó de inmediato que la agitación se extendiese a la propia capital. El ministro de Educación se encargó de hacer de la cuestión un asunto nacional cuando insistió en que se sancionara al anarquista franco-alemán[499]. Los decanos de cada facultad formaban el consejo disciplinario, presidido por el director de la École Normale Supérieure. Se acusaba a los radicales de infringir las normas de la universidad al ocupar edificios y no respetar el «derecho al trabajo» de los estudiantes[500]. Algunos destacados profesores —Paul Ricoeur, Touraine y Lefebvre— acudieron dispuestos a defender a las víctimas de la «represión» de su propia institución. Así pues, no es que la universidad «burguesa» presentara un frente unido e intransigente contra los acusados. De los ocho encausados, uno, René Riesel, era *enragé* (prosituacionista); dos, Cohn-Bendit y Jean-Pierre Duteuil, militaban en la LEA; dos eran del CVB; uno había estado a cargo de la comisión cultural del Movimiento 22 de marzo, y otro pertenecía a la FER (trotskista). La única activista femenina había sido miembro del JCR, pero se estaba moviendo hacia «los chinos». Puede que las autoridades universitarias pensaran que procesar a sujetos concretos de muchos *groupuscules* les haría parecer ecuánimes, pero lo que consiguió ese intento de imparcialidad fue que se unieran diversos grupos *gauchistes* contra ellos.

Varios de los acusados empezaron a cantar la *Internacional* conforme se acercaban a la Sorbona[501]. Uno de los ocho, René Riesel, quería diferenciarse de los demás, del mismo modo que su grupo, los *enragés*, se había distanciado de la masa durante la ocupación del 22 de marzo. Los amigos de Riesel distribuyeron un panfleto, *La Rage au ventre*, que recordaba a los estudiantes que, en la lucha contra la policía, «donde empieza la

violencia, termina el reformismo»[502]. También criticaba con tintes catastrofistas el activismo estudiantil por inútil: «Las protestas contra la universidad son insignificantes cuando es la sociedad entera la que debe ser destruida». Como era de esperar, Riesel mostró poco respeto por sus jueces, como tampoco pareció muy impresionado por la espléndida sala de la Sorbona en que se celebró el consejo disciplinario. Para hacer gala de su desdén, se quitó la chaqueta de cuero y, tumbándose en el suelo, se la puso de almohada. Otro de los acusados, Michel Pourny, militante de la UNEF y la FER, se negó a contestar a las preguntas porque, según afirmó, sus jueces habían aceptado la política de admisión selectiva y estaban haciéndole el trabajo sucio al CRS. Convirtiendo sus humildes orígenes sociales en un mérito, Pourny dijo al consejo que estaba «orgulloso de los sacrificios» que su padre, «obrero metalúrgico», había hecho para darle una educación, pero que no pensaba cooperar con un Estado cuyas universidades eliminaban a dos tercios de los matriculados[503].

Varios días después, Riesel hizo público un comunicado, «El castillo en llamas: alocución al consejo [disciplinario] de la Universidad de París», que era una recopilación de insultos situacionistas que había dirigido a la universidad liberal y sus profesores:

> Vestigios:
>
> Vuestra burda ignorancia de la vida os despoja de toda autoridad. ¿Queréis pruebas? Si hoy podéis juzgarme, es porque tenéis un cordón policial detrás. De hecho, ya nadie os respeta. Tendríais que estar llorando por vuestra anticuada Sorbona.
>
> El que ciertos modernizadores estúpidos pretendan defenderme, creyendo equivocadamente que, después de que me escupieran, me volvería lo bastante respetable para que me defendiesen, me da risa. Pese a toda su persistencia masoquista, estos oportunistas ni siquiera saben cómo salvar a la universidad. Señor [Henri] Lefebvre, váyase al infierno...
>
> La justicia feudal se ve amenazada cuando el castillo está en llamas[504].

El MAU de la Sorbona, aun omitiendo esa última referencia histórica al Gran Miedo de 1789, coincidió en afirmar que «los prestigiosos profesores [...] [que] han sido insultados, criticados y derrotados» se lo merecían por ser «los pilares de la universidad burguesa»[505]. El MAU secundó una protesta contra ese consejo disciplinario[506].

Muchos manifestantes vinculaban el intento de sancionar o expulsar a los ocho con el problema nacional de la selección y de la preservación del

sistema[507]. Para ellos, la disciplina y la selección eran dos aspectos aborrecibles de la universidad burguesa. Gritaban: «Liberad a los estudiantes», «Profes, no polis» y «Abajo la represión». El lunes 6 de mayo, el SNESup instó a sus miembros a unirse a los estudiantes en la protesta, lo que supuso la primera vez desde la guerra de Argelia que los profesores se manifestaban en masa en las calles. Los miles de congregados gritaron eslóganes inventivos que mostraban tanta ironía («Somos un grupúsculo») como los excesos retóricos tan característicos de los años sesenta («Todos somos judíos alemanes»)[508]. Por la tarde, entre 3.000 y 4.000 mil estudiantes participaron en una manifestación «extremadamente violenta» que, según la policía, «enseguida degeneró en combates callejeros» hasta convertirse en «un auténtico disturbio» en el que los manifestantes causaron «numerosos daños»[509]: «Levantaron calles, destrozaron coches y rompieron escaparates». La policía les impidió el paso en varios puntos[510]. Por su parte, la UNEF los acusó de que su «salvajismo» recordaba «al detestable régimen de Pétain»[511]. En un vano intento de proteger su imagen, la policía le confiscó ilegalmente el carrete a un fotógrafo[512].

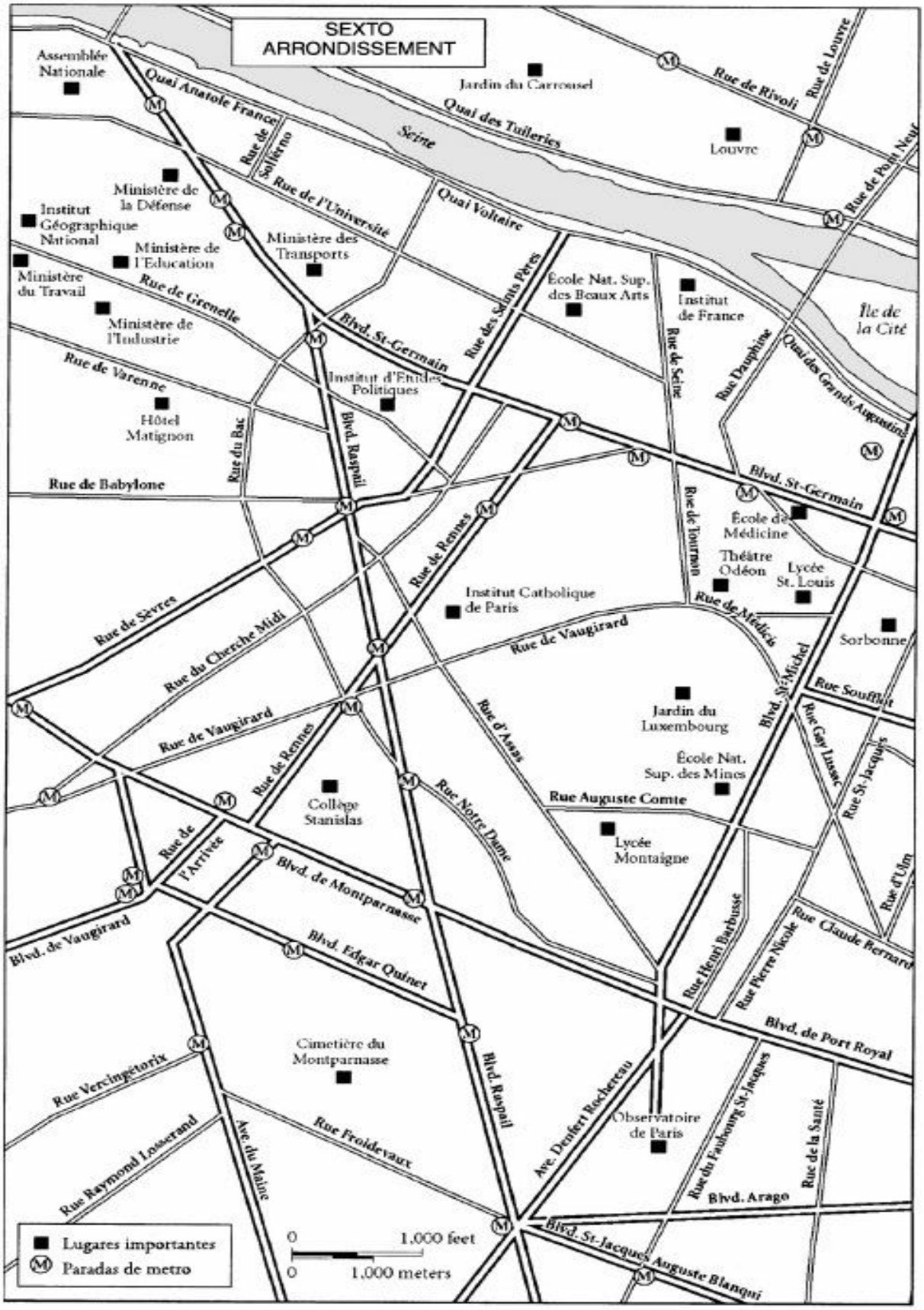
Las desaforadas protestas de los miles de estudiantes reunidos en el exterior de la Sorbona intimidaron a los jueces del consejo disciplinario, los cuales, según Pierre Grappin, «fueron desapareciendo uno a uno» hasta que solo quedaron dos con bastante valor para permanecer en la sala[513]. Algunos de los jueces ya habían sido víctimas del terrorismo adolescente[514]. Se conocía la existencia de un panfleto que animaba a hostigar a los miembros del consejo, para lo cual proporcionaba a militantes de extrema izquierda sus nombres, direcciones y números de teléfono[515]. La policía informó de que, en efecto, algunos eran acosados frecuentemente por teléfono[516]. El profesor Micha, que tenía intención de asistir a las sesiones, había recibido llamadas anónimas; las autoridades policiales pusieron agentes para vigilar su casa y, al final, las de los otros 14 miembros del consejo[517]. Este decidió que las protestas no permitían administrar justicia con imparcialidad, por lo que el jueves 9 de mayo el rector pospuso indefinidamente la toma de veredicto.

La UNEF carecía de suficiente unidad o influencia para amortiguar el impacto del movimiento estudiantil o mantenerlo dentro de unos límites

«respetables». El Ministerio del Interior se lamentó de que «[la UNEF] sea incapaz de desempeñar el papel habitual de una organización tradicional [...] Está dividida en clanes [...] Sus líderes son incapaces de controlar el caos. Se ha convertido en una tapadera de grupos extremistas»[518]. Independientemente de cuál sea la exactitud de ese análisis, lo cierto es que las políticas y acciones del estado contra los estudiantes sublevados crearon un clima de afinidad hacia estos. Demócratas cristianos —como por ejemplo Jean-Marie Lustiger, futuro arzobispo de París— y progresistas de distintas tendencias se unieron al bando estudiantil[519]. Eclesiásticos liberales, tanto católicos como protestantes, mostraron sus simpatías por ellos. Como en Italia, algunos progresistas cristianos soñaban desesperadamente con conciliar a Mao, Lenin y Jesús. Según consta en informes policiales, el Secours Catholique donó 5.000 francos para las necesidades de los estudiantes[520]. Unos días más tarde, la oposición de numerosos estudiantes frustró el intento de Occident de ocupar el Institut Catholique (véase mapa 3)[521]. Al mismo tiempo, estudiantes judíos ocuparon el Consistoire israélite, sito en la rue de la Victorie, para protestar contra la «falta de democracia» de las organizaciones judías oficiales[522]. Los sucesos de mayo y junio del 68 pusieron de manifiesto el descenso del anticlericalismo de los activistas (excepto entre los situacionistas y, curiosamente, los católicos radicales), así como la simpatía relativamente nueva de los creyentes hacia la izquierda.

A principios de mayo, grupos de militantes formaron rápidamente comités que esperaban transformar en los sóviets de la nueva revolución. Estos comités formularon las exigencias inmediatas del movimiento estudiantil: la liberación de los detenidos, el fin del cierre policial de la Sorbona y que hubiese libertad de expresión política en la universidad[523]. Otras exigencias adicionales incluían la dimisión de Roche, al cual acusaba el JCR de haber actuado como un dirigente de «la España de Franco»[524]. Algunas de esas reivindicaciones eran muy polémicas, por no decir demagógicas. La universidad permitía en buena medida la libertad de expresión, y eran las autoridades académicas, y no la policía, quienes habían ordenado el «cierre» de la Sorbona. De hecho, la policía dejó constancia de que ese cierre de la Sorbona había empeorado las protestas por causar «una reacción

espontánea... que dejó a muchos estudiantes sin nada que hacer»[525].


SEXTO ARRONDISSEMENT
Assemblée Nationale
Quai Anatole France
Jardin du Carrousel
Rue de Rivoli
Rue de Louvre
Quai des Tuileries
Seine
Louvre
Rue de Solférino
Rue de l'Université
Quai Voltaire
Rue de Poitiers
Ministère de la Défense
Institut Géographique National
Ministère de l'Education
Ministère des Transports
Ministère du Travail
Rue de Grenelle
Ministère de l'Industrie
École Nat. Sup. des Beaux Arts
Institut de France
Île de la Cité
Rue des Saints Pères
Rue de Seine
Rue Dauphine
Quai des Grands Augustins
Blvd. St-Germain
Rue de Varenne
Institut d'Etudes Politiques
Hôtel Matignon
Rue du Bac
Blvd. Raspail
Rue de Babylone
Rue de Tournon
École de Médecine
Théâtre Odéon
Lycée St. Louis
Rue de Rennes
Institut Catholique de Paris
Rue de Médicis
Sorbonne
Rue de Sèvres
Rue du Cherche Midi
Rue de Vaugirard
Blvd. St-Michel
Rue Soufflot
Jardin du Luxembourg
Rue d'Assas
Rue Gay Lussac
Rue St-Jacques
École Nat. Sup. des Mines
Rue Auguste Comte
Collège Stanislas
Rue Notre Dame
Lycée Montaigne
Rue d'Ulm
Rue de l'Arrivée
Blvd. de Montparnasse
Blvd. de Vaugirard
Blvd. Edgar Quinet
Rue Henri Barbusse
Rue Pierre Nicole
Rue Claude Bernard
Blvd. de Port Royal
Cimetière du Montparnasse
Rue Vercingétorix
Rue Froidevaux
Ave. Denfert Rochereau
Observatoire de Paris
Rue du Faubourg St-Jacques
Rue de la Santé
Rue Raymond Losserand
Ave. du Maine
Blvd. Arago
Blvd. St-Jacques
Auguste Blanqui
Lugares importantes
Paradas de metro
0 1,000 feet
0 1,000 meters

MAPA 3. El sexto distrito administrativo de París y sus alrededores

La principal exigencia estudiantil —la amnistía y la reapertura de la Sorbona— tenía el apoyo de cuatro quintos de la población parisina según una encuesta del IFOP (Institut français d'opinion publique) del 8 de mayo[526]. Ese apoyo de la opinión pública y el dinamismo de la unidad de izquierdas contra Estado y gobierno afectaron a importantes sectores del PCF[527]. Ya el 3 y 4 de mayo su federación de París y la UEC arremetieron contra la dura represión policial, pero mantuvieron sus críticas a los «revolucionarios de pacotilla», que era como se refería el PCF a los *gauchistes*[528]. El 4 de mayo, los profesores comunistas de la Sorbona condenaron «la brutalidad de la represión policial» e insistieron en la necesidad de una coalición de «todas las fuerzas progresistas y democráticas», que era la jerga comunista para pedir una coalición de izquierdas. Esa condena de las fuerzas del orden mostró que, aun brevemente, el impulso antirrepresor fue más fuerte que el antagonismo existente entre profesores comunistas y algunos sublevados que los desdeñaban por partida doble por su condición de docentes y de miembros del partido.

El lunes por la tarde el número de manifestantes ya ascendía a 20.000, entre ellos *blousons noirs* que los situacionistas veían como una fuerza revolucionaria en potencia. Los maoístas proponían tácticas que eran producto de su fijación con la lucha de clases. En efecto, los «chinos» instaban a los estudiantes a ir a los barrios obreros —en particular a Saint-Denis, en el norte— y unirse a los proletarios que se suponía que estaban luchando allí contra el capitalismo. El Comité de defensa contra la represión de la UJCml equiparaba la represión con el Estado «fascista» y capitalista, y preconizaba que los asalariados eran la principal fuerza contra aquel[529]. Los maoístas se equivocaban, puesto que en todo mayo y junio el movimiento no tuvo que desplazarse al extrarradio, sino que este vino a él. De hecho, tras los primeros días de protestas en París, la policía afirmó que la mayoría de manifestantes ya no eran estudiantes, sino jóvenes delincuentes[530].

Las autoridades calificaron las protestas del lunes de «extremadamente violentas. Los manifestantes provocaban por sistema a la policía, y las manifestaciones terminaban convirtiéndose en refriegas callejeras. En

provincias los incidentes fueron escasos y de mucha menor envergadura que los de París»[531]. Las fuerzas del orden informaron de que las protestas de la UNEF y los *gauchistes* del 6 de mayo «se caracterizaron por unos incidentes de excepcional violencia»[532]. Por otro lado, un comité del RATP (transporte público) condenó por unanimidad los «abusos» policiales después de que varios empleados de la estación de metro de Luxembourg sufrieran maltratos el 6 de mayo[533]. A finales de la tarde, los manifestantes prendieron fuego a la caseta prefabricada de una obra y luego usaron los coches de bomberos que llegaron como barreras protectoras contra los ataques de la policía[534]. En la Rue Bonaparte, se subieron a los tejados y desde allí arrojaron adoquines y botellas a los policías. Según la prefectura, lanzaron un Citroën sin conductor contra tres agentes, llevándose a dos de ellos 20 metros por delante[535]. Algunos de los enfrentamientos más violentos tuvieron lugar al caer la noche. A las 8, de 3.000 a 4.000 manifestantes atacaron las líneas policiales del Boulevard Saint-Germain[536]. Rápidamente se levantaron barricadas —lo que no ocurría en París desde la Liberación—, aunque en un principio sin mucha pericia. Según *Action*, el periódico más afín al movimiento estudiantil, la construcción de barricadas en el Barrio Latino fue la mejor forma de celebrar el 150 aniversario del nacimiento de Marx[537]. Cavaron parte de la calle, arrancaron rejillas y pusieron coches para impedir el paso de la policía. Desde una de las barricadas «bombardearon intensamente [a nuestros hombres] con una cantidad increíble de adoquines»[538]. Los agentes recibieron numerosas heridas en el intento de retirar una estructura que los manifestantes defendieron con mucha agresividad. Un inspector jefe de policía informó de que «en el Blvd. Saint-Germain y la Rue de Four [...] pese a [nuestro] uso masivo de granadas lacrimógenas y varias cargas sucesivas, los manifestantes no se replegaron, ya que eran muchos y extremadamente virulentos. Al frente de ellos estaba una joven que, al estilo de la Pasionaria, los instaba a atacar a la policía»[539]. Inspirados por esa Juana de Arco izquierdista, los sublevados derribaron a varios CRS.

A otro comisario de policía le costó creerse que sus adversarios, algunos de los cuales agitaban la bandera negra anarquista, fueran estudiantes. Su efectividad en el combate lo convenció de que eran «grupos entrenados para

la lucha callejera», así que pidió vehículos blindados para luchar contra ellos. Los policías hicieron un «uso exhaustivo» de gas lacrimógeno y mangueras contra incendios para dispersar a los manifestantes. Eligieron como armas el aire viciado y los fuertes chorros de agua. Los estudiantes a veces respondían con sus propias granadas de fabricación casera, pese a que el viento soplaba lo bastante fuerte para que no se pudiese predecir hacia dónde iban a circular los gases. Un inspector de policía afirmó que, a primeras horas de la madrugada del 7 de mayo (de 1:35 a 2:00), los *blousons noirs* arrasaron partes del Boulevard du Montparnasse[540]. Varios cientos de exaltados hicieron una fogata con señales de madera que arrancaron de las calles[541].

Los enfrentamientos del lunes entre estudiantes y policías tuvieron como resultado 462 detenciones[542]. Cuarenta y seis (un 10%) eran estudiantes extranjeros, y 155 eran franceses procedentes de todas las disciplinas, no solo de los habituales campos de cultivo radicales de Ciencias Sociales y Humanidades. Es muy significativo que entre los detenidos hubiese 109 franceses que no eran estudiantes y procedían de una gran variedad de profesiones, así como 36 extranjeros que tampoco estudiaban. Las fuerzas del orden dieron mucha publicidad a esa sorprendente proporción de un 51% de detenidos que no eran estudiantes. Después de tenerlos algún tiempo detenidos, pusieron en libertad a 422, de los que un 9% eran mujeres, un 82% franceses y un 37% menores. De nuevo, y pese a las excepciones, las estadísticas oficiales indicaban que las revueltas seguían siendo cosa de hombres franceses jóvenes. Cuatrocientos ochenta y un policías resultaron heridos, entre ellos —por primera vez— 53 CRS[543]. La Cruz Roja auxilió a 460 estudiantes también heridos. Se levantaron calles por toda la ciudad y se saquearon tiendas. Aun siendo una clara minoría, las chicas mostraron el mismo valor temerario que los chicos[544]. Una modista de 26 años se hizo famosa por su pericia para hacer daño a los policías con un tirachinas[545]. Los estudiantes de liceo también demostraron ser excelentes luchadores callejeros.

Alrededor de cuarenta coches y diez autobuses fueron volcados y quemados. Los incendios de Mayo del 68 fueron la tendencia más radical del movimiento. El efecto inmediato del fuego es destructor, pero, como observa Gaston Bachelard, también es un «símbolo de pureza» que emite luz y

calor[546]. Aunque sus defensores y apologistas nunca proclamasen que los incendios provocados fueran un arma legítima, tal vez los incendiarios creyeran que estaban purificando e iluminando una ciudad amenazada por el CRS y otras fuerzas oscuras[547]. El incendio como arma política tenía una larga historia en Francia. Durante el Gran Miedo, los campesinos prendieron fuego a los castillos de sus señores. Las *pétroleuses* de la Comuna tienen mucho de mito, pero los efectos de los incendios de 1870-1871 fueron enormes tanto en términos simbólicos como reales. Monumentos importantes —las Tullerías, el Palacio Real, el Ayuntamiento— ardieron, y las mujeres incendiarias se convirtieron en la representación negativa de la revuelta parisina[548]. Mayo del 68 fue más afortunado en lo que se refiere a la realidad y el recuerdo. Como, pese a las apariencias, el Estado mantuvo su fuerza, los incendios de entonces no fueron tan destructivos como los de la Comuna, y la imagen del movimiento, a diferencia de la de sus precursores revolucionarios, no sigue vinculada a los incendiarios. No obstante, como veremos, las posibilidades de que se hubiese desatado una gran devastación en 1968 fueron enormes.

Aunque muchas de las acciones revolucionarias recordasen a otras revueltas parisinas previas, en Mayo del 68 surgieron elementos más modernos y específicos de los años sesenta. La mayoría de estudiantes y manifestantes tenían transistor o fácil acceso a uno[549]. Se dice que llegó a venderse la increíble cantidad de 400.000 radios a la semana durante la crisis de mayo. Los manifestantes y constructores de barricadas oían las noticias, que les levantaban el ánimo al mostrarles que formaban parte de un movimiento de masas que estaba poniendo nervioso al poder del Estado. El espectáculo de los medios de comunicación ayudaba a propagar la revuelta, pero, como los gaullistas demostrarían a finales de mes, también podía promover la restauración del orden. En cualquier caso, a lo largo de mayo y junio la radio hizo gala de su flexibilidad y rapidez comunicativas.

El martes 7 de mayo, el aumento de su número puso eufóricos a los sublevados. Algunos liceos importantes —Buffon, Voltaire, Michelet (de Vanves) y Condorcet— celebraron por la mañana sus propias reuniones, a las que asistieron entre 300 y 500 personas. Más tarde, entre 25.000 y 50.000 estudiantes y numerosos profesores se unieron a una marcha de protesta. La

manifestación pasaba por la Asamblea Nacional y el Palacio del Elíseo, pero sus componentes, como signo de desprecio a la política convencional, intentaron fingir que no hacían caso a los centros de poder oficiales de la Quinta República. «El poder —gritaban como para convencerse— está en las calles»[550]. Las consignas que coreaban reflejaban el sentimiento antirrepresivo («Liberad a nuestros camaradas»), la antipatía a los medios («*Le Figaro* [periódico conservador] es fascista») y su internacionalismo («Roma, Berlín, Varsovia, París»)[551]. Al llegar al Arco del Triunfo, unos cuantos no sindicados tal vez intentaran mancillar de algún modo u orinarse en la llama de la Tumba del Soldado Desconocido, pero los miembros del servicio de vigilancia de la UNEF y el JCR hicieron lo que pudieron para impedírselo. También intervinieron varios policías, de los cuales se declaró que consiguieron proteger la Tumba y salvar la llama[552]. Ese supuesto intento de sabotaje escatológico mostró el deseo de algunos revolucionarios de profanar los símbolos nacionales más queridos y *épater les bourgeois* política y sexualmente. Los patriotas no olvidaron ese sacrilegio. Algunos de ellos reaccionaron al incidente difamando a Dany en la Asamblea Nacional. Afirmaron que Cohn-Bendit había animado a sus seguidores a profanar los monumentos en conmemoración de los veteranos de la Primera y Segunda Guerras Mundiales que habían luchado contra los «amigos» de Dany.

En el transcurso de la manifestación, los vigilantes de seguridad de la UNEF se encontraron con que eran incapaces de controlar los incidentes violentos contra la policía y los bienes públicos y privados. Se quejaron a un representante policial de que se habían tenido que liar a golpes con unos anarquistas que llevaban banderas negras[553]. Pasada la medianoche, la UNEF perdió toda autoridad y estallaron disturbios en el Boulevard Raspail y la Rue d'Assas. Según los informes policiales, aprovechando el amparo de la oscuridad los manifestantes lanzaron granadas caseras de gas, levantaron calles y volcaron vehículos[554]. También dañaron coches de policía, pincharon ruedas de autobuses y encendieron varios fuegos. En la Rue de Vaugirard y la Rue d'Assas, unos «incontrolables» erigieron una barricada y apedrearon a una unidad aislada del CRS, resultando 13 agentes heridos y seis vehículos dañados. Los policías que quedaban aislados en las zonas de conflicto corrían el riesgo de ser apaleados, por lo que sus superiores les

indicaban que no se separaran de su grupo[555]. Los atacantes de Vaugirard y Assas consiguieron escapar sin ser detenidos. En la intersección de Port Royal-Montparnasse y Saint-Michel, la destrucción de bienes adquirió tintes que parecían o bien bakunistas o gratuitos. Trescientos manifestantes «quemaron señales de madera [...] causaron destrozos en coches sin cerrar y destruyeron señalizaciones de tráfico y de gasolineras». Un inspector de policía afirmó que «cuatro miembros del servicio de vigilancia de la UNEF se alteraron y asustaron tanto por los destrozos (uno de ellos hasta lloraba)» que no les quedó más remedio que informarle de que los vándalos «no pertenecían a su organización, sino que eran prochinos». Le rogaron que pusiera fin a esos actos de pillaje y destrucción. Solo en el sexto *arrondisement*, 28 coches y 12 fachadas de tiendas sufrieron daños[556]. Durante esos «enconados enfrentamientos», la policía detuvo a 86 personas, de las que aseguraron que solo la mitad eran estudiantes[557]. Algunos llevaban armas ligeras, pero no armas de fuego mortíferas. Dos estudiantes de la École Polytechnique, una academia militar de élite en la que cabría suponer que no existiese el odio a la autoridad, fueron acusados de destrozar señales viales. Ochenta y siete policías resultaron heridos, tres de los cuales fueron hospitalizados[558]. Parece que a los tres se les metieron esquirlas de cristal en los ojos cuando un manifestante arrojó un adoquín contra el parabrisas de su coche[559]. Otros dos sufrieron los efectos de una granada de gas lacrimógeno que les lanzaron. La mayoría de heridas de los agentes fueron por impacto de distintos tipos de misiles, en especial adoquines. De noche se desató la furia de la policía. Los concejales parisinos D. Weill y C. Bourdet afirmaron que el 8 de mayo, a la 1:15 de la madrugada, unos agentes entraron en un café, lo llenaron de gas lacrimógeno, hicieron salir a los clientes, rompieron los cristales y detuvieron a transeúntes inocentes. Cuando oscurecía, las calles pertenecían a los airados.

La extrema derecha reaccionó al dominio de la izquierda y la policía. Aunque no poseía la fuerza numérica de la izquierda, consiguió prevalecer en las zonas burguesas del oeste de la capital. En un principio las manifestaciones de los derechistas eran ante todo simbólicas, pero a finales de mes darían fuerza a la actitud de oposición a las huelgas y anticomunista del gobierno. Según informes policiales, el 7 de mayo, en la esquina del

Boulevard Saint-Michel y el Boulevard Saint-Germain, entre 500 y 600 manifestantes de extrema derecha, probablemente de Occident, gritaron el simplista eslogan de «CRS al poder»[560]. La tarde del 15 de mayo, entre 600 y 1.000 protestaron por la profanación de la Tumba del Soldado Desconocido del Arco del Triunfo[561]. A lo largo de la semana, militantes de Occident y la ARLP (Alliance républicaine pour les libertés et le progrès) siguieron congregándose por la tarde en la Tumba para custodiar su llama[562]. De hecho, a finales de semana la asistencia de gente de extrema derecha a esa ceremonia casi se había triplicado a entre 2.500 y 3.000[563]. El 20 de mayo, mandos de Interior dejaron constancia de que un comando de Occident, armado con bastones y tapas de cubos de basura, había atacado el Institut d'études politiques y se había enfrentado a miembros de la UNEF, lo que tuvo como resultado un herido y algunos daños materiales[564]. Un simpatizante de Occident calificó el asalto de fracaso[565]. El 21 de mayo, la policía intervino cuando de 500 a 600 manifestantes de Occident entraron en el Conservatorio de música del octavo distrito, que estaba ocupado, y allí «lo fueron arrasando todo y se enfrentaron con los estudiantes en él encerrados», hiriendo a uno[566].

La extrema derecha tenía al PCF como principal objetivo, mientras que a mucha distancia el segundo era De Gaulle. El partido comunista llegó a estar tan preocupado por los ataques de la extrema derecha o de la extrema izquierda que puso a más de 1.000 militantes a proteger sus oficinas de toda la región de París. Estas precauciones no evitaron los enfrentamientos: la policía informó de que cuatro miembros de extrema derecha lanzaron piedras y luego una bomba incendiaria a la oficina del PCF del distrito diecisiete[567]. El 21 de mayo, una multitud de casi 1.000 personas, encabezada por seguidores de Occident y partidarios de Tixier-Vignancour, se dirigió a las oficinas de *L'Humanité*. Los empleados del periódico respondieron arrojándoles botellas de cerveza, objetos metálicos y adoquines desde las ventanas[568]. Los derechistas contraatacaron devolviéndoles esos misiles improvisados y, como habían hecho los de izquierdas en el Barrio Latino, prendiendo fuego a los cubos de basura que había delante de las oficinas del periódico. Varios manifestantes resultaron heridos. Cuando los policías

dispersaron a la multitud, fueron duramente abucheados tanto por los comunistas como por los miembros de Occident. Tal vez estos últimos lamentaran sus gritos anteriores de «el CRS al poder». Occident fue durante todo Mayo del 68 la fuerza dominante de extrema derecha, superando a sus rivales, como la minúscula Restauration Nationale, en actos violentos y número de militantes[569].

La extrema derecha tuvo que esperar hasta finales de mayo para adquirir al menos cierto rango de respetabilidad. A principios de mes, la izquierda mostró mucho más ímpetu. En su reacción contra prácticamente toda la izquierda, el gobierno no solo atacó a los *gauchistes*, sino a la propia universidad. El martes 7 de mayo, el CFDT, sindicato de profesores, condenó las detenciones de manifestantes[570]. Georges Séguy, líder de la CGT, exigió la puesta en libertad de los estudiantes detenidos[571]. Gaston Defferre y François Mitterrand, de la Fédération de la gauche démocrate et socialiste (FGDS), dejaron de lado sus reservas iniciales sobre los métodos de los estudiantes y manifestaron «su indignación por la violenta represión policial que se está empleando desde el viernes contra los estudiantes. Después de diez años en el poder, esta es la respuesta de los gaullistas»[572]. Claude Estier, diputado *fédére* cercano a Mitterrand, pidió la liberación de los estudiantes detenidos, que se retirara la policía del Barrio Latino y se reabriese la Sorbona. El diputado del PCF Louis Baillot acusó al gobierno de «represión salvaje», y un panfleto del PCF condenó la «represión policial» al tiempo que omitía su ritual condena del *gauchisme*. Los estudiantes comunistas exigieron «el fin de la represión», la amnistía para los detenidos y la retirada de la policía de la universidad[573]. Aunque opuesta al *gauchisme*, la izquierda parlamentaria estaba básicamente de acuerdo con las reivindicaciones estudiantiles, al menos tal y como las formulaban Geismar y Jacques Sauvageot, que rápidamente se iban convirtiendo en figuras de renombre nacional. El segundo, de 25 años, era vicepresidente de la UNEF y estaba ligado al PSU. Geismar y él insistían en que el Estado debía retirar los cargos contra los detenidos, sacar a la policía del Barrio Latino y reabrir la universidad[574]. El centro político también se unió al coro de críticas. Su candidato presidencial en 1965, Jean Lecanuet, líder del Centre démocrate, afirmó que el gobierno había empleado una fuerza excesiva contra los

estudiantes[575].

El miércoles 8 de mayo, CGT, CFDT, FEN y UNEF se unieron por primera vez desde la guerra de Argelia y la huelga de mineros de 1963 para organizar una manifestación en protesta por «los métodos de represión policiales que violaban las libertades democráticas y sindicales»[576]. La forja de una alianza con CGT y CFDT fue la muestra de que la UNEF renovaba con éxito su tradición de cooperar con las principales organizaciones obreras. Los hechos de mayo revigorizaron al sindicato estudiantil tanto política como económicamente. La policía concluyó que, durante ese mes, el número de afiliados de la UNEF aumentó en 3.000, con lo que recaudó dinero suficiente para pagar sus deudas[577]. Miembros de la CGT ensalzaron a los jóvenes sublevados, y se dijo de muchos trabajadores que no eran militantes activos que estaban «espantados por la represión»[578].

El amplio y diverso rechazo a la violencia policial innecesaria convenció a los moderados para unirse a los radicales. Cinco galardonados con el Premio Nobel —el físico Alfred Kastler, los biólogos Jacques Monod, André Lwoff y François Jacob y el escritor François Mauriac— pidieron sin éxito al presidente de la República que reabriese las universidades y concediera el indulto a los estudiantes ya condenados. El que François Mauriac, columnista de *Le Figaro* y devoto gaullista, también se quejase públicamente demostraba la profunda impopularidad de las decisiones del gobierno. Igual de importante es que gaullistas del ala izquierda como David Rousset (cuyo hijo había sido detenido), Joseph Kessel, Philippe de Saint-Robert y Emmanuel d'Astier de la Vigerie apoyaran las principales exigencias estudiantiles que planteaba la UNEF. También se les unieron periodistas de los principales medios. Jean-François Kahn y Jacques Dérogy de *L'Express*, Frédéric Gaussen de *Le Monde* y René Backmann de *Le Nouvel Observateur* estaban entre los que fundaron el Comité de periodistas contra la represión el 8 de mayo. Otros intelectuales también tomaron partido y, como no era de extrañar, apoyaron a los sublevados. Maurice Nadeau, Marguerite Duras, Michel Leiris, Claude Roy, Nathalie Sarraute, André Gorz, Jean-Paul Sartre, Jacques Lacan, Marthe Robert, François Châtelet y Henri Lefebvre condenaron la «brutalidad policial», que revelaba «la inmensa violencia que es la base fundacional de las sociedades contemporáneas»[579].

Miles de estudiantes de liceo se manifestaron la mañana del 8 de mayo, y entre 10.000 y 12.000 lo hicieron por la tarde. A las 7:30 se reunieron en la Faculté des Sciences para escuchar a Cohn-Bendit, tras lo cual emprendieron la marcha de protesta junto con sus profesores[580]. Las consignas más coreadas fueron «Basta de represión» y «De Gaulle responsable»[581]. Aunque surgieron trifulcas en el Barrio Latino, hubo pocas detenciones y pocos heridos, a excepción de algunos repartidores de panfletos que eran objetivos fáciles para la policía[582]. Puede que esa tregua animara a un miembro del servicio de vigilancia de la UNEF a entregar a un comisario de policía un rifle de repetición Marksman de calibre 177 que había confiscado a un manifestante de unos 35 años de edad y aspecto «español»[583]. Los del servicio de vigilancia de la UNEF y la policía acordaron evitar el uso de armas de fuego, y ambas partes consiguieron restringirlas en buena medida.

En los institutos de formación profesional (*lycées techniques*), los «primeros incidentes» ocurrieron el jueves 9 de mayo[584]. Las protestas en los institutos fueron en forma de huelgas, manifestaciones y piquetes. Los estudiantes, además de cuestionar la autoridad de los profesores, estaban especialmente interesados en que se ampliase su libertad sexual[585]. Los alumnos de liceo luchaban por conseguir reformas curriculares y pedagógicas, y empezaron a hablar de sexualidad de forma mucho más abierta que sus profesores. También querían abolir las restricciones a su derecho a fumar, a vestirse como quisieran y a salir de clase. Además, las huelgas ofrecieron a los adolescentes un descanso del trabajo escolar que siempre venía bien. La policía calculó que el 9 de mayo se congregaron unos 800 estudiantes parisinos de secundaria alrededor de la Gare Saint-Lazare, 200 en la Gare de Lyon y 4.000 en la Plaza de la Sorbona[586]. El JRC reunió a 3.200 en la Mutualité.

Coincidiendo con la agitación en los liceos, Georges Séguy, de la CGT, y Eugène Descamps, de la CFDT, se vieron el jueves en la oficina principal de la UNEF para organizar una manifestación unificada[587]. De acuerdo con un análisis policial de la reunión, «el objetivo inmediato de la CGT es convertir la revuelta estudiantil en un movimiento más grande que incluya a los trabajadores, y lanzar una protesta generalizada contra las políticas sociales y

económicas del gobierno. La CGT cuenta con el apoyo de la CFDT, que no quiere dejar que la CGT la eclipse»[588]. Séguy y Descamps se reafirmaron en su compromiso con la UNEF. James Marangé, del FEN, que se oponía a la tendencia trotskista de École Emancipée, la cual representaba alrededor de un 10% de integrantes de la FEN, se mostró, según la policía, «más renuente a apoyar a la UNEF, pero está recibiendo presiones del SNESup»[589].

Al verse frente a una coalición amplia y dinámica y al rechazo generalizado a los ataques a los estudiantes, las autoridades vacilaron. El miércoles 8 de mayo se dijo que el ministro de Educación, Peyrefitte, estaba dispuesto a volver a abrir la Sorbona[590]. El jueves 9 de mayo, día en que no hubo policías heridos, Roche emitió un comunicado por el que se levantaba la suspensión de las clases en la Sorbona y Nanterre. Ese mismo día, sin embargo, Peyrefitte recibió fuertes presiones del presidente De Gaulle, que lo reprendió severamente por sus gestos conciliadores[591]. El gobierno exhibió su línea dura impidiendo que un grupo de estudiantes alemanes y miembros del SDS entraran en París. El 10 de mayo, en ausencia del primer ministro Pompidou, que se encontraba en Afganistán, continuaron las negociaciones entre el gobierno y la UNEF, pero fracasaron cuando el sindicato estudiantil insistió en que se pusiera en libertad a cuatro manifestantes condenados a presidio y a 12 que estaban en prisión preventiva. Aunque el Ministerio de Educación hubiese reabierto oficialmente Nanterre, los militantes del Movimiento 22 de marzo se encargaron de impedir el normal desarrollo de los únicos dos cursos que se impartieron, y de que las asambleas de huelga continuasen en la *faculté*[592]. Las autoridades dejaron constancia de que el consejo estudiantil «ha proclamado la autonomía de la Universidad de Estrasburgo con respecto al actual gobierno, al que hacen único y exclusivo responsable del absoluto deterioro de la situación»[593]. La UNEF y los grupúsculos se unieron el viernes 10 de mayo para otra gran manifestación contra la represión policial y gubernamental. El continuado apoyo de la opinión pública levantaba la moral a los sublevados. Las encuestas indicaban que un 80% de los parisinos estaban de parte de los estudiantes[594].

Los estudiantes eran tan favorecidos como odiada era la policía. A finales del siglo XX esta había sustituido a los sacerdotes como blanco de la

desconfianza popular. Los manifestantes hablaban de «comerse polis» del mismo modo que los anticlericales del XIX hablaban de «comerse curas». Sacerdotes y policías compartían algunos rasgos. Ambos querían dominar cuerpos y mentes, y ambos servían de chivos expiatorios tan específicos como imaginarios. Una amplia unidad que superase las divisiones políticas y de clase podía construir una coalición antipolicial como antes lo había sido anticlerical. Agentes y curas iban uniformados y eran fácilmente identificables. Los policías de uniforme eran, por supuesto, objetivo de los proyectiles de los manifestantes, y de vez en cuando de conductores borrachos que intentaban atropellarlos[595]. Los agentes y las comisarías se convirtieron en blancos principales; en contraste, las iglesias y conventos sufrieron muy pocos daños durante los sucesos. Los informes de policías insultados pusieron de manifiesto que el cuerpo policial cargaba con la misma imagen parasitaria que se había atribuido a los curas en el siglo XIX. Cuando a una divorciada de 40 años le pusieron una multa de aparcamiento en el distrito diecisiete, explotó diciendo: «¡Panda de inútiles, estamos hartos de vuestras multas... Solo servís para molestar a la gente decente!»[596]. Otros calificaban a los policías de *trop payés* (demasiado bien pagados). Los epítetos favoritos de «SS» y «asesinos» tenían resonancias políticas que identificaban a las fuerzas del orden con la derecha. Según la ideología marxista imperante, los policías eran los chicos de los recados de la voraz burguesía. Renovando la tradición de la Gran Revolución, algunos radicales amenazaron con colgar a miembros de ambos grupos de árboles y farolas[597]. La Iglesia del siglo XIX reflejó e instigó el antisemitismo dominante; la policía racista de finales del XX acosaba a asiáticos y africanos[598]. Al igual que los sacerdotes en épocas anteriores, la policía había intentado imponer «el orden moral» en Antony y Nanterre. Uno de los insultos más habituales que les dirigían era el de *enculés* (maricones enculados de mierda), que evocaba las perversiones sexuales que los anticlericales atribuían a menudo a los curas.

La amplia hostilidad contra los policías desmoralizaba a estos. Un inspector jefe contó que, el 9 de mayo, 200 estudiantes y 70 profesores del Institut d'Anglais de la Sorbona le rogaron, en presencia de reporteros de

Europe One, que les dejara entrar en la universidad, a lo que él respondió «en el tono cortés y moderado que había que emplear con profesores tan distinguidos y jóvenes tan nerviosos, que era el rector, y no la policía, quien había cerrado la Sorbona»[599]. De hecho, Roche permitió que la Sorbona volviera a abrir el viernes 10 de mayo para recibir a 200 candidatos a la *agrégation*[600]. Ese día, unas pocas horas antes de la Primera Noche de las Barricadas, un policía fue a un liceo del área parisina para informar de un accidente en el que un alumno había resultado herido: «Los estudiantes me indicaron a propósito mal el camino para que tuviera que recorrerme todo el liceo hasta llegar al despacho del director. Al final lo encontré y este [el director] me recibió con mucha frialdad. Al irme, unos 500 alumnos de unos 12 años me silbaron, abuchearon e hicieron objeto de muchas burlas desagradables»[601].

Un agente que se encargaba de controlar un paso de peatones para escolares en el distrito sexto se vio amenazado e insultado por un montón de jóvenes[602]. Justo a continuación de la enorme manifestación del 13 de mayo convocada por la CGT y la UNEF en contra de la brutalidad policial, el inspector jefe del primer *arrondissement* informó de que «las críticas y ataques que reciben de la prensa y otros medios consternan mucho a nuestros hombres. Un gran número de agentes de uniforme me han hablado de las amenazas, agresiones y acoso que han padecido estos últimos días en el metro, en la calle e incluso en sus edificios»[603].

Muchos agentes eran de clase baja o media-baja —con frecuencia hijos de tenderos, artesanos, oficinistas y capataces— y no podían mantenerse al margen de esa desconfianza popular. El inspector del distrito diecinueve percibió «cierta amargura y un claro hastío entre mi personal»[604]. Junto a las muchas quejas por insultos y ataques, también era típico lo que contó un agente de que a su hijo de 13 años lo habían golpeado sus compañeros de Clichy al tiempo que se mofaban de él llamándolo «hijo de poli, hijo de asesino e hijo de la SS»[605]. Había padres que enviaban a sus hijos a meterse con los policías. En el cruce de la Rue de Rennes con la Rue de Vaugirard, un niño de 5 años salió de entre un grupo de unas 15 personas y pegó a varios policías mientras les gritaba «polis asquerosos»[606]. Un agente destinado en el

hospital Cochin, limítrofe con el Barrio Latino, tuvo que enfrentarse a los médicos que le reprendieron diciéndole: «Mire lo que ha hecho. ¿Cómo puede ser policía?». Otro médico explotó: «Ya no puedo más. No dejan de traerme gente herida por ustedes para que yo arregle lo que ustedes han hecho»[607]. Otros informes de médicos confirmaron las acusaciones de brutalidad policial. Para levantar la menguante moral del cuerpo, el 15 de mayo el ministro del Interior, Fouchet, y el prefecto de policía, Maurice Grimaud, se dirigieron a sus hombres con la intención de infundirles ánimo[608]. A finales de mayo, en una carta enviada a los hogares de 26.000 policías, Grimaud reconoció que cierto número de agentes habían empleado «una fuerza excesiva»[609].

El lema oficial de la manifestación del 10 de mayo repetía la protesta espontánea del día 3: «Libertad para nuestros camaradas», lo que incluía a los extranjeros detenidos[610]. El ESU (Étudiants Socialistes Unifiés), la organización estudiantil del PSU, se unió oficialmente a la lucha y felicitó a los estudiantes por combatir a «la universidad burguesa». Las juventudes del PSU ensalzaron a los manifestantes por haber «obligado al PCF y a los sindicatos a que no se opusieran a ellos». Trabajadores de los *banlieues* de nuevo se unieron a la marcha de protesta, que la policía calculó que estaba formada por unas 12.000 personas[611]. Algunos se dirigieron a la prisión de Santé (distrito catorce), ante cuyas verjas exigieron la libertad de sus camaradas presos[612]. Otros quisieron mostrar su ira por lo que consideraban la tergiversación de noticias manifestándose en contra de la radiotelevisión pública, la ORTF. La reafirmación de una comunidad violenta era de por sí un objetivo de los organizadores. El viernes por la tarde se levantaron barricadas, acto que evocó recuerdos de la Comuna de París e infundió vigor a los manifestantes[613]. Para impedir el avance de la policía, volcaron coches aparcados y cortaron árboles, pese a las objeciones de militantes más moderados de la UNEF y la UEC. Recordó uno de ellos: «Unos cuantos nos opusimos, aunque sin mucha energía, a que construyeran barricadas con árboles recién cortados. Entonces se burlaron de nosotros y nos insultaron los que pensaban que un árbol en una barricada podría salvar la vida de un hombre. ¡Los muy imbéciles! Lo contrario habría sido más noble»[614].

Otros participantes sin tantos intereses ecológicos o estéticos plantearon la postura *ouvriériste* de que tal vez los coches confiscados perteneciesen a miembros del proletariado. Tenía su lógica, ya que los coches de la clase obrera, como el Dos Caballos o el Renault Delfín, eran más fáciles de volcar que los BMW o Mercedes de la burguesía. No obstante, los manifestantes radicales estaban decididos a mostrar su falta de respeto por el «sacrosanto coche», el bien más célebre de la sociedad de consumo, cuya utilidad y simbolismo atraían a la mayoría de asalariados[615].

Aun así, nadie quería alejar a los trabajadores. Un amplio espectro de manifestantes —maoístas, trotskistas, progresistas cristianos y activistas del 22 de marzo— deseaba fervientemente que el proletariado se les uniera. El *ouvriérisme*, y no el odio al comunismo ortodoxo, los cohesionaba[616]. Durante la Primera Noche de las Barricadas (10 de mayo) circularon rumores de que estaban a punto de llegar de barrios obreros «20.000 trabajadores» para rescatar a los manifestantes sitiados en el Barrio Latino[617]. Un trabajador más mayor que estaba presente respondió fríamente a esa fantasía con escepticismo adulto y sentido común: «Los trabajadores —informó a los jóvenes radicales— están durmiendo»[618]. Como señaló correctamente Georges Séguy, a los trabajadores no se les movilizaba en mitad de la noche. No obstante, el grueso de manifestantes, «reformistas» incluidos, siguieron considerando que era absolutamente necesario «aliarse con la clase obrera», por más que algunos de ellos tuvieran sus dudas sobre el *ouvriérisme à la con* (obrerismo idiota) de los maoístas. Estos propugnaban que hubiese una cuota del 50% de admisiones universitarias para los hijos de asalariados y campesinos, y que todos los estudiantes tuvieran que trabajar a pleno rendimiento en la agricultura y la industria varios meses al año[619]. Los «chinos» consideraban que su tarea fundamental era explicar a los obreros que el movimiento iba en contra de la burguesía. Sin embargo, hay pocas pruebas de que los maoístas consiguieran ejercer mucha influencia entre el proletariado de los *banlieues*, pese a sus afirmaciones triunfales de que esos trabajadores de los barrios periféricos recibieron su mensaje con entusiasmo. Según cálculos policiales, a su manifestación de la tarde del 9 de mayo en Saint-Denis solo acudieron 300 personas[620]. Los maoístas no parecían entender que los jóvenes que se acercaban al Barrio Latino no lo hacían tanto

atraídos por su ideología obrerista que renunciaba a los placeres como por formar parte de la comunidad violenta que luchaba contra la policía y la propiedad pública y privada con fuego y piedras.

La noche del 10 al 11 de mayo, la policía cargó contra las barricadas del Barrio Latino. En los enfrentamientos callejeros que siguieron, al menos 400 (de ellos 274 policías) resultaron heridos y más de 500 fueron detenidos. Se quemaron o destrozaron 200 coches. La policía se mostró especialmente despiadada con jóvenes de ambos sexos y extranjeros fácilmente reconocibles. Unos agentes desnudaron cruelmente a una chica y la arrojaron sin ropa a la calle[621]. Algunos sublevados llenos de inventiva y provistos de cascos respondieron cubriendo de adoquines a componentes del CRS bien equipados. De vez en cuando lanzaban cuesta abajo algún vehículo sin conductor contra grupos de policías. Estos siguieron sin usar sus armas de fuego, pero no escatimaron palizas y gas lacrimógeno. Esos gases nocivos eran para los manifestantes como un vínculo de unión entre su lucha contra la represión y el antiimperialismo mundial. De hecho, la UNEF afirmó que los estadounidenses habían probado previamente en Vietnam los distintos tipos de gas que la policía francesa estaba empleando por primera vez contra los manifestantes parisinos. El 14 de mayo, en la Asamblea Nacional, diputados de izquierda y centro —entre ellos Mendès-France— pidieron una investigación parlamentaria sobre el uso de gas por parte de la policía. No obstante, ese uso de gas, por muy tóxico que fuese, tal vez evitara muertes innecesarias. A lo largo de mayo y junio, la policía siguió sin abrir fuego, con lo que se redujo al mínimo el número de víctimas mortales[622]. Inspectores de paisano controlaban a sus colegas para asegurarse de que no se saltaban la orden de no usar armas[623].

Ni los estudiantes ni los policías creían que sus escaramuzas fuesen «simbólicas» ni «imaginarias», como han afirmado algunos analistas[624]. Al fin y al cabo, pacíficamente las manifestaciones podían llegar a ser reivindicaciones simbólicas, como a menudo ocurría. Por ejemplo, el miércoles 8 de mayo unas 10.000 personas, según cálculos policiales, se manifestaron desde la Faculté des Sciences (Halle aux vins) hasta la Place Edmond-Rostand, hecho lo cual se dispersaron sin que se produjeran incidentes ni detenciones[625]. Las barricadas de 1968 compartían con sus

predecesoras del siglo XIX su falta de efectividad militar. En junio de 1848, por muy monumentales que fuesen algunas de sus construcciones, prevaleció cierto localismo ineficaz cuando «los insurgentes cerraron con barricadas sus propios barrios e intentaron defenderlos»[626]. A diferencia de los rebeldes de 1968, que de vez en cuando tomaban la ofensiva, los de 1848 se mantuvieron casi exclusivamente a la defensiva. Y tampoco es que la Comuna fuera más eficiente. Sus barricadas «se levantaron de modo desordenado y precipitado, con frecuencia en detrimento de sus propias líneas de comunicación, y formadas de desechos urbanos como eran los vehículos volcados, muebles viejos y adoquines»[627]. En 1871 las barricadas ya habían adquirido un aspecto simbólico y representativo que vinculaba a los revolucionarios con revueltas previas[628].

Ciertamente, si se compara con otros hitos de la tradición revolucionaria —1789, 1848, 1871—, la violencia fue mínima en 1968. El número relativamente bajo de muertos tal vez pueda atribuirse en parte a que, a diferencia de 1848 y 1871, los sublevados no eran miembros armados de la Guardia Nacional. Además, en los años sesenta el Estado francés ya tenía prácticamente el monopolio de las armas de fuego. Los manifestantes (y los contramanifestantes) tenían severamente restringido el acceso a las armas, con lo que recurrieron a otras más primitivas y menos peligrosas. Los servicios de seguridad de las marchas, los informantes de la policía y los ciudadanos corrientes daban aviso de inmediato a las fuerzas del orden de cualquiera que estuviera en posesión de un arma de fuego, ya fuese revolucionario o contrarrevolucionario[629]. A veces sus informaciones, que con frecuencia procedían de conversaciones en cafés o restaurantes, eran falsas. Por ejemplo, un informante de 21 años, empleado del complejo nuclear de Saclay, oyó una conversación en un restaurante entre tres estudiantes que decían que planeaban un ataque con bazukas contra el Palacio del Elíseo[630]. Además de tener el monopolio armamentístico, en 1968 el Estado francés ya disponía de una fuerza profesional de policías antidisturbios —CRS y Gendarmerie Mobile— que, a diferencia de los soldados profesionales y amateur de la Segunda República y de la Comuna de París, estaban entrenados para controlar multitudes sin recurrir al uso de armas de fuego[631].

El lunes 6 de mayo, «la construcción de barricadas» todavía era una «novedad» de aficionados, pero para los días 10 y 11 la policía ya juzgaba que «se había vuelto mucho más metódica»[632]. El porcentaje de no estudiantes que participaban se elevó de un 5% el 3 de mayo a un 60% el 10-11, la Primera Noche de las Barricadas[633]. Las fuerzas del orden de primera línea de fuego pidieron mayor protección para sus hombres y máquinas[634]. Los repetidos lanzamientos de cócteles molotov por parte de los manifestantes constituían «una auténtica forma de terrorismo» contra ellos[635]. Los activistas se congregaron de noche, cuando la presencia policial era menor, para construir unas barricadas imponentes. Durante la tarde del 10 de mayo, 3.865 policías (incluidos 1.200 CRS) estaban de servicio; sin embargo, de noche oficialmente solo lo estaban 446 (de ellos, 120 CRS). Varias barricadas iniciales se formaron con coches a los que prendieron fuego[636]. En la de la Rue R. Collard, «seis vehículos ardían en llamas para impedirnos el paso»[637]. El ruido de un martillo neumático con el que levantaban el pavimento interrumpía el silencio de la oscuridad. Entre las 10 de la noche del 10 de mayo y las 2 de la madrugada del 11 se construyeron «importantes barricadas» en la intersección de la Rue Gay-Lussac y la Rue d'Ulm[638]. Según un inspector, «estaban hechas de materiales muy heterogéneos que habían cogido de una obra cercana [...] Esparcieron objetos afilados por las calles junto con tablones con clavos. Extendieron alambres por la calzada [...] y echaron gasolina por el suelo justo delante de la barricada de la Rue Gay-Lussac. Un gran número de manifestantes, la mayoría con cascos, guarnecían las barricadas».

El inspector calculó que había 400 «jóvenes» en esas fortificaciones. A la 1:15 de la madrugada, él y sus hombres (dos compañías de CRS de aproximadamente 240 componentes) intentaron llegar a la Place du Panthéon por la Rue d'Ulm, pero se lo impidió «una barricada muy sólida, bien guarnecida y bien organizada. En un edificio de delante de la barricada se escondían numerosos manifestantes que estaban provistos de todo tipo de proyectiles rudimentarios. Al mismo tiempo, corríamos el riesgo de ser atacados por detrás por los jóvenes de la primera barricada». Durante su peregrinaje por el Barrio Latino de esa noche, encontró más barricadas hechas de coches amontonados en el cruce de la Rue Cardinal Lemoine con

la Rue Monge. En la Rue Thouin y la Rue Descartes sus hombres atacaron la fortificación lanzando gas lacrimógeno, pero entonces les cayó «una lluvia de adoquines y chatarra que procedía tanto de las propias barricadas como de los edificios cercanos». La policía no podía detener a esos combatientes callejeros tan volátiles, que tenían bien planeada su huida replegándose a otra barricada de la Rue Thouin y la Rue de l'Estrapade. Los agentes que intentaron tomarla por detrás se encontraron con que más barricadas les obstaculizaban el acceso, así como los coches que abarrotaban las calles angostas y empinadas. Según conseguían avanzar los agentes, les lanzaban cócteles molotov «que ardían junto a los edificios». Los bomberos tuvieron dificultades para entrar en la zona. Un mando de la policía sostuvo de forma bastante convincente que «existía el peligro de que todo el vecindario ardiera en llamas». En otras barricadas del Barrio Latino, «ardían coches [...] por todas partes los bomberos tenían dificultades para acercarse y apagar el fuego que amenazaba con quemarlo todo»[639]. Finalmente, a las 5:30 de la mañana, el CRS tomó la barricada de la Rue Thouin, pero la mayoría de sus defensores ya se habían esparcido por los edificios colindantes. Solo hubo 25 detenciones, y el inspector reconoció que «es imposible asegurar que estos individuos [detenidos] estuvieran de verdad guarneciendo las barricadas». Solo uno de los 25 llevaba armas (un cóctel molotov y tornillos). No obstante, encontraron dos cajas de cócteles molotov en la barricada. En otra, la policía confiscó un rifle de los usados para hacer salir de sus madrigueras a zorros y tejones[640]. La mayoría de detenidos tenían entre 20 y 25 años, y solo nueve de los 20 que llevaban carné de identidad reconocieron ser estudiantes de liceo o universitarios. El inspector de policía pensaba que algunos de los combatientes huidos se habían hecho pasar por «personal de la Cruz Roja» que «de inmediato llenaron las barricadas en cuanto fueron tomadas. Estos voluntarios llevaban un brazalete improvisado con las palabras "Cruz Roja" garabateadas de cualquier forma. Eran sin duda manifestantes, pero [...] para evitar incidentes, los dejé marchar».

Su huida enfureció aún más a los CRS. Habían estado trabajando toda la noche, se habían quedado sin suministros de granadas de gas lacrimógeno y no les llevaban los buldóceres que pedían para arrasar las barricadas. Otros vehículos de policía y bomberos carecían de suficiente protección contra los

objetos y misiles improvisados que les arrojaban[641]. A las 4:15 de la madrugada del 11 de mayo, un oficial de policía pidió urgentemente «una remesa de granadas. Nos habíamos quedado sin ellas [...] pero lamentablemente no pudimos recibir más [...] Esa manifestación fue en realidad un disturbio caracterizado sobre todo por el odio a la policía»[642]. Hubo numerosas bajas entre las fuerzas del orden. Solo en una compañía (de alrededor de 120 hombres) hubo 28 heridos y cuatro hospitalizados. Es de destacar el caso del comandante Journiac, que ingresó en el hospital «en estado muy grave». En otra compañía, 46 resultaron heridos y tres fueron hospitalizados. Esta unidad reconoció que sentía «rencor», pero negó de forma bastante inverosímil que su represión hubiese sido especialmente dura. Lo que más molestaba a los policías era que entre las 10 de la noche y las 2 de la madrugada, cuando la estrategia de las fuerzas del orden era únicamente defensiva (por ejemplo, proteger la Sorbona), les habían dicho que no detuviesen la construcción de barricadas. En ese periodo de tiempo, mientras Cohn-Bendit y otros negociaban con el rector, ellos no podían atacar. En cambio, después de las 2 de la madrugada se les ordenó que desmantelaran las posiciones ya bien fortificadas.

Las autoridades afirmaron que los resultados de la Primera Noche de Barricadas eran graves[643]. Se construyeron 22 de estas, se quemaron entre 60 y 63 vehículos y entre 125 y 128 sufrieron daños. Se levantaron miles de metros cuadrados de pavimento. La mayor parte de los destrozos tuvieron lugar en el distrito quinto, ya que los sublevados fueron incapaces de extender el movimiento más allá del Barrio Latino. A primera hora de la mañana del 11 de mayo, informantes de la policía infiltrados entre los maoístas dieron parte de que en la orilla derecha intentaban construir una barricada en el Boulevard Saint-Denis y el Boulevard de Sébastopol. Fueron rápidamente inmovilizados y detenidos[644]. Las estadísticas oficiales determinaron un total de 521 detenciones esa noche: 398 (un 76%) eran franceses, de los cuales 184 (46%) eran estudiantes y 214 (54%) no. Setenta y un extranjeros, 21 de ellos estudiantes, también fueron detenidos, y 52, puestos a disposición judicial[645]. Doscientos setenta y cuatro policías resultaron heridos, entre ellos 114 CRS de los cuales 12 fueron hospitalizados. En proporción, este cuerpo tuvo más bajas que la policía

municipal o la Gendarmerie Mobile, lo que indica que sus componentes eran especialmente agresivos y/o especialmente odiados.

Durante la Primera Noche de Barricadas (10-11 mayo), los manifestantes recibieron el apoyo incondicional de muchos residentes del distrito quinto, que les proporcionaron comida, bebida y materiales para construir las barricadas[646]. Unos cuantos ofrecieron sus automóviles a los insurrectos. Los que defendían las fortificaciones de la Rue Gay-Lussac recibieron trapos húmedos o cubos de agua para protegerse del gas lacrimógeno. Esa simpatía por el movimiento no coincidía siempre con los conocimientos prácticos, ya que al parecer la humedad empeoraba los efectos tóxicos de ciertas clases de gas. Hubo dueños de cafés, que por lo general no tenían fama de ser muy generosos o solidarios, que ayudaron a los manifestantes. De hecho, cierto número de ellos propusieron una huelga de comerciantes y tenderos para el lunes 13 de mayo[647]. Las encuestas revelaron hasta qué punto llegaba el apoyo de la opinión pública a los estudiantes: un 61% de parisinos pensaban que las reivindicaciones estudiantiles estaban justificadas, y un 71% eran favorables a ser indulgentes con los detenidos[648]. La mala fama de violentos del CRS (por más que ese cuerpo solo constituyese una minoría de las fuerzas desplegadas en las calles) era un factor importante en la condena general del gobierno de Pompidou. El recelo a la policía fue momentáneamente más fuerte que el miedo a que las posesiones propias pudiesen correr peligro. Habida cuenta de esa reputación empañada del CRS, anteriores gobiernos se habían mostrado remisos a emplearlos en la región de París[649].

Las críticas al gobierno surgieron incluso entre miembros de su propia mayoría. El diputado gaullista por el Barrio Latino, René Capitant, pensaba que el gabinete había infringido la libertad académica[650]. Capitant había empezado su carrera política en el equipo de Léon Blum durante el Frente Popular. Después de distinguirse como valiente miembro de la Resistencia, entró en el gobierno provisional de 1945 e introdujo reformas educativas que promovían una mayor participación estudiantil. Tras la Segunda Guerra Mundial, se ganó la reputación de gaullista de izquierdas. En los años sesenta, abogó por nuevas leyes que aumentasen la participación de los trabajadores en las empresas y defendió políticas que permitieran una distribución más equitativa de la riqueza. Sus planes fueron bloqueados por el

primer ministro Georges Pompidou, al que Capitant —al igual que los comunistas— consideraba antiguo sirviente de los Rothschild y lacayo del gran capital. Capitant sostenía que la crisis política de Mayo del 68 se podría resolver si el gobierno de Pompidou dimitía y De Gaulle nombraba nuevos ministros[651]. Esa opción fue secundada por el centrista Lecanuet, que intensificó sus críticas al gobierno el 11 de mayo, día del regreso de Pompidou de Afganistán. Lecanuet exigió la destitución inmediata de «esos ministros que, incapaces de resolver los problemas para los que se les nombró, recurren a la represión»[652]. Sin embargo, a diferencia de Capitant, él atribuía la crisis al «exceso de poder personal» del presidente De Gaulle[653]. Los Republicanos Independientes, representados por Michel Poniatowski —mano derecha de Valéry Giscard d'Estaing—, y otros cuatro diputados de la región de París condenaron «la dureza de la represión policial, indigna de una democracia». Esa reprimenda de los Republicanos Independientes fue especialmente significativa, ya que la mayoría parlamentaria del gobierno dependía de su apoyo. Incluso la FNEF acusó al gobierno y exigió la liberación de los estudiantes detenidos.

Aunque la mayoría de periódicos parisinos de gran tirada —con la excepción parcial de *Le Monde*— habían sido críticos con los estudiantes entre el 2 y el 11 de mayo, todos condenaron unánimemente la dureza policial en esa Primera Noche de Barricadas[654]. Las autoridades policiales consideraron que la postura de *Le Monde* en favor de los estudiantes tuvo especial influencia en la opinión pública[655]. Algunos administradores universitarios también rompieron filas con el gobierno. El decano y los vicedecanos de la bastante solemne Faculté de droit et des sciences économiques «denunciaron la intolerable represión policial que no estuvo en consonancia con la necesidad de mantener el orden»[656]. Aún más importante fue que los principales sindicatos —CGT, CFDT, FO y varias organizaciones de profesores, entre ellas el SNESup y la FEN, e incluso la conservadora Confédération générale de cadres (CGC)— reaccionaron dejando de lado brevemente sus diferencias de antiguo para organizar no solo una manifestación, sino una huelga general de 24 horas. La CGC tenía su propia interpretación de los hechos y quería mostrar su solidaridad con los «*cadres* de mañana», una postura que, por muy profética que fuese, debió de

avergonzar entonces a muchos estudiantes entregados a la causa[657]. El principal objetivo de la huelga general era protestar por la represión del gobierno y mostrar su solidaridad con los estudiantes. El valor o la osadía de los manifestantes, a lo que había que unir los excesos policiales, había conseguido desafiar al Estado y unir a amplios sectores de la población. Aunque CGC, CGT y CFDT condenaban la «brutalidad policial», los sindicatos también criticaban a los *meneurs* (agitadores) que se dedicaban a la violencia gratuita[658]. En concreto, los representantes de la CGT se opusieron a la presencia de Cohn-Bendit en la cabeza de la manifestación. Sin embargo, el SNESup, que unos días antes ya había cuestionado la jerarquía existente al exigir por primera vez en la historia de la Sorbona una asamblea general de profesores de todos los rangos, insistió, pese a la oposición de la CGT, en que ninguna víctima de la represión quedara excluida de participar[659].

En su trato con otros sindicatos laborales, el SNESup se benefició de la imagen favorable del profesorado francés. Acostumbraba a inculcarse desde pequeños a los militantes de clase trabajadora un especial respeto por sus maestros y profesores, que para ellos representaban la tradición republicana progresista. El sindicato de enseñantes de los años treinta, el Syndicat national des instituteurs, era notoriamente socialista. Como hemos visto, muchos estudiantes y profesores comunistas aprobaron la marcha y las principales reivindicaciones estudiantiles[660]. El 11 de mayo, *L'Humanité* dejó de acusar a Cohn-Bendit y los *gauchistes* de los altercados y atribuyó al gobierno «toda la responsabilidad por los graves incidentes» del Barrio Latino[661]. La culpa de la represión policial la tenía «el régimen despótico de los monopolios»[662].

La noche del 11 de mayo, Pompidou regresó de su visita oficial a Afganistán. A diferencia del presidente De Gaulle, que prefería la mano dura, Pompidou intentó calmar la agitación y resolver el conflicto entre estudiantes y Estado cediendo a las peticiones de los manifestantes, tanto estudiantes como profesores. Era consciente de que la opinión pública era favorable a los exaltados y se temía que pudiera haber un baño de sangre que tuviera malas consecuencias políticas para él. Hasta tal punto llegaba la impopularidad de la policía, que se distanció de sus propias fuerzas del orden y manifestó su voluntad de conseguir un acuerdo con organizaciones oficiales de estudiantes

y profesores. Su estrategia era ceder a las exigencias de los estudiantes y así eliminar todo supuesto motivo de protesta. De continuar las manifestaciones violentas, calculaba que hasta la opinión pública más tolerante terminaría poniéndose en contra de los estudiantes. Así pues, el primer ministro ordenó la reapertura de la Sorbona y la amnistía para los detenidos. Esa amnistía puso de relieve la falta de independencia del sistema judicial francés, el cual, al igual que la educación superior y la televisión, dependía casi por completo del gobierno central. El giro de Pompidou mostró su voluntad de transigir, así como la tolerancia calculada de los altos cargos oficiales.

Las concesiones del primer ministro molestaron a la policía, ya que las interpretaron como una forma de renegar de ellos[663]. Disgustaron especialmente a la Union Interfédérale des syndicats de police, uno de cuyos componentes era el Syndicat général des personnels de la Préfecture de Police (SPG), que representaba al 80% de los agentes uniformados de la región de París. En un comunicado del 13 de mayo, recordaron al ejecutivo que el rector de la Sorbona había ordenado a la policía que entrase en la universidad con la aprobación del gobierno. El sindicato veía «la declaración del primer ministro como un refrendo de los estudiantes y un repudio absoluto del comportamiento de la policía del propio gobierno»[664]. En una carta a Grimaud, el secretario general del Syndicat des Gradés de la Police nationale pedía una declaración de apoyo del primer ministro y del ministro de Interior[665]. Al igual que el propio general De Gaulle, los policías pensaban que estaban haciendo cumplir el orden republicano legítimo, por mucho que buena parte de la opinión pública no estuviera de acuerdo.

La animadversión popular hacia ellos agravó las quejas materiales de los policías. En años previos, sus sindicatos habían pedido infructuosamente subidas de salarios, y ahora se dieron cuenta de que Mayo del 68 podía ser un momento propicio para ponerse en huelga. Así pues, los policías fueron de los primeros asalariados que se aprovecharon de la debilidad del gobierno para plantear sus reivindicaciones corporativistas. El 16 de mayo, el ministro del Interior recibió a una delegación de la Union Interfédérale des syndicats de police, que había amenazado con ir a la huelga si no se satisfacían sus peticiones de aumento de sueldo y cambio de normas. La negativa de algunos agentes a dirigir el tráfico (con lo que contribuyeron a que se formaran

enormes atascos) demostró que la amenaza de un paro policial no era una mera fanfarronada. Una semana después, la Union des syndicats de police advirtió al gobierno de que tal vez sus miembros no pudieran cumplir con su trabajo si las autoridades cometían la imprudencia de «enfrentar a la policía con los trabajadores»[666]. Las tendencias de derechas de buena parte de sus bases no impidieron que la policía se adelantara a las acciones de otros asalariados. Los sindicatos policiales actuaron de manera tan oportunista como los de izquierdas, la CGT y la CFDT.

El gobierno rápidamente concedió beneficios materiales a sus fuerzas del orden, al tiempo que pedía refuerzos para estas. El malestar de los policías disminuyó y los recursos del régimen siguieron siendo muy grandes[667]. A nivel nacional contaba con 13.500 CRS, 14.700 agentes de paisano, 54.900 policías de uniforme y 61.000 gendarmes[668]. En París disponía de 25.000 agentes. De no ser suficientes, las fuerzas armadas tenían más de 500.000 hombres, a la mayoría de los cuales se les podía movilizar para enviar refuerzos a la policía. El 8 de mayo, la Fédération Syndicale de la Préfecture de Police exigió refuerzos para relevar a los agotados agentes parisinos, y el 10 de mayo llegaron de Bretaña unidades del CRS y la Gendarmerie Mobile[669]. A mitad de mayo se ordenó que se trasladase a la capital a entre 7.000 y 8.000 gendarmes mobiles, una sección de la Gendarmerie, división especial del ejército que dependía del Ministerio de Defensa. Su llegada reforzó a los 3.500 CRS y los 7.000 policías municipales a los que el gobierno nacional, o más específicamente el Ministerio del Interior, pagaba y controlaba[670].

Cuesta saber hasta qué punto esa nueva fase de indulgencia, marcada por las concesiones políticas de Pompidou a los estudiantes y sus acuerdos económicos con la policía, fomentó la participación en la huelga general del lunes 13 de mayo. El presidente de la República planteó el 11 de mayo el uso del ejército[671]. El general no quería llegar a acuerdos con los alborotadores callejeros, y su compromiso con el mantenimiento del orden era bien conocido: «Un disturbio es como un incendio: se combate desde el inicio». Unos pocos meses después de Mayo del 68 De Gaulle reflexionó con pesar que «nadie piensa en el Estado a excepción de mí [...] El Estado debe ser respetado y debe imponer respeto [...] Tendríamos que haber detenido a 500

estudiantes al día»[672]. Los profesores conservadores y otros empleados estatales estuvieron de acuerdo con él. Algunos ministros temían que las concesiones a los estudiantes desencadenaran las exigencias de otros grupos. No les sorprendió cuando el «contagio» se extendió.

Las concesiones de Pompidou no consiguieron aplacar a la UNEF, que insistió en continuar con la lucha contra el «Estado policial» al tiempo que abogaba por «una crítica radical de la universidad»[673]. La derecha en general, y en particular una importante organización de empresarios parisinos —la Groupement des Industries Métallurgiques (GIM)—, achacaron el éxito de la huelga general del 13 de mayo a la *faiblesse* (debilidad) del gobierno[674]. Cualquiera que fuese el veredicto sobre las consecuencias de las concesiones gubernamentales, la huelga general del 13 de mayo puso de manifiesto la unidad de los sindicatos y el recelo del pueblo hacia la policía. Los cálculos sobre el número de participantes oscilaron de los 200.000 a los 800.000, por más que la policía insistiese repetidamente en que la cifra más baja era la correcta e incluso cupiese la posibilidad de que estuviera inflada[675]. Un mando de la policía informó de que el número de manifestantes en la Place de la République solo era de 70.000, aunque reconoció que tal vez fuese una estimación a la baja[676]. La manifestación, aun masiva, tuvo sus límites. No parece que los oficinistas participaran tanto como otros gremios. En Assurances Générales de France, una de las principales compañías de seguros de Francia que tenía más de 4.000 empleados en sus oficinas centrales de París, la marcha pasó casi desapercibida, a pesar de que los sindicatos contaban con una fuerte presencia en la empresa[677]. Tan solo a unos cuantos empleados jóvenes, que acababan de terminar el liceo o la universidad, pareció interesarles la confrontación entre estudiantes y autoridades.

La huelga del 13 de mayo no supuso, como pensaron muchos, el principio de la unidad entre estudiantes y trabajadores, sino que marcó su culmen. Conforme la CGT y otras organizaciones grandes se iban implicando más en la agitación, la influencia de los *gauchistes* disminuía. El que cientos de miles de asalariados se manifestaran reflejó el modesto crecimiento del movimiento sindical y en especial de la CGT, cuyo número de afiliados había crecido de 1.700.000 en 1963 a 1.900.000 en 1967[678]. Veinte mil estudiantes, muchos de ellos miembros o simpatizantes de la UNEF, FER, JCR o CVB, asistieron

a la marcha. Después de que la manifestación se dispersara formalmente, 10.000 siguieron desfilando por el Boulevard de Montparnasse. Muchos de esos jóvenes, de una media de edad entre los 20 y los 22 años, blandían las banderas rojas y negras del anarquismo. La policía los siguió hasta el Campo de Marte, donde oyeron a Cohn-Bendit exigir las dimisiones de Fouchet y Grimaud[679]. Fue la movilización más grande y dinámica desde el funeral por las víctimas de la protesta de Charonne de 1962.

El mito de que la policía había masacrado a algunos de ellos caló entre los manifestantes y los convirtió en una masa crédula y unida. Gritaban «De Gaulle asesino», «Fouchet asesino» y «¿Dónde están los muertos y desaparecidos?». Los persistentes rumores de muertes tenían precedentes en las leyendas en que los poderosos (entre ellos curas, militares y policías) mataban a débiles e inocentes[680]. Según las autoridades, el Movimiento 22 de marzo difundió un panfleto el 10 de mayo en el que afirmaba que tres personas habían muerto en los disturbios[681]. Antes de que los manifestantes del 10 de mayo se dirigieran a la prisión de Santé, un comisario de policía informó de que Dany «no tuvo reparos en hablar de gente que se había quedado ciega a causa de gases tóxicos»[682]. Las autoridades citaron a Geismar diciendo que «ha habido muertes. Es imposible que no haya muerto nadie cuando hay tantos heridos»[683]. Según un informante de la policía, Dany afirmó en Berlín el 21 de mayo que «varias personas (entre cinco y 11) murieron en las manifestaciones parisinas, pero el gobierno francés ha ordenado que sus muertes se mantengan en secreto»[684]. La policía sabía que en la Sorbona unos estudiantes habían iniciado una investigación para determinar «las identidades de siete manifestantes que murieron en los sucesos»[685]. Más tarde se demostraría que esa historia de los siete fallecidos era mentira. A principios de junio, el Comité d'Action révolutionnaire repartió un panfleto en el Boulevard Saint-Michel en el que afirmaba que «la policía ha introducido en el Barrio Latino y en las universidades LSD, hachís y kif, que están dando gratis en grandes cantidades». Según el comité, el régimen quería promover la imagen de que los estudiantes eran unos drogadictos irresponsables, en lugar de revolucionarios antiburgueses y antigaullistas[686]. Los radicales suscribieron todos esos cuentos por su

profunda desconfianza del Estado[687].

Se pretendía que el recorrido de la marcha del lunes por la tarde simbolizara la unidad de trabajadores y estudiantes frente a «la salvaje represión policial»[688]. Empezó en la Place de la République, el centro de los vecindarios de las clases modestas que se identificaban con la tradición progresista de la izquierda francesa, y terminó en el Barrio Latino de los estudiantes. Al pasar la manifestación por delante del Palacio de Justicia, unos cuantos de los «cientos de jóvenes con cascos, algunos armados con porras [...] agarraron varias banderas tricolor y las quemaron después de arrancarles la parte roja». En el Barrio Latino, un vehículo policial de emergencia que llevaba a siete policías y a una madre con su hijo enfermo pasó a toda velocidad entre la multitud con la sirena y las luces puestas. Lamentablemente golpeó a un peatón en la Place Denfert-Rochereau[689], y entonces, según mandos de interior, unos manifestantes airados rodearon el vehículo y le rompieron las ventanillas. Los policías que quedaron atrapados dentro, asustados, dispararon al aire. La multitud los atacó y estuvo a punto de linchar a uno de ellos, que tuvo suerte de salvarse por la rápida intervención de los encargados de seguridad de la manifestación. Los mandos policiales quedaron agradecidos a esos miembros del servicio de orden de la CGT por rescatar a sus hombres, y a partir de ahí la policía estuvo más contenida en el resto de protestas sindicales de mayo y junio. Sin embargo, no todos los manifestantes fueron tan indulgentes como los encargados de seguridad de la CGT. Una gran masa de gente, furiosos por esa conducción temeraria del vehículo, desarmaron a varios policías y les destrozaron los uniformes. A seis que resultaron heridos se les tuvo que dar la baja médica. Sus superiores los reprendieron: «Habida cuenta de la situación tan tensa, fue muy poco prudente que el vehículo atravesara la multitud de manifestantes»[690]. Tras el incidente, los policías del distrito catorce sintieron una gran «ira» e «inseguridad»[691]. Según las autoridades, en la Gare d'Austerlitz un individuo sin identificar salió de un grupo de manifestantes y, después de tocar a un agente en el hombro para que se volviera, le propinó un fuerte puñetazo que lo tiró al suelo y, a continuación, huyó perdiéndose entre la muchedumbre[692].

A pesar de esos incidentes, en general el día transcurrió pacíficamente

para los cientos de miles de manifestantes y los varios miles de policías. Hubo pocas detenciones, por no decir ninguna, ya que los manifestantes sindicalistas no acostumbraban a destrozar el mobiliario urbano. De hecho, tanto los *services d'ordre* de la CGT como de la UNEF colaboraron para controlar el lanzamiento de piedras y a los más exaltados[693]. Las principales manifestaciones tenían lugar de día, una fórmula fiable para evitar actos violentos. A plena luz, la violencia era contenida y a menudo de carácter simbólico; de noche era destructiva e incontrolada. De día había cooperación entre policía y manifestantes; en la ocupada Faculté des Sciences (quai Saint-Bernard) la policía respondió rápidamente a la petición estudiantil de que llevaran a un enfermo mental al hospital[694]. Hasta mediados de junio, las fuerzas del orden no quisieron entrar en las universidades ocupadas, adonde los sublevados se podían replegar para descansar, comer y fabricar cócteles molotov y explosivos sin que las autoridades interviniesen[695]. Esa concesión de que dispusiesen de santuarios libres de injerencias dejó claro que el gobierno era remiso a lanzarse a una represión masiva, que de nuevo podría hacer que sus enemigos se unieran y la opinión pública se reafirmase en su actitud contraria a él. El que el gobierno consintiera esos santuarios en mayo y junio de 1968 fue una continuación de la política de tolerancia de la actividad política radical en universidades y residencias estudiantiles que había mantenido a principios de los sesenta.

Junto a la presencia de cientos de miles de sindicalistas y estudiantes anónimos, la participación de la élite política también fue significativa en la protesta del 13 de mayo. François Mitterrand, Guy Mollet y Charles Hernu representaron a la Federación Socialista; Mendès-France, al PSU, y Waldeck Rochet, Georges Marchais y Roland Leroy, al Partido Comunista. Los carteles y pancartas bramaban «abajo De Gaulle» y pedían un «gobierno popular» poco definido que prometiera una base potencial de unidad para la izquierda parlamentaria. Un efecto de la amplia participación política y popular fue que convenció a la televisión controlada por el Estado —cuyos trabajadores de nivel medio y bajo apoyaron la huelga en diversos grados— de que cubriese la agitación. Después del 13 de mayo, Mitterrand, Sauvageot, Geismar y Cohn-Bendit tuvieron acceso a la pequeña pantalla[696].

Según informes policiales, aunque los comunistas llamaban en privado *ces*

cons a los estudiantes, la unidad contra la «represión» obligó al PCF a aceptar las reivindicaciones de aquellos de que se concediera la amnistía y se reabriese la Sorbona[697]. Sin embargo, el discurso oficial de los comunistas no engañó a los estudiantes, que recibieron a Louis Aragon con abucheos cuando visitó la Sorbona[698]. Los comunistas querían ser vistos como un partido de orden (o más bien como *el* partido del orden). Para el PCF, sus intereses a largo plazo se resentirían si el partido y organizaciones próximas a él llegaban a ser identificados con el alboroto estudiantil. Al parecer, la CGT nunca mostró en ninguna de sus publicaciones la foto de grupo de Cohn-Bendit, Sauvageot, Geismar, Descamps y Séguy en las primeras filas de la manifestación. Los comunistas prefirieron pasar por alto el hecho de que la posición de Cohn-Bendit a la cabeza de la marcha reflejaba la chispa de ultraizquierda que había hecho estallar los sucesos. De forma tan polémica como provocadora, Dany destacó en público que nada le había agradado más que encabezar una marcha en la que «la escoria estalinista» había quedado relegada a la segunda fila. Durante la manifestación, el PCF y un aliado inesperado, la UJCml, intentaron vetar el despliegue de la bandera negra anarquista, pero de todos modos las banderas rojas y negras se mezclaron por primera vez en muchos años. A lo largo de mayo y junio, ambas ondearon en lo alto de instituciones académicas del Barrio Latino y en otros lugares de toda la capital. Los bomberos a veces contrarrestaban ese desafío simbólico al orden establecido retirando los estandartes subversivos[699].

Aunque la manifestación del lunes fue un reflejo de la agitación política y social que provocó todavía más, no cambió los planes del presidente de la República, que partió el martes 14 de mayo a realizar la visita oficial a Rumanía que tenía prevista. El viaje de De Gaulle era una muestra de la gran importancia que concedía a los asuntos exteriores, aun, en este caso, a riesgo de desatender y empeorar los problemas internos. La ausencia del general de la capital acentuó la apariencia de indecisión del Estado y ayudó a crear la impresión de que había un vacío de poder. Hasta sus partidarios reconocieron que no era una decisión acertada, por más que François Mauriac pudiera bromear proféticamente al decir que «es verdad que la ausencia de De Gaulle es una ventaja, porque, si hay problemas, podremos llamarlo como antes para que regrese a solucionarlos»[700]. Ciertamente el presidente no vaciló en

exacerbar la situación cuando defendió la selectividad en una entrevista en la radio rumana: «Aquí en Rumanía ustedes tienen un examen especial para entrar en la universidad, y hacen bien en tenerlo. Nosotros no lo tenemos, y por eso estamos llenos de estudiantes que no pueden o no quieren continuar sus estudios, con lo que es normal que se subleven. Tenemos que seguir el ejemplo de ustedes con respecto a la selección»[701]. Ese inoportuno elitismo enojó a las masas de estudiantes franceses que creían en la igualdad.

La primera ocupación de una universidad parisina tuvo lugar la tarde del sábado 11 de mayo cuando varias docenas de estudiantes se hicieron con el control de Censier, un anexo de la Sorbona sito en una callejuela (Rue de Santeuil) del Barrio Latino. En ese momento gran cantidad de policías vigilaban la Sorbona, pero Censier carecía de protección. El número de ocupantes se elevó a 2.000 durante la noche, tal vez después de que oyeran un avance informativo en la radio[702]. Estos rápidamente prohibieron la entrada de medios de comunicación y de turistas en el edificio. Los radicales no se fiaban de la prensa «burguesa» y le tenían miedo a las repercusiones del sensacionalismo mediático y a la «recuperación», esto es, al debilitamiento y distorsión de los objetivos revolucionarios. Hasta al autor subversivo Jean Genet lo mandaron a freír espárragos[703]. El rechazo de los ocupantes de Censier a la publicidad convencional tuvo como consecuencia que su ocupación fuese menos conocida que la de la Sorbona. La actitud contraria a los medios de comunicación de los de Censier fue precursora de la de quienes ocuparon el Teatro Odéon, que alcanzarían mayor repercusión y notoriedad por la importancia cultural y la ubicación más céntrica del lugar.

La ocupación de Censier enseguida trascendió el periodo inicial de confusión. Aunque se mantuvo la tradicional división del trabajo por sexos, la guardería y la enfermería se gestionaron con eficacia[704]. De la última, de la que se ocupaban estudiantes de Medicina, se dijo que «funcionaba a la perfección». Se pidieron donaciones para poder dar de comer a los cientos de participantes; aunque no es que llegaran muchas de obreros y campesinos, «dos chicas de la Rue Saint-Denis», centro de prostitución parisina, dieron 10.000 francos. Aun así, llegó el momento en que fue imposible alimentar a todos los ocupantes de Censier, por lo que hubo que dar prioridad a los militantes: las circunstancias obligaron a quienes eran contrarios a la división

en élites privilegiadas a aceptar medidas discriminatorias. Según la policía, esos ocupantes bien alimentados se prepararon para defenderse con «una cesta [...] de cócteles molotov»[705].

La influencia de Herbert Marcuse se dejó sentir en uno de los comités de acción de Censier, Nous sommes en marche[706]. Este acusaba a la burguesía de intentar integrar a los trabajadores franceses por medio de una «falsa conciencia» y del racismo[707]. Argumentaba que el capitalismo contemporáneo explotaba por partida doble a los trabajadores en su condición de asalariados y de consumidores. La publicidad fomentaba la explotación promoviendo el individualismo y dejando de lado necesidades sociales como la vivienda, la sanidad, el transporte público y la educación. Pese a su marcusianismo, el principal objetivo de los ocupantes de Censier era atraer a los obreros al movimiento, por lo que en uno de sus primeros panfletos pidieron la unidad de estudiantes y trabajadores[708]. Sus simpatizantes afirmaron que los militantes de Censier habían «creado una nueva forma social: el comité de acción obrero y estudiantil»[709]. Sus miembros rápidamente acudieron a verjas de fábricas, estaciones de tren, grandes almacenes e incluso cafés a distribuir panfletos y reclutar asalariados para el movimiento. Unos cuantos trabajadores se dieron la caminata hasta la universidad ocupada en busca de ayuda material, apoyo moral y asistencia militante, hecho lo cual algunos volvieron a sus trabajos para formar allí sus propios comités de acción. La crítica del consumismo contemporáneo de los ocupantes de Censier se dejó notar en varios panfletos escritos por empleados de Bazar de l'Hôtel de Ville, unos grandes almacenes importantes[710]. Varios huelguistas de Belle Jardinière, otros grandes almacenes, reconocieron que estaban «cegados por la carrera por hacer horas extras [...] Somos unos primos. Estamos divididos y nos dedicamos a consumir estúpidamente»[711]. Los radicales de Censier recomendaban las rotaciones de trabajos y la limitación de la semana laboral a treinta horas como formas de superar la alienación. Abogaban por la libre distribución de bienes y servicios, como por ejemplo la «ocupación de pisos vacíos [y] el reparto de las mercancías de los supermercados a los huelguistas»[712]. Nuevos modos de expresión de la cultura popular en fábricas y oficinas sustituirían a la alta cultura elitista de

universidades y teatros.

Los ocupantes de Censier criticaban la organización del trabajo en la sociedad capitalista, pero, a diferencia de Marcuse o los situacionistas, conservaban el núcleo de la retórica tradicional de la producción. Habida cuenta de la fijación de la mayoría de sus militantes con la clase obrera, no es de extrañar que algunos de ellos siguieran teniendo un gran respeto por el trabajo del proletariado. En contraste con la retórica antitrabajo de la mayoría de teóricos radicales del movimiento, Nous sommes en marche consideraba que el trabajo era «la principal actividad humana... por medio de la cual el hombre manifiesta su humanidad social e individual»[713]. Según el comité de acción obrero-estudiantil de Censier, «los trabajadores deberían tener poder, ya que es el trabajo, y no el dinero [...] lo que tiene valor»[714]. Al igual que tantos maoístas europeos que se imaginaban a los obreros chinos trabajando felices en sus fábricas, los revolucionarios de Censier continuaron concediendo un puesto primordial al *travail* en entornos controlados por los trabajadores. De hecho, hasta concibieron medidas punitivas para quienes no «trabajasen para la sociedad»[715]. A estos se les negaría el salario más allá de lo imprescindible para «subsistir», y al trabajador que dejara su trabajo se le haría responsable del posible «caos» que pudiese acaecer.

Esta obsesión con el trabajo y su «auténtica e histórica lucha de clases» llevó a cierta ambivalencia con el feminismo. Por lo general, a los estudiantes universitarios no les preocupaban muchas de las cuestiones que afectaban a las mujeres[716]. Nous sommes en marche afirmaba que el feminismo se basaba en «una guerra de sexos absurda e imposible» que tenía como resultado la «alienación» y la «confusión». Al mismo tiempo, los activistas de Censier criticaban las nociones de «femineidad» y «virilidad» porque no servían para aumentar la conciencia de clase, sino para ayudar a integrar a los individuos en la sociedad capitalista. Nous sommes en marche reconocía que «en el acto sexual las funciones de hombres y mujeres son distintas», pero se oponía a la extrapolación de esa diferencia a otros ámbitos, en especial al del lugar de trabajo. Los activistas ensalzaban la independencia sexual y económica de la mujer y pensaban que había que compartir las tareas de casa. Atacaban a la «decadente familia burguesa», al matrimonio, a la pareja tradicional y a la exclusividad heterosexual. Aunque las ideologías *gauchistes*

de Mayo del 68 no animaban específicamente a la lucha por la emancipación femenina, cualquier revolución que aspirara a transformar la vida cotidiana, como era el caso de la del 68, tenía como consecuencia inevitable el cuestionamiento de los roles sexuales tradicionales. En mayo, la Cité Universitaire, sita en el extremo sur del distrito catorce, y donde vivían alrededor de 6.000 estudiantes extranjeros, proclamó la abolición de la segregación sexual[717]. El poco conocido Mouvement démocratique féminin propugnaba la igualdad absoluta de salarios para hombres y mujeres y la creación de guarderías que aliviaran a las mujeres de su doble carga. El 4 de junio hubo un debate sobre «la mujer en la revolución» en la Sorbona ocupada[718].

Durante Mayo del 68 sí que creció rápidamente la igualdad en un aspecto concreto: a partir del 3 de mayo, las manifestantes recibieron tantos golpes como los hombres, y a veces ellas fueron víctimas específicas de determinados malos tratos y humillaciones. La policía las desnudaba por la fuerza, les tiraba del pelo, les daba patadas en la zona pélvica y las llamaba «putas» y «zorras»[719]. Los manifestantes afirmaban que la policía violaba a mujeres. No resulta sorprendente que el Comité antirrepresión del Odéon y sus homólogos de la Sorbona y Censier investigaran las denuncias de ataques o violaciones por parte de la policía; sin embargo, sí que lo es que la persona de la que menos cabría esperarlo respaldase las acusaciones. El coronel X, en compañía de su hija agredida, entró como una furia en la comisaría del Barrio Latino y mostró a los agentes de servicio el vestido y las medias que sus hombres le habían arrancado durante un intento de violación en el piso de la chica[720]. El airado coronel presentó una queja formal que dio credibilidad a las acusaciones de la UNEF de abusos de mujeres por parte de la policía.

Animados por la ocupación de Censier, los estudiantes tomaron la Sorbona el lunes 13 de mayo. Según los informes oficiales, los primeros días unos 500 estudiantes ocuparon la universidad[721], a los que se unieron *clochards* (mendigos), «que entraron en acción por razones prosaicas», y hippies (a los que la policía denominaba *beatniks*)[722]. Los ocupantes los alimentaban generosamente y les proporcionaban alojamiento, y ellos les devolvían el favor haciendo chapuzas. Esa participación de un gran número de gente que no era estudiante provocó el rechazo de algunos estudiantes

tradicionalistas, tres de los cuales se quejaron al comisario de policía del Barrio Latino de que se estaban dando unos procedimientos electorales que «no eran democráticos»[723].

De las mujeres, muy activas, se dijo que casi igualaban en número a los ocupantes masculinos. Sus minifaldas provocaron en más de un francés de mediana edad unos sentimientos que no eran los de amor por la revolución[724]. Como en Censier, en la Sorbona se repartió el trabajo de acuerdo con la habitual división por sexos. La comida la preparaban cocineras, y «voluntarias» formaban el cuerpo de limpieza, que, según la policía, al menos las primeras semanas de la ocupación fue muy eficiente[725]. «Las chicas, a menudo con mayor aguante y fervor que los chicos, mecanografiaban textos, picaban matrices, cocinaban, cuidaban a los niños de la guardería y hacían las camas en los dormitorios comunitarios improvisados»[726]. Los estudiantes franceses —a diferencia de los de la Nueva Izquierda norteamericana de, por ejemplo, la Universidad de Columbia— no pusieron en tela de juicio ese reparto de tareas. No obstante, no podemos pasar por alto que, en el contexto francés, quienes sabían preparar buena comida, ya fueran hombres o mujeres, gozaban de considerable prestigio. El aroma y sabor eran tan tentadores que cierto número de militantes estuvieron a punto de creerse que verdaderamente había llegado la revolución. El servicio de cocina de tendencia situacionista soñaba con «un restaurante en el que la sopa sea auténtica sopa; en el que no haya colas; en el que los camaradas cocineros no estén explotados y salten los corchos de las botellas de champán alegremente por todas partes»[727]. Las feministas fueron más críticas: «No ha habido nadie que diga que los cambios en las relaciones entre hombres implican cambios en las relaciones entre hombres y mujeres»[728]. Una joven casada con dos hijos se lamentó de que «la revolución siguiera siendo muy masculina [...] Las mujeres eran inferiores desde un punto de vista político»[729]. Otra joven sentenció: «Supe que Mayo del 68 se había acabado cuando, después del día 24, un tío intentó ligar conmigo en un vestíbulo de Censier para llevarme a la cama. Era el retorno del Antiguo Régimen»[730].

A las organizaciones estudiantiles de la Sorbona no les preocupaba la

crítica feminista, sino más bien la posibilidad de quedarse aislados de la lucha obrera. Una de sus primeras acciones fue declarar que «la Sorbona está siempre abierta a los trabajadores»[731]. Su *ouvriérisme* fomentaba un sueño en el que los estudiantes y asalariados se unían para abolir el Estado burgués represor y construir una sociedad de *autogestion* sin jerarquías. El Consejo para el mantenimiento de ocupaciones, de corte situacionista, pedía comités obreros y fantaseaba con la idea de que la agitación abriría el camino a la revolución proletaria[732]. Los no situacionistas del comité de ocupación estaban de acuerdo con sus rivales: «La labor fundamental de los estudiantes es apoyar la lucha de los obreros contra el régimen»[733]. El comité de ocupación de la Sorbona intentó prefigurar una sociedad sin clases exigiendo la revocabilidad de todos los representantes electos. Sin embargo, no todos creían que la Sorbona ocupada se administrase democráticamente. Los estudiantes tradicionalistas se quejaban de que el modo de votar, a mano alzada, era amedrentador, por lo que querían votaciones secretas[734]. La policía dejó constancia de que una docena de jóvenes controlaban la entrada a la facultad ocupada[735].

El comité de ocupación aprovechó la oportunidad que le proporcionaba el vacío de autoridad para intentar construir la «universidad de los trabajadores» tan anhelada[736]. La mayoría de los *groupuscules* —JRC, UJCml y los prosituacionistas— que estaban activos durante la ocupación de la Sorbona reiteraron los temas de los radicales de Nanterre: la universidad era una institución clasista dominada por la burguesía, por lo que los profesores no eran más que policías cultos que formaban a los futuros directores de la sociedad capitalista. Solo una revolución de la clase obrera podría liberar a la universidad y crear una sociedad no represiva. El 15 de mayo, en una asamblea general de estudiantes de Sociología, 328 votaron a favor de una «universidad para trabajadores» (frente a 85 en contra)[737]. El 20 de mayo, en medio de una oleada de huelgas cada vez mayor, la asamblea general de la Sorbona aprobó boicotear «la universidad capitalista», y de nuevo insistió en que los estudiantes se debían unir con los trabajadores. Otros —en concreto un comité de acción que se denominaba «Los desconocidos»— fueron más allá y afirmaron que el movimiento estudiantil se tendría que disolver en el obrero. La UNEF abogaba por «una verdadera unión con la lucha de obreros

y campesinos» y por la censura de publicaciones que contuviesen «información falsa»[738]. En Nanterre, a principios de junio, la comisión Culture et Contestation declaró la universidad abierta a «todos los trabajadores». Su objetivo era combatir la «subcultura» consumista que daban los medios de comunicación burgueses y liberar el discurso auténtico (esto es, revolucionario) de la clase obrera. Los estudiantes de Nanterre se alegraban de estar haciendo una notable contribución a la revolución al «unirse a la lucha obrera contra la sociedad capitalista»[739]. Ese *ouvriérisme* se volvió completamente ciego. Los estudiantes, por ejemplo, aprobaron por unanimidad los panfletos que les llevaron los trabajadores que habían hecho el peregrinaje a la Sorbona. Un empleado de la Renault que se disponía a hablar allí ante una asamblea consiguió que su entregado público callase avergonzado al comentar al principio de su alocución: «¿Qué? ¿Que me aplaudís incluso antes de que hable? Entonces es que sois *cons*»[740].

Aunque los asalariados eran sin duda el grupo más explotado, los estudiantes también se creían oprimidos. El que los exámenes de mayo y junio solo pudieran celebrarse con vigilancia policial reforzó la interpretación de los radicales de que la universidad era una institución coercitiva. Los líderes *gauchistes* —Krivine, Cohn-Bendit y Sauvageot— pensaban que la observancia del calendario normal de exámenes significaría el final del movimiento[741]. La UNEF, el Movimiento 22 de marzo y el comité de acción de Censier consideraban que los exámenes eran la piedra angular «represora» del sistema universitario[742]. Los exámenes eran para los estudiantes lo que los salarios para los trabajadores. Evaluar formaba parte de la cultura burguesa que negaba el placer personal y fomentaba el individualismo competitivo. Solo servía para «excluir a los estudiantes que eran víctimas de una mala enseñanza»[743]. Los exámenes no medían los méritos de cada uno, sino más bien su origen y conformidad sociales. Al eliminar estudiantes, ayudaban a la selección al tiempo que discriminaban a los pobres[744]. Solo una revolución social podía resolver el «problema» de los exámenes. Entretanto, la solución era atacar, no estudiar: «A los exámenes responde con preguntas».

A la vez, la imposibilidad de que se pudieran hacer los exámenes con normalidad en mayo suscitó la inquietud de muchos estudiantes. La

alteración de la rutina académica y el aplazamiento o cancelación de las pruebas de evaluación preocupaban a los que temían perder los créditos de un semestre. Esa perspectiva era especialmente problemática para los estudiantes serios de origen modesto que no disponían de recursos para repetir curso. Una escisión similar entre radicales y moderados se dio casi de forma simultánea en la Universidad de Columbia[745]. Los activistas de Nanterre y de la Sorbona, conscientes de ese dilema, propusieron para resolverlo una innovación en los exámenes, que tendrían lugar en el semestre de otoño y girarían en torno a la «represión». Otra solución a más largo plazo era sustituir los exámenes por «una constante evaluación de conocimientos» en los seminarios. De estos se ocuparían grandes cantidades de profesores y ayudantes que serían elegidos colectivamente por sus iguales. Con eso los radicales superaban las peticiones del PCF de que hubiese un presupuesto más generoso, al tiempo que sentaban las bases para una sociedad sin clases dentro de la propia universidad. Como era de esperar, el cuerpo docente de la Sorbona no estuvo del todo de acuerdo, pero una asamblea formada por profesores titulares, ayudantes y asociados votó el 18 de mayo crear nuevas estructuras que permitieran la participación de los estudiantes en la toma de decisiones.

Los profesores que simpatizaban con el movimiento —como Pierre Bourdieu, Pierre Vidal-Naquet y Jacques Monod— apoyaron la reivindicación de que se eliminaran los exámenes tradicionales. También se lamentaban del carácter burgués y antiobrero de la educación superior. Las instituciones necesitaban una «democratización» y una concertación de esfuerzos para minimizar el legado de la división de clases[746]. Algunos profesores aprendieron que sus acercamientos al movimiento estudiantil no les garantizaban su simpatía. Al igual que ocurriera en Nanterre, los profesores fueron objeto de desprecio e insultos. Esa falta de respeto no resulta sorprendente, habida cuenta del análisis radical de que los profesores actuaban como equipo directivo de la universidad burguesa. Durante una asamblea general en la Sorbona, un profesor preguntó a los oyentes si confiaban en él. Alguien de la multitud contestó: «Yo no soy alumno tuyo y no confío en ti. Aquí no tienes derecho a hablarnos como si fuéramos tus inferiores»[747]. Otro profesor se dedicó a la autocrítica patética: «Estáis

haciendo la revolución que nosotros no tuvimos valor de emprender». Tales adulaciones no protegieron al hablante de los insultos, y un estudiante replicó: «No pedimos que nuestros profesores sean más demagógicos que nosotros».

Algunos estudiantes defendían un internacionalismo proletario que a menudo no cuestionaba nada de las revoluciones del Tercer Mundo[748]. Las de Argelia, Cuba y China no eran analizadas, sino admiradas. Más positivo era que defendiesen a trabajadores y estudiantes extranjeros —al menos de palabra— del control y represión del Estado burgués. Había propuestas de varios comités de acción para abolir la *carte de séjour* (el permiso de residencia y trabajo francés) y eliminar todas las fronteras oficiales. Los estudiantes norteamericanos que estaban presentes en la Sorbona se unieron a la condena de las «sociedades burguesas imperialistas» de Francia y de Estados Unidos. El internacionalismo y los ataques al Estado-nación animaron a los regionalistas de Bretaña, Córcega y el País Vasco a repudiar al Estado francés «colonialista» y centralizado. Según fuentes policiales, los edificios de la Ciudad Universitaria de argentinos, españoles, franceses de ultramar y griegos fueron ocupados, y sus compatriotas supuestamente de derechas expulsados de allí[749]. Unos estudiantes portugueses se hicieron con el control de la Maison de Portugal de la Cité y luego asaltaron el apartamento de su director llevándose cuadros, discos, muebles e incluso un piano[750]. El 14 de junio ya había terminado la ocupación.

El desafío al sistema educativo estatal continuó extendiéndose más allá de las universidades parisinas. Según la policía, en liceos de élite —Turgot, Henri IV, Condorcet, Charlemagne y otros de los *banlieues*— crecieron rápidamente CAL, con frecuencia dominados por el JCR y a los que por lo general se oponían los profesores socialistas y comunistas, que tuvieron un papel muy activo[751]. El prefecto informó de que el jueves 23 de mayo ciertos liceos fueron ocupados; una orden de huelga del FEN llegó una semana después[752]. En los distritos populares (10, 11, 18, 20) casi todas las guarderías y colegios de primaria cerraron por la huelga. En barrios más burgueses casi la mitad de los colegios dejaron de funcionar. La escuela de maternales del tercer distrito fue ocupada por un Comité paterno de defensa que no tenía intención de romper la huelga, sino que quería asegurarse de que

los niños estuvieran atendidos. Cien familias (de un total de 200) se hicieron cargo de la guardería con la ayuda de estudiantes de liceo. Esta y otras ocupaciones de edificios públicos transcurrieron sin incidentes, por más que Occident amenazó con atacar liceos. La policía, por ejemplo, fue informada de que una docena de estudiantes con cascos y porras intentaron infructuosamente entrar en el liceo Jean-Baptiste Say, que estaba ocupado, en el distrito dieciséis[753].

Las protestas abarcaron a casi todas las instituciones culturales, lo que incluía a los medios de comunicación del Estado. El 17 de mayo, Geismar y Sauvageot convocaron una marcha a la ORTF. Los comunistas se opusieron al plan, temiendo que el gobierno empleara la fuerza antes que consentir la ocupación de sus medios de comunicación. En cualquier caso, las autoridades concluyeron que la UNEF y el SNESup cambiaron de objetivo cuando la ORTF aceptó que los líderes estudiantiles hablaran por televisión[754]. Lógicamente, esta rama del aparato cultural del Estado tenía una repercusión pública mucho más inmediata que las universidades[755]. Los miedos de los comunistas no eran exagerados, y ya el 15 de mayo la policía fue enviada a «proteger» —es decir, a desalojar— las instalaciones de la ORTF[756]. Según la policía, los sindicatos de la ORTF convocaron una reunión de sus afiliados y verificaron la identidad de 900-1.000 personas para asegurarse de que no hubiera entre ellas estudiantes o agitadores de fuera. Luego los miembros votaron mayoritariamente en contra de la ocupación[757]. Aun así, temiéndose lo peor, las autoridades mandaron a toda prisa a varios cientos de CRS y unos cuantos agentes de paisano a los estudios de la ORTF para que la torre nacional de emisiones siguiera bajo control gubernamental[758]. La policía colaboró estrechamente con la dirección para identificar a quienes entraban en la ORTF[759]. El 19 de mayo, los agentes recibieron órdenes de sacar a 31 huelguistas que estaban ocupando la segunda planta del edificio Buttes Chaumont[760]. Los huelguistas salieron después de que la policía les amenazara con el uso de la fuerza, pero esas torpes tácticas no gustaron a muchos empleados de la corporación. El 21 de mayo, el 70% del personal de Buttes Chaumont ya había votado a favor de la huelga, y cientos de policías continuaban destacados alrededor de los edificios de la ORTF[761]. Presionado

por la pérdida de apoyo de muchos empleados de la ORTF y del público insatisfecho, el gobierno permitió que por primera vez se retransmitiera en directo por televisión el debate de la Asamblea Nacional del 21-22 de mayo[762]. Pompidou criticó a las emisoras de radio que no eran de control estatal —RTL (Radio Télévision Luxembourg) y Europe One— por animar a la gente a manifestarse. Según el primer ministro, lo que transmitían las emisoras privadas era su propia militancia, en lugar de información[763]. Pompidou tenía razón en que la cobertura informativa independiente ponía en tela de juicio el sesgo favorable al gobierno de las cadenas estatales, pero no había duda de que esa complacencia tenía que ser cuestionada.

El legado cultural más llamativo e imperecedero de Mayo del 68 son los carteles que hicieron estudiantes parisinos de arte. Sus imágenes nos ofrecen la posibilidad de entender un movimiento estudiantil de gran complejidad ideológica al reflejar muchos de sus «ismos»: corporativismo, libertarismo, internacionalismo, antifascismo, antiimperialismo y anticapitalismo. Y, lo que es más importante, eran *ouvriéristes*. La fe en el poder transformador de la clase obrera se convirtió en el tema principal del arte revolucionario. Es un arte que no da mucho la razón a quienes argumentan que Mayo del 68 fue ante todo una rebelión individualista o una crisis de la civilización[764]. En su lugar, muestra que el foco tradicional en la clase obrera por parte de los artistas activistas y otros militantes restringió los impulsos individualistas del 68. Los artistas nunca firmaban sus carteles, con lo que su identidad permaneció en el anonimato. De hecho, los estudiantes negaban la singularidad e individualidad de una obra de arte al afirmar que esta meramente reflejaba su realidad sociológica e histórica. Esa máxima básica de la teoría cultural marxista (y estructuralista) era, al igual que el papel revolucionario de la clase obrera, aceptada ciegamente por los autores de los carteles. Su reduccionismo simplista y su glorificación exagerada de lo social no impidieron que los estudiantes crearan imágenes impactantes. El papel del artista —y participaron unos 300, algunos de mucho talento— tenía que consistir en «trabajar en el *Atelier populaire* [...] y apoyar a los trabajadores en huelga que ocupan sus fábricas contra el gobierno gaullista antipopular»[765]. Todos los que estuvieran dispuestos a aceptar las reglas del juego, ya fueran franceses o extranjeros, y ponerse al servicio de la clase

trabajadora eran bienvenidos. El sentido del diseño de los artistas latinoamericanos que participaron, por poner un ejemplo, fue muy apreciado[766].

Los estudiantes de arte parisinos rápidamente se implicaron en la agitación[767]. El 8 de mayo en la École Nationale des Beaux-Arts ya estaban en huelga. Los estudiantes dieron voz a sus quejas contra una institución bien conocida en ciertos sectores por las deficiencias de su enseñanza[768]. Los estudiantes ya no querían profesores «que pasan quince minutos a la semana en la escuela para evaluar las pinturas de los alumnos [...] Queremos profesores que estén aquí y sepan enseñar»[769]. El 14 de mayo, al día siguiente de la enorme manifestación de estudiantes y trabajadores contra la represión del estado, los huelguistas del taller de litografía produjeron el primer cartel, que como era de esperar pedía la unión de trabajadores y estudiantes. Una asamblea general del 15 de mayo atacó el principio de selección y exigió que la universidad quedara libre del control burgués[770]. Los pintores que ocuparon su estudio el 16 de mayo escribieron sobre la entrada: «*Atelier populaire: Oui. Atelier bourgeois: Non*. Llevados por su deseo de participar en la lucha colectiva, refutaron lo que consideraban la ideología burguesa de la creación individual que fomentaba «una competitividad agresiva e irresponsable»[771]. La «cultura burguesa» creaba una ilusión de libertad artística, pero ellos se lamentaban de que en una sociedad capitalista fuera la ley de la oferta y la demanda, y no la calidad, la que determinaba el valor estético. Para los estudiantes, la verdadera cultura era producto del esfuerzo en grupo, no del individual: «Trabajar a partir de la idea de uno, aunque sea correcta, es permanecer dentro de los estrechos límites de la creación burguesa»[772]. Su asamblea general seleccionaba carteles de acuerdo con dos preguntas. La primera, «¿es políticamente correcto?», era propia de ese momento y esa acción colectiva; la segunda, «¿transmite bien el mensaje?», era más estética[773]. Cada propuesta tenía que pasar por una fase de crítica colectiva, o lo que más bien llamaríamos censura, y se modificaba de acuerdo con las aportaciones del grupo. Tan férreo control asustó a unos cuantos, pero de todas formas se mantuvo. Una excepción importante se hizo con las obras de los trabajadores. El

ouvriérisme preponderante garantizaba que fuesen aceptadas sin la menor crítica[774]. Además, el objetivo de los estudiantes de crear imágenes que todos los obreros pudieran entender fácilmente impidió que se desarrollaran algunas ideas atrevidas y experimentales.

La ocupación de Bellas Artes y las obras que se produjeron allí sirvieron de modelo para otras instituciones parisinas, como Arts-décoratifs, y para las escuelas de bellas artes de Marsella, Caen, Estrasburgo, Amiens, Grenoble, Montpellier y Dijon[775]. Destacados activistas consideraron el Atelier populaire una «huelga activa» ejemplar, en la que la influencia del «lumpen» y los bohemios se redujo al mínimo[776]. Las políticas del Atelier se ganaron el elogio de otras organizaciones. La Union des Arts Plastiques rechazó «la idea del artista bohemio» en favor de construir una nueva sociedad en la que «el arte ya no será un lujo, sino una realidad constante y cotidiana»[777]. La creación debía tener un significado social, esto es, útil. Citando al autor soviético Vladimir Maiakovsky, los estudiantes creían que «el arte no es para las masas cuando nace, sino tan solo después de enormes esfuerzos. Tenemos que enseñar a entenderlo»[778].

Los carteles (y las fotografías) fueron la principal representación visual de la revuelta, que, como sus predecesoras, promovió el desarrollo y expansión de formas de expresión tanto nuevas como antiguas. El cartel indicaba el deseo de llegar al público sin la mediación del mercado, y reflejaba la oposición de los activistas a los bienes de consumo. Al igual que los panfletos e incluso los periódicos radicales como *Action*, los carteles se distribuían gratuitamente[779]. En una nación en que el sufragio masculino universal llevaba en vigor buena parte de su historia moderna reciente, las luchas políticas se libraban visualmente. En la Gran Revolución se habían usado cada vez más imágenes impresas para atraer a las masas. Artistas populares anónimos aportaron retratos críticos con la monarquía, la iglesia y la nobleza. La politización de las imágenes provocó que los gobiernos postrevolucionarios las controlaran férreamente. Honoré Daumier, por ejemplo, estuvo en la cárcel por sus caricaturas del rey Luis Felipe. La lucha por el sufragio universal de finales del XIX también estimuló el uso de carteles por parte de los progresistas para propagar los ideales republicanos[780]. La

persistencia de repúblicas democráticas en Francia garantizó que los partidos políticos hicieran campaña usando imágenes. En las universidades, con anterioridad a Mayo del 68, los militantes mostraban sus ideas en tablones de anuncios o colgaban carteles de Trotsky, Che o Mao. Esas referencias visuales no eran republicanas, sino internacionalistas[781]. Fueron la derecha y el centro quienes supieron monopolizar con eficacia los símbolos republicanos de la tricolor, Marianne y la «Marsellesa»[782].

Había un gran público, si no un mercado, para los carteles. En un principio el plan era mostrar las obras en una galería afín, pero en su lugar los estudiantes y otros voluntarios decidieron espontáneamente pegarlos en las paredes de la ciudad, evitando así la red comercial por completo[783]. A veces los trabajadores se encargaban de distribuir carteles en apoyo de las huelgas de sus propias fábricas. El cartel recuperó la importancia que había tenido en el siglo XIX porque las huelgas interrumpieron la producción diaria y distribución de otros medios, en particular de periódicos y televisión que en ocasiones eran contrarios a los estudiantes. El cierre de los museos nacionales y municipales a finales de mayo y la primera semana de junio transformó las paredes de París en su principal foro artístico. Los sublevados eran por principio contrarios a las exposiciones convencionales y a la cultura museística. Según fuentes policiales, unos 50 jóvenes se trasladaron de la Sorbona ocupada al Musée d'Art Moderne, en el distrito dieciséis, y dejaron panfletos en los que se pedía su cierre definitivo, así como una pancarta que rezaba «cerrado por inútil»[784]. Las simpatías del mundo artístico con el movimiento fueron considerables. El 24 de mayo 60 artistas que pertenecían a la Union des Arts Plastiques de París refrendaron «la protesta estudiantil y la lucha obrera». Veinticuatro marchantes, por más que su trabajo dependía del mercantilismo del arte, firmaron una petición en la que apoyaban «la lucha de estudiantes y trabajadores» y se comprometían a distribuir los carteles sin obtener beneficio propio[785]. Entre ellos se encontraban algunas de las galerías más prestigiosas de Francia, cierto número de las cuales dieron donativos al movimiento estudiantil, como también hicieron —al menos según la policía— numerosos arquitectos[786].

FIGURA 1. «Abajo las prisas», primera versión

Los carteles más populares de los aproximadamente 700 que se diseñaron fueron reproducidos en cantidades que oscilaban entre los 2.000 y 3.000 ejemplares, con lo que quedaba diluida la originalidad de la obra de arte[787]. Al impulsar la rotación laboral, los componentes de la ocupación empezaron a descomponer la tradicional división del trabajo —aunque no en el plano sexual—. Había famosos artistas que no solo diseñaban carteles, sino que también los repartían. No obstante, esa organización del trabajo más democrática y sin ningún tipo de supervisión también posibilitó que un pegador de carteles tan falto de escrúpulos como astuto, pensando que el arte seguiría siendo un bien de consumo después de la revolución, se guardó sus carteles para venderlos más adelante.

FIGURA 2. «Abajo las prisas», segunda versión

El análisis del contenido de los carteles revela la continuidad del habitual *ouvriérisme* de la izquierda francesa. En la colección más completa que se ha publicado, 123 carteles se centraban en cuestiones obreras, mientras que solo 23 se referían a los propios estudiantes[788]. El examen de una colección más pequeña también publicada muestra una obsesión similar con las acciones de los trabajadores: 78 eran sobre los asalariados y solo siete sobre el movimiento estudiantil[789]. En otra recopilación más, 56 carteles hablaban de la lucha obrera, en contraste con únicamente tres que se centraban en las actividades universitarias de los estudiantes[790]. Estos se pusieron «a disposición de los trabajadores»[791]. Los carteles con el subtítulo «abajo las prisas» fueron de los primeros en imprimirse en masa (figuras 1 y 2). Aunque

los artistas temían que el CRS o los fascistas atacasen el *atelier* de Bellas Artes, se les conminó a que «dejaran de hacer carteles sobre la represión, puesto que los buenos ya están hechos», y que en su lugar se dedicaran a apoyar al proletariado. Hacia finales de mayo, huelguistas individuales o representantes de comités de huelga se acercaban a los artistas para pedirles ayuda gráfica. Estos entregaron su tiempo y talento al apoyo de paros laborales en las principales empresas nacionalizadas —Renault, PTT, ORTF, SNCF, RATP (figuras 3 y 4)—. Como reflejo del peso de las grandes compañías en la economía francesa de los años sesenta, cabe destacar que la lucha de los huelguistas en empresas pequeñas solo fue el tema de un reducido número de *affiches*. La llamada a la unidad de estudiantes y trabajadores (figura 5), sobre la que giran 25 de los carteles de la colección más grande publicada, se trataba con mayor frecuencia que el propio movimiento estudiantil (22 carteles)[792].

FIGURA 3. «Renault Flins»

FIGURA 4. «Solidaridad con la huelga de trabajadores de Correos»

El internacionalismo y la necesidad de una alianza entre franceses y extranjeros inspiraron más de dos docenas de pósteres. La imagen de solidaridad internacionalista más famosa es una de Cohn-Bendit con el subtítulo «todos somos indeseables [extranjeros]». En un principio el subtítulo rezaba «todos somos judíos y alemanes», pero, según un historiador, se cambió porque parecía «demasiado violento» (figura 6)[793]. Puede que haya otra explicación para esa modificación. Los militantes estaban ante todo interesados en la lucha de clases, no en la identidad étnica ni en la religión. Así pues, «extranjero indeseable» era un sustituto apropiado para «judío», ya que evocaba una tradición venerable de internacionalismo e implicaba la solidaridad con trabajadores y estudiantes extranjeros. Para los comprometidos con la causa, lo relevante de Cohn-Bendit no era que fuese judío, sino que, al igual que otros extranjeros que participaban en manifestaciones y huelgas, podría ser expulsado (y lo fue). De hecho, cabe la posibilidad de que el activismo en movimientos de extrema izquierda fuera la forma en que algunos judíos se integraron en la sociedad francesa[794].

FIGURA 5. «El mismo problema, la misma lucha»

Los carteles que se centraban en personas concretas eran relativamente escasos. Cohn-Bendit fue uno de los pocos que provocaron ese tipo de admiración visual, y De Gaulle, por supuesto, fue quien más ataques gráficos

recibió. Era ridiculizado por simbolizar el poder político de la generación más mayor, mientras que Dany era admirado por representar a la juventud comprometida. En la recopilación más grande que se publicó, había ataques contra el general y su gobierno en 60 carteles. Los artistas militarizaron al presidente de la República dibujándolo con el *képi* de general (figura 7). Equiparaban —con la hipérbole propia del periodo— a la Quinta República con las dictaduras militares de Franco o Salazar. Los gaullistas militantes e incluso el propio general eran mostrados como fascistas. Si bien hoy ese tratamiento nos puede parecer excesivo, también es cierto que los conservadores fueron culpables de excesos retóricos al etiquetar a los estudiantes rebeldes de «fascistas de izquierdas». Los CRS, claro está, eran identificados con la SS y vistos como el epítome de las fuerzas del mal (figura 8). Al igual que los sacerdotes del siglo XIX con sus vestiduras eclesiásticas, los CRS uniformados y con cascos del XX eran fácilmente reconocibles y ridiculizados. Un panfleto repartido por el Barrio Latino proponía que los estudiantes hicieran que la policía pareciese ridícula y risible[795]. Los dibujos contra los policías sustituyeron a los que atacaban a clérigos y militares.

FIGURA 6. «Todos somos judíos y alemanes. Todos somos indeseables»

FIGURA 7. «Sé joven y calla»

FIGURA 8. «CRS = SS»

No obstante, a menudo De Gaulle era más objeto de burla que de odio. Las imágenes más efectivas lo presentaban como alguien ridículo en vez de temible, y recordaban a las caricaturas de Daumier de Luis Felipe (figura 9). Se reían de que hubiese llamado a los manifestantes *chienlit*, un término arcaico que hacía que pareciese que el general estaba totalmente fuera de onda. En sus mejores ejemplos, había algo bonachón en ese arte revolucionario. En ocasiones los carteles evitaban el lenguaje ampuloso y la retórica vacía, tan militante como mecánica, de la tradición revolucionaria francesa[796]. Sabían ser ingeniosos y jugar con las palabras y las imágenes. Por ejemplo, los artistas protestaron contra el fin forzoso de la ocupación de Bellas Artes con una imagen con el lema *la police s'affiche aux Beaux-Arts, les Beaux-Arts affichent dans la rue* (figura 10). Otro cartel hacía el siguiente juego de palabras: *De Henri IV à de Gaulle: 1 poulet par habitant*[797]. Otro usaba un tema de Rousseau: *La volonté générale contre la volonté du géneral*. En referencia a la reforma del gobierno de la Seguridad Social, anterior a Mayo del 68, por la que se aumentaba la aportación de los

trabajadores, y que por lo tanto había provocado la oposición de los principales sindicatos, un póster afirmaba: *Les médecins peuvent faire des ordonnances, les gaullistes non!* A unas vacas reunidas en el Centre d'Intoxication Civique (una parodia del nombre del grupo paramilitar gaullista Service d'Action Civique) se les ordenaba que *veautez* a la UDR. El humor de los carteles aliviaba algo del «realismo beligerante» de buena parte del anterior arte gráfico de la izquierda[798]. Su atractivo era un reflejo de la popularidad de revistas de humor irreverente como *L'Enragé* o *Le Canard Enchaîné*. Los artistas empleaban con efectividad la ironía y la caricatura contra el enemigo de clase. Aunque a veces rompieran con el estilo del realismo socialista, los carteles siguieron, como en los años treinta, centrados en los trabajadores.

FIGURA 9. «El caos es él»

FIGURA 10. «La policía se presenta en Bellas Artes. Bellas Artes se presenta en las calles»

En términos de la cantidad de carteles producidos, los que trataban de temas antirrepresivos ocuparon un segundo lugar con respecto a los que pedían la solidaridad con los obreros. Los artistas sublevados definieron la

represión de forma muy amplia de manera que incluyese, además de la política de admisión selectiva, la «obligación de cumplir con las obligaciones y aprender sin posibilidad de debate, las trabas a la expresión individual, las inhibiciones y traumas, el cercenamiento de la capacidad creativa y los modos estereotipados de pensamiento»[799]. También protestaban por el control del gobierno de los medios de comunicación. En la mayor recopilación de carteles publicada, hay más sobre los medios que sobre el propio movimiento estudiantil. En otra colección sin publicar, el número de pósteres críticos con los medios iguala al de los que apoyan a los trabajadores[800]. Los creadores de imágenes pusieron en tela de juicio lo que consideraban la cobertura distorsionada de los hechos por parte de las cadenas controladas por el Estado. Hubo carteles que secundaban la huelga de los trabajadores sindicados de la ORTF en protesta por la censura del gobierno y para exigir una televisión más independiente y autónoma (figura 11). Las alambradas simbolizaban el férreo control estatal de los medios oficiales.

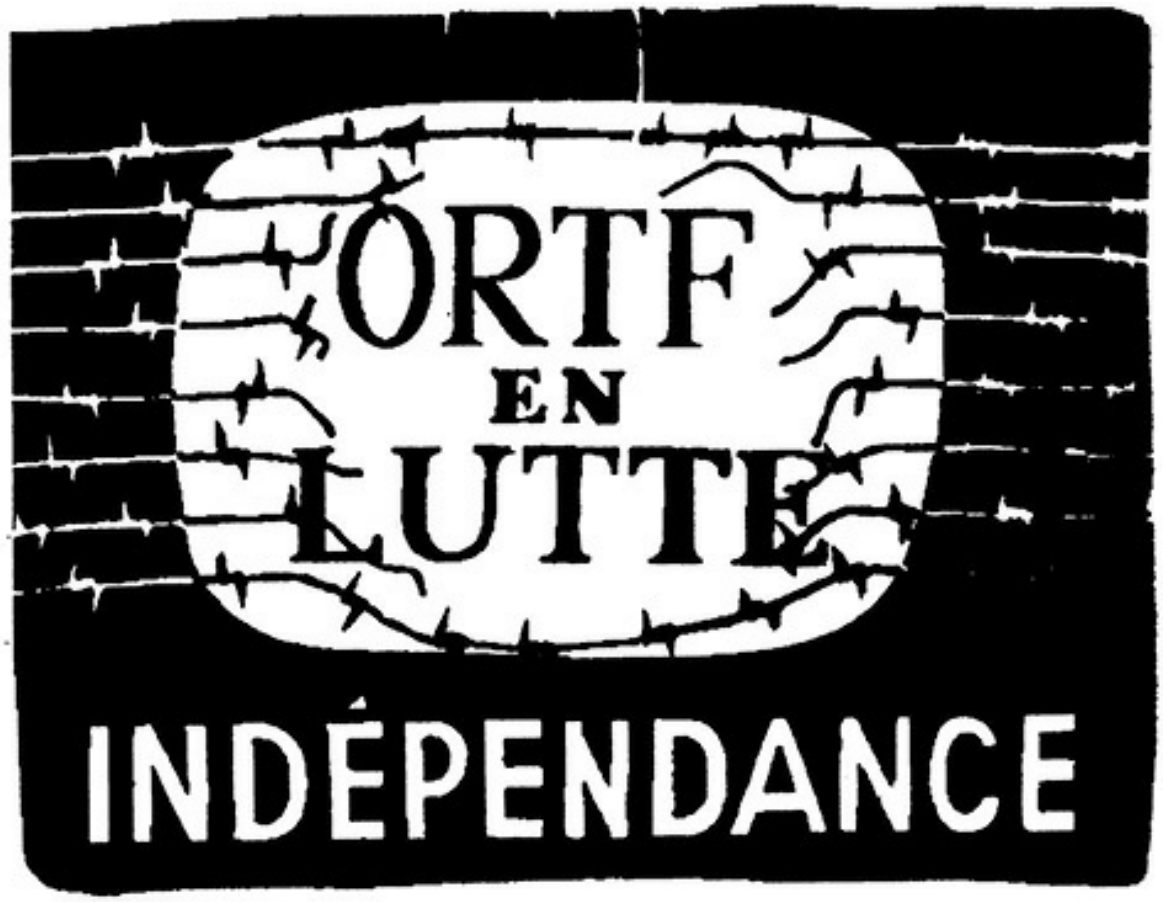


FIGURA 11. «ORTF en la lucha. Independencia»

Tal vez a causa del reducido ascendiente de la cámara durante la Quinta República, las colecciones de carteles subestiman el antiparlamentarismo que está presente en ellos. Sin embargo, este siguió siendo virulento entre militantes y artistas (figura 12), sobre todo después de la alocución radiofónica de De Gaulle el 30 de mayo, en la que anunció nuevas elecciones legislativas al tiempo que amenazaba con desatar de nuevo la represión policial e incluso la del ejército[801]. Los activistas pensaban que era inevitable que en una sociedad capitalista fuera la burguesía, y no la clase obrera, la que controlase las elecciones. Los artistas revolucionarios hicieron uso del concepto de *détournement* (tergiversación) situacionista para burlarse de la política electoral. Transformaron el eslogan de una campaña publicitaria para prevenir el alcoholismo de finales de los cincuenta que decía *quand les parents boivent, les enfants trinquent* en *quand les parents votent, les enfants trinquent*. El *détournement* de la publicidad fue otro ejemplo de hostilidad a

los bienes de consumo y el mercado.

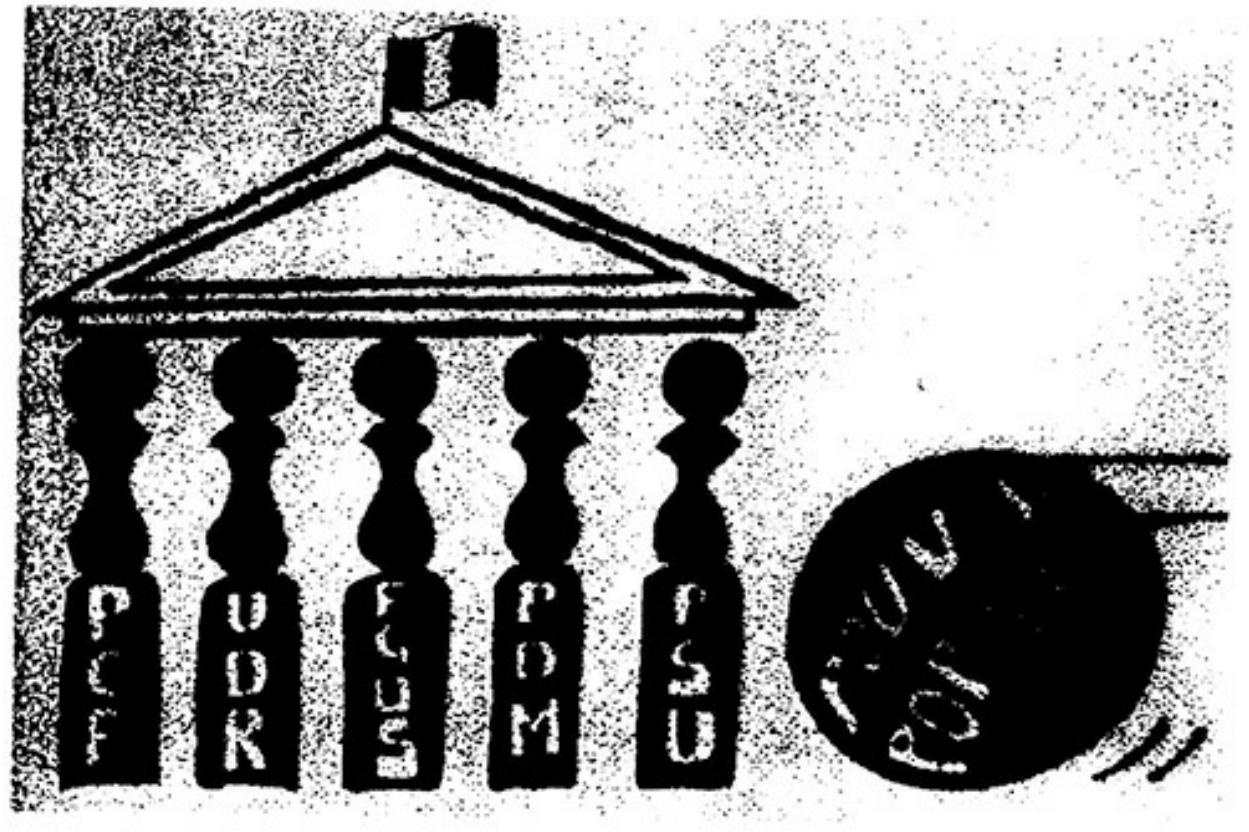


FIGURA 12. «El poder del pueblo»

Lo que los carteles pasaban por alto era tan revelador como lo que mostraban. Volvieron inofensiva la violencia del movimiento al obviar sus prácticas incendiarias y otros ataques contra la propiedad. Únicamente los adoquines recordaban a quienes los veían la agresividad de los jóvenes rebeldes. Sus ataques visuales por lo general omitían a Pompidou, lo que de nuevo reflejaba la preponderancia de los intereses colectivistas sobre los individuales. Esa omisión era indicativa del éxito del primer ministro, que sería crucial para su futuro político a la hora de desligarse de lo que para muchos era la incompetencia que había demostrado el gobierno a principios de mayo. Era De Gaulle, y no Pompidou, el que se oponía a las huelgas; él era el Clemenceau o el Cavaignac de Mayo del 68. El problema del desempleo tampoco fue uno de los principales temas de los artistas, que solo se refirieron a él en unos cuantos carteles. Esa relativa falta de preocupación por el paro reflejaba la prosperidad económica de finales de los sesenta, pese

a que dos de los eslóganes que se autorizaron —*halte au chômage* (alto al desempleo) y *le capitalisme c'est la planification du chômage* (el capitalismo es la planificación del desempleo)— se hacían eco de los miedos de muchos alumnos de Humanidades y de muchas estudiantes, las «víctimas» más probables del paro. El deseo de una alianza entre campesinos y obreros solo figuró en un puñado de imágenes. Ese bajo número no es sorprendente habida cuenta de que el movimiento social —ya fuera obrero o estudiantil— fue ante todo urbano y se desentendió en gran medida de los problemas de los agricultores. Por su parte, y al igual que en 1848 o 1871, la gente de campo mantuvo una actitud o bien indiferente o directamente hostil a los desórdenes que tenían lugar en las ciudades, a la vez que les molestaba lo que veían como privilegios de los estudiantes.[802]

Pese a la oposición casi universal a la presencia norteamericana en Vietnam, el sentimiento antiestadounidense sólo estuvo presente en unos cuantos carteles. Las manifestaciones antibélicas pudieron ayudar a desencadenar el movimiento, pero no eran su razón de ser. No obstante, el antiimperialismo siguió sirviendo de aglutinante para los izquierdistas. Un cartel preguntaba: «¿Qué estás haciendo para combatir el hambre?», y se respondía vehementemente a sí mismo: «Lucho contra el imperialismo». La sublevación de los alumnos de liceo, representada apenas en unos pocos carteles, tampoco fue prioritaria para los artistas revolucionarios, mientras que las reivindicaciones feministas y ecológicas, surgidas a principios de los «largos» años sesenta, estuvieron completamente ausentes[803]. Su omisión muestra que los sucesos de Mayo del 68, considerados con frecuencia la cúspide de los años sesenta y su expresión más representativa, no estuvieron muy interesados en algunos de los avances centrales de la cultura occidental de posguerra. Los temas políticos eclipsaron temporalmente a la protección de la madre tierra y la glorificación de madres e hijas. No se creó ninguna Juana de Arco ni ninguna Marianne. En su lugar, los creadores, que eran varones, siguieron centrados en el viril obrero y su fábrica. Como consecuencia, varios carteles mostraban a esquiroles y a trabajadores que no pertenecían a sindicatos como costras y no como hombres reales: «Quien se aprovecha de una victoria sin luchar por ella no es digno de llamarse hombre». Si bien había ciertas indicaciones de anticonformismo (y de

condescendencia revolucionaria) en una imagen que mostraba a la masa que volvía al trabajo como un rebaño de ovejas (figura 13), la lucha de grupo y no la individual era lo que más interesaba a los creadores. La producción visual de Mayo del 68 no respalda la argumentación de que la rebelión preparó el terreno para el individualismo y hedonismo de los años ochenta.

Cómo fueron recibidos los carteles sigue siendo en general una cuestión poco estudiada. Sin duda buena parte de la derecha los descartó como mera propaganda izquierdista, pero algunos supieron apreciar en ellos un humor que recordaba al movimiento dadaísta[804]. Un mando policial del distrito dieciocho calificó a tres —*Flic à Flins – Flics chez Vous*, *La Police à ORTF, c'est la Police chez Vous* y *La Détente s'amorce*— de «un nuevo tipo de carteles», pese a sus mensajes en contra de la policía[805]. A los huelguistas de la ORTF les gustaron tanto los diseños que los reprodujeron en chapas e insignias que vendieron para mantenerse[806]. Posiblemente los no comprometidos con la causa vieran los carteles con indiferencia o fuesen tan inmunes a su mensaje como lo eran a la publicidad. A los observadores más afines les pareció que las imágenes volvían las calles más festivas. Incitaban a la acción e inspiraron a muchos activistas, que era justo lo que querían sus creadores. Un constructor de barricadas cercano al Movimiento 22 de marzo encontró los carteles «feroces y tiernos, tan ricos y claros, tan divertidos (y efectivos) como un cóctel molotov en la cara amarillenta de un policía. Este arte crudo marca el fin de las galerías de las márgenes izquierda y derecha. Sus eslóganes son poéticos y tan hermosos como las ventanas que uno abre después de hacer el amor [...] [He aquí] el florecimiento, por primera vez en este país, del arte revolucionario»[807]. Al aprecio de los militantes se unió la simpatía de grandes artistas como Pablo Picasso, Alexander Calder y Max Ernst, que condenaron la dureza de la represión policial y proclamaron su solidaridad con los estudiantes. Los estetas valoraron la creatividad y vitalidad de los carteles.

FIGURA 13. «Vuelta a la normalidad»

Un estallido de arte callejero acompañó a la producción de carteles. *Enragés*, situacionistas, anarquistas y grafiteros anónimos pintaron más de 2.000 lemas en la Sorbona y por todas partes de la ciudad. Vencieron temporalmente a la policía en la guerra de las paredes. Sus garabatos expresaban los temas libertarios, libertinos y antitrabajo del Mayo Francés mucho mejor que los carteles. La satisfacción de los deseos libidinosos tuvo prioridad máxima: «Cuanto más hago el amor, más me apetece hacer la revolución; cuanto más hago la revolución, más me apetece hacer el amor»; «si no follamos, nos follarán»; «me corrí en los adoquines»; «córrete sin obstáculos»; «la revolución se detiene en cuanto te tienes que sacrificar por ella»; «los que trabajan se aburren cuando no lo hacen; los que no trabajan nunca se aburren»; «vive sin tiempos muertos».

Era inevitable que la agitación cultural se extendiera al teatro. Según la policía, el 15 de mayo unos estudiantes del Centro nacional de arte dramático (distrito noveno) formaron un comité de acción y retuvieron al director de la escuela, el cual «no se pudo marchar hasta que prometió que dimitiría. Están planeando ocupar la Comédie Française y los teatros Odéon»[808]. A las 11:30 de esa noche, mientras salía el público, un grupo de 50 estudiantes invadió el teatro nacional Odéon y ocupó el escenario[809]. Rápidamente fueron llegando gran cantidad de jóvenes, hasta el punto de que a medianoche ya había 4.000. Izaron la bandera roja en el frontón y pusieron una pancarta en la entrada: «El Odéon está cerrado al público burgués». Después de medianoche, entre 2.000 y 3.000 personas ocuparon el Centro nacional de arte dramático y el Conservatorio nacional de música.

Los revolucionarios culturales querían hacerse con otros teatros[810]. Un mando policial de alto nivel informó de que el CRAC (Comité révolutionnaire d'agitation culturelle) había iniciado una campaña contra lo que tachaba de civilización burguesa tanto en el Odéon como en la Sorbona. Habían irrumpido en tres teatros privados y amenazaban con meterse en otros de toda la capital[811]. Un comisario de policía, con cinismo y tal vez bastante perspicacia, constató haciendo las veces de crítico artístico: «El 5 de junio, un grupo de artistas mediocres formaron un comité revolucionario y ocuparon el teatro Pacra del Marais. Desde entonces han representado varias obras»[812]. Las fuerzas del orden estaban preparadas para intervenir si la dirección se lo

pedía. Aunque muchos profesionales del teatro se oponían a la ocupación, el apoyo que recibió fue lo bastante vigoroso y amplio para detener una operación policial que estaba prevista para desalojar el Odéon[813]. El general De Gaulle y otros miembros de alto rango del gobierno habían autorizado una agresiva iniciativa por la que 870 policías y bomberos, provistos de mangueras de alta presión, iban a echar a los ocupantes del Odéon la noche del 19 al 20 de mayo. Sin embargo, el Syndicat des comédiens refrendó la ocupación, y, según se cree, destacadas celebridades como M. Piccoli, S. Frey y R. Rouleau manifestaron su intención de acudir al teatro. Además, a la policía le entraron dudas ante la resistencia que podrían oponer las entre 2.000 y 3.000 personas que había allí. Temiendo que su imagen se resintiese ante la opinión publica, lo que mostraba una vez más la renuencia de esta a tolerar abiertamente la «represión» a mediados de mayo, el gobierno canceló la operación. Esa suspensión fue un ejemplo de notable paciencia y de elección del momento[814]. El gobierno intentó infructuosamente tramar una ocupación por parte del personal técnico del teatro, en los que confiaba más que en los jóvenes rebeldes y quienes los apoyaban.

Los objetivos de los ocupantes del Odéon eran los mismos que los formulados en otras instituciones ocupadas: la unión con la clase obrera, el fin del capitalismo y el inicio de una sociedad sin clases. Solo el primero de esos grandes propósitos tuvo algún éxito. Casi de inmediato los ocupantes aprobaron una moción: «El Odéon ha dejado de ser un teatro para convertirse en un lugar de encuentro de trabajadores»[815]. Los sublevados prohibieron las representaciones de «espectáculos de consumo» y planearon desarrollar en su lugar un arte colectivo y revolucionario. «El único teatro —argumentaron— es el de guerrilla». El único arte era el combatiente[816]. Jean-Jacques Lebel, cuyo *happening* provocara aquellos resultados imprevisibles en Nanterre, fue uno de los promotores de la toma del teatro. Sus actuaciones atrajeron a cientos de personas, que tal vez esperasen una repetición de sus conocidos escándalos sexuales[817]. El teatro estaba abierto para todos, salvo para derechistas, policías y otros supuestos representantes de la burguesía[818]. El célebre director y actor Jean-Louis Barrault, director del Odéon en el momento de la toma, dijo a los ocupantes: «Estoy totalmente de acuerdo [con vosotros]». Tras hacer su crítica personal del *vedettariat* (estrellato) y de la

jerarquía cultural reinante, dimitió de la dirección y se proclamó «un actor más; Barrault ha muerto». Ese nuevo papel asumido por Barrault molestó especialmente al ministro de Cultura, André Malraux, al que no gustó que el movimiento se extendiera de su base universitaria inicial al terreno de la cultura que era de su competencia. Malraux se vengaría de él despidiéndolo un año más tarde. Mientras, una actriz italiana un tanto narcisista dijo al público revolucionario que no pensaba seguir formando parte del mundo del espectáculo convencional, pues se negaba a convertirse en «un objeto de consumo que incite a millones de espectadores a masturbarse»[819]. Hubo consignas que transmitían el mismo tipo de mensaje: «No nos regodeamos con el espectáculo de la protesta, sino que protestamos del espectáculo». Según un activista, «uno de los objetivos principales de la "revolución cultural" es la destrucción del *star system* [...] Viva el anonimato de las catedrales góticas y los templos hindúes. El arte es la expresión de las fuerzas cósmicas más profundas y esenciales. El individuo solo es un instrumento [...] Cuando se exalta al instrumento, se deprecia lo que este transmite».

Al igual que los artistas visuales del *Atelier populaire*, los ocupantes del Odéon adoptaron prácticas que imponían el anonimato artístico. Tras debatirlo, la asamblea del teatro acordó que se permitiera la entrada a los periodistas burgueses, pero prohibiéndoles que entrevistaran a personas concretas, hiciesen fotos de nadie o ni siquiera mencionaran nombres. Algunos supuestos artistas revolucionarios que habían alcanzado la fama —incluso en casos como la compañía de Paul Taylor, galardonada en Nueva York y La Habana— se encontraron con que sus credenciales vanguardistas no los protegían de las críticas del movimiento. Las huelgas de mayo habían dejado a la compañía de Taylor sin fondos, por lo que este pidió a los ocupantes que les permitiesen actuar allí. En caso contrario, imploró a la multitud, su situación económica los obligaría a irse de Francia. El ruego de Taylor no fue bien recibido por la despiadada masa, y algunos le gritaron que, a diferencia de él y su compañía, ellos siempre habían sido pobres. Para los que criticaban el «espectáculo consumista», no había forma de expresión artística convencional, por muy progresista que pudiese parecer, que fuera verdaderamente revolucionaria. En lugar de hacer representaciones al uso y exposiciones, instaban a los actores a dedicarse al teatro callejero, y a los

fotógrafos a registrar la represión policial en las manifestaciones. Lo limitado de esos encargos muestra que los radicales del Odéon fueron capaces de formular su propia versión actualizada del realismo socialista.

Aquellos reconocidos burgueses que se aventuraban a ir al Odéon, por muy buenas que fueran sus intenciones y por mucho que simpatizasen con los estudiantes, se arriesgaban a ser insultados. A la escritora Françoise Sagan, muy de moda por entonces, le espetaron que se marchara del teatro: «Nos negamos rotundamente a recibir a la espía del capitalismo del distrito dieciséis. Vuélvete con tus Ferraris, tu whisky y tus orgías»[820]. Sagan contó su propia versión del enfrentamiento. Estando en el Odéon, un melenudo que usaba un altavoz la reconoció y le preguntó con sarcasmo: «¿Has venido en Ferrari, camarada Sagan?», a lo que la escritora de éxito replicó: «No, en un Maserati». Los mandos oficiales con ciertas ínfulas de críticos de arte aficionados dieron una visión aún más hostil de lo que allí sucedía: «Se sucede un continuo debate en el que se manifiestan muchas tendencias diversas. Toda clase de artistas expresan su resentimiento con una sociedad cuyo principal fallo parece ser que no ha prestado la menor atención a su talento»[821].

En cuanto empezó la ocupación del Odéon, se formó un nuevo servicio de orden que, identificados sus componentes con brazaletes rojos, controlaba la entrada al teatro[822]. Para evitar un posible asalto de la extrema derecha, los ocupantes apostaron vigías armados en el tejado[823]. No obstante, la policía informó de que un joven había arrojado varias granadas de gas que habían herido de levedad a una persona que salía del teatro[824]. Dentro, el *service d'ordre* imponía con celo que se respetasen unas normas sanitarias y de seguridad, como eran la prohibición de fumar y la obligación de guardar una higiene básica[825]. Estaba estrictamente restringido el acceso a los despachos administrativos, y, en efecto, en un principio no se informó de que hubiese allí ningún daño. Sin embargo, los ocupantes del Odéon eran reacios a acatar normas. Los debates y discusiones a veces degeneraban en peleas cuando muchos querían hablar a la vez. Llegó un momento en que se hizo caso omiso de las medidas más elementales de seguridad[826]. La prohibición de fumar en el imponente teatro de madera, así como la limitación del número de gente que podía estar en el gallinero, encontraron resistencia en una multitud que se

tomaba el lema «prohibido prohibir» más al pie de la letra que la mayoría. Los que tenían sentido de la responsabilidad contraatacaron con ingenio en el intento de conseguir resultados: «Se prohíbe orinar en los vestíbulos bajo pena de confiscación del material». El humor, no obstante, no era efectivo contra el fuego, y, según las autoridades, hubo un incendio en el sótano al día siguiente de empezar la ocupación[827]. Luego tres brigadas de bomberos tardaron una hora en apagar otra conflagración que también tuvo lugar en el sótano[828]. Unas semanas después se produjo un tercer incendio que se inició en un montón de harapos y que, según la policía, fue intencionado[829]. De nuevo los bomberos corrieron a sofocarlo.

El 1 de junio la ocupación ya había terminado en buena parte, y solo unas treinta personas, calificadas por la policía de «elementos incondicionales», se quedaban en el teatro de noche[830]. Para entonces en el Odéon se acumulaba una «increíble cantidad de porquería»[831]. La enfermería obligó a someterse a controles antipiojos. Algunos de los hippies, mendigos y sin techo que hallaron refugio en el teatro se apropiaron de ropa y bisutería para su uso personal. Los militantes debatieron si permitir el consumo de marihuana, hachís y LSD. Según un historiador, «cada noche seis o siete jóvenes eran llevados a la enfermería por consumo excesivo de drogas»[832]. Eso no parece muy probable, ya que el número de ocupantes se reducía drásticamente de noche. Lo que demuestra esa afirmación es que Mayo del 68 perpetuó una imagen de libertad desenfrenada. Circularon informes sin confirmar que hablaban de amor libre y orgías en el sótano, y de que «en los dormitorios improvisados de la cuarta planta la gente hacía el amor en grupo alegremente y sin complicaciones. Las chicas, buenas gobernantas, limpiaban los cuartos, que, en contraste con el resto del edificio, siguieron impolutos hasta el final»[833]. Una pintada proclamaba: *Aimez-vous les uns sur les autres*. Lo «escandaloso» del Odéon radicaba en que actividades que eran por lo general privadas o nocturnas tenían lugar a plena luz del día. Puede que se exagerasen las historias de orgías, pero también muestran que muchos continuaron identificando la supuesta revolución política, social y cultural de Mayo del 68 con una libertad sexual ilimitada.

El relato policial de la ocupación de la Maison des Jeunes et de la Culture,

de Fresnes, justifica hasta cierto punto esa identificación[834]. Estudiantes de Antony y unos cuantos de liceo la tomaron el 21 de mayo y le dieron el nuevo nombre de Maison Autonome des Jeunes. Como en otros lugares ocupados, de día había mucha más gente (200-300) que de noche. Se llevaban a cabo algunas actividades inofensivas, como jugar al tenis de mesa o bailar; sin embargo, «a diario ocurren numerosas infracciones de lo permisible; los más mayores no se refrenan delante de menores de quince años». Los ocupantes invitaron a oradores que pertenecían al Movimiento 22 de mayo o eran anarquistas; quizá fuesen ellos quienes dieran la idea de ofrecer un curso de fabricación de cócteles molotov. El equipo cinematográfico sufrió daños, y con sus robos en tiendas de las cadenas Monoprix y Familprix los implicados comían gratis. El Ayuntamiento de izquierdas no se atrevió a restablecer el orden, y aunque la junta directiva de la Maison quería desalojar el edificio, tampoco se atrevió a llamar a la policía[835]. Como ocurriera en la cercana Antony a principios de los sesenta, si se extendió la permisividad en Fresnes fue gracias a los reparos generalizados sobre la represión policial.

Según casi todas las fuentes, el intento de establecer una sociedad antirrepresiva en el Odéon, la Sorbona y otras instituciones se encontró con serios impedimentos[836]. El concepto de *autogestion* por el que se regían no garantizaba una gestión eficaz de los centros ocupados. Como en la Universidad de Milán tras ser tomada, una despreocupada anarquía, que para algunos era precursora de la sociedad venidera, coexistía con condiciones insalubres y las amenazas de sabotajes y actos violentos[837]. A un movimiento que se había originado a partir de la solidaridad contra la represión le costaba mostrarse represivo con quienes lo apoyaban. En la Sorbona, la fabricación de cócteles molotov para enfrentarse a un posible asedio de la policía era vista como un desacato a la «legalidad burguesa»[838]. A primera hora de la mañana del 20 de mayo se inició un incendio entre papeles viejos amontonados en los bajos de la universidad[839]. Las autoridades llegaron a la conclusión de que «parece haber sido provocado por unos estudiantes que luego no pudieron impedir que se extendiese». Al llegar los bomberos, vieron varios bancos y sillas destrozados. Cinco brigadas de ellos también acudieron a apagar otro incendio en el cuarto piso de la universidad, donde estaban los

archivos de la Academia de París, que causó graves daños al tejado[840].

Los estudiantes y sus seguidores ocuparon muchas instituciones y calles del Barrio Latino y sometieron a todo lo que había en ellas a un sitio incendiario. La simpatía y tolerancia de la opinión pública, ante la que el gobierno no quería quedar aún peor, les permitieron hacerse con el control de importantes centros culturales. Los trabajadores también se aprovecharían de esa permisividad cada vez mayor y de la audacia de los radicales para actuar en sus lugares de trabajo o para no hacerlo en absoluto.

---

442. Véase Henri Lefebvre, *The Explosion: Marxism and the French Revolution*, trad. Alfred Ehrenfeld (Nueva York, 1969), p. 117.

443. Las estadísticas proceden de Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *Les Héritiers: Les étudiants et la culture* (París, 1964), pp. 73-75.

444. Jean-Philippe Legois, *La Sorbonne avant mai 68* (Mémoire de maîtrise, París I, 1993), pp. 163-164.

445. Priscilla Robertson, *Revolutions of 1848: a Social History* (Princeton, 1952), p. 29. Mark Traugott, «The Crowd in the French Revolution of February, 1848», *American Historical Review*, vol. 93, núm. 3 (junio 1988): 638-652, resta importancia a la contribución estudiantil.

446. John C. Gallaher, *The Students of Paris and the Revolution of 1848* (Carbondale y Edwardsville, Ill., 1980), p. xii; Roger Price, *The Second French Republic: A Social History* (Ithaca, 1972), p. 164.

447. Cfr. Lewis S. Feuer, *The Conflict of Generations: The Character and Significance of Student Movements* (Nueva York y Londres, 1969), p. 265. Feuer afirma que los estudiantes empezaron la Revolución de 1848.

448. André Coutin, *Huit siècles de violence au Quartier latin* (París, 1969), p. 285.

449. René Viénet, *Enragés et Situationnistes dans le mouvement des occupations* (París, 1968), p. 41.

450. Le commissaire du 5e, 2 mayo 1968, Fa 278, Archives de la Préfecture de Police, París [en adelante APP]. La policía encontró mangos de hacha y una granada lacrimógena en la oficina.

451. 3 mayo 1968, Fa 248, APP; La crise de mai, 24 junio 1968, AN 800273/61; Union Nationale des Étudiants de France [y SNEup], *Le livre noir des journées de mai* (París, 1968), p. 8.

452. La crise de mai, 24 junio 1968, AN 800273/61.

453. Véase Stephen J. Pyne, *World Fire: The Culture of Fire on Earth* (Nueva York, 1995), pp. 14-15.

454. Jean Bertolino, *Les Trublions* (París, 1969), p. 13; Jean-Raymond Tournoux, *Le mois de mai du*

général (París, 1969), p. 350; Viénet, *Enragés*, p. 45.

455. 4 mayo 1968, Fa 248, APP.

456. Jean-Claude y Michelle Perrot, Madeleine Rebérioux y Jean Maitron, *La Sorbonne par elle-même*, número especial de *Le Mouvement social*, núm. 64 (julio-septiembre 1968): 36.

457. 1 mayo 1968, Fa 278, APP. Lucien Rioux y René Backmann, *L'Explosion de mai* (París, 1968), p. 302, negaron que *Occident* tuviera ninguna influencia en el desarrollo de los hechos.

458. Ministère de l'Intérieur, Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletin mensuel, septiembre 1968, AN 820599/89.

459. 8 mayo 1968, Fa 252, APP.

460. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletins quotidiens, 10 mayo 1968, AN 820599/40.

461. 3 mayo 1968, Fa 278, APP.

462. 4 mayo 1968, Fa 248, APP.

463. Adrien Dansette, *Mai 1968* (París, 1971), p. 90. Sus defensores alegaron que solo causaron daños a una mesa vieja. Véase UNEF, *Le livre noir*, p. 12.

464. 3 mayo 1968, Fa 278, APP.

465. Directeur-Général de la police municipale à M. le préfet de police, «Objet Manifestation au Quartier Latin, 3 mai», 4 mayo 1968, Fa 248, APP.

466. Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974* (Nueva York, 1998), p. 606.

467. Luisa Passerini, *Autobiography of a Generation*, trad. Lisa Erdberg (Hanover y Londres, 1996), p. 99.

468. Jacques Durandeaux, *Les journées de mai 68: Rencontres et dialogues* (Paris, 1968), p. 142.

469. Jean-Pierre Duteuil, *Nanterre 1965-66-67-68: Vers le Mouvement du 22 mars* (París, 1988), p. 214; Mouvement du 22 mars, *Ce n'est pas qu'un début, continuons le combat* (París, 1968), p. 23; Dansette, *Mai*, 91; Jacques Baynac, *Mai retrouvé* (París, 1978), p. 29.

470. Bertolino, *Trublions*, p. 33; Pierre Andro, A. Dauvergne y L. M. Lagoutte, *Le mai de la révolution* (París, 1968), p. 27; Philippe Labro (ed.), *Ce n'est qu'un début* (París, 1968), p. 65.

471. 4 mayo 1968, Fa 248, APP; Journée du 6 mai, Fa 250, APP.

472. Citado en Baynac, *Mai*, pp. 33-34.

473. Para la actuación de la policía en la Sorbona en febrero de 1964, véase Alain Monchablon, *Historie de l'UNEF de 1956 à 1968* (París, 1983), p. 156. Cfr. Kristin Ross, *May '68 and Its Afterlives*

(Chicago, 2002), p. 29, que afirma que la policía «nunca antes... había profanado ese santuario».

474. Le chef du premier district, 6 mayo 1968, Fa 250, APP.

475. Mouvement du 22 Mars, *Début*, p. 57.

476. Jacques Perret, *Inquiète Sorbonne* (París, 1968), p. 27; Journée du 6 mai, Fa 250, APP.

477. «La liberté volée», *Esprit*, núm. 373 (agosto-septiembre 1968): 189; Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la commune étudiante* (París, 1969), pp. 49 y 664.

478. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 50.

479. 15 mayo 1968, AN 820599/75.

480. 4 mayo 1968, Fa 248, APP; Maurice Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît* (París, 1977), p. 83.

481. 4 mayo 1968, Fa 248, APP.

482. Dansette, *Mai*, p. 91. Las cifras en Tournoux, *Mois*, p. 351, son de 596 detenidos y 24 heridos, de ellos cuatro policías; Bertolino, *Trublions*, p. 34; Baynac, *Mai*, p. 33; 10 mayo 1968, AN 820599/40; 4 mayo 1968, Fa 248, APP.

483. 4 mayo 1968, Fa 248, APP.

484. Citado por Duteuil, *Nanterre*, p. 220.

485. Danielle Tartakowsky, *Le pouvoir et dans la rue* (París, 1998), p. 162.

486. Duteuil, *Nanterre*, p. 216; Bertolino, *Trublions*, p. 47; Dansette, *Mai*, p. 95; Marc Kravetz (ed.), *L'Insurrection étudiante* (París, 1968), p. 98.

487. Labro, *Début*, p. 81.

488. 4 mayo 1968, Fa 278, APP.

489. Citado en Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 85.

490. 8 mayo 1968, AN 820599/75.

491. David L. Schalk, *War and the Ivory Tower: Algeria and Vietnam* (Nueva York, 1991), p. 174; Benjamin Stora, *Historie de la Guerre d'Algérie 1954-1963* (París, 1993), p. 64.

492. Bulletin mensuel, agosto 1968, AN 820599/89.

493. 7 mayo 1968, AN 820599/40.

494. Citado en Labro, *Début*, p. 183.

495. Bertolino, *Trublions*, p. 42; Hervé Hamon y Patrick Rotman, *Génération*, 2 vols. (París, 1987), 1: 424; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 402; Dansette, *Mai*, p. 110.

496. Manifestations, 3 mayo 1968, Fa 248, APP.

497. 6 mayo 1968, Fa 249, APP.

498. *Ibid.*

499. Tournoux, *Moix*, p. 331.

500. Pierre Grappin, *L'Île aux peupliers* (Nancy, 1993), p. 256; Guy Michaud, *Révolution dans l'université* (París, 1968), p. 34.

501. Duteuil, *Nanterre*, p. 218.

502. Panfleto reproducido en Viénet, *Enragés*, pp. 260-261.

503. Citado en Duteuil, *Nanterre*, p. 219.

504. Panfleto reproducido en Viénet, *Enragés*, p. 262.

505. Citado en Patrick Seale y Maureen McConville, *Red Flag Black Flag: French Revolution 1968* (Nueva York, 1968), p. 65.

506. 4 mayo 1968, Fa 278, APP.

507. Duteuil, *Nanterre*, p. 220; Dansette, *Mai*, p. 96; 5 mayo 1968, Fa 249, APP; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 39; Christian Charrière, *Le Printemps des enragés* (París, 1968), p. 89.

508. Baynac, *Mai*, p. 50.

509. 8 mayo 1968, AN 820599/75; 6 mayo 1968, Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de Paris, confirma los disturbios.

510. 6 mayo 1968, AN 820599/40.

511. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 200; Dansette, *Mai*, p. 96; Viénet, *Enragés*, p. 53.

512. 31 mayo 1968, Fa 263, APP.

513. «La Faculté de Nanterre de 1964 à 1968, Entretien avec Pierre Grappin», en Geneviève Dreyfus-Armand y Laurent Gervereau (eds.), *Mai 68: Les mouvements étudiants en France et dans le monde* (Nanterre, 1988), p. 104.

514. 5 mayo 1968, Fa 249, APP. En Italia, a principios de los setenta, este tipo de terrorismo de bajo nivel adoptaría formas más violentas contra supervisores de fábricas. Véase Robert Lumley, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (Londres y Nueva York, 1990), p. 281.

515. 8 mayo 1968, Fa 252, APP.

516. 17 mayo 1968, Fa 257, APP.

517. 5 mayo 1968, Fa 249, APP.

518. 10 mayo 1968, AN 820599/40.

519. Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 149; véase también Robert Davezies (ed.), *Mai 68: La rue dans l'église* (París, 1968), p. 28; Grégory Barrau, *Le mai 68 des catholiques* (París, 1998), p. 38.

520. 18 mayo 1968, AN 820599/40.

521. 21 mayo 1968, Fa 259 APP.

522. 22 mayo 1968, Fa 259, APP; Yaïr Auron, *Les juifs d'extrême gauche en mai 68* (París, 1998), p. 138.

523. Perrot *et al*., *La Sorbonne par elle-même*, pp. 54-57.

524. Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 146; Seale y McConville, *Red Flag*, p. 78.

525. 10 mayo 1968, AN 820599/40.

526. Dansette, *Mai*, p. 112.

527. Danielle Tartakowsky, «Le PCF en mai-juin 1968», ponencia presentada en *Colloque acteurs et terrains du mouvement social de 1968*, 24-25 noviembre 1988, París.

528. Perrot *et al*., *La Sorbonne par elle-même*, pp. 45-47 y 61.

529. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, 201-205; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, pp. 58-66; Pierre Peuchmaurd, *Plus vivants que jamais* (París, 1968), p. 24.

530. Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 453.

531. 6 mayo 1968, AN 820599/40.

532. 7 mayo 1968 y 10 mayo 1968, AN 820599/40; 8 mayo 1968, AN 820599/75. Cfr. Alain Touraine, *The May Movement: Revolt and Reform* (Nueva York, 1979), p. 165: «Durante esa semana [3-10 mayo] la violencia rara vez fue excesiva».

533. 15 mayo 1968, Fa 263, APP.

534. 6 mayo 1968, Fa 250, APP.

535. 7 mayo 1968, Fa 250, APP.

536. Journée du 6 mai, Fa 250, APP.

537. Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 453.

538. 7 mayo 1968, Fa 250, APP.

539. 6 mayo 1968, Fa 250, APP. Ese uso masivo de gas lacrimógeno el 6 de mayo queda confirmado en los Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de París.

540. 7 mayo 1968, Fa 250, APP.

541. 8 mayo 1968, Fa 274, APP.

542. Lunes 6 de mayo 1968, Fa 249, APP.

543. 13 mayo 1968, Fa 251, APP.

544. Seale y McConville, *Red Flag*, p. 73.

545. Baynac, *Mai*, p. 53.

546. Gaston Bachelard, *The Psychoanalysis of Fire*, trad. Alan C. M. Ross (Boston, 1964), pp. 102-104; Johan Goudsblom, *Fire and Civilization* (Londres, 1992), p. 1.

547. Para la negación de los incendios y la afirmación de que fue la policía quien los inició, véase UNEF, *Le livre noir*, p. 84. Grimaud, *Mai*, p. 156, proporciona la respuesta oficial.

548. Gay L. Gullickson, *The Unruly Women of Paris: Images of the Commune* (Ithaca, 1996), cap. 5.

549. André-Jean Tudesq, «La radio, les manifestations, le pouvoir», en *Mai 68 à l'ORTF* (París, 1987), p. 140; Andro, *Mai*, p. 122. Para un ensayo muy perspicaz sobre el tema, véase Évelyne Sullerot, «Transistors et barricades», en Labro, *Début*, pp. 124-140.

550. Baynac, *Mai*, p. 58. Cfr. la interpretación de Dansette, *Mai*, p. 97, que argumenta que la actitud de los manifestantes hacia la Asamblea Nacional venía a significar la relativa falta de importancia de la legislatura de la Quinta República.

551. Mouvement du 22 mars, *Début*, p. 119; Andro, *Mai*, p. 47; Dansette, *Mai*, p. 97; Baynac, *Mai*, p. 59; Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 278; *Débats de l'Assemblée Nationale: Seconde session ordinarie de 1967-1968*, 14 mayo 1968 (París, 1969), p. 1769.

552. 14 junio 1968, Fa 251, APP.

553. 8 mayo 1968, Fa 251, APP.

554. *Ibid.*

555. 7 mayo 1968, Fa 251, APP.

556. *Ibid.*

557. 8 mayo 1968, AN 820599/75.

558. *Ibid*. Este documento afirma que solo 22 agentes sufrieron heridas. Véase también Journée du 7 mai, Fa 251, APP; 13 mayo 1968, Fa 251, APP.

559. 8 mayo 1968, Fa 251, APP.

560. *Ibid.*

561. 15 mayo 1968, Fa 256, APP.

562. 16 mayo 1968, Fa 257, APP.

563. 18 mayo 1968, Fa 258, APP.

564. 30 mayo 1968, AN 820599/40; 20 mayo 1968, Fa 258, APP.

565. François Duprat, *Les journées de mai 68: Les dessous d'une révolution* (París, 1968), p. 160.

566. 21 mayo 1968, Fa 259, APP.

567. 19 mayo 1968, Fa 258, APP.

568. 21 mayo 1968, Fa 259, APP.

569. 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

570. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 201.

571. Séguy, citado en Claude Prévost, *Les étudiants et le gauchisme* (París, 1969), p. 154.

572. Citado en Charrière, *Printemps*, p. 102.

573. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 208; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 65.

574. Charrière, *Printemps*, p. 113; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 198; Alain Monchablon, «L'UNEF et mai 1968», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 4. Para un relato que difiere ligeramente, véase Baynac, *Mai*, p. 56.

575. Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 211.

576. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 84.

577. 21 mayo 1968, AN 820599/40; 29 mayo 1968, AN 820599/40.

578. Baynac, *Mai*, p. 63; Juliette Minces, *Un ouvrier parle: Enquête* (París, 1969), p. 50; Peuchmaurd, *Vivants*, p. 33.

579. Citado en Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, pp. 230 y 261-262.

580. Manifestations, 8 mayo 1968, Fa 252, APP.

581. Dansette, *Mai*, p. 109. Según «L'Explosion de Mai», *France-Forum*, núm. 89 (julio-agosto 1968), 14, el uso de la palabra «represión» se volvió obsesivo.

582. Préfet de Paris à Ministre de l'Éducation Nationale, 14 junio 1968, Ministère de l'Éducation, Direction des collèges, AN 790793; Journée du 8 mai, Fa 252, APP.

583. 8 mayo 1968, Fa 252, APP.

584. Préfet de Paris à Ministre de l'Éducation Nationale, 14 junio 1968, AN 790793.

585. Louis Astre, del FEN, en *Matériaux pour l'historie de notre temps*, núm. 20 (julio-septiembre 1990): 51; *Mai 68 par eux-mêmes: Le mouvement de Floréal, an 176* (París, 1989), p. 41. Para desarrollos similares en Italia, véase Lumley, *States of Emergency*, pp. 94-100.

586. 10 mayo 1968, AN 820599/40; 9 mayo 1968, Fa 252, APP.

587. Philippe Bauchard y Maurice Bruzek, *Le syndicalisme à l'épreuve* (París, 1968), p. 71; Roger Martelli, *Mai 68* (París, 1988), p. 60.

588. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletins quotidiens, 10 mayo 1968, AN 820599/40.

589. 10 mayo 1968, AN 820599/40; 16 mayo 1968, AN 820599/40.

590. Kastler, citado en Labro, *Début*, p. 83.

591. Charrière, *Printemps*, pp. 115-123; Andro, *Mai*, p. 55; Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 71; Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, pp. 274 y 301.

592. 16 mayo 1968, Fa 257, APP.

593. Declaración del 11 de mayo, citada en 16 mayo 1968, AN 820599/40.

594. Baynac, *Mai*, p. 78.

595. 29 mayo 1968, Fa 263, APP.

596. 16 mayo 1968, Fa 263, APP.

597. 11 junio 1968, Fa 263, APP.

598. 7-10 mayo 1968, Fa 263, APP.

599. 9 mayo 1968, Fa 252, APP.

600. 10 mayo 1968, Fa 252, APP.

601. *Ibid.*

602. 15 mayo 1968, Fa 256, APP.

603. *Ibid.*

604. *Ibid.*

605. 17 mayo 1968, Fa 257, APP.

606. 20 mayo 1968, Fa 258, APP.

607. Citado en Labro, *Début*, p. 103; *Débats de l'Assemblée Nationale*, 14 mayo 1968, 1773.

608. 15 mayo 1968, Fa 256, APP.

609. Carta citada en Labro, *Début*, p. 115, y reproducida en Grimaud, *Mai*, pp. 341-343.

610. Mouvement du 22 mars, *Début*, pp. 27-29; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 80.

611. Journée du 10 mai, Fa 253, APP.

612. De hecho, los manifestantes detenidos estaban en la cárcel de Fresnes. Véase Andro, *Mai*, p. 61.

613. Peuchmaurd, *Vivants*, p. 50: «La première commune libre depuis 1871». Mouvement du 22 mars, *Début*, p. 67; Dansette, *Mai*, p. 127; Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 325; Baynac, *Mai*, p. 80.

614. Claude Raimon-Dityvon, *Mai 68* (París, 1988), p. 72.

615. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 432; Wolfang Ruppert, «Zur Konsumwelt der 60er Jahre», en Axel Schildt, Detlef Siegfried y Karl Christian Lammers (eds.), *Dynamische Zeiten: Die 60er Jahre in den beiden deutschen Gessellshaften* (Hamburgo, 2000), p. 758.

616. Cfr. Dansette, *Mai*, 353: «No existía entre estas sectas rivales [de *gauchistes*] otro elemento aglutinante más que el odio al comunismo ortodoxo».

617. Labro, *Début*, p. 141; Peuchmaurd, *Vivants*, p. 43.

618. E. S. [¿Évelyne Sullerot?], en Labro, *Début*, p. 142.

619. Peuchmaurd, *Vivants*, pp. 39-53; Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 484; Davezies, *Mai 68*, pp. 30-42.

620. 9 mayo 1968, Fa 252, APP.

621. Tournoux, *Mai*, pp. 63-64. Puede que algunos de los combatientes callejeros más agresivos fuesen *agents provocateurs*. Véase el testimonio presencial de Paco Rabanne en Gilles Caron, *Sous les pavés la plage* (Sèvres, 1993), p. 91; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 92.

622. W. Rabinovitch, «Contribution à la sociologie des masses en mouvement», *Revue internationale de criminologie et de police technique*, núm. 3 (julio-septiembre 1968): 209.

623. *Ibid.*

624. Raymond Aron, *La révolution introuvable* (París, 1968), pp. 87-88; Alain Corbin, «Préface», en Alain Corbin y Jean-Marie Mayeur (eds.), *La barricade* (París, 1997), p. 21; Michel de Certeau, *La prise de parole: Pour une nouvelle culture* (París, 1968), p. 14; Ingrid Gilcher-Holtey, *Die 68er Bewegung: Deutschland-Westeuropa-USA* (Múnich, 2001), p. 83.

625. 9 mayo 1968, AN 820599/40.

626. Price, *The Second French Republic*, p. 178.

627. Rupert Christiansen, *Paris Babylon: The Story of the Paris Commune* (Nueva York, 1996), p. 349.

628. Mark Traugott, «Barricades as Repertoire», en Mark Traugott (ed.), *Repertoires and Cycles of Collective Action* (Durham y Londres, 1995), p. 51 [ed. española: *Protesta social: repertorios y ciclos de la acción colectiva*, Hacer, 2003].

629. 23 mayo 1968, Fa 259, APP; 28 mayo 1968, Fa 260, APP.

630. Véase 8 junio 1968, Fa 271, APP. El asalto nunca tuvo lugar.

631. Patricia O'Brien, «The Revolutionary Police of 1848», en Roger Price (ed.), *Revolution and Reaction: 1848 and the Second French Republic* (Londres, 1975), p. 143; John Roach, «The French Police», en John Roach y Jürgen Thomaneck (eds.), *Police and Public Order in Europe* (Londres, 1985), pp. 107-142.

632. Bulletin mensuel, mayo-julio 1968, AN 820599/89.

633. Bulletin mensuel, septiembre 1968, AN 820599/89. Las cifras de la policía varían. Otras estadísticas hablan de un 54% de no estudiantes.

634. 10 mayo 1968, Fa 250, APP. La policía pensaba que *la pègre* (la chusma) se había unido espontáneamente a los estudiantes. 24 junio 1968, AN 800273/61.

635. 24 junio 1968, AN 800273/61.

636. Première nuit des barricades, 10-11 mayo 1968, Fa 253, APP.

637. 11 mayo 1968, Fa 253, APP.

638. 17 mayo 1968, Compte-rendu ... dans la nuit 10-11 mai, Fa 253, APP. Los bomberos confirmaron las acusaciones de la policía en 11 mayo 1968, Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de París.

639. Première nuit des barricades, 10-11 mayo 1968, Fa 253, APP. Los Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de París guardan silencio sobre esa cuestión.

640. 14 mayo 1968, Fa 253, APP.

641. Commissaire, 10 mayo 1968, Fa 253, APP.

642. 11 mayo 1968, Fa 253, APP.

643. Lo que sigue proviene de 10-11 mayo 1968, Fa 253, APP, y 11 mayo 1968, Fa 256, APP.

644. 11 mayo 1968, Fa 253, APP.

645. Journée du vendredi 10 mai, Fa 253, APP. Las cifras de extranjeros difieren algo en Daniel A. Gordon, «Immigrants and the New Left in France, 1968-1971» (tesis doctoral, Universidad de Sussex, 2001), p. 116.

646. Peuchmaurd, *Vivants*, p. 51; Mouvement du 22 mars, *Début*, p. 123; Charrière, *Printemps*, p. 135; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 89; Patrick Ravignant, *L'Odéon est ouvert* (París, 1968), p. 148; Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 411.

647. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 89.

648. Dansette, *Mai*, p. 113.

649. Ch.-A. Hirsch, «La police dans la tourmente», *Revue internationale de criminologie et de police technique*, núm. 3 (julio-septiembre 1968): 220.

650. Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 319.

651. Tournoux, *Mois*, p. 109.

652. Lecanuet, citado por Jean Charlot, «The Aftermath of May 68 for Gaullism, the Right, and the Center», en D. L. Hanley y A. P. Kerr (eds.), *May 68: Coming of Age* (Londres, 1989), p. 77.

653. Esta y la siguiente cita están tomadas de Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, pp. 365-366 y 420.

654. Odile Aubourg, «La presse contaminée: *France-Soir, Le Monde, L'Humanité* et *Le Figaro*», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 243.

655. 24 junio 1968, AN 800273/61.

656. Citado en Dansette, *Mai*, p. 392.

657. Citado en Alfred Willener, Catherine Gajdos y Georges Benguigui, *Les cadres en mouvement* (París, 1969), p. 38.

658. Guy Caire, «La situation sociale», *Droit social*, núm. 7-8 (julio-agosto 1968): 453; Michel Johan, «La CGT et le mouvement de mai», *Les Temps modernes*, núm. 266-267 (agosto-septiembre 1968): 329.

659. Geismar, citado en Labro, *Début*, p. 189.

660. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, pp. 96-101; Tartakowsky, «Le PCF».

661. Marc Goldstein, «Le Parti communiste du 3 mai au 6 juin 1968», *Les Temps modernes*, núm. 269 (noviembre 1968): 850. Los ataques a Cohn-Bendit se reanudarían tras el 13 de mayo.

662. PCF Bureau Politique, 12 mayo, citado en Prévost, *Les étudiants*, p. 158.

663. Hirsch, «La police», p. 221.

664. Citado en Labro, *Début*, p. 101.

665. 13 mayo 1968, Fa 263, APP.

666. André Sernin, *Journal d'un bourgeois de Paris en mai 1968* (París, 1988), p. 62.

667. Cfr. Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 384.

668. *Le Monde*, 25 mayo 1968.

669. 14 mayo 1968, Fa 263, APP.

670. Labro, *Début*, pp. 104-109; Dansette, *Mai*, p. 103. Gilles Martinet, *La conquête des pouvoirs* (París, 1968), p. 20, afirma que el número de policías, gendarmes y CRS de la capital ascendía a 100.000. Esto parece exagerado. Bernard Kouchner y Michel-Antoine Burnier, *La france sauvage* (París, 1970), p. 250, hablan de que en 1970 en París había más de 25.000 agentes de policía, 2.250 reclutados a partir de 1969.

671. Dansette, *Mai*, p. 130; Tournoux, *Mois*, p. 29.

672. De Gaulle, citado en Dansette, *Mai*, pp. 106-107. Véase también Perret, *Sorbonne*, p. 33; Tournoux, *Mois*, p. 73.

673. Dansette, *Mai*, p. 133.

674. Grève politique du 13 mai, 3 octubre 1968, Groupement des Industries Métallurgiques, Neuilly [en adelante citado como GIM]. Véase Dansette, *Mai*, p. 138; véase también Jean Rochet, *Cinq ans à la tête de la DST* (París, 1985), pp. 70-90, que también argumenta que el movimiento fue el resultado de la falta de firmeza de Pompidou.

675. 14 mayo 1968, AN 820599/40.

676. 14 mayo 1968, Fa 255, APP.

677. Henri Simon Oral History Project, 1994. Quiero dar las gracias al señor Henri Simon por realizar estas entrevistas con trabajadores a petición mía.

678. Martelli, *Mai*, p. 56. Las cifras probablemente estén exageradas, pero de todos modos demuestran un crecimiento.

679. 14 mayo 1968, AN 820599/40.

680. Véronique Campion-Vincent, *La légende des vols d'organes* (París, 1997), p. 220.

681. 10 mayo 1968, Fa 253, APP.

682. 11 mayo 1968, Fa 253, APP.

683. 16 mayo 1968, AN 820599/40.

684. 21 mayo 1968, AN 820599/40.

685. 20 mayo 1968, Fa 258, APP.

686. 8 junio 1968, Fa 271, APP.

687. Campion-Vincent, *La légende*, p. 220.

688. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 93.

689. 13 mayo 1968, Fa 255, APP; 14 mayo 1968, AN 820599/40. Véase también UNEF, *Le livre noir*, p. 93.

690. 13 mayo 1968, Fa 255, APP. Cfr. Grimaud, *Mai*, p. 185, que da una versión más favorable de la actuación de la policía.

691. 14 mayo 1968, Fa 263, APP.

692. 13 mayo 1968, Fa 255, APP.

693. 14 mayo 1968, Fa 255, APP.

694. 19 mayo 1968, Fa 258, APP.

695. 29 mayo 1968, Fa 266, APP; 25 mayo 1968, Fa 281, APP.

696. Sylvain Roumette, «Aide-Mémoire», *Les Temps Modernes*, núm. 265 (julio 1968): 156.

697. 13 mayo 1968, AN 820599/40.

698. El escritor también fue abucheado cuando habló a una multitud de 4.000 personas en el Boulevard Saint-Michel el 9 de mayo. 9 mayo 1968, Fa 252, APP.

699. 14 mayo 1968, 1 junio 1968, Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de París.

700. Dansette, *Mai*, p. 443; François Mauriac, *Bloc-notes*, 5 vols. (París, 1993), 5: 76.

701. Citado en Dansette, *Mai*, p. 187.

702. Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 406; Seale y McConville, *Red Flag*, p. 90; Baynac, *Mai*, p. 15.

703. Edmund White, *Genet: A Biography* (Nueva York, 1993),pp. 501-506, no menciona el incidente [ed. española: *Genet: una biografía*, Debolsillo, 2006].

704. Baynac, *Mai*, p. 127; R. Gregoire y F. Perlman, *Worker-Student Action Committees: France May '68* (Detroit, 1991), p. 44.

705. 15 mayo 1968, Fa 256, APP.

706. André Stéphane, *L'Univers contestationnaire* (París, 1969), basa buena parte de su análisis en los escritos de este grupo. Claire Duchen, *Women's Rights and Women's Lives in France 1944-1968* (Londres, 1994), p. 209, afirma que el grupo se reunía todas las tardes en Censier. Partes de sus escritos están reproducidos en Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 626-637.

707. *Quelle université? Quelle société?* (París, 1968), p. 149.

708. Baynac, *Mai*, p. 119.

709. Gregorie y Perlman, *Worker-Student Action Committees*, p. 37.

710. Baynac, *Mai*, p. 122.

711. Folletos, 24-25 mayo 1968, Bibliothèque Nationale [en adelante BN].

712. Baynac, *Mai*, pp. 196 y 257.

713. *Quelle université? Quelle société?*, pp. 153-155.

714. Citado en Baynac, *Mai*, p. 265.

715. *Quelle université? Quelle société?*, p. 170.

716. Véase Noëlle Bisseret, «L'enseignement inégalitaire et la contestation étudiante», *Communications*, vol. 12 (1968): 65.

717. Seale y McConville, *Red Flag*, p. 117; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 601; Gordon, «Immigrants», p. 48.

718. 5 junio 1968, AN 820599/41.

719. UNEF, *Le livre noir*, 14-75; Rioux y Backmann, *L'Explosion*, pp. 197 y 369.

720. 14 junio 1968, Fa 273, APP.

721. 16 mayo 1968, AN 820599/40.

722. 29 mayo 1968, AN 820599/40. Los estudiantes y radicales italianos dieron un cobijo similar a la gente de la calle.

723. 15 mayo 1968, Fa 256, APP.

724. Sernin, *Journal*, p. 25.

725. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 50; Dansette, *Mai*, p. 400; Perret, *Sorbonne*, p. 46; 29 mayo 1968, AN 820599/40.

726. Seale y McConville, *Red Flag*, p. 105.

727. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 114.

728. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 604. Duchen, *Women's Rights*, está de acuerdo en que Mayo del 68 no prestó mucha atención a los problemas de las mujeres.

729. Durandeaux, *Les journées*, p. 153.

730. Citado en Baynac, *Mai*, p. 164. Para un incidente similar, véase Cercle Barbara Salutati, *Longtemps je me suis souvenu de mai 68* (Burdeos, 2002), p. 72.

731. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 108.

732. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 449; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 119.

733. Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, p. 125; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 444.

734. 15 mayo 1968, Fa 256, APP.

735. 22 mayo 1968, Fa 259, APP. Unos estudiantes anónimos revelaron que se tramaba hacer explotar autobuses de la policía para provocar que los agentes usaran sus armas. Véase 25 mayo 1968, Fa 260, APP.

736. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 443; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, pp. 131 y 134.

737. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 453, 579 y 667.

738. *Ibid.*, pp. 393 y 728; Dansette, *Mai*, p. 415.

739. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 737; Peuchmaurd, *Vivants*, p. 90.

740. Jacques Frémontier, *La forteresse ouvrière: Renault* (París, 1971), p. 360.

741. 17 mayo 1968, AN 820599/40.

742. *Quelle université? Quelle société?*, pp. 30-35.

743. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 394, 633, 646, 663, 666 y 679; Perrot *et al.*, *La Sorbonne par elle-même*, pp. 126-130; *Quelle université? Quelle société?*, p. 37.

744. 15 mayo 1968, AN 820599/75.

745. Robert V. Daniels, *Year of the Heroic Guerrilla: World Revolutionand Counterrevolution in 1968* (Nueva York, 1989), p. 143.

746. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 697.

747. Citado en Dansette, *Mai*, p. 196.

748. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 609-617 y 625-628.

749. 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

750. 6 junio 1968, Fa 269, APP; 14 junio 1968, Fa 273, APP.

751. 16 mayo 1968, AN 820599/40; 17 mayo 1968, Fa 257, APP.

752. Préfet de Paris à ministre de l'Éducation Nationale, 14 junio 1968, AN 790793. Véase también Nicolas Daum, *Des révolutionnaires dans un village parisien* (París, 1988), p. 140.

753. 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

754. 17 mayo 1968, AN 829599/40.

755. René Andrieu, *Les communistes et la révolution* (París, 1968), p. 101; Tudesq, «La radio», p. 152.

756. 15 mayo 1968, Fa 256, APP.

757. 18 mayo 1968, Fa 257, APP.

758. *Ibid.*

759. 19 mayo 1968, Fa 258, APP.

760. 20 mayo 1968, Fa 258, APP.

761. 21 mayo 1968, Fa 259, APP.

762. Seale y McConville, *Red Flag*, pp. 141-143; Jean-Pierre Manel y Alomée Planel, *La crise de l'ORTF* (París, 1968), p. 27.

763. Emmanuel Souchier (ed.), *Mai 68* (París, 1988), p. 46.

764. Gilles Lipovetsky, «Changer la vie ou l'irruption de l'individualisme transpolitique», *Pouvoirs*, núm. 39 (1986): 91-105; Luc Ferry, «Interpréter Mai 68», *Pouvoirs*, núm. 39 (1986): 5-13; Luc Ferry y Alain Renaut, *68-86: Itinéraires de l'individu* (París, 1987).

765. *Atelier Populaire présenté par lui-même: 87 affiches de mai-juin 1968* (París, 1968), p. 10.

766. «La sérigraphie à l'École des Beaux-Arts: Entretien avec Rougemont», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 180.

767. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 800-810; Kravetz, *L'Insurrection étudiante*, p. 427.

768. André Fermigier, «No More Claudels», en *Art and Confrontation: The Arts in an Age of Change*, trad. Nigel Foxell (Greenwich, Conn., 1968), p. 43.

769. J.-J. Léveque, «Les arts en colère», *La Galerie des arts*, núm. 56 (septiembre 1968), p. 3.

770. *Atelier Populaire.*

771. *Quelle université? Quelle société?*, p. 117.

772. Mai 68, École des Beaux-Arts, documents originaux, QB mat, BN.

773. Laurent Gervereau, «L'Art au service du mouvement», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 162.

774. Vasco Gasquet, *Les 500 affiches de mai 1968* (París, 1978), p. 8; «L'Atelier populaire de l'ex-École des Beaux-Arts: L'Entretien avec Gérard Fromanger», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 166; *Le Monde*, 25 mayo 1968.

775. Gervereau, «L'Art au service du mouvement», p. 166; Bibliotèque Nationale, *Les affiches de mai 68 ou l'imagination graphique* (París, 1982). La policía indicó que ciertos estudiantes de Bellas Artes pensaban que el comité de huelga era «extremista». Véase 14 junio 1968, AN 820599/41.

776. Alain Geismar, Serge July y Erlyne Morane, *Vers la guerre civile* (París, 1969), pp. 174 y 325.

777. Citado en *Quelle université? Quelle société?*, p. 132.

778. Commission Université-Culture, Faculté de Droit, París, mayo 1968, citado en *Quelle université? Quelle société?*, p. 139.

779. 9 mayo 1968, AN 820599/40.

780. Miriam Levin, «Democratic Vistas—Democratic Media: Defining a Role por Printed Images in Industrializing France», *French Historical Studies*, núm. 1 (primavera 1993): 83.

781. Véase Robert Frank, «Imaginaire politique et figures symboliques internationales: Castro, Hô, Mao et le Che», en Geneviève Dreyfus-Armand, Robert Frank, Marie-Françoise Lévy y Michelle Zancarino-Fournel (eds.), *Les Années 68: Le Temps de la contestation* (Bruselas, 2000), pp. 31-47.

782. Véase Jean Garrigues, *Images de la révolution: L'imagerie républicaine de 1789 à nos jours* (París, 1988), pp. 148-149.

783. «L'Entretien avec Gérard Fromanger», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 184; Mai 68, École des Beaux-Arts, documents originaux, QB mat, BN.

784. 18 mayo 1968, Fa 258, APP.

785. Raymonde Moulin, «Living without Selling», en *Art and Confrontation*, p. 131; Léveque, «Les arts en colère», p. 4.

786. 18 junio 1968, AN 820599/41.

787. Para la técnica de reproducción, véase Gervereau, «L'Art au service du mouvement», p. 162. Pierre Gaudibert, «The Cultural World and Art Education», en *Art and Confrontation*, p. 145, habla de unas cifras de «350 carteles diferentes con un total de 600.000 copias». Alain Gesgon, director del Centre International de Recherche sur l'Imagerie politique, calculó que se produjeron entre 600 y 700 carteles distintos a lo largo de Mayo del 68 y que aproximadamente 600.000 se pegaron en las paredes. Conversación en CIRIP, París, 7 agosto 1994.

788. Gasquet, *500 affiches.*

789. Mésa, *Mai 68: Les affiches de l'atelier populaire de l'ex-École des Beaux-Arts* (París, 1968).

790. *Atelier Populaire.*

791. Mai 68, École des Beaux-Arts, documents originaux, QB mat, BN; Gasquet, *500 affiches*, p. 8.

792. Cfr. Ross, *May '68*, p. 206, que repite el error de que «casi ninguno [de los carteles] ... alude a la existencia de un movimiento estudiantil».

793. Véase Gervereau, «L'Art au service du mouvement», p. 164.

794. Stéphane Courtois, «Le joli mois de mai», *Communisme*, núms. 18-19 (1988): 229.

795. 29 mayo 1968, Fa 266, APP.

796. Cfr. los carteles de la Comuna en Christiansen, *Paris Babylon*, p. 305.

797. «De Enrique IV a De Gaulle: un *poulet* (pollo) en cada cazuela /por habitante». *Poulet* también significaba policía.

798. Véase Sarah Wilson, «Martyrs and Militants: Painting and Propaganda: 1944-1954», en Michael Scriven y Peter Wagstaff (eds.), *War and Society in Twentieth-Century France* (Nueva York y Oxford, 1991), p. 220.

799. Declaración de Bellas Artes citada en *Quelle université? Quelle société?*, p. 117.

800. Musée d'historie contemporaine, Bibliotèque de documentation internationale contemporaine [BDIC], Nanterre.

801. Mai 68, École des Beaux-Arts, documents originaux, QB mat, BN.

802. Gilbert Mury, *La société de répression* (París, 1969), p. 191; Marcel Faure, «Premières réflexions sur mai 1968», *Paysans* (mayo 1968): 8.

803. Gervereau, «L'Art au service du mouvement», p. 109; Laurent Gervereau, *La propagande par l'affiche* (París, 1991), p. 141; Antony Copley, *Sexual Moralities in France 1780-1980* (Londres, 1989), informa de que un póster a favor de la liberación gay apareció en las paredes de la Sorbona.

804. Léveque, «Les arts en colère», p. 4.

805. 8 junio 1968, Fa 271, APP.

806. Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 548.

807. Peuchmaurd, *Vivants*, p. 105.

808. 15 mayo 1968, Fa 256, APP.

809. *Ibid.*

810. 16 mayo 1968, Fa 257, APP.

811. 10 junio 1968, Fa 271, APP.

812. 26 junio 1968, Fa 276, APP.

813. 20 mayo 1968, Fa 258, APP; 16 mayo 1968, Fa 257, APP.

814. Grimaud, *Mai*, pp. 195-214. Cfr. Duprat, *Les journées*, p. 98, que resta importancia a la ocupación del Odéon por considerarla «intrascendente».

815. Sernin, *Journal*, p. 34; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 466; Charrière, *Printemps*, p. 174.

816. Ravignant, *L'Odéon*, p. 65; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 622.

817. 21 mayo 1968, Fa 258, APP; Bertrand Dorléac, «Les artistes et la révolution», y Marie-Ange Rauch, «Le théatre public, lieu de contestation», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années*, pp. 231 y 263.

818. 16 mayo 1968, Fa 257, APP.

819. Las citas que siguen son de Ravignant, *L'Odéon*, pp. 43-75.

820. Citado en Sernin, *Journal*, p. 66.

821. 21 mayo 1968, Fa 258, APP.

822. *Ibid.*

823. *Ibid.*

824. 28 mayo 1968, Fa 261, APP.

825. 21 mayo 1968, Fa 258, APP.

826. Ravignant, *L'Odéon*, pp. 56-73. Geismar *et al.*, *Vers*, p. 332, afirman que la del Odeón fue la «única ocupación que estuvo por entero bajo el control del lumpemproletariado».

827. 16 mayo 1968, Fa 257, APP.

828. 26-27 mayo 1968, Fa 260, APP.

829. 13 junio 1968, Fa 273, APP.

830. 1 junio 1968, Fa 269, APP.

831. Ravignant, *L'Odéon*, pp. 181 y 195.

832. Dansette, *Mai*, p. 337.

833. Ravignant, *L'Odéon*, p. 183.

834. 8 junio 1968, Fa 274, APP.

835. 13 junio 1968, Fa 273, APP.

836. Charrière, *Printemps*, p. 182; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 456 y 472; Dansette, *Mai*, p. 154.

837. Lumley, *States of Emergency*, p. 89.

838. «La Sorbonne occupée: Entretien avec Madeleine Rebérioux», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 158; *Quelle université? Quelle société?*, p. 55; 20 mayo 1968, Fa 258, APP.

839. 20 mayo 1968, Fa 258, APP.

840. 31 mayo 1968, Fa 261, APP.

CAPÍTULO 4
LA RESPUESTA DE LOS TRABAJADORES

Los asalariados aprovecharon la debilidad momentánea de mediados de mayo del poder estatal para iniciar la mayor oleada de huelgas de la historia de Francia. El que los estudiantes radicales quisieran que los trabajadores hiciesen la revolución no tuvo tanta importancia a la hora de provocar las huelgas como el hecho de que había divisiones entre las élites políticas. Lo que se ha llamado «la estructura de la oportunidad política» fomentó que el malestar social se extendiera a los obreros[841]. Incluso flaqueaba el apoyo al gobierno de algunos miembros de la mayoría gaullista. Como en 1789, 1848 y 1871, las diferencias entre grupos dirigentes promovieron la revuelta popular. Las acciones de estudiantes y trabajadores fueron parte de «un ciclo general de protesta» que recorrió el sistema social desde su centro hasta la periferia[842]. Los nuevos aliados del movimiento estudiantil retrasaron la defunción de este y le proporcionaron nuevas oportunidades, pero estos aliados tenían su propia agenda y su apoyo a los jóvenes rebeldes fue bastante condicional. Los asalariados no estaban tan interesados en la destrucción de la propiedad como en su adquisición. Su deseo de consumir se convirtió en última instancia en una poderosa fuerza de cohesión social.

El movimiento huelguista de 1968 confirmó y reforzó un patrón de posguerra que mostraba la dificultad de involucrar a la mayoría de trabajadores en ambiciosos proyectos políticos o sociales, los cuales se basaban en ideologías que atraían a las élites y a los militantes mucho más que al público en general o a la clase obrera[843]. Para muchos asalariados, sus intereses personales y familiares inmediatos tenían prioridad sobre temas políticos y sociales más amplios. Las huelgas de 1947 y 1948 que patrocinó el PCF no tuvieron éxito porque muchos trabajadores eran reacios a seguir a militantes politizados y a veces violentos contra un gobierno que estaba más que dispuesto a emplear la fuerza para mantener el orden. Asimismo, ni las

campañas «de paz» antinorteamericanas de 1949-1950 ni el eslogan de inspiración comunista *Ridgway la Peste* de 1952 (el PCF acusaba falsamente al general estadounidense Matthew Ridgway de usar armas biológicas en Corea) consiguieron ganarse a las masas. El éxito de las huelgas de servicios públicos y sectores nacionalizados de agosto de 1953 contrastó fuertemente con los anteriores fracasos. El activismo de sus bases sorprendió a los dirigentes sindicales, y demostró que aquellas, preocupadas por su sustento, tenían una idea diferente a la de sus líderes sobre cuál era el momento adecuado para protestar. En 1953, millones de huelguistas —con el respaldo de CGT, FO y la Confédération française des travailleurs chrétiens (CFTC)— consiguieron defender sus prestaciones de jubilación y sus perspectivas de ascenso laboral. Su victoria animó a volver al sindicalismo básico y tradicional y puso fin a la inútil ola de insurrecciones del periodo de posguerra.

Los paros laborales de 1953 mostraron la efectividad de una acción colectiva por parte de unas bases que contaban con el apoyo de las principales confederaciones. Habida cuenta de las divisiones políticas y religiosas que existían entre los sindicatos, la unidad se podía construir de dos formas distintas. Podían actuar juntos a partir de reivindicaciones laborales concretas y refrendadas por asalariados a menudo apolíticos e individualistas, o bien podían basarse en el mínimo denominador político común, esto es, en la defensa de la democracia frente a un golpe de Estado militar «fascista» o antirrepublicano. De acuerdo con este último fundamento, al final de la guerra de Argelia (1958-1962) los sindicatos se unieron esporádicamente para defender la República. La resolución del conflicto argelino permitió que luego esas organizaciones se centraran más exclusivamente en asuntos nacionales. Durante la huelga nacional de mineros de marzo y abril de 1963, se volvió a constituir una coalición para lograr mejoras salariales y laborales específicas, tal y como había ocurrido en 1953. Los sindicatos unidos —en los que, al igual que durante la guerra de Argelia, también estaba incluida la UNEF— desafiaron al régimen gaullista. El gobierno actuó con aún mayor agresividad que su homólogo durante las huelgas de 1947-1948, y obligó a los mineros rebeldes a volver al trabajo[844].

Además de posibilitar una fuerte alianza entre los sindicatos, la huelga de

mineros de 1963 fue precursora de los paros de 1968 de otras muchas formas. En primer lugar, ya en sus inicios la huelga se ganó la simpatía de la opinión pública, y 3.000 estudiantes se manifestaron en París en solidaridad con los mineros[845]. Parte del personal administrativo e incluso de los ingenieros que trabajaban para las compañías mineras apoyaron a sus compañeros obreros. Animados por tantos respaldos, los mineros de Lorena fueron el primer grupo de trabajadores que desde los años treinta organizaba una marcha a la capital[846]. En segundo lugar, los transistores permitían que los movilizados siguieran el progreso de las negociaciones[847]. En tercero, con la masiva huelga se consiguieron considerables aumentos de sueldo y vacaciones más largas. La activa militancia de los trabajadores obligó a un acuerdo que puso en peligro la política antiinflacionista del gobierno. Finalmente, y como ocurriría en 1968, la rebelión desconcertó a De Gaulle.

Esa huelga de mineros animó a formar coaliciones de izquierdas. A mitad de los sesenta, el PCF y la CGT se volvieron más receptivos a emprender acciones junto con otras organizaciones izquierdistas, dejando momentáneamente de lado sus diferencias del periodo de la Guerra Fría. La CGT, y luego también el PCF, apoyaron la candidatura del «atlantista» y relativamente pronorteamericano François Mitterrand en 1965. Al año siguiente, las dos principales confederaciones, CGT y CFDT, reafirmaron su alianza firmando un programa común que incluía reivindicaciones que, al menos en parte, prepararon el camino para las huelgas de Mayo del 68. Ambos sindicatos se opusieron a la política salarial del régimen e hicieron hincapié en su determinación de que se subieran los sueldos de los trabajadores peor pagados, que acostumbraban a ser mujeres, extranjeros y jóvenes. A partir de ahí las huelgas aumentaron, lo que causó una pérdida de tres millones de días de trabajo en 1966 y cuatro millones en 1967[848]. En la primera vuelta de las elecciones legislativas de 1967, subió el número de votos que recibieron PCF, SFIO y PSU. En la segunda vuelta, los gaullistas remontaron por escasa mayoría.

En el periodo inmediatamente anterior a la huelga general de mayo y junio, cierto número de enfrentamientos violentos dejaron de manifiesto la insatisfacción de los trabajadores. Los *gauchistes* consideraron que esos paros laborales eran «huelgas salvajes», ya que se habían llevado a cabo sin

la aprobación previa de los sindicatos. En diciembre de 1967, durante una manifestación en Lyon contra la política de empresa de Rhodiaceta, una filial del gran conglomerado Rhône-Poulenc, jóvenes huelguistas desoyeron la petición de moderación de los sindicatos y se enfrentaron a la policía[849]. Un mes después, la fábrica de SAVIEM de Caen, propiedad de la Renault, que daba trabajo a 4.800 personas, fue escenario de otro paro violento cuando la mayoría de empleados se pusieron en huelga el martes 23 de enero. Al día siguiente, la policía ocupó la entrada a la planta para proteger el «derecho al trabajo». En la propia Caen, el CRS cargó contra una multitud de manifestantes a los que inundó de gas lacrimógeno. Éstos contestaron arrojando piedras, cócteles molotov y otros objetos a los gendarmes y a los CRS. Mientras recorrían las calles, los sublevados rompieron ventanas de la prefectura, de varios bancos y de las oficinas de la patronal. Hubo más de 100 heridos y 85 detenidos, en su mayoría estudiantes. Los *gauchistes* culparon de que la huelga no consiguiera resultados concretos a la renuencia de los sindicatos a generalizar el paro laboral, así como a la enorme represión del Estado por medio de 7.000 CRS, gendarmes y *gardes mobiles*. Pese a la derrota del movimiento, los izquierdistas se congratularon de que nuevos sectores de la clase trabajadora, en particular los campesinos normandos proletarizados, estuviesen desarrollando «conciencia de clase». Un 70% de los trabajadores de SAVIEM eran obreros no cualificados a los que no interesaba pertenecer a un sindicato. El pequeño porcentaje que a partir de ahí se implicó más en la revuelta social se afilió en su mayoría a la CFDT. El 11 de marzo, unos trabajadores que se manifestaban en Redon (Ille-et-Vilaine) bloquearon las vías férreas desobedeciendo las advertencias de la policía[850]. Cuando esta intentó echarlos, los trabajadores les arrojaron piedras y tornillos. A eso siguió el gas lacrimógeno y una batalla de diez minutos. Las escaramuzas continuaron en el centro de la ciudad, donde los movilizados apedrearon la subprefectura. Veintiún policías y diez manifestantes resultaron heridos.

Los estudiantes activistas hallaron razones adicionales para «redescubrir el movimiento obrero»[851]. El 1 de mayo de 1968 se congregaron en París, según cálculos policiales, 12.000 manifestantes y 4.000 espectadores simpatizantes en la primera manifestación del Primero de Mayo que

autorizaba el gobierno desde 1954[852]. Entre los extranjeros participantes había 1.800 españoles y 200 argelinos. Aunque la marcha fue en general pacífica, 15 personas resultaron levemente heridas cuando surgieron escaramuzas entre el servicio de vigilancia de la CGT y unos cuantos de los 500-600 anarquistas, trotskistas y maoístas asistentes, algunos de los cuales habían acudido desde Nanterre. Un especialista policial observó que «el Primero de Mayo de 1968 marca el renacimiento de las grandes (c. 25.000) manifestaciones públicas de principios de los años cincuenta»[853].

Sin la revuelta estudiantil, tal vez las huelgas obreras hubieran seguido siendo tan aisladas y estando tan localizadas como antes de Mayo del 68. Al desafiar al Estado y, al mismo tiempo, provocar su dura represión, los estudiantes precipitaron la enorme oleada de paros laborales de la segunda mitad del mes[854]. El jueves 9 de mayo, Georges Séguy, de la CGT, y Eugène Descamps, de la CFDT, se reunieron en la sede central de la UNEF para estudiar la posibilidad de una manifestación unificada contra el gobierno[855]. Descamps nació en 1922 en Lomme, un barrio periférico de Lille, región en la que el catolicismo con conciencia social era muy influyente. Se hizo militante activo de la Jeunesse ouvrière chrétienne (JOC) de adolescente, lo que coincidió con el Frente Popular. Unos años después de la invasión alemana se unió a la Resistencia. Tras la Liberación, se colocó de metalúrgico mientras seguía activo en la JOC. En 1954 se convirtió en secretario general de la Federación metalúrgica de la CFTC. Descamps y sus amigos querían secularizar el sindicato y transformarlo en el gran rival democrático de la CGT procomunista. Poco a poco los «secularizadores» se fueron haciendo con el control de la organización, hasta que en 1964 la CFTC se convirtió en la CFDT. En enero de 1966 Descamps ya estaba negociando la unidad de acción con la CGT.

Georges Séguy siguió una trayectoria distinta. Nacido en 1927 en Toulouse, por su corta edad no pudo participar en el Frente Popular. En 1942 se unió a un grupo juvenil comunista y entró en la Resistencia. Fue detenido en 1944 por la Gestapo y deportado a Mauthausen. Tras la Liberación, entró a trabajar en la compañía ferroviaria nacionalizada, SNCF. Tal vez el periodo de mayor formación sindical de Séguy fuese el de las huelgas generales de 1947, a las que el ministro de Interior, Jules Moch, puso fin empleando

numerosas fuerzas que incluían al CRS. El recuerdo de esa dura represión haría que Séguy fuese reacio en 1968 a una confrontación directa con un Estado bien organizado y resuelto. Su elección en 1967 como secretario general, cuando tenía 40 años, mostró el ferviente deseo de la CGT de rejuvenecerse.

Séguy comprobó que la solidaridad daba resultados. No olvidaba que en 1963 sus trabajadores ferroviarios se habían beneficiado del paro de las minas al obtener el mismo aumento de sueldo que los mineros en huelga. Su acuerdo con Descamps y otros líderes sindicales para convocar una huelga general de un día, el lunes 13 de mayo, puso de manifiesto el potencial de la unión sindical. Pese al carácter ilegal de la huelga (prescindieron de dar aviso con cinco días de antelación), el paro laboral fue muy extenso. Los empleados del Estado estuvieron especialmente receptivos: la huelga tuvo un amplio seguimiento en la RATP, donde alrededor de un 60% de trenes y autobuses no entraron en servicio ese día[856]. Solo unos pocos sindicatos profesionales de la RATP y SNCF —*syndicats autonomes* que no estaban afiliados a ninguna gran confederación— se negaron a participar[857]. Según estimaciones oficiales, un 40% de las principales rutas de la SCNF se vieron afectadas, y un 50% del tráfico de cercanías tuvo problemas[858]. El secretario del Sindicato de ferroviarios de la CGT informó de que trabajadores de la SNCF hicieron huelga de brazos caídos en sus estaciones el 13 de mayo. Alrededor de la mitad de *cheminots* secundaron la huelga. El aeropuerto de París quedó paralizado y fue ocupado[859]. De acuerdo con los cálculos del Ministerio de Interior, entre un 70% y un 90% de empleados de la compañía de gas nacionalizada no trabajaron ese día[860]. Asimismo, entre un 60% y un 90% de maestros de primaria se pusieron en huelga el lunes[861].

El sector privado también se vio afectado. Aunque la «inmensa mayoría» de metalúrgicos parisinos fueron a trabajar, el paro interrumpió su jornada laboral. La patronal del metal calculó que la participación había sido de un 19%. El Ministerio de Trabajo afirmó que en 48 empresas metalúrgicas, con un total de 97.000 empleados, un 28% fueron a la huelga[862]. En 11 empresas de construcción, que contaban con 6.500 trabajadores, un 30% de estos participaron en el paro. Los asalariados de grandes compañías eran más

proclives a la huelga que los de las pequeñas y medianas empresas[863]. Esa tendencia quedó especialmente clara en el sector metalúrgico, en el que muchos trabajadores de las principales compañías automovilísticas dejaron de trabajar un extenso periodo de tiempo. Casi el 25% de los trabajadores de grandes empresas participaron, y un 78% de compañías de primer orden se vieron afectadas por la huelga. Esas cifras eran un mal presagio para el gobierno y la patronal, ya que en esas grandes empresas se incluían las de aviación y del automóvil, que estaban a la vanguardia del desarrollo industrial y eran los nuevos sectores más concentrados y competitivos de la economía francesa de finales de los años sesenta. A lo largo de las siguientes semanas se comprobaría que muchos trabajadores de esos sectores punteros secundaban los paros.

La mayoría de pequeñas empresas (las de menos de 50 empleados), que daban trabajo a más de un tercio de los asalariados del comercio y la industria, no sufrieron las consecuencias del movimiento, con lo que se convirtieron en un amplio e importante remanso de estabilidad durante Mayo del 68. Además, a menudo los paros estaban muy localizados. La huelga de ferroviarios, por ejemplo, fue menor a nivel nacional que en la región de París[864]. Añadamos a eso que a los empleados administrativos no pareció interesarles especialmente la revuelta obrera. Aunque el 35% de los trabajadores de la Seguridad Social de la región de París no acudieron a sus puestos, solo entre un 10% y un 16% de los de banca y seguros participaron en el paro. En Assurances Générales de France, una de las compañías de seguros más grandes de Francia, con más de 4.000 empleados solo en su oficina central de París, la movilización del lunes pasó casi desapercibida, por más que los sindicatos tenían fuerte presencia en la firma[865]. Únicamente a una mínima parte de sus trabajadores parecía preocuparles el enfrentamiento entre los estudiantes y las autoridades. En cuatro compañías de la industria química y farmacéutica, con un total de 5.300 empleados, solo un 12% fueron a la huelga. Claro está que el número de afectados por el paro en el transporte y por los negocios que no abrieron sus puertas fue mucho mayor, pero, aun así, el Estado seguía contando con recursos, y el Ministerio de Transporte suplió parcialmente el vacío en el servicio poniendo camiones militares a hacer las funciones de vehículos de pasajeros durante las horas punta de la

mañana y la tarde[866].

Inmediatamente después de la huelga general del lunes, continuaron los paros laborales en cinco plantas metalúrgicas de la región de París, y empezaron huelgas de importancia en empresas aeronáuticas y automovilísticas de provincias[867]. Sud-Aviation, cerca de Nantes, fue la primera en ponerse en huelga, acompañada de una ocupación, el martes 14 de mayo. Cabe recordar que trabajadores anarcosindicalistas de la empresa ya habían convocado un paro a principios de mes. La dirección de Sud-Aviation quería reducir la semana laborable de 48 horas a menos de 47, a lo que los trabajadores accedieron siempre que se les siguieran pagando las 48 horas[868]. El martes por la tarde solo un 15% de la plantilla permanecía en la fábrica, y 1.000 manifestantes se dirigieron de la planta al centro de la ciudad. Trescientos fueron al aeropuerto, donde, según mandos de Interior, gritaron y zarandearon al director de la empresa, que tuvo que irse en un coche policial. Al día siguiente, 2.000 huelguistas ocuparon la planta y confinaron al director y demás directivos en sus despachos[869].

El ejemplo de la ocupación de Sud-Aviation fue seguido por la planta de Renault de Cléon (Seine-Maritime) el 15 de mayo, y por las fábricas de Renault de la región de París, incluidas Flins y la gigantesca Boulogne-Billancourt, el jueves 16 de mayo. En esta última, según la policía, 5.000 trabajadores se encerraron en el interior de la planta[870]. El Ministerio de Trabajo informó de que los huelguistas impidieron la salida de la dirección y se hicieron con el control de la centralita telefónica[871]. Georges Séguy señaló que «los trabajadores comprendieron que el gobierno estaba siendo puesto a prueba y debilitado por la confrontación [con los estudiantes], y que había llegado el momento de ajustar cuentas»[872]. El líder de la CGC, André Malterre, estaba convencido de que las huelgas de estudiantes habían abierto el camino a las ocupaciones de fábricas «al poner de manifiesto la impotencia del gobierno»[873]. La destitución el 14 de mayo del ministro de Educación, Alain Peyrefitte, también se vio como otro reconocimiento de debilidad o incompetencia. Afirmó el propio De Gaulle: «Cuando los franceses ya no tienen miedo, desafían a la autoridad del Estado»[874]. Al igual que en otros periodos de la historia francesa como el del Frente Popular, los trabajadores

se aprovecharon de lo que percibían como indulgencia para defender sus propios intereses. Los huelguistas de 1968 repitieron la táctica de finales de los años treinta, cuando los asalariados eligieron las sentadas porque calculaban que el gobierno sería reacio a emplear la fuerza para desalojar las fábricas. Aunque su presentimiento fue correcto, el gobierno tuvo la prudencia de llamar a 10.000 reservistas de la gendarmería[875].

El crecimiento del movimiento y el apoyo que recibió de distintos sectores, entre ellos el de los productores televisivos sindicados, le proporcionaron acceso a la televisión controlada por el Estado. A continuación de la ocupación de la Renault, el jueves por la noche Cohn-Bendit, del Movimiento 22 de marzo, Geismar, del SNESup, y Sauvageot, de la UNEF, participaron en un debate televisivo en directo con un joven periodista de *Le Figaro* y otro de *Paris-Presse*[876]. Los periodistas querían centrarse en la cuestión de los exámenes universitarios, pero, a los diez minutos, los radicales se hartaron del tema, se negaron a contestar a ninguna pregunta más sobre él y recondujeron el debate hacia la situación social. El joven y agresivo periodista de *Le Figaro*, que tenía la costumbre de dar manotazos en la mesa cuando no estaba de acuerdo con algo, irritó a Cohn-Bendit, el cual, sin dejarse intimidar en absoluto, hizo gala de su habilidad mediática al reprender al periodista ante millones de telespectadores: «Mire, ya está bien. Cuando no le gusta algo, hace tanto ruido que no se puede oír nada. O deja de hacerlo o se marcha [...] porque queremos hablar a la audiencia de asuntos muy serios». La reprimenda de Dany provocó las risas de los técnicos del estudio. Hasta los observadores que le eran adversos pensaban que Cohn-Bendit era divertido, si bien no muy inteligente[877]. A los mandos policiales, en cambio, su estilo les parecía demagógico o «poujadista»[878]. Conforme avanzaba el debate, los periodistas profesionales se encontraron con que tenían que ponerse a la defensiva.

Pompidou apareció en pantalla justo después de que terminaran Cohn-Bendit y compañía. La refutación del primer ministro fue casi tan intempestiva como las intervenciones de los dos periodistas conservadores que le habían precedido: «Nadie ha hecho caso a mi llamamiento. Algunos grupos de *enragés* —y les hemos mostrado a unos cuantos— quieren propagar los disturbios [...] Franceses, francesas, cualesquiera que sean sus

preferencias políticas, cualesquiera que sean sus demandas sociales, deben demostrar que rechazan la anarquía»[879]. Ese «les hemos» de Pompidou fue un error innecesario que recordó a la audiencia el monopolio televisivo del gobierno. Pese a ese paso en falso, la intervención del primer ministro no fue un fracaso absoluto. Tuvo la astucia de identificar al régimen con el partido del orden que luchaba contra las fuerzas del caos. A lo largo de toda la crisis, los gaullistas vincularon constantemente a sus opositores políticos con los insurrectos violentos y destructivos.

A corto plazo, sin embargo, las advertencias de Pompidou tuvieron poco efecto, y los paros laborales continuaron expandiéndose. Unas cuantas huelgas parecen haber empezado de forma espontánea. Las más importantes fueron las de la fábrica de la Renault de Flins y la de Assurances Générales de France, donde los trabajadores dejaron de trabajar «sin formular reivindicaciones»[880]. Esto indica que algunos se estaban rebelando contra la rutina diaria o, como decía el dicho popular, contra el *métro, boulot, dodo... ras le bol* (metro, trabajar, dormir... estamos hartos). Por supuesto, los *gauchistes* y sus simpatizantes han puesto sistemáticamente el énfasis en la naturaleza espontánea de las huelgas para demostrar la activa militancia de las bases y la falta de influencia de la CGT en los trabajadores[881]. Sin embargo, lo cierto es que en la mayoría de los casos las huelgas fueron iniciadas por los sindicatos o sus militantes[882].

La PTT (Postes, Télégraphes, Téléphones) fue un ejemplo elocuente del peso sindical en un sector público que, a diferencia de lo ocurrido en las huelgas de 1936, se mostró muy favorable a los paros laborales. A finales de abril, la dirección de Correos manifestó su convencimiento de que la CGT y CFDT estaban fomentando una huelga de miles de empleados tanto de los *bureaux ambulants* (oficinas móviles) como de los centros de clasificación del correo para exigir mayores retribuciones para los turnos de noche, los fines de semana y las vacaciones[883]. A principios de mayo, los dirigentes de las varias Fédérations des fonctionnaires estaban buscando, según un informe policial, la fecha más propicia para dar inicio a la huelga: «Los líderes sindicales quieren empezarla, pero no se ponen de acuerdo en la fecha [...] Hablan de finales de mayo, pero lo más probable es que empiece antes»[884]. El 8 de mayo ya había una huelga que afectaba al 33% de trabajadores de

Correos de la Gare de l'Est y al 74% de la Gare du Nord[885]. Se les unieron los conductores de camiones de reparto, que querían una semana laboral de 40 horas divididas en cinco días de ocho horas. En la principal oficina de clasificación de correo de París-Brune participó la gran mayoría. El viernes 10 de mayo, 214 de un total de 366 conductores acataron la orden de la CGT de ponerse en huelga, a lo que la administración reaccionó contratando repartidores particulares, una práctica que políticos y publicaciones de izquierdas ya habían cuestionado incluso antes de que comenzaran los paros[886].

En medio de ese contexto de tensiones laborales, más empleados de Correos hicieron huelga el 13 de mayo. Conductores, encargados de mantenimiento y carteros siguieron la orden de huelga general. Capataces y administrativos, que hasta entonces no se habían pronunciado, también se unieron al paro. Según la policía, los huelguistas ocuparon y luego desalojaron sin incidentes una oficina de correos del Barrio Latino (en la Rue l'Épée de Bois)[887]. El 14 de mayo se detuvo el reparto de correo aéreo, y durante la noche del 17 al 18 de mayo se ocuparon los centros de clasificación y se montaron piquetes. Estos fueron eficaces a la hora de disuadir a los que querían volver al trabajo. El 18 de mayo, el ministro al mando del PTT pidió a la policía que echara a 100 trabajadores que estaban ocupando una importante oficina de telecomunicaciones cerca de la Bolsa, en el segundo *arrondissement*. El inspector jefe de la policía de ese distrito se trasladó hasta allí para hablar del asunto con los delegados de la CGT, los cuales aceptaron poner fin pacíficamente a la ocupación. «Sin embargo, hubo empleados jóvenes que se negaron a marcharse. En lugar de seguir a sus delegados, los más jóvenes y alborotadores exigieron rotundamente ser echados de allí por la fuerza si queríamos que se fueran, y así se hizo»[888]. Ese tipo de resistencia fue excepcional, y por lo general las principales oficinas de correos se desalojaron sin incidentes[889]. No hubo informes de que se empleara la violencia contra las personas o los bienes. La policía comprobó que su mera aparición simbólica bastaba casi siempre para convencer a los huelguistas de que se marcharan de las oficinas[890]. No obstante, las fuerzas del orden confirmaron algunos casos de resistencia pasiva a la evacuación por parte de trabajadores de Correos que, como los

manifestantes estadounidenses por los derechos civiles que no eran violentos, solo salieron de los edificios después de que los agentes los levantaran por los hombros. Conforme los ocupantes se marchaban, iban gritando ingenuamente «los policías están con nosotros» y «policía en huelga»[891]. En el centro postal de la Rue de Vaugirard, los huelguistas intentaron intimidar y presionar a sus compañeros que no hacían huelga, por lo que tuvo que acudir la policía a separar a ambos grupos. El 21-22 de mayo, 50.000 trabajadores de Correos de París, de un total de 80.000, estaban en huelga, y en provincias, 66.000 de 175.000. Muchas oficinas parisinas fueron ocupadas, y la mayoría de las de la ciudad y los barrios colindantes tuvieron que cerrar. Aunque los mandos policiales estaban dispuestos a intervenir en las oficinas de Correos ocupadas para garantizar «el derecho al trabajo», la mayoría de trabajadores se adhirieron a la huelga, mientras que la falta de transporte impidió que otros pudieran acudir a sus puestos[892].

Las grandes empresas nacionalizadas también se unieron al movimiento. Empleados de Air France ocuparon las oficinas del Boulevard Blanqui, se negaron a salir hasta que la policía verificase que no habían dañado ni destruido nada y luego se marcharon pacíficamente[893]. Su preocupación por las propiedades del Estado los diferenció de los manifestantes callejeros más radicales. El informe de un comisario confirma que una ocupación muy similar tuvo lugar en Météorologie Nationale, cuyos treinta y cinco ocupantes terminaron la sentada tras pedírselo los agentes[894]. Pese a la ausencia de violencia o sabotajes, las huelgas del sector público constituyeron un desafío importante al Estado. Las dificultades en el transporte y la escasez de combustible contribuyeron a que hubiese una tasa de absentismo laboral del 35% al 40% entre los empleados ampliamente leales de la Préfecture de Police[895].

Aun en los casos en que los paros no empezaron por haber sido convocados por los sindicatos, los militantes de estos terminaron interpretando las reivindicaciones de los trabajadores y pidiendo negociaciones. Las empresas metalúrgicas parisinas afirmaron que las huelgas que tuvieron lugar justo después del 13 de mayo no fueron, en contra de lo que decían muchas versiones, «espontáneas», sino provocadas por militantes de la CGT[896]. Ese análisis fue respaldado por su organización, la

CNPF, que estaba convencida de que las huelgas de estudiantes y de obreros eran totalmente distintas, y pensaba que las segundas eran *grèves comme les autres* (huelgas como las otras)[897]. El Ministerio del Interior coincidió en buena medida: «La movilización huelguista es enorme, pero [...] no siempre es espontánea o profunda»[898]. En las grandes empresas era a menudo una minoría la que la imponía. Un análisis estadístico demuestra que los «sectores tradicionales» en que los sindicatos eran fuertes —metalurgia, construcción, transporte y minería— son los que impulsaron las huelgas[899]. Un documento del Ministerio del Interior que se envió a los prefectos en junio hacía a la CGT responsable de la agitación laboral ya el 15 de mayo[900]. Según informadores de la policía, los activistas sindicales abandonaron el «día de acción contra el ataque a la Seguridad Social» que tenían programado para concentrarse en que hubiese paros generalizados[901]: «La secretaría de la CGT comunicó discretamente a sus mandos regionales que estaban endureciendo su postura, por lo que los instaban a que animasen a que se extendieran las huelgas [...] No podemos excluir que haya una nueva huelga general»[902].

Fuentes policiales indicaron que la CGT lideró las ocupaciones de doce grandes empresas y «quiere desarrollar el movimiento para no ser desbancados por los izquierdistas». Según mandos del Ministerio de Interior, «las sedes centrales de los sindicatos continúan con la agitación, pero no han ordenado formalmente una huelga general. Dejan que sean sus secciones de cada lugar las que lleven la iniciativa»[903]. En la mayoría de sectores, las exigencias tradicionales con respecto a salarios, jornadas y derechos sindicales mostraron el control e influencia de la CGT. «CGT y CFDT querían aprovecharse de la agitación estudiantil para conseguir ciertas reivindicaciones». Esta argumentación la respaldó el líder de la Federación de trabajadores ferroviarios de la CGT al afirmar que el 16 de mayo militantes de ese sindicato recibieron instrucciones de fomentar los paros en la mayoría de estaciones de tren estratégicas de París[904]. Ese día, el sindicato hizo pública una declaración en la que protestaba por las sanciones a los ferroviarios huelguistas y enumeraba sus demandas. Los *cheminots* estaban hartos de las huelgas inefectivas de veinticuatro horas que los sindicatos

habían convocado antes de mediados de mayo, y estaban dispuestos a lanzarse a una de larga duración[905]. El 17 de mayo, los empleados de las estaciones de Saint-Lazare y Achères dejaron sus puestos de trabajo. El 19 de mayo, el Comité de acción obrero-estudiantil de Censier afirmó que las huelgas ya no surgían de forma espontánea, sino por presión sindical[906].

Aunque en la segunda mitad de mayo la CGT compartía el objetivo político del PCF de disolver la mayoría gobernante, oficialmente rechazaba la violencia. La confederación había organizado un «Festival nacional de jóvenes trabajadores» en Pantin para el 17-19 de mayo al que esperaba que asistieran entre 30.000 y 40.000 jóvenes de toda Francia. Según la policía, los líderes del sindicato cancelaron la reunión para evitar lo que podría convertirse en una protesta incontrolada[907]. La CGT, como reconocieron mandos de Interior, quería un cambio de gobierno, pero sin desórdenes ni «anarquía». En su lugar, la confederación presionaba para conseguir salarios más altos y mayores beneficios para los jóvenes. Las fuentes del ministerio presentan a un Descamps prudente que consideraba que «la izquierda no podía reemplazar al actual gobierno porque PCF y FGDS no eran capaces de ponerse de acuerdo en un programa común». Su CFDT estuvo tentada de unirse a la CGT «para evitar la proliferación de huelgas salvajes y controlar el movimiento». Force Ouvrière fue aún más cauta que la CFDT. Los sindicatos no querían que la situación se les escapara de las manos.

El regreso anticipado de De Gaulle de Rumanía el viernes 17 de mayo mostró que el movimiento social le había restado prioridad a los asuntos exteriores, la esfera favorita del general. Continuó con su línea dura y recomendó que se asaltasen la Sorbona y el Odéon, pero sus ministros, más en sintonía con el sentir de la opinión pública, lo convencieron de que no era el momento oportuno para un gran ataque contra los ocupantes estudiantiles[908]. Algunos esperaban que el regreso del general pusiese freno a la expansión del movimiento, pero las huelgas continuaron durante el fin de semana del 18-19 de mayo. El tráfico ferroviario disminuyó al empezar los trabajadores de SNCF, cuya tasa de sindicalización era relativamente alta, a convencerse de que el Estado sería incapaz de sancionarles por participar en una huelga ilegal del sector público. Al mismo tiempo, los delegados sindicales cooperaban con la policía. Un comisario relató que, en la Gare

d'Austerlitz, los líderes sindicales «entendieron» y «apoyaron» su decisión de sustituir a los agentes de paisano por otros uniformados para evitar cualquier incidente con los huelguistas «exaltados»[909].

La policía les devolvió el favor sirviendo de mediadores entre los trabajadores en huelga y la extrema derecha. El 20 de mayo, estos últimos demostraron que no pensaban renunciar a su dominio del oeste de París sin luchar. Ese día, la policía informó de que una multitud de derechistas prescindieron de su habitual asistencia a la ceremonia de encendido de la llama de la Tumba del Soldado Desconocido para oír un discurso de Tixier-Vignancour[910]. Entonces un comando se separó del gentío y se dirigió a la Ópera, donde arrancaron pancartas de los trabajadores en huelga y las quemaron en las grandiosas escaleras del teatro. Luego los militantes de extrema derecha entraron en el edificio, en el que dañaron puertas interiores y rompieron ventanas. A continuación fueron al liceo Condorcet, donde intentaron forzar la entrada. No deja de ser irónico que los alumnos del liceo llamaran a la policía para que los protegiera de los asaltantes. Un agente intentó detener a los derechistas, pero estos cuestionaron su autoridad y criticaron a las fuerzas del orden por tolerar la ocupación «revolucionaria» del Odéon. Acto seguido, el grupo se dirigió a la Gare Saint-Lazare, y allí exigieron que los huelguistas retiraran una bandera roja. La policía negoció con los huelguistas del SNCF y con el comando. Las partes llegaron al acuerdo de que los primeros retirarían la bandera roja a cambio de que los segundos no volviesen a entrar en la estación de tren[911]. Los ocupantes de la estación y de la Ópera se prepararon para defenderse de cualquier nuevo ataque de Occident o de algún otro grupo de extrema derecha[912]. Cuando la policía detuvo y registró un coche que llevaba a cuatro operarios procedentes de la Ópera, encontraron porras de goma para «defensa personal»[913].

Contar con la simpatía de la opinión pública animó a que se extendiera el movimiento huelguista, que alcanzó su mayor ímpetu el lunes 20 de mayo[914]. Los sondeos mostraron que un 40% de la población estaba a favor de que los paros se extendieran de las universidades a otros sectores[915]. Por otro lado, la policía afirmó que las opiniones eran ambivalentes: «La gente está en general cansada de la anarquía estudiantil y se queja de la huelga de los servicios públicos»; «ayer [17 de mayo] la huelga que se inició de repente en los

banlieues provocó tal descontento entre los usuarios que los sindicatos acordaron suspenderla»[916]. Los sindicatos tuvieron en cuenta en todo momento el sentir de la opinión pública y cultivaron su simpatía cortando en muy pocas ocasiones el suministro eléctrico, al menos hasta la última semana de mayo. La proliferación de huelgas entre los trabajadores de Correos y Telefónica demostró que la movilización estaba llegando a sectores en que las mujeres eran mayoría. Los centros de enseñanza, sobre todo los liceos e institutos de formación profesional, detuvieron las clases mucho antes de que llegara la orden nacional de huelga del FEN del 22 de mayo. La militancia de estos profesores llevó a una conserje de la École des Filles del distrito segundo a negarse a dejar entrar a 40 niñas porque, como explicó a la policía, «no quería ser asesinada por los huelguistas»[917]. En una de las compañías de seguros más grandes del país, los oficinistas que habían hecho caso omiso de la manifestación del 13 de mayo dejaron de trabajar el siguiente lunes. Según estadísticas de Interior, 85.000 (92%) de un total de 92.000 trabajadores del SNCF de la región de París se unieron a los paros; en EDF-GDF, 33.200 de 38.700 (86%) hicieron huelga, y en RATP, 29.000 de 30.300 (un 96%)[918].

La paralización del transporte público el lunes 20 de mayo impidió que quienes tenían que trasladarse desde las afueras hasta la capital todos los días pudieran hacerlo, y provocó uno de los atascos de tráfico más enormes de la historia de París. El autostop, a modo de colectividad que colaboraba junta —o cuando menos como forma de comunicación—, venció al habitual individualismo de los automovilistas franceses. Los conductores se detenían a recoger a los que habían quedado tirados en las paradas. Evocando la tradición del *Saint Lundi*, los lunes siguieron teniendo una importancia fundamental en Mayo del 68. A lo largo de toda la década de los sesenta, ese día continuó siendo el de mayor absentismo laboral[919]. Puede que ponerse en huelga un lunes fuera una forma efectiva de unir a hombres y mujeres trabajadores, ya que las segundas —que, por ejemplo, suponían alrededor de un 20% de la plantilla del sector metalúrgico— tenían una alta tasa de absentismo ese primer día de la semana. Fue en lunes cuando los trabajadores hicieron huelga general (el 13 de mayo), dejaron de trabajar en grandes cantidades (el 20 de mayo) y, como veremos, rechazaron el acuerdo de gobierno, sindicatos y patronal (el 27 de mayo). A nivel nacional, el lunes 20

de mayo más de cinco millones de trabajadores secundaron la huelga en una amplia variedad de sectores: transporte, energía, correos, metalurgia, educación y banca[920]. Las entidades financieras empezaron a restringir la retirada de dinero, y comenzó un mercado negro de gasolina.

En el *banlieue* industrial de Argenteuil-Bezons, el movimiento huelguista «se desarrolló enormemente» a partir del 20 de mayo[921]. Los empresarios observaron que ese lunes los huelguistas se volvieron más propensos a cometer actos ilegales. Unos cuantos trabajadores se desentendieron de la condena de la CGT y el PCF de los secuestros o expulsiones de los directivos de las fábricas[922]. No obstante, parece que los sabotajes fueron escasos. Era más frecuente que los huelguistas no respetaran el «derecho a trabajar de quienes no se ponen en huelga»[923]. Las ocupaciones eran a menudo una forma de protestar contra las prerrogativas de la dirección y la jerarquía de la industria[924]. Los empresarios se quejaban del desmoronamiento del poder del Estado, y sobre todo de que la policía no acudiese en su auxilio[925]. El Ministerio del Interior desatendió la petición de 1.200 empleados de la Citroën que querían que el Estado protegiera su derecho a ir a trabajar. Como hemos visto, la policía no siempre desempeñó un papel represor, como tampoco sus mandos eran unánimemente hostiles a los huelguistas. De hecho, con la ayuda del alcalde comunista de Levallois-Perret, la policía medió entre los trabajadores en huelga de la Citroën y los capataces esquiroles para que se adelantara el pago de nóminas a los empleados[926]. Todas las partes estuvieron de acuerdo en que las mujeres, por su condición complementaria de amas de casa, recibieran el adelanto antes que los hombres. La afirmación del prefecto de que durante la oleada de huelgas sus hombres actuaron «tanto como jueces de paz y mediadores que como policías» solo puede dejarnos perplejos en parte[927].

Los industriales de los barrios de la zona oeste se quejaron de que militantes de la CGT de Avions Marcel Dassault y otras grandes empresas incitaran a los paros laborales al tiempo que los ayuntamientos controlados por la izquierda ayudaban a los huelguistas[928]. Según un militante de la CFDT, la CGT empezó la huelga de la compañía química Carbone Lorraine, de Gennevilliers, que tenía una plantilla de 1.200 trabajadores[929]. El control

de las huelgas de muchas empresas por parte de la CGT, sobre todo la de Imprimerie Nationale, frustró a los jóvenes revolucionaros de Censier. Los empresarios siguieron atribuyendo la «responsabilidad» de la mayoría de las huelgas a militantes sindicalistas, en particular de la CGT[930]. De las 77 huelgas en el sector metalúrgico de las que hay constancia, 68 se atribuyen a la CGT, seis a la CFDT y tres a FO. Por lo general los militantes eran varones. Aunque las mujeres de la industria textil y de servicios se mostraron más activas de lo normal, en conjunto en los sectores con mayoría de plantilla femenina hubo menos huelgas que en los dominados por los hombres[931]. De acuerdo con los empresarios del metal, fueron trabajadores de mayor edad y experiencia los que provocaron los paros[932]. De un total de 88 huelgas, 51 (un 58%) las empezaron trabajadores de entre 30 y 40 años; 24 (27%), empleados de entre 20 y 30 años, y solo siete (8%) fueron iniciadas por jóvenes de menos de 20 años. Aunque hubiese gente de menos de 30 años que se convirtieron en líderes huelguistas en empresas en que los sindicatos eran débiles, por lo general los activistas tenían cierta antigüedad laboral[933]. Los líderes de un 67% de las huelgas llevaban empleados en sus empresas más de un año. Trabajadores de Renault-Billancourt y de Jeumont-Schneider, una importante firma de electrónica de La Plaine Saint-Denis, no recordaban que los jóvenes estuvieran especialmente activos durante la huelga[934].

La información precedente es significativa en tanto en cuanto introduce modificaciones a la interpretación generalizada de que Mayo del 68 fue una revuelta juvenil[935]. Aun en casos como los de Renault-Cléon (Seine-Maritime), en que se dijo que los jóvenes asalariados estaban más entregados al movimiento, los principales sindicatos y sus afiliados de mayor edad se hicieron rápidamente con el control de los paros laborales[936]. Trabajadores franceses relativamente maduros, con contratos fijos y afiliados a un sindicato, fueron en buena medida los responsables de iniciar las huelgas del sector metalúrgico de la región de París. Esos paros confirman el análisis estadístico que ha establecido que la edad no fue un factor determinante en la oleada de huelgas[937]. Tener cierta edad, no obstante, no era impedimento para ser audaz. Según los empresarios del metal, en 35 de las 41 huelgas de las que había constancia, los trabajadores emplearon amenazas para

convencer a sus compañeros de que se unieran al paro. En otras 16 de 60 huelgas los militantes recurrieron a la fuerza, aunque no era frecuente que insultaran a los jefes ni encerrasen a la dirección. Solo en dos casos hubo daños a la propiedad, pero el peligro de sabotaje ciertamente existía. Varias personas, por ejemplo, entraron en una fábrica de noche y prendieron fuego a un camión. La investigación policial no pudo determinar si el incidente fue el resultado de las tensiones de la huelga o por el deseo de «venganza» en nombre de un trabajador que había sido despedido antes de mayo.

En el sector metalúrgico los militantes rara vez eran revolucionarios, y la influencia de los *gauchistes* era bastante limitada entre las bases[938]. Solo dos de un total de 88 empresas informaron de contactos con personas que pertenecieran a organizaciones maoístas, castristas, trotskistas o anarquistas. Tampoco fue importante el influjo general de estudiantes revolucionarios o radicales. Entre los huelguistas del barrio occidental de Argentuil-Bezons, colindante con Nanterre, los estudiantes radicales estuvieron en contacto con trabajadores únicamente en nueve de las 88 huelgas, y estas probablemente tuviesen lugar en fábricas metalúrgicas más grandes. Los estudiantes ciertamente se reunieron con empleados de la planta de Dassault de Saint-Cloud, pero su influencia fue insignificante[939]. En un caso, los contactos no se iniciaron a través de un *groupuscule*, sino de una organización juvenil cristiana. En Assurances Générales de France, donde la CFDT y FO tenían más peso que la CGT, los estudiantes e izquierdistas ejercieron escasa influencia durante la huelga, y hasta se les negó la entrada en las oficinas ocupadas. Así pues, la breve unión de los movimientos obreros y estudiantiles tras el 12 de mayo estaba condenada a deshacerse. El deseo de los estudiantes radicales de fusionarse con la clase trabajadora no se iba a realizar. Ni los asalariados del metal de París ni los de otros sectores buscaban el partido ni la ideología revolucionaria correctos[940].

Cuando la tarde del 16 de mayo, y de nuevo en mayor número (1.500-2.000) el 17 de mayo, los estudiantes fueron a Billancourt a mostrar su apoyo a los huelguistas, los trabajadores los recibieron con una mezcla de curiosidad, escepticismo y cierta hostilidad[941]. No les dejaron entrar en la fábrica ocupada. La policía llegó a la conclusión de que «la mayor parte de los intentos de unión de estudiantes y trabajadores [...] fracasaron»[942]. No

hubo comité de acción, independientemente de su color ideológico, que arraigase en Billancourt. De hecho, el que se establecieran ciertos comités de acción podría interpretarse como una señal del claro estatus minoritario de la extrema izquierda. El comité de Assurances Générales de France se creó en respuesta a la preponderancia de los principales sindicatos durante la ocupación[943].

Ya fueran reformistas o, lo que es mucho menos probable, revolucionarios, los *meneurs* (como los llamaban los empresarios de la metalurgia) que provocaban las huelgas eran en su gran mayoría franceses. Los inmigrantes parecen haber desempeñado un papel bastante marginal. Solo un 9% de los movilizados eran extranjeros: tres «anarquistas» españoles, dos argelinos «insolentes» y varios polacos, italianos y portugueses[944]. Según la policía, «los principales grupos de extranjeros —italianos, españoles, argelinos, portugueses, polacos y yugoslavos— obedecieron las órdenes de huelga de CGT, CFDT y FO, pero sin demasiado entusiasmo»[945]. Los trabajadores extranjeros solían ver las huelgas como un paro de los franceses en el que ellos solo tenían un papel pasivo[946]. Su relativa tranquilidad es significativa, ya que formaban alrededor del 15% de la mano de obra de la metalurgia parisina y, como en Alemania y otras naciones europeas avanzadas, su presencia era abrumadora en los trabajos peor pagados y menos especializados[947]. En las cadenas de montaje podían llegar a suponer más de la mitad de los operarios. El comienzo de la oleada de huelgas «provocó el pánico entre los trabajadores extranjeros»[948]. Los rumores de guerra civil y de una posible devaluación se extendieron entre ellos. Temporeros agrícolas españoles que recordaban de primera o segunda mano su propia guerra civil de treinta años antes se marcharon de île-de-France y de otras regiones francesas para regresar a España a finales de mayo. Con la misma inquietud, muchos portugueses se volvieron a su país a principios de junio. Según fuentes de Interior, solo a los italianos, «acostumbrados a los grandes movimientos sociales» de una democracia europea, no les entró el pánico. Los emigrantes italianos eran más propensos a votar a los comunistas que la población italiana en conjunto[949]. Su calma muestra que tal vez el Mercado Común hubiera integrado, o, para ser más precisos, «europeizado», a sus asalariados a finales de los cincuenta y principios de los sesenta.

Los paros laborales de mayo revelaron que los trabajadores norteafricanos aún no habían sido asimilados por el movimiento laboral, como les ocurriese a generaciones anteriores de inmigrantes. A pesar de compartir la misma posición social, los obreros franceses y los norteafricanos reaccionaron de forma diferente a las huelgas. Las razones de esto son complejas. Algunos autores han señalado las cuestiones políticas, como la guerra de Argelia, que dividieron a franceses y norteafricanos a principios de los sesenta[950]. Otros han considerado que ciertos factores culturales, o lo que Fernand Braudel llama el «choque de civilizaciones», impedían la asimilación. Braudel se refiere a la forma de vida islámica y sus actitudes concretas con respecto a la autoridad paterna y el papel de las mujeres: «Cada año hay de media unos 20.000 matrimonios mixtos. Dos tercios terminan en divorcio porque tales matrimonios tienden a requerir que una de las partes (o ambas) rompan con su origen. Sin embargo, sin matrimonios mixtos no puede haber integración»[951].

Siguiendo la tradición francesa del proudhonismo y la descentralización, cierto número de organizaciones obreras animaron a los trabajadores a exigir la autogestión o cogestión. El defensor de ese control por parte de los obreros que más se hizo oír fue la CFDT, cuyo secretario general, Descamps, pensaba que el movimiento obrero y el estudiantil compartían las mismas aspiraciones democráticas. Postulaba que las «monarquías» administrativas e industriales tenían que ser sustituidas por el control democrático de los trabajadores[952]. La CFDT veía su defensa de la *autogestion* como una forma de diferenciarse de su principal competidor y de animar a su militancia, sobre todo a sus bases de oficinistas. La exigencia del control por parte de los trabajadores cuadraba con la crítica de la CFDT de la sociedad de consumo. El 11 de mayo, su federación parisina ensalzó a los estudiantes por «rechazar la sociedad del automóvil, la televisión y la publicidad»[953]. El 16 de mayo, la CFDT proclamó que «la lucha de los estudiantes para democratizar la universidad es idéntica a la de los trabajadores para democratizar sus fábricas». El 20 de mayo, CFDT-Renault instó a que se dieran «los primeros pasos hacia la autogestión». La Action catholique ouvrière, que había nutrido a la CFDT de un importante número de militantes, manifestó su completa «solidaridad con los trabajadores que luchan para ganar poder en sus empresas y en la

sociedad». Hasta André Bergeron y la dirección de la FO abogaron por una versión reformista de la autogestión y la cogestión.

Los estudiantes radicales como Cohn-Bendit también pensaban que había llegado la hora de la autogestión. Dany dio a entender que los conflictos de Cléon y Flins se asemejaban a la lucha de Nanterre[954]. El Movimiento 22 de marzo aconsejó a los trabajadores que «hiciesen huelgas activas» y ofrecieran servicios gratuitos a los consumidores. Continuó su campaña en pro de las *autoréductions* (por ejemplo, coger el metro sin pagar) o de aquello que los que aceptaban el derecho de propiedad llamarían robo. El 25 de mayo, el Comité de acción trabajadores-estudiantes de Censier urgió a los asalariados a destruir el poder de la burguesía haciéndose con el control de la organización de la producción y distribución[955]. El arzobispo de París, François Marty, propuso una justificación altruista de la participación democrática de la mano de obra asalariada en sus empresas: «Muchos rechazan el sistema económico y social de hoy en día [...] La crítica de la sociedad de consumo, del materialismo occidental y del oriental, no es sorprendente [...] Todos deben participar activa y libremente en la toma de decisiones»[956].

La reivindicación de la autogestión halló cierto eco entre profesionales de clase media. En la semana laboral del 20-25 de mayo, un grupo de médicos ocuparon las instalaciones de su asociación profesional, y algunos arquitectos proclamaron la disolución de su corporativismo tradicionalista[957]. El 22 de mayo, un «comando» de escritores, capitaneado por Michel Butor y Natalie Sarraute, ocupó la Société des Gens de Lettres y, como tantos otros, manifestaó su deseo de crear una sociedad nueva en colaboración con los estudiantes y trabajadores[958]. Tampoco es de sorprender que Sartre, Simone de Beauvoir y Marguerite Duras apoyaran la iniciativa. Desde su tribuna en la Sorbona ocupada, el Comité de coordination des cadres contestataires exigió una democracia industrial que, se imaginaba, fomentaría «el florecimiento de la individualidad en el puesto de trabajo»[959]. En Assurances Générales de France, los *cadres* estaban mucho más interesados en la autogestión que otros empleados de menor sueldo. Ingenieros, técnicos y científicos de organizaciones que tenían gran número de personal altamente cualificado pidieron mayor autonomía profesional[960]. Empleados del Commissariat à

l'Enérgie Atomique, de la planta de Thomson Electronics de Gennevilliers y del Conseil National de Recherche Scientifique pidieron mayor democracia interna. Estos trabajadores especializados ya no querían limitarse a llevar a cabo pasivamente las órdenes que les llegaban de arriba, y muchos se negaron a oponerse a las ocupaciones[961]. No obstante, las negociaciones entre dirección y asalariados con frecuencia no prestaron atención a la petición de mayor democracia, relegándola en favor de cuestiones cuantitativas sobre subidas de sueldo y horas de trabajo. Los artistas que actuaron para entretener a los ocupantes se encontraron con que estaban más comprometidos con «las huelgas activas» que su propio público.

Para muchos analistas —por ejemplo Alain Touraine, Cornelius Castoriadis y los directores de *Les Temps modernes*—, la novedad y singularidad de Mayo del 68 radicaban en esa demanda generalizada de autogestión. Otros progresistas afines al movimiento estaban tan deseosos de creer que los trabajadores querían hacerse con el control de sus fábricas, que se inventaron la historia de que el personal de la fábrica de CSF de Brest había dado inicio a un «control democrático» y estaban produciendo *walkie-talkies*[962]. Esos inventores de mitos, entre los que se encontraban los historiadores Alain Delale y Gilles Ragache, así como los grandes periódicos *Le Monde* y *Témoignage chrétien*, demostraron estar tan dispuestos a creerse que sus deseos se hacían realidad como cualquier joven *gauchiste*. Sin embargo, la democracia en el trabajo rara vez figuraba en la lista de reivindicaciones de los militantes sindicales[963]. Más que reflejar el sentir obrero, tal vez la petición de autogestión sirviera de solución simplista para el auténtico problema peliagudo de la insatisfacción de los trabajadores con la disciplina industrial en particular y el trabajo asalariado en general. Las doctrinas de autogestión atraían poco a una masa laboral para la que el trabajo no dejaba de ser *travail*, y que prefería escaparse de la fábrica en cuanto podía o disfrutar de los placeres del consumo. Pese a toda la retórica de sindicatos y partidos, incluidos los grupúsculos, los trabajadores nunca llegaron a identificarse del todo con la idea de que fuesen productores que querían hacerse con el control de los medios de producción. Los radicales estadounidenses —como la League for Industrial Democracy, de gran influencia en el SDS— fueron igual de superficiales. El SDS heredó el

compromiso de la Liga con la democracia e intentó hacerla «participativa»[964]. La mayoría de trabajadores, sin embargo, no querían participar en su propia esclavitud laboral. Todd Gitlin ha argumentado con perspicacia que «la democracia participativa era la ideología de un grupo social de tamaño mediano [de radicales cultos] atrapados entre el poder y la falta de este y con una actitud ambivalente hacia ambos»[965].

Implícita en el concepto del control por parte de los trabajadores estaba la necesidad de que el individuo continuara subordinado a la colectividad productora. El Movimiento 22 de marzo propugnaba inequívocamente que «la autogestión es el control por parte del yo de todo lo que le atañe, pero ese yo se refiere a un yo colectivo, no a uno individualista. La autogestión no es cierto número de individuos que quieren gestionarse autónomamente [...] sino un todo colectivo que quiere poder controlarse. En este último caso, no hay cabida para el individuo»[966]. Era inevitable que los trabajadores se preguntaran si de verdad les beneficiaba dirigir las fábricas[967]. Muchos llegaron a la conclusión de que no, ya que un control eficaz por su parte exigía un grado de implicación profesional y social que no podían o no querían tener.

Más que propugnar la autogestión, la CGT e incluso los afiliados de la CFDT de algunos sectores concretos antepusieron su acuerdo de enero de 1966, por el que se comprometían a luchar por un aumento sustancial del salario mínimo, sueldos más altos, seguridad laboral y la reducción de la semana de trabajo[968]. En el sector metalúrgico, CGT y CFDT exigieron jornadas más reducidas y mayores retribuciones, sobre todo para los trabajadores peor pagados, que solían ser extranjeros, mujeres y jóvenes[969]. Esto indicaba que los activistas sindicales (por lo general varones y franceses) estaban decididos a tratar de llegar a los grupos sociales que componían la mayoría de trabajadores industriales. Ya mucho antes de Mayo del 68, la CGT había intentado atraer a distintas categorías de empleados[970]. En 1965 había pedido la reducción de la jornada laboral de las mujeres. Consciente del «doble papel de tanta repercusión social de las trabajadoras como asalariadas y madres», hizo campaña en 1967 en pro de la igualdad salarial y de mayores oportunidades laborales para las mujeres. Los militantes de la CGT insistían en la necesidad de «poner fin a cualquier tipo de

discriminación contra ellas»[971]. En una edición especial de su revista femenina, la confederación argumentaba que las asalariadas deberían trabajar menos. Sus activistas afirmaban que los sábados no laborables y las jornadas reducidas eran aún más necesarios para las mujeres, ya que «el largo trabajo a destajo las lleva a una situación desesperada»[972]. También la CFDT pedía igualdad de sueldo por el mismo trabajo con independencia del sexo.

No solo las mujeres eran objeto de atención por parte de los sindicatos, sino que estos también querían que los jóvenes y extranjeros participasen como iguales de los mundos del trabajo y del ocio. Reconociendo que «uno de cada cuatro trabajadores es extranjero», la CGT se felicitaba de su «larga tradición internacionalista» y apoyaba las reivindicaciones de los inmigrantes[973]. Los comunistas franceses respaldaron al MOI (Main d'Oeuvre Immigré), formado por comunistas italianos que luchaban por la igualdad de salarios y de derechos[974]. Los sindicatos pedían el fin de la discriminación contra extranjeros y jóvenes y la supresión de la práctica de pagar a estos últimos menos por el hecho de serlo. Con anterioridad a Mayo del 68, la CGT se ocupó especialmente de reclutar a jóvenes que se rebelaban contra la disciplina de las fábricas y la autoridad de sus supervisores. Quería alistar a esos insurgentes, que, de otro modo, podrían ser captados por el *gauchisme*[975]. Los jóvenes activistas de la CGT pedían que los empresarios pagaran cursos de formación, actividades deportivas, el alojamiento de aquellos de su edad que se casaran y una quinta semana de vacaciones. En lo que era una muestra de su anhelo por uno de los artículos fundamentales de la sociedad de consumo, los jóvenes trabajadores de la Citroën pedían que les hicieran descuento en el precio de los coches que alquilaban para irse de vacaciones[976]. Al igual que ocurría en las compañías automovilísticas, las reivindicaciones formales de los jóvenes huelguistas de los institutos de formación profesional —mayor dotación de becas y la creación de un centro de enseñanza tecnológica— tenían un alto grado de materialismo[977].

La oleada de reivindicaciones y huelgas provocó un importante debate parlamentario el 22 de mayo. La oposición presentó una moción de censura por las políticas económicas, sociales y educativas del gobierno, en la que condenaba «el rechazo de la administración a entablar ningún diálogo

verdadero» y su «enorme represión»[978]. La situación del gobierno era precaria, ya que solo contaba con una exigua minoría: 245 escaños (incluidos los 43 de los críticos *giscardiens*, seguidores del grupo de Republicanos Independientes de Giscard) frente a los 242 de la oposición. En el hemiciclo, Pompidou defendió a sus ministros y atacó a los «anarquistas» que querían destruir el Estado y la sociedad. Olvidándose de su propio repudio implícito de la policía, ensalzó a esta por defender el orden social con gran profesionalidad. Culpó a los medios, sobre todo a la radio, de animar a los alborotadores y tratarlos con benevolencia. Reconoció que la «debilidad de la autoridad [del Estado]» tenía el propósito de evitar «la confrontación» con los huelguistas. Al mismo tiempo, dio a entender que las huelgas se estaban volviendo «sediciosas». Afirmó que era mal momento para derrocar al gobierno y que estaba más que dispuesto a negociar con los sindicatos sus demandas sociales y económicas, pero excluyendo cualquier tipo de negociación «política» con ellos.

Pompidou se había vuelto un hábil orador durante su largo mandato, y ya el 14 de mayo había intentado impresionar a la Asamblea con sus dotes intelectuales haciendo un análisis histórico muy amplio. El antiguo *normalien* comparó la agitación de 1968 con la del siglo XV que había marcado el fin de la Edad Media. Concluyó que, en realidad, la crisis de esos momentos no se centraba en la universidad, el gobierno o ni siquiera la nación, sino que insistió en que era «una crisis de civilización» que ponía en peligro los valores tradicionales. Dio a entender que estaba naciendo una nueva era posmoderna, concepto que, por mucho que se haya exagerado, sigue siendo influyente.

Sin duda François Mitterrand, del FGDS, quedó impresionado por el carácter olímpico del análisis de Pompidou: «Le escuchamos, señor primer ministro, y al reflexionar sobre ciertos pasajes de su discurso, pensamos: “Ojalá estuviese en el gobierno para poner en práctica sus ideas”»[979]. El 22 de mayo, consciente de que contaba con la atención de la audiencia televisiva a escala nacional, Mitterrand hizo gala de sus propias habilidades oratorias: «No les quedan más trenes, ni más metros, ni más fábricas en funcionamiento, ni más escuelas, ni más bancos, ni más grandes almacenes, ni más oficinas de correos, y, sin embargo, aquí están ustedes [los ministros],

aquí están todos»[980]. El líder del FGDS sugirió que habría que disolver la Asamblea Nacional y convocar nuevas elecciones.

Mitterrand y la izquierda parlamentaria querían aprovechar la oleada de huelgas para hacerse con el poder político. Las autoridades del Ministerio del Interior pensaban que el perspicaz líder socialista se había dado cuenta de que no sería tan fácil que cayera el gobierno[981]. Mitterrand predijo correctamente que De Gaulle estaba dispuesto a hacer grandes concesiones a los trabajadores para evitar una *crise de régime*. En esos momentos, el parlamentario socialista era reacio a hablar de un programa común y de una posible coalición con el PCF, que urgía a formar un «gobierno popular». En su lugar, los socialistas insistían en la necesidad de que hubiera nuevas elecciones[982]. Las críticas al gobierno de Pompidou no procedían únicamente de la izquierda convencional. Edgar Pisani, gaullista de izquierdas y antiguo ministro, desertó de la coalición mayoritaria y votó a favor de la moción de censura. Pese a las predicciones previas de la policía de que el grupo parlamentario centrista Progrès et démocratie moderne (PDM) temía el posible «desorden endémico» y podría apoyar al gobierno, 34 de sus 42 diputados también votaron a favor de la moción de censura del gobierno de Pompidou[983]. Aunque no les gustaba la perspectiva de un nuevo gobierno dominado por el PCF, a estos centristas les consternaba tanto la negativa del gabinete a negociar seriamente como la brutalidad de su policía. Los *giscardiens* criticaron al gobierno por no conseguir promover el «diálogo», pero, temerosos del «desorden» que pudiera producirse si caía, no votaron a favor de la moción de censura. Esta se perdió por 233 votos frente a 244 y el gobierno sobrevivió[984].

El debate indicó que Pompidou estaba dispuesto, de ser necesario, a sacrificar a la izquierda gaullista y a los centristas para mostrar que su mayoría daba máxima prioridad al restablecimiento del orden. En otras palabras, el gobierno no esperó de brazos cruzados a final de mes para fomentar el retorno a la normalidad. Uno de sus primeros pasos fue reafirmar su férreo control de los medios. Para lograrlo, el ministro del PTT, Yves Guéna, emitió una orden que, en efecto, prohibía a las emisoras de radio transmitir en onda corta. Como justificación de esa interdicción, el ministro alegaba que la policía necesitaba todas las frecuencias, lo cual es discutible.

Los medios, incluido el periódico conservador *Le Figaro*, se mostraron escépticos y criticaron la mano dura del gobierno[985]. Lo que pretendía la prohibición era impedir que las emisoras de radio pudieran retransmitir en directo los enfrentamientos en el Barrio Latino y otras partes de la capital, de manera que, con esa censura de las ondas, los activistas no acudieran en masa a los lugares de conflicto a ayudar a sus camaradas tras oír las noticias en sus transistores. Paradójicamente, anteriores medidas del gobierno hicieron que su prohibición no tuviese mucho resultado. La sociedad de consumo que respaldaba multiplicaba la disponibilidad de formas de comunicación públicas y privadas, por lo que la censura resultaba difícil. Así pues, la prohibición de informar por onda corta solo fue efectiva en parte, ya que siempre había residentes en las zonas de conflicto o dueños de cafés dispuestos a dejar que un reportero usara su teléfono[986]. De hecho, los sublevados contaban con los medios para interceptar las comunicaciones de la policía, y cualquier radioaficionado competente podía escuchar conversaciones oficiales. La policía reaccionó a esa vulnerabilidad codificando sus mensajes[987].

La cobertura radiofónica continuó y se centró en las manifestaciones del 22 de mayo y días posteriores, provocadas por la imprudente decisión del gobierno de expulsar al «extranjero» Cohn-Bendit de Francia. A un considerable número de radioyentes y telespectadores debió de costarles entender la expulsión, ya que enseguida habían comprobado que el «anarquista alemán» hablaba francés mejor que muchos periodistas, diputados y ministros[988]. La lucha contra la represión volvió a unir a distintos grupos de radicales. Varios miles de manifestantes, convocados por la UNEF, de nuevo expresaron su solidaridad internacional gritando el 22 de mayo: «Todos somos judíos alemanes»[989]. Al expulsar a Dany, el gobierno despreciaba la tradición humanitaria de la educación superior francesa y cedía a las exigencias de la extrema derecha xenófoba, por no decir antisemita. *Minute*, su órgano oficial, había pedido que a Cohn Bendit «se le agarre del pescuezo y se le lleve a la frontera sin formalidades que valga. Y si nuestras autoridades no tienen valor para hacerlo, conocemos a cierto número de jóvenes franceses que están deseando llevar a cabo esa tarea en pro de la seguridad pública»[990].

El PCF y la CGT fracturaron el frágil frente antirrepresión el 22 de mayo al no protestar por la expulsión de Cohn-Bendit[991]. Los «estalinistas» eran contrarios a cualquier muestra pública de apoyo al pelirrojo, al que *L'Humanité* acusó de «calumniar a los comunistas e insultar a nuestro partido»[992]. Asimismo, la CGT calificó la manifestación en favor de Cohn-Bendit de «nueva provocación» que solo ayudaba al gobierno. Séguy condenó a los «alborotadores [...] cuyos actos han alejado a los trabajadores»[993]. Sus ataques al movimiento estudiantil provocaron la disensión de los elementos más radicales de la CGT, como el Syndicat des correcteurs. Este sindicato, de una tradición sindicalista revolucionaria que se remontaba a finales del siglo XIX, rechazó la «actitud antiunitaria» del líder de la CGT[994]. Algunos intelectuales del PCF, entre ellos los historiadores Jean Bouvier, Madeleine Rebéroux, Jean Chesneaux y Albert Soboul, criticaron públicamente al partido por no apoyar a los estudiantes y a Cohn-Bendit[995].

No es de extrañar que las condenas de PCF y CGT no consiguieran apagar las protestas de los manifestantes de extrema izquierda. La tarde del 22 de mayo, una multitud de 4.000 estudiantes proclamó —de nuevo hiperbólicamente— «todos somos extranjeros» ante una Asamblea Nacional fuertemente custodiada[996]. Un comisario de policía afirmó que Geismar había reconocido que uno de los objetivos de la manifestación era influenciar el debate sobre una posible amnistía[997]. Después de que se dispersara el grueso de asistentes, un grupo de 400 permanecieron en el lugar. Estos *trublions* intentaron quemar la sede histórica del movimiento gaullista en la Rue de Solférino. Los habitantes del edificio rápidamente extinguieron las llamas y, en represalia, lanzaron desde los pisos superiores a los manifestantes rudimentarios misiles que hirieron a dos de ellos. Pasada la medianoche, un cooperativo miembro del servicio de vigilancia de la UNEF avisó a la policía de que había algunos exaltados que iban a bombardear a los agentes con adoquines y otros objetos. Según las autoridades, cientos de esas personas, en su mayoría muy jóvenes, eran «*blousons noirs et voyous* (jóvenes delincuentes) que siempre aparecen en las insurrecciones». Los mandos concluyeron que la UNEF y el SNESup eran incapaces de controlar a «la fauna que ronda por el Barrio Latino»[998].

La policía podía dialogar con los militantes de la UNEF, a los que por lo general consideraban razonables y de buen comportamiento[999]. Cuando la noche del 23 de mayo 500 manifestantes atacaron la jefatura de policía del Barrio Latino (en la Place du Panthéon), causando daños a un vehículo de emergencias y robando media docena de porras, el servicio de orden de la manifestación formó una barrera humana para limitar el destrozo del vehículo y contener a «los más exaltados»[1000]. Otros manifestantes a los que la UNEF no pudo controlar rompieron cristales de cafés y lanzaron granadas de gas lacrimógeno a la policía, que ésta afirmó que era más tóxico que el del propio gobierno[1001]. Algunos intentaron ocupar la cochera de basuras del Quai de la Tournelle. Las autoridades informaron de que, a lo largo de la noche y primeras horas de la madrugada del 22-23 de mayo, varios cientos de sublevados, que agitaban banderas rojas y unas cuantas negras, iniciaron incendios en el Barrio Latino y en zonas más alejadas como el distrito dieciocho[1002]. A las 2:45 de la madrugada, «había un círculo de fuego en la Place Maubert». La policía empleó mangueras de alta presión para apagar las llamas y dispersar a la gente.

No hay duda de que los CRS actuaron de forma especialmente agresiva y brutal. Estos policías antidisturbios, según un inspector jefe de la policía, «se mostraban tan enérgicos que más bien había que contenerlos en lugar de animarlos». «La exasperación e impaciencia de los oficiales y agentes del CRS se agravaban considerablemente conforme aumentaba su cansancio»[1003]. Otro inspector constató que estaban «terriblemente cansados» por trabajar varios turnos sin relevos[1004]. El ministro de Interior tuvo que hacer uso de todos los hombres disponibles y concentrar los turnos durante la noche, lo que empeoró el agotamiento y malestar de los agentes. Ante la oleada cada vez mayor de huelgas, el 21 de mayo el director de la policía municipal había suspendido todos los permisos y vacaciones[1005]. Esa decisión se tomó en el contexto de «la creciente irritabilidad de la policía por la larga demora en la llegada de fuerzas de relevo»[1006]. Este reconocimiento del nerviosismo e impaciencia de la policía añade mayor credibilidad, en el caso de que se necesitara más, a las acusaciones de lo brutal de su represión.

El número de heridos era una razón adicional para esa violencia policial.

Con anterioridad al 21 de mayo, 900 agentes, alrededor del 10% de los que estaban de servicio, habían sufrido lesiones. La mayoría fueron por impacto de adoquines y piedras (525, o un 58%)[1007]. Estas armas rudimentarias demostraron ser las más peligrosas. Otros 216 fueron víctimas del gas lacrimógeno. Algunos manifestantes fabricaban el suyo propio, que los agentes siguieron insistiendo en que era más nocivo que el de las marcas estatales[1008]. No obstante, no hay duda de que el que ellos mismos lanzaban y que les volvía también perjudicó a muchos. A menudo carecían de la movilidad de los manifestantes, que se podían dispersar fácilmente a la primera señal u olor de una nube química. Un inspector de policía informó de que había resultado «muy afectado» por el uso de «una variedad de gases» durante las noches del 6, 10 y 25 de mayo y la del 10-11 de junio: «Las molestias se produjeron o bien por mi prolongada permanencia en un ambiente saturado de gas lacrimógeno, en el que los manifestantes no se quedaban mucho tiempo, o ciertamente porque estos [el 10 de junio] lanzaron gases más nocivos [que los nuestros]»[1009]. No obstante, no hubo ningún agente afectado por el gas que tuviera que ser hospitalizado. Las estadísticas policiales refutan las acusaciones de que el gobierno empleaba gases muy tóxicos que habían probado por primera vez los estadounidenses en Vietnam. Habría sido muy imprudente que el estado pusiera en peligro a sus propios hombres empleando gases muy venenosos para el control de masas urbanas. Solo dos agentes resultaron heridos por cócteles molotov, lo que demuestra que esa sencilla arma, inventada para destruir tanques, seguía siendo mucho más perjudicial para los bienes que quemaba que para las personas. La mayoría de heridos fueron leves: solo 19 agentes tuvieron que ser hospitalizados, aunque las lesiones de 396 (un 44%) fueron lo bastante graves para que les diesen la baja.

Un mando policial recordó a sus hombres que «debían mantener la calma, habida cuenta de la situación política de ese momento, pero la sensatez de esa argumentación poco pudo hacer frente a la lluvia de adoquines»[1010]. Altos cargos del gobierno habían tomado medidas para limitar la posibilidad de una represión brutal y el consiguiente rechazo de la opinión pública moderada. Ordenaron a sus fuerzas que solo usaran gas lacrimógeno en acciones defensivas, es decir, contra quienes les arrojaran adoquines y construyesen

barricadas[1011]. «Hay que evitar los enfrentamientos que no sean estrictamente necesarios para mantener el orden». Las líneas policiales también se defendían con mangueras de alta presión. El Estado tuvo la sagacidad de impedir que sus fuerzas persiguieran a los estudiantes hasta sus guaridas, por mucho que estos los enfurecieran al refugiarse en edificios universitarios a los que los agentes uniformados no tenían acceso. Una vez más, ese tipo de tolerancia calculada sirvió para contener la represión. Hasta mediados de junio, las fuerzas del orden se negaron a invadir instituciones ocupadas a las que los sublevados se podían retirar a descansar, comer y preparar cócteles molotov o granadas de gas lacrimógeno[1012]. Las estadísticas de la policía muestran que la participación de no estudiantes a los que la UNEF no podía controlar era cada vez mayor. Durante la noche del 22-23 de mayo, hubo 65 detenidos, de los que solo 20 eran estudiantes y únicamente seis mujeres[1013]. Esa violencia fue un anticipo de la de las noches siguientes. Los manifestantes empezaban pacíficamente de día, pero se volvían feroces de noche.

La noche del 23-24 de mayo se levantaron barricadas, algunas de las cuales un inspector calificó de «imponentes»[1014]. Después de medianoche, entre 500 y 600 manifestantes defendían una fortificación en la Rue des Écoles. Coches quemados, francotiradores que arrojaban adoquines y una segunda barricada en la Rue de la Montagne Sainte-Geneviève obstruían el avance de la policía, que intentó tomarla por detrás. Únicamente después de que hubiesen agotado sus suministros de gas pudieron los agentes desmontar ambas barricadas, hechas de árboles talados, adoquines y rejas de la École Polytechnique: «El buldócer del ejército tardó más de una hora en retirarlas de las calles»[1015]. Tras neutralizar las fortificaciones, mandos policiales —a los que se había concedido considerable autonomía— entablaron negociaciones con un grupo de profesores. El resultado favoreció a los sublevados al permitir que 200 de ellos, entre los que había un «importante número de chicas», se marcharan sin ser detenidos. En los ataques de algunos grupos a agentes y vehículos que habían quedado aislados, 19 CRS resultaron heridos, algunos de ellos por el lanzamiento de objetos desde los pisos superiores de edificios. Los manifestantes parecían tener mayor movilidad y agresividad que en noches previas, mientras que la policía antidisturbios

seguía cansada y tensa. Esta iba adquiriendo una reputación atroz entre los sublevados, hasta el punto de que algunos de ellos escribieron un panfleto en el que ensalzaban a varios policías municipales que, al parecer, los habían salvado de recibir una brutal paliza por parte de miembros del CRS[1016]. Los mandos eran conscientes de que era su pertenencia a la policía municipal, y no al CRS, lo que había salvado a un agente de paisano al que cinco estudiantes capturaron cerca de la Sorbona[1017]. A continuación, un grupo de 25 lo obligaron a acompañarlos a la facultad, donde —en imitación de las prácticas de sus adversarios— examinaron su documentación. Al enterarse de que era guardia urbano, lo dejaron en libertad, advirtiéndole de que «tienes suerte de no ser CRS, o te habríamos linchado»[1018].

De 186 detenidos, 44 (24%) eran extranjeros, una cifra relativamente elevada. De esos 44, solo 13 eran estudiantes. Ciento diecisiete del total de detenidos (63%) no lo eran, un porcentaje significativamente alto[1019]. De esos 117, 86 eran franceses y 31 extranjeros. Nueve de los extranjeros eran argelinos, y cinco españoles. No había muchas mujeres, tal vez por el sexismo de los agentes de las fuerzas del orden, que, como hemos visto, eran reacios a llevarse a mujeres (aunque quizá no tanto a maltratarlas). Solo hubo 12 detenidas (un 6%): diez francesas y dos extranjeras. Otros diez estaban en paro, lo que hasta cierto punto arroja dudas sobre las acusaciones de la policía de que los manifestantes no eran más que delincuentes juveniles. La edad media de los prendidos era de 20 años. Un contingente relativamente grande procedía de los *banlieues* de clase obrera. Diez se habían desplazado desde Seine-Saint-Denis, y 12 de Val-de-Marne. Solo unos pocos de los detenidos tenían antecedentes, lo que de nuevo demuestra que no se les podía tachar de meros criminales. Según un recuento, 102 policías resultaron heridos, entre ellos cinco CRS que figuraban como «en estado grave» tras esa noche del 23 al 24 de mayo[1020]. Se construyeron siete barricadas, se levantaron cinco calles, se quemaron nueve vehículos y otros diez sufrieron daños, se rompieron 30 escaparates y se talaron seis árboles. Hubo que llamar sesenta veces a los bomberos. La noche adquirió tintes que podrían haber llegado a ser devastadores cuando manifestantes que se dispersaban volvieron a prender fuego a contenedores de toda la capital[1021]. Ardió basura en el distinguido distrito octavo y, lo que era más inquietante, en el quince, en el

aparcamiento de los camiones privados de recogida de basuras que se estaban usando para reemplazar a los vehículos de los basureros que estaban en huelga[1022]. Los bomberos tardaron dos horas en apagar ese incendio.

Para intentar enmendar la situación, De Gaulle habló brevemente por televisión la noche del 24 de mayo. Su esfuerzo supuso una decepción para sus partidarios, sus asesores más cercanos y él mismo. Afirmó ante un público incrédulo que el Estado estaba manteniendo el orden. Aunque la audiencia tuviera razones para ser escéptica, el hecho de que el general pudiese en ese momento estar dando su discurso parecía demostrar lo que planteaba. Había policías de paisano protegiendo la emisora y su central eléctrica mientras hacía su alocución[1023]. Asimismo, el presidente quiso adelantarse a sus adversarios al proponer una forma gaullista de autogestión que él denominó «participación». El deseo del general de promover esa participación no era una mera estratagema política, sino que reflejaba la búsqueda que venía de antiguo del gaullismo de una vía intermedia entre el capitalismo y el socialismo. Era esa búsqueda la que había atraído a progresistas como Capitant, Pisani y otros al movimiento gaullista. Por último, De Gaulle propuso que se celebrara un referéndum en junio sobre la renovación de la universidad y la economía, y se comprometió a dimitir si no se aprobaba.

Las reacciones a su discurso fueron en buena parte negativas. Los centristas rechazaron lo que consideraban un referéndum «bonapartista» que decían que mataría el «diálogo»[1024]. Los políticos de la oposición desconfiaban aún más de ese referéndum que proponía De Gaulle y lo tacharon de autoritario y antirrepublicano. Mendès-France sintetizó la reacción de todos: «No está hablando de un plebiscito, sino luchando contra él». La mayoría de observadores e incluso el propio general estuvieron de acuerdo en que probablemente fuese uno de los discursos menos efectivos de su carrera política[1025]. Una pintada de la Sorbona lo resumió sucintamente: «Ha tardado tres semanas en anunciar en cinco minutos que va a tratar de hacer en un mes lo que no ha podido en diez años». El apoyo al gobierno continuó desgastándose. Dos días después del discurso, un sondeo mostró que el 55% de los franceses tenían peor opinión del general que antes de mayo, mientras que mejor solo la tenían un 15%[1026].

La negativa del gobierno a que políticos de la oposición (Gaston Defferre y Mendès-France) pudieran replicar a la alocución agravó la reacción negativa. Tan descarada censura indignó a los periodistas televisivos, y al poco la mayoría de la plantilla de la ORTF se unió al paro laboral más largo de su historia[1027]. Las razones para hacer huelga eran varias. Algunos querían mayor autonomía del control gubernamental; otros, seguridad laboral. Solo un pequeño porcentaje de empleados y productores tenían contratos indefinidos, y la CGT lideró su lucha para conseguir trabajos más estables[1028]. Los creadores independientes amenazaron con secundar la huelga cuando el gobierno gaullista censuró *Zoom*, un popular programa de actualidad.

El fracaso del gobierno para reafirmar el control inmediato de su radio y televisión y la ineficacia del discurso del general del 24 de mayo llevaron a algunos militantes gaullistas a la conclusión de que el régimen corría peligro mortal[1029]. Por otro lado, los activistas que se manifestaban y protestaban por todo París se envalentonaron. Como era habitual, la CGT tuvo un comportamiento moderado en sus dos manifestaciones pacíficas para mostrar su dominio de la capital. En la primera participaron 4.000 personas que marcharon de oeste a este, de la Place Balard a la Porte de Choisy. La segunda reunió a entre 10.000 y 15.000 que avanzaron en dirección opuesta, de la Bastilla a Havre-Caumartin[1030]. El Movimiento 22 de marzo, los comités de acción y el CAL exigieron «el poder para los trabajadores» y la «abolición del empresariado»[1031]. La UNEF —respaldada por el 22 de marzo y el SNESup— siguió protestando por la expulsión de Cohn-Bendit y la represión del gobierno.

Algunos soñaban con ocupar el Ayuntamiento y revivir la Comuna. Otros querían extender la lucha a los barrios obreros del norte de la ciudad. En su lugar, el dinamismo del movimiento parisino intensificó el peregrinaje de activistas procedentes de los *banlieues*. Trasladándose a la margen derecha, la UNEF congregó a 25.000 mil asistentes en la Gare de Lyon la tarde del viernes 24 de mayo[1032]. Mientras marchaban hacia el oeste, en dirección a Les Halles y la Bolsa, la policía les dio el alto. Entonces los manifestantes construyeron barricadas entre la Gare de Lyon y la Bastilla y les prendieron fuego, pero los buldóceres de la policía rápidamente las arrasaron. A

medianoche, los sublevados atacaron las comisarías de los distritos once y doce. Según la policía, entre 3.000 y 4.000 llegaron a la Bolsa, y, una vez allí, unos 100 de ellos incendiaron ese «templo del dinero»[1033]. Las fuerzas del orden también afirmaron que «los bomberos, apedreados por los manifestantes, controlaron rápidamente el incendio. Un amplio dispositivo que empleó grandes cantidades de gas lacrimógeno pudo despejar la Bolsa y la Plaza de la Ópera. Los alborotadores estaban perfectamente organizados y dirigidos»[1034]. Una vez más, los radicales no hicieron caso al servicio de orden de la UNEF. Según la policía, los más destructivos tenían más de 30 años y no eran estudiantes[1035].

El incendio de la Bolsa fue más que un ataque simbólico contra la capital[1036]. Mostró la incapacidad momentánea del gobierno para imponer su plan de confinar a los manifestantes estudiantiles en el Barrio Latino, aunque hemos de decir que el Estado pudo impedir las protestas en lo que designó «sectores prioritarios»: el Palacio del Elíseo, la embajada de Estados Unidos, la Cámara de Diputados y varios ministerios y embajadas del distrito séptimo[1037]. La policía del Barrio Latino recibió instrucciones de no acudir al Boulevard Saint-Michel, al Boulevard Saint-Germain y a los muelles entre el puente de Austerlitz y el Pont Royal[1038]. Su retirada significaba que el Barrio Latino quedaba abandonado a merced de los estudiantes. De nuevo, la reacción del gobierno fue una mezcla de represión y tolerancia (a menudo olvidada durante los días y noches de violencia). Se ordenó a los agentes que no patrullaran solos y formasen grupos para protegerse entre sí[1039].

El ataque a la Bolsa también fue parte del intento general de los sublevados de dominar la oscuridad urbana. Inmediatamente antes y después de ese asalto, los activistas callejeros, que blandían banderas rojas y negras e iban armados con hachas y palos, intentaron detener a los camiones que llevaban mercancías al mercado de Les Halles. La huelga de servicios de limpieza les proporcionó gran cantidad de basura que quemar, lo que obligó a los bomberos a hacer otra salida. Justo antes de medianoche, hubo un violento enfrentamiento entre policía y manifestantes en la Rue de Rivoli y la Rue Saint-Denis. La batalla interrumpió la descarga de camiones y los repartos, pero, como escribió el comisario del lugar, «los manifestantes nunca intentaron hostigar a los trabajadores [esquiroles] ni dañar la mercancía

almacenada. Hicieron bien en no meterse con los trabajadores, ya que varios de ellos esperaban la menor excusa para darles a los sublevados una buena paliza»[1040].

Prendieron fuego a la comisaría de la Rue Beaubourg, donde los bomberos evacuaron a 12 personas y asistieron a tres que se habían desmayado[1041]. El director de la Biblioteca Nacional mostró su preocupación de que los manifestantes pudieran poner en peligro la Bibliothèque de l'Arsenal al quemar vehículos policiales aparcados cerca de esta[1042], por lo que pidió que los estacionaran en otro sitio. A los muchos agentes que vivían en los barrios periféricos también les preocupaba el fuego. En una urbanización del barrio de Gonesse, en el norte, en la que vivían 300 familias de policías, corrió el rumor de que bandas juveniles iban a provocar un incendio[1043]. Asimismo, una pandilla de 60 violentos atacaron a un grupo de policías[1044]. A estos, así como a sus mujeres e hijos, les asustaba que los jóvenes hostiles pudieran quemar sus pisos y coches. En Noisy-le-Sec arrojaron cuatro cócteles molotov a la casa de un sargento de policía[1045]. En Eaubonne, un desconocido disparó un tiro a un agente fuera de servicio que volvía en coche a casa del trabajo[1046].

Estallaron incidentes aún más graves en el Barrio Latino[1047]. A primera hora de la noche del viernes, se erigieron barricadas en el Boulevard Saint-Michel y la Rue Saint-Jacques, para las que se talaron 130 árboles con motosierras, se levantaron calles con picos y palas y se volvieron a saquear obras en construcción en busca de materiales que pudieran servir[1048]. Los cubos de basura incendiados iluminaban el barrio. Una barricada de coches y árboles del Boulevard Saint-Michel y la Rue des Écoles llegaba a los tres metros de altura. De nuevo los buldóceres demostraron ser el antídoto oficial, aunque sus ocupantes sufrieron «una lluvia constante de objetos». «El buldócer es una herramienta muy notable que cambia por completo las condiciones del ataque»[1049]. Ese equipamiento pesado hacía mucho más fácil el trabajo policial, pero los buldóceres necesitaban un conductor experimentado, resguardo especial contra los cócteles molotov y agentes valientes que los protegieran[1050]. El fuego podía detener hasta a la mejor maquinaria. A las 3 de la madrugada del 25 de mayo, las llamas eran tan altas

que obligaron a un buldócer a aguardar la ayuda de los bomberos. Todas las barricadas quedaron eliminadas hacia las 6 del 25 de mayo, pero los estudiantes regresaron varias horas después. Solo después de que el ejército terminase de limpiar los escombros a últimas horas del sábado por la noche, pudo la ciudad empezar a empedrar de nuevo las calles del Barrio Latino.

Durante esa llamada Segunda Noche de las Barricadas, los manifestantes repitieron el asalto a la jefatura de policía de la Place du Panthéon[1051]. Estuvieron una hora lanzándole cócteles molotov, adoquines y otros objetos. El fuego destruyó por completo el vehículo de comando y chamuscó unos cuantos autobuses[1052]. Los manifestantes rociaban los vehículos con líquidos inflamables y les prendían fuego. También volcaban coches aparcados y encendían el combustible que les caía del depósito, lo que provocaba fuertes explosiones. «La intensidad de las llamas obligó a los manifestantes a marcharse momentáneamente, lo que nos dio a la policía un respiro»[1053]. Ocho guardias resultaron heridos, y se rompieron todas las ventanas de la comisaría. Los sublevados prendieron fuego al edificio, y la combinación de humo y gas lacrimógeno hizo que docenas de policías vomitasen. El fuego retrasó la llegada de fuerzas de socorro, y los agentes sitiados en el interior amenazaron con contraatacar violentamente[1054]. Cuando se les aseguró que la ayuda era inminente, recuperaron la disciplina.

La policía informó de que la noche del 24 al 25 de mayo se levantaron 23 barricadas por toda la ciudad, de las que la mayoría (17) estaban en el Barrio Latino o cerca de él[1055]. Aun así, los manifestantes habían conseguido salir de su gueto estudiantil. Las multitudes erigieron varias fortificaciones en la orilla derecha y una en los *banlieues*. Algunos sublevados llevaban bidones de gasolina para facilitar su tendencia pirómana, y hasta en el elegante distrito dieciséis ardió una comisaría[1056]. El Boulevard Sébastopol sufrió muchos daños, y a varias manzanas de la Gare de Lyon los manifestantes prendieron fuego a la gasolina que caía de coches volcados[1057]. Hubo un total de 123 agentes heridos: 98 policías municipales, 19 CRS y seis *gendarmes mobiles*[1058]. El lanzamiento de adoquines provocó la mayoría de lesiones, pero cuatro policías resultaron heridos por cócteles molotov llenos de perdigones, de los que dos fueron hospitalizados[1059]. Las fuerzas del

orden detuvieron a cientos de personas, aunque unos cuantos afortunados consiguieron escapar en vehículos de la Cruz Roja. Llevaron a 727 a su Centre Beaujon[1060]. Setenta y dos (10%) eran mujeres; 98 (13%), extranjeros y 79 (11%), menores. Solo 280 (39%) eran estudiantes. La policía hasta detuvo a un soldado de permiso. Las largas semanas de manifestaciones se dejaban sentir en unos hombres cuyo jefe notaba que «habían llegado al límite de su capacidad para restablecer el orden sin recurrir a métodos extremos»[1061].

En julio, el director de la policía municipal hizo la reflexión de que la violencia llegó a su súmmum en la Segunda Noche de Barricadas[1062]. «Era la primera vez que la policía municipal se veía en una situación tan excepcional». Solo pudieron hacerle frente con la ayuda de la Gendarmerie Mobile y el CRS. Se formaron «grupos de intervención» de entre 200 y 240 hombres para derrotar a los sublevados sin usar armas de fuego. Haciéndose eco del primer ministro, el director de la policía criticó duramente a las emisoras de radio por su «inusitada maldad y comportamiento irresponsable» al difundir noticias falsas o sensacionalistas. «Debemos tomar medidas contra ellos». También consideraba que los adoquines eran tan dañinos como los medios de comunicación, y recomendaba que se pavimentaran las calles del Barrio Latino y de toda la capital.

Los ajetreados bomberos respondieron a 350 avisos durante la Segunda Noche de Barricadas y prestaron primeros auxilios a 25 manifestantes[1063]. Veinticinco resultaron heridos por asfixia por el humo y el lanzamiento de adoquines. Ocho coches de bomberos sufrieron daños. Los exaltados ya habían hecho caso omiso de la acostumbrada confianza del público en los bomberos al atacar y apedrear a los que intentaban apagar el fuego de la Bolsa[1064]. Para reafirmar su control del agua, abrieron las bocas de riego[1065]. Estos radicales querían ver la ciudad en llamas. Lo que muchos consideraban violencia gratuita empezó a poner en contra de ellos a sectores de la opinión pública que hasta entonces habían tolerado el movimiento o incluso lo apoyaban[1066]. Los ataques contra la propiedad y los bomberos por parte de los luchadores callejeros hicieron que se alejara de ellos una opinión pública, por lo general de actitud abierta, que, con lo que Arthur Marwick ha llamado «su juicio moderado», compartía con los manifestantes las dudas sobre una

autoridad del Estado poco razonable[1067]. Según la policía, los propios estudiantes renegaban de la acción violenta en las calles[1068]. Jacques Baynac, un participante asociado a la extrema izquierda, «experimentó con tristeza la hostilidad de la población. El romance con los estudiantes se acababa, pese a que la venerable actitud antipolicial de los franceses seguía viva»[1069]. El dueño de un café que previamente había dado a los estudiantes bebida y refugio explotó después de que terminase el peligro de un ataque de la policía: «*Petit cons*, no nos dejáis trabajar. Estamos hartos de vuestras tonterías». Las clases medias-bajas, importantes y numerosas en la capital, se volvieron en contra de los jóvenes revolucionarios. Los porteros les cerraban las puertas de sus edificios en la cara e incluso los delataban a la policía. El PCF, por supuesto, repudió a los manifestantes[1070]. La estrategia de Pompidou de dejar que el movimiento revelase su odio a la propiedad empezaba a dar sus frutos. El astuto primer ministro ordenó a la policía que dispersase a las multitudes hacia la mitad oeste de la ciudad para meter miedo a la burguesía parisina[1071]. Los estudiantes radicales como Cohn-Bendit y los líderes de la UNEF captaron ese giro de la opinión pública en contra de los manifestantes que confirmaban los sondeos[1072].

Ya después de la Primera Noche de Barricadas del 10-11 mayo los trabajadores se habían opuesto a la quema de vehículos aparcados[1073]. La segunda oleada de incendios de coches la noche del 24 de mayo aumentó el miedo de los automovilistas. Los dueños de coches pequeños se identificaron con los de modelos de alta gama, que eran el principal objetivo de los ataques de los sublevados. La violencia estudiantil dejó de verse como una legítima defensa contra un Estado brutal para entenderse como una agresión innecesaria contra la propiedad. El que el movimiento dependiese cada vez más de la violencia parecía mostrar su falta de estrategia y de visión clara de hacia dónde iba[1074]. Para socavar más el apoyo a los manifestantes, el gobierno de Pompidou dejó recordatorios de la destrucción al negarse a recoger el material dañado en los conflictos[1075]. Los vehículos incinerados y las barricadas abandonadas se convirtieron rápidamente en atracciones para los turistas, a los que tanto fascinaba como repelía el espectáculo de la revolución parisina.

A muchos el Estado les seguía pareciendo muy incompetente. Sin embargo, entre bastidores altos cargos del gobierno intentaban de forma bien organizada poner fin a algunas de las huelgas más importantes. Los mercados de Les Halles eran fundamentales para alimentar a París y conectar la economía urbana y la rural[1076]. Lo que las autoridades llamaban la «policía económica» de Les Halles informaba a diario a los ministerios de Economía y de Agricultura. Los altos cargos querían asegurarse de que la intensa actividad nocturna de los mercados no se viese interrumpida[1077]. Durante la noche del 23 al 24 de mayo, los estudiantes intentaron invadir los mercados, pero «no lo consiguieron por la vigilancia y actuación de la policía municipal»[1078]. «Hubo fuertes enfrentamientos entre la policía y grandes grupos de estudiantes que bloquearon las calles con basura e incluso quemaron un camión en la Rue Renard». Otra docena o así de jóvenes prendieron fuego a cubos de basura. La policía detuvo a 150. Al mismo tiempo, los estudiantes hallaron poca simpatía e incluso cierta hostilidad entre los trabajadores. Aunque casi todos los trabajadores manuales de Les Halles aprobaban la huelga de la CGT, parecían indiferentes o hasta contrarios a la lucha estudiantil[1079].

Los camioneros independientes querían y podían saltarse la huelga del SNCF y transportar productos —sobre todo fruta y verdura— a la ciudad, pero necesitaban ayuda para descargar sus vehículos. Sin embargo, los *forts* (descargadores) de la CGT, una minoría importante, estaban en huelga. Los *forts* de Les Halles eran trabajadores públicos con un historial de agitaciones. Varios meses antes de Mayo del 68 habían hecho un paro para conseguir un aumento de sueldo[1080]. A los descargadores en huelga de la CGT se les unieron miembros de un sindicato independiente, personal de pescadería y la mitad de los vendedores de Les Halles. Las peticiones de los huelguistas eran tradicionales: incluían un aumento salarial y, habida cuenta de los planes para trasladar el mercado a Rungis, seguridad laboral. Amenazaron con destruir mercancía, pero al final no lo hicieron. No obstante, los descargadores de la CGT cerraron tres edificios para impedir que sus jefes pudiesen acceder a ellos[1081], pero la policía contaba con llaves de repuesto y demostró que tenía el mercado bien controlado. Las fuerzas del orden no dudaron en contratar esquiroles o incluso poner a agentes uniformados a cargar y descargar

durante casi una semana[1082]. Recibieron ayuda de distribuidores de productos alimenticios y de un buen número de sus empleados, que hicieron las veces de carniceros temporales. El gobierno, en colaboración con los distribuidores, controlaba los precios para asegurarse de que los alimentos siguieran siendo asequibles.

En otro centro esencial de suministro, el matadero de La Villette, el Estado garantizó «el derecho a trabajar» y la libertad de movimiento. Con la supervisión del CRS, los esquiroles pudieron descargar carne en La Villette y pescado en el mercado de La Criée[1083]. Los huelguistas de La Villette intentaron detener los camiones de reparto, pero la presencia policial se lo impidió[1084]. Con una simple advertencia verbal dispersaron a 100 de ellos. La policía estaba preparada para cerrar las verjas del matadero en cuanto se acercasen estudiantes[1085]. El poder del Estado, la promesa de una subida de sueldo y la garantía de que los días perdidos por los paros se compensarían por entero convencieron a los huelguistas a poner fin a la inactividad. Una votación del 23 de mayo —que fue secreta, no a mano alzada— dio un resultado de 189 a favor de volver al trabajo al día siguiente frente a solo 14 en contra. Los mandos oficiales estuvieron encantados de poder trasladar a sus fuerzas del matadero pacificado a la huelga que continuaba en la ORTF. El control de los medios era una prioridad casi tan importante como dar de comer a París.

Las políticas de la policía fueron efectivas, y las mercancías continuaron llegando a La Villette y Les Halles con regularidad. No obstante, las huelgas cambiaron los hábitos alimenticios de los parisinos. Los consumidores querían productos que tardaran en deteriorarse, como las patatas, y rechazaban los rápidamente perecederos, como los espárragos, incluso cuando estaban disponibles[1086]. El precio de las patatas llegó a bajar en pleno momento álgido de la crisis[1087]. Al terminar la semana del 20 al 27 de mayo, el coste de los productos lácteos, el pescado y las aves se había reducido. Así pues, pese a que prosiguiera la oleada de huelgas, la policía confirmó que los precios seguían estables en Les Halles[1088]. El Estado consiguió que los suministros pudiesen satisfacer la demanda[1089].

Para lograrlo, los conductores y comerciantes necesitaban gasolina. El

gobierno actuó rápidamente para garantizar su suministro y distribución. En una reunión del lunes 20 de mayo, «el primer ministro y el ministro de Industria consideraron que había que dar prioridad a solventar el problema de la distribución de gasolina en la región de París»[1090]. El 14 de mayo, la policía municipal tenía a su disposición 17.280 guardias, 3.100 agentes, 3.255 gendarmes y 3.500 CRS[1091]. Los altos mandos necesitaban entre 2.000 y 3.000 hombres para defender los depósitos de gasolina de Gennevilliers y Nanterre, así que transfirieron allí a varios miles de su tarea de vigilancia en intersecciones, embajadas y otras instituciones para salvaguardar el reparto de combustible. Tres complejos fundamentales que rodeaban la capital requerían protección: el puerto de Gennevilliers (en el que terminaba un importante oleoducto), Villeneuve-le-Roi/Choisy-le-Roi y Colombes. El 21 de mayo los principales depósitos de gasolina de Gennevilliers (Mobil, Elf, Antar, SITESC) estaban de huelga; solo funcionaban los de Esso y BP[1092]. Los trabajadores de Total de Saint-Ouen, los de Antar de Villeneuve y los de Desmarais de Colombes también secundaban el paro laboral. La noche del 23 de mayo, una docena de huelguistas atacaron a esquiroles en el complejo de Shell de Nanterre[1093]. Hubo tres heridos, y se sabotearon cables telefónicos.

Para garantizar el «derecho al trabajo» y la libertad de circulación, la policía tenía que estar preparada para desalojar a los huelguistas del interior de esos centros. Sin embargo, ante la oposición de los sindicatos y la de los dirigentes de las refinerías (muchos de los cuales pertenecían al PCF), que apoyaban a los huelguistas, una toma por la fuerza corría el riesgo de desembocar en «serios incidentes»[1094]. Se planeó una operación, denominada Dégel, para el 30 de mayo con el fin de desalojar los depósitos de Gennevilliers y Juvisy-Grigny. La intención era recurrir al ejército, de ser necesario, para ocupar puntos estratégicos. Los soldados, en su mayoría reclutas, formarían grupos de 35 a 40 hombres que estarían a las órdenes de agentes. Al igual que parte de la policía parisina, irían armados con rifles sin cargar. El plan era proteger los camiones cisterna de un posible ataque de los huelguistas, para lo cual irían acompañados por policías motorizados. También iba a participar personal militar que se encargaba de las gasolineras del ejército, y que fueron destinados al principal centro de distribución cercano a Langres[1095]. Sin embargo, en el último momento el prefecto

retrasó la Operación Dégel y el desalojo de los lugares en huelga por varias razones[1096]. La policía temía que los huelguistas pudieran sabotear con facilidad los camiones aparcados dentro de los depósitos o, lo que era más peligroso, que iniciaran un incendio, ya fuese intencionado o no. Los ejecutivos de las compañías petroleras también se opusieron a la evacuación[1097], con lo que las autoridades decidieron posponer la operación hasta después de la alocución a la nación del general De Gaulle el 30 De mayo.

Los altos mandos reaccionaron a la aprensión de los camioneros de que no pudiesen adquirir suficiente combustible para ir y venir de París. La Direction des Carburants, una división del Ministerio de Industria, decidió que determinadas gasolineras fueran para uso exclusivo de camiones y otros vehículos que transportasen productos perecederos[1098]. Pese al paro de los trabajadores de las gasolineras, estas estaban por lo general bien surtidas. Las compañías petroleras, los comerciantes y los camioneros colaboraron para establecer una lista de gasolineras en funcionamiento que fue enviada al sindicato de camioneros (Syndicat des transporteurs) y al de tenderos (Syndicat des épiciers détaillants)[1099]. Se proporcionaron papeles a los camioneros que atestiguaban que sus vehículos se dedicaban al aprovisionamiento. Las 9.500 empresas de la industria de transportes parisina —que normalmente suministraban el 70% de alimentos a la ciudad— tuvieron acceso al combustible[1100]. Después de protestas y amenazas e incluso una huelga, también lo tuvieron los empleados de tiendas de comestibles. Las autoridades afirmaron que «los miles de pequeños tenderos de París y sus barrios deben tener la posibilidad de conseguir lo que necesiten para satisfacer la demanda de las amas de casa»[1101]. El corporativismo que provocaron los hechos de Mayo del 68 incluía a grandes y pequeños empresarios, sindicatos y el Estado. El gobierno y las compañías petroleras pudieron ofrecer suministros con ventajas a las todavía numerosas clases medias-bajas. Incluso en 1973, el pequeño comercio independiente todavía suponía el 75% de toda la distribución francesa[1102].

A diferencia de lo que ocurriera en 1848 o 1871, las autoridades pudieron alimentar a la ciudad y de ese modo impedir que sus adversarios se ganasen

el fuerte apoyo de las amas de casa[1103]. Los intentos de los huelguistas de amedrentar a los dueños de tiendas de ultramarinos fueron esporádicos y, por lo tanto, ineficaces[1104]. Los panaderos estaban dispuestos a seguir produciendo mientras pudieran conseguir harina, de la que los molinos de provincias bien provistos de combustible los abastecían directamente[1105]. Así pues, en París nunca faltó el pan. Se contaron 20.000 *détaillants*, por lo que se habilitaron cuatro centros —dos en Les Halles, uno en La Villette y otro en la Rue de Vaugirard—, de los que se ocupaban 12 *fonctionnaires*, para expender certificados de gasolina. A los trabajadores de Les Halles, un número significativo de los cuales estaba en huelga, se los sobornó para que volviesen al trabajo ofreciéndoles bonos de combustible preferentes[1106]. Quienes no estaban en huelga en la ORTF informaron de esos cupones, lo que hizo que aumentase su demanda[1107]. En varias horas se emitieron cientos de certificados, y la saturación de llamadas para interesarse por ellos abrumó a los funcionarios[1108]. El 25 de mayo ya se habían expedido 518 certificados[1109]. De hecho, el 28 de mayo ya eran tantos que la Direction des Carburants dejó de aceptarlos y dijo a los detallistas y sus empleados que obtuviesen la documentación de sus propias organizaciones profesionales. Los comerciantes minoristas se indignaron y amenazaron con volver a la huelga, con lo que de inmediato se emitieron más certificados[1110]. Al final, el impresionante número total ascendió a 10.170. El 28 de mayo, las autoridades consideraron que, aunque empezaban a reducirse los suministros, todavía se podían seguir llenando unos cuantos días más los depósitos de los vehículos preferentes[1111]. La cuestión se solucionó cuando el 31 de mayo volvió a haber gasolina en grandes cantidades. El combustible creó un vínculo de solidaridad entre el Estado, los pequeños negocios y parte de la clase obrera. Mayo del 68 fue testigo de un Frente Popular en los surtidores. De hecho, a continuación los líderes sindicales quisieron arrogarse el mérito del aprovisionamiento de la capital, e insistieron en que sus miembros no habían hecho caso a las «provocaciones» de los «grandes jefes»[1112].

Los ministerios establecieron cinco tipos de consumidores preferentes: el personal de Sanidad, los transportistas de productos perecederos, diplomáticos, medios de comunicación y, por supuesto, la propia policía[1113].

Estos últimos se animaron a compartir el coche para desplazarse al trabajo y pidieron permiso a sus superiores para poder repostar en gasolineras[1114]. Sin embargo, las autoridades dispusieron alojamientos para ellos y transporte militar[1115]. Se asignó a muchos policías a la vigilancia de gasolineras cuando estuvo claro que «algunos conductores empleaban la fuerza para conseguir combustible». La escasez de gasolina provocaba ira y violencia. Cuando la gasolinera de Porte-Saint-Augustins se quedó sin suministro, los conductores se pusieron furiosos e intentaron saquearla[1116]. La policía los expulsó de allí sin que hubiese incidentes. Las conductoras podían llegar a mostrase muy beligerantes cuando se les negaba la gasolina. En la estación de servicio de Porte des Ternes, que estaba reservada para personal médico, a la señorita X, de 26 años, no se le quiso servir. Se mostró «muy alterada» y luego varios agentes la acusaron de haberles golpeado en los testículos[1117]. Un dentista de 35 años de Alto Volta al que también se le negó el suministro de gasolina embistió airado con su coche al agente de la ley[1118]. En los barrios periféricos, «unos individuos con brazaletes rojos se apoderaron de algunos surtidores preferentes y empezaron a repartir gasolina a su gusto»[1119]. Los mandos de la policía ordenaron que se pusiera inmediatamente fin a esa práctica. La violencia de los conductores no tenía como objetivo destruir, sino adquirir. Esa codicia individualista de mayo fue un anticipo del éxodo masivo de principios de junio que anunció el fin de la oleada de huelgas.

Los esfuerzos del Estado por controlar la distribución dieron buen resultado en su mayor parte. Solo en un depósito importante, SITESC, hubo una huelga absoluta acompañada de un piquete agresivo; en Antar (Gennevilliers), Mobil (Gennevilliers), Total (Colombes) y Antar (Villeneuve), no parece que hubiese ocupaciones ni piquetes[1120]. En Total (Saint-Ouen), el piquete era «amable». De hecho, los huelguistas cooperaron con las autoridades para distribuir gasolina a los consumidores preferentes: «Quince camiones conducidos por huelguistas servían a los clientes prioritarios y solían circular con el cartel de: *Laissez passez, prioritaires*». La distribución del carburante de esa sociedad de consumo dio pie a una estrecha colaboración entre los líderes sindicales, los medios y el Estado. La Direction Générale des Carburants tenía la intención de abrir la gasolinera Elf de la Rue de Bellefond, en el noveno distrito, solo para afiliados sindicales de la CGT y

CFDT[1121]. No solo *Le Figaro*, sino también *L'Humanité*, aceptaron publicar la lista de estaciones de servicio para preferentes[1122]. El Ministerio de Industria informó a la policía de que la estación de servicio de Antar de la Place F. Liszt, en el distrito décimo, estaba reservada para delegados sindicales[1123].

No todos los sindicalistas se mostraron tan cooperativos. La policía tuvo que escoltar a algunos convoyes de camiones cisterna para protegerlos de vehículos hostiles conducidos por huelguistas[1124]. Al menos tres de esos camiones fueron secuestrados en los *banlieues*[1125]. La autopista 19, por la que circulaban casi 100 camiones cisterna de noche, requirió de protección policial para garantizar el tráfico sin restricciones[1126]. Los huelguistas usaban *walkie-talkies* en esa autopista para coordinar sus movimientos de intimidación a los camioneros esquiroles. Las fuerzas del orden intervinieron en la estación de servicio de la carretera nacional 9, cerca de Chevilly-Larue, en la que los huelguistas se negaban a proveer de gasolina a los clientes preferentes[1127]. La policía también puso fin a la ocupación del depósito de BP de Vitry al obligar a los 25 componentes de un piquete a desalojar el lugar[1128]. Incluso después de la alocución del presidente De Gaulle del 30 de mayo, las fuerzas del orden tuvieron que estar preparadas para salvaguardar el depósito de Villeneuve-Saint-Georges[1129].

La mañana del 31 de mayo, 480 camiones cisterna partieron mientras la policía intervenía en algunos depósitos para garantizar el «derecho a trabajar»[1130]. A finales de mayo, un delegado de la CFDT, que quería impedir el regreso a la normalidad en el transporte, fue a los depósitos de Total de Colombes y Nanterre y pidió a los piquetes que adulteraran la gasolina[1131]. Estos se negaron en redondo. De haber imitado las prácticas pirotécnicas de los jóvenes en el Barrio Latino, el Estado y las compañías petroleras habrían tenido que enfrentarse a un desastre industrial. En su lugar, el gobierno contó con la suficiente cooperación por parte de los trabajadores del sector para mantener el suministro[1132]. El sábado 1 de junio, la distribución de gasolina ya era casi normal[1133]. En junio, Albin Chalandon, ministro de Industria y gaullista de alto rango, ensalzó la labor policial en Asnières en una carta al comisario del lugar: «Fueron eficientes, y su

comportamiento, intachable. Me gustó especialmente que restablecieran ustedes el derecho a trabajar en el puerto de Gennevilliers»[1134]. Otros altos cargos se hicieron eco de la aprobación del ministro: «Con respecto al conflicto de la gasolina, las intervenciones policiales en Nanterre, Colombes, Saint-Denis o Saint-Ouen, etc., contribuyeron afortunada y necesariamente a su solución, que con toda probabilidad no hubiese podido llevarse a cabo sin ellos»[1135].

El 25 de mayo empezaron las negociaciones a nivel nacional entre el gobierno, las organizaciones empresariales (CNPF, CNPME) y los sindicatos (CGT, CGT-FO, CFTC, FEN, CGC). Las organizaciones agrarias como la FNSEA (Fédération nationale des syndicats d'exploitants agricoles) no participaron, lo que confirma el carácter urbano del movimiento[1136]. Los agricultores no querían debilitar al Estado francés cuando tenía que mantener negociaciones con el Mercado Común previstas para dar comienzo en Bruselas el 27 de mayo[1137]. Pese a la oposición de los *gauchistes*, los sindicatos no podían rechazar esas conversaciones de alto nivel que llevaban años pidiendo. En muchos sentidos, las negociaciones se asemejaron a las que habían culminado con el Acuerdo de Matignon en 1936 durante el Frente Popular. Al igual que entonces, las élites del trabajo, los negocios y el gobierno intentaron llegar a un acuerdo nacional. No obstante, las diferencias entre ambos momentos reflejan los cambios que habían ocurrido en tres décadas. La presencia de la CNPME (Confédération nationale des petites et moyennes entreprises) mostró que el gobierno gaullista no tenía intención de desentenderse por completo de las pequeñas y medianas empresas que habían quedado fuera de las conversaciones en 1936. La «pequeña burguesía» —condenada a desaparecer, según los marxistas— se había ganado un puesto en la mesa de negociaciones. Asimismo, en 1968 el sindicato de *cadres*, CGC, se convirtió en un participante más, lo que demostró el auge de un nuevo grupo social de gestores medios con formación universitaria y una actividad que había sido predicha y descrita por los sociólogos. Como otros miembros de la mesa, la CGC quitó importancia a la reivindicación del control obrero o *autogestion*. Aunque su líder, André Malterre, insistió en dar más autonomía a la ORTF, la CGC se centró sobre todo en cuestiones básicas como la rebaja de la edad de jubilación y los aumentos salariales[1138]. En

1968 el movimiento sindical pareció más dividido que en 1936, cuando la CGT prácticamente tenía el monopolio de la representación obrera y contaba con mayor simpatía por parte del gobierno socialista de entonces.

Todas las partes de la negociación de 1968 acordaron tácitamente no debatir sobre la naturaleza del pastel, sino sobre su reparto. Pompidou manifestó su gratitud por poder tratar con sindicatos que sabían «guiar» a la clase trabajadora[1139]. Su equipo, que incluía a un futuro primer ministro, Édouard Balladur, y a un futuro presidente de la República, Jacques Chirac, hizo caso omiso de los planes de De Gaulle de favorecer la participación, y prefirió entregarse a duras negociaciones sobre las concesiones materiales que podían hacer a los trabajadores. Pompidou y sus asistentes estaban dispuestos a posibilitar una redistribución de parte de la riqueza, pero no a poner en práctica las ideas gaullistas de una tercera vía entre el capitalismo y el socialismo. El primer ministro intentó dividir a los sindicatos refiriéndose a la actitud antinorteamericana de los líderes de la CGT. Les advirtió de que, si continuaban los desórdenes y el gaullismo caía del gobierno, el atlantismo y el dominio estadounidense volverían a Francia. Dicen que afirmó Pompidou: «Prefiero ser un burócrata de segunda en un gobierno comunista a primer ministro de una Francia regida por los norteamericanos»[1140]. Séguy afirmó que Jacques Chirac repitió la misma argumentación e intentó asustar a los sindicatos para que se moderasen, aduciendo que, si fracasaban las negociaciones y De Gaulle caía, los atlantistas se apoderarían de la nación. Añadía Séguy que él despreció con altivez esos comentarios y continuó luchando por «los intereses de los trabajadores»[1141].

El lunes 27 de mayo se alcanzó un acuerdo. Se le llamó informalmente el Acuerdo de Grenelle, y oficialmente el *projet de protocole d'accord*, esto es, un proyecto preliminar aún sin firmar. En él, los empresarios aceptaban una subida del 35% del salario mínimo, lo que superaba con mucho al aumento de entre el 7% y 15% conseguido en las negociaciones de 1936. En 1968, las mujeres, los jóvenes y los extranjeros salieron ganando con esa espectacular subida más que otros asalariados. Madeleine Colin, destacada dirigente de la CGT, dijo que «las mujeres [que ganaban de media un 36% menos que los hombres] y los jóvenes están entre los principales beneficiarios de los aumentos», ya que «suponen la mayor parte de los trabajadores que reciben el

salario mínimo», y afirmó que algunas jóvenes «verán duplicarse su sueldo»[1142]. En comparación, el salario de trabajadores con retribuciones más altas que ellas solo aumentaba un 10%. Así pues, la CGT y la CFDT cumplieron su promesa de 1966 de luchar para conseguir una subida del salario mínimo. Aunque los aumentos ponían en peligro su política antiinflacionista, el gobierno los concedió rápidamente porque afectaban mucho más a las pequeñas y medianas empresas que a las grandes y emprendedoras, a las que el régimen había favorecido continuamente[1143].

Las concesiones salariales también fueron un reconocimiento de que las disparidades habían crecido enormemente durante la Quinta República. Los sueldos de los *cadres* se habían incrementado 2,5 veces de 1956 a 1967, 2,2 veces los de los empleados y solo 1,8 veces los de los que cobraban el salario mínimo[1144]. Entre 1956 y 1967, el poder adquisitivo real de los *cadres* había subido un 48%; el de los empleados, un 39%; el del asalariado medio, un 31%, y el del trabajador que cobraba el salario mínimo, entre un 3,7% y un 6%. Así pues, algunos *cadres* y profesionales podían permitirse el lujo de pedir reformas cualitativas que no estaban al alcance de los trabajadores peor retribuidos.

Muchos periodistas y técnicos de la ORTF habían empezado una huelga ilegal para exigir cambios estructurales en el proceso de toma de decisiones[1145]. Sin embargo, no todos los periodistas y técnicos compartían la misma actitud en favor de la huelga, pues a algunos les preocupaba que el paro infringiera el papel de servicio público de la ORTF y, por lo tanto, hiciese que disminuyera el apoyo de la opinión pública al monopolio estatal. Las plantillas con puestos de responsabilidad que no apoyaban la huelga también se hicieron sentir en otras empresas. En cierto número de fábricas importantes, entre ellas la de SNECMA de Villaroche y la de Dassault de Saint-Cloud, los *cadres* siempre estuvieron cerca de la dirección y ejercieron una influencia de corte conservador durante las huelgas[1146]. Por otro lado, los investigadores eran por lo general más favorables a la huelga que los técnicos y supervisores. En cualquier caso, ya se tratara de personal administrativo u obrero, eran los temas de salarios y jornadas laborales los que prevalecían en las negociaciones.

El Acuerdo de Grenelle reflejó la queja de los sindicatos de que los

asalariados franceses trabajaban más horas que otros europeos. Garantizó una reducción moderada y progresiva de la semana laborable: dos horas menos para los que trabajaban más de 48 horas y una hora para los que lo hacían entre 45 y 48. Pompidou apoyó en un principio esa reducción, pero, tal vez recordando la desafortunada experiencia del capitalismo francés durante el Frente Popular, cuando el límite de 40 horas restringió la producción, insistió en que la reducción se llevara a cabo por fases y no «a lo bruto»[1147]. Probablemente el mayor desacuerdo se diese en la subida de los salarios no mínimos. A primera hora del domingo 26 de mayo, sindicatos y patronal seguían en un punto muerto sobre la cantidad del aumento. La CNPF pedía una subida del 5% que se hiciera efectiva el 1 de junio y otra del 3% para el 1 de octubre. Séguy quería un 12%, pero entonces Descamps, de la CFDT, propuso un 7% para el 1 de junio y un 3% para el 1 de octubre, lo que suponía un total de un 10% en el año. Séguy se unió a la propuesta de Descamps, pero advirtió de que «si es aceptada por la CNPF, habrá que presentarla a la consideración de los trabajadores en huelga, ya que no se puede aceptar desligándola de otras cuestiones». Esas «otras cuestiones» incluían que se garantizaran las actividades y derechos sindicales. Sobre ese tema, el primer ministro afirmó que «el gobierno no es contrario al movimiento sindical, sino que está convencido de que el que la clase trabajadora sea orientada por sindicatos que disponen de la formación e influencia correctas ayuda al buen funcionamiento de las empresas». El jefe del gobierno —que recordemos que había dicho a la Asamblea Nacional en el debate de moción de censura que las huelgas habían empezado espontáneamente— era más favorable a los derechos de los sindicatos que el líder de la CNPF, que echaba la culpa de los paros a la agitación sindical[1148]. La afirmación del primer ministro confirmó las sospechas de algunos *gauchistes* y otros de que, a fin de cuentas, los sindicatos eran una parte intrínseca, por no decir vital, del sistema capitalista. Los que participaban en el sistema terminaron por vencer a aquellos que odiaban la propiedad y habían iniciado el movimiento dándole su carácter subversivo.

El acuerdo daba autoridad a los empresarios para recuperar las horas perdidas por la huelga, pero también ratificaba y ampliaba las actividades sindicales. Reconocía el derecho de los sindicatos a tener afiliados, cobrar

cuotas, repartir información y celebrar reuniones. Con el acuerdo, los trabajadores lograban los mayores beneficios desde la Liberación, y se abría el camino para las negociaciones con los empleados del sector público, que empezaron el martes 28 de mayo[1149]. Los sindicatos de profesores continuaron el diálogo con el Estado. La presencia e importancia de los docentes demostraba tanto el peso demográfico de la juventud como el crecimiento de la educación pública en el periodo de posguerra. El gobierno no fue un mero mediador como en 1936, sino parte activa de las negociaciones.

El lunes 27 de mayo, cuando los líderes sindicales intentaron convencer a sus bases de las bondades del Acuerdo de Grenelle, los huelguistas de algunas grandes empresas discreparon considerablemente. Tal vez algunos trabajadores del metal pensaran que la mayor oleada de huelgas de la historia de Francia tendría que haber producido resultados más significativos. Según altos cargos del Ministerio de Interior, el metalúrgico era el sector privado más afectado por las huelgas[1150]. La ineficacia de los paros limitados y parciales de antes de mayo había frustrado a gran cantidad de obreros metalúrgicos que querían aprovechar las oportunidades que permitía el movimiento de masas[1151]. El ímpetu de las huelgas los animó a plantear ambiciosas reivindicaciones materiales. Los asalariados querían las concesiones que sus sindicatos llevaban años pidiendo, como un eventual retorno a la semana de 40 horas —que los trabajadores del metal alemanes habían conseguido en 1966— y que ningún sueldo estuviese por debajo de los 1.000 francos mensuales. El ejemplo más famoso del rechazo del protocolo de Grenelle ocurrió el lunes en la Renault. Georges Séguy y Benoît Frachon, veterano líder de la CGT, ayudados por André Jeanson, presidente de la CFDT, fueron incapaces de convencer a la multitud de entre 5.000 y 6.000 trabajadores del automóvil de que había que aprobar el acuerdo. Las bases, por lo general trabajadores de cierta edad (la media en Billancourt era de 41 años), se opusieron especialmente a las cláusulas que garantizaban a los empresarios el derecho a recuperar las horas perdidas por la huelga[1152]. RTL y Europe One rápidamente dieron la noticia del rechazo de los trabajadores. El Ministerio del Interior pensaba que la pronta difusión de la información animó a los obreros de otras plantas a rechazar el acuerdo, con lo que

contribuyó a que se prolongaran las huelgas[1153]. Hubo negativas similares en otras grandes empresas metalúrgicas, entre ellas Citroën y Sud-Aviation. Los obreros del metal, según un documento del Ministerio de Interior, «pensaban que el acuerdo no resolvía todos los problemas y que muchas reivindicaciones se tenían que negociar a nivel local»[1154]. Las huelgas «continuarán en muchos sitios», pero, concluía la policía, las bases habían seguido y seguirían a sus representantes sindicales.

Algunos analistas han interpretado el rechazo del protocolo por parte de los trabajadores como un indicio del creciente sentimiento revolucionario de la clase trabajadora o de su deseo por lograr el control obrero[1155]. Un historiador estadounidense expuso la idea de que «pese a que sus líderes los instaran a aceptar, las bases se rebelaron contra la disciplina sindical y rechazaron cualquier acuerdo con el orden burgués»[1156]. Daniel Singer, de la *Nation*, dijo que «el tradicional control de sindicatos y partidos del movimiento laboral parece tan desconcertado por el alcance e importancia de los nuevos conflictos como lo están los propios gobernantes»[1157]. Los trabajadores franceses «tenían la vaga noción de que no había subida de sueldo ni concesión material lo bastante grandes que se pudieran comparar con su nuevo poder político». *Les Temps modernes* —en cuyo consejo editorial estaban Simone de Beauvoir, André Gorz, Claude Lanzmann y Jean-Paul Sartre— afirmó que el rechazo del acuerdo mostraba «una inesperada radicalización política de la clase obrera»[1158]. El comité editorial de *Esprit*, formado por Jean-Marie Domenach, Jacques Juillard, Daniel Mothé, Paul Ricoeur y Michel Winock, quería reorganizar la sociedad francesa para que fuese una «democracia participativa»[1159]. Izquierdistas de diversa índole han afirmado que los sindicatos, en especial la CGT, traicionaron los deseos revolucionarios de las bases[1160]. Historiadores trotskistas han culpado del fracaso de la revolución al reformismo de la CGT y sobre todo del PCF[1161]. Los maoístas, asimismo, acusaron al PCF de traicionar a la clase obrera. El militante del PSU Gilles Martinet pensaba que el rechazo de Grenelle indicaba que la CGT había perdido el control del movimiento[1162].

Resulta bastante irónico que los maoístas, trotskistas y *Les Temps modernes* hubieran aceptado de forma bastante ciega la reivindicación del

PCF de ser el representante de la clase obrera. Supusieron que el partido controlaba a los trabajadores y podría llevar adelante la revolución[1163]. Sin embargo, cabe dudar que ni un PCF revolucionario hubiese podido convencer a los asalariados a hacerse con el poder. Como hemos visto, la influencia de los revolucionarios, ya fueran *gauchistes* o *autogestionnaires*, fue relativamente insignificante en la metalurgia parisina y en otras industrias. Puede que los trabajadores quisieran limitar la autoridad «arbitraria» de los supervisores y desacelerar los ritmos de producción, pero no hay muchas pruebas de que pretendiesen hacerse con el control de sus fábricas[1164]. En su lugar, reclamaban sueldos más altos (sobre todo para los peor pagados), una mayor reducción de la semana laboral, el pago completo (y no solo la mitad) de los días perdidos en las huelgas, la recuperación nominal del tiempo de huelga y, para los activistas, presencia sindical en la fábrica. El compromiso alcanzado por las élites nacionales no satisfizo del todo a muchos trabajadores, incluidos los militantes de la CGT, que pensaban que tenían una oportunidad sin precedentes de conseguir aún más[1165].

El fracaso de los líderes sindicales a la hora de obtener la aprobación de las bases del paquete de medidas original en ciertas grandes fábricas metalúrgicas llevó a algunos observadores no revolucionarios a enfatizar o bien la debilidad del sindicalismo francés o su supuesta falta de representatividad. El periódico católico *La Croix* se lamentó de que «incluso cuando llegan a un acuerdo, los sindicatos no sean lo bastante fuertes para convencer a los trabajadores de que lo ratifiquen. La economía francesa y los empresarios han pagado caro 20 años de desprecio de los sindicatos»[1166]. Pensando que solo los sindicatos podían controlar a unas bases impredecibles, algunos empresarios «progresistas» —por lo general de grandes empresas de sectores avanzados— deploraron las políticas de posguerra que habían excluido o marginado a las principales federaciones.

No obstante, los sindicatos se adaptaron rápidamente y sin mucha dificultad a la impopularidad del protocolo en las grandes empresas[1167]. Sus líderes no habían firmado el acuerdo porque tal vez sospecharan que encontrarían dificultades para convencer a los obreros. Para Séguy, Descamps y Bergeron, Grenelle no era el acuerdo final, sino la base para el diálogo[1168]. Descamps pidió un periodo de 48 horas de reflexión antes de que

su sindicato diera una respuesta definitiva. Para Séguy, «quedaba mucho por hacer» hasta conseguir un acuerdo aceptable. En su discurso a los trabajadores de la Renault del 27 de mayo, Jeanson, de la CFDT, felicitó a los huelguistas por negarse a volver al trabajo, y dijo que esperaba que otras fábricas siguieran su ejemplo[1169]. En esa misma reunión, Séguy afirmó que, puesto que la CGT no había dado una orden formal de huelga, no podía pedir a los trabajadores que volviesen a sus puestos. Varias horas después, la comisión administrativa de la CGT ratificó la negativa de su delegación de Grenelle a firmar el acuerdo por las «insuficientes concesiones» de los empresarios[1170].

En un boletín policial se informaba al Ministerio del Interior de la ambivalencia de la CGT con respecto al acuerdo: «Al día siguiente del pacto, la comisión administrativa de la CGT consideró que se habían conseguido mejoras sustanciales, sobre todo en lo relativo al salario mínimo, los derechos sindicales y los contratos colectivos. Tras consultarlo con los militantes de base, hoy ha llegado a la conclusión de que son unas mejoras a todas luces insuficientes»[1171]. Cuando las bases rechazaron Grenelle, según la policía, «rápidamente [...] CGT y CFDT, que no querían perder el control, pidieron que continuase la lucha [...] Los cargos sindicales están unidos. Refuerzan los piquetes para amedrentar a los que quieren volver al trabajo»[1172]. *L'Humanité* se apresuró a apoyar el rechazo de Grenelle.

Así pues, las acusaciones de los *gauchistes* de que los sindicatos «rompieron» el movimiento no tienen mucho sustento[1173]. La rápida adaptación de los sindicatos al rechazo de Grenelle por parte de las bases puso de relieve su continua habilidad para domesticar muy deprisa los impulsos que en un principio escapaban a su control. Un radical decepcionado del Nord lamentó que «la clase obrera se sometiera por prudencia a los burócratas a los que pagaban para que los defendiesen. El ruido de las granadas de gas lacrimógeno no fue capaz de aumentar su conciencia de clase tras décadas de postración [...] [y] de televisión, neveras y coches»[1174]. Para resolver los conflictos que proseguían, la CGT recomendó que las negociaciones las llevaran a cabo profesionales del ramo industrial, pero enseguida volvieron a ser cuestión de cada empresa individual cuando las organizaciones de la patronal y los sindicatos no fueron capaces de llegar

a un acuerdo a nivel nacional o ni siquiera regional. Los empresarios metalúrgicos de París se resistieron especialmente a un acuerdo regional que habría sido más generoso que Grenelle y prefirieron negociar empresa por empresa[1175]. La Groupement des Industries Métallurgiques quería proteger la autonomía de sus miembros, sobre todo la de los propietarios de pequeñas y medianas empresas que eran muy reacios a hacer mayores concesiones.

El fracaso de Grenelle y la continuación de las huelgas envalentonaron a los radicales. El gobierno todavía tenía que recuperar el control de su corporación televisiva, cuyos empleados seguían en huelga en protesta por la torpe censura de las noticias[1176]. La UNEF organizó una reunión de representantes de la izquierda parlamentaria y de la extrema izquierda en el estadio Charléty para la tarde del 27 de mayo. Las conversaciones entre UNEF, PCF y CGT habían fracasado por «las distintas posturas con respecto a la represión» —por ejemplo, la expulsión de Cohn-Bendit—, a lo que CFDT y UNEF reaccionaron celebrando su propia reunión en Charléty[1177]. El PCF y la CGT se negaron a refrendarla; en su lugar, el partido retomó su polémica contra el *gauchisme*[1178]. El ministro del Interior, Fouchet, con el respaldo de Edgar Faure, consiguió convencer al presidente de la República, que era partidario de prohibir las manifestaciones, para que permitiese la reunión[1179]. De nuevo prevaleció una tolerancia calculada en las altas esferas gubernamentales.

Aun así, la psicosis de los incendios se apoderó de algunos mandos policiales que temían que «elementos incontrolables» pudiesen quemar el Ayuntamiento, la École Normale Supérieure, el Panteón o la Sorbona[1180]. El prefecto Grimaud tomó medidas preventivas y ordenó inspecciones exhaustivas de los jóvenes que circularan en bicicleta, Vespa o coche[1181]. Se registró indiscriminadamente a cientos de ellos en busca de armas, lo que incluía materiales inflamables. Aunque Grimaud aprobó la mayoría de inspecciones e interrogatorios, reconoció que tal vez sus hombres actuaran con demasiada dureza durante los registros e incautaciones y les advirtió: «He recibido numerosos testimonios directos de estos interrogatorios y creo que a menudo son impolíticos e innecesariamente brutales». Hacía hincapié en que había que tratar a los jóvenes con justicia e imparcialidad, independientemente de su aspecto: «De nada sirve maltratarlos, rasgarles la

ropa o intimidarlos»[1182].

Pese a los impedimentos, entre 20.000-22.000 (según estimación de la policía) y 50.000 personas acudieron a la reunión de Charléty, la cual transcurrió sin violencia[1183]. André Barjonet, que había sido director de estudios económicos de la CGT, habló a la multitud de las posibilidades revolucionarias de la situación. Repitiendo la consigna de Marceau Pivert, quien liderara el ala izquierda del Partido Socialista durante el Frente Popular, un optimista Barjonet entonó el «todo es posible». Los congregados, en pleno regocijo, exigieron la dimisión De Gaulle y el «poder obrero». La UNEF, grupúsculos, militantes de la CFDT y unos cuantos disidentes de CGT y FO formaban el grueso de los participantes[1184]. Mendès-France y miembros de la jerarquía del PSU también asistieron. La presencia de Mendès-France —que continuó, en contraste con un François Mitterrand a todas luces más oportunista, ganándose el respeto de algunos estudiantes radicales— mostró que el movimiento poseía potencial suficiente para hacer caer al gobierno.

El Movimiento 22 de marzo sospechaba de las maniobras de la CFDT (lo que los *gauchistes* denominaban la *récupération* por parte de partidos y sindicatos). Al igual que los comunistas, los del 22 de marzo se negaron a refrendar la reunión de Charléty y organizaron sus propias manifestaciones en diversos barrios, que prácticamente no tuvieron repercusión. La policía llegó a la conclusión de que el Movimiento 22 de marzo estaba «perdiendo fuelle [...] En la Plaza Saint-Lambert no hubo concentración pese a los numerosos llamamientos del comité de acción del distrito quince»[1185]. A la de la Place des Vosges solo fueron 20 personas, y apenas 30 se congregaron en la Place des Batignolles, en el distrito diecisiete.

La reunión de Charléty animó a la izquierda parlamentaria a proponer alternativas al gobierno gaullista. Las figuras de la oposición querían sacar rédito político de las continuas huelgas. El martes 28 de marzo, Mitterrand se declaró dispuesto a hacerse cargo de la República[1186]. Su ofrecimiento para ocupar la presidencia recordó a muchos a una declaración similar de De Gaulle de diez años antes. A algunos también les sorprendió, entre ellos a unos cuantos de su propio partido, por anticonstitucional y quizá antidemocrática. Lamentándose de la debilidad del Estado, Mitterrand

intentaba llegar a los que querían orden. «Desde el 3 de mayo —afirmó— el Estado ha desaparecido». Era, por supuesto, una percepción tan habitual como errónea en ese momento, y que un eminente intelectual repetiría más tarde[1187]. Mitterrand propuso restablecer el Estado y pidió nuevas elecciones. Al ofrecer su candidatura a la presidencia, sugirió a Mendès-France, del PSU, como primer ministro. El poco ortodoxo Mendès tenía muchos partidarios en la CFDT, cuyo secretario general había dicho que la crisis se podría resolver con un gobierno encabezado por él[1188]. La reputación del líder del PSU de ser anticomunista y de gran rigor económico podía ganarle el apoyo de algunos empresarios e incluso del centro. Jean Lecaunet pidió un «gobierno que garantice la seguridad pública» y dio a entender que apoyaba a Mendès[1189]. En un artículo de opinión en *Le Monde*, Alfred Fabre-Luce, disidente político que tenía escarceos con la extrema derecha, pidió al antiguo primer ministro que se hiciera cargo de la situación.

Sin embargo, el PCF no sentía tanto entusiasmo por Mendès. Mitterrand y otros se dieron cuenta de que, para que la izquierda se hiciera con el poder, había que subsanar la ruptura entre el PCF y otros partidos que quedara patente en Charléty. Superar la división era difícil, ya que, pensaban los analistas de la policía, tanto a los socialistas del SFIO como a los radicales de izquierda les daba miedo aliarse con el PCF[1190]. Por su parte, los comunistas, que seguían siendo la fuerza de izquierdas más sólida, querían llegar a un pacto según sus propios términos y reconstruir una coalición al estilo del Frente Popular. Los buenos resultados de la izquierda en las elecciones legislativas de marzo de 1967 daban aliento a esa estrategia[1191]. *L'Humanité* urgió a los partidos de izquierdas a formular un programa mínimo que pudiese satisfacer a estudiantes y trabajadores. A lo largo de las huelgas, el PCF negociaba con la FGDS para intentar crear una coalición viable. La CGT abogaba por una especie de gobierno de la era de la Liberación que iniciase «una nueva política de democracia y cambio social»[1192].

A muchos socialistas y moderados, sin embargo, les asustaba un posible dominio comunista de tal coalición. La consigna de «gobierno popular» puede que evocara con agrado al Frente Popular a comunistas y *cégétistes*, pero para otros planteaba la alarmante perspectiva de las «democracias populares» del bloque soviético. Por su parte, el PCF sospechaba de lo que

consideraba la orientación neocapitalista y proestadounidense de la izquierda no comunista. Las divisiones entre la izquierda nunca llegaron a permitir en 1968 que el PCF lograra su objetivo de un «gobierno popular». En la Francia del siglo XX, solo cuando los no comunistas dominaban una coalición de izquierdas fue aceptable para lamayoría del electorado la solución de un Frente Popular. Esto había ocurrido durante la depresión de finales de los años treinta y volvería a suceder durante la recesión de principios de los ochenta. En 1968 demostró ser algo inalcanzable.

La economía de los consumistas años sesenta hacía que un Frente Popular no fuese tan urgente. A diferencia de lo que sucediera en la década de los treinta, sumida en la depresión, las políticas económicas de la derecha no habían quedado desacreditadas. De hecho, habían fomentado el consumo masivo. Además, el desempleo no era la gran preocupación que fuese durante la década de la Gran Depresión o que sería durante la recesión de principios de los ochenta. Aunque algunos hayan subrayado que el aumento del desempleo fue uno de los factores cruciales que alimentaron el movimiento, ni los trabajadores ni los sindicatos insistieron en las negociaciones en garantizar la seguridad laboral completa. Había menos de 500.000 parados, un 40% de los cuales tenían menos de 25 años[1193]. No se aproximaba ni por asomo a los millones de desempleados de la Francia actual. En contraste con los años treinta y noventa, los trabajadores y sindicatos no pidieron una semana laboral más corta para facilitar el acceso al empleo a los parados, sino para poder disfrutar de mayor tiempo libre. El que se impusiera estrictamente una semana laboral de 40 horas en 1968 se habría encontrado con mucha más oposición de las bases que en 1936, ya que la sociedad de consumo había vuelto el cobro de horas extras algo mucho más atractivo que en el pasado[1194].

En lugar de arreglar las divisiones de la izquierda, la reunión de Charléty las agravó. El PCF temía que Charléty llevara a una nueva «Tercera Fuerza», una coalición de partidos de centro e izquierda unidos por su carácter anticomunista[1195]. La CGT se indignó por las acusaciones de algunos de los que tomaron allí la palabra de haber traicionado a los obreros. En respuesta, la confederación organizó una manifestación el miércoles 29 de mayo para demostrar su capacidad de superar el poder de convocatoria de Charléty.

Instó a todos los sindicatos a que participaran, pero CFDT, FGDS y UNEF rechazaron la invitación, y la UNEF exigió una vez más que la CGT protestase por la expulsión de Cohn-Bendit por parte del gobierno[1196]. No obstante, la policía dejó constancia de que asistieron izquierdistas y estudiantes a la movilización de la CGT[1197]. Entre 100.000 (el cálculo policial) y 300.000 personas —el mayor número de participantes desde el 13 de mayo— marcharon «sin incidentes» de la Bastilla a la Gare Saint-Lazare[1198]. La multitud iba encabezada por gran cantidad de distinguidos estalinistas: Georges Séguy, Benoît Frachon, Waldeck Rochet, Jacques Duclos, Jeannette Vermeesch y Louis Aragon. El recorrido de la manifestación pasó cerca de centros políticos parisinos como el Ayuntamiento y el Elíseo, lo que asustó a unos pocos miembros del gobierno y otros *bien pensants* que creyeron que se estaba fraguando un golpe de Estado comunista[1199]. Muchos sabían que el PCF consideraba que la subida de De Gaulle al poder en 1958 había sido ilegítima. Según el partido, el general se había valido de la amenaza de una guerra civil como chantaje para llegar a la presidencia[1200].

Por más que el Estado no había desaparecido en modo alguno, su aparente impotencia permitió que surgieran toda clase de miedos, así como de esperanzas. El día de la manifestación de la CGT, Grimaud escribió una inusitada carta en la que pedía a sus hombres que evitasen tratar con excesiva dureza a los manifestantes[1201]. Quizá el prefecto de policía temiese provocar al PCF a entrar en acción revolucionaria. De ser así, su preocupación estaba infundada. El análisis del partido postulaba que la situación no era revolucionaria. El PCF, que estaba en lo cierto al pensar que el Estado no se había desintegrado, no quería dar a la República una excusa para aplastar a la «vanguardia» del movimiento obrero como en 1848 y 1871[1202]. La consigna principal de la marcha siguió siendo la llamada de comunistas y CGT a un «gobierno popular» en el que el partido tendría una voz fuerte o dominante. La manifestación mostró, en el caso de que hiciesen falta pruebas, que la CGT todavía era la fuerza principal entre los obreros organizados.

Del mismo modo que los trabajadores se aprovecharon de la perceptible debilidad del Estado para plantear sus reivindicaciones, también lo hicieron los grupos étnicos y nacionalistas, cuyas actividades de mayo-junio han sido

pasadas por alto en buena medida[1203]. Las dificultades materiales provocadas por las huelgas agravaron las tensiones ideológicas y étnicas. Según las fuerzas del orden, manifestantes antiimperialistas de las Antillas interrumpieron una reunión presidida por el «asesino» Pierre Billotte, ministro de Territorios[1204]. Estalló una violenta lucha en la que siete policías y tres manifestantes resultaron heridos y hubo siete detenidos. En otro incidente, 50 personas del Movimiento Joven Guayana, muchos de Guadalupe, ocuparon un apartamento del distrito noveno[1205]. Se enfrentaron a la policía, que les lanzó gas lacrimógeno. Treinta y un hombres y siete mujeres fueron detenidos, hubo siete agentes heridos y el apartamento sufrió considerables daños. Varios días más tarde, 500 partidarios de los detenidos protestaron en la Place Clichy contra las acciones policiales[1206].

Los enfrentamientos étnicos más graves no fueron entre una minoría y la policía, sino entre judíos (muchos de Túnez) y árabes en Belleville, una zona obrera del este de París[1207]. Las dificultades materiales causadas por las huelgas incrementaron las tensiones entre ambas comunidades, las cuales, sin embargo, habían coexistido pacíficamente durante la guerra árabe-israelí de los Seis Días de 1967. El 2 de junio, víspera del primer aniversario de ese conflicto, surgieron peleas entre miembros de los dos grupos[1208]. Según los bomberos, los árabes fueron los agresores: «Norteafricanos armados con palos, botellas y barras de hierro persiguieron a los israelíes [...] Un gran número de exaltados rompieron escaparates. Maltrataron y tiraron al suelo a mujeres y niños»[1209]. A eso le siguió el lanzamiento de piedras, tras lo cual la policía usó gas lacrimógeno para dispersar a la amenazadora multitud[1210]. Ambos bandos formaron comandos que saquearon y quemaron tiendas y bares de sus rivales étnicos. Unos judíos «histéricos» (en palabras de la policía), que temían ser superados en número, afirmaron que los árabes estaban quemando sus edificios religiosos y atacando a niños y embarazadas. Ardieron cuatro tiendas judías y 35 más, tanto árabes como israelíes, sufrieron daños[1211]. Las fuerzas del orden intentaron acordonar el barrio y proteger sus sinagogas, en una de las cuales hubo leves daños por fuego. Al menos cuatro policías y un número indeterminado de norteafricanos resultaron heridos. Seis árabes fueron detenidos, uno por arrojar un cóctel

molotov a una barbería. Los árabes envidiaban el estatus de ciudadanos franceses de los judíos, que daba a estos ventaja en cualquier batalla legal[1212]. Todos sabían que la mayoría de árabes podían ser expulsados, mientras que la mayoría de judíos no. Eminentes personalidades, como el prefecto de policía, el rabino local y el embajador de Túnez, visitaron el lugar y pidieron calma. El Estado pudo restablecer el orden rápidamente. Nunca hubo peligro de perder la capital.

A finales de mayo, las manifestaciones separadas de grupos étnicos, comunistas y no comunistas revelaron que la antirrepresión ya no servía como nexo vinculante para luchar contra el gobierno como a principios de mes. El movimiento contra la represión había debilitado al Estado, promovido huelgas y convocado manifestaciones de cientos de miles de personas. Sin embargo, era incapaz de proporcionar una base a partir de la cual formar una coalición estable. Las evidentes divisiones animaron al gobierno a retomar la ofensiva.

---

841. «Las oportunidades políticas no pueden hacer que los pobres sean conscientes de agravios que antes desconocían, pero les pueden ayudar a detectar dónde y cómo es más vulnerable el sistema, lo que les permite superar su habitual desunión y falta de información», Sidney Tarrow, *Struggle, Politics, and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest* (Ithaca, 1991), p. 36.

842. Tarrow, *Struggle*, pp. 4, 34 y 46. Véase también Sidney Tarrow, *Power in Movement: Social Movements, Collective Action, and Politics* (Nueva York, 1994) y [ed. española: *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Alianza Editorial, 2012].

843. De utilidad para este periodo son George Ross, *Workers and Communists in France* (Berkeley y Los Ángeles, 1982); Jean-Pierre Rioux, *La France de la Quatrième République: L'Expansion et l'impuissance, 1952-1958* (París, 1983); Serge Berstein, *La France de l'expansion: La République gaullienne, 1958-1969* (París, 1989); Georges Lefranc, *Le Mouvement syndical de la libération aux événements de mai-juin 1968* (París, 1969); Noir et Rouge, *Socialisme ou Barbarie: Organe de Crtique et d'Orientation Révolutionnaire Anthologie* (Mauléon, 1985).

844. Philippe Bauchard y Maurice Bruzek, *Le syndicalisme à l'épreuve* (París, 1968), p. 19.

845. Jean-Philippe Legois, *La Sorbonne avant mai 68* (Mémoire de maîtrise, Paris I, 1993), p. 197.

846. Danielle Tartakowsky, *Le pouvoir est dans la rue* (París, 1998), p. 153.

847. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 21; Jacques Kergoat, «Sous la plage, la grève», en Antoine Artous (ed.), *Retours sur mai* (Montreuil, 1988), p. 43; Michel Dreyfus, *Historie de la CGT: Cent ans*

de syndicalisme en France (París, 1995), p. 263; Jean Lacouture, *De Gaulle: The Ruler, 1945-1970*, trad. Alan Sheridan (Nueva York y Londres, 1992), 2 vols., 2: 496.

848. Roger Martelli, *Mai 68* (París, 1988), p. 47.

849. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 165; Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la commune étudiante* (París, 1969), p. 92-93; Adrien Dansette, *Mai 1968* (París, 1971), p. 168.

850. Ministère de l'Intérieur, Maintien de l'ordre, Manifestations et conflits sociaux, 12 marzo 1968, AN 860581/25.

851. Nicole de Maupeou-Abboud, *Ouverture du ghetto étudiant: La gauche étudiante à la recherche d'un nouveau mode d'intervention politique (1960-1970)* (París, 1974), p. 246; *Matériaux pour l'historie de notre temps*, núm. 20 (julio-septiembre 1990): 7.

852. En 1967, 3.500 se habían congregado en la Bourse du Travail. 2 mayo 1968, AN 820599/40; 2 mayo 1968, Fa 278, APP.

853. 1 mayo 1968, Fa 278, APP.

854. La CGT rechazó la tesis de que los estudiantes hubieran detonado las huelgas, en favor de la argumentación más *ouvriériste* de que los trabajadores y sus sindicatos fueron la chispa. Véase Michel Johan, «La CGT et le mouvement de mai», *Les Temps modernes*, núms. 266-267 (agosto-septiembre 1968): 327. Para una comparación entre el debilitamiento del Estado por parte del movimiento estudiantil en 1968 y 1986, véase Roger Duclaud-Williams, «Student Protest: 1968 and 1986 Compared», en D. L. Hanley y A. P. Kerr (eds.), *May '68: Coming of Age* (Londres, 1989), p. 52.

855. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 71. Los datos biográficos que siguen están sacados de este ensayo.

856. Journée du 13 mai, Fa 255, APP; Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, 75; Dansette, *Mai*, p. 136; André Sernin, *Journal d'un bourgeois de Paris en mai 68* (París, 1988), p. 19; «La grève des cheminots en 1968: Entretien avec Daniel Moreau», en Geneviève Dreyfus-Armand y Laurent Gervereau (eds.), *Mai 68: Les mouvements étudiants en France et dans le monde* (Nanterre, 1988), p. 215. Sin embargo, no hay pruebas de que la huelga fuese «revolucionaria». Cfr. Marc Kravetz (ed.), *L'Insurrection étudiante* (París, 1968), p. 10.

857. 14 mayo 1968, AN 820599/40.

858. 13 mayo 1968, AN 820599/40.

859. 20 mayo 1968, AN 820599/40.

860. 13 mayo 1968, AN 820599/40.

861. Préfet de Paris à ministre d l'Education Nationale, 14 junio 1968, AN 790793.

862. Ministère du Travail, Conflits du travail, Ministère d'État Chargé des Affaires Sociales, 14 mayo 1968, AN 760122.

863. Gérard Adam, «Étude statistique des grèves de mai-juin 1968», *Revue française de science politique*, núm. 1 (febrero 1970): 106.

864. Dansette, *Mai*, p. 175; Ministère d'État chargé des Affaires Sociales, 14 mayo 1968, AN 760122.

865. Entrevistas de Henri Simon con trabajadores, 1994.

866. Journée du 13 mai, Fa 255, APP.

867. Sobre las huelgas de París, véase Situation sociale dans les industries des métaux de la région parisienne, 27 mayo 1968, GIM [Groupement des industries métallurgiques].

868. Ministère de l'État, 14 mayo 1968, AN 760122; 3 mayo 1968, AN 820599/40; 2 mayo 1968, AN 820599/40. Una huelga similar también había tenido lugar en Brest.

869. 15 mayo 1968, Fa 257, APP.

870. 16 mayo 1968, Fa 257, APP.

871. Sous-Direction des relations professionnelles, 17 mayo 1968, AN 760122. Un trabajador jubilado de la Renault afirmó que en la tarde del 13 de mayo su taller de Billancourt decidió parar de repente en apoyo de los estudiantes. Sin embargo, la mayoría de fuentes impresas están de acuerdo en que la planta de Billancourt se puso en huelga el 16 de mayo como muy pronto. Véanse las entrevistas de Henri Simon. Véase también Philippe Gavi, «Des ouvriers parlent», *Les Temps modernes*, núm. 265 (julio 1968): 82.

872. *L'Humanité*, 18 mayo 1968.

873. *L'Aurore*, 21 mayo 1968.

874. Citado en Lacouture, *De Gaulle*, 2: 536. Para Peyrefitte, véase Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 78; Christian Charrière, *Le printemps des enragés* (París, 1968), p. 220.

875. Charrière, *Printemps*, p. 220.

876. Daniel Cohn-Bendit, *Le Grand Bazar* (París, 1975), p. 48.

877. Véase Sernin, *Journal*, p. 35; Bulletin mensuel, mayo-julio 1968, AN 820599/89.

878. 24 junio 1968, AN 800273/61.

879. Citado en Charrière, *Printemps*, p. 221; A. Belden Fields, *Student Politics in France: A Study of the Union Nationale des Étudiants de France* (Nueva York, 1970), p. 120.

880. Situation sociale, 13-26 mayo, GIM; entrevistas de Henri Simon.

881. Véase Daniel Singer, *Prelude to Revolution: France in May 1968* (Nueva York, 1970), p. 9: «Las fuerzas espontáneas llevaron el movimiento todo lo lejos que pudieron frente a la oposición de todos los estamentos oficiales». Más recientemente, Andrew Feenberg y Jim Freedman, *When Poetry Ruled the Streets: The French May Events of 1968* (Albany, 2001), p. 33: «Más de 100.000 trabajadores de 13 grandes fábricas se pusieron en huelga y ocuparon sus plantas sin que los sindicatos les dijeran nada».

Cfr. también Ingrid Gilcher-Holtey, *Die 68er Bewegung: Deutschland-Westeuropa-USA* (Múnich, 2001), pp. 85-86.

882. Entrevistas de Henri Simon; Bulletin mensuel, mayo-julio 1968, AN 820599/89; Lucio Magri, «Réflexions sur les événements de mai», *Les Temps modernes*, núms. 277-278 (agosto-septiembre 1969): 23. Este artículo intenta sintetizar las interpretaciones «espontáneas» y «organizadas» de la revuelta, pero reconoce que «al verse ante las primeras huelgas y ocupaciones, los sindicatos no pecaron de las mismas vacilaciones que caracterizaron su reacción al levantamiento estudiantil». Michelle Zancarini-Fournel, «La longue décennie des mouvements sociaux et la grève générale de mai-juin 1968», en Geneviève Dreyfus-Armand, Robert Frank, Marie-Françoise Lévy y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *Les Années 68: Le temps de la contestation* (Bruselas, 2000), p. 277, refuerza la argumentación de que la CGT no se opuso a las huelgas, sino que las controló.

883. Préavis, 29 abril 1968 y Note pour M. le Ministre, 7 mayo 1968, Ministère de l'Industrie, des Postes et Télécommunications, AN 810484.

884. Direction générale de la police nationale, renseignements généraux, bulletins quotidiens, 3 mayo 1968, AN 820599/40.

885. Nota, 8 mayo 1968, Ministère de l'Industrie, des Postes et Télécommunications, AN 810484.

886. 10 mayo 1968, Ministère de l'Industrie, des Postes et Télécommunications, AN 810484.

887. 13 [?] mayo 1968, Fa 255, APP.

888. Ministre des PTT, 18 mayo 1968, Fa 258, APP.

889. Réquisition, 19 mayo 1968, Fa 258, APP.

890. 20 mayo 1968, Fa 258, APP; Laurent, 20 mayo 1968, Fa 259, APP.

891. Le commissaire du 14e, 20 mayo 1968, Fa 259, APP.

892. Le commissaire du 9e, 25 mayo 1968, Fa 281, APP.

893. Le commissaire du 13e, 20 mayo 1968, Fa 281, APP.

894. Le commissaire du 1e, 21 mayo 1968, Fa 259, APP.

895. Le préfet de la r.p., 28 mayo 1968, AN 800273/61.

896. Situation sociale dans les industries des métaux de la région parisienne, 27 mayo 1968, GIM. Cfr. Alfred Willener, Catherine Gajdos y Georges Benguigui, *Les cadres en mouvement* (París, 1969), p. 21; Chris Howell, *Regulating Labor: The State and Industrial Relations Reform in Postwar France* (Princeton, 1992), p. 3; Hughes Portelli, *La Ve République* (París, 1994), p. 144. Más recientemente, cfr. Kristin Ross, *May '68 and Its Afterlives* (Chicago, 2002), p. 68: «La huelga de trabajadores, al surgir fuera de los confines de las grandes confederaciones laborales francesas y fuera de los deseos de cualquiera de los varios partidos de izquierdas, sobre todo del Partido Comunista, llegó a amenazar la misma existencia de esas instituciones y organizaciones».

897. Willener *et al.*, *Les cadres*, p. 21. Véase también Michael Rose, *Servants of Post-Industrial Power? Sociologie du Travail in Modern France* (White Plains, N.Y., 1979), p. 140.

898. 22 mayo 1968, AN 820599/40.

899. Adam, «Étude statistique», pp. 111-117.

900. Documento reproducido en Jean-Raymond Tournoux, *Le mois de mai du général* (París, 1969), p. 365. Un antiguo militante del PCF que se había hecho *gauchiste* reconoció el papel fundamental que desempeñó la CGT en el sector metalúrgico de la región de Saint-Quentin. Véase «Bilan d'une adhésion au PCF», *Informations Correspondance Ouvrières* [en adelante *ICO*], núm. 91 (marzo-abril 1970).

901. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletins quotidiens, 16 mayo 1968, AN 820599/40.

902. 17 mayo 1968, AN 820599/40.

903. 18 mayo 1968, AN 820599/40.

904. «La grève des cheminots en 1968: Entretien avec Daniel Moreau», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 216; Frank Georgi, «Vivre demain dans nos luttes d'aujourd'hui: Le syndicat, la grève et l'autogestion en France (1968-1988)», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, p. 401.

905. *Matériaux*, p. 49; Baynac, *Mai*, p. 265.

906. Baynac, *Mai*, p. 265.

907. El siguiente párrafo se basa en informes policiales diarios, 16 mayo 1968, AN 820599/40; 17 mayo 1968, AN 820599/40; 18 mayo 1968, AN 820599/40.

908. Dansette, *Mai*, p. 188. Varios días después, el general expresó un parecer similar. Véase Jacques Foccart, *Le Général en mai: Journal de l'Elysée-II 1968-1969* (París, 1998), p. 118.

909. 19 mayo 1968, Fa 258, APP.

910. 20 mayo 1968, Fa 258, APP.

911. *Ibid.*

912. 24 mayo 1968, AN 820599/40.

913. 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

914. Entrevistas de Henri Simon; Aristede y Vera Zolberg, «The Meanings of May (París, 1968)», *Midway*, núm. 3 (invierno 1969): 91.

915. Baynac, *Mai*, p. 151.

916. 18 mayo 1968, AN 820599/40.

917. 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

918. 21 mayo 1968, AN 820599/40.

919. Absentéisme (1964), AN 39AS287.

920. *Les Échos*, 21 mayo 1968; Charrière, *Printemps*, p. 232.

921. Groupement des industriels d'Argenteuil-Bezons et communes avoisinantes, «Enquête concernant les conflits sociaux» [en adelante Enquête], julio-noviembre 1968, GIM.

922. En Renault-Cléon, confinaron a los miembros de la dirección en sus despachos y los tuvieron como rehenes para prevenir un asalto de la policía. Véase *Notre arme c'est la grève* (París, 1968), p. 23; Baynac, *Mai*, p. 139.

923. Situation sociale, 27 mayo 1968, GIM.

924. Muchas eran ilegales, ya que el aviso con cinco días de antelación que había establecido la ley del 31 de julio de 1963 no se respetaba. Véase Centre national d'information pour la productivité des entreprises, *Les événements de mai-juin 1968 vus à travers cent entreprises* (París, 1968), p. 25. Singer, *Prelude*, p. 234, afirma que el aviso con cinco días de antelación solo era aplicable al sector público.

925. Crise de mai 1968, 22 mayo 1968, GIM. Para la historia de la relación entre empresarios y huelguistas con anterioridad a Mayo del 68, véase Jacques Capdevielle y René Mouriaux, *Mai 68: L'Entre-deux de la modernité: Historie de trente ans* (París, 1988), p. 51. Para el fracaso de la dirección de Citroën al intentar que la policía se enfrentase a los ocupantes, véase Lucien Rioux y René Backmann, *L'Explosion de mai* (París, 1968), p. 438; también Charrière, *Printemps*, p. 246.

926. 24 mayo 1968, Fa 260, APP.

927. Maurice Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît* (París, 1977), p. 218.

928. Enquête, GIM. Véase también Grimaud, *Mai*, p. 217, que afirma que el alcalde de Gennevilliers amenazó con que sus partidarios «ocuparían en masa» un centro de distribución de combustible si intervenía la policía para poner fin a la huelga.

929. J.-C. Davidson en *Matériaux*, p. 54; Baynac, *Mai*, p. 130.

930. Enquête, GIM. Cfr. *Les événements de mai-juin 1968 vus à travers cent entreprises*, pp. 16 y 25. Para el papel de los sindicatos en la Citroën, véase Patrick Hassenteufel, *Citroën-Paris en mai-juin 1968: Dualités de la grève* (Mémorie de maitrise, Paris I, 1987), p. 44. Para las industrias del norte, véase Pierre Dubois, «Les pratiques de mobilisation et d'opposition», en Pierre Dubois, Renaud Dulong, Claude Durand, Sabine Erbès-Seguin y Daniel Vidal, *Grèves revendicatives ou grèves politiques?* (París, 1971), pp. 342-345. Jean-Philippe Talbo (ed.), *La grève à Flins* (París, 1968), p. 90, subraya el papel de las «minorías activas» a la hora de iniciar las huelgas.

931. Adam, «Étude statistique», pp. 109 y 117.

932. Enquête, GIM.

933. Robert Davezies (ed.), *Mai 68: La rue dans l'église* (París, 1968), p. 84.

934. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 777; entrevistas de Henri Simon.

935. Véase Cohn-Bendit en Jean Bertolino, *Les Trublions* (París, 1969), p. 391: «Casi todo el mundo está de acuerdo ... en que fueron trabajadores jóvenes ... los que empezaron el movimiento». Georges Pompidou también afirmó que «jóvenes trabajadores ... desoyendo las órdenes de los sindicatos» iniciaron las ocupaciones. Véase *Débats de l'Assemblée Nationale: Seconde session ordinaire de 1967-1968*, 22 mayo 1968 (París, 1969), p. 2039.

936. Bulletin mensuel, mayo-julio 1968, AN 820599/89; Ronan Capitaine, *Dassault Saint-Cloud en mai-juin 1968* (Mémoire de maîtrise, Paris I, 1990), p. 102. Véase *Notre arme c'est la grève*, pp. 14-18; cfr. Dansette, *Mais*, p. 349: «Sin estos jóvenes, trotskistas, nuevos obreros industriales procedentes de granjas y otros no sindicados influenciados por los estudiantes, las huelgas salvajes nunca habrían tenido lugar. Fueron huelgas que preocuparon a la CGT y el PCF». Pierre Peuchmaurd, *Plus vivants que jamais* (París, 1968), p. 94, atribuye las huelgas a la propia clase obrera, no al PCF ni a la CGT.

937. Adam, «Étude statistique», p. 110.

938. Entrevistas de Henri Simon; 28 junio 1968, AN 820599/41.

939. Véase Capitaine, *Dassault*, p. 78; Davezies, *Mai 68*, p. 86; entrevistas de Henri Simon.

940. Claude Dejacques, *À toi l'angoisse, à moi la rage: Mai 68 Les fresques de Nanterre* (París, 1969) [sin paginación].

941. Dansette, *Mai*, pp. 200-201; Baynac, *Mai*, p. 134.

942. Bulletin mensuel, septiembre 1968, AN 820599/89.

943. Entrevistas de Henri Simon; Baynac, *Mai*, 133.

944. Cfr. Alain Geismar, Serge July y Erlyne Morane, *Vers la guerre civile* (París, 1969), p. 340, que afirma que los *immigrés* lideraron la huelga en la planta Citroën Javel de París; cfr. también George Katsiaficas, *The Imagination of the New Left* (Boston, 1987), p. 104; Ross, *May '68 and Its Afterlives*, p. 95: «Mayo del 68, de hecho, marca la emergencia a la escena política del *travailleur immigré*». Daniel A. Gordon, «Immigrants and the New Left in France, 1968-1971» (tesis doctoral, Universidad de Sussex, 2001), apoya el punto de vista de Ross, pero se necesitaría para confirmarlo un estudio de la participación en huelgas de los inmigrantes con anterioridad a 1968 que no incluye habida cuenta del periodo que abarca su tesis.

945. 28 junio 1968, AN 820599/41.

946. Véase Hassenteufel, *Citroën*, p. 108; Entrevista con los señores de Bomelle, 20 julio 1990; Talbo, *Flins*, p. 17; Danielle Kergoat, *Bulledor ou l'historie d'une mobilisation ouvrière* (París, 1973). Sobre el porcentaje de inmigrantes en la plantilla metalúrgica, La main d'oeuvre étrangére – les industries des métaux de la région parisienne, 31 diciembre 1969, AN 39AS 287. Gordon, «Immigrants», cuestiona el juicio sobre la pasividad de los inmigrantes, pero reconoce (84) «un nivel muy bajo de afiliación sindical» entre ellos.

947. Para la comparación con Alemania, véase Ulrich Herbert y Karin Hunn, «Gastarbeiter und Gastarbeiterpolitik in der Bundesrepublik: Vom Beginn des offiziellen Anwerbung bis zum Anwerbestopp (1955-1973)», en Axel Schildt, Detlef Siegfried y Karl Christian Lammers (eds.), *Dynamische Zeiten: Die 60er Jahre in den beiden deutschen Gesellshaften* (Hamburgo, 2000), p. 292.

948. 28 junio 1968, AN 820599/41. Gordon, «Immigrants», pp. 146-151, hace muchas matizaciones a esa aseveración.

949. Gordon, «Immigrants», p. 163.

950. Véase Donald Reid, «The Politics of Immigrant Workers in Twentieth-Century France», en Camille Guerin-Gonzales y Carl Strikwerda (eds.), *The Politics of Immigrant Workers* (Nueva York, 1993), p. 269.

951. Fernand Braudel, *The Identity of France*, trad. Sian Reynolds (Nueva York, 1988), 2 vols., 2: 215.

952. *Le Figaro*, 17 mayo 1968 y 21 mayo 1968.

953. Citas sacadas de Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 777-779; Dansette, *Mai*, p. 199; *Le Monde*, 23 mayo 1968; *L'Aurore*, 21 mayo 1968.

954. «Le mouvement du 22 mars: Entretien avec Daniel Cohn-Bendit», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 127; Mouvement du 22 mars, *Ce n'est qu'un début, continuons le combat* (París, 1968), pp. 33 y 47.

955. R. Gregoire y F. Perlman, *Worker-Student Action Committees: France May '68* (Detroit, 1991), p. 60.

956. Citado en Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 95.

957. Singer, *Prelude*, p. 159; Jacques Julliard, «Syndicalisme révolutionnaire et révolution étudiante», *Esprit*, núm. 372 (junio-julio 1968): 1042.

958. Sernin, *Journal*, p. 50.

959. Citado en Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 797.

960. Claude Durand, «Ouvriers et techniciens en mai 1968», en Dubois *et al.*, *Grèves revendicatives*, pp. 48-73.

961. Le Préfet de Paris à Ministre, 12 junio 1968, AN 800273/61.

962. Vincent Porhel, «L'autogestion à la CSF de Brest», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, p. 395.

963. Véase el editorial de *Les Temps modernes*, núm. 264 (mayo-junio 1968): 11; Edgar Morin, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis, *Mai 68: La brèche* (París, 1988), p. 95; André Gorz, «Limites et potentialités du mouvement de mai», *Les Temps modernes*, núms. 266-267 (agosto-septiembre 1968): 240-241. Cfr. Gianni Statera, *Death of a Utopia: The Development of Student Movements in Europe* (Oxford, 1975), p. 137: «El 25 de mayo ... millones de personas llenaron las plazas y calles de todas las

ciudades francesas para manifestarse contra el régimen, para pedir “reformas revolucionarias”, sustanciales subidas de salarios y que las masas verdaderamente participasen en el poder». Cfr. también Katsiaficas, *Imagination*, p. 106: «En general, sin embargo, las acciones de los trabajadores contra la dirección de las empresas reflejaron una de las aspiraciones fundamentales de la huelga general: la autogestión». Feenberg y Freedman, *Poetry*, p. 34: «Fue a la Sorbona, a una alternativa al liderazgo sindical, a los defensores de la teoría anarquista de la autogestión, adonde miraron los trabajadores».

964. James Miller, *Democracy is in the Streets: From Port Huron to the Siege of Chicago* (Nueva York, 1987), p. 68.

965. Todd Gitlin, *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage* (Nueva York, 1987), p. 258.

966. Mouvement du 22 mars, *Début*, p. 92.

967. Sylvain Zegel, *Les idées de mai* (París, 1968), p. 43. Artículos recientes han puesto en tela de juicio la importancia y extensión de los deseos de autogestión entre los trabajadores. Véase Alexis Bonnet, «L’Autogestion et les cédétistes lyonnais», y Porhel, «L’autogestion», ambos en Dreyfus-Armand *et al*., *Les Années 68*, pp. 363-399.

968. Guy Caire, «La situation sociale», *Droit social* (julio-agosto 1968), p. 455; Capitaine, *Dassault*, p. 81.

969. Situation sociale, période du 13 au 26 mai, GIM.

970. Para la actitud de la CGT con anterioridad a Mayo del 68, véase René Mouriaux, «Le mai de la CGT», ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social de mai 1968, París, 24-25 noviembre 1988. Para el papel central y, por lo tanto, «no marginal» de las mujeres e inmigrantes, véase Thierry Baudouin, Michèle Collin y Danièle Guillerm, «Women and Immigrants: Marginal Workers?», en Colin Crouch y Alessandro Pizzorno (eds.), *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe since 1968* (Nueva York, 1978), 2 vols., 2: 63.

971. CGT, Chemins de fer, 28 mai, Tracts de mai 1968, BN; CFDT, 23 mai, Tracts de mai 1968, BN.

972. *Antoinette* [s. f.].

973. Mouriaux, «Le mai», en Colloque; Ross, *Workers and Communists*, p. 165.

974. Marzo 1968, AN 820599/89.

975. *ICO*, abril 1968, p. 13.

976. Citroën, 26 mayo 1968, Tracts de mai 1968, BN.

977. Lycée d'état Corbeil-Essonne, 20 mayo 1968, AN 790793; C. Michel en *Matériaux*, p. 71.

978. *Débats de l'Assemblée Nationale*, 21 mayo 1968, 1982.

979. Citado en Dansette, *Mai*, p. 185. El texto completo del discurso de Pompidou está recogido en Dansette, *Mai*, pp. 407-413.

980. *Débats de l'Assemblée Nationale*, 22 mayo 1968, 2032.

981. 22 mayo 1968, AN 820599/40.

982. Caire, «Situation sociale», p. 454.

983. Charlot, «The Aftermath», en Hanley y Kerr, *May*, pp. 77-78; 16 mayo 1968, AN 820599/40.

984. Cfr. Charrière, *Printemps*, 259, sobre el grupo del PDM.

985. Emmanuel Souchier (ed.), *Mai 68* (París, 1988), p. 47; Charrière, *Printemps*, p. 274.

986. Philippe Labro (ed.), *Ce n'est qu'un début* (París, 1968), p. 135; Pierre Andro, A. Dauvergne y L. M. Lagoutte, *Le mai de la révolution* (París, 1968), p. 146.

987. 1 junio 1968, Fa 269, APP.

988. Alain Touraine, *The May Movement: Revolt and Reform*, trad. Leonard F. X. Mayhew (Nueva York, 1979), p. 246.

989. Singer, *Prelude*, p. 177. Aimé Césaire, el poeta y diputado progresista de La Martinica, declaró: «Yo estaría encantado de gritarlo también, pero nadie me creería».

990. Citado en Singer, *Prelude*, p. 119. Para la tolerancia de una gran presencia de extranjeros en las universidades francesas con anterioridad a la Primera Guerra Mundial, véase George Weisz, *The Emergence of Modern Universities in France, 1863-1914* (Princeton, 1983), pp. 258-259.

991. Singer, *Prelude*, p. 176; Johan, «La CGT et le mouvement de mai», p. 335; Marc Goldstein, «Le Parti communiste du 3 mai au 6 juin», *Les Temps modernes*, núm. 269 (noviembre 1968): 860.

992. *Le Monde*, 25 mayo 1968.

993. Citado en Claude Prévost, *Les étudiants et le gauchisme* (París, 1969), p. 158.

994. Yves Blondeau, *Le Syndicat des correcteurs* (París, 1973), p. 288.

995. Jean-François Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises: Manifestes et pétitions au XX*e *siécle* (París, 1990), p. 386.

996. Seale y McConville, *Red Flag*, p. 174.

997. 23 mayo 1968, Fa 259, APP.

998. 24 mayo 1968, Fa 259, APP.

999. Grimaud, *Mai*, p. 137.

1000. 23 mayo 1968, Fa 259, APP.

1001. *Ibid.*

1002. *Ibid.*

1003. Le commissaire principal du 31e, 23 mayo 1968, Fa 259, APP.

1004. Le commissaire du 5e, Manifestation du 22-23, Fa 259, APP.

1005. Las únicas excepciones eran por fallecimientos de familiares o enfermedad. 21 mayo 1968, Fa 258, APP.

1006. 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

1007. 21 mayo 1968, Fa 263, APP.

1008. 24 junio 1968, Fa 277, APP.

1009. Commissaire du 1e, 24 junio 1968, Fa 277, APP.

1010. Le commissaire, Manifestations du 22 mai, 23 mayo 1968, Fa 259, APP.

1011. Note pour État-Majeur, 23 mayo 1968, Fa 259, APP.

1012. 29 mayo 1968, Fa 266, APP; 25 mayo 1968, Fa 281, APP.

1013. 22-23 mayo 1968, Fa 259, APP.

1014. 24 mayo 1968, Fa 259, APP.

1015. 24 mayo 1968, Fa 259, APP; 24 mayo 1968, Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de París.

1016. «Remerciements», 28 mayo 1968, Fa 260, APP.

1017. 25 mayo 1968, Fa 281, APP.

1018. *Ibid.*

1019. 24 mayo 1968, Fa 259, APP.

1020. 23-24 mayo 1968, Fa 259, APP. Otras cifras ofrecen un total de 45 policías heridos, a 27 de los cuales se dio la baja médica; 24 mayo 1968, Fa 259, APP. Charrière, *Printemps*, p. 277, habla de 78 policías heridos en refriegas callejeras y 220 detenidos y luego puestos en libertad.

1021. 23 mayo 1968, Fa 259, APP.

1022. *Ibid.*

1023. 25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1024. Charlot, «The Aftermath», en Hanley y Kerr, *May*, p. 78.

1025. Foccart, *Le Général en mai*, p. 127; Dansette, *Mai*, p. 227.

1026. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 119.

1027. Jean-Pierre Filiu, «Le gouvernement et la direction face à la crise», en *Mai 68 à l'ORTF* (París, 1987), p. 169.

1028. 13 mayo 1968, AN 820599/40.

1029. Roger Gascon, *La nuit de pouvoir ou le 24 mai manqué* (París, 1968), p. 14.

1030. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1031. Geismar *et al*., *Vers*, p. 194; Baynac, *Mai*, p. 188.

1032. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1033. *Ibid.*; 24 junio 1968, AN 800273/61.

1034. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1035. 24 junio 1968, AN 800273/61.

1036. Para el énfasis en lo simbólico, véase Henri Lefebvre, *The Explosion: Marxism and the French Revolution* (Nueva York, 1969), p. 123. Hubo otros momentos simbólicos en la Segunda Noche de Barricadas. Siete empleados del Musée de l'Homme invadieron el apartamento del ministro del Interior Fouchet y le dijeron a su mujer que el lugar pertenecía al museo. Los intrusos fueron detenidos. Véase 20 junio 1968, Fa 260, APP.

1037. 23 mayo 1968, Fa 259, APP.

1038. 28 mayo 1968, Fa 261, APP.

1039. 25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1040. Le commissaire des Halles, 25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1041. 25 mayo 1968, Fa 260, APP. Había 32 comisarías de distrito en París.

1042. *Ibid.*

1043. 26 mayo 1968, Fa 260, APP.

1044. 25 mayo 1968, Fa 281, APP.

1045. 3 junio 1968, Fa 269, APP.

1046. 15 junio 1968, Fa 274, APP.

1047. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1048. Journée du vendredi 24 et nuit 24-25, Fa 260, APP.

1049. 26 mayo 1968, Fa 260, APP.

1050. 27 mayo 1968, Fa 260, APP.

1051. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1052. 25 mayo 1968, Fa 281, APP.

1053. *Ibid.*

1054. Grimaud, *Mai*, p. 245.

1055. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1056. *Ibid.*; 25 mayo 1968, Fa 281, APP.

1057. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP; 26 mayo 1968, Fa 260, APP.

1058. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1059. 25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1060. *Ibid.* Otras cifras hablan de 447 civiles y 212 policías heridos, además de 760 detenciones. Se cortaron 72 árboles y se quemaron 67 vehículos, entre ellos ocho camiones de bomberos y siete coches policiales. Véase Andro *et al.*, *Mai*, p. 182. Gordon, «Immigrants», p. 122, dice que el número de extranjeros detenidos fue mayor. Baynac, *Mai*, p. 189, sostiene que la policía se negó a admitir su responsabilidad en la muerte de un manifestante.

1061. Maurice Grimaud, «Mai 1968, vingt ans après: L'État face à la crise», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 71.

1062. 9 julio 1968, Fa 274, APP.

1063. 24-25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1064. 20 junio 1968, Fa 260, APP.

1065. 24-25 mayo 1968, Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de París.

1066. Gilles Martinet, *La conquête des pouvoirs* (París, 1968), p. 35; Dansette, *Mai*, p. 283; Magri, «Réflexions», p. 464.

1067. Arthur Marwick, *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-c. 1974* (Nueva York, 1998), p. 594.

1068. 27 mayo 1968, AN 820599/40.

1069. Baynac, *Mai*, p. 191.

1070. «Bilan d'une adhésion au PCF», *ICO*, núm. 91 (marzo-abril 1970): 23.

1071. Tartakowsky, *Le pouvoir*, p. 183; Georges Pompidou, *Pour rétablir une vérité* (París, 1982), p. 188.

1072. Claude Paillat, *Archives secrètes, 1968-69: Les coulisses d'une année terrible* (París, 1969), pp. 193 y 204.

1073. Peuchmaurd, *Vivants*, p. 69; Sernin, *Journal*, p. 59.

1074. Entrevistas de Henri Simon.

1075. Dansette, *Mai*, pp. 276 y 423; Peuchmaurd, *Vivants*, p. 124.

1076. 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

1077. 13 julio 1968, Fa 277, APP.

1078. 24 mayo 1968, Fa 259, APP.

1079. J. Livi en *Matériaux*, p. 69.

1080. 27 febrero 1968, Fa 282, APP.

1081. 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

1082. 24 mayo 1968, Fa 259, APP; 25 mayo 1968, Fa 260, APP; 28 mayo 1968, Fa 261, APP; 30-31 mayo 1968, Fa 261, APP.

1083. 24 mayo 1968, Fa 259, APP; 25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1084. 25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1085. 26 mayo 1968, Fa 260, APP.

1086. Direction de la circulation, 22 mayo 1968, Fa 259, APP.

1087. 28 mayo 1968, Fa 261, APP.

1088. 28 junio 1968, AN 800273/61.

1089. 28 mayo 1968, AN 800273/61.

1090. 21 mayo 1968, Fa 261, APP.

1091. Effectifs, s. f., Fa 262, APP. Grimaud, *Mai*, p. 33, afirma que había 25.000 agentes disponibles.

1092. 21 mayo 1968, Fa 262, APP.

1093. 23 mayo 1968, Fa 262, APP.

1094. Grimaud, *Mai*, p. 217.

1095. 28 mayo 1968, Fa 262, APP.

1096. Compte-rendu, 30 mayo 1968, AN 800237/61.

1097. *Ibid.*

1098. 23 mayo 1968, Fa 261, APP.

1099. 24 mayo 1968, Fa 259, APP.

1100. Dansette, *Mai*, pp. 277-278.

1101. 4 junio 1968, Fa 262, APP.

1102. Suzanne Berger, «Regime and interest representation: The French traditional middle classes», en Suzanne Berger (ed.), *Organizing Interests in Western Europe* (Cambridge, 1981), p. 84.

1103. Para 1848, véase Roger Price, *The French Second Republic: A Social History* (Ithaca, 1972), p. 171.

1104. 25 mayo 1968, Fa 281, APP.

1105. 28 mayo 1968, AN 800273/61.

1106. 4 junio 1968, Fa 262, APP.

1107. *Ibid.*

1108. *Ibid.*

1109. 25 mayo 1968, Fa 260, APP.

1110. 4 junio 1968, Fa 262, APP.

1111. 28 junio 1968, AN 800273/61.

1112. Cfr. el relato de J. Livi, en *Matériaux*, p. 69. Cfr. también Feenberg, *Poetry*, p. 43: «No trabajaba nadie. No había aviones, trenes ni correo. No había gasolina. No había recogida de basuras».

1113. 28 mayo 1968, Fa 261, APP; 29 mayo 1968, Fa 263, APP.

1114. 27 mayo 1968, Fa 263, APP.

1115. 18 y 21 mayo 1968, Fa 263, APP.

1116. 29 mayo 1968, Fa 262, APP.

1117. 30 mayo 1968, Fa 262, APP.

1118. 29 mayo 1968, Fa 262, APP.

1119. 30 mayo 1968, Fa 262, APP.

1120. Situation à 18:15, s. f., Fa 262, APP.

1121. 26 mayo 1968, Fa 262, APP.

1122. 28 mayo 1968, AN 800273/61.

1123. 26 mayo 1968, Fa 262, APP.

1124. 30 mayo 1968, Fa 262, APP.

1125. 31 mayo 1968, Fa 262, APP; 29 mayo 1968, Fa 262, APP.

1126. 29 mayo 1968, Fa 262, APP.

1127. *Ibid.*

1128. 31 mayo 1968, Fa 262, APP.

1129. *Ibid.*

1130. *Ibid.*; 9 julio 1968, Fa 274, APP.

1131. 31 mayo 1968, Fa 262, APP.

1132. Grimaud, *Mai*, p. 206.

1133. El depósito de Esso de Asnières volvería a funcionar el martes 4 de junio. Véase 2 junio 1968, Fa 262, APP.

1134. 17 junio 1968, Fa 262, APP.

1135. 19 junio 1968, Fa 262, APP.

1136. Otras organizaciones agrarias como el Mouvement de Défense des exploitations familiales y el CNJA (Centre national des jeunes agriculteurs) se mostraron más afines a los trabajadores y estudiantes. Véase Tartakowsky, *Le pouvoir*, pp. 185-186.

1137. Para el corporativismo de la FNSEA, véase John T. S. Keeler, *The Politics of Neocorporatism in France* (Nueva York, 1987), p. 15; Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 389; Mayo 1968, AN 820599/75.

1138. Willener *et al.*, *Les cadres*, pp. 42-43; Réunion tenue les 25-27 mai, AN 860561.

1139. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 102.

1140. Martelli, *Mai*, p. 135.

1141. *Matériaux*, p. 45.

1142. *Le Peuple*, agosto 1968.

1143. Para las protestas del PME contra Grenelle, véase Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 396.

1144. Caire, «Situation sociale», p. 456. Para unas cifras algo distintas, véase Jacques Kergoat, «Sous la plage, la grève», en Artois, *Retours sur mai*, p. 46.

1145. Véase *Mai 68 à l'ORTF*.

1146. Entrevistas de Henri Simon; Capitaine, *Dassault*, p. 96; Magri, «Réflexions», p. 458.

1147. Lo que sigue está sacado de Réunion tenue les 25-27 mai au Ministère des Affaires Sociales, AN 860561.

1148. J.-M. Jeanneney en *Matériaux*, p. 36; Michelle Zancarini-Fournel, «Retour sur "Grenelle": la cogestion de la crise?», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, p. 452.

1149. A. Prost en *Matériaux*, p. 5. Los trabajadores públicos temían no poder conseguir lo mismo que los otros. 27 mayo 1968, AN 820599/40.

1150. 21 mayo 1968, AN 820599/40.

1151. *Ouvriers face aux appareils: Une expérience de militantisme chez Hispano-Suiza* (París, 1970), p. 107. Para el aislamiento de la huelga de Peugeot de 1965, véase Lefranc, *Le Mouvement syndical*, p. 190. Véase también Noir et Rouge, *Socialisme ou Barbarie* para el fracaso de un movimiento huelguista nacional y la consiguiente frustración de los obreros con anterioridad a 1968.

1152. Dansette, *Mai*, p. 249; *Le Monde*, 28 mayo 1969; Alain Delale y Gilles Ragache, *La France de 68* (París, 1978), p. 111, estiman que la multitud de la Renault eran 10.000 trabajadores; Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 406, elevan la cifra a 15.000. La edad media de los trabajadores de Renault la da Laurent Salini, *Mai des prolétaires* (París, 1968), p. 34.

1153. Bulletin mensuel, mayo-julio 1968, AN 820599/89.

1154. 27 mayo 1968, AN 820599/40.

1155. Delale y Ragache, *France*, p. 113; Gilcher-Holtey, *Die 68er Bewegung*, pp. 88-89. Para la extrema derecha, François Duprat, *Les journées de mai 68: Les dessous d'une révolution* (París, 1968), pp. 104-109.

1156. Alain Silvera, «The French Revolution of May 1968», *The Virginia Quarterly Review*, vol. 47, núm. 3 (verano 1971): 343.

1157. Singer, *Prelude*, pp, xii y 11. Gilbert Mury expresa una opinión similar en *La société de répression* (París, 1969), p. 14.

1158. Magri, «Réflexions», p. 467.

1159. «Mai 68», *Esprit*, núm. 372 (junio-julio 1968): 970.

1160. Chris Harmon, *The Fire Last Time: 1968 and After* (Londres, 1988), pp. 118-119. Esta acusación la repite Francis Sitel en «1968-88», en Artous, *Retours*, p. 22.

1161. Ernest Mandel, «The lessons of May 1968», *New Left Review*, núm. 52 (noviembre-diciembre 1968): 27: «Mayo del 68 ha demostrado de nuevo la ausencia del liderazgo revolucionario apropiado».

1162. Martinet, *La conquête des pouvoirs*, p. 17.

1163. Véase *Les Temps modernes*, núm. 264 (mayo-junio 1968) y núms. 266-267 (agosto-septiembre 1968).

1164. Cfr. Serge Mallet, *Essays on the New Working Class*, trad. Dick Howard y Dean Savage (St. Louis, 1975), pp. 62-67, que argumenta que la lucha obrera contra la disciplina y jerarquía industriales era totalmente compatible con su supuesto deseo de dirigir su lugar de trabajo de un modo eficiente y moderno. Para la imposibilidad de aplicar las teorías de Mallet en Italia, véase Robert Lumley, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (Londres y Nueva York, 1990), p. 204.

1165. Para el punto de vista de las bases, véase Juliette Minces, *Un ouvrier parle: Enquête* (París, 1969), p. 58.

1166. *La Croix*, 30 mayo 1968.

1167. Para un ejemplo, véase Capitaine, *Dassault*, p. 151; Zancarini-Fournel, «Retour», p. 457.

1168. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 106; Magri, «Réflexions», p. 466; Martelli, *Mai*, p. 138.

1169. *Le Monde*, 28 mayo 1968.

1170. *L'Humanité*, 26 mayo 1968; Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, pp. 109-112.

1171. 30 mayo 1968, AN 820599/40. Véase también 24 junio 1968, AN 800273/61.

1172. 28 mayo 1968, AN 820599/40.

1173. Véase Minces, *Un ouvrier*, p. 66.

1174. «Bilan d'une adhésion au PCF», *ICO*, núm. 91 (marzo-abril 1970): 22.

1175. Situation sociale, 27 mayo-30 junio 1968, GIM.

1176. Andro, *Mai*, p. 170.

1177. Singer, *Prelude*, p. 196; Goldstein, «Le parti communiste», p. 861; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 40 y 305.

1178. Danielle Tartakowsky, «Le PCF en mai-juin 1968», ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social de 1968, París, 24-25 noviembre, 1988.

1179. Dansette, *Mai*, p. 284.

1180. 26 mayo 1968, Fa 261, APP.

1181. 28 mayo 1968, Fa 261, APP.

1182. Cfr. su relato más aséptico en Grimaud, *Mai*, pp. 269-270.

1183. 28 mayo 1968, AN 820599/40; 9 julio 1968, Fa 274, APP.

1184. Para las divisiones de la CFDT por la reunión de Charléty, véase *Matériaux*, pp. 43-44.

1185. 30 mayo 1968, AN 820599/40.

1186. El texto de su discurso está reproducido en Dansette, *Mai*, pp. 427-428.

1187. Véase Henri Lefebvre, *Le temps des méprises* (París, 1975), p. 121.

1188. Andro, *Mai*, pp. 196-199.

1189. Seale y McConville, *Red Flag*, p. 208; Martinet, *La Conquête*, p. 27.

1190. 28 mayo 1968, AN 820599/40.

1191. Salini, *Mai*, p. 95; Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 113.

1192. CGT, citado en Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 113.

1193. Singer, *Prelude*, p. 110; Henri Weber, *Vingt ans après: Que reste-t-il de 68* (París, 1988), p. 81.

1194. Minces, *Un ouvrier*, p. 32.

1195. Salini, *Mai*, 42; Dansette, *Mai*, p. 289.

1196. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 307.

1197. 30 mayo 1968, AN 820599/40.

1198. 9 julio 1968, Fa 274, APP.

1199. Laurent Joffrin, *Mai 68: Histoire des événements* (París, 1988), pp. 260-261.

1200. René Andrieu, *Les communistes et la révolution* (París, 1968), pp. 20 y 123.

1201. El texto de la carta está en Dansette, *Mai*, pp. 397-398.

1202. Andrieu, *Les Communistes*, pp. 173 y 177; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 40.

1203. Por ejemplo, Maurice Grimaud escribió que «las *journées* marcadas por enfrentamientos violentos solo fueron nueve», omitiendo por completo que hubiese tensiones entre la policía y las comunidades étnicas. Véase Grimaud, *Mai*, pp. 258-259. Aun así, Grimaud ha conservado su reputación de «honradez». Véase Jean-Pierre Rioux, «À propos des célébrations décennales du mai français», *Vingtième Siècle*, núm. 23 (julio-septiembre 1989): 51.

1204. 4 mayo 1968, Fa 277, APP; Gordon, «Immigrants», pp. 41-43.

1205. 4 junio 1968, Fa 269, APP.

1206. 7 junio 1968, Fa 270, APP.

1207. *Ibid.* El tratamiento más completo de estos hechos se encuentra en Gordon, «Immigrants», pp. 164-181.

1208. Comunicación [s. f., ? junio 1968] AN 800237/61.

1209. 2 junio 1968, Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de París.

1210. 3 junio 1968, Fa 277, APP.

1211. 24 octubre 1969, Fa 277, APP.

1212. 12 junio 1968, Fa 277, APP.

CAPÍTULO 5
EL ESPECTÁCULO DEL ORDEN

Con sus opositores disputándole las calles y su mayoría parlamentaria desmoralizada, De Gaulle se marchó de la capital el 29 de mayo, día de la manifestación de la CGT. Según altos cargos del gobierno, su partida «preocupó a la opinión pública. La población ha llegado a la conclusión de que la crisis no se puede resolver con reformas sociales [esto es, con el Acuerdo de Grenelle] y de que el país está al borde del caos [...] La multitudinaria manifestación de la CGT, con su eficiente servicio de orden que hizo innecesaria la intervención policial, impresionó a la opinión pública»[1213]. El general se fue discretamente de la residencia presidencial y dejó lo que parecía un vacío de poder cada vez mayor que, como hemos visto, la oposición quería llenar por todos los medios[1214]. Buscando la mejor forma de reforzar su autoridad, decidió ir a visitar a sus compañeros de profesión militar. Las fuerzas armadas eran el sector del Estado y la sociedad al que menos había afectado la agitación de mayo. Aunque el movimiento obrero, y sobre todo el estudiantil, contenían aspectos propios de una revuelta juvenil, el ejército —con la posible excepción de unos cuantos reclutas— pareció relativamente inmune a ellos[1215]. La propaganda comunista o de comités de acción que se repartió a los soldados tuvo poco efecto. En comparación con la universidad o incluso con los lugares de trabajo de los años sesenta, el militar siguió siendo un entorno intransigente que no permitía el desarrollo de *groupuscules*, partidos o sindicatos. Pese a que aún quedara cierto resentimiento por el resultado de la guerra de Argelia, De Gaulle tenía mucho más apoyo entre los de su primera profesión que en cualquier otra parte.

El presidente de la República se fue a Alemania a hacer consultas con el general Jacques Massu, que estaba al mando de las tropas de ocupación francesas. Durante la guerra de Argelia, a Massu se le había asociado con los

intransigentes de Algérie Française y sus torturas, pero al final había demostrado ser un gaullista leal[1216]. Massu le aseguró al presidente su lealtad y la de todos los oficiales en esa visita de finales de mayo. Dentro del ejército, la influencia de Massu ayudó a neutralizar el sentimiento antigaullista que perduraba desde el conflicto de Argelia. Fuera de las fuerzas armadas, su garantía de fidelidad a De Gaulle bastaba para atemorizar a cualquier posible insurrecto izquierdista. El viaje del presidente para ver a Massu llevaba implícita la promesa política de unir a toda la derecha, incluidos sus elementos más extremistas. Un De Gaulle seguro de sí mismo regresó al día siguiente con la determinación de reafirmar su control de la situación. El 30 de mayo, Massu y sus compañeros militares empezaron los preparativos para llevar a cabo posibles acciones «contraterroristas» en áreas urbanas[1217]. El ejército francés de ocupación de Alemania, junto con otras unidades de carros de combate y paracaidistas, se preparó para defender el orden público y la Constitución[1218]. Los rumores muy extendidos de que se estaban trasladando tropas a París reforzaron la autoridad de un presidente que quería demostrar que el Estado no había perdido su capacidad coercitiva. De Gaulle pretendía convencer a sus adversarios y a la opinión pública de que estaba dispuesto a hacer uso de una represión aún mayor si era necesario[1219]. Los franceses debían entender que el autoritarismo tolerante de la Quinta República podía volverse menos indulgente.

Parte de la oposición vio la visita a Alemania como el equivalente a la huida de De Gaulle a Varennes. Sus partidarios pensaron que, al igual que en 1940, el general se marchaba de Francia para que, de ser necesario, pudiera reconquistar la nación desde el extranjero[1220]. Como en 1944, su principal objetivo era «restablecer el Estado»[1221]. Tanto los comentaristas simpatizantes con el régimen como los contrarios a él han exagerado su supuesta desorganización. Puede que el viaje a la República Federal de Alemania fuese una estratagema de relaciones públicas o un golpe de efecto más que otra cosa[1222]. Algunos de sus partidarios más cercanos pensaban que De Gaulle planeó su marcha para que se crease un vacío que solo podría llenarse con su regreso[1223]. En cualquier caso, el Estado no había desaparecido por completo en absoluto, ni siquiera durante la segunda mitad

de mayo[1224]. La noche del 28 al 29, la policía continuó con la «Operación Zigzag», diseñada para encargarse de dos elementos «peligrosos»: en primer lugar, de los «vándalos incontrolados» que no eran estudiantes; en segundo, de los sublevados que conducían vehículos[1225]. La policía dio el alto y registró a cientos de automovilistas y viandantes. La noche del 30 al 31, detuvieron a docenas de personas, en su mayor parte por llevar armas ilegales. Además, comprobaron la identidad de 333 personas y registraron muchos coches[1226]. El prefecto de policía ordenó que policías de paisano de la Police judiciaire y Renseignements généraux interrogaran a todos los sospechosos. Los ocupantes de automóviles con la insignia no oficial de la Cruz Roja o de la Cruz de Malta eran objetivos preferentes porque, según afirmaron los mandos, «se ha demostrado que casi todos esos coches transportan material y armas».

A lo largo de todo mayo, la policía demostró ser capaz de proteger los edificios de gobierno monumentales —el Palacio del Elíseo, Matignon, la Cámara, el Senado y el Ayuntamiento—, así como las principales embajadas, incluidas las delegaciones estadounidenses y norvietnamitas que asistieron a la Conferencia de Paz de París. A finales de mes, el ejército empezó a ejercer de esquirol para garantizar los servicios públicos básicos. Miles de soldados recogían basura, enterraban cadáveres en descomposición, distribuían suministros de emergencia de gasolina y gasoil y se encargaron de garantizar la seguridad de las comunicaciones esenciales entre ministros y prefectos que las huelgas habían alterado[1227]. Dejemos constancia de que, al menos en lo que se refiere a la recogida de basuras, que se llevaba a cabo a diario en París, la CGT no se opuso oficialmente a la intervención del ejército, pese a que los basureros sindicados (incluidos los de la CFDT y FO) ya tenían un importante historial de militancia huelguista con anterioridad a mayo[1228]. Según un comisario de policía, cuando se informó a los afiliados de la CGT de Valde-Marne de que el ejército entraría en las cocheras, no opusieron resistencia[1229]. En general, la oposición fue mínima: los huelguistas atacaron e inmovilizaron diez camiones el lunes 27 de mayo, pero la policía confirmó que 411 vehículos pudieron recoger el 75% de la basura[1230].

Las autoridades de PTT decidieron hacer uso del ejército cuando la huelga masiva impidió que los directivos postales contrataran esquiroles a través de

agencias de empleo privadas. Transporte militar de tierra y aire se encargó de llevar cartas y paquetes oficiales o urgentes a partir del 20 de mayo, cuando los trenes quedaron paralizados[1231]. El 29 de mayo, la fuerza aérea respondió a las continuas huelgas y piquetes del aeropuerto de Orly iniciando seis rutas regulares interiores, con un total de 15 vuelos al día desde la base de Villacoublay[1232]. La base militar (y nuclear) de Creil se puso a disposición de aerolíneas privadas como Sabena y Skyways. Auxiliares femeninas del ejército de tierra hacían las veces de clasificadoras de correo y de telefonistas. En tres semanas las fuerzas armadas transportaron 100 toneladas de correspondencia. El personal militar profesional trabajaba entre 14 y 16 horas diarias. Los veteranos no delegaban responsabilidades en los reclutas, por carecer estos de experiencia técnica y tal vez no ser de fiar desde un punto de vista político. Así pues, el Estado no estuvo desaparecido durante mayo. Componentes básicos suyos como el ejército y la policía siguieron funcionando al tiempo que se adaptaban a nuevas tareas.

Tras la Segunda Noche de Barricadas (24-25 mayo), el primer ministro Pompidou, con la aprobación del prefecto de policía, ordenó que varios regimientos de paracaidistas se trasladaran cerca de la capital[1233]. El 24 de mayo, unidades de carros de combate y brigadas motorizadas recorrieron los *banlieues*, y la noticia de su llegada se extendió rápidamente por toda la región de París. La violencia profesional de la policía quedó reforzada por la presencia y potencial de la enorme intervención militar. El gobierno quería asustar a posibles «alborotadores», ya fueran comunistas o *gauchistes*, pero era reacio a usar a los soldados para mantener el orden[1234]. Tampoco es que lo necesitara nunca, ya que la policía demostró ser suficientemente capaz de ocuparse de eso. No obstante, los líderes del PCF pensaban que el general De Gaulle no vacilaría en emplear fuerzas de choque del ejército. El secretario general del partido, Waldeck Rochet, confesó: «Nos temíamos —y no nos faltaban razones— una intervención y represión militar a gran escala»[1235]. Es un miedo constante en toda la historiografía comunista[1236].

La alocución de De Gaulle a la nación del 30 de mayo no dio inicio a un nuevo periodo de la historia de la ola de huelgas, sino que más bien supuso la continuación del restablecimiento del orden que el ejército, la policía y sus aliados civiles ya habían empezado. En otras palabras, en lugar de ser un

momento decisivo, el discurso señaló el espectacular resurgimiento del poder del Estado, que ya estaba presente y activo[1237]. Como hiciese con anterioridad, el gobierno destacó cientos de policías en la ORTF para asegurarse de que nadie interrumpiera la transmisión durante la alocución del general[1238]. De Gaulle se dirigió a la nación por radio, lo que recordaba a su famoso llamamiento desde Londres del 18 de junio de 1940 instando al pueblo a oponer resistencia al invasor nazi. Aunque sus discursos televisados durante las crisis provocadas por la guerra de Argelia habían sido muy efectivos, la alocución por radio atestiguó que ese medio seguía siendo muy influyente en la supuesta era de la televisión[1239]. El propio general reconoció que su intervención televisiva de la semana anterior había sido un fracaso, por lo que quería volver al medio de su juventud. Como ya habían vivido los *gauchistes* en las barricadas y en las manifestaciones, la radio permitía mayor accesibilidad y flexibilidad que la televisión (sobre todo a media tarde, que es cuando se transmitió ese discurso del 30 de mayo).

Constaba de dos partes. En la primera, el presidente reivindicó la tradición de la legitimidad republicana. Dijo a la nación que lo había elegido que estaba decidido a continuar en el cargo y a mantener a Pompidou como primer ministro. Haciendo uso de su prerrogativa presidencial, disolvió la Asamblea Nacional y —como reclamaba la oposición— convocó elecciones legislativas. En esa cuestión el general estaba actuando de acuerdo con la tradición política francesa. Con frecuencia Francia ha celebrado elecciones después de momentos de agitación para dar legitimidad al orden cuestionado o al recién instaurado. Tal fue el caso en 1945-1946, cuando se ratificó la Constitución de la Cuarta República, y de nuevo en 1958 cuando se aprobó la de la Quinta[1240]. Como en anteriores repúblicas, la renovación del Parlamento resolvería la crisis. El objetivo del general era volver en contra de la izquierda parlamentaria su exigencia de que hubiese elecciones. Tenía plena confianza en que *la France profonde* —desde hacía mucho un concepto fundamental del discurso gaullista— vencería a los adversarios, a los que calificó de élites decadentes y egoístas.

La segunda parte del discurso fue menos democrática y más polémica. Culpó de la continua agitación a los comunistas «totalitarios» y sus aliados, que usaban «la intimidación, la intoxicación y la tiranía» para impedir que

«los estudiantes estudien, los profesores enseñen y los trabajadores trabajen». Con el fin de combatir esa supuesta coacción comunista, instó a la formación de Comités de acción cívica. Empleando unos términos que recordaban al aplastamiento por parte del Estado de las huelgas sediciosas de 1947-1948, e incluso al reinado del terror durante la Gran Revolución, rebautizó a los prefectos como «comisarios de la República» cuya principal tarea era hacer frente a la «subversión». De Gaulle siempre había pensado que, sin un Estado poderoso y eficaz, Francia no podía administrar bien ni sus asuntos internos ni los exteriores. Solo una república de orden era capaz de contrarrestar las *féodalités* o fuerzas centrífugas que amenazaban a la nación. El general estaba dispuesto a demostrar que lo que se percibía como la debilidad del Estado solo había sido temporal, y que este podía resurgir fácilmente con toda su fuerza. El mismo día de la alocución, su ministro de Interior ordenó a todos los prefectos que tomaran las medidas que fuesen necesarias para que se volviese al trabajo: «Su deber inmediato es eliminar todos los obstáculos que impiden el derecho a trabajar y poner fin a las ocupaciones de las instituciones prioritarias»[1241].

De Gaulle advirtió a la nación de que políticos «acabados» (refiriéndose a Mitterrand y Mendès-France, pero sin nombrarlos) intentaban aprovecharse de los disturbios, al tiempo que daba a entender que sus ambiciones, como había ocurrido con Alexander Kerensky en Rusia, solo servirían para que triunfasen la «dictadura» y el «comunismo totalitario». Así pues, el general relacionó directamente al PCF con la subversión y el desorden y usó el sentimiento anticomunista para unir a toda la derecha, incluidos los antigaullistas. Su anticomunismo no estaba provocado por la amenaza soviética ni por ninguna animadversión a los imperios comunistas extranjeros, con los que recientemente había llegado a una distensión espectacular, sino que se basaba en el miedo al comunismo interno. Esa renovada actitud recordaba al primer partido gaullista, Rassemblement du peuple français (RPF), fundado durante la Guerra Fría por la preocupación del núcleo de la burguesía y de otros de que el PCF pudiera llegar al poder. Los llamamientos anticomunistas contribuyeron a que el gaullismo consiguiera sus mayorías en los comicios de 1962 y 1967. El general creía que con las nuevas elecciones se ampliaría esa mayoría anti-PCF. La

convocatoria tuvo el beneficio adicional de acentuar las divisiones entre la izquierda parlamentaria y los *gauchistes*.

El énfasis en el restablecimiento del orden llevó a la oposición a tildar el discurso de «bonapartista». Según Mitterrand, «es la voz del 18 de brumario. Es la voz del 2 de diciembre. Es la voz del 13 de mayo [...] Es una dictadura»[1242]. Más que bonapartista, como afirmó la izquierda parlamentaria, o fascista, de acuerdo con los *gauchistes*, el discurso puede entenderse dentro de la tradición de restauraciones republicanas del orden en respuesta a oleadas de huelgas y manifestaciones. Clemenceau antes, durante y después de la Primera Guerra Mundial; Raymond Poincaré en los años veinte; Édouard Daladier y Paul Reynaud al terminar el Frente Popular: todos habían hecho lo mismo que el general. Mencionemos que De Gaulle omitió su anterior petición de un referéndum, con lo que se mostró más como un republicano de orden que como bonapartista[1243]. Una fuente del Ministerio de Interior planteó que, fuera republicano o bonapartista, el discurso desorientó a la oposición: «Las decisiones anunciadas por el presidente [...] han tenido un impacto psicológico que ha librado a muchos de la sensación de abandono que sentían. La oposición está confusa»[1244]. Observadores con formación histórica comentaron que «uno se esperaba el adiós de Fontainebleau, pero fue el regreso de Elba»[1245]. Las firmes señales del intento de De Gaulle de continuar en el poder levantaron la moral de sus partidarios y calmaron la creciente agitación entre gaullistas de izquierda y muchos *giscardiens* que previamente habían pedido la dimisión de Pompidou por no restablecer el orden ni conseguir que se volviera al trabajo[1246].

El discurso tuvo repercusiones inmediatas para los estudiantes y trabajadores parisinos[1247]. Sorprendió a la extrema izquierda y a la extrema derecha, que esperaban que el general dimitiera. Tal vez sea más de destacar que la alocución silenció momentáneamente a los vociferantes estudiantes de Nanterre. Cohn-Bendit observó que «el miedo desanima a la militancia y, como sabemos, el discurso del general De Gaulle provocó cierto temor a los militantes»[1248]. Para Dany, los comicios eran una trampa para la extrema izquierda. Con las «elecciones burguesas» que prometía el presidente, la política de siempre sustituiría a la huelga general, que los radicales creían que ofrecía la posibilidad de conseguir algún tipo de control por parte de los

trabajadores revolucionarios[1249]. La fuerza del movimiento siempre había estado fuera del Parlamento, atacando directamente a los empresarios y al Estado. De Gaulle logró «desanimar» y «asustar» a algunos comités de acción. Un miembro del Comité révolutionnaire du CNRS ofreció un análisis histórico del gaullismo en el poder: «El régimen gaullista empezó como un imperio liberal, pero va a terminar como un régimen autoritario como el de Franco». Un luchador callejero cercano al Movimiento 22 de marzo calificó el discurso de «fascista»[1250]. De las organizaciones que podríamos clasificar de extrema izquierda, solo el heterogéneo PSU decidió participar en la campaña electoral[1251]. Según un boletín policial, tenía esperanzas de convertirse en un actor político importante, ya que descartaba a PCF y SFIO por estar anticuados y ser «incapaces de satisfacer las nuevas exigencias de trabajadores y estudiantes»[1252].

Los comunistas protestaron por las tácticas intimidatorias de los «mercenarios» gaullistas, esto es, de los militantes de los Comités de acción cívica a los que el general había animado a contrarrestar la «subversión» del «comunismo totalitario»[1253]. Los dirigentes del PCF acusaron a De Gaulle de envalentonar a las fuerzas violentas de ultraderecha, y Waldeck Rochet planteó que había que decidir entre «dictadura gaullista y democracia»[1254]. Conscientes de la suerte del Partido Comunista Griego tras el golpe de Estado de los coroneles de 1967, los comunistas franceses estaban inquietos. La agresiva retórica gaullista también intimidaba a los líderes sindicales. La CFDT acusó a De Gaulle de «chantajear a la nación con miedo y dictadura»[1255]. Séguy se opuso a «acciones que podrían llevar a enfrentamientos sangrientos con las fuerzas de la represión [...] y a una dictadura militar»[1256]. A la CGT le asustaron tanto el acercamiento del general al ejército y la aparición de fuerzas militares alrededor de París, que se negó rotundamente a participar en una manifestación convocada por otros sindicatos para el 1 de junio[1257]. Luego afirmaría de modo considerablemente hiperbólico que su moderación evitó que se llevara a cabo en Francia un golpe anticomunista al estilo de Grecia o Indonesia. La prensa comunista ensalzó la prudencia de la CGT, que estaba alerta ante la posibilidad de «que haya un golpe militar con el pretexto de salir de la

anarquía»[1258]. El discurso de De Gaulle intensificó la resignación de aquellos trabajadores que esperaban profundos cambios políticos o sociales. Según la policía, la alocución puso a los trabajadores «a la defensiva, y los líderes sindicales empezaron a preparar retiradas estratégicas»[1259]. Concluían los cargos de Interior diciendo que «a la CGT [...] ahora solo le interesan las cuestiones profesionales. Ha desistido de su petición de un "gobierno popular". Quiere un retorno al trabajo basado en negociaciones de las que resulten ventajas para los trabajadores».

Las amenazas de lanzar una intervención militar contra los huelguistas amedrentaron a los militantes parisinos de clase obrera. Los activistas de la CGT de Renault eran conscientes de que había «un considerable movimiento de tropas, en particular de vehículos blindados y de paracaidistas a los que se está llamando a París. Además, se está poniendo en libertad [de la cárcel] a gran número de oficiales de la OAS»[1260]. En Hispano, empresa con 4.300 trabajadores, el comité de huelga interpretó el discurso como un intento de «chantajear [a los trabajadores] con la amenaza de una guerra civil»[1261]. Los ejecutivos de una compañía parisina en huelga pensaban que el ejército estaba a punto de ocupar la capital[1262]. Varias horas después de la manifestación de los Campos Elíseos, la policía informó de que 100 coches llenos de derechistas fueron a la Ópera a hostigar a los trabajadores en huelga de allí[1263]. Estos contraatacaron lanzándoles agua con mangueras de alta presión. Durante la noche del viernes y la madrugada del sábado, los derechistas atacaron a los de izquierdas con sus mismas armas y arrojaron cinco cócteles molotov contra las verjas del Observatorio Meudon, que estaba ocupado. El gobierno cerró las armerías y les ordenó que aseguraran sus escaparates con postigos de rejilla o de hierro para impedir los saqueos[1264]. El prefecto del Val-d'Oise informó de que el discurso del presidente y la manifestación de los Campos Elíseos que le siguió produjeron «una profunda impresión en la población»[1265]. Los agricultores, por supuesto, apoyaban al presidente, pero después de la alocución muchos trabajadores de pequeñas y medianas empresas regresaron al trabajo. Más «espectacular» fue que todas las gasolineras Shell volvieran a abrir.

El impacto del discurso radiofónico se vio aumentado por esa enorme

manifestación que lo siguió justo a continuación. Tal vez entre 300.000 y 400.000 personas («varios cientos de miles» según la policía) se congregaron en los Campos Elíseos para mostrar su apoyo al general[1266]. Por primera vez desde que comenzaran los disturbios, la derecha fue capaz de igualar o superar a la izquierda en la capital en número de concurrencia. Durante la manifestación, la policía trató con favoritismo a los gaullistas al permitir que los reporteros usaran las frecuencias que les habían negado cuando cubrían las movilizaciones de la izquierda. Los matones de los Comités de acción cívica intimidaron a los periodistas al tiempo que el gobierno presionaba a los directores para que dieran una visión favorable de la movilización[1267]. Esa masiva contramanifestación no fue por completo una expresión espontánea de apoyo al presidente. Hacia finales de mayo, a líderes gaullistas como Roger Frey les preocupaba que a lo largo del mes solo grupos de extrema derecha —sobre todo Occident— se hubieran atrevido a disputar a la izquierda el dominio de las calles de París. Decidieron planear una enorme marcha propia para demostrar la fuerza de una derecha más respetable. Cierto número de grupos de veteranos relacionados con la Resistencia, como la Association des Français libres, se congregaron en defensa del régimen. Una red de organizaciones, llamada muy significativamente Comités de Défense de la République, ofreció su respaldo a los militantes gaullistas. Estos esfuerzos culminaron en la manifestación del 30 de mayo, en la que se mezclaron jóvenes y viejos, civiles y militares y trabajadores y burgueses[1268]. Como dijo André Malraux, eran el *métro*. Para ser más precisos, la multitud era representativa de la gran cantidad de franceses que se oponían a las huelgas y a los ataques a la propiedad. Los pequeños empresarios que tenían acceso a la gasolina estuvieron presentes en un número considerable, y puede que la representación de los comerciantes hasta fuese excesiva[1269]. La naturaleza masiva y heterogénea de los manifestantes mostró que, en contraste con las monarquías de la Restauración y de Orleans, el régimen del «rey Charles» contó con un activo apoyo popular en su momento de mayor crisis. Solo las derrotas en grandes guerras —y no las manifestaciones callejeras o las huelgas— derrocaron a las formas de gobierno bonapartistas y republicanas en la Francia de los siglos XIX y XX. No obstante, el intento gaullista de que se entendiera la manifestación como un escaparate de la

derecha respetable no consiguió del todo su objetivo. La asistencia de partisanos de Algérie Française y los gritos de «Cohn-Bendit a Dachau» delataron las tendencias extremistas y fascistas de algunos[1270]. Su presencia en la multitud prefiguró la reconciliación posterior a la manifestación del gaullismo y la extrema derecha. La movilización del 30 de mayo mostró que el ímpetu y dinamismo del espectáculo político habían pasado a los defensores del régimen. Con el fin de restablecer el orden y cosechar buenos resultados electorales, el gobierno era reacio a desacreditar a la extrema derecha o a renegar de ella.

Fue una reconciliación difícil, pero la vitalidad de la extrema izquierda había reanimado a la extrema derecha. A principios de mayo Tixier-Vignancour había estado a la altura del tono hiperbólico de los *gauchistes* al reprender a «un régimen que se está desintegrando y viéndose aplastado por un joven fanático alemán»[1271]. En términos similares, Occident hizo un llamamiento a la opinión pública para que rechazase «la pasividad del gobierno, que ha destruido el ejército y la universidad y destruirá Francia»[1272]. La derecha nacionalista y monárquica consiguió tomar las calles del oeste de París en cantidades relativamente pequeñas a lo largo de mayo. El tamaño de esas manifestaciones reflejó las habituales divisiones profundas de la extrema derecha. Sin embargo, según el Ministerio del Interior, esos antimarxistas y antigaullistas representaban «una parte importante» de *pieds-noirs* (refugiados franceses de Argelia) y de antiguos miembros de OAS proclives a la violencia[1273]. En los archivos policiales consta que, el 14 de mayo, 1.500 militantes de extrema derecha se reunieron cerca de Étoile para dirigirse a la Concorde, y unos cuantos se separaron para arrojar piedras a la embajada china[1274]. El 15 de mayo, 1.000 se manifestaron de Étoile a la Gare Saint-Lazare; el 17 de mayo, otros 1.000 desfilaron del Arco del Triunfo a la Madeleine; el 18 de mayo, 3.000 hicieron el mismo recorrido[1275]. El 4 de junio, un grupo de jóvenes de extrema derecha invadieron una considerable manifestación gaullista e instaron a la multitud a atacar de inmediato la Sorbona para «sacar a los de dentro»[1276]. Su líder fue detenido. La policía también dejó constancia de que el enfrentamiento a lo largo de toda la geografía de París entre izquierda y derecha continuó cuando 250 veteranos que asistían a la ceremonia de la llama de la Tumba del

Soldado Desconocido tuvieron una escaramuza con 2.000 obreros metalúrgicos que protestaban en las cercanías ante la sede central de la Asociación de fabricantes automovilísticos[1277].

Después de la enorme manifestación de estudiantes y obreros del 13 de mayo, la policía indicó que algunos miembros del ARPL de Tixier empezaban a pedir una coalición con los gaullistas contra la izquierda[1278]. Según el Ministerio de Interior, cada vez había más presiones para que se concediera la amnistía a los líderes o simpatizantes de OAS condenados, Raoul Salan, Georges Bidault y Jacques Soustelle[1279]. Con ese fin, el partido de Tixier formó un Comité para las libertades[1280]. Tixier prefería «el orden al desorden» y por eso decidió «apoyar, al menos de momento, al gobierno gaullista». Sin embargo, la policía reveló que Tixier, cuya brillante defensa de Salan había contribuido a que este se librara de la pena de muerte durante su juicio de 1962, «insiste en una condición fundamental: que el exgeneral Salan sea amnistiado y puesto en libertad»[1281]. La reconciliación de Tixier con el gaullismo no gustó a importantes miembros de su propio partido, de modo que el *bureau politique* de este votó suspenderlo del cargo. Sin embargo, él cuestionó la legitimidad de la suspensión y logró conservar el control del periódico del partido, *L'Alliance*[1282]. Durante la campaña electoral, Pierre Poujade, pionero de la derecha populista en los años cincuenta y todavía presidente de la Union de Défense des Commerçants et Artisans (UDCA), también pidió el voto masivo para la UDR gaullista[1283]. A cambio, según la policía, el régimen decidió reconocer oficialmente a la UDCA como «una organización representativa»[1284]. Para Poujade, los pequeños negocios habían encontrado finalmente su lugar en la Quinta República, y se volvió partidario de la retórica «tercera vía» de De Gaulle, que supuestamente rechazaba tanto el capitalismo como el marxismo. El gobierno había conseguido conquistar cuando menos a parte de las clases medias-bajas.

El viernes 31 de mayo, el general cumplió la promesa de una remodelación ministerial que había hecho en su discurso. Dicha remodelación favoreció a los gaullistas ortodoxos, o gaullistas de orden, más que a los *gaullistes de gauche*. Estos recibieron unos pocos puestos

ministeriales, pero ninguna cartera importante de asuntos sociales o económicos. Se puso al «expansionista» Albin Chalandon al frente de Industria, y se nombró al leal Maurice Couve de Murville ministro de Economía y Finanzas. Uno de los cambios más importantes fue la designación de Yves Guéna, de línea dura, como ministro de Información y director del monopolio mediático del Estado. Era obvio que el régimen estaba decidido a reafirmar su control de la ORTF. Como hemos visto, el gobierno y la policía habían acusado a las emisoras de radio privadas de fomentar las revueltas. Pompidou y otros altos dirigentes habían atacado repetidamente a RTL y Europe One por cometer la irresponsabilidad de animar a la gente a manifestarse. Ambas emisoras habían conseguido nuevos oyentes e influencia gracias a la huelga de la ORTF. El gobierno quería censurar las ondas para impedir que los activistas acudieran en masa a determinados puntos de conflicto en respuesta a las noticias sobre movimientos policiales que oían en sus transistores, en los que tenían sintonizada Europe One[1285]. En términos generales, la cobertura radiofónica de las movilizaciones contribuyó a infundir ánimos a los manifestantes y a los constructores de barricadas.

Los sucesos de Mayo del 68 estuvieron muy mediatizados en todos los sentidos del neologismo. Durante ese mes, hubo casos en que los empleados de imprenta en huelga se negaron a publicar ejemplares de periódicos de gran tirada, lo que dio pie a un intenso debate sobre la libertad de prensa. En efecto, la policía determinó que impresores sindicados detuvieran la publicación de una edición de *Parisien Libéré* que llevaba el titular de «Primera señal de vuelta al trabajo en RATP»[1286]. El fin de semana del 25-26 de mayo, el Ministerio del Interior informó de que «la policía y los impresores en huelga se enfrentaron en el exterior de los talleres del periódico»[1287]. Otro grupo de trabajadores de prensa impidió que el periódico gaullista *La Nation* diese publicidad a la manifestación de los Campos Elíseos del 30 de mayo, la cual, según partidarios del gobierno, era «en favor de la democracia y la libertad»[1288]. La policía confirmó que el 29 de mayo unos explosivos plásticos causaron graves daños en las oficinas de *La Nation* de la Rue de Lille[1289]. Según fuentes del Ministerio de Interior, a finales de mes los redactores de *Le Canard enchaîné*, de tendencias

izquierdistas, se lamentaban en privado de los intentos de la CGT de imponer la censura[1290]. *Le Canard* sí que sacó un comunicado de la *Livre parisien CGT* que autorizaba las publicaciones de prensa «siempre que cumplan con objetividad con su misión de informar»[1291].

Por más que los observadores hayan destacado a menudo la importancia de la radio, puede que los medios impresos alcanzaran su momento álgido de influencia en 1968. En la última Noche de las Barricadas, el 11-12 de junio, 1.000 manifestantes (según la policía) rindieron un ardiente homenaje a la prensa al congregarse ante las oficinas de *France-Soir* y quemar ejemplares del diario[1292]. La crisis intensificó las ganas de reír, y cuando el satírico *Canard* insertó su encarte en *Combat*, la tirada de este subió de 70.000 a 200.000 ejemplares (de nuevo según estimaciones de la policía)[1293]. Al mismo tiempo, el muy serio *Le Monde* alcanzó su apogeo. Su circulación rompió todos los récords, pese a que las huelgas de quioscos, transportes y PTT impidieron que se distribuyera en provincias y a sus suscriptores[1294]. Tras la enorme manifestación del 13 de mayo, se vendieron 638.000 ejemplares del periódico; después del discurso de Mitterrand del 28 de mayo, en que se postuló como candidato presidencial, 609.000; cuando De Gaulle se marchó de París, 688.000; cuando volvió para reafirmar su control de la situación, la cifra récord de 732.100. En contraste, la edición del 16 de octubre de 1964, que incluía la dimisión de Khruschev y la explosión de la bomba atómica china, solo vendió 371.689. Los resultados de las elecciones presidenciales del 5 de diciembre de 1965 solo atrajeron a 502.800 compradores. Así pues, Mayo del 68 fue —y sigue siendo— su momento de mayores ventas. La policía tenía por lo general una actitud hostil hacia los medios, lo que incluía a la prensa mayoritaria e incluso a la ORTF oficial, de la que pensaba que exageraba la brutalidad policial, alentaba las huelgas de estudiantes y trabajadores y hacía caso omiso de las violaciones al derecho al trabajo[1295]. Terminado Mayo del 68, la policía demandó por difamación a *Combat*, *L'Enragé* y a los autores del ensayo contrario a las fuerzas del orden de la UNEF, *Livre noir des journées de mai*.

Guéna parecía el hombre adecuado para tener a los medios a raya. Como ministro de PTF, ya el 18 de mayo había empleado la fuerza contra los huelguistas[1296]. Se pensaba de él que era el jefe que podría implementar

eficientemente la orden del general del 19 de mayo de «despedir a los agitadores»[1297]. El 23, Guéna no permitió que los reporteros usaran frecuencias de radio. Justo a continuación del discurso del presidente del día 30, ordenó que todos los funcionarios de PTT volviesen al trabajo al día siguiente[1298]. Manifestó su esperanza de que los piquetes respetarían el derecho a trabajar, pero, en el caso de que no lo hicieran, prometió formar Comités para el retorno al trabajo. El cuerpo de seguridad de la ORTF retomó el control del acceso a despachos y estudios y solo dejaba entrar a periodistas de confianza (es decir, a gaullistas)[1299]. Guéna promovió la formación de un comité antihuelga en Issy-les-Moulineaux, compuesto por personas que habían asistido a la enorme manifestación de los Campos Elíseos[1300]. El 31 de mayo-1 de junio, una de sus primeras decisiones en su nuevo ministerio fue ordenar a la policía que desalojara a los huelguistas que llevaban ocupando las instalaciones de la ORTF de Issy desde el día 20[1301]. Estos aceptaron marcharse «siempre que fuera la policía quien les echaba. En ese momento, con que apareciesen un comisario y tres agentes, el centro volvería a estar en manos de la dirección»[1302]. El 3 de junio Guéna ordenó que los CRS rodearan la Maison de la Radio y amenazó con usar al ejército para poner fin a la huelga. El día 4 el ejército se hizo con el control de las torres de emisión[1303]. Poco después, las fuerzas del orden invadieron el edificio. Ese mismo día, los antihuelguistas del Comité de acción cívica de la televisión exigieron que se despidiera a destacados periodistas —entre ellos François de Closets, Emmanuel de la Taille, Léon Zitrone, Alain de Sédouy, André Harris y Philippe Labro— que habían participado en los paros[1304]. Con el fin de reorganizar la estructura jerárquica del ente público, Guéna despidió rápidamente —y, como él mismo reconoció, quizá «injustamente»— a varios directivos de alto rango[1305]. La entrevista televisiva a De Gaulle que el 7 de junio realizó un favorable, por no decir adulador, Michel Droit fue otra señal de que la ORTF estaba volviendo al redil. La huelga, no obstante, continuó; muchos reporteros insistían en ser más independientes del gobierno, y la mayoría del personal no regresó al trabajo hasta finales de junio[1306]. Los últimos periodistas en huelga se reincorporaron el 12 de julio.

Los partidarios del gobierno que salieron a las calles lo ayudaron a

controlar las ondas. Después de que la manifestación de los Campos Elíseos demostrara el dominio casi indiscutible del oeste de París por parte de la derecha, 300 vehículos conducidos por derechistas se trasladaron de los Campos Elíseos a la cercana emisora de Europe One para protestar ante ella[1307]. El 31 de mayo, la policía informó de que grupos de varias docenas de derechistas se congregaron delante de la sede central de Radio Luxembourg (RTL) y de nuevo ante Europe One[1308]. Protestaron por las retransmisiones «injustas» de las emisoras, cantaron la *Marsellesa* y agitaron sus banderas tricolor. Concentraciones similares se repitieron las noches siguientes y continuaron hasta mediados de junio[1309]. Esa combinación de presión desde arriba y desde abajo fue efectiva, y ambas emisoras «se volvieron obedientes» y más favorables al gobierno. Las radios quedaron cautivas de su localización en barrios burgueses. Según mandos gubernamentales, «cambiaron de actitud y suavizaron el tono de sus boletines informativos. Dejaron de emitir a la 1 de la madrugada con la excusa de problemas técnicos. Parece que están en proceso de reestructuración»[1310].

Los radicales intentaron con todas sus fuerzas contrarrestar el efecto del discurso de De Gaulle durante el soleado fin de semana que siguió a su emisión. El sábado 1 de junio, la UNEF, que todavía soñaba con unir a trabajadores y estudiantes, convocó una manifestación a la que acudieron 40.000 personas que corearon que «elecciones = traición»[1311]. Esa consigna dividió aún más a la izquierda al distanciar a su ala parlamentaria. Mucho más importante para el restablecimiento de la normalidad fue que el estado consiguiera incrementar el suministro de gasolina. Los responsables de Tráfico concluyeron que «las vacaciones de Pentecostés se salvaron *in extremis* gracias a que volvió a haber combustible»[1312]. Según Alain Geismar, «la gasolina acabó con la revolución». A eso podría haber añadido el buen tiempo y la disponibilidad de dinero. Irse de viaje en coche ese puente tuvo mucha más aceptación que ocupar fábricas, y produjo la saturación de la red de carreteras de la región de París. La realidad se asemejó a la extravagante visión de Jean-Luc Godard en *Weekend*. El martes 4 de junio, el mayor desplazamiento (y atasco) de ese mes tuvo lugar en la Autoroute du Sud, en la que 5.000 vehículos a la hora se dirigieron a la capital tras el puente. Sesenta y ocho personas murieron en accidentes de

tráfico ese fin de semana, en contraste con los pocos que lo hicieron durante toda la violencia política de Mayo del 68[1313]. Una pintada de los radicales lo resumió muy bien: «Un fin de semana no revolucionario es muchísimo más mortífero que un mes de revolución permanente»[1314]. La reanudación de las actividades de ocio habituales animó al consumo. El sábado por la mañana, 85 de los 101 Prisunics (almacenes de saldos) volvieron a abrir sus puertas en la región de París[1315]. De hecho, el que se reanudara el consumo era prioritario. Varios días después, la policía desalojó a 55 piquetes de los almacenes Samaritaine[1316]. El siguiente fin de semana también hubo éxodos masivos de la capital y gran número de compras[1317].

Los antihuelguistas cobraron ímpetu tras el discurso del general. En «numerosas» oficinas de PTT, la policía intervino para poner fin a las ocupaciones y dispersar a los piquetes[1318]. Quinientos trabajadores de Correos del centro bancario de la Rue de Vaugirard marcharon al Ministerio de PTT para exigir la vuelta al trabajo y luego, blandiendo la tricolor, regresaron a sus puestos[1319]. Según las fuerzas del orden, se les unieron cientos, o tal vez miles, de otros empleados postales de la oficina de la Rue de Vaugirard[1320]. Por otro lado, 500 estudiantes se contramanifestaron para oponerse a la vuelta a sus puestos de los trabajadores de Correos. Cierto número de estudiantes, que incluían a una docena más o menos del Movimiento 22 de marzo, formaron un Comité antipolicial en el principal centro de distribución de Paris-Brune, pero, según las autoridades, «los huelguistas se negaron a tener contacto alguno con ese comité»[1321].

No obstante, pese a las presiones y amenazas de De Gaulle y Guéna, el regreso al trabajo no fue siempre inmediato. Las cronologías políticas y sociales no acostumbran a coincidir, y los dirigentes fueron desoídos por buen número de huelguistas que insistieron en que continuasen los paros hasta que sus reivindicaciones fueran satisfechas. El 5 de junio, el nuevo ministro de Interior, Raymond Marcellin, se sintió en la obligación de repetir las mismas instrucciones que su predecesor había dado a los prefectos. Marcellin les ordenó que respondieran favorablemente a las peticiones de empresarios y otros de que se protegiese el derecho al trabajo[1322]. El 4-5 de junio, varios sectores de PTT y de Educación Nacional votaron poner término

a la huelga[1323]. El 6 de junio ya era generalizado el regreso al trabajo —apoyado por las dos federaciones principales— en PTT de la región de París[1324]. La policía puso fin a algunas ocupaciones de oficinas sin que hubiese altercados violentos de consideración. Se dieron unos paros esporádicos por cuestiones de horarios de trabajo entre el personal motorizado de PTT el 7-8 de junio, pero terminaron rápidamente en cuanto la dirección volvió a contratar personal temporal a agencias privadas de empleo.

La actitud antihuelguista del gobierno endureció la postura negociadora de los empresarios. La UIMM (Union des industries métallurgiques et minières), organización a la que a menudo se considera la representante de la industria pesada de Francia, exigió que se retiraran los piquetes y se volviese al trabajo antes de reanudar las negociaciones[1325]. El 7 de junio, la CGT denunció «la intransigencia de los representantes de los grandes jefes de la metalurgia, la construcción y la industria química»[1326]. No solo la moderada FO, sino incluso los analistas policiales, estuvieron básicamente de acuerdo con esa afirmación, y calificaron la postura de los empresarios del sector metalúrgico de «inflexible»[1327]. Los primeros trabajadores del metal que volvieron al trabajo pertenecían en su gran mayoría a pequeñas empresas (de entre 20 y 300 asalariados), cuyos representantes sindicales habían firmado acuerdos que se parecían mucho al de Grenelle. Estos acuerdos se negociaron durante la primera semana de junio, por lo general entre el martes 4 y el viernes 7[1328]. Ese regreso relativamente rápido de pequeñas empresas de la metalurgia y otras ramas, sobre todo en el sector privado, no es de extrañar habida cuenta de que su participación en la huelga fue mucho menor que en las grandes compañías[1329]. Un 78% de trabajadores se vieron afectados por las huelgas en las grandes empresas del metal (de más de 2.000 empleados), un 76% en las medianas (de 300 a 2.000) y solo un 33% en las pequeñas (de menos de 200). Además, la intensidad de la huelga disminuía conforme decrecía el tamaño de las empresas. En las grandes, cada huelguista perdió de media 175 horas de trabajo (aproximadamente cuatro semanas laborales); en las medianas, 115 horas (más de dos semanas y media), y en las pequeñas, solo 27 horas. Una organización de empresarios de los *banlieues* del este, cuyos miembros eran fundamentalmente dueños de pequeñas y medianas empresas, informó de que solo un 17% de sus negocios estaban en

huelga[1330]. Un activista católico de izquierdas llegó a la conclusión de que «el miedo [a hacer huelga] afecta a las pequeñas empresas en particular, ya que sus plantillas no están organizadas sindicalmente, pagan sueldos bajos y dan empleo a gran número de mujeres»[1331]. Un radical de una fábrica metalúrgica muy pequeña (50 empleados) comentó que era muy difícil afiliar a sus compañeros, pese a que la mayoría tenían menos de 35 años. Eran reacios a pagar las cuotas de los sindicatos, además de ser escépticos sobre la eficacia de estos[1332]. Cuando las pequeñas empresas se ponían en huelga, era a menudo porque militantes de fábricas más grandes de los alrededores los inducían a hacerlo[1333].

El martes 4 de junio, los trabajadores del transporte público demostraron estar claramente divididos con respecto a la continuación de la huelga[1334]. Ese día, el paro de todos los medios de transporte públicos (taxis incluidos) y la consiguiente entrada de coches particulares que volvían del puente «paralizaron la actividad en la región de París» y provocaron en la capital un atasco sin precedentes[1335]. La policía dejó constancia de que «en algunas estaciones de tren parisinas, los piquetes de huelguistas impidieron la entrada de *cheminots* que querían volver al trabajo»[1336]. En la Gare Saint-Lazare, huelguistas armados con palos y potentes mangueras se interpusieron en el camino de los posibles esquiroles; sin embargo, en el aeropuerto de Le Bourget la gente pudo empezar a reincorporarse a sus puestos[1337]. El viernes 7 de junio, las negociaciones de los trabajadores del transporte y servicios públicos ya habían concluido en buena parte, y la CGT presionaba a sus afiliados del metro y SNCF para que volviesen al trabajo. La mayoría de líneas de tren y RATP empezaban a funcionar[1338]. Los autobuses y el metro comenzaron a operar con regularidad, pese a lo que la policía consideró que eran diversas violaciones del derecho al trabajo[1339]. Los agentes dispersaron y detuvieron a estudiantes que bloqueaban la entrada a la estación de metro de Monge, y el 7 de junio, en la Gare Saint-Lazare, unos *cégétistes* se resistieron a las exigencias de los *gauchistes* de que continuase la huelga[1340]. Los periódicos, otro elemento importante de la vida cotidiana, también empezaron a estar disponibles en los quioscos, que volvían a abrir[1341]. La huelga de repartidores y vendedores también tocaba a su fin, aunque, según la

policía, reanudarían el paro con brotes de violencia a mediados de junio[1342], cuando pidieron un descuento del 20% al 25% al que la mayoría de publicaciones se negaron[1343]. La policía acusó a los repartidores de infringir el derecho al trabajo, intimidar a los esquiroles y atacar y destruir camiones de reparto de la prensa diaria[1344]. Como ocurriría con la ORTF y la *batellerie* (el transporte fluvial de París), la huelga de repartidores no terminó hasta finales de mes[1345]. El regreso al trabajo se demoró en algunos sectores importantes, lo que confirma que las advertencias del presidente De Gaulle no asustaron a todos los huelguistas.

Las guarderías, la mayoría de colegios de primaria y algunos centros secundarios volvieron a abrir sus puertas el 7 de junio, después de que la FEN levantase la orden de huelga[1346]. Por el contrario, continuaron las ocupaciones de los liceos. Los padres protestaron por la del Lycée Michelet de Issy-les-Moulineaux, cuyo director encontró una solución digna de Salomón[1347]: dividió el edificio en dos y destinó una parte a los huelguistas y la otra a quienes querían dar clase. Otros directores también se las ingeniaron para calmar las protestas, pero no siempre pudieron evitar escaramuzas entre alumnos en huelga y los que no lo estaban[1348]. El 13 de junio ya se habían reanudado las clases en la mayoría de liceos parisinos, si bien las tasas de absentismo todavía eran altas[1349]. Se calculó que en la segunda semana de junio solo el 50% de alumnos asistían a los liceos[1350]. Los padres continuaron presionando a sus hijos y a las autoridades para que reabrieran todos esos institutos de educación secundaria, ya que a muchos les preocupaba que sus hijos pudieran perder el año[1351]. El 21 de junio ya habían empezado los exámenes en muchos liceos, aunque, según la policía, los CAL seguían «interrumpiendo la convivencia cotidiana» en buen número de ellos[1352]. Los CAL, a menudo controlados por maoístas o trotskistas, se habían iniciado generalmente en enero de ese año, y pedían el boicot del *bac* y el fin de la selectividad, con lo que se habían ganado el apoyo de algunos sacerdotes católicos progresistas[1353]. El 14 de junio, 500 de los 2.000 estudiantes que los formaban ocuparon el Lycée Turgot, y al llegar el 19 de junio cinco centros más también habían quedado paralizados[1354]. Según la policía, ultraderechistas armados con pistolas y gas lacrimógeno irrumpieron

en liceos ocupados de los barrios periféricos[1355]. Los alumnos del Henri IV reaccionaron montando un piquete nocturno para protegerse de un ataque ultra[1356]. Durante la toma del Lycée Colbert, en el distrito diez, se provocaron dos incendios, uno de los cuales causó grandes daños. Las autoridades llegaron a la conclusión de que «lamentablemente ambos fueron intencionados», obra de unos incendiarios capaces de tomar tan acaloradas medidas con tal de impedir que se celebraran los exámenes[1357]. Si bien es cierto que la mayoría de quienes llevaron a cabo las ocupaciones se mantuvieron dentro de los límites de las normas sociales convencionales, los sucesos de Mayo del 68 permitieron que algunos descontentos manifestaran su odio a las instituciones y a la rutina diaria. Las huelgas de los liceos fueron de las que más tarde terminaron. De acuerdo con los informes policiales, el 26 de junio los miembros del CAL desalojaron «espontáneamente» el Henri IV[1358]. Los cambios que las protestas de Mayo del 68 llevaron a los liceos tal vez fuesen los más sustanciales, y la idea de que fue a partir de entonces cuando se relajaron las costumbres de sus alumnos sigue estando muy extendida. La libertad de los estudiantes universitarios se filtró a los institutos e incluso a cursos más bajos. A mediados de junio, casi 50 alumnos varones de entre 12 y 14 años se manifestaron contra la estricta disciplina de su centro[1359].

El lunes 10 de junio se siguieron resolviendo los conflictos en muchas medianas empresas, al tiempo que comenzaba una semana laboral (del lunes 10 al viernes 15) en la que volvieron al trabajo los huelguistas de los principales grandes almacenes parisinos y los de más de una docena de compañías metalúrgicas de la capital, que daban trabajo a más de 1.000 personas[1360]. Esos acuerdos ejercieron presión en quienes seguían en huelga, y sobre todo en los activistas que participaban en las ocupaciones. Aunque los militantes ocupaban muchas fábricas —por ejemplo, 31 de las 39 paralizadas de Issy-les-Moulineaux y 20 de las 40 de Boulogne-Billancourt—, esas ocupaciones revelaron que las bases no tenían mucho interés en implicarse activamente en la supuesta revolución. Al contrario de lo que afirmaban los radicales de la UNEF, muchas formas de lucha obrera no buscaban «un cambio total de la sociedad»[1361]. Hasta los trabajadores más comprometidos con la causa eran escépticos acerca de la capacidad del

movimiento para hacerse con el poder[1362]. En general, el número de trabajadores que tomaron parte en las ocupaciones no dejó de ser un porcentaje muy pequeño de la plantilla total. En Sud-Aviation, planta pionera de la ola de encierros, una abrumadora mayoría de empleados no quisieron participar, sino que prefirieron dedicar ese tiempo libre a sus asuntos personales o a su familia. Solo 3.195 del total de 8.000 trabajadores votaron, y de estos solo 1.699 estuvieron a favor de ocupar la fábrica[1363]. Apenas unos pocos cientos de una plantilla de 5.000 se apoderaron de la fábrica de Renault de Cléon[1364]. En Flins, lo hicieron unos 250 de un total de 10.000, del mismo modo que únicamente unos pocos cientos de los 30.000 de Boulogne-Billancourt se quedaron en el interior de esa planta insignia. En Citroën, tanto las reuniones de los huelguistas como la propia ocupación pusieron en evidencia la pasividad de las bases, que simplemente dejaron que los militantes sindicalistas que habían iniciado los paros permaneciesen en el lugar de trabajo[1365]. En la fábrica de Citroën del distrito quince, por lo general no había más de 100 ocupantes de una plantilla total de más de 20.000. Los izquierdistas acusaron al comité de huelga de Citroën de estar más interesado en organizar partidos de ping-pong y partidas de cartas que en educar políticamente a los trabajadores. El puente de Pentecostés (1-3 junio), después de que se restableciera el suministro de gasolina, solo 12 huelguistas permanecieron en la fábrica. Fue la mayor oleada de ocupaciones desde 1936, pero el menor número de ocupantes parece indicar que la cantidad de militantes comprometidos era proporcionalmente muy pequeño. A diferencia de 1936, en que masas ingentes de trabajadores se quedaron en sus fábricas para impedir que entrasen esquiroles desempleados, en 1968 el miedo a estos era relativamente pequeño, con lo que los obreros no se sintieron tan obligados a participar en los encierros.

Por lo general, era el mismo grupo que iniciaba las huelgas —trabajadores franceses varones de cierta edad y cercanos a la CGT— el que dirigía las ocupaciones. En algunas empresas no manuales, excluían por la fuerza a los empleados que no estaban sindicados[1366]. Militantes de la CGT controlaron la ocupación de Jeumont-Schneider, importante compañía electrónica de las afueras de París, e impidieron la entrada a los trabajadores opuestos a la CGT o que no querían tomar partido. En Flins, eran asalariados veteranos los que

se ocupaban de los piquetes[1367]. A veces —sobre todo en una empresa grande de servicios que fue ocupada—, a los militantes de cierta edad se les unían jóvenes *gauchistes*. La presencia de izquierdistas no alteraba los intereses corporativistas de los comités de huelga, que eran reacios a forjar vínculos con los estudiantes o ni siquiera con otras empresas ocupadas. Según la policía, el PCF, convencido de que la situación no era revolucionaria, insistió en que los huelguistas no izaran únicamente la bandera roja en las verjas de sus fábricas, sino también la tricolor[1368]. En líneas generales los extranjeros jugaron un papel mínimo, tal vez porque en muchos casos los trabajadores franceses los consideraban esquiroles o sindicalistas con poco apego a la causa[1369]. No obstante, algunas nacionalidades mostraron más ganas de tomar parte que otras. En Citroën-Levallois, por ejemplo, los trabajadores españoles participaron muy activamente en los paros, mientras que los norteafricanos tuvieron en su mayoría una actitud muy pasiva[1370].

En un principio las mujeres quedaron excluidas de ciertos encierros por «razones morales», pero en otros desempeñaron un papel importante[1371]. Las ocupaciones pusieron de manifiesto las divisiones de género. Aunque las 400 trabajadoras de la fábrica de chicle Kréma superaban en número a los 200 varones, el dominio de la huelga fue de estos, lo que provocó el resentimiento de ellas[1372]. En una sucursal de la Compagnie des compteurs, de Montrouge, las mujeres sí que participaron en la ocupación, pero dedicándose tan solo a sus tareas tradicionales de limpiadoras y cocineras. Los hombres eran reacios a dejarles pasar la noche en la fábrica para «evitar que los jefes se ceben con la cuestión de la moralidad»[1373]. Ellas rechazaron ese argumento y, a la tercera noche del encierro, ya eran casi tan numerosas como sus compañeros varones. Aun así, por lo general la gran mayoría de trabajadores, ya fueran mujeres u hombres, extranjeros o franceses, preferían no quedarse en la planta.

Un importante número de ellos mostraron poco interés por los procesos electorales de sus lugares de trabajo, con lo que la participación en las votaciones de huelga osciló entre el 40% y el 75%[1374]. Huelguistas de algunas de las empresas parisinas más importantes —Ascensores Otis, Sud-

Aviation, Nord-Aviation, Thomson-Houston, Rhône-Poulenc—, tanto con afiliación sindical como sin ella, reflexionaron sobre la pasividad de muchos trabajadores en un panfleto escrito a principios de junio. En él sostenían que «para ganar, un mayor número de trabajadores debe implicarse. La huelga obliga a todos a hacer sacrificios materiales, pero muchos camaradas confían en una minoría y no participan activamente. Eso permite al gobierno dividir a los trabajadores jugando con el cansancio de unos y la mala información de otros [...] Solo puede haber una respuesta a esa táctica de división, que es la participación masiva de todos los trabajadores que se mantienen alejados de las fábricas ocupadas»[1375]. Con el fin de animar a los trabajadores poco comprometidos o apáticos a que se uniesen al movimiento, los autores del panfleto recomendaban adoptar el modelo de organización de Rhône-Poulenc (en Vitry), donde los huelguistas de base elegían comités de huelga que eran fácilmente revocables. Para los militantes, la ocupación de esa empresa era especialmente admirable, ya que 1.500 empleados de un total de 3.500 (un 43%) estaban tomando parte activa[1376].

Incluso en este ejemplo de alta participación relativa, aproximadamente el 57% de empleados rehuían el activismo. Las propuestas de un comité intersindical, de los comités de acción y de los estudiantes de Nanterre acerca de una forma más innovadora y participativa de hacer huelga no consiguieron interesar a los trabajadores. Los comités recomendaban que aquellos hicieran «huelgas de regalo» para que la opinión pública se pusiera de su parte y dirigiese su ira hacia el gobierno. Consistían, por ejemplo, en que los basureros recogieran la basura acumulada, los empleados de transportes dejasen que la gente viajara gratis y los de PTT no cobraran el franqueo ni las llamadas telefónicas[1377]. Sin embargo, los trabajadores de los servicios de limpieza, transportes y postales decepcionaron a los activistas al plantear únicamente reivindicaciones tradicionales básicas. La creencia del Movimiento 22 de marzo de que las ocupaciones expresaban «el anhelo inconsciente de la clase obrera por hacerse con los medios de producción» era una mera ilusión[1378]. La exigencia del 22 de marzo de que se sabotearan los medios de producción en caso de un asalto policial fue en general desoída[1379]. Los trabajadores en huelga rara vez dañaban bienes, y, cuando lo hacían, sus objetivos —líneas telefónicas, vehículos, etc.— estaban bien

delimitados.

Los sociólogos que asistían a la asamblea de una fábrica en huelga observaron que eran los ejecutivos y el personal supervisor, y no los trabajadores, los que casi siempre dominaban el debate[1380]. Aunque la participación de los *cadres* en los asuntos sindicales y relacionados con la huelga aumentó drásticamente en algunas fábricas importantes, esos *cadres* activistas nunca estuvieron cerca de ser una mayoría de su categoría profesional. Puede que los militantes sindicales eligieran la táctica de los encierros porque les permitía neutralizar la hostilidad o, lo que era más habitual, la indiferencia de gran parte de las bases. La mayoría de asalariados eran individualistas y actuaban de acuerdo con sus propias necesidades y deseos, y no con los de la colectividad[1381]. Los historiadores de los movimientos laborales y otros analistas por lo general han exagerado el grado de compromiso colectivo y sociabilidad de los trabajadores, a expensas de su individualismo y atomización[1382].

Para cierto número de *gauchistes*, la fábrica de CSF de Brest (Finistère) se convirtió en el modelo mítico de una huelga activa, en la que los trabajadores produjeron artículos, tales como *walkie-talkies*, que eran útiles para la causa[1383]. Una abrumadora mayoría de trabajadores no comprometidos, sin embargo, tomaron un rumbo distinto. En vez de servir al interés público, usaron el tiempo libre que les concedía la huelga para dedicarse a sus propios intereses personales y familiares. Muchos aprovechaban para escaparse del ambiente en ocasiones agobiante de la fábrica y la familia para refugiarse en su taller casero o en la tranquilidad de su jardín[1384]. Otros se buscaban un pluriempleo. El bajo nivel de participación en la mayoría de encierros en fábricas prefiguró la situación posterior a la huelga, en la que la inmensa mayoría de trabajadores estuvieron más interesados en prosperar o sobrevivir en la sociedad de consumo que en tomar parte en acciones colectivas contra el Estado y los empresarios. El Movimiento 22 de marzo tuvo que reconocer que carecía de suficiente masa crítica de trabajadores que estuviesen dispuestos a cooperar en sus planes para conseguir el control obrero[1385]. Los que abogaban por la formación de comités de acción revolucionarios de trabajadores y estudiantes admitieron que el control de las huelgas por parte de la CGT era el resultado de «la conciencia capitalista que prevalece entre

los obreros»[1386]. Los artistas que entretenían a los encerrados en las fábricas fueron de los pocos que se dedicaron a la huelga activa. Uno de origen portugués reprendió a su público por limitarse a pedir reivindicaciones básicas en medio de una situación potencialmente revolucionaria[1387]. Los obreros ocupantes estaban encantados de ser espectadores pasivos, y en su empresa de Saint-Cloud, Marcel Dassault, pionero de la aviación, hasta facilitó que los huelguistas encerrados pudieran ver la televisión[1388].

Algunos asalariados se implicaron activamente por razones inmediatas y pragmáticas, y no por ningún compromiso sindical o político. En cierto número de fábricas, los comités de huelga se encargaban de repartir los sueldos. En otras, los militantes racionaban la gasolina, un bien escaso durante la segunda mitad de mayo. El suministro insuficiente de combustible provocó «una gran demanda frenética» en algunas empresas[1389]. Como comentó un activista: «En realidad nunca ocupamos la fábrica, sino que la usamos para satisfacer nuestras necesidades [...] Cuando nos hacía falta algo, lo cogíamos con o sin el consentimiento de la dirección [...] La gasolina empezó a escasear [...] Para conseguirla, tenías que tener contactos con la CGT. La gasolina provocaba envidias y hacía necesario que se impusiera una disciplina»[1390]. En Dassault Saint-Cloud, la escasez del preciado líquido produjo «celos y, como consecuencia, abuso de poder»[1391]. En esa misma planta aeronáutica, la norma de que la gasolina estuviese reservada para los que ocupaban la fábrica hizo más fácil encontrar voluntarios. Algunos que solo habían estado encerrados una noche se aprovecharon de esa presencia suya pasajera para llenar el depósito e irse de viaje el fin de semana. En respuesta, se establecieron normas más estrictas y cuotas. En Renault —supuesto bastión de la CGT en el que el 20% de trabajadores estaban afiliados—, un miembro dejó la federación sindical porque no le daban gasolina[1392]. Los huelguistas interpretaron a su manera la propuesta anarcosindicalista del Movimiento 22 de marzo de crear un contacto directo entre trabajadores y agricultores[1393]. Los radicales pronto comprobaron que, si su plan de montar una red de distribución de alimentos que proviniera directamente de los campesinos resultaba atractiva a los comités de huelga, no era porque supusiera un paso más hacia la autogestión socialista, sino

sencillamente porque así la comida salía más barata.

Habida cuenta de las ganas y la necesidad de consumir, siguieron aumentando las presiones para que se volviera al trabajo. Muchos asalariados ya estaban muy endeudados antes de mayo. Su consumo masivo era el responsable de que las ventas a crédito se hubiesen multiplicado por cuatro en los años sesenta[1394]. Por ejemplo, un 44% de los residentes de un gran complejo de apartamentos de las afueras de París amueblaron sus hogares a plazos[1395]. Sus vecinos burgueses, con una actitud un tanto mezquina, se mostraban bastante críticos con lo que consideraban los derroches de los trabajadores. Al parecer, los asalariados de origen rural eran especialmente vulnerables a los atractivos del crédito. Sus «excesos del presente» suponían a menudo el primer paso para la ruina económica[1396]. En 1968, la venta a plazos permitía la adquisición de casi cualquier tipo de bien duradero. En Renault, los trabajadores jóvenes con frecuencia debían algunos meses, y muchos de mayor edad eran esclavos del pago de la hipoteca y el coche. Lo cierto es que las grandes empresas automovilísticas animaban a sus empleados a comprar coches a crédito ofreciéndoles grandes descuentos. Los trabajadores de la automoción tenían la oportunidad de convertirse en empresarios a tiempo parcial vendiendo coches rebajados de precio a familiares y amigos. Otros asalariados podían adquirir un coche con un 15% de descuento. Estas políticas liberales acabaron con el «ascetismo forzoso» de principios del siglo XX y abrieron nuevos mundos consumistas a las clases trabajadoras[1397].

El individualismo adquisitivo, oculto durante la depresión de entreguerras y postergado durante el espartano periodo de posguerra, se hizo evidente en los años sesenta. Solo una quinta parte de trabajadores eran dueños de su casa en 1954, frente a un tercio en 1968. La broma del promotor inmobiliario estadounidense, William Levitt de que «nadie que posea una casa con jardín puede ser comunista, porque siempre tiene mucho que hacer», se puede aplicar al caso francés[1398]. Un 23% de trabajadores cualificados tenían automóviles en 1959, un 40% en 1963 y un 75% en 1972. Los no cualificados también experimentaron un aumento similar, aunque ligeramente menor. Disponer de coche (y sus consiguientes gastos) fue un cambio importante para una clase cuyo principal medio de transporte individual antes

de la Quinta República era la bicicleta[1399]. No es de extrañar que a muchos trabajadores les contrariara la destrucción de vehículos por parte de los estudiantes en el Barrio Latino.

Además de coches, una amplia variedad de artículos se podían encontrar en los hogares obreros en 1968. Los asalariados franceses, al igual que los alemanes, italianos y los de otros países europeos occidentales, se habían convertido en un sector clave del mercado de bienes duraderos[1400]. En 1959 solo un 22% de trabajadores cualificados tenían nevera; en 1963, un 50%, y en 1972, un 21%[1401]. La posesión de neveras en los hogares de obreros no cualificados saltó del 11% en 1959 al 83% en 1972. La expansión de las lavadoras fue similar: el 74% de trabajadores cualificados y el 66% de los no cualificados tenían en 1972, lo que es un aumento por tres desde 1959. No obstante, la televisión fue el artículo que creció más rápidamente en la Quinta República: el 12% de trabajadores cualificados poseía una en 1959, el 35% en 1963 y el 85% en 1972. El salto fue aún más drástico para los no cualificados: del 7% en 1959 al 77% en 1972. En 1968, los 25 millones de telespectadores habituales superaron a los 22 millones de lectores. En Renault-Cléon (Seine-Maritime), por ejemplo, solo 350 de los 5.000 empleados usaban con regularidad la biblioteca del *comité d'établissement*[1402]. Cuanto más bajo era el sueldo, más tiempo se pasaba viendo la televisión.

Estas cifras indican los cambios importantes que se produjeron después de 1955. Ese año, el 40% de trabajadores no cualificados y el 28% de los cualificados afirmaron que «no querían» comprar una lavadora; el 45% de los primeros y el 35% de los segundos «no querían» nevera; al 34% y al 24% no les interesaba tener coche, y al 44% y al 37% tampoco les interesaba comprar un televisor[1403]. Así pues, había que enseñarles a consumir y a que apreciasen las ventajas de los nuevos productos. Al llegar 1968, la mayoría de trabajadores ya estaban bien instruidos, con la ayuda de la publicidad. La Quinta República fue especial en tanto en cuanto promovió un aumento espectacular de la prosperidad y la adquisición de bienes. No obstante, hemos de tener en cuenta que no supuso una ruptura en la evolución de la historia francesa del siglo XX. Durante la Tercera (1870-1940) y Cuarta (1945-1958) Repúblicas, Francia produjo una variedad cada vez mayor de productos. El

rápido aumento del consumo de masas y del crédito fácil tras la Segunda Guerra Mundial contribuyó sin duda al declive de la comunidad obrera «tradicional»[1404]. El aumentó del consumo no fomentó el sentido de pertenencia a una comunidad, sino más bien el egotismo[1405]. El crecimiento reforzó un individualismo que ya estaba presente en la primera mitad del siglo XX.

Conforme crecían las deudas por consumo, lo hacían también las presiones para que se saldaran, con lo que los estudiantes pronto supieron cuáles eran las verdaderas preocupaciones de los trabajadores. Los huelguistas agradecieron su ayuda a los estudiantes de Censier, pero añadieron: «La huelga ha terminado. Volvemos al trabajo para ganar dinero como en todas partes»[1406]. Los paros laborales, por impedir que se realizaran los anhelos consumistas, agudizaban las tensiones familiares: «Cinco semanas de huelga han creado tiranteces en el matrimonio formado por Pierre y Nicole. Vivían en dos mundos diferentes. Él es representante sindical, un militante entregado que siempre está activo en el lugar de trabajo. Ella está metida en casa haciéndose cargo de los problemas cotidianos, con el alquiler sin pagar e hijos que alimentar. Se siente abandonada. De pronto su relación empezó a estropearse»[1407]. Algunos sindicalistas se volvieron misóginos[1408]. Según uno que participó en las huelgas de la zona industrial del noreste: «Los hombres no es que sufriéramos mucho. Nos encerrábamos en la fábrica y jugábamos a las cartas. No estaba nada mal. Los problemas empezaron cuando volvimos a casa y nuestras mujeres nos dijeron que se había acabado el dinero y los niños tenían hambre»[1409].

Las esposas tuvieron que cargar con mayores responsabilidades sociales y familiares durante los paros[1410]. Cuando los observadores hablaban del cambio de la «opinión pública» con respecto a las huelgas, a menudo se referían a las mujeres. El cierre de los colegios hacía más difícil el cuidado de los niños[1411]. Los cierres inesperados, la falta de combustible y de dinero y la carencia de algunos productos complicaban la compra. Muchos trabajadores no se sumaron a los paros porque «sus mujeres no veían la huelga con buenos ojos»[1412]. Hubo divorcios de militantes. Gran número de esposas se oponían a los paros porque desequilibraban el presupuesto familiar o, en hogares de

rentas más altas, echaban al traste los planes de vacaciones. Un trabajador de Flins de tendencias radicales le explicó a un simpatizante con la huelga que su mujer no qsuería verle implicado en el movimiento. Mientras duraban las huelgas, las mujeres, quizá incluso más que los hombres, se temían la politización, esto es, la subordinación de las reivindicaciones materiales del movimiento a los objetivos políticos de los partidos de izquierda y los sindicatos. No obstante, durante los paros tuvieron el suficiente pragmatismo para aceptar las comidas que ofrecían los ayuntamientos de izquierdas. También agradecieron la ayuda de curas de barrios obreros que «todos los días visitaban a algunas familias [de huelguistas] en sus hogares»[1413].

Los cortes de luz, que los empleados del sector en huelga imponían esporádicamente para ejercer mayor presión en las negociaciones, alteraban la vida cotidiana[1414]. La huelga de PTT detuvo los medios habituales de comunicación. Las programaciones televisivas y radiofónicas regulares se cancelaban. Los trabajadores y sus familias no siempre reaccionaban a la interrupción de sus programas favoritos con solidaridad de clase, sino que a veces hacían gala de una irritación muy individualista. Durante la campaña para las elecciones legislativas, los candidatos reconocieron que la determinación de los huelguistas de la ORTF estaba distanciando a la opinión pública. En la primera mitad de junio, esta fue por lo general mucho menos comprensiva con los trabajadores todavía en huelga. Según el boletín diario de la policía, «la CGT lo sabe y se ha vuelto menos intransigente»[1415].

La persistencia del paro de la ORTF y de otros no solo puso a prueba la solidaridad entre hombres y mujeres, sino también entre trabajadores jóvenes y más mayores. Los maduros parecían tener más ganas de poner fin a las huelgas que los jóvenes[1416]. Fue al término de los paros —y no al principio, como suponen muchos— cuando se puso de relieve la existencia de una brecha generacional en el trabajo. Hacia mediados de junio, el PCF reconoció la impopularidad de la huelga de la ORTF y presionó a la plantilla para que la terminase rápidamente[1417]. Periódicos como *Le Figaro*, críticos con la gestión del gobierno de los medios oficiales, instaron a los huelguistas de ORTF a que volvieran al trabajo. Algunos insinuaron que una administración maquiavélica no quería que terminase la huelga para recordar al electorado el desorden provocado por el movimiento[1418]. Por el contrario, la policía

argumentó que una «minoría poderosa» de huelguistas impedía que las negociaciones llegasen a buen puerto[1419].

Todas las partes negociadoras eran conscientes del parecer dividido y cambiante de los trabajadores. Recordando tal vez los malos resultados de la huelga general de 1947, la CGT evitó la formación de un comité nacional de huelga. La confederación recomendaba que las negociaciones las mantuvieran profesionales de la industria, pero en el sector metalúrgico las conversaciones volvieron rápidamente a las empresas individuales cuando fracasaron a nivel nacional y regional. Los sindicatos querían obtener concesiones adicionales, mientras que los empresarios pretendían ceñirse lo más posible al Acuerdo de Grenelle[1420]. En las empresas en que los trabajadores rechazaban ese acuerdo original, la delegación sindical de cada una negociaba directamente con la dirección y pedía a los asalariados endeudados que siguieran luchando para ampliar los beneficios de Grenelle. El hecho que la huelga se prolongase tanto en las compañías más grandes tal vez se debiera al poder de los sindicatos, en especial de la CGT. Esta confederación, aunque se oponía a las «aventuras» revolucionarias, estableció piquetes para desanimar a los esquiroles[1421]. En cierto número de casos, militantes sindicales infringieron el derecho al trabajo de esos esquiroles cuando querían entrar en sus empresas. Los empresarios informaron de cuatro casos a principios de junio, y los periódicos conservadores de unos cuantos más.

Entre esas infracciones se encontraban los incidentes que tuvieron lugar en la planta de Renault de Flins, que tenía una plantilla de 10.000 empleados[1422]. Eran bien conocidas las tensiones existentes en Flins entre *cadres* y trabajadores, los cuales pensaban que sus supervisores eran demasiado autoritarios[1423]. Por su parte, los *cadres* de ciertas empresas se quejaban de la mano dura con que se había obligado a los asalariados a que dejasen de trabajar[1424]. Por lo general, la CGT y otros sindicatos preferían celebrar una votación pública (a mano alzada) para decidir si se iba a la huelga o se concluía esta. Sin embargo, los empresarios pensaban que ese método intimidaba a los trabajadores, por lo que abogaban por una votación secreta que facilitase la vuelta al trabajo. El gobierno se puso del lado de los industriales en esa cuestión. El Ministerio del Interior había argüido al

principio de las huelgas que «muchos trabajadores lamentan que no se les consulte con respecto a los paros laborales», y los prefectos animaban a que se celebrasen votaciones secretas[1425]. Un portavoz de Pompidou afirmó que «cada vez que se permite el voto secreto, los trabajadores casi siempre deciden volver al trabajo. Lo que está claro es que el gobierno debe proteger el derecho al trabajo para cumplir con su deber con los trabajadores»[1426]. De hecho, la posición del gobierno a favor de los empresarios era tan acusada que sus inspectores de trabajo de la región de París pusieron objeciones[1427]. Temían que su papel de mediadores entre sindicatos y empresarios se viera comprometido si ayudaban a la dirección a organizar votaciones con la finalidad de poner fin a los paros. Así pues, se negaron a observar o validar ninguna elección. Los inspectores consideraban que su labor consistía en promover el diálogo entre la fuerza obrera y la dirección, y no en facilitar el movimiento de retorno al trabajo que querían las autoridades. Salvo en pequeñas empresas, las votaciones secretas eran escasas[1428]. Según la policía, «minorías de activistas» se oponían al voto secreto en compañías importantes como Renault, Citroën, SKF y la Société Chauvin de Ivry[1429]. «En la región de París fueron necesarias varias intervenciones policiales para que los huelguistas respetaran el derecho al trabajo». Por poner un ejemplo, en Usines Grandin, de Montreuil, que empleaba a gran cantidad de mujeres jóvenes, la policía respondió a la petición de la dirección de que parasen una manifestación en favor de la huelga que tenía lugar en la entrada[1430]. Detuvieron a tres «chicas» y a un joven.

El gobierno no hizo caso a las quejas de su propia Inspection du Travail y envió a la policía a que interviniese de forma tan espectacular como violenta en Flins[1431]. Al igual que en 1947, cuando el socialista Jules Moch diera rienda suelta al recién reorganizado CRS, el Estado quería demostrar que podía aplastar la resistencia de los trabajadores[1432]. Se seleccionó Flins para aplicar allí medidas especiales por diversas razones. Su dirección quería que se volviese al trabajo; su situación geográfica en la llanura del Sena facilitaba la movilidad policial y que la fábrica se pudiese cercar, y los muchos trabajadores extranjeros de la planta tenían una actitud dócil por la amenaza de perder su permiso de trabajo. La fábrica de Flins era pieza clave del sector

automovilístico y parte fundamental del conglomerado Renault, una de las empresas nacionalizadas más grandes y modernas de Francia. Si se aplicaba allí la represión, los huelguistas de otras plantas de Renault podrían reconsiderar su actitud militante. A la policía le inquietaba que los ocupantes de la de Boulogne-Billancourt pudiesen volar el puente de la isla de Séguin en el caso de que los atacasen a ellos[1433].

El 4 de junio, la dirección de la fábrica Renault de Flins intentó organizar una votación para decidir la vuelta al trabajo[1434]. La inspección de trabajo consideró que era una medida muy imprudente, por el alto grado de tensión de la planta y las pocas posibilidades de que saliera bien[1435]. Los inspectores criticaron al prefecto de Yvelines por presionarles para que organizaran la votación y por engatusarles para que hicieran respetar el derecho al trabajo. Entonces los piquetes «sabotearon» una elección que dijeron que la dirección había falsificado. La dirección refutó la acusación e indicó que un 80% de la plantilla había votado[1436]. A primera hora de la madrugada del 6 de junio, 1.000 CRS (4.000 según el Movimiento 22 de marzo) llegaron para proteger el derecho al trabajo y forzar el fin de la ocupación. La policía afirmó haber desalojado la fábrica «sin incidentes» a las 3 de la mañana[1437]. Unas horas más tarde, solo 750 personas, 400 de las cuales eran supervisores, volvieron al trabajo. Los huelguistas respondieron a la llegada de refuerzos policiales con un piquete para impedir que los trabajadores entrasen en la planta. El Movimiento 22 de marzo era de la opinión de que la presencia de miles de CRS tenía como objetivo aplastar a «los obreros con mayor conciencia de clase»[1438]. La CGT exigió «la inmediata retirada de Flins de las tropas policiales»[1439].

El Flins sitiado enseguida recibió ayuda de estudiantes entregados a la lucha de clases. Según el autor Nicolas Dubost, «Flins se convirtió en el bastión de la revuelta antiautoritaria [...] [Los *gauchistes*] acudieron allí como otros van a Lourdes a ver milagros»[1440]. La anterior Escuela de Bellas Artes era el lugar de reunión del Comité para la Lucha por el Poder Popular y de la Comisión Permanente de Movilización, que tenía estrechos vínculos con comités de acción y con el Movimiento 22 de marzo[1441]. La Comisión animó a los activistas a unirse a la batalla de Flins e instó a los estudiantes a actuar

como revolucionarios cuyo objetivo debía ser defender «el movimiento de masas»[1442]. Para muchos jóvenes militantes, Flins representaba la culminación de la lucha para conseguir la unidad con los trabajadores. Los estudiantes de Bellas Artes recaudaron dinero para los huelguistas de Flins con las aportaciones de los peatones a los que gustaba su espectáculo de dos marionetas que ridiculizaban al presidente de la República y a un CRS[1443]. Quinientos trabajadores de CFDT, recién salidos de su protesta sindical en la sede de UIMM (Avenue Wagram), se sumaron a los jóvenes revolucionarios. Según la policía, intentaron coger un tren con destino a Flins en la Gare Saint-Lazare, pero los trabajadores ferroviarios de la estación, tal vez influenciados por las campañas de CGT y PCF contra los *provocateurs*, se negaron a cooperar. Los empleados de RATP no hicieron caso a la petición de los líderes de la UNEF de que los llevaran a todos en autobús a las grandes fábricas en huelga[1444]. Los estudiantes, frustrados pero siempre llenos de recursos, lograron apropiarse de dos autobuses de RATP cerca de la estación de Saint-Lazare[1445]. La policía detuvo a uno de los vehículos varias manzanas más allá, pero el otro llegó a la planta de Renault de Boulogne-Billancourt. Entonces varios cientos de manifestantes intentaron coger otros autobuses con destino a Flins, pero la policía se lo impidió. Los informantes policiales anotaban las matrículas de los coches que se congregaban en Bellas Artes para que luego sus ocupantes fuesen detenidos mientras se dirigían a la fábrica[1446]. Durante la noche del 6 al 7 de junio, las fuerzas del orden detuvieron en el puente de Saint-Cloud a 310 personas que iban de camino a Flins[1447]: 233 eran hombres, y 77, mujeres (25%), uno de los porcentajes más altos de participación femenina en los sucesos de Mayo del 68, que por lo general rondaba el 10% en los días importantes[1448]. Solo 20 (6%) eran extranjeros, mientras que la mayoría, 167 (54%), eran estudiantes. Muy pocos, 26 (8%), de los interrogados habían tenido enfrentamientos previos con la policía, y aún menos (15) llevaban armas —lo que incluye porras y palos— en el momento de su detención. Al día siguiente, el subprefecto de Mantes recomendó que la policía inspeccionara todos los vehículos que transportasen jóvenes de la región de París a Flins[1449]. Las fuerzas del orden temían que algún comando juvenil pudiera asaltar la central eléctrica de ese

lugar[1450]. Al mismo tiempo, grupos sin identificar —sospechosos de ser miembros de Comités de acción cívica, veteranos de guerra, fascistas o una *union sacrée* de reaccionarios— atacaron a izquierdistas en las calles de París[1451].

El viernes 7 de junio, según cálculos policiales, de 4.000 a 5.000 mil personas, entre las que se encontraban Alain Geismar y numerosos miembros del 22 de marzo, acudieron a una movilización en Flins[1452]. Mil manifestantes intentaron impedir que los esquiroles entrasen en la fábrica. Varios cientos de jóvenes huelguistas, con el apoyo del Ayuntamiento, regido por socialistas y comunistas, empezaron a hostigar y atacar a la policía[1453]. De un modo que recordaba a la reacción de los residentes del Barrio Latino a la invasión policial de su vecindario, la enorme presencia de fuerzas del orden en Flins provocó la hostilidad de muchos habitantes del lugar[1454]. Se produjeron enfrentamientos callejeros en los que la policía, que ahora patrullaba la zona en masa, detuvo a más de 300 manifestantes y espectadores. Cuando Brigitte Gros, destacada política que era tanto alcaldesa de la cercana Meulan como periodista de renombre de *L'Express*, intentó mediar en el conflicto, la metieron en una furgoneta policial en la que estuvo retenida casi una hora. Un capitán del CRS hizo la siguiente reflexión a sus hombres: «Cuando la violencia es medida, resulta efectiva. Intimida y desarma»[1455]. Los enfrentamientos continuaron el fin de semana. Las tácticas de los huelguistas y de los estudiantes que los apoyaban, los cuales se contaban por cientos, enfurecieron a los CRS, que detuvieron a docenas de ellos. Las guerrillas suburbanas se escondían detrás de vagones de trenes, les arrojaban piedras que cogían de las vías y quemaban heno «para hacer salir a los polis»[1456]. Si los agentes encontraban vehículos aparcados y vacíos con matrícula de París, les pinchaban las ruedas. Helicópteros y avionetas vigilaban a los manifestantes, que a veces se escondían en los bosques adyacentes de Aubergenville y Elisabethville[1457]. En una conferencia de prensa del domingo por la tarde, Pompidou justificó lo que empezaba a conocerse como la «Operación Flins», argumentando que era necesario asegurar el derecho al trabajo[1458]. Añadió el primer ministro: «El lema "A trabajar" tendría que ser la divisa de Francia en estos momentos».

El lunes 10 de junio, la policía informó de que solo 500 trabajadores de un turno de 1.300 hicieron caso a la máxima de Pompidou y volvieron a sus puestos[1459]. Mientras, continuaron las refriegas con enfrentamientos entre la policía y obreros y estudiantes en las calles de Flins. Un miembro del Movimiento 22 de marzo describió la situación: «Vimos lo que era un verdadero ejército. Había 10.000 hombres [...] Una línea de ferrocarril y varias carreteras tenían protección militar. Cada diez metros había un tipo con una ametralladora, y circulaban jeeps por todas partes. Era un campamento fortificado. No estuve en Dien Bien Phu, pero me lo recordó un poco»[1460]. Las fuerzas del orden se dedicaron a perseguir enconadamente a estudiantes, y cualquier joven que se encontrara en la calle corría el peligro de ser golpeado o detenido[1461]. Detuvieron a 457 de ellos, de los que el 72% eran estudiantes[1462]. Casi el 13% habían tenido enfrentamientos previos con la policía. Hubo más violencia en Flins por parte de estudiantes que en jornadas anteriores. Así pues, el movimiento estaba volviendo a sus raíces estudiantiles en un momento en que tendría que haber estado atrayendo a trabajadores que quisieran mostrar su solidaridad con los camaradas de Flins. En su lugar, lo que prevaleció fue una ósmosis inversa. Los jóvenes trabajadores de las *banlieues* acudían al Barrio Latino, y los estudiantes, a las zonas industriales de las afueras. El que los jóvenes se convirtieran en objetivo prioritario indica la creciente influencia de la resistencia juvenil al final de la ola de huelgas. Las confrontaciones culminaron con la muerte por ahogamiento el 10 de junio de Gilles Tautin, de 17 años de edad, que pertenecía a una organización maoísta. Es de destacar que Tautin era alumno de liceo. Temiendo la reacción pública adversa, la policía había recibido órdenes a lo largo de mayo de manejar a los estudiantes de instituto con cautela, pero en junio pareció darse un nuevo clima en el que los *lycéens* fueron tratados tan implacablemente como los estudiantes de universidad y los trabajadores. Quizá los avisos de sus informantes de que los comités de acción y los ocupantes de la Sorbona habían adquirido rifles y metralletas, o estaban a punto de hacerlo, volvieron a las fuerzas del orden menos indulgentes[1463].

No es que la muerte de Tautin cambiase mucho las cosas en la planta. La gran mayoría de supervisores no tuvieron en cuenta el fallecimiento del joven

maoísta y acudieron a trabajar. Los obreros continuaron la huelga y ocuparon la fábrica a finales de la mañana[1464]. Luego se llegó a un acuerdo entre dirección y sindicatos por el que se desalojó la planta, desoyendo por completo la exigencia de los maoístas de que se volviese a ocupar[1465]. Según la policía, la huelga prosiguió con calma y de forma más convencional[1466]. El 17 de junio se realizó una votación secreta en la que 4.811 trabajadores estuvieron a favor de regresar a sus puestos frente a 3.456 en contra[1467]. Al parecer, el 20 de junio Flins ya había vuelto al pleno funcionamiento con la ayuda de esquiroles extranjeros[1468]. La CFDT intentó desencadenar un nuevo movimiento para «protestar por el despido de dos trabajadores que no eran del agrado de la dirección por su comportamiento durante la huelga», pero la policía aseguró que ese nuevo piquete no detuvo la vuelta al trabajo[1469].

El mismo día que Tautin se ahogó, los CRS mataron de un tiro a un huelguista de 24 años e hirieron mortalmente a otro trabajador de la gigantesca planta de Peugeot de Sochaux (Doubs). Según la policía, a principios de junio la mayoría había votado volver al trabajo, pero «los que estaban en minoría se encerraron en la fábrica tras soldar las puertas de entrada, aduciendo que la votación no era representativa, ya que gran número de huelguistas no habían participado»[1470]. De nuevo, las autoridades se mostraron especialmente interesadas en hacer valer la «libertad» de trabajar[1471]. Las fuerzas del orden ofrecieron varias lacónicas explicaciones de la primera muerte de Sochaux:

> Los agentes apartaron a los huelguistas que formaban el piquete que bloqueaba la entrada. Esa mañana algunos individuos obstinados provocaron refriegas y enfrentamientos durante los cuales un trabajador resultó muerto[1472].

> Entre las 2:45 y las 6:00 de la mañana, la policía dispersó a los piquetes que guardaban la entrada. La operación se caracterizó por los combates entre huelguistas y policía. Un agente resultó herido de levedad. Esta mañana continúan dos barricadas dentro de la planta. Tres mil técnicos, ejecutivos y supervisores han vuelto al trabajo, pero no así los trabajadores. A las 9:50 de la mañana la situación degeneró hasta convertirse en una lucha de barricadas en la que hubo numerosos heridos. Un trabajador murió[1473].

La muerte enfureció a los trabajadores, sobre todo a los más jóvenes, que apedrearon y destrozaron el elegante hotel Peugeot que hacía las veces de

jefatura de policía[1474]. El 12 de junio, 136 personas —101 manifestantes y 35 policías— resultaron heridas. Dieciocho sublevados fueron hospitalizados, junto con dos policías en estado grave. «[La policía nacional] lamentamos además otra muerte accidental [de un trabajador]»[1475]. Los sindicatos intentaron, al parecer con éxito, recuperar el control de los suyos, pero la huelga de Sochaux continuó incluso después de que las plantas de Renault (a excepción de Flins) volvieran al trabajo[1476]. El que muriesen obreros y estudiantes en fábricas automovilísticas en huelga destacó una vez más la importancia real y simbólica del coche a lo largo de todos los sucesos de Mayo del 68. La destrucción de automóviles marcó el principio de la revuelta estudiantil de París y ejemplificó el ataque a la sociedad de consumo; la interrupción de la producción de coches dio inicio a las huelgas de la región de París, y la reimplantación del suministro de gasolina a finales de mayo y principios de junio inauguró la fase de retorno a la normalidad. Por último, las muertes de los dos obreros del sector automovilístico y de uno de sus más fervientes seguidores estudiantiles mostraron la determinación del gobierno de conseguir que los asalariados volviesen al trabajo. El Estado quería demostrar que había sido capaz de controlar las calles y apaciguar las fábricas, mientras que sus opositores radicales hicieron un último intento desesperado por mantener en marcha la ola de huelgas del sector de la automoción.

Las organizaciones que afirmaban representar a la clase trabajadora reaccionaron con relativa calma a las muertes. Temiendo los efectos adversos que podría tener en la opinión pública una enorme manifestación durante la campaña electoral, la CGT solo convocó un paro laboral breve y en buena medida simbólico[1477]. La moderación de la CGT tras las muertes de Flins y Sochaux impresionó a las autoridades favorablemente[1478]. La policía observó que hasta la CFDT quería ahora «jugar un papel moderador» y ya no intentaba superar a su principal rival[1479]. FO y CFTC mostraron una actitud discreta, como de costumbre. Para protestar contra la represión de los CRS y el intento del gobierno «de imponer una dictadura militar», los dos grandes sindicatos (CGT y CFDT) decidieron convocar una huelga de una hora para el miércoles 12 de junio. La policía valoró la respuesta de las confederaciones como «calmada y dirigida a contener la reacción de las bases». Tal vez estas

notaran la tibieza de sus líderes; en cualquier caso, la huelga no parece haber tenido gran seguimiento[1480]. Casi todos, incluidos algunos *gauchistes*, ya eran conscientes de que la violencia alejaba mucho a la opinión pública. La CGT no hizo ningún intento de resucitar la coalición contra la represión que había animado a la oleada de huelgas con posterioridad al 13 de mayo. El nivel de contención del sindicato contrastó fuertemente con las masivas protestas que en 1962 había organizado tras las muertes de Charonne al final de la guerra de Argelia. No obstante, las muertes y la represión de 1968 provocaron la ira y violencia de trabajadores y estudiantes. La UNEF, los comités de acción de los liceos, el SNESup, el Movimiento 22 de marzo y la CDFT convocaron una manifestación para el 11 de junio. Según la policía, «las organizaciones estudiantiles, y en especial la UNEF, están aprovechándose en gran medida de la muerte de G. Tautin para reanudar las manifestaciones violentas»[1481].

De acuerdo con cálculos policiales, varios miles de personas protestaron por la muerte de Tautin en el Boulevard Saint-Michel la noche del 10 de junio[1482]. Durante esa noche y la siguiente (11-12 junio), la policía se enfrentó a jóvenes manifestantes que, al parecer, eran en su mayoría trabajadores, no estudiantes[1483]. Las muertes de Tautin y de los trabajadores de Sochaux (Henri Blanchet y Pierre Beylot) marcaron un cambio en la táctica policial. Antes de mediados de junio, las fuerzas del orden se aseguraban de asignar suficientes hombres para controlar las marchas autorizadas y dispersar las que no estaban permitidas. Ahora querían impedir cualquier movilización ocupando ellos masivamente las calles[1484]. En el intento de evitar el «círculo vicioso de represión-protesta», adoptaron una estrategia de espera tras la que intervenían violentamente para atacar y dispersar a los manifestantes más comprometidos[1485].

La Última Noche de las Barricadas del Barrio Latino comenzó el 11 de junio. A diferencia de sus predecesores de 1848, los insurgentes parisinos de 1968 nunca contaron con presencia estable en la margen derecha[1486]. Tampoco ardieron los *banlieues*, como ocurriría después en la década de los noventa. A los jóvenes militantes, tal vez unos 3.500, no les bastaron las consignas del tipo «no a los funerales, sí a la revolución» y «abajo el Estado policial», sino que arrojaron numerosos cócteles molotov y toda clase de

proyectiles mientras construían al menos nueve barricadas[1487]. Según las autoridades, una de las más peligrosas en potencia era la que levantaron en la intersección de Maine-Vaugirard[1488]. Allí los manifestantes, dirigidos por líderes con *walkie-talkies*, aguardaron la llegada de los gendarmes e inutilizaron los *buldóceres* policiales al prender fuego a cientos de litros de gasolina y fueloil[1489]. «El carburante se extendió por toda la calle y continuaba ardiendo conforme caía por las alcantarillas»[1490]. Los combatientes callejeros hostigaban a los agentes con tirachinas, y estos —que todavía tenían órdenes de no usar sus armas de fuego— respondían arrojándoles de nuevo las piedras[1491]. Los sublevados intentaron impedir que un camión de bomberos apagara el fuego, lo que aumentó la preocupación de que pudiera explotar una gasolinera cercana. La escena inquietó tanto a los residentes del distrito catorce que ayudaron a las fuerzas del orden, quienes dejaron constancia de que «por primera vez» los transeúntes del Barrio Latino criticaban a los estudiantes y apoyaban a la policía[1492]. Un comisario escribió que, en el distrito quince colindante, la sede de UDR fue saqueada y quemada: «Un gran fuego, alimentado con documentos, muebles, etc., llameaba en medio de la calle»[1493]. Los incendiarios se arriesgaron a provocar una catástrofe, pero los bomberos pudieron intervenir con eficacia. Los incendios de la Última Noche de las Barricadas pusieron en peligro tanto la seguridad pública como los derechos de propiedad[1494].

Los manifestantes causaron daños a 75 coches, saquearon diez vehículos policiales y atacaron cinco comisarías, dos de las cuales ardieron. Como siempre, el principal objetivo parece haber sido, por su localización estratégica, la comisaría del quinto *arrondissement*, que fue asaltada por cientos de sublevados que rompieron los cristales de las ventanas, hirieron a cinco policías y quemaron casi una docena de vehículos oficiales que había aparcados delante[1495]. A la policía le resultó «muy difícil» derribar una barricada de la Rue Saint-Jacques, cerca de la Sorbona. Los bomberos advirtieron a las fuerzas del orden que no lanzaran granadas de gas lacrimógeno por miedo a que se desatara un incendio en la universidad. Un buldócer consiguió capear la lluvia de cócteles molotov y finalmente pudo arrasar la barricada a las 7 de la mañana del 11 de junio. Los *pétroleurs* o

pétroleuses, que recordaban a los últimos días de la Comuna, obligaron a los bomberos a intervenir quince veces[1496]. La policía observó que unos cuantos habitantes de pisos de la zona, angustiados, actuaban de francotiradores contrarrevolucionarios disparando e hiriendo a dos manifestantes. Estos cortaron «25 espléndidos árboles históricos»[1497], lo que demuestra que la ecología nunca estuvo entre las prioridades de esos constructores de barricadas. La policía informó de 72 agentes heridos (47 de los cuales fueron hospitalizados), y detuvo a casi 1.500 manifestantes[1498]. El número de no estudiantes (729) era ligeramente mayor que el de los que sí lo eran (718). De nuevo los asalariados jóvenes y militantes fueron atraídos al terreno estudiantil. Pese a la afirmación de un agente de que muchos sublevados eran «bandidos de barrios pobres y lejanos», muy pocos de los detenidos (36) tenían antecedentes policiales[1499]. Los extranjeros formaban el 11% de los prendidos. En puestos de primeros auxilios del refugio estudiantil de la Sorbona atendieron a algunos de los casi 200 manifestantes heridos[1500].

El gobierno reforzó su estricto control de los medios. Prohibió las retransmisiones en directo e instó a las principales emisoras de radio a que dejasen de emitir antes de que estallara buena parte de la violencia[1501]. Según las autoridades, cuando los ciudadanos se enteraron de los enfrentamientos, muchos reaccionaron negativamente a lo que consideraban la violencia gratuita de los desórdenes revolucionarios[1502]. La policía, parte interesada, dijo que la opinión pública culpaba a los «alborotadores» de la violencia, y destacó con precisión que *L'Humanité* llevaba en primera página el retorno al trabajo en Dassault, mientras que los incidentes de Flins iban en la octava[1503]. Los *gauchistes* notaron que «París estaba contra nosotros»[1504]. A los conductores, muchos de ellos asalariados, les volvió a horrorizar la destrucción de vehículos. Un activista sindical pensaba que la quema de coches «a quien más espantaba era a los nuestros [...] Cada vehículo incinerado eran 10.000 votos más para el general»[1505]. Muchos empezaron a identificar a los exaltados con una fuerza de la naturaleza primitiva y destructiva. La policía recibió una carta bastante mal escrita de un informante anónimo que creía que «el Movimiento 22 de marzo va a invadir el Jardin des Plantes y a abrir las jaulas de los animales»[1506].

Ese sentir no era unánime, por supuesto. Cuando los médicos del hospital Beaujon reconocieron a diez manifestantes que habían resultado heridos en las *interpellations* de Flins, insultaron a los agentes de policía llamándoles «SS»[1507]. Luego dejaron subrepticiamente en libertad a dos de los heridos. Los agentes se vengaron robando 850 francos a uno de los pacientes. La policía trataba a veces con brutalidad a los periodistas acreditados, sin hacer caso a la supuesta protección que les ofrecían los brazaletes que llevaban[1508]. Altos mandos policiales reconocieron que la agresión a un reportero de Europe One había estado «totalmente injustificada» y había ido en contra de las órdenes. No obstante, excusaron a sus hombres afirmando que estaban siendo atacados con «bombas caseras y cócteles molotov» desde los tejados del corazón del Barrio Latino (Place E. Rostand)[1509].

Los profesores Monod y Jacob, dos de los galardonados con el Premio Nobel que previamente habían apoyado a los manifestantes, criticaron la «mentalidad de barricadas» de los estudiantes[1510]. Semanas de huelgas y disturbios habían minado el consenso antirrepresor de mediados de mayo, y algunos sectores de la opinión pública antes liberal estaban dispuestos a aceptar la necesidad de que se aplicara la represión para restaurar el orden. Ese cambio de opinión sin duda contribuyó a la victoria de la derecha en las elecciones de finales de mes. En los días previos a la Última Noche de las Barricadas, la policía informó de que se habían arrojado cinco cócteles molotov contra la comisaría del distrito catorce; una carga plástica explotó en la oficina de uno de los organizadores de la manifestación de los Campos Elíseos, y la sede del Barrio Latino del gaullista de izquierdas, Capitant, sufrió daños. Según las fuerzas del orden, los invasores rompieron carteles, arrancaron cables telefónicos, destrozaron una máquina de escribir y estropearon la puerta[1511].

Hubo mandos policiales que, de manera bastante inverosímil, culparon de los sucesos de mayo y junio a una conspiración de *groupuscules* internacionales, en especial el JCR y el alemán SDS[1512]. Los servicios de inteligencia de la policía siempre estaban al acecho de grupos subversivos, cuyo descubrimiento y captura justificaban su existencia burocrática. Además, poner el foco en esa teoría de la conspiración desviaba la atención del comportamiento de la policía y tendía a excusar su brutalidad contra

revolucionarios «profesionales» o extranjeros. Los mandos hicieron hincapié en el papel fundamental de «minorías activistas» de ideología trotskista en las manifestaciones[1513]. JCR y FER «tuvieron un papel central y proporcionaron escuadrones compactos y armados que construyeron barricadas y provocaron deliberadamente a la policía». Solo París, y no las provincias, vivió un «paroxismo de violencia» porque solo en la capital contaban esos grupúsculos con el número suficiente de militantes. El 14 de mayo se detuvo a cuatro alemanes que llevaban peligrosos productos químicos con los que producir explosivos y artilugios incendiarios. El 21 de mayo, en Saulieu (Côte d'Or), se requisaron las ametralladoras y pistolas de seis miembros del servicio de orden de la Sorbona. La policía sospechaba que un periodista alemán próximo al JCR fabricaba bombas y cócteles molotov[1514].

El 11 de junio, *Le Monde*, antes favorable al movimiento estudiantil, denunció la «ceguera destructiva» de los manifestantes, la deriva de la Sorbona y la presencia en ella de *katangais*[1515]. Estos, que tal vez fueran en total varias docenas, ejercían de *service d'ordre* de la Sorbona. Habían estado a menudo en primera línea de la rebelión, pero por su violencia y falta de ideología muchos estudiantes se distanciaban de ellos[1516]. Los *katangais* tomaban su nombre de su anterior condición de mercenarios en África, a pesar de que la policía afirmase que eso no era más que «una leyenda sin fundamento»[1517]. Las autoridades los tildaban de matones e identificaron que uno de sus líderes, Christian Maricourt, había desertado de la Legión Extranjera[1518]. Los *katangais* también jugaban con fuego. Antes de finales de mayo, los informantes policiales relataron que habían llevado más de 350 litros de gasolina a la universidad y amenazaban con prenderles fuego si tenían que enfrentarse a un posible ataque policial o gaullista[1519]. Tales tácticas defensivas preocupaban al comité nacional de la UNEF. La mañana del 14 de junio, la policía dejó constancia de que sus compañeros de encierro habían expulsado a los últimos 50 *katangais* (que habían llegado a ser 150) después de que amenazaran al director de la enfermería, el profesor Francis Kahn[1520]. El doctor Kahn era un conocido partidario del movimiento que había acusado públicamente a la policía de usar gases muy tóxicos y peligrosos[1521]. Antes de la expulsión de los *katangais*, hubo peleas entre

ellos y sus adversarios estudiantiles: «Estas refriegas degeneraron en combates en los que reinaba la confusión, con persecuciones por los pasillos e intercambios de granadas y cócteles molotov que rompieron ventanas. Los bomberos tuvieron que apagar unos cuantos fuegos. Finalmente, los últimos *katangais* fueron expulsados por la fuerza».

El teatro Odéon también empleaba un servicio que venía a ser el equivalente de los *katangais* de la Sorbona. Según las autoridades, «unos treinta hombres, la mayoría antiguos convictos, formaron un comando de intervención rápida (CIR). Vivían aislados de los demás y [...] solo se movían de noche, haciendo uso de "ambulancias" en las que transportaban a falsos heridos y enfermeras»[1522]. El Odéon fue desalojado la mañana del 14 de junio. Por su historial de conflagraciones, la policía recomendó que también participasen los bomberos[1523]. De hecho, tan grande era el miedo al fuego que la policía repitió una nueva versión de la Operación Zigzag a mediados de junio, cuando los mandos ordenaron que se interrogase a todos los jóvenes que fueran en grupos de dos o tres para comprobar si llevaban cócteles molotov[1524]. A las 7:30 de la mañana, la policía, con órdenes de interceptar a miembros del CIR o *katangais*, rodeó el teatro. Durante las negociaciones que siguieron, el prefecto aseguró a los ocupantes que solo aquellos que llevasen armas serían detenidos. A las 9:30 empezó la evacuación, que continuó sin incidentes hasta las 10:15. La policía cacheó a los ocupantes, la mayoría de los cuales «parecían *beatniks*». De un total de 209 desalojados, a 132 se los dejó en libertad; 76 (68 hombres y ocho mujeres) fueron interrogados y luego se les permitió marchar[1525]. Sesenta de los interrogados eran estudiantes franceses, y 15, de origen extranjero, un porcentaje relativamente alto que tal vez fuera señal de la discriminación de la policía o de una mayor integración de foráneos en el movimiento. Las fuerzas del orden encontraron el principal auditorio «bastante bien». «En contra de lo que esperábamos, no había ningún arsenal de armas en el tejado, a excepción de un cóctel molotov»[1526]. Sin embargo, en el interior encontraron algunas armas ligeras (cuchillos, palos, cadenas, cócteles molotov, granadas, etc.), dos escopetas de aire comprimido, dos de caza y gran cantidad de medicamentos. Añadió un comisario: «Las taquillas habían sido saqueadas, los pasillos estaban llenos de porquería y los camerinos destrozados»[1527].

La policía, que pensaba que el desalojo del Odéon mostraría a la opinión pública que el gobierno estaba con firmeza al mando de la situación, dejó constancia de que no se produjeron acciones callejeras importantes en contra de esa evacuación[1528]. La explosión de una bomba en una comisaría del distrito quinto fue la única señal de protesta. La tarde del domingo 16 de junio, las fuerzas del orden consideraron que era el momento de desalojar la Sorbona[1529]. Encontraron varios cócteles molotov en el primer piso y tres granadas de gas lacrimógeno y otras tres ofensivas en el sótano[1530]. Los ocupantes no dañaron las puertas exteriores de la universidad, pero se quedaron las llaves de recuerdo[1531]. Según el Ministerio de Interior, hicieron un uso tan indiscriminado de bienes estatales, y sobre todo del teléfono, que las autoridades universitarias y PTT habían decidido cortar el servicio[1532]. Los edificios de la Sorbona estaban invadidos por las ratas y apestaban a orina podrida[1533]. Su ocupación dejó diez millones de francos en daños. De las 202 personas que había dentro, 190 se marcharon por voluntad propia, siete fueron detenidas por posesión ilegal de armas y cinco para comprobar su identidad. A diferencia de lo ocurrido en el Odéon, según cálculos policiales 2.500 personas se congregaron casi de inmediato para protestar contra la operación[1534]. Pese a la negativa de la UNEF de refrendar las acciones callejeras y la prohibición oficial de que hubiese más manifestaciones, se produjeron siete refriegas en el Barrio Latino en las que estuvieron implicadas cientos de personas en las noches siguientes al desalojo de la Sorbona[1535]. De los 236 detenidos, el 87% (205) eran hombres, y el 13% (31), mujeres[1536]. El 87% tenían más de 21 años. El 60% (148) no eran estudiantes, cifra casi idéntica a la de la principal Noche de las Barricadas. Un porcentaje significativo, el 14% (33 personas), eran extranjeros[1537]. Solo dos de ellos, sin embargo, eran mujeres. Entre los no franceses, la militancia era por lo general cosa de hombres.

Algunos ocupantes de la Sorbona, entre ellos unas pocas docenas de los *katangais* que quedaban, consiguieron escapar de la policía y refugiarse en Censier. Según fuentes del Ministerio del Interior, muchos de esos refugiados, en especial diez miembros del comité de intervención rápida del Odéon, fueron considerados «indeseables» por los estudiantes de Censier,

que habían elegido un comité para decidir si los admitían[1538]. La policía observó que, en ese bastión superviviente de militantes, «está operativo un estricto puesto de control del que se encargan unas jóvenes [...] Sin embargo, los estudiantes no han reorganizado el edificio para impedir que puedan ser expulsados por las fuerzas policiales»[1539]. En Bellas Artes, «por el contrario, numerosos estudiantes (1.500 durante el día) mantienen permanentemente la ocupación. El control es estricto en la entrada, y solo dejan acceder a estudiantes de Bellas Artes, a excepción de aquellos que son contrarios políticamente a la UNEF»[1540].

En el resto de instituciones que seguían ocupadas, los rumores que corrían constantemente de inminentes asaltos policiales hizo aún más fuerte el apoyo estudiantil a los izquierdistas. Los ocupantes se prepararon para defenderse del gas lacrimógeno y planearon rutas de escape por los tejados. En la Facultad de Derecho de la Rue Assas se celebraron unas elecciones que dieron al comité de huelga *gauchiste* una abrumadora mayoría[1541]. Y no es que fuera un caso aislado. En la Facultad de Ciencias (Halle aux vins) el comité de huelga izquierdista obtuvo el 65% de los más de 6.000 votos. Según las fuerzas del orden, las tendencias moderadas y de derechas recibieron menos del 33%[1542]. La policía planeó una operación nocturna (llamada Obélix) para desalojar esa *faculté*[1543].

Bellas Artes se desalojó el 26 de junio. A primera hora de la mañana, la policía detuvo a 96 personas dentro del edificio y a otras 40 en el exterior[1544]. El porcentaje de mujeres (31%) fue bastante elevado, lo que quizá sea reflejo del número relativamente grande de estudiantes femeninas matriculadas en ese centro. El número de no estudiantes era igual al de estos. El 13% de los interrogados eran extranjeros. Al parecer, las fuerzas del orden se vengaron en especial de los que habían difundido visualmente el pegadizo eslogan de «CRS = SS». El airado comité de huelga de Beaux-Arts condenó en rueda de prensa a la policía, que había lanzado «un ataque nocturno sorpresa, echado a los miembros del comité de los despachos, disparado granadas al patio y jardines, repartido copiosos golpes y saqueado los talleres»[1545]. El comité de estudiantes vino a decir que la policía se comportaba de un modo más destructivo que cualquier exaltado que escapaba

al control de la UNEF. Amenazaron con denunciar a las autoridades responsables de detener «abusivamente» a estudiantes en el correccional de Beaujon.

Al enterarse de la caída de Bellas Artes, Censier y la Facultad de Medicina reforzaron la vigilancia y pusieron en alerta a sus comandos armados. Los vigías de los tejados estaban provistos de cubos llenos de adoquines[1546]. Un camarero yugoslavo informó a la policía de que iban a llevar armas a ambos lugares[1547]. Ciencias fue desalojada el 29 de junio, y sus banderas negras y rojas, arriadas[1548]. La Facultad de Derecho de la Rue Assas, donde la influencia anarquista era evidente (era uno de los pocos centros en que había más banderas negras que rojas), fue vaciada el 1 de julio[1549]. Dos informantes de la policía, que eran profesores de la Facultad de Medicina, comunicaron que algunos de los ocupantes de la de Derecho y su apoyo logístico —que incluía armas ligeras, cócteles molotov, adoquines y explosivos caseros— habían conseguido introducirse en Medicina[1550]. En esta facultad había al menos 30 no estudiantes que se habían apoderado del laboratorio y sus peligrosos productos químicos[1551]. Resulta apropiado que Censier también fuera uno de los últimos bastiones del movimiento de ocupación. Doscientas personas, entre ellas varias prostitutas y tantos mendigos como estudiantes, continuaban dentro[1552]. Mantenían izadas cuatro banderas rojas que ondeaban desafiantes, y atacaban a los derechistas que se aventuraban a acercarse al vecindario[1553]. Según la policía, los ocupantes de Censier, algunos armados con cócteles molotov fabricados allí mismo, eran responsables de ataques nocturnos a vehículos policiales[1554]. Sus intentos de quemar unos cuantos coches que estaban aparcados cerca de esa facultad hicieron que los bomberos acudiesen a aquel escenario antes de que finalmente cayera el 6 de julio.

Puede que la ocupación universitaria más destructiva fuese la de Nanterre. Las autoridades afirmaron que, antes de que se le pusiera fin el 2 de julio, «la cafetería fue saqueada (rompiendo puertas y destruyendo las cafeteras eléctricas) [...] El salón de conferencias B sufrió graves daños y fue objeto de numerosas pintadas. Se robaron muchos libros de la biblioteca y se destrozaron varias aulas»[1555]. A la policía le escandalizó que, durante la

ocupación de Nanterre, «norteafricanos de los *bidonvilles* vecinos pudieran entrar libremente, mientras que los europeos tenían que identificarse» ante un grupo de estudiantes de liceo y de universidad provistos de cascos y barras de hierro[1556]. Ya antes de que terminara la ocupación, el ministro de Educación había decidido cerrar todas las residencias de Nanterre menos una[1557]. Sin embargo, el director de alojamientos le advirtió de que cerrarlas tal vez llevara al «desastre»: «La marcha de estudiantes podría ir acompañada de la destrucción sistemática de los edificios y su mobiliario [...] No se debería castigar a 1.000 residentes por los actos de 100 o 200 fanáticos chillones a los que deberíamos expulsar, al menos en parte, en el caso de que pidan ser readmitidos». A mediados de mayo, la administración se dio cuenta de que la construcción de las residencias de Nanterre había sido un error, pero no quiso cerrarlas por miedo a provocar motines y carecer de suficiente sitio para alojar a sus ocupantes: «La oficina de alojamiento de París solo puede proporcionar unas 7.000 habitaciones. La eliminación repentina de 1.000 habitaciones probablemente produzca disturbios»[1558].

La policía abandonó Nanterre a su radical suerte, pero por todas partes fue efectiva a la hora de demostrar la determinación del Estado de mantener el orden. Las turbulencias de Mayo del 68 fortalecieron la opinión de que debía haber una mayor centralización. Según un alto cargo de la administración, «los sucesos de mayo han demostrado que no se debe cuestionar la autoridad centralizada del prefecto y su absoluta responsabilidad de mantener el orden»[1559]. La policía intentó por todos los medios controlar las paredes de la capital y pidió que se prohibieran los grafitis. En siete lugares del distrito sexto se arrancaron carteles ofensivos con el Estado. «CRS = SS» (figura 8) y «La policía os habla cada noche a las 8» (la hora de emisión de las noticias de la noche; véase la figura 14) fueron retirados rápidamente de la vista del público[1560]. No sorprende la distribución geográfica de los carteles: 21 de un total de 54 estaban en los distritos quinto y sexto, pero también se encontraron seis en el veinte y en el dieciocho, de clase obrera. Cuatro estaban pegados en el barrio industrial de Asnières[1561]. Así pues, los repartidores hicieron el esfuerzo de no predicar a los conversos. Dos militantes que pegaron una imagen de Hitler con el símbolo gaullista de la cruz de Lorena en la comisaría del distrito doce fueron detenidos[1562]. Se

interrogó a docenas de vendedores ambulantes de la izquierdista Action[1563]. Lo mismo le ocurrió a dos activistas del grupo ultraderechista Action Française que pegaban carteles[1564].

FIGURA 14. «La policía os habla cada noche a las 8»

Del 11 al 13 de junio, el gobierno adoptó rigurosas medidas legales.

Prohibió cualquier manifestación durante las semanas previas a las elecciones y desempolvó una ley de 1936 de la que el gobierno del Frente Popular se había valido para ilegalizar organizaciones de extrema derecha. Esta vez, sin embargo, el gobierno disolvió grupos izquierdistas, entre ellos el Movimiento 22 de marzo, JCR, FER, CLER y la organización maoísta a la que pertenecía Gilles Tautin[1565]. También expulsó del país a todos los extranjeros que habían sido detenidos por la policía durante las protestas. Entre el 24 de mayo y el 6 de junio, la policía deportó a 183 personas «conocidas por su activa participación en las manifestaciones francesas»[1566]. Entre ellas había 32 argelinos, 22 alemanes (incluidos 12 miembros del SDS), 20 portugueses, 17 españoles, 15 italianos, ocho británicos, cinco norteamericanos, cinco holandeses y ocho del «África negra de habla francesa»[1567]. Los norteafricanos destacaban más en las protestas callejeras que en las huelgas, aunque no está claro si eso era resultado de su asimilación o de su alienación. Destacados artistas —Casson, Ragon, Bazaine, Soulages, Hellion— protestaron en el Ministerio del Interior por la expulsión de artistas extranjeros[1568]. Los estudiantes de fuera, incluso los apolíticos, fueron especialmente víctimas de los «sucesos», ya que las huelgas retrasaron el pago de sus becas y dejaron a muchos momentáneamente en la miseria.

El Movimiento 22 de marzo criticó la pasividad de la izquierda parlamentaria ante las prohibiciones impuestas por el «Estado fascista»[1569]. La CGT y el PCF se negaron a condenar la ilegalización de las organizaciones *gauchistes*, y *L'Humanité* hizo caso omiso de la cuestión[1570]. Tal vez para ganarse la neutralidad de los comunistas, el gobierno no prohibió a su grupo juvenil, la UEC. Alain Krivine señaló que solo organizaciones vinculadas al «internacionalismo proletario», y no grupos estudiantiles como la UNEF, fueron ilegalizados[1571]. Los informantes relataron que la negativa del PCF a protestar por los interdictos enfureció a los estudiantes de Nanterre que eran miembros del 22 de marzo[1572]. Reaccionaron con fuego quemando los carteles del partido. «Impresionados por el tamaño de la conflagración —informó la policía—, el personal administrativo de Nanterre intervino, hasta que al final los estudiantes apagaron las llamas ellos mismos». Cohn-Bendit, que había vuelto al país

ilegalmente, se dio cuenta del nuevo clima existente y se marchó discretamente a Alemania. Los sacerdotes y pastores de la Iglesia que eran afines a los radicales fueron de los pocos que se quejaron de la prohibición de los movimientos izquierdistas[1573]. Guy Mollet, que como primer ministro socialista durante la guerra de Argelia conocía bien la represión, pensó que la decisión de la administración no era acertada, pese a que criticaba la violencia de unos grupúsculos que, según él, solo conseguían que el apoyo al gobierno fuese mayor.

A mediados de junio, las autoridades informaron de que algunos grupos de extrema izquierda —el 22 de marzo, Soutien aux Luttes du Peuple (maoísta) y varios comités de acción— habían desconvocado una manifestación que iba tener lugar en la Plaza de la República[1574]. Sin embargo, no pudieron difundir ampliamente la noticia de la cancelación, por lo que 364 personas se congregaron allí para protestar. La policía los detuvo a todos y los llevó al correccional de Vincennes «para identificarlos». Entre el 14 y el 16 de junio, el Ministerio del Interior ordenó al menos 50 registros distintos en las sedes de las organizaciones *gauchistes* o en las casas de sus líderes[1575]. «Se requisaron numerosos documentos y se interrogó a 40 personas, una de las cuales fue detenida»[1576]. Entre las decenas de prendidos, había repartidores de un panfleto que pedía que los soldados se sublevaran, tres estudiantes de Bellas Artes que intentaban revivir el Movimiento 22 de marzo y cinco *katangais* armados, tres de los cuales fueron encarcelados por robo y asalto. El 16 de junio, Alain Krivine y su esposa fueron detenidos. Ella fue puesta en libertad, y él, encarcelado por intentar «reorganizar una organización ilegalizada»[1577]. Del 24 de mayo al 12 de junio las autoridades iniciaron 55 investigaciones sobre gran variedad de infracciones: posesión y transporte de armas, provocación de incendios, uso de explosivos, robos, saqueos, destrucción de bienes y ataques a agentes. Basándose en esos cargos, la fiscalía procesó a 41 personas. El ministro de Interior quería seguir todas las pistas y encargó a los prefectos que le proporcionasen nombres de anarquistas, maoístas, trotskistas y castristas[1578]. Sorprendentemente, la policía supo encontrarle un lado positivo a las protestas, y reconoció que en mayo se había producido «una notable disminución del número de delitos allí donde las acciones revolucionarias y las manifestaciones fueron más

importantes». En París, Lyon, Burdeos y Rouen, el número de delitos cayó en un 10%, lo que la policía atribuyó a que «los elementos asociales estaban implicados en las manifestaciones»[1579].

En sentido inverso, el régimen toleró las actividades de grupúsculos de extrema derecha como Occident para consolidar el bloque del orden. El 7 de junio, el general Massu se reunió con Pompidou para pedirle una amplia amnistía para los oficiales que habían cometido actos subversivos contra la República durante la guerra de Argelia. El comandante de las fuerzas francesas en Alemania argumentó con alarmismo que esos hombres podrían ser necesarios en caso de «una nueva guerra civil en la metrópoli»[1580]. El sábado 8 de junio, a Georges Bidault —miembro de la Resistencia, antiguo ministro de Exteriores y líder de la Democracia Cristiana que estaba relacionado con el OAS— se le permitió que volviera a París. El 15 de junio, el gobierno puso en libertad a 11 antiguos oficiales del OAS, algunos de los cuales habían estado implicados en intentos de asesinato contra el propio De Gaulle. El general Salan, antiguo dirigente del OAS, salió de la cárcel en que cumplía cadena perpetua. *Le Canard enchaîné* bromeó con que había enviado a Dany el siguiente telegrama: «Gracias, Cohn-Bendit, de Salan»[1581]. La derecha nacionalista agradeció los indultos; al fin y al cabo, «libertad para Salan» había sido una de sus consignas en la contramanifestación del 13 de mayo que casi pasó desapercibida.

Los periódicos de izquierdas se indignaron[1582]. Mandos policiales citaron un titular de *L'Humanité*: «Gran reconciliación del gaullismo y OAS». *Combat* escribió en tono hiperbólico que «la puesta en libertad del dirigente de OAS es el precio que el presidente ha de pagar al ejército por mantenerlo en el poder». Según un boletín policial, la liberación de terroristas menos conocidos como pierre Fenoglio, responsable del asesinato del alcalde socialista de Évian, provocó fuertes protestas de toda la izquierda[1583]. El gobierno había conseguido cerrar de momento las divisiones que la derecha heredara de la guerra de Argelia. Para algunos, junio de 1968 recordaba al gaullismo de 1957-1958, cuando el movimiento estaba fervientemente unido a Algérie Française[1584]. La alianza gaullista con la ultraderecha, sin embargo, reveló el fracaso de uno de sus objetivos más ambiciosos: superar la tradicional división izquierda-derecha en la política francesa. El *gaullisme de*

gauche siguió a la defensiva.

Los radicales reaccionaron con temor al cambio del panorama político. Se quejaron de que el gobierno hubiese puesto en libertad a «esos fascistas, Salan y Bidault», y hubiera dado luz verde al terror de extrema derecha[1585]. El Comité de acción de Vincennes acusó específicamente al Estado de crear «un campo de concentración» en esa localidad, en la que 1.500 estudiantes eran retenidos e interrogados antes de ser puestos en libertad[1586]. Alain Geismar denunció «el acercamiento a los fascistas [...] que es el principio de algo nuevo. El fascismo es ahora parte integral del aparato del Estado y de la Quinta República»[1587]. Como confirmación de esa interpretación (al menos en opinión de los estudiantes), alguien arrojó una granada a un piquete de huelga de Censier el 21 de junio a las 2 de la madrugada[1588]. Ese ataque produjo el reforzamiento de los servicios de orden en las instituciones parisinas que seguían ocupadas. Los estudiantes estaban convencidos de que lo había perpetrado Occident, pero el ataque podría haber sido una venganza por la paliza que diez *gauchistes* armados habían dado a unos vendedores ambulantes de *La Nation* gaullista[1589].

Las manifestaciones en favor de la vuelta al trabajo fueron ganando ímpetu. El 11 de junio, «varios miles de trabajadores y empleados de Citroën», muchos de los cuales puede que hubiesen firmado una petición en contra de la huelga al principio de los paros, marcharon por las calles de París gritando consignas como «derecho a trabajar», «liberad nuestras fábricas» y, en referencia a los ocupantes, «expulsad a la basura», según el diario conservador *Le Figaro*[1590]. La policía calculó que 5.000 de ellos terminaron la manifestación ante el Ministerio de Asuntos Sociales[1591]. Tres mil quinientos trabajadores de Renault fueron andando de París a Flins para mostrar su deseo de volver al trabajo. Dos mil empleados de SIMCA se movilizaron en Poissy, bastión de la «independiente» CFT (Confédération française du travail), para pedir que terminase su huelga[1592]. Según fuentes policiales, el 12 de junio 15.000 de los 17.000 trabajadores de SIMCA habían vuelto al trabajo[1593]. Ese mismo día, un grupo de Citroën que se denominaba «Derecho a trabajar» afirmó que 17.000 personas se habían manifestado contra «el desorden y la anarquía». Para la policía, el grupo solo contaba con

el apoyo de unos 8.000, pero era lo bastante dinámico para organizar movilizaciones a diario[1594]. En una compañía conocida por su antisindicalismo, Derecho a trabajar consiguió atraer a casi todos los supervisores y a un número considerable de trabajadores franceses y extranjeros que se habían afiliado a sindicatos de empresa y de derechas[1595]. En la ORTF, un Comité de acción cívica contra la huelga exigió el despido de conocidos periodistas como Sédouy, Harris y Labro, que habían contribuido a organizarla[1596]. Los *cadres*, hubieran apoyado la huelga en mayo o no, se convirtieron en junio en un grupo de presión para ponerle fin.

En tales circunstancias, la semana laboral del 10 al 15 de junio vio la terminación de los paros en la mayoría de las grandes empresas metalúrgicas de la región de París que las mantenían. La votación para decidir si se volvía al trabajo convocó a muchos más asistentes que la propia ocupación[1597]. En la fábrica de Dassault de Saint-Cloud, 2.000 de un total de 2.800 trabajadores acudieron a la reunión del 10 de junio en que se decidió poner fin a la huelga. El 14 de junio, las plantas de Sud-Aviation de Courbevoie, Nantes y Burdeos ya habían vuelto al trabajo[1598]. En Renault-Cléon (Seine-Maritime), al menos el 65% de los trabajadores votaron el 16 de junio a favor de reincorporarse a sus puestos. El 18 de junio, Renault se puso de nuevo en funcionamiento mientras tan solo una pequeña minoría insistía en continuar la huelga. El Ministerio de Asuntos Sociales consideró que el acuerdo de Renault, que ampliaba algunos de los logros de Grenelle, era un modelo apropiado para otras grandes empresas como la Citroën. Sin embargo, la dirección de esta se negó a hacer concesiones en cuestiones monetarias y de derechos sindicales, por lo que los trabajadores continuaron el paro[1599]. La policía pensaba que Citroën y Thomson-Houston se reincorporarían a la semana siguiente[1600]. En Assurances Générales de France, las confederaciones esperaban una oposición importante a su apoyo a volver al trabajo, pero consiguieron superarlo organizando rápidamente la votación y asegurándose de que los *cadres*, los empleados mejor pagados y los no huelguistas participasen en ella. El 18 de junio, el presidente de GIM informó de que «casi todas» las huelgas habían terminado y que solo un máximo de 75.000 trabajadores de un total de 750.000 continuaban los paros[1601]. La mayoría de esas huelgas ya

estaban solucionadas el lunes 24 de junio. A nivel nacional, en 48 departamentos el retorno al trabajo era total.

Casi todas las fuentes indican que los que siguieron en huelga eran jóvenes, y el hecho de que demorasen su reincorporación al trabajo se puede atribuir a una combinación de combatividad y de peso demográfico. La propensión de los jóvenes a participar en huelgas largas no fue, sin embargo, algo exclusivo de 1968, sino que ocurrió durante otras oleadas de paros como los de la primavera de 1936[1602]. En los años sesenta, como en los treinta, los jóvenes —relativamente recién incorporados a la mano de obra asalariada y libres de responsabilidades familiares— eran menos complacientes con la monotonía diaria del trabajo en la fábrica que sus mayores. La crítica del trabajo y el ataque a la acumulación de la labor que surgieron de la revuelta de los sesenta tenían, al menos en parte, un origen demográfico. El fuerte peso de los jóvenes en las plantillas tuvo como efecto que se prolongaran las huelgas de 1968. Los obreros de entre 15 y 24 años constituían aproximadamente una cuarta parte de la población trabajadora[1603]. A los jóvenes descontentos se les unieron los activistas de la CFDT y otros sindicatos que pensaban que los asalariados podían conseguir mayores mejoras. En una gran compañía de seguros nacionalizada, a los empleados les decepcionó que la empresa pudiese «recuperar» los días de huelga perdidos.

En la segunda mitad de junio, los beneficios que lograron los trabajadores de los sectores industriales más avanzados que habían iniciado las huelgas —aviación, electrónica y automoción— fueron admirables[1604]. Su disposición a continuar la huelga volvió su trabajo más valioso. La mayoría de asalariados de grandes fábricas metalúrgicas consiguieron una semana laboral más corta que la que se ofrecía en Grenelle sin reducción de sueldo. En la planta de Renault se mejoraron las condiciones de los que tenían los peores trabajos. Los empleados de aviación de Dassault Saint-Cloud ya no tuvieron que trabajar los sábados, con lo que se reinstauró el fin de semana libre de obligaciones laborales que el Frente Popular había instaurado tres décadas antes. Se mejoró el pago de las horas extras, y a los militantes sindicales se les compensaría por dedicar un número limitado de horas a sus deberes del sindicato. El modelo fue similar en los ferrocarriles nacionalizados. Los empleados consiguieron un aumento de sueldo del 11%, la semana laboral se

redujo de 46 horas a 44,5 a finales de año y el número de días de vacaciones pagadas se elevó de 26 a 28[1605].

La ola de huelgas fue el paso más importante para llegar a restablecer la semana de 40 horas, un objetivo fundamental de los sindicatos a lo largo de los siglos XIX y XX. Las reivindicaciones de los trabajadores en mayo y junio de 1968 iniciaron el descenso evolutivo de las horas laborables. En el acuerdo nacional del 13 de diciembre de 1968, los empresarios y sindicatos decidieron en principio volver gradualmente a la semana de 40 horas sin que se redujera el poder adquisitivo[1606]. Al empezar 1969, la mayoría de empleados de hospital ya solo trabajarían 40 horas. En el periodo subsiguiente a las huelgas, el SNCF, varias empresas metalúrgicas y algunos grandes almacenes se comprometieron a restablecer las 40 horas en un futuro cercano, como también lo hicieron los bancos y la administración de la Seguridad Social. Correos redujo su horario, con lo que los clientes tenían que llegar por la tarde antes de las 7 en vez de las 7:30, y antes del mediodía en lugar de a la 1 los sábados.

Las reivindicaciones que plantearon los trabajadores desde el principio de las huelgas obligaron a las empresas metalúrgicas a subir los sueldos de los empleados peor pagados más de lo que se había acordado en el protocolo de Grenelle. Según la CGT, las huelgas consiguieron el mayor aumento del salario mínimo desde su implantación en 1950[1607]. Las diferencias de sueldo entre los trabajadores parisinos y sus homólogos de provincias se acortaron, así como las de los trabajadores jóvenes con respecto a los más mayores. Los jóvenes, las mujeres (según la CGT, un tercio de los huelguistas) y los extranjeros se beneficiaron particularmente de esa reducción de las diferencias salariales. La CGT se congratuló de la participación de los inmigrantes en las huelgas y de sus grandes subidas[1608]. La federación afirmó además que en ciertos casos los sueldos de las mujeres —que cobraban de media un 36% menos que los hombres— y de los jóvenes casi se duplicaban. El PSU también alabó las «victorias sociales» de Grenelle[1609]. La subida salarial de la mano de obra fundamentalmente femenina de los principales grandes almacenes —Printemps, Galeries Lafayette y Bon Marché— osciló entre el 13% y el 35%[1610]. En otras empresas las mujeres consiguieron un trato especial; en alguna se concedió a las embarazadas una hora pagada de

descanso al día y un permiso de maternidad más largo, lo que los sindicatos llevaban años intentando obtener. En los bancos se les redujo la jornada a partir de los seis meses de embarazo. Algunas empresas les garantizaron el permiso pagado en caso de enfermedad de un hijo y el reembolso parcial de los gastos de guardería. Las mujeres contribuyeron al restablecimiento del fin de semana libre de obligaciones laborales al no tener ya parte de ellas que trabajar los sábados. La semana laboral de las enfermeras parisinas bajó de 45 a 42 horas[1611]. Los jóvenes y los extranjeros también se beneficiaron de determinadas mejoras. Algunas compañías redujeron la edad para poder votar en las elecciones sindicales de los 18 a los 16 años. En otras, los menores de 18 ganaron dos días adicionales de vacaciones pagadas. Cierto número de empresarios garantizaron a los inmigrantes que dispondrían de más tiempo que poder pasar en sus países de origen.

En consonancia con la preferencia de los asalariados de no recuperar las horas perdidas por la huelga, los sindicatos obtuvieron una compensación parcial por los días no trabajados. En otras palabras, los trabajadores de muchos sectores querían que se trataran los paros como si fuesen vacaciones pagadas[1612]. Era un escollo que había hecho que se prolongasen las huelgas en fábricas importantes[1613]. Fuentes del Ministerio del Interior revelaron que en Renault (Boulogne-Billancourt), el 24 de junio, 400 trabajadores del departamento de artillería «decidieron ponerse en huelga indefinidamente. Averiguaron que los *cadres* habían conseguido la compensación completa de los días de huelga y ellos querían lo mismo»[1614]. La mañana del 27 de junio, 300 operarios de Citroën dejaron de trabajar —«de un modo anárquico» en palabras de la policía— para protestar por la recuperación de horas perdidas[1615]. Las negociaciones a nivel nacional dieron legitimidad a su demanda de que se les compensaran los días de huelga. La Federación de metalurgia de la CGT afirmó que «por primera vez en Francia, a los trabajadores no los compensó el fondo de resistencia, sino sus propios jefes»[1616]. En la Dassault de Saint-Cloud, la dirección tuvo que pagar las facturas de la gasolina que se había repartido durante la ocupación. Los trabajadores ferroviarios se opusieron al acuerdo oficial con el SNCF que obligaba a recuperar la mitad del tiempo perdido en la huelga, pero, para su gran satisfacción, esa recuperación nunca ocurrió[1617]. En otros lugares —el

aeropuerto de París, PTT y quizá Citroën— la amenaza de una nueva huelga terminó con el intento de las direcciones de que se recuperasen las horas perdidas[1618]. Salvo algunas excepciones, por lo general el tiempo de huelga no se compensó en el sector público. Se pagaron como estaba planeado los dos días de fiesta que habían pasado (la Ascensión el 23 de mayo y Pentecostés el 3 de junio). Tras Mayo del 68, el número de días de vacaciones pagadas aumentó. En los meses posteriores a los hechos, el total de asalariados que se pudieron beneficiar de un plan de jubilación anticipada se triplicó de 50.000 a 150.000. Los trabajadores con antigüedad recibieron más vacaciones pagadas. La exigencia de contar con más tiempo libre era casi insaciable, pese a que el 85% ya disponían de cuatro semanas. En algunas empresas y sectores, los jóvenes obtuvieron una quinta semana.

Los estudiantes y otros revolucionarios no entendían lo importantes y variados que eran esos beneficios, y no dejaban de advertir de que la inflación los devoraría[1619]. En el enorme sector nacionalizado —SNCF, EDF-GDF, RATP, Charbonnages—, el gobierno se vio obligado a renunciar a las políticas con las que llevaba cinco años restringiendo los aumentos salariales. Según la CGT, los precios subieron para la familia trabajadora media del 3% al 4% en los últimos seis meses de 1968. Puede que la inflación se comiera un buen pedazo de los incrementos de sueldo, pero la competitividad internacional (al fin y al cabo, Francia era un miembro vital del Mercado Común) moderó posteriores subidas y fue responsable del aumento del poder adquisitivo. En cierto número de grandes empresas (Renault, Chausson, Thomson-Houston, etc.) los trabajadores manuales consiguieron el derecho a cobrar por meses en vez de por horas. Eso mejoraba los beneficios y las condiciones laborales, aseguraba a las embarazadas que cobrarían el sueldo completo y los días de baja, terminaba con la obligación de fichar y ofrecía días extra de vacaciones pagadas.

Los sindicatos salieron reforzados de su lucha con los empresarios y el gobierno. La CGT había dirigido la mayor huelga de la historia de la metalurgia parisina[1620]. Las confederaciones lograron su ya antigua aspiración a garantizar los derechos sindicales en tiendas y oficinas. La legislación del 27 de diciembre de 1968, concebida durante los sucesos, protegía el derecho al trabajo, pero también legalizaba el ejercicio de la

actividad sindical en empresas de más de 50 empleados. Se autorizaba a los delegados a organizar secciones, reunirse cada mes, cobrar cuotas y repartir información. Esos derechos ya existían en algunas compañías, pero al fin la Asamblea Nacional los confirmó formalmente. Los acuerdos de junio tuvieron como consecuencia la disminución del desempleo, que cayó un 18% entre mayo y diciembre. En PTT, las presiones y demandas sindicales forzaron a contratar, al menos a 6.500 nuevos empleados[1621]. Esas incorporaciones contribuyeron a que aumentara la afiliación sindical.

Muchos trabajadores llegaron a la conclusión de que la lucha colectiva era eficaz, y los sindicatos alcanzaron la cúspide de su influencia. En la mayoría de sectores, el número de afiliados fue el mayor desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Terminadas las huelgas, la CGT recibió entre 300.000 y 400.000 nuevos miembros y pudo formar casi 6.000 nuevas secciones[1622]. Según la policía, la CFDT dijo tener 280.000 nuevos afiliados, y la FO, 100.000[1623]. La tasa de afiliaciones fue superior en la región de París a la media nacional. Muchos eran jóvenes que, según Séguy, tenían alrededor de 24 años. Puede que procedieran de las categorías peor remuneradas de las grandes empresas[1624]. La CFDT también se benefició al alistar a algunos de los que pensaban que los acuerdos eran insuficientes y que podría haberse conseguido «una verdadera transformación»[1625]. No obstante, no deberíamos exagerar el radicalismo de la CFDT. Los militantes del metal que asistieron a su congreso nacional de finales de abril de 1968 no eran fieros revolucionarios[1626]. Según el Ministerio de Interior, 350 de los 400 delegados contestaron a un sondeo, del que se desprendió que el 16% (56 personas) tomaban parte activa en una organización política: 43 pertenecían al PSU, y 13, a la FGDS. Un 56% leían periódicos regionales; el 32%, *Le Monde*; el 22,5%, *Témoignage Chrétien*, y el 5,4% *L'Humanité*. Ambas confederaciones sindicales supieron captar afiliados, también extranjeros, especialmente en las grandes empresas metalúrgicas en las que habían sido capaces de ampliar los beneficios del Acuerdo de Grenelle. En Flins, por ejemplo, la afiliación a CGT y CFDT aumentó aproximadamente en un 10%, y en Citroën la CGT atrajo a 4.000 nuevos miembros. En la compañía química Rhône-Poulenc de Vitry, la sección de la CFDT afirmó haber duplicado el número de afiliados.

Sin embargo, el poder sindical tenía límites bien definidos. La CFDT reconoció que el aumento de sindicaciones provocado por los sucesos de Mayo del 68 no resultaba muy impresionante si se comparaba con los periodos similares de crecimiento de 1936-1937 y 1945-1947[1627]. Pese a las ventajas conseguidas, las mujeres siguieron siendo especialmente remisas a participar de forma más activa en los sindicatos dominados por los hombres. En 1969 y los años siguientes, el número de afiliaciones de ambas federaciones más autoritarias se estancó, mientras que el de la menos agresiva FO aumentó mucho más rápidamente. La influencia sindical alcanzó su apogeo en Mayo del 68, cuando el enfrentamiento con los estudiantes debilitó brevemente al Estado, así como en el periodo inmediatamente posterior, en que se consiguieron sustanciales beneficios materiales y de tiempo libre para los trabajadores. Considerado en retrospectiva, podríamos ver mayo-junio como la cúspide de la influencia de la mano de obra organizada, y no, como arguyen muchos, como el rechazo de los sindicatos por parte de sus bases más radicales. En junio, los activistas y sus simpatizantes tuvieron que hacer frente a unas bases, a veces hostiles y poco comprometidas con la causa, que estaban sometidas a presiones sociales y familiares cada vez mayores para que volviesen al trabajo.

Sin duda el poder de seducción de la sociedad de consumo fue decisivo a la hora de convencer a muchos trabajadores para que se reincorporasen a sus puestos. Con la ampliación de la oferta durante la Quinta República, los trabajadores manuales habían entrado en una era en que la demanda de productos sustituía en buena parte a cualquier anhelo revolucionario que les pudiera quedar, y que hasta resultó ser mucho más popular que el control o autogestión por parte de los obreros[1628]. El consumo ayudaba a cohesionar la sociedad y animaba a los trabajadores a que vendiesen su trabajo más caro. No obstante, se necesitaba también una coerción que complementase el atractivo consumista. Un Estado represor que estaba decidido a que los asalariados volvieran a las fábricas también fue un factor fundamental para poner fin a las huelgas en algunas de las empresas más importantes de Francia.

Algunos analistas han dejado de lado esa función coercitiva del Estado para centrarse en las relaciones industriales en las que el Estado media entre

sindicatos y empresarios. Otros, como Herbert Marcuse, descartan el sindicalismo por completo, ya que plantean que el capitalismo consumista ha absorbido a la clase trabajadora. No obstante, puede que el papel disciplinario del Estado se haya vuelto aún más importante en la sociedad de consumo actual. En el siglo XIX y principios del XX, la iniciativa individual y la cultura de la ética del trabajo sojuzgaron en parte a la organización obrera, pero a finales del XX el énfasis del consumismo en obtener una gratificación inmediata había debilitado esa ética del trabajo. El declive del puritanismo laboral volvió obsoleto el proyecto de autogestión, que se basaba en la identificación de los obreros con los medios de producción[1629], al tiempo que hacía que la tarea disciplinaria del Estado fuese aún más importante. En 1968, por ejemplo, la disciplina laboral del individuo demostró no ser suficiente para garantizar el orden, por lo que tenía que complementarse con la represión externa del Estado. El capitalismo todavía necesitaba la fuerza armada de Leviatán para mantener a los trabajadores a raya. La policía resultó ser más necesaria que los curas.

Algunos científicos sociales han criticado el régimen de De Gaulle por no conseguir integrar al sindicalismo. Aducen que, de haberlo hecho, habría evitado la oleada de huelgas «espontáneas»[1630]. Sin embargo, si fueron los sindicatos, y no la espontaneidad de los trabajadores, los responsables de las enormes huelgas, el argumento ya no es tan convincente. Puede que el régimen hiciera bien en restringir el poder e influencia sindicales para poder llevar a cabo su ambicioso programa de modernización. Después de Mayo del 68, el gobierno siguió siendo renuente a conceder a los sindicatos todas sus reivindicaciones. El protocolo de Grenelle fijó una reunión de gobierno, sindicatos y empresarios para marzo de 1969. Cuando esta se celebró, las confederaciones exigieron un aumento de salarios que compensara la inflación, pero no lo consiguieron frente a la oposición conjunta de gobierno y patronal[1631]. En claro contraste con los Acuerdos de Matignon de 1936, a los empresarios de 1968 el de Grenelle no les pareció una gran derrota[1632]. Con la ayuda del Estado, salieron intactos e incluso reforzados de la dura prueba.

La ORTF fue el ejemplo más conocido de reafirmación de la soberanía. Su plantilla fue incapaz de conseguir la autonomía e independencia del gobierno

que quería. A finales de junio, los periodistas fueron informados de que se les renovarían los contratos individualmente. El 12 de julio, el primer ministro transformó el puesto de ministro de Información en el de mero secretario de Estado, de manera que él pudiese controlarlo directamente. A últimos de ese mes, hubo una «auténtica purga» en la ORTF en la que muchos periodistas jóvenes se fueron a la calle. En agosto, 54 fueron despedidos o sancionados[1633]. Esos despidos, que tuvieron mucha repercusión pública, probablemente amedrentasen a trabajadores de otros sectores más anónimos de la economía.

Las elecciones de finales de junio demostraron la fuerza de la derecha. Ese mes la batalla política se inclinó a favor de los partidos de orden[1634]. Pese a todos los esfuerzos de la izquierda parlamentaria, muchos votantes la identificaron con lo que consideraban la destrucción y violencia gratuitas de los manifestantes. Las estadísticas oficiales indicaron que los más militantes levantaron 6.400 metros cuadrados de calles, cortaron 130 árboles, arrancaron 540 rejas de protección de estos, destruyeron 63 farolas, destrozaron 450 señales viales, rompieron 35 alarmas, quemaron 125 coches particulares, estropearon otros 80, quemaron seis vehículos policiales y dañaron 137 más[1635]. Según estimaciones del prefecto, hubo cinco muertos y 1.910 policías y 1.439 jóvenes resultaron heridos en las protestas de mayo y junio[1636].

Del mismo modo que los ciudadanos estadounidenses terminaron por rechazar un liberalismo que no protegía las propiedades del ataque de los alborotadores, la opinión pública francesa dio de lado a la izquierda. Al darse cuenta de su problema político, el PCF intentó venderse como el partido del orden, tarea difícil habida cuenta de su apoyo tanto a las huelgas de estudiantes como a las de trabajadores. Su intento de volverle las tornas a De Gaulle llamándolo líder del «partido del desorden y el totalitarismo» no fue muy convincente[1637]. Mandos del Ministerio de Interior concluyeron que los sucesos de Mayo del 68 estropearon temporalmente las buenas relaciones con sectores de las clases medias que el partido había intentado forjar desde comienzos de la Quinta República[1638]. La capacidad de la derecha para unirse contrastaba intensamente con las divisiones entre el PCF, FDGS y PSU y su previsible incapacidad para gobernar juntos. Siguiendo el modelo

creado por Thiers justo a continuación de la Comuna de 1871, De Gaulle y Pompidou presentaron su República como la garante de la unidad y la disciplina. En consecuencia, cambiaron el nombre de su partido por el de Unidad para la Defensa de la República (UDR). En el periodo posterior a Mayo del 68, el gaullismo compartió la tradición de parlamentarismo de orden que caracterizara a la Tercera República tras la victoria del Bloque Nacional en 1919 y el aplastamiento de la huelga general que puso fin al Frente Popular en noviembre de 1938. Por lo tanto, el gaullismo no fue un restablecimiento del bonapartismo antiparlamentario para terminar con «el punto muerto en que se hallan una clase obrera revolucionaria y un capitalismo relativamente atrasado»[1639], sino que repitió las tácticas para terminar con las huelgas que habían empleado los neojacobinos de la Tercera República como Clemenceau y Daladier. De Gaulle demostró que, en lugar de un «fascista» o un dictador como querrían los análisis marxistas, era un duro republicano que concedió un aumento de precio al trabajo al tiempo que defendía la propiedad y la producción[1640].

Los resentimientos por los efectos y consecuencias de las huelgas beneficiaron a la derecha. A los dueños de coches y conductores —uno de los segmentos de población que más rápidamente crecía— les indignó la destrucción de vehículos, la escasez de gasolina y los atascos de tráfico más grandes de la historia de la región de París. A los telespectadores les molestó no poder ver sus programas favoritos. Muchas madres (y padres) se opusieron al cierre de colegios. Estas reacciones permitieron a los gaullistas unir a las dos partes encontradas de su electorado: los pequeños empresarios (agricultores y tenderos) y los grandes (ejecutivos y directivos). Además, los gaullistas consiguieron llegar a sectores de opinión que se habían distanciado por el abandono de Argelia. La extrema derecha apreció los indultos a miembros y simpatizantes de OAS. Alliance Républicaine, el partido del abogado de Salan, Tixier-Vignancour, se abstuvo de presentar sus propios candidatos a las elecciones. Los Comités de acción cívica (SAC) adoptaron con relativa impunidad el matonismo que habían hecho tristemente célebre los partidarios de Algérie Française.

A finales de mayo, el hecho de que la policía tolerase las actividades de los SAC supuso un cambio significativo con respecto a principios y mediados

de mes, cuando las fuerzas del orden detenían habitualmente a militantes de SAC y CDR que repartían panfletos, hacían pintadas en las paredes o circulaban en coches con altavoces por los que difundían propaganda a todo volumen[1641]. En junio, pareció que algunos agentes de policía eran simpatizantes o incluso partidarios activos de la derecha gaullista, pese a que su prefecto había tratado de imponer una política de neutralidad[1642]. Jóvenes militantes de CDR, provistos de palos y cócteles molotov, conducían engreídos por la ciudad[1643]. Unos «gaullistas» armados tuvieron la osadía de atacar en Clichy, a unos trabajadores de SNCF tres de los cuales fueron hospitalizados[1644]. En respuesta, la CGT convocó una huelga de una tarde que paralizó todo el tráfico de la Gare Saint-Lazare. Unos militantes de CDR hasta cometieron la insensatez de repartir panfletos en Nanterre, donde, como cabía esperar, fueron agredidos por izquierdistas[1645]. Otros más prudentes pintaban consignas en las paredes del distrito dieciséis o desfilaban por el dieciocho en una caravana de coches. Según la policía, Occident intentó extender su influencia por toda la capital durante la campaña electoral, y amenazó con perturbar el desarrollo de mítines[1646]. Hubo incidentes con armas de fuego en Orléans, Rouen y La Rochelle. En Arras, el 29 de junio, víspera de la última vuelta de las elecciones legislativas, unos partidarios del gobierno mataron de un disparo a un joven comunista de 18 años que trabajaba en la campaña[1647].

En la primera vuelta del 23 de junio, la UDR obtuvo casi el 44% de los votos, un 6% más que en las anteriores[1648]. La Fédération de Mitterrand cayó del 19% al 16,5%, mientras que los comunistas bajaron del 22,5% al 20%. El PSU, que presentó más candidatos que en ocasiones previas, vio que estos eran completamente derrotados, aunque subió del 2% al 4%. El centro cedió terreno en comparación con los comicios anteriores. En París, la pérdida de votos de la izquierda, a excepción del PSU, fue aún mayor que a nivel nacional: el PCF pasó del 22,3% en 1967 al 18,8%, y la FGDS, del 11,4% al 7,6%. El PSU subió del 4,7% al 7,4%, pero no fue un aumento lo bastante grande para compensar el descenso de la izquierda en conjunto. La segunda vuelta del 30 de junio dio a los gaullistas una victoria aún más clara, pese a la disciplina electoral de comunistas y *fédéres*, que se unieron en torno al

candidato mejor situado de la izquierda. La subida gaullista en la región de París, haciéndose con todos los escaños de la capital menos uno, fue más espectacular que en el resto de la nación. La agitación de Mayo del 68 había sido ante todo un fenómeno urbano, y la fuerte reacción contra ella también lo fue.

Por primera vez en la Quinta República, un partido consiguió la mayoría absoluta en la Asamblea Nacional. La UDR obtuvo 294 diputados de un total de 485. La pérdida de 100 escaños de comunistas y socialistas tal vez fuese la mayor derrota de la historia de la izquierda parlamentaria. Los resultados confirmaron el análisis del PCF —algo bastante obvio para todos excepto para la extrema izquierda— de que no se daban las circunstancias para hacer la revolución. Tras la segunda vuelta, se dijo que Georges Marchais se quejó de que «es todo culpa de Cohn-Bendit»[1649]. Hasta Mendès-France, que había parecido tan cerca del poder el mes anterior, perdió en Grenoble por, según se comentó, haber participado en la «revolucionaria» reunión de Charléty[1650]. El consejo editorial de *Les Temps modernes* había escrito el 6 de junio que «la reelección de la actual mayoría justificaría la política del PCF»[1651]. Sin embargo, la revista siguió criticando la línea del PCF después de Mayo del 68 y, al igual que otras publicaciones favorables al *gauchisme*, exageraría a menudo el potencial revolucionario de la agitación y subestimaría la solidez tanto del Estado como de la sociedad de consumo.

1213. 30 mayo 1968, AN 820599/40.

1214. Jean-Raymond Tournoux, *Les mois du mai du général* (París, 1969), pp. 254-255; Adrien Dansette, *Mai 1968* (París, 1971), p. 314.

1215. Jacques Baynac, *Mai retrouvé* (París, 1978), p. 155; [General] Jacques Massu, *Baden 68: Souvenirs d'une fidélité gaulliste* (París, 1983), p. 21; 28 mayo 1968, AN 820599/40.

1216. Para la reputación de Massu, véase David L. Schalk, *War and the Ivory Tower: Algeria and Vietnam* (Nueva York, 1991), p. 17.

1217. Massu, *Baden*, p. 119.

1218. Dansette, *Mai*, p. 299; Christian Charrière, *Le Printemps des enragés* (París, 1968), p. 344; Jean Lacouture, *De Gaulle: The Ruler 1945-1970*, trad. Alan Sheridan (Nueva York y Londres, 1992), p. 541.

1219. François Bourricaud, «Une reprise en main difficile», *Preuves*, núm. 218 (mayo-junio 1969): 44.

1220. Es un episodio complejo que tal vez refleje la confusión del general. El mejor relato es el de Lacouture, *De Gaulle*, pp. 544-554. Véase también Dansette, *Mai*, p. 304; Tournoux, *Mois*, p. 290.

1221. Jean Touchard, *Le Gaullisme, 1940-1969* (París, 1978), p. 67.

1222. Frank Georgi, «Le Pouvoir est dans la rue: La manifestation gaulliste des Champs-Élysées (30 mai 1968)», *Vingtième Siècle*, núm. 48 (1995): 50; Claude Paillat, *Archives secrètes, 1968-69: Les coulisses d'une année terrible* (París, 1969), pp. 215-220; Julian Jackson, «DeGaulle and May 1968», en Hugh Gough y John Horne (eds.), *De Gaulle and Twentieth-Century France* (Londres, 1994), p. 138.

1223. Alain de Boissieu, *Pour Servir le général 1946-1970* (París, 1982), p. 193.

1224. Cfr. Raymond Aron, *La révolution introuvable* (París, 1968) p. 144, y Alain Touraine, *The May Movement: Revolt and Reform*, trad. Leonard F. X. Mayhew (Nueva York, 1979), p. 229.

1225. 29 mayo 1968, Fa 261, APP; 25 mayo 1968, Fa 275, APP.

1226. 25 mayo 1968, Fa 275, APP; 31 mayo 1968, Fa 261, APP.

1227. Dansette, *Mai*, pp. 277, 291 y 297.

1228. 29 febrero 1968, Fa 282, APP.

1229. 27 mayo 1968, Fa 259, APP.

1230. 28 junio 1968, AN 800273/61.

1231. Véanse los informes sobre las huelgas en PTT, Ministère de l'Industrie, mayo-agosto 1968, AN 810484.

1232. 31 mayo 1968, AN 829599/40; 6 junio 1968, AN 820599/41.

1233. Dansette, *Mai*, p. 299; Maurice Grimaud, «Mai 1968, vingt ans après: L'État face à la crise», en Geneviève Dreyfus-Armand y Laurent Gervereau, *Mai 68: Les mouvements étudiants en France et dans le monde* (Nanterre, 1988), pp. 73 y 300.

1234. Maurice Grimaud, *En mai, fais ce qu'il te plaît* (París, 1977), p. 253.

1235. Citado en Tournoux, *Mois*, p. 307.

1236. Véase Roger Martelli, *Mai 68* (París, 1988), p. 159; Laurent Salini, *Mai des prolétaires* (París, 1968), p. 122.

1237. Cfr. Gilles Le Béguec, «L'État dans tous ses états», en Geneviève Dreyfus-Armand, Robert Frank, Marie-Françoise Lévy y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *Les Années 68: Le Temps de la contestation* (Bruselas, 2000), p. 469.

1238. 30 mayo 1968, Fa 261, APP.

1239. Konrad Dussel, «Vom Radio-zum Fernsehzeitalter: Medienumbrüche in sozialgeschichlicher Perspektive», en Axel Schildt, Detlef Siegfried y Karl Christian Lammbers (eds.), *Dynamische Zeiten: Die 60er Jahre in den beiden deutschen Gesellshaften* (Hamburgo, 2000), p. 673.

1240. René Rémond, *La règle et le consentement* (París, 1979), p. 370.

1241. 30 mayo 1968, AN 800273/61.

1242. Citado en Charrière, *Printemps*, p. 350.

1243. Para el «bonapartismo» de De Gaulle, véase Robert Gildea, *The Past in French History* (Nueva York y Londres, 1994), pp. 82-86 y 108-109.

1244. 31 mayo 1968, AN 820599/40.

1245. Philippe Bauchard y Maurice Bruzek, *Le syndicalisme à l'épreuve* (París, 1968), p. 116.

1246. Tournoux, *Moix*, p. 271.

1247. *Aujourd'hui*, núm. 2, 31 mayo 1968; *Ouvriers face aux appareils: Une expérience de militantisme chez Hispano-Suiza* (París, 1970), p. 183; F. de Massot, *La grève générale (mai-juin 1968)* (París, 1968), pp. 216-217; Pierre Grappin, *L'Île aux peupliers* (Nancy, 1993), p. 260.

1248. Citado en Jean Bertolino, *Les Trublions* (París, 1969), p. 395.

1249. Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la commune étudiante* (París, 1969), pp. 408, 411 y 501.

1250. Pierre Peuchmaurd, *Plus vivants que jamais* (París, 1968) y 132.

1251. Roland Biard, *Dictionnaire de l'extrême-gauche de 1945 à nos jours* (París, 1978), p. 294.

1252. 5 junio 1968, AN 820599/41.

1253. PCF Saint-Cloud; Comités d'action Meudon, Chaville, Sèvres, Tracts de mai 1968, Bibliotèque Nationale [BN].

1254. Citado en Martelli, *Mai*, p. 227; René Andrieu, *Les communistes et la révolution* (París, 1968), p. 131.

1255. Citado en Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, 118.

1256. Citado en *ibid.* p. 305.

1257. L. Astre (miembro del Bureau national de la Fédération D l'Éducation nationale) en «Témoignages», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, núm. 20 (julio-septiembre 1990): 52; Jacques Frémontier, *La forteresse ouvrière: Renault* (París, 1971), p. 366.

1258. *France Nouvelle*, citado en Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 292.

1259. 31 mayo 1968, AN 820599/40.

1260. Confédération Générale du Travail de la R.N.U.R. [Régie Nationale des Usines Renault], *33 jours 34 nuits* (París, s. f.), p. 12.

1261. «Comité de grève Hispano-Suiza», Tracts de mai 1968, BN.

1262. Alfred Willener, Catherine Gajdos y Georges Benguigui, *Les cadres en mouvement* (París, 1969), p. 89; Charrière, *Printemps*, p. 356; Entrevistas de Henri Simon con trabajadores, 1994.

1263. 30 mayo 1968, Fa 261, APP.

1264. *Ibid.*

1265. 31 mayo 1968, AN 800273/61.

1266. 300.000 es la cifra que dio la Préfecture de Police. Véase Dansette, *Mai*, pp. 292-326; Emmanuel Souchier (ed.), *Mai 68* (París, 1988), p. 47; 30 mayo 1968, Fa 261, APP.

1267. Por otro lado, recordemos que, en la segunda mitad de mayo, la CGT había intentado censurar a los periódicos conservadores. Véase más abajo.

1268. Pierre Andro, A. Dauvergne y L. M. Lagoutte, *Le mai de la révolution* (París, 1968), p. 205.

1269. Lucien Rioux y René Backmann, *L'Explosion de mai* (París, 1968), pp. 467-470.

1270. Georgi, «Le Pouvoir est dans la rue», p. 59.

1271. Citado en un informe policial de 9 mayo 1968, AN 820599/40.

1272. Citado en un informe policial de 18 mayo 1968, AN 820599/40.

1273. 30 mayo 1968, AN 820599/40.

1274. 14 mayo 1968, Fa 255, APP.

1275. 30 mayo 1968, AN 820599/40.

1276. 4 junio 1968, Fa 269, APP; 9 julio 1968, Fa 274, APP.

1277. 6 junio 1968, Fa 270, APP.

1278. 22 mayo 1968, AN 820599/40.

1279. 14 mayo 1968, AN 820599/40.

1280. 31 mayo 1968, AN 820599/40. A finales de mayo, Roger Holeindre creó una nueva organización nacionalista cuyo lema era «Orden y patria».

1281. 5 junio 1968, AN 820599/41. Para el juicio de Salan, véase Alistair Horne, *A Savage War of Peace: Algeria 1954-1962* (Nueva York, 1987), p. 542.

1282. 11 junio 1968, AN 820599/41.

1283. 14 junio 1968, AN 820599/41.

1284. 24 junio 1968, AN 820599/41.

1285. 14 junio 1968, AN 820599/41.

1286. 24 mayo 1968, AN 820599/40.

1287. 27 mayo 1968, AN 820599/40.

1288. 30 mayo 1968, AN 820599/40.

1289. 29 mayo 1968, Fa 266, APP.

1290. 4 junio 1968, AN 820599/41.

1291. *Le Canard enchainé*, 22 mayo 1968.

1292. 19 junio 1968, Fa 274, APP.

1293. 30 mayo 1968, AN 820599/40.

1294. Las cifras que siguen están tomadas del boletín policial de 5 junio 1968, AN 820599/41.

1295. 24 junio 1968, AN 800273/61.

1296. Jean-Pierre Filiu, «Le gouvernement et la direction face à la crise», en *Mai 68 à l'ORTF*, p. 154.

1297. Citado en André-Jean Tudesq, «La radio, les manifestations, le pouvoir», en *Mai 68 à l'ORTF*, p. 154.

1298. Instruction générale, ministre des Postes et Télécommunications, 30 mayo 1968, AN 810484.

1299. 31 mayo 1968, AN 820599/40.

1300. *Ibid.*

1301. Jean-Pierre Filiu, «L'Intersyndicale durant le conflit», en *Mai 68 à l'ORTF*, p. 47; 4 junio 1968, AN 820599/41.

1302. 4 junio 1968, AN 820599/41.

1303. Souchier, *Mai 68*, p. 40; 6 junio 1968, AN 820599/41.

1304. Jean-Pierre Manel y Alomée Planel, *La crise de l'ORTF* (París, 1968), p. 93.

1305. Christine Manigand e Isabelle Veyrat-Masson, «Les journalistes et la crise», en *Mai 68 à l'ORTF*, p. 83.

1306. 11 junio 1968, AN 820599/41; 26 junio 1968, AN 820599/41.

1307. 30 mayo 1968, Fa 261, APP.

1308. 31 mayo 1968, AN 820599/40.

1309. 1 junio 1968, Fa 269, APP; 21 junio 1968, Fa 275. APP.

1310. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletin quotidien, 14 junio 1968, AN 820599/41.

1311. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 499. La policía calculó en la mitad de esa cantidad el número de asistentes. Véase 1 junio 1968, Fa 269, APP.

1312. Circulation Générale, 3 junio 1968, Fa 269, APP.

1313. Philippe Labro (ed.), *Ce n'est qu'un début* (París, 1968), p. 142. El número de muertos a lo largo de Mayo del 68 varía de uno o dos a 19. Véase Keith Reader, *The May 1968 Events in France: Reproductions and Interpretations* (Londres, 1993), p. 171.

1314. Dansette, *Mai*, p. 149.

1315. Andro, *Mai*, p. 213.

1316. 6 junio 1968, Fa 270, APP.

1317. 15 junio 1968, Fa 274, APP.

1318. 31 mayo 1968, Fa 262, APP.

1319. 31 mayo 1968, Fa 262, APP.

1320. 31 mayo 1968, AN 820599/40.

1321. 1 junio 1968, Fa 269, APP.

1322. 5 junio 1968, AN 800273/61.

1323. Grève poste, Direction des services ambulants, 23 julio 1968, AN 810484; Grève Paris, 2 agosto 1968, AN 810484; 5 junio 1968, Fa 269, APP.

1324. 6 junio 1968, AN 820599/41.

1325. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 124.

1326. Citado en *ibid.*, p. 125.

1327. 6 junio 1968, AN 820599/41.

1328. Lo que sigue se basa en informes, Situation sociale, 6 junio-7 junio, GIM. Cfr. Daniel Singer, *Prelude to Revolution: France in May 1968* (Nueva York, 1970), p. 211: «Muchas fábricas pequeñas de todos los sectores industriales siguieron resistiendo algún tiempo».

1329. 28 mayo 1968, AN 820599/40; 5 junio 1968, AN 820599/41.

1330. *Revue d'informations interprofessionnelles des industries de la région est de Paris*, núm. 304 (julio-agosto 1969).

1331. Jean-Marie Leuwers, *Un peuple se dresse: Luttes ouvrières mai 1968* (París, 1969), p. 149.

1332. *Informations Correspondance Ouvrières* [en adelante *ICO*], mayo 1968, pp. 18-19.

1333. Ronan Capitaine, *Dassault Saint-Cloud en mai-juin 1968* (Mémoire de maîtrise, Université de Paris I, 1990), pp. 131-132.

1334. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 123; Baynac, *Mai*, p. 227; Prost en «Table Ronde», *Matériaux pour l'historie de notre temps*, núm. 20 (julio-septiembre 1990): 5.

1335. 5 junio 1968, Fa 269, APP.

1336. 4 junio 1968, AN 820599/41.

1337. 5 junio 1968, Fa 269, APP.

1338. 6 junio 1968, Fa 270, APP.

1339. 6 junio 1968, AN 820599/41.

1340. 6 junio 1968, Fa 270, APP; 7 junio 1968, Fa 270, APP.

1341. 4 junio 1968, AN 820599/41.

1342. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletin quotidien, 19 junio 1968, AN 820599/41.

1343. 18 junio 1968, Fa 274, APP.

1344. 20 junio 1968, Fa 275, APP.

1345. 24 junio 1968, AN 820599/41.

1346. Préfet de Paris à Ministre de l'Éducation Nationale, 14 junio 1968, AN 790793; 6 junio 1968, AN 820599/41; D. Pouzache en «Témoignages», *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, núm. 20 (julio-septiembre 1990): 72.

1347. 2 junio 1968, Fa 269, APP.

1348. 4 junio 1968, Fa 269, APP; 20 junio 1968, Fa 274, APP.

1349. 13 y 14 junio 1968, AN 820599/41.

1350. 11 junio 1968, Fa 271, APP.

1351. 13 junio 1968, Fa 273, APP.

1352. 21 junio 1968, AN 820599/41.

1353. 17 junio 1968, AN 820599/41; Bulletin mensuel, agosto 1968, AN 820599/89.

1354. 19 junio 1968, AN 820599/41.

1355. 11 junio 1968, Fa 271, APP.

1356. 20 junio 1968, Fa 275, APP.

1357. 19 junio 1968, Fa 275, APP; 22 junio 1968, Fa 275, APP.

1358. 26 junio 1968, AN 820599/41.

1359. 14 junio 1968, Fa 273, APP.

1360. Situation sociale au 18 juin, GIM; 11 junio 1968, AN 820599/41; 13 junio 1968, AN 820599/41.

1361. Militantes de la UNEF citados en Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 302. Esa ortodoxia izquierdista se repite en otros muchos análisis.

1362. Juliette Minces, *Un ouvrier parle: Enqûete* (París, 1969), p. 78; «Historie et leçons d'une grève», *Esprit*, núm. 373 (agosto-septiembre 1968): 114. Cfr. George Katsiaficas, *The Imagination of the New Left* (Boston, 1987), p. 102.

1363. Yannick Guin, *La commune de Nantes* (París, 1969), 17; Claude Poperen, *Renault: Regards de l'intérieur* (París, 1983), p. 167: «Ce n'était pas toujours la bousculade pour "occuper" l'usine».

1364. *Le Monde*, 17 mayo 1968; Labro, *Début*, p. 71. Cfr. Kristin Ross, *May '68 and Its Afterlives* (Chicago, 2002), p. 68: «Los trabajadores estaban encerrados en su mayoría en fábricas ocupadas».

1365. Patrick Hassenteufel, *Citroën-Paris en mai-juin 1968: Dualités de la grève* (Mémoire de maîtrise, Université de Paris I, 1987), 49-101. Para una perspectiva diferente, véase Pierre Dubois, «Les pratiques de mobilisation et d'opposition», en Pierre Dubois, Renaud Dulong, Claude Durand, Sabine Erbès-Seguin y Daniel Vidal, *Grèves revendicatives ou grèves politiques?* (París, 1971), p. 361.

1366. Entrevistas de Henri Simon, 1994.

1367. Jean-Claude Kerbourc'h, *Le Piéton de Mai* (París, 1968), p. 46.

1368. 27 mayo 1968, AN 820599/40.

1369. *Lutte socialiste*, 20 octubre 1968; Hassenteufel, *Citroën*, p. 36; *Ouvriers face aux appareils*, p. 93. Cfr. CGT, *33 jours*, pp. 31 y 181; *La Vie ouvrière*, 29 mayo 1968; *L'Anti-Mythe*, 21 agosto 1968; Frémontier, *Renault*, p. 344; Nicholas Hatzfeld, «Les ouvriers de l'automobile: Des vitrines sociales à la condition des OS, le changement des regards», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, p. 355. Cfr. Daniel A. Gordon, «Immigrants and the New Left in France, 1968-1971» (tesis doctoral, Universidad de Sussex, 2001), p. 107, que argumenta, en contra de parte de su propia investigación, que «los inmigrantes se unieron al movimiento huelguista a un nivel masivo sin precedentes».

1370. Leuwers, *Peuple*, p. 185. Gordon, «Immigrants», p. 160, lo refuta y acusa a Leuwers de tener un sesgo antiárabe y procatólico.

1371. *Le Nouvel Observateur*, 30 mayo 1968; «CGT aux femmes», Tracts de mai 1968, BN.

1372. *Le Nouvel Observateur*, 30 mayo 1968.

1373. *Ibid.*

1374. Situation sociale, 6 junio, GIM. Un 55% de los trabajadores de la industria francesa a los que se hizo un sondeo en 1969 afirmaron que nunca habían asistido a una reunión sindical. Véase Gérard Adam, Frédéric Bon, Jacques Capdevielle y René Mouriaux, *L'Ouvrier français en 1970* (París, 1970), p. 21.

1375. «Défendons notre grève», Tracts de mai 1968, BN.

1376. *Lutte Socialiste*, diciembre 1968; Gilles Martinet, *La conquête des pouvoirs* (París, 1968), p. 69, que considera Rhône-Poulenc de Vitry un modelo de *tendances gestionnaires*. Véase también «Histoire et leçons d'une grève», p. 101, que afirma que entre 1.500 y 1.600 trabajadores ocuparon la fábrica. Según la policía, el 12 de junio solo 300 de una plantilla de 3.700 estuvieron a favor de volver al trabajo. Véase 12 junio 1968, AN 820599/41. Los militantes de Censier quisieron popularizar el ejemplo de Rhône-Poulenc. Véase Baynac, *Mai*, p. 226. Los trotskistas de Voix ouvrière aseguraron que habían ejercido una gran influencia en el comité de huelga de esa planta. Véase 18 julio 1968, AN 820599/41.

1377. Groupes inter-syndicaux des salariés, Tracts de mai 1968, BN; Patrick Ravignant, *L'Odéon est ouvert* (París, 1968), p. 217; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 311; Baynac, *Mai*, p. 176; Dansette, *Mai*, p. 275.

1378. Mouvement du 22 mars, *Ce n'est pas qu'un début, continuons le combat* (París, 1968), p. 99. Cfr. también Lucio Magri, «Réflexions sur les événements de mai», *Les Temps modernes*, núms. 277-278 (agosto-septiembre, 1969): 32: «A causa de su origen espontáneo y de la subsiguiente táctica de ocupaciones, la lucha de los trabajadores alteró la relación tradicional entre masas y líderes». Un punto de vista similar se puede encontrar en Alain Geismar, Serge July y Erlyne Morane, *Vers la guerre civile* (París, 1969), p. 258.

1379. Conferencia de prensa del 1 de junio de Cohn-Bendit recogida en Bertolino, *Trublions*, p. 38.

1380. Willener *et al.*, *Les cadres en mouvement*, pp. 87 y 95.

1381. Para los trabajadores indiferentes, pasivos y resignados, véase Andrée Andrieux y Jean Lignon, *L'Ouvrier d'aujourd'hui* (París, 1966).

1382. Para una crítica interesante, véase Olivier Schwartz, «Zones d'instabilité dans la culture ouvrière», en Guy-Patrick Azémar (ed.), *Ouvriers ouvrières: Un continent morcelé et silencieux* (París, 1992), pp. 124-125.

1383. Véase cap. 4 de este libro.

1384. Schwartz, «Zones d'instabilité», p. 127.

1385. Mouvement du 22 mars, *Début*, pp. 87-89.

1386. R. Gregoire y F. Perlman, *Worker-Student Action Committees: France May '68* (Detroit, 1991), p. 83.

1387. Entrevistas de Henri Simon, 1994; Marc Bergère, «Les grèves en France: Le cas du Maine-et-Loire», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, p. 323, describe un serio esfuerzo de entretener y educar políticamente a los trabajadores durante las ocupaciones de ese departamento.

1388. Capitaine, *Dassault*, p. 141.

1389. *Syndicalisme*, 6 julio 1968.

1390. Leuwers, *Peuple*, sin paginación. En Renault-Cléon (Seine-Maritime), el comité de huelga controlaba la distribución de gasolina. Véase *Notre arme c'est la grève* (París, 1968), p. 35. En la «comuna» revolucionaria de Nantes, el comité de huelga puso fin al racionamiento de gasolina porque era impopular entre los conductores. Véase Patrick Seale y Maureen McConville, *Red Flag Black Flag: French Revolution 1968* (Nueva York, 1968), p. 169; 29 mayo 1968, AN 820599/40. En el Odéon, unos médicos simpatizantes ayudaron a los militantes a conseguir combustible. Véase Ravignant, *L'Odéon*, p. 149.

1391. Capitaine, *Dassault*, p. 105.

1392. Frémontier, *Renault*, p. 225; Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 777.

1393. Mouvement du 22 mars, *Début*, p. 106.

1394. Bruno Moschetto y André Plagnol, *Le crédit à la consommation* (París, 1973); Victor Scardigli, «Les grèves dans l'économie française», *Consommation*, núm. 3 (julio-septiembre 1974): 99; Frémontier, *Renault*, pp. 115-133. En 1969, tres de cada cuatro trabajadores veían el crédito positivamente. Véase Adam *et al.*, *L'Ouvrier français*, p. 95. Para la posesión en propiedad de automóviles y otros bienes duraderos, véase Fernand Pascaud, «La consommation des ménages de 1959-1972», *Collections de L'I.N.S.E.E.* (junio 1974): 27.

1395. Jean-Claude Chamboredon y Madeleine Lemaire, «Proximité spatiale et distance sociale: les grands ensembles et leur peuplement», *Revue française de sociologie*, vol. 11 (1970): 22.

1396. Gérard Noiriel, *Les ouvriers dans la société française* (París, 1986), p. 232.

1397. Sobre ese ascetismo y su finalidad, véase Schwartz, «Zones d'instabilité», pp. 133-134; Martelli, *Mai*, p. 55.

1398. Levitt, citado en Maurice Isserman y Michael Kazin, *America Divided: The Civil War of the 1960s* (Nueva York, 2000), p. 12.

1399. Una transformación similar tuvo lugar en Alemania. Véase Axel Schildt, «Materieller Wohlstand—pragmatische Politik—kulturelle Umbrüche: Die 60er Jahre in der Bundesrepublik», en Schildt *et al.*, *Dynamische Zeiten*, pp. 26-27.

1400. Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics 1943-1988* (Londres, 1990), p. 342.

1401. La información que sigue está tomada de Pascaud, «La consommation», p. 27. Un patrón similar se dio en Alemania. Véase Schildt, «Materieller Wohlstand», p. 29.

1402. *Notre arme c'est la grève*, p. 46.

1403. Richard Hamilton, *Affluence and the French Worker in the Fourth Republic* (Princeton, 1967), p. 84: «Como los trabajadores podrían estar simplemente adaptándose con realismo a sueldos más bajos y menor estabilidad laboral, comparamos personas con situaciones equivalentes... Encontramos que la posesión de cada artículo de los empleados no manuales casi duplica a la de los obreros».

1404. Noiriel, *Les ouvriers*, cap. 6.

1405. Cfr. el provocador análisis de Daniel Boorstin, *The Decline of Radicalism: Reflections on America Today* (Nueva York, 1969), p. 22.

1406. Baynac, *Mai*, p. 204.

1407. *Le Nouvel Observateur*, 15-21 julio 1968; véase también *La vie ouvrière*, 10 julio 1968. Para las tensiones familiares en el norte de Francia, Pierre Burel, *La crise économique dans les événements de mai 1968* (Caudry, 1970), p. 130.

1408. *Le Nouvel Observateur*, 30 mayo 1968.

1409. Burel, *La crise économique*, p. 130.

1410. Schwartz, «Zones d'instabilité», pp. 126-127.

1411. Leuwers, *Peuple*, p. 319.

1412. *Ibid.*, p. 64; *L'Anti-Mythe*, 9-10 junio 1968; *Cahiers de mai*, agosto-septiembre 1968; Georges Lefranc, *Le Mouvement syndical de la libération aux événements de mai-juin 1968* (París, 1969), p. 252, que argumenta que las mujeres de los trabajadores reaccionaron en contra de la ola de huelgas votando a la derecha en las elecciones de finales de junio. Cfr. Bertolino, *Trublions*, p. 288: «Les travailleurs un instant grisés par la furie des enragés, par les barricades qui rappelaient tant la Commune, luttèrent pour la chute d'un régime, et non de la société qui leur assure le travail et la vie».

Cfr. también *Mai 68 par eux-mêmes: Le mouvement de Floréal An 176* (París, 1989), p. 20.

1413. 14 junio 1968, AN 820599/41.

1414. Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 328.

1415. 4 junio 1968, AN 820599/41.

1416. *Ouvriers face aux appareils*, p. 198.

1417. Jean-Pierre Filiu, «L'Intersyndicale», p. 60.

1418. 19 junio 1968, AN 820599/41.

1419. 24 junio 1968, AN 820599/41.

1420. Situation sociale, 11-18 junio 1968, AN 760122.

1421. Situation sociale, 6 junio, GIM.

1422. Véase Situation sociale, 6-7 junio, GIM; *Le Figaro*, 5 junio 1968.

1423. «Histoire et leçons d'une grève», pp. 99-100. Véase también Xavier Vigna, «La figure ouvrière à Flins (1968-1973)», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, pp. 329-343.

1424. Willener *et al.*, *Les cadres en mouvement*, p. 72.

1425. 21 mayo 1968, AN 820599/40; [¿s. f.? junio] 1968, AN 800237/61.

1426. Citado en *L'Aurore*, 6 junio 1968.

1427. Ministre d'État Chargé des Affaires Sociales, 5 junio 1968, AN 760122.

1428. 29 mayo 1968, AN 820599/40.

1429. 5 junio 1968, AN 820599/41.

1430. 13 junio 1968, Fa 273, APP.

1431. Ministre d'État Chargé des Affaires Sociales, 5 junio 1968, AN 760122.

1432. Geismar en Labro, *Début*, p. 198; véase también *Notre arme c'est la grève*, p. 60.

1433. 8 junio 1968, Fa 274, APP.

1434. Situation sociale, 6 junio 1968, GIM. Cfr. Alain Delale y Gilles Ragache, *La France de 68* (París, 1978), que afirma que la votación tuvo lugar el 5 de junio. Véase también «Histoire et leçons d'une grève», p. 108.

1435. Ministre d'État Chargé des Affaires Sociales, 5 junio 1968, AN 760122.

1436. Situtation sociale journalière, 6 junio, GIM. Los militantes sindicales argumentaron más tarde

que estaba justificado que violasen el derecho al trabajo, ya que los esquiroles no habían puesto por escrito que fuesen a rechazar cualquier aumento de sueldo y beneficio que resultasen de las huelgas. Véase *Combat*, 12 junio 1968.

1437. 6 junio 1968, AN 820599/41.

1438. Panfleto del 7 de junio citado en Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 516.

1439. CGT, citada en Martelli, *Mai*, p. 173.

1440. Nicolas Dubost, *Flins sans fin* (París, 1979), p. 23.

1441. 5 junio 1968, Fa 269, APP.

1442. Geismar *et al.*, *Vers*, pp. 296 y 352; 6 junio 1968, Fa 270, APP; 8 junio 1968, Fa 270, APP.

1443. 8 junio 1968, Fa 271, APP.

1444. 6 junio 1968, AN 820599/41.

1445. 7 junio 1968, Fa 270, APP.

1446. 7 junio 1968, AN 820599/41.

1447. 7 junio 1968, Fa 270, APP. Otras cifras hablan de 350 estudiantes detenidos; véase 6 junio 1968, AN 820599/41.

1448. Cfr. Khursheed Wadia, «Women and the Events of 1968», en Reader, *The May 1968 Events*, p. 150, que califica la participación femenina en Mayo del 68 de «masiva» y «sin precedentes».

1449. 8 junio 1968, Fa 274, APP.

1450. 8 junio 1968, Fa 271, APP.

1451. Peuchmard, *Vivants*, p. 147.

1452. 7 junio 1968, AN 820599/41.

1453. *Le Monde*, 8 junio 1968; Delale y Ragache, *France*, p. 147.

1454. Kerbourc'h, *Le piéton*, p. 147.

1455. Charrière, *Printemps*, pp. 374-375.

1456. Mouvement du 22 mars, *Début*, p. 121. Para la participación de los estudiantes de bellas artes, véase «L'Atelier des Arts-décoratifs: Entretien avec François Miehe et Gérard Paris-Clavel», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 193.

1457. 8 junio 1968, Fa 271, APP.

1458. *L'Aurore*, 10 junio 1968.

1459. 10 junio 1968, AN 820599/41.

1460. «Un militant du 22 mars raconte», en Labro, *Début*, p. 73.

1461. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 521; Robert Davezies (ed.), *Mai 68: La rue dans l'église* (París, 1968), p. 131.

1462. 10 junio 1968, Fa 271, APP. La policía detuvo «a 80 jóvenes que no eran de la región». 10 junio 1968, AN 820599/41.

1463. 10 y 11 junio 1968, Fa 271, APP.

1464. 11 junio 1968, AN 820599/41.

1465. 12 junio 1968, AN 820599/41.

1466. 13 junio 1968, AN 820599/41.

1467. 17 junio 1968, AN 820599/41.

1468. Gordon, «Immigrants», p. 100.

1469. 20 junio 1968, AN 820599/41.

1470. 5 junio 1968, AN 820599/41.

1471. Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 575.

1472. 11 junio 1968, AN 820599/41.

1473. *Ibid.*

1474. 12 junio 1968, AN 820599/41.

1475. *Ibid.*

1476. 18 junio 1968, AN 820599/41.

1477. Michel Johan, «La CGT et le mouvement de mai», *Les Temps modernes*, núms. 266-267 (agosto-septiembre 1968): 348; Baynac, *Mai*, p. 243.

1478. 24 junio 1968, AN 800273/61.

1479. 11 junio 1968, AN 820599/41.

1480. *Le Monde*, 11 junio 1968, 13 junio 1968; CGT, 11 junio 1968, Panfletos de mayo, BN.

1481. 11 junio 1968, AN 820599/41.

1482. 10 junio 1968, Fa 271, APP.

1483. *Le Monde*, 13 junio 1968; Delale y Ragache, *France*, p. 153.

1484. Dansette, *Mai*, p. 335; Peuchmaurd, *Vivants*, p. 151; 24 junio 1968, AN 800273/61.

1485. 24 junio 1968, AN 800273/61.

1486. Para 1848, véase Roger Price, *The French Second Republic: A Social History* (Ithaca, 1972), p. 170.

1487. 11 junio 1968, AN 820599/41.

1488. 20 junio 1968, Fa 274, APP.

1489. 18 junio 1968, Fa 263, APP; Commissaire du 22, 20 junio 1968, Fa 274, APP.

1490. 20 junio 1968, Fa 274, APP.

1491. 18 junio 1968, Fa 263, APP; 11 junio 1968, Fa 271, APP.

1492. 11 junio 1968, Fa 271, APP.

1493. Commissaire du 22, 20 junio 1968, Fa 274, APP.

1494. Stephen J. Pyne, *World Fire: The Culture of Fire on Earth* (Nueva York, 1995), p. 230.

1495. 19 junio 1968, Fa 271, APP; 10 junio 1968, Fa 271, APP.

1496. 12 junio 1968, AN 820599/41.

1497. Seale y McConville, *Red Flag*, p. 222.

1498. 11-12 junio 1968, Fa 272, APP.

1499. 18 junio 1968, Fa 274, APP.

1500. 13 junio 1968, AN 820599/41.

1501. Labro, *Début*, p. 136.

1502. 24 junio 1968, AN 800273/61. Para la reacción negativa de los votantes rurales, véase Georges Chaffard, *Les orages de mai: Histoire exemplaire d'une élection* (París, 1968), p. 93.

1503. 11 junio 1968, AN 820599/41; *L'Humanité*, 11 junio 1968.

1504. 292. Peuchmaurd, *Vivants*, p. 155.

1505. Citado en Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 580. Esta reacción contra la quema de coches también se dio entre los trabajadores extranjeros. Véase Gordon, «Immigrants», p. 154.

1506. 15 junio 1968, Fa 274, APP.

1507. Commissaire, 11 junio 1968, Fa 271, APP.

1508. 19 junio 1968, Fa 271, APP.

1509. *Ibid.* y 13 junio 1968, Fa 273, APP.

1510. Souchier, *Mai 68*, p. 39.

1511. 5 junio 1968, Fa 269, APP; 5 y 6 junio 1968, AN 820599/41.

1512. 24 junio 1968, AN 800273/61. Maurice Grimaud discrepaba de esa opinión, propugnada por Raymond Marcellin.

1513. 10 mayo 1968, AN 820599/40. Cfr. Touraine, *The May Movement*, p. 182.

1514. Bulletin mensuel, mayo-julio 1968, AN 820599/89.

1515. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 523.

1516. Baynac, *Mai*, p. 243; 13 junio 1968, Fa 273, APP.

1517. Bulletin mensuel, septiembre 1968, AN 820599/89.

1518. 30 mayo 1968, Fa 261, APP.

1519. *Ibid.*

1520. 14 junio 1968, AN 820599/41.

1521. Para sus acusaciones, véase Union Nationale des Étudiants de France [y SNESup], *Le livre noir des journées de mai* (París, 1968), pp. 86-91.

1522. 13 junio 1968, Fa 273, APP.

1523. 14 junio 1968, Fa 273, APP.

1524. 14 junio 1968, Fa 273, APP.

1525. *Ibid.* Cfr. 14 junio 1968, AN 820599/41: «Siguiendo un acuerdo previo, 113 ocupantes se marcharon sin ser detenidos. Treinta jóvenes que estaban en el exterior fueron llevados dentro para ser interrogados».

1526. 14 junio 1968, Fa 273, APP.

1527. *Ibid.*

1528. *Ibid.*

1529. 17 junio 1968, AN 820599/41.

1530. 20 junio 1968, Fa 274, APP; 19 junio 1968, Fa 275, APP.

1531. 2 julio 1968, Fa 265, APP.

1532. 12 junio 1968, AN 820599/41.

1533. Jacques Perret, *Inquiète Sorbonne* (París, 1968), pp. 43-44; Seale y McConville, *Red Flag*, p. 109.

1534. 17 junio 1968, AN 820599/41.

1535. 18 junio 1968, AN 820599/41; 25 junio 1968, AN 820599/41.

1536. Cifras tomadas de Bulletin mensuel, septiembre 1968, AN 820599/89.

1537. La policía dejó constancia de que cierto número de argelinos estuvieron implicados en manifestaciones de provincias «por razones dudosas».

1538. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletin quotidien, 18 junio 1968, AN 820599/41; 18 junio 1968, Fa 275, APP. Según la policía, durante el verano una banda de la que formaba parte Christian Maricourt ejecutó a uno de los huidos, «Jimmy le Katangais», que había recibido asilo en Censier. Véase Bulletin mensuel, septiembre 1968, AN 820599/89.

1539. 18 junio 1968, AN 820599/41.

1540. *Ibid.*

1541. 19 junio 1968, AN 820599/41.

1542. 1 julio 1968, AN 820599/41.

1543. 4-5 julio 1968, Fa 275, APP.

1544. 27 junio 1968, AN 820599/41. Otras cifras hablan de 68 hombres y 30 mujeres interrogados por la policía. Véase 27 junio 1968, Fa 276, APP.

1545. 1 julio 1968, AN 820599/41.

1546. 13 junio 1968, Fa 273, APP.

1547. 22 junio 1968, Fa 275, APP.

1548. 1 julio 1968, AN 820599/41; 20 junio 1968, Fa 275, APP.

1549. 2 julio 1968, AN 820599/41; 20 junio 1968, Fa 275, APP.

1550. 2 julio 1968, AN 820599/41.

1551. 2 julio 1968, AN 800273/61.

1552. 26 junio 1968, AN 820599/41.

1553. 20 junio 1968, Fa 275, APP; 21 junio 1968, Fa 275, APP.

1554. 19 junio 1968, AN 820599/41; 29 mayo 1968, Fa 266, APP.

1555. 3 julio 1968, AN 820599/41.

1556. 4 junio 1968, Fa 269, APP.

1557. Résidence, 7 mayo 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS [Archives départementales des Hauts-de-Seine].

1558. CROUS, 16 mayo 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS.

1559. 347. Observations sur la note du Préfet de Paris [s. f., ? junio 1968], AN 800273/61.

1560. 20 junio 1968, Fa 275, APP.

1561. 5 junio 1968, Fa 269, APP.

1562. 18 [?] junio 1968, Fa 274, APP.

1563. 26 junio 1968, Fa 263, APP.

1564. 5 junio 1968, Fa 269, APP.

1565. Una lista de los grupos prohibidos se puede encontrar en Souchier, *Mai 68*, p. 39. Un total de once organizaciones fueron ilegalizadas.

1566. Bulletin mensuel, mayo-julio 1968, AN 820599/89.

1567. 25 junio 1968, AN 820599/41.

1568. 20 junio 1968, Fa 275, APP.

1569. Mouvement du 22 mars, *Début*, pp. 133-135; Charrière, *Printemps*, p. 389.

1570. 13 junio 1968, AN 820599/41.

1571. Krivine, citado en Bertolino, *Trublions*, p. 386; Dansette, *Mai*, p. 336.

1572. 14 junio 1968, Fa 273, APP.

1573. Grégory Barrau, *Le mai 68 des catholiques* (París, 1998), p. 75.

1574. 13 junio 1968, AN 820599/41.

1575. Bulletin mensuel, mayo-julio 1968, AN 820599/89.

1576. *Ibid.*

1577. Bulletin mensuel, agosto 1968, AN 820599/89.

1578. 26 junio 1968, AN 800273/61.

1579. Bulletin mensuel, agosto 1968, AN 820599/89.

1580. Massu, *Baden*, p. 131.

1581. Citado en Dansette, *Mai*, p. 341; Marc Kravetz (ed.), *L'Insurrection étudiante* (París, 1968), p. 413.

1582. 14 junio 1968, AN 820599/41.

1583. 26 junio 1968, AN 820599/41.

1584. Touchard, *Gaullisme*, p. 145.

1585. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, pp. 537-538.

1586. 14 junio 1968, Fa 273, APP.

1587. Citado en Labro, *Début*, p. 201.

1588. 21 junio 1968, AN 820599/41.

1589. 10 junio 1968, AN 820599/41.

1590. *Le Figaro*, 12 junio 1968. Las estimaciones sobre el número de asistentes varían según la fuente.

1591. 11 junio 1968, AN 820599/41.

1592. *Ibid.*

1593. 12 junio 1968, AN 820599/41.

1594. *Ibid.*

1595. Para los *cadres*, véase Willener *et al.*, *Les cadres en mouvement*, p. 129.

1596. Sylvain Roumette, «Aide-Mémoire», *Les Temps modernes*, núm. 265 (julio 1968): 155.

1597. Capitaine, *Dassault*, p. 167. Véase también *Notre arme c'est la grève*, p. 99; Entrevistas de Henri Simon, 1994.

1598. 14 junio 1968, AN 820599/41.

1599. Situation sociale, 11-18 junio 1968, AN 760122.

1600. 25 junio 1968, AN 820599/41.

1601. Procès-verbal, Conseil d'administration, 18 junio 1968, GIM; Grandes enterprises en grève, 24 junio 1968, GIM; Ministère d'État, 26 de junio-2 de julio de 1968, AN 760122.

1602. Jules Verger, líder de los pequeños empresarios opuestos al Frente Popular, y partidario de Vichy, usó la misma estrategia, esto es, contratar a padres de familia maduros para proteger su empresa de las grandes huelgas de 1936 y 1968. Para Verger, véase *ICO*, abril, mayo y noviembre 1968; *Anti-Mythe*, 26 julio 1968.

1603. Martelli, *Mai*, p. 54; Capitaine, *Dassault*, p. 182; Entrevistas de Henri Simon, 1994.

1604. Situation sociale dans les industries des métaux de la région parisienne, période 27 mai-30 june, GMI; Situation sociale, 30 enero 1969, GIM; Entrevistas de Henri Simon, 1994; Capitaine, *Dassault*, pp. 78-201.

1605. «La grève de cheminots en 1968: Entretien avec Daniel Moreau», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 220.

1606. La siguiente información está tomada de Maurice Cohen (ed.), *Le bilan social de l'année 1968* (París, 1969), pp. 105-122, 387 y 414. Véase también Accord du 13 décembre 1968, AN 860561. Cfr. Chris Howell, *Regulating Labor: The State and Industrial Relations Reform in Postwar France* (Princeton, 1992), p. 27: «Las huelgas de 1968 ni siquiera se tradujeron en ganancias materiales de consideración para los trabajadores».

1607. Cohen, *Bilan social*, pp. 12, 128, 179 y 310; cfr. Schnapp y Vidal-Naquet, *Journal*, p. 796, que acusa a la CGT de colaborar con la CGC para mantener la jerarquía salarial.

1608. Gordon, «Immigrants», pp. 64 y 226.

1609. Biard, *Dictionnaire*, p. 294.

1610. Cohen, *Bilan social*, p. 97.

1611. *Mai 68 par eux-mêmes*, p. 20.

1612. Entrevistas de Henri Simon, 1994; Capitaine, *Dassault*, p. 178; Cohen, *Bilan social*, p. 185; 30 mayo 1968, AN 820599/40.

1613. 18 junio 1968, AN 820599/41.

1614. 25 junio 1968, AN 820599/41; 26 junio 1968, AN 820599/41.

1615. 28 junio 1968, AN 820599/41.

1616. CGT, citada en *Notre arme c'est la grève*, p. 67; Capitaine, *Dassault*, p. 105.

1617. «Entretien avec Daniel Moreau», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 220.

1618. Lo que sigue está tomado de Cohen, *Bilan social*; 26 junio 1968, AN 820599/41.

1619. Véanse, por ejemplo, las afirmaciones del Comité d'Action Étudiants-Ouvriers, Sorbonne, junio 1968, en *Quelle universitè? Quelle société?* (París, 1968), p. 129.

1620. En 1950, el año más proclive a las huelgas del periodo 1950-1969, se perdieron 2.400.000 días de trabajo; en 1968, 6.420.000 días. Véase Situation sociale, 30 enero 1969, GIM.

1621. Le projet de budget des PTT pour 1969, s.f., AN 810484.

1622. Michel Dreyfus, *Historie de la CGT: Cent ans de syndicalisme en France* (París, 1995), p. 274; Michel Johan, «La CGT et le mouvement de mai», p. 368; Cohen, *Bilan social*, p. 363; Bauchard y

Bruzek, *Syndicalisme*, p. 307.

1623. Bulletin mensuel, agosto 1968, AN 820599/89.

1624. *Le Peuple*, 1-15 octubre 1968; *Cahiers de Mai*, agosto-septiembre 1968. Para la tendencia de mujeres y emigrantes a unirse a sindicatos después de las huelgas, véase Thierry Baudouin, Michèle Collin y Danièle Guillerm, «Women and Immigrants: Marginal Workers?», en Colin Crouch y Alessandro Pizzorno (eds.), *The Resurgence of Class Conflict in Western Europe since 1968* (Nueva York, 1978), 2 vols., 2: 89. Cfr. Pierre Dubois, Claude Durand y Sabine Erbès-Seguin, «The Contradictions of French Trade Unionism», en Crouch y Pizzorno, *Resurgence*, 2: 88-89. El estudio de 1969 de Adam *et al.*, *L'Ouvrier français*, contrasta la simpatía hacia los sindicatos de las grandes empresas con la hostilidad hacia ellos de las pequeñas. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, argumenta que las huelgas de 1968 mostraron que los sindicatos eran más influyentes en empresas concretas que a nivel nacional. Véase también Cohen, *Bilan social*, p. 100; «Histoire et leçons d'une grève», p. 106.

1625. 31 mayo 1968, AN 820599/40.

1626. 25 junio 1968, AN 820599/41.

1627. Howell, *Regulating Labor*, p. 99; «Le syndicalisme, suite ou fin», en Azémar, *Ouvriers, ouvrières*, p. 180.

1628. Las siguientes obras enfatizan el impulso *autogestionnaire*: Andrew Feenberg y Jim Freedman, *When Poetry Ruled the Streets: The French May Events of 1968* (Albany, 2001), p. 58: «Las demandas tangibles habían demostrado ser un lastre para la CGT. La noción intangible de democratización, ahora adoptada por los obreros, dio pie al concepto de una nueva sociedad». David Caute, *The Year of the Barricades: A Journey through 1968* (Nueva York, 1988), p. 235: «Por todas partes los trabajadores querían demostrar su capacidad para administrar los medios de producción». Touraine, *The May Movement*, cap. 5; Laurent Joffrin, *Mai 68: Histoire des événements* (París, 1988), que hace hincapié en el deseo de «participación individual» durante Mayo del 68. Willener *et al.*, *Les cadres en mouvement*, p. 23: «Una de las principales demandas de los trabajadores durante las huelgas fue la del control de la empresa». Rioux y Backmann, *L'Explosion*, p. 615: «Esta voluntad de participar en las decisiones y el deseo de poder cuestionarlas... no será olvidado». Bertolino, *Trublions*, p. 290: «Pouvoir ouvrier, autogestion voilà les mots qui vont droit au couer des travailleurs». Jean-Jacques Servan-Schreiber, *The Spirit of May*, trad. Ronald Steel (Nueva York, 1969), pp. 29-33: «El movimiento de estudiantes y trabajadores que estalló en París en Mayo del 68 no tenía la intención primordial de conseguir beneficios materiales... La disputa sencilla y a veces violenta rápidamente se transformó en una exigencia natural de responsabilidad». Stephen Spender, *The Year of the Young Rebels* (Nueva York, 1969), pp. 149-150, equipara las ocupaciones del trabajador francés con el deseo de lograr el control obrero que supuestamente caracterizó a la Revolución Rusa. Robert V. Daniels, *Year of the Heroic Guerrilla: World Revolution and Counterrevolution in 1968* (Nueva York, 1989), p. 157: «Así pues, la revuelta obrera de Francia compartía con todos los demás movimientos de los años sesenta el impulso básico de lograr igualdad y humanidad en las relaciones sociales cara a cara».

1629. Véase Zygmunt Bauman, «The Left as the Counter-Culture of Modernity», en Sanford M. Lyman (ed.), *Social Movements: Critiques, Concepts, Case Studies* (Nueva York, 1995), pp. 356-370.

1630. Cfr. Howell, *Regulating Labor*, p. 67. Cfr. también los sociólogos industriales del «Groupe Sociologie du Travail», que ven la debilidad sindical como una razón de la agitación industrial.

1631. Cohen, *Bilan social*, p. 184.

1632. Michele Salvati, «May 1968 and the Hot Autumn of 1969: The Response of Two Ruling Classes», en Suzanne Berger (ed.), *Organizing Interests in Western Europe* (Cambridge, 1981), p. 348.

1633. Filiu, «L'Intersyndicale», p. 52-66; André-Jean Tudesq, «La radio, les manifestations, le pouvoir», en *Mai 68 à l'ORTF*, p. 156; 19 julio 1968, AN 820599/41.

1634. Hubert Belon, «Les élections des 23 et 30 juin», *Revue politique et parlementaire*, núm. 790 (junio-julio 1968): 122; Seale y McConville, *Red Flag*, p. 219; Jean-Jacques Becker, *Histoire politique de la France depuis 1945* (París, 1988), p. 126.

1635. Conclusions, Directeur-Général de la Police Municipale, 9 julio 1968, Fa 274, APP.

1636. Grimaud, citado en *France-Soir*, 10 julio 1968 en Fa 263, APP.

1637. Danielle Tartakowsky, «Le PCF en mai-juin 1968», ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social de mai 1968, París, 24-25 noviembre 1988.

1638. 3 julio 1968, AN 820599/41.

1639. Cfr. Singer, *Prelude*, 98.

1640. Cfr. Angelo Quattrocchi y Tom Nairn, *The Beginning of the End: France, May 1968* (Londres y Nueva York, 1998), p. 122: «De Gaulle vio la necesidad de erigir una fachada republicana alrededor de su mandato. Sería una "dictadura constitucional"».

1641. 16 mayo 1968, Fa 257, APP; 18 mayo 1968, Fa 258, APP; 19 mayo 1968, Fa 257, APP.

1642. 2 junio 1968, Fa 269, APP; Grimaud, *Mai*, p. 54.

1643. 14 junio 1968, Fa 273, APP.

1644. 25 junio 1968, AN 820599/41.

1645. 19 mayo 1968, Fa 257, APP.

1646. 19 junio 1968, Fa 275, APP.

1647. Seale y McConville, *Red Flag*, p. 223.

1648. Becker, *Histoire politique*, pp. 120-126; Belon, «Elections», p. 126; «Notes sur une carte de France», *Esprit*, núm. 73 (agosto-septiembre 1968): 193.

1649. Seale and McConville, *Red Flag*, p. 224.

1650. Estuvo entre el público, pero no habló. Véase Dansette, *Mai*, p. 285; Jean Lacouture, *Pierre Mendès-France*, trad. George Holock (Nueva York, 1984), pp. 416-421.

1651. *Les Temps modernes*, núm. 264 (mayo-junio 1968): vii.

CONCLUSIÓN
¿UN MAYO DEL 68 MODESTO O MÍTICO?

Tras las revueltas de mayo y junio, marxistas y anarquistas de diversas tendencias siguieron creyendo que la agitación persistiría y que la clase obrera estaba en el camino de la revolución[1652]. Los radicales, seguros de su dinamismo y alentados por el aumento demográfico de jóvenes, tenían esperanzas con respecto al futuro. Al igual que sus homólogos de todo el mundo, pensaban que la ética y la historia estaban de su parte. Los artistas revolucionarios reflejaron ese sentir en carteles como el de «Mayo del 68: el comienzo de una larga lucha» (véase figura 15). Varios libros publicados a finales de 1968 se titulaban *Solo es el comienzo*. Otro volumen, *Vers la guerre civile*, anunciaba que una violenta guerra de clases estallaría en 1970 o 1972[1653]. Para importantes comunistas y sindicalistas de la CGT, las revueltas de 1968 fueron el principio de la crisis del «capitalismo de monopolio estatal» y representaron la primera confrontación entre la gran masa de trabajadores y los monopolios[1654]. Algunos dirigentes de la CFDT veían Mayo del 68 como el renacer de la acción directa y el anarcosindicalismo[1655]. Los activistas del PSU pensaban que la demanda de *autogestion*, que ellos consideraban el aspecto más apasionante del movimiento huelguista, crecería y se desarrollaría. Creían que los sucesos de Mayo del 68 darían inicio a la lenta conquista del poder por parte de trabajadores, campesinos y estudiantes[1656]. El líder del PSU, Michel Rocard, afirmó en la radio el 24 de junio que «la revolución era posible»[1657]. Los activistas del PSU esperaban que los cristianos progresistas estuvieran dispuestos a unirse a los trabajadores para crear una democracia social de corte radical. Algunos demócratas cristianos pensaban que estaban viviendo una época análoga a 1788[1658]. Independientemente de la precisión de sus predicciones revolucionarias, la participación cristiana (tanto de católicos como de protestantes) en el movimiento mostró que los antiguos cismas

religiosos, que habían separado a clericales y anticlericales durante buena parte de la historia republicana francesa, habían quedado superados en buena medida por los hechos de los años sesenta.

MAI 68
DEBUT D'UNE
LUTTE,
PROLONGÉE

FIGURA 15. «Mayo del 68: el comienzo de una larga lucha»

Estas profecías de revolución eran obviamente erróneas. La «nueva clase obrera» demostró parecerse más al grupo descrito por los sociólogos británicos Goldthorpe y Lockwood que al que se imaginó el sociólogo francés Serge Mallet[1659]. Los trabajadores de Goldthorpe y Lockwood tenían una actitud instrumental hacia sus trabajos, sindicatos y partidos políticos[1660]. Estaban más interesados en el consumo que en la autogestión, y más preocupados por su vida privada que por su vida comunitaria. Los miembros más emprendedores querían dejar su clase social. Como estrategia de salida, los padres animaban a sus hijos e hijas a estudiar en la universidad, lo que hicieron en número muy superior después de 1968. Esto venía a significar que ser trabajador estaba cada vez más vinculado al fracaso escolar[1661].

El declive de la solidaridad de clase permitió a los empresarios montar una contraofensiva. Tras la ola de huelgas, la dirección francesa, ayudada por un Estado fuerte, rápidamente recuperó el dominio de la fábrica. Así pues, lo más probable es que la mayor oleada de huelgas de la historia europea solo alterase un poco el ambiente autoritario que imperaba en tiendas y oficinas[1662]. En cambio, después de 1968 en Italia, donde trabajadores y empresarios compartían el desprecio hacia un Estado débil e ineficaz, los primeros continuaron la lucha contra el trabajo asalariado[1663]. De hecho, «el fuerte crecimiento de la productividad francesa después de Mayo del 68 se debió en gran parte a una profunda reestructuración de las empresas, que fomentaron la movilidad laboral e intensificaron el ritmo de trabajo, precisamente los mismos procesos que estaban bajo negociación y en disputa por parte de los sindicatos italianos»[1664]. En otras palabras, los capataces franceses volvieron a ser «guardianes» que intentaban —con diversos resultados— aumentar la velocidad de producción[1665]. En comparación, los trabajadores italianos usaban los sindicatos tradicionales o los *comitati* (organizaciones independientes de bases) para llevar a cabo luchas efectivas contra la autoridad de los capataces, contra la vinculación del sueldo a la productividad y contra el tiempo y espacio de trabajo. Según un famoso personaje de ficción que representaba al proletariado sin cualificación del

norte de Italia en 1969, la felicidad era trabajar menos por más sueldo[1666]. En los años inmediatamente posteriores a 1968, los empresarios italianos no podían bajar salarios ni despedir a empleados indisciplinados[1667].

En Francia, el corporativismo temporal que resultó del Acuerdo de Grenelle se disolvió, y en el periodo que siguió a junio los directores actuaron rápidamente para limitar la influencia de los militantes, ya fueran sindicalistas o *gauchistes*, reinstaurando la autoridad de los supervisores sobre los activistas y las bases[1668]. En agosto de 1968, la CFDT denunció el despido de decenas de sus delegados[1669]. Aunque el número de huelgas aumentó en 1969 y 1970 en comparación con 1967 y 1966, la cantidad de días perdidos y de participantes disminuyó considerablemente[1670]. Los intentos de los sindicatos de que las huelgas posteriores a Mayo del 68 fuesen relativamente llevaderas fueron infructuosos. No consiguieron acuerdos que obligaran a los empresarios a compensar a los trabajadores el tiempo perdido, ni que se eliminasen las bonificaciones antihuelga con que se recompensaba a los que no participaban en los paros. Las luchas por la rapidez laboral persistieron, pero los jefes supieron combatir las huelgas de celo[1671]. Con el apoyo del Estado, se enfrentaron a los habituales hurtos de los trabajadores. Por ejemplo, tras un importante robo de nóminas en una fábrica de los *banlieues*, la policía decidió registrar a todos los empleados[1672]. No encontraron el dinero, pero sí cosas robadas a la empresa. Al parecer, el hurto era práctica habitual en esa compañía en la que desaparecían 1.000 correas al año. A un trabajador al que cogieron le pidieron que dimitiera, pero enseguida se organizó una huelga solidaria en su defensa.

Séguy reconoció que los nuevos afiliados a la CGT tras Mayo del 68 «solo tienen conocimientos muy rudimentarios de sindicalismo [...] Educarlos es una ardua labor»[1673]. Los sindicatos no tenían suficiente influencia o «tirón» para retener a muchos de los nuevos afiliados[1674]. El rejuvenecimiento de la CGT sirvió de poco para revertir el declive a largo plazo de la industria pesada francesa (la metalurgia incluida) o la decadencia del propio PCF. La CFDT siguió comprometida con la autogestión, pero la falta de interés en el control por parte de los obreros de metalúrgicos y otros trabajadores en 1968 prefiguró su falta de fuelle ideológico en los años setenta y ochenta. Lo que

motivaba a los huelguistas tanto antes como después de 1968 era conseguir aumentos de sueldo y menos horas de trabajo. Aunque algunos como Mallet han insistido en la originalidad y cualidad innovadora de las huelgas de Mayo del 68 y sus reivindicaciones, lo cierto es que hubo una continuidad básica antes y después[1675]. Tal vez las ideologías autogestionarias partieran de la premisa equivocada de que de verdad los asalariados querían hacerse con el mando de su lugar de trabajo. Las nociones de un control por parte de los trabajadores que sintetizara el deseo de conseguir a la vez la emancipación personal y la política no lograron ninguna de las dos cosas. Los proyectos revolucionarios globales de los *gauchistes* —trotskistas, maoístas, castristas y situacionistas— sufrieron un declive similar.

Los que apostaban por los jóvenes o los estudiantes en lugar de por los trabajadores también se engañaban. Los jóvenes eran importantes desde un punto de vista demográfico y dinámicos por cuestiones biológicas, pero la «juventud» no era revolucionaria[1676]. Los comités de acción, que los jóvenes activistas esperaban que fuesen los sóviets de 1968, y que ascendían a 460 en la región de París a finales de mayo, lograron sobrevivir hasta junio, pero luego desaparecieron rápidamente o cayeron bajo el control a la larga opresivo de los grupúsculos[1677]. En verano, policías de paisano se sintieron con la suficiente fuerza para enfrentarse al dominio de los jóvenes manifestantes de las calles del Barrio Latino[1678]. Tampoco tuvieron los esfuerzos de la UNEF mucho aguante. Tras un periodo inicial de optimismo, en el que los estudiantes activistas creían que podrían impedir la desmovilización propia de las vacaciones veraniegas creando cursos que atrajesen a los trabajadores, «las universidades populares» terminaron el verano con —según la policía— «resultados desalentadores» para los estudiantes[1679]. El radicalismo de la UNEF y su negativa a participar en proyectos reformistas no se tradujeron en una afluencia de nuevos miembros[1680]. De hecho, su afiliación bajó de los 50.000 de antes de Mayo del 68 a 30.000 en 1970. Ese descenso fue un ejemplo más de la desintegración de las esperanzas radicales de los años sesenta.

Por paradójico que resulte, los ciclos de protesta y represión a menudo van acompañados por intentos de reforma[1681]. El que De Gaulle destituyese a Pompidou en julio de 1968 mostró que su victoria electoral no había resuelto

sus diferencias. El general seguía pensando que la decisión del primer ministro de hacer concesiones a los estudiantes reabriendo la Sorbona y poniendo en libertad a los detenidos había ayudado a extender el «contagio» a los trabajadores, cuyas reivindicaciones habían «puesto en jaque» a la economía francesa[1682]. Después de junio, sin embargo, el presidente estuvo más abierto a las reformas que su anterior primer ministro, más cercano al *versaillais* conservador de su propio partido. El general no quiso abandonar su sueño católico-social de una asociación participativa de la mano de obra y el capital[1683]. Incluso en el momento álgido de la crisis, cuentan que dijo a sus ministros: «Reformas sí, desorden no». La introducción de la participación —«la mayor reforma francesa de nuestro siglo»— daría respuesta a las «causas profundas» de la crisis de Mayo del 68[1684]. Poco después de las elecciones, De Gaulle nombró ministro de Justicia a René Capitant, *gaulliste de gauche* crítico con el mercado libre y con Pompidou. En mayo, con anterioridad al voto de censura, Capitant había renunciado a su escaño de diputado como protesta por las políticas de Pompidou. El 17 de junio, el nuevo ministro de Justicia declaró por radio que, si la Asamblea Nacional no aprobaba la *participation* gaullista, el general llevaría la cuestión directamente al pueblo en forma de referéndum. Capitant pintó un futuro armonioso en el que los trabajadores serían accionistas y colaborarían entusiasmados en la dirección de la empresa.

Los empresarios reaccionaron negativamente a esa propuesta de compartir el poder[1685]. Pensaban que alterar las prerrogativas de la dirección y debilitar la cadena de mando destruirían la economía. «La participación es inseparable de la eficacia, que debe depender de la autoridad de la dirección»[1686]. El 28 de mayo, en el peor momento de la crisis, justo después de que los trabajadores rechazaran el protocolo de Grenelle, las Cámaras de Comercio condenaron la ley de participación que se proponía. Según su portavoz, la autoridad de la dirección tenía que ser reforzada, no cuestionada. Léon Gingembre, de la CGPME, comentó agriamente que «la conmoción estructural que recomienda el señor Capitant solo puede conducir a la ruina de la economía»[1687]. Los sindicatos también rechazaron la participación por diversas razones. La CGT temía que el plan del gobierno hiciera que los trabajadores «cooperasen en su propia explotación»[1688]. La CFDT lamentó la

falta de mayores concesiones materiales por parte de gobierno y patronal. La imposición de la participación en la empresa provocó un frente sindical unido contra el proyecto. A la vez, desencadenó para los reformistas una guerra en dos frentes que era imposible de ganar, ya que tenían que enfrentarse tanto a los sindicatos como a la patronal.

La culminación del fracaso del proyecto de participación tuvo lugar en 1969. El general quería que fuese el punto central del referéndum de abril de ese año, y prometió dimitir si los votantes lo rechazaban. Sin embargo, la oposición de los empresarios y de gaullistas que les eran afines convenció a de Gaulle De que no debía comprometer su suerte política a la posible popularidad del proyecto de participación, así que decidió excluirlo del referéndum. Al igual que los *gauchistes* y otros de la izquierda, el jefe del Estado, de 78 años, había confiado imprudentemente en los deseos autogestionarios, que tal vez solo atrajeran a aquellos —como algunos estudiantes y *cadres*— a los que encantaban sus trabajos o se identificaban con ellos. La propuesta de participación fue sustituida por un plan para reformar el Senado y un programa de descentralización. Los dos puntos iban juntos en el referéndum del 27 de abril, y fueron rechazados por un electorado (el 52,4% votó que no) al que poco interesaban esos temas. El general dimitió como había prometido. Su sustituto, Georges Pompidou, representaba «una forma más convencional de gobierno conservador», que seguía siendo contrario a la democratización del trabajo[1689].

La vitalidad económica reforzó el control conservador. De 1968 a 1974 la economía francesa vivió uno de sus mayores periodos de auge[1690]. El clima de confianza empresarial posterior a Mayo del 68 y el aumento de la demanda fueron los principales responsables. Con Pompidou y sus sucesores, la Quinta República siguió promoviendo el desarrollo de las fuerzas de seducción. La renta bruta por hogar aumentó un 7% al año entre 1960 y 1974, en que bajó a casi un 3% anual[1691]. Las compras de automóviles subieron de modo espectacular: de 4,7 millones en 1960 a 11,9 millones en 1970. En 1967, solo el 27% de la población usaba el coche para ir al trabajo; en 1974 ya era un 42%. Casi el 50% de trabajadores eran dueños de su casa o piso. Las viviendas eran más grandes y casi todas estaban equipadas con televisión, nevera, aspirador y lavadora.

La reforma de la universidad salió mejor que la de la participación porque la Ley de Orientación de Edgar Faure reestructuró la educación superior. Después de Mayo del 68, Faure, dos veces primer ministro socialista radical en la Cuarta República, fue nombrado ministro de Educación. Ideológicamente estaba próximo a los gaullistas de izquierdas como Capitant, pero, a diferencia de este, supo construir su legislación de manera que fuese aprobada por ambas cámaras del Parlamento por abrumadora mayoría el 7 de noviembre, solo cuatro meses después de que ocupara el cargo[1692]. Su ley tenía múltiples objetivos. Promovía la descentralización y reforzaba la autonomía de cada universidad, fomentaba los campos multidisciplinares y un plan de estudios común y apoyaba la participación. Los departamentos fueron sustituidos por nuevas unidades administrativas llamadas Unités d'enseignement et de recherche (UER), cuya organización tendía a diluir la autoridad individual del profesor[1693]. La ley establecía unos procedimientos que permitían que no solo el cuerpo docente, sino también los estudiantes y empleados, participasen en la elección de consejos. Con anterioridad a la aprobación de la reforma, había elecciones en los campus franceses, pero estaban controladas por los catedráticos, que seleccionaban a sus nuevos colegas de menor rango y elegían al decano. Los profesores y alumnos casi no tenían voz. La reforma de Faure exigía que cada grupo eligiera a sus representantes para el rectorado. Ya se había sentado un precedente para la participación estudiantil justo después de la Liberación, pero al parecer ese derecho había caído en desuso. A largo plazo la misma suerte aguardaba a la reforma de Faure, aunque algunos cambios progresistas sí se consolidaron[1694]. Los estudiantes ganaron *parité* (participación), lo que en cierta medida los integró en la toma de decisiones de la universidad[1695]. La agitación de los estudiantes de ciertas disciplinas, entre ellas Bellas Artes, llevó a poner mayor énfasis en la investigación y la formación interdisciplinar[1696]. La universidad experimental de París en Vincennes tal vez nunca habría llegado a construirse sin el ciclo revolucionario y reformista de 1968.

A corto plazo, la institución de Faure de elecciones y la ampliación del sufragio gustaron a la opinión pública informada[1697]. Al igual que en Estados Unidos, los reformistas eran mayoría incluso en los campus radicales[1698]. Las

encuestas mostraron que el 65% de estudiantes querían participar en el gobierno de la universidad. Un sondeo de septiembre de 1968 concluyó que el 54% de estudiantes deseaban reformar la universidad, al 31% les interesaba sobre todo aprobar los exámenes y solo el 12% ansiaba cambiar la sociedad radicalmente[1699]. Como la población universitaria de París era de 160.000 alumnos, podríamos clasificar a 19.000 de ellos como revolucionarios, a 50.000 como indiferentes o apáticos y a 86.400 como reformistas. Mayo del 68 había incitado a muchos de estos últimos a actuar. El 52% (83.200) dijeron haber «participado» en el movimiento[1700]. Esa participación variaba ampliamente según la disciplina. El 37% de estudiantes de Arte y el 67% de Humanidades afirmaron haberse implicado en los sucesos de Mayo del 68.

Por lo tanto, no es de extrañar que la cuestión de los exámenes siguiera siendo polémica en el otoño de 1968. Observó la policía que «en diversas disciplinas los exámenes están transcurriendo con normalidad. Los activistas de extrema izquierda no han recomendado boicotearlos porque temen ser desautorizados por casi todos los estudiantes»[1701]. Aunque Geismar, Sauvageot y sus organizaciones se habían negado a negociar con el gobierno, la UNEF adoptó lo que la policía llamó una postura «prudente» y dejó que fuesen las «bases» las que decidieran sobre los exámenes[1702]. Para protestar contra la selectividad, unos cuantos estudiantes siguieron boicoteando exámenes y pretendieron calificarse a sí mismos[1703].

Las reformas que siguieron a Mayo del 68 tenían un lado menos democrático y no electoral. Exigían que el decano (que pasó a llamarse rector a partir de 1971) fuese quien mandara en todo, lo que suponía que los servicios para estudiantes como residencias, restaurantes, bibliotecas e instalaciones deportivas, que tenían su propia administración separada en París, ahora estuviesen a cargo de, pongamos, la junta rectoral de Nanterre. La administración universitaria se unificó y racionalizó. Por ejemplo, el decano de Nanterre antes no controlaba directamente las residencias de estudiantes en que estos habían protestado contra la segregación sexual en 1967 y 1968, sino que eran el rector de París y la organización que se encargaba del alojamiento universitario (CROUS) los que dirigían esos colegios mayores. Diversos directivos habían compartido la responsabilidad de llamar a la policía al campus para desalojar a ocupantes ilegales o detener

las protestas. En 1970, al deán o rector se le concedió la autoridad exclusiva para mantener el orden por toda la universidad, lo que incluía las residencias, restaurantes e instalaciones deportivas. Nadie más podía llamar a la policía. El nuevo rector de Nanterre, René Rémond, celebró ese refuerzo de la autoridad de su cargo. Lo protegía, afirmó, de cualquier iniciativa irreflexiva por parte de los directores de alojamiento o cualquier otro administrador, lo que contribuía a la normalización de la universidad.

Tras la agitación de mayo-junio, la dirección de alojamientos de París quiso arreglar el «desastre» de Nanterre cerrando la mayoría de residencias y aceptando tan solo a deportistas, futuros funcionarios y mujeres de menos de 21 años para vivir en ellas[1704]: «En protesta, el 4 de septiembre un grupo de *enragés* ocuparon uno de los edificios, pese a que el día anterior se había decidido ampliar la política de admisiones»[1705]. La protesta estudiantil consiguió garantizar la liberalización de las admisiones a las residencias y restaurantes. Incluso los que no eran estudiantes se beneficiaron de precios más baratos en las comidas. Un memorándum ministerial del 6 de noviembre de 1968 formalizó la libertad de visitas, que existía en la práctica desde la primavera de ese año en contra de los deseos del ministro. El alojamiento ilegal (esto es, cuando un residente acogía a otra persona en su cuarto sin autorización) coexistía con esa libertad. El alojamiento ilegal de «activistas» que habían sido expulsados de las residencias era «el principal peligro para mantener la paz y el orden en el campus». Al igual que pasó con los robos de los trabajadores, no se pudo poner del todo fin a esa práctica. Y lo mismo ocurrió con el pillaje, del mismo modo que algunos jóvenes daban rienda suelta a su ira destrozando cabinas telefónicas. Otros atacaban a estudiantes de derechas o centro y continuaron vilipendiando al decano llamándole «fascista»[1706].

Una solución que se propuso fue cerrar el Departamento de Sociología y excluir a sus alumnos de las residencias, pero las autoridades consideraron que no podrían justificar «ese tipo de discriminación». Tampoco podían acabar con los alojamientos ilegales «inspeccionando cada noche todas las habitaciones», ya que los estudiantes tacharían el procedimiento de «inquisitorial y dictatorial». Además, quienes llevaran a cabo esas inspecciones correrían el riesgo de sufrir agresiones. Los directivos se temían

que esos ataques condujeran al tipo de intervenciones policiales contraproducentes que ya habían tenido lugar en Nanterre en 1967 y en Antony en 1965. Las autoridades concluyeron que el «liberalismo» de los directores de alojamiento de Antony y Nanterre había sido eficaz a la hora de poner calma en las residencias y aislar a los *enragés* más violentos[1707]. El ministro de Educación decidió suspender las restricciones a las visitas para entablar un «diálogo» con los estudiantes. Se sabía que cualquier control, ya fuera por parte de vigilantes nocturnos o de la policía, acabaría con ese intento de ganarse la confianza de los alumnos. Para evitar mayores protestas, hasta se pospuso el aumento de las tasas de alojamiento.

Del mismo modo, las huelgas en los liceos fomentaron «un cambio real y duradero en la relación entre alumnos y profesores», que se volvieron más tolerantes con que se debatieran cuestiones pedagógicas o sexuales[1708]. Los que enfatizan la relevancia de la «represión» posterior a Mayo del 68 olvidan la importancia a largo plazo del aumento de la tolerancia[1709]. Tampoco tienen en cuenta los muchos casos de cooperación entre las autoridades y los manifestantes, tanto estudiantes como trabajadores, en universidades, fábricas y calles. Ese tipo de toma y daca, que como hemos visto se dio incluso durante los hechos más violentos de Mayo del 68, tal vez contribuyera a evitar en Francia la clase de terrorismo que surgió en Alemania e Italia después del 68.

Las reformas que siguieron a Mayo del 68 estimularon un intento de autogestión en un colegio mayor[1710]. Era una residencia de 300 habitaciones en que se llevó a cabo un «experimento» de tres meses prorrogables, durante el que se alojarían allí voluntarios masculinos y femeninos de todas las edades. Los propios residentes dirigirían el lugar y tendrían control administrativo y financiero. Los directivos de alojamientos y representantes de los estudiantes decidirían las admisiones. Los alojamientos ilegales estarían estrictamente prohibidos, y un consejo de residentes elegido democráticamente juzgaría las infracciones y decidiría las expulsiones. En las otras tres residencias tradicionales, se planteaba la posibilidad de permitir las visitas indiscriminadas. El director de alojamiento de Nanterre afirmó que las victorias estudiantiles en el terreno de la libertad personal eran «ineludibles». El Ministerio de Educación se mantuvo inflexible al menos hasta julio, pero

en agosto concedió la libertad de visitas a las tres residencias[1711]. Las menores cuyos padres no estuvieran de acuerdo con esa política de libertad controlada serían asignadas a otras residencias de la región de París.

Las fuentes disponibles no indican los resultados de ese experimento de autogobierno en la residencia, pero lo que es innegable es que las libertades personales se ampliaron en Francia y en otros países a lo largo de los largos años sesenta[1712]. Los sucesos de Mayo del 68 no inauguraron un nuevo periodo en la historia de las costumbres y convenciones, pero continuaron reforzando las tendencias culturales y sociales que ya llevaban al menos una década presentes en la sociedad francesa. Seguro de su control del Estado, el gobierno pudo tolerar el modo de vida y protestas de los estudiantes. El gaullismo en el poder no era un régimen tan inflexible y anticuado como para que tratase constantemente de imponer un orden moral desfasado. Francia no era una sociedad «bloqueada» o «estancada» a principios de la Quinta República. La supuesta burocracia «bonapartista», «autoritaria» y «paternalista» del régimen demostró poder ser sorprendentemente flexible en los momentos de crisis.

La administración francesa y las de otras democracias de Europa y Norteamérica participaron en la expansión de la tolerancia. Las constantes victorias de esta durante los años sesenta hacen que algunas de las acciones disciplinarias de las autoridades de Antony y Nanterre resulten incomprensibles vistas en retrospectiva. Del mismo modo, en Estados Unidos, cuando una estudiante de segundo curso de Barnard College anunció públicamente que estaba viviendo con su novio (estudiante de tercer curso de Columbia College), se montó un gran escándalo[1713]. Ella fue protagonista de decenas de artículos periodísticos y se la amenazó con expulsarla de Barnard. Ahora el incidente parece casi incomprensible, como las incursiones policiales en las residencias parisinas. Sin embargo, la reacción de un fuerte segmento de opinión en contra de que la mujer fuese penalizada mostró que cada vez se aceptaba más la cohabitación. En Francia y Estados Unidos, los ataques contra la propiedad —y no contra la moralidad— fueron los que provocaron las limitaciones más sustanciales al desarrollo de la tolerancia.

Los maestros de la manipulación mediática que son afines a Mayo del 68 han proporcionado a los sucesos una imagen por lo general positiva[1714]. Una

explicación popular para esa tierna obsesión con el Mayo Francés es que los veteranos del movimiento ahora ocupan puestos de mando en los medios de comunicación y otras burocracias. Como cualquier otro grupo de viejos guerreros, desean glorificar su experiencia bélica. Tienden a exagerar la importancia del movimiento social en el que participaron y a verlo como una ruptura creativa con el pasado. Una «generación» continúa justificándose ante sus jóvenes y mayores[1715]. Estos veteranos de clase media han mostrado que fueron mucho más capaces de captar la imaginación social que los trabajadores que se embarcaron en la mayor ola de huelgas de la historia de Francia. Los *soixante-huitards*, que desataron los sucesos, siguen recreando su propia imagen. Esta cohorte de avanzada edad quiere que los demás reconozcan la importancia de sus actividades que conmocionaron al mundo.

Sin embargo, esta explicación de la importancia que se da a Mayo del 68 no es del todo convincente. Aunque bien puede ser el caso de que las ganas de justificarse a sí mismos motiven a algunos periodistas y directores de publicaciones, la frecuencia y popularidad de las conmemoraciones de Mayo del 68 muestran que el interés por los hechos es mucho más amplio y no se limita a sus «antiguos combatientes». Los periódicos, revistas, películas y televisión necesitan audiencia, y los magnates de los medios no podrían estar constantemente volviéndonos a vender Mayo del 68 si pensaran que el público no lo iba a comprar. Además, las generaciones o grupos no solo forman una unidad por sus experiencias comunes, sino por medio de la imaginación colectiva o de la capacidad de usar la historia para inventarse una identidad colectiva[1716]. Esto lo demuestra una encuesta que reveló que para los que tenían entre 18 y 29 años en 1979 Mayo del 68 era «el inicio de un nuevo sistema de valores» y el acontecimiento histórico más importante de sus vidas. A los que tenían entre 30 y 34 años en 1979, Mayo del 68 les parecía relativamente insignificante. En otras palabras, una generación que era mucho más improbable que hubiese participado en el Mayo Francés (el más joven del grupo tenía 7 años en 1968) consideraba lo sucedido mucho más trascendental que sus hermanos mayores. Al parecer, la opinión pública sigue creyendo que Mayo del 68 fue «lo más importante que ocurrió en Francia desde la Segunda Guerra Mundial»[1717].

Lo que puede que sea más significativo del recuerdo de Mayo del 68 no es

la justificación de sus veteranos, que luego han triunfado dentro del *establishment*, sino cómo Mayo del 68 es continuamente capaz de conectar con la juventud. La interpretación de que fue una revuelta juvenil es imprecisa desde el punto de vista histórico, sobre todo por lo que se refiere a las huelgas de trabajadores, en las que a menudo se considera equivocadamente que los jóvenes asalariados fueron los catalizadores. Aun así, es un punto de vista ampliamente aceptado. Después de Mayo del 68, nuevas generaciones han seguido fascinadas por la fuerte, pero en última instancia inestable, mezcla de hedonismo y altruismo heredada del Mayo Francés. Cuando no hay ningún movimiento social de magnitud, como era el caso en el décimo, vigésimo, vigésimo quinto y trigésimo aniversarios de 1968, hasta el recuerdo embellecido sirve de sustituto, así como de advertencia de que la agitación popular puede estallar inesperadamente en cualquier momento, como ocurrió en Francia en 1986 y 1995. Las protestas antiglobalización de hoy en día tienen sus raíces en la combinación de antiimperialismo y anticapitalismo de las revueltas de Mayo del 68.

El interés en esos sucesos y en su legado nos recuerda lo fuerte que es la tradición revolucionaria en la imaginación francesa. Los años grandiosos de la Gran Revolución —1789, 1792, 1794— se consideraron una ruptura radical con el pasado, al que se conoció como Antiguo Régimen. Como sabemos, 1792 se convirtió en el Año 1 del nuevo calendario. Los cambios políticos, legislativos y sociales que produjo la Revolución Francesa la inspiraron para dar inicio a una nueva cronología. La «revolución» de 1968 no fue lo bastante potente para producir una *tabula rasa* reconocida oficialmente, pero muchos de sus participantes y sus seguidores conservan la sensación de haber empezado desde cero que define a la tradición revolucionaria. Como los insurrectos de 1968 nunca estuvieron cerca de apoderarse del Estado, su percepción de la ruptura nunca podría adoptar la forma política que tomó en 1789. En su lugar, se imaginaron que su Año 1 era un reinicio cultural y personal. Así pues, muchos ven Mayo del 68 como una revolución que alteró profundamente los destinos personales[1718]. Los sucesos de mayo y junio, por poco eficaces que fueran políticamente, retuvieron el poder de cambiar vidas individuales.

Ese deseo de ruptura queda reflejado en la popularidad de *Reprise*. Esta

película de finales de los noventa, que luego se convirtió en libro con ocasión del treinta aniversario de Mayo del 68, muestra al director, Hervé Le Roux, intentando localizar a una mujer que en 1968 había sido la protagonista de un cortometraje (nueve minutos) documental, *La reprise du travail aux usines Wonder*[1719]. En junio de ese año, esta trabajadora, conocida tan solo como Jocelyne, fue filmada mientras se negaba desafiante a volver al trabajo tras resolverse la huelga de su fábrica metalúrgica. La popularidad de las ideologías antitrabajo rápidamente transformó a la joven en una heroína rebelde de las revueltas de Mayo. Su negativa a trabajar (*ne pas perdre sa vie à la gagner*, rezaba el eslogan) expresaba sucintamente la síntesis, propia de los años sesenta, de intereses personales, sociales y políticos. El ser mujer y trabajadora reforzaba aún más su estatus de símbolo de una ideología que había sido articulada en gran parte por intelectuales varones. Su completa desaparición del espectáculo mediático aumentó su halo de misterio. Sin embargo, al final ni ella ni ningún otro individuo o grupo consiguieron resolver el problema de la mano de obra asalariada. Por lo tanto, los ideólogos de los sesenta propusieron soluciones contradictorias que iban de la abolición del trabajo a su interiorización en un espacio laboral regido democráticamente.

Los creadores de opinión y la propia opinión pública consideran a menudo que los sucesos de Mayo del 68 marcaron época y fueron beneficiosos. Sin duda es más fácil celebrar los hechos de ese año que cualquier otro acontecimiento importante de la historia de Francia posterior a la Segunda Guerra Mundial. Indochina y Argelia fueron grandes derrotas, y el segundo conflicto casi provoca una guerra civil. El único competidor contemporáneo auténtico es la invasión de Normandía, cuyo cincuenta aniversario tuvo una cobertura mediática equivalente a la del 30 de mayo[1720]. La comparación de ambos hechos puede ser instructiva. El asalto de Normandía fue la mayor operación anfibia de la historia y un paso fundamental para la derrota de la Alemania nazi: un acontecimiento «histórico mundial» donde los haya. Mayo del 68, aunque vinculado a la ola internacional de agitación de los años sesenta, fue ante todo un episodio francés de modestas consecuencias. La publicidad que lo rodea revela la escasez de hechos dignos de ser conmemorados de la historia reciente francesa. Abundan más los motivos de

conmiseración.

Mayo del 68 llena un vacío de la conciencia social francesa, pero puede que no se merezca tanta prominencia. Esos sucesos no marcaron una ruptura, sino que, en su lugar, mostraron la continuidad de las tendencias sociales y políticas. No estalló de pronto ninguna crisis de civilización, ni ningún intento de conseguir el control por parte de los obreros. Al contrario, los hechos de mayo y junio demostraron el poder del Estado centralizado y los atractivos de una sociedad de consumo que consiguió sofocar la revolución e incorporar un componente hedonista.

1652. Alain Schnapp y Pierre Vidal-Naquet, *Journal de la commune étudiante* (París, 1969), pp. 10-12.

1653. Alain Geismar, Serge July y Erlyne Morane, *Vers la guerre civile* (París, 1969), p. 16.

1654. Danielle Tartakowsky, «Le PCF en mai-juin 1968», ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social de mai 1968, París, 24-25 noviembre 1988; Maurice Cohen (ed.), *Le bilan social de l'année 1968* (París, 1969), p. 368; Roger Martelli, *Mai 68* (París, 1988), p. 207.

1655. «Historie et leçons d'une grève», *Esprit*, núm. 373 (agosto-septiembre 1968): 118-119.

1656. Gilles Martinet, *La conquête des pouvoirs* (París, 1968), p. 149.

1657. Citado en Jean-Raymond Tournoux, *Le mois de mai du général* (París, 1969), p. 298.

1658. Robert Davezies (ed.), *Mai 68: La rue dans l'église* (París, 1968), p. 137. Véase Nicolas Daum, *Des révolutionnaires dans un village parisien* (París, 1988), para la historia posterior a 1968 de un comité de acción parisino.

1659. Jean-Daniel Reynaud, «La nouvelle classe ouvrière, la technologie et l'histoire», *Revue française de science politique* (1972-1973): 533.

1660. John H. Goldthorpe, David Lockwood, Frank Bechhofer y Jennifer Platt, *The Affluent Worker: Political Attitudes and Behaviour* (Cambridge, 1968), p. 76.

1661. Véase François Dubet, «Comment devient-on ouvrier», y Jean-Paul Molinari, «De la ferme à l'usine, de l'usine à la fac», en Guy-Patrick Azémar (ed.), *Ouvriers, ouvrières: Un continent morcelé et silencieux* (París, 1992), pp. 114 y 141.

1662. Entrevistas de Henri Simon a trabajadores, 1994.

1663. Robert Lumley, *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978* (Londres y Nueva York, 1990), pp. 10, 182-183 y 250; Paul Ginsborg, *A History of Contemporary Italy: Society and Politics 1943-1988* (Londres, 1990), pp. 314-319; Nanni Balestrini, *Queremos todo* (Buenos Aires, 1974), pp. 76, 116 y 126.

1664. Michele Salvati, «May 1968 and the Hot Autumn of 1969: The Response of Two Ruling Classes», en Suzanne Berger (ed.), *Organizing Interests in Western Europe* (Cambridge, 1981), p. 351.

1665. Nicolas Hatzfeld, «Les ouvriers de l'automobile: Des vitrines sociales à la condition des OS, le changement des regards», en Geneviève Dreyfus-Armand, Robert Frank, Marie-Françoise Lévy y Michelle Zancarini-Fournel (eds.), *Les Années 68: Le Temps de la contestation* (Bruselas, 2000), pp. 358-361.

1666. Balestrini, *Queremos todo*, p. 165.

1667. Martin Clark, *Modern Italy, 1871-1995* (Londres, 1996), p. 378; Lumley, *States of Emergency*, pp. 251-252.

1668. Georges Carrot, *Le maintien de l'ordre en France au XX*e *siécle* (París, 1990), p. 336; cfr. Chris Howell, *Regulating Labor: The State and Industrial Relations Reform in Postwar France* (Princeton, 1992), p. 72, que afirma que los industriales de empresas grandes y modernas tenían poco que temer de los sindicatos y querían colaborar con ellos. Véase también Alfred Willener, Catherine Gajdos y Georges Benguigui, *Les cadres en mouvement* (París, 1969), p. 110; «Histoire et leçons d'une grève», p. 109.

1669. *Syndicalisme*, 8 agosto 1968; Jacques Capdevielle y René Mouriaux, *Mai 68: L'Entre-deux de la modernité, Histoire de trente ans* (París, 1988), p. 233.

1670. Jeff Bridgford, «The Events of May: Consequences for Industrial Relations in France», en D. L. Hanley y A. P. Kerr (eds.), *May 68: Coming of Age* (Londres, 1987), p. 107. Las estadísticas contrastadas se pueden encontrar en Michael Rose, *Servants of Post-Industrial Power? Sociologie du Travail in Modern France* (White Plains, N. Y., 1979), p. 148.

1671. *Notre arme c'est la grève* (París, 1968), pp. 73-74 y 89.

1672. La Cellophane à Mantes, 29 octubre 1968, Ministère d'État Chargé des Affaires Sociales, Conflits du travail, Ministère du Travail, AN 760122.

1673. Citado en Philippe Bauchard y Maurice Bruzek, *Le syndicalisme à l'épreuve* (París, 1968), p. 307.

1674. Antoine Bevort, «Le syndicalisme français et la logique du recrutement sélectif: Le cas de la CFTC-CFDT», *Le Mouvement social*, núm. 169 (octubre-diciembre 1994): 135.

1675. Serge Mallet, *Essays on the New Working Class* (St. Louis, 1975), pp. 87-106. Cfr. S. Erbès-Seguin, C. Casassus y O. Kourchid, Les conditions de développement du conflit industriel (París, 1977); Bridgford, «The Events», en Hanley, *May 68*, p. 116; Ingrid Gilcher-Hotley, *Die 68er Bewegung: Deutschland-Westeuropa-USA* (Múnich, 2001), p. 86.

1676. Véase Jacques Ellul, «La jeunesse force révolutionnaire?», *La Table ronde*, núm. 251-252 (diciembre-enero 1968-1969): 158.

1677. Jean-Claude y Michelle Perrot, Madeleine Rebérioux y Jean Maitron (eds.), *La Sorbonne par elle-même*, número especial de *Le Mouvement social*, núm. 64 (julio-septiembre 1968): 12-13; 14 junio 1968, AN 820599/41; 3 julio 1968, AN 820599/41.

1678. 4 agosto 1968, Fa 275, APP.

1679. 24 junio 1968, AN 820599/41; 4 septiembre 1968, AN 820599/41.

1680. Alain Monchablon, «L'UNEF et mai 1968», ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social du mai 1968, París, 24-25 noviembre 1988, p. 11.

1681. Sidney Tarrow, *Struggle, Politics, and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest* (Ithaca, 1991), p. 92.

1682. Citado en Tournoux, *Le mois de mai*, p. 318.

1683. Jean Lacouture, *De Gaulle: The Ruler, 1945-1970* (Nueva York y Londres, 1992), p. 561.

1684. De Gaulle, citado en Jean Touchard, *Le Gaullisme, 1940-1969* (París, 1978), pp. 286-287.

1685. Bauchard y Bruzek, *Syndicalisme*, p. 134.

1686. Citado en Christian Charrière, *Le Printemps des enragés* (París, 1968), 411.

1687. Citado en Guy Caire, «La situation sociale», *Droit social* (julio-agosto 1968): 465.

1688. CGT en *Le Peuple*, núm. 819 (1-15 abril 1969), citado en Howell, *Regulating Labor*, p. 78.

1689. Daniel Singer, *Prelude to Revolution: France in May 1968* (Nueva York, 1970), p. ix.

1690. Salvati, «May 1968», p. 29; Serge Berstein y Jean-Pierre Rioux, *La France de l'expansion: L'apogée Pompidou, 1969-1974* (París, 1995), pp. 133-134.

1691. Lo que sigue deriva de *Recent Social Trends in France (1960-1990)* (Frankfurt am Main, 1993). La media del poder adquisitivo siguió subiendo hasta 1982.

1692. Sidney Tarrow, «Social Protest and Policy Reform: May 1968 and the *Loi d'orientation* in France», *Comparative Political Studies*, vol. 25, núm. 4 (enero 1993): 593.

1693. «Comments by Philip E. Moseley», en Stephen D. Kertesz (ed.), *The Task of Universities in a Changing World* (Notre Dame, Indiana, 1971), p. 303.

1694. Tarrow, «Social Protest and Policy Reform», p. 599: «Si bien las universidades que resultaron de la reforma de Faure eran menos autónomas, menos pluridisciplinares y menos participativas de lo que esperaban los reformadores, suponían un avance con respecto a la situación que reemplazaban». «La Sorbonne occupée: Entretien avec Madeleine Rebérioux», en Geneviève Dreyfus-Armand y Laurent Gervereau (eds.), *Mai 68: Les mouvements étudiants en France et dans le monde* (Nanterre, 1988), p. 156. Jean-Philippe Legois, Alain Monchablon y Robi Morder, «Le mouvement étudiant et l'Université: Entre réforme et révolution (1964-1976)», en Dreyfus-Armand *et al.*, *Les Années 68*, p. 291.

1695. Legois, «Le mouvement étudiant», p. 291.

1696. «L'Atelier des Arts-décoratifs: Entretien avec François Miehe et Gérard Paris-Clavel», en Dreyfus-Armand y Gervereau, *Mai 68*, p. 194.

1697. René Rémond, *La Règle et le consentement* (París, 1979), p. 365; Louise Weiss, «Télémaque 1969», *Guerres et Paix*, núms. 14-15 (1969-1970): 55.

1698. David Caute, *The Year of the Barricades: A Journey through 1968* (Nueva York, 1988), pp. 170-173; Seymour Martin Lipset, «Introduction», en Seymour Martin Lipset y Philip G. Altbach (eds.), *Students in Revolt* (Boston, 1970), p. xvii.

1699. Un 3% no respondió. Véase Adrien Dansette, *Mai 68* (París, 1971), p. 190.

1700. Sin embargo, la policía dio la cifra de 50.000 en Bulletin mensuel, agosto 1968, AN 820599/89.

1701. Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletin quotidien, 4 septiembre 1968, AN 820599/41.

1702. 6 y 7 junio 1968, AN 820599/41; 4 septiembre 1968, AN 820599/41.

1703. Contre, marzo [¿1969?], 1208W, art. 256, ADHS.

1704. CROUS, 25 diciembre 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS.

1705. *Ibid.*

1706. Carta del prof. B, 25 a 27 septiembre 1968, 1208W, art. 180, ADHS.

1707. CROUS, 25 diciembre 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS.

1708. Louis Astre, del FEN, en *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, núm. 20 (julio-septiembre, 1990): 51; *Mai 68 par eux-mêmes: Le mouvement de Floréal, an 176* (París, 1989), p. 41.

1709. Maurice Rajsfus, *Mai 68: Sous les pavés, la répression (mai 1968-mars 1974)* (París, 1998); Kristin Ross, *May '68 and Its Afterlives* (Chicago, 2002). Para una inteligente perspectiva general de esta cuestión, véase Arthur Marwick, «Die 68er Revolution», en Peter Wende (ed.), *Grosse Revolutionen des Geschichte* (Múnich, 2000), p. 330, y Arthur Marwick, «Introduction: Locating Key Texts and the Distinctive Landscape of the Sixties», en Anthony Aldgate, James Chapman y Arthur Marwick (eds.), *Windows on the Sixties* (Londres, 2000), p. xiii.

1710. CROUS, 26 septiembre 1968, y Projet, s.f., 1208W, art. 115-117, ADHS.

1711. Procès-verbal, 5 julio 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS; CROUS, 26 septiembre 1968, 1208W, art. 115-117, ADHS.

1712. Caute, *The Year*, p. 108; Lumley, *States of Emergency*, p. 91; Detlef Siegfried, «Vom Teenager zur Pop-Revolution: Politisierungstendenzen in der westdeutschen Jugendkultur 1959 bis 1968», en Axel Schildt, Detlef Siegfried y Karl Christian Lammers (eds.), *Dynamische Zeiten: Die 60er Jahre in den beiden deutschen Gesell shaften* (Hamburgo, 2000), p. 615.

1713. Charles Kaiser, *1968 in America: Music, Politics, Chaos, Counterculture and the Shaping of a Generation* (Nueva York, 1988), p. 255.

1714. Un vistazo a las páginas web de *Le Monde* y *Libération* con motivo del treinta aniversario de

Mayo del 68 demuestra este punto.

1715. Para la formación de «generación», véase Pierre Nora, «Generation», en Pierre Nora (ed.), *The Realms of Memory* (Nueva York, 1996), 1: 499-531.

1716. Marie-Claire Lavabre, «Génération et Mémoire», ponencia presentada a la Association Française de Science Politique, 22-24 octubre 1981, p. 9.

1717. Michelle Zancarini-Fournel, «Introduction», en Dreyfus-Armand *et al*, *Les Années 68*, p. 21.

1718. *Mai 68 par eux-mêmes*. Cercle Barbara Salutati, *Longtemps je me suis souvenu de mai 68* (Burdeos, 2002).

1719. Hervé Le Roux, *Reprise: Récit* (París, 1998); Ross, *May '68*, p. 139.

1720. Véase *Le Figaro* de junio 1994. Sin embargo, cfr. la edición internacional de *L'Express*, 1 abril 1993 y 1-30 junio 1994, que dio mucha más cobertura al veinticinco aniversario de Mayo del 68 que al quincuagésimo de la invasión de Normandía.

CRONOLOGÍA

1955-1957	Construcción de las residencias de estudiantes de Antony.
1962	Rebelión contra las normas de las residencias de Antony.
1963	Construcción de la futura Faculté des Lettres et des Sciences humaines de Nanterre. Huelga de mineros en marzo y abril.
1963-1964	Huelgas por las tasas de alojamiento de Antony y continúan las protestas contra las normas de las residencias.
1965	Gran resistencia estudiantil a la construcción de porterías de vigilancia en Antony.
1966	
Enero	Acuerdo CGT-CFDT.
Mayo	Los prosituacionistas se hacen con la sección de la UNEF de Estrasburgo.
1966-1967	Liberalización *de facto* de las visitas a las residencias de Antony.
1967	
Marzo	Dormida en la residencia femenina de Nanterre. Huelga de los trabajadores de Rhodiaceta.
Noviembre	Huelga de estudiantes de Nanterre.
1968	
Enero	Enfrentamientos entre policía y estudiantes en Nanterre. Huelga de Renault-Saviem en Caen.
Febrero	Ocupación del día de San Valentín de la residencia femenina de Nanterre.
Marzo	Interrupción de las clases e invasión del edificio administrativo de Nanterre.
Abril	Los profesores de Nanterre aprueban la creación de una fuerza policial universitaria.

1 mayo	Primera manifestación autorizada del Primero de Mayo desde 1954.
3 mayo	Protestas estudiantiles en la Sorbona.
6 mayo	Reunión en la Sorbona del Consejo de disciplina universitaria. Se construyen las primeras barricadas.
10 mayo	Primera Noche de las Barricadas.
11 mayo	Pompidou vuelve a abrir la Sorbona y concede la amnistía a los estudiantes detenidos. Ocupación de Censier.
13 mayo	Gran manifestación de obreros y estudiantes y huelga solidaria de un día contra la «represión» del gobierno. Ocupación de la Sorbona.
14 mayo	Los estudiantes de Arte en huelga hacen carteles. Huelga en Sud-Aviation (Nantes).
15 mayo	Ocupación del teatro Odéon.
20 mayo	Las huelgas de trabajadores se extienden masivamente.
22 mayo	Importante debate en la Asamblea Nacional, y rechazo de la moción de censura contra el gobierno.
24 mayo	Alocución infructuosa del presidente De Gaulle. Le sigue la Segunda Noche de las Barricadas. El gobierno garantiza el suministro de gasolina a consumidores preferentes.
25 mayo	Comienzan las negociaciones a escala nacional entre gobierno, patronal y sindicatos.
27 mayo	Se pacta el Acuerdo de Grenelle, que es rechazado por los trabajadores de las grandes empresas. Reunión de Charléty.
29 mayo	Gran manifestación de la CGT. De Gaulle se marcha del país.
30 mayo	De Gaulle regresa y se dirige a la nación. Le sigue una masiva manifestación gaullista.
4 junio	El regreso del puente provoca enormes atascos de tráfico en la región de París.
7 junio	Enfrentamientos en la fábrica Renault de Flins.
8 junio	Indulto para antiguos oficiales de OAS.
10 junio	Muerte de un estudiante en Flins y de un trabajador en la fábrica Peugeot de Sochaux. Crece el movimiento de

	vuelta al trabajo.
11 junio	Última Noche de las Barricadas.
14 junio	La policía desaloja el teatro Odéon.
16 junio	La policía desaloja la Sorbona.
26 junio	La policía pone fin al encierro de Beaux-Arts.
30 junio	Victoria gaullista en la segunda vuelta de las elecciones legislativas.
6 julio	Termina la ocupación de Censier.
6 noviembre	Formalización de la libertad de visitas a las residencias de Nanterre.
7 noviembre	Se aprueba la Ley de Reforma Universitaria (ley Faure).

GLOSARIO

affiche	cartel
agrégé	título que indica que se ha aprobado la oposición llamada *agrégation*, que permite a profesores universitarios o de liceo dar clase en niveles avanzados
Algérie Française	el lema de los partidarios de una Argelia francesa y opuestos a la independencia de Argelia
arrondissement	uno de los veinte distritos administrativos de París
autogestion	autogestión o control obrero
baccalauréat	exámenes al final de la educación secundaria para poder entrar en la universidad
banlieue	barrio, referido a menudo a los de los alrededores de París
blousons noirs	jóvenes delincuentes
cadres	personal ejecutivo y supervisor
cégétistes	miembros de la CGT
cheminots	ferroviarios
chienlit	desorden; literalmente *chier en lit*, o mierda en la cama
comités paritaires	comités con participación de estudiantes y profesores
curé	cura, sacerdote
détournement	inversión del significado convencional
fédérés	miembros de la FGDS
enragés	prosituacionistas de Nanterre y otras instituciones francesas de educación superior
faculté	facultad
flics	«polis»
gauchistes	miembros de grupúsculos revolucionarios de extrema izquierda
grèves sauvages	huelgas salvajes
groupuscule	grupúsculo, pequeño grupo político por lo general de extrema izquierda

katangais	autoproclamada fuerza de seguridad de la Sorbona durante la ocupación de esta
licence	licenciatura
lycée	liceo o instituto de educación secundaria
manifs	abreviatura de *manifestations* o manifestaciones
meneurs	agitadores
métro	el metro
normalien	licenciado de la prestigiosa École Normale Supérieure
ordre moral	moralidad tradicional católica o de republicanos conservadores
ouvriérisme	creencia de que sólo la clase obrera puede hacer la revolución
pétroleuses	las mujeres de las que se dice que empezaron los incendios de la Comuna de París
pompiers	bomberos
service d'ordre	servicio de vigilancia de una manifestación o fuerza paramilitar política no uniformada
situationnistes	influyentes pensadores de los años cincuenta y sesenta que combinaban el consejismo marxista y anarquista con la crítica cultural del capitalismo contemporáneo
soixante-huitards	los que participaron en las protestas estudiantiles y juveniles de 1968
tiersmondiste	partidario de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo
trublions	alborotadores, referido por lo general a jóvenes manifestantes

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes de archivo

Archives de la brigade de sapeurs-pompiers de Paris, París.
Archives départementales des Hauts-de-Seine [ADHS], Nanterre.
Archives Nationales [AN], Fontainebleau y París.
— Ministère de l'Intérieur, cabinet du ministre, cabinet de Raymond Marcellin: événements de mai 1968, 800273, art. 61.
— Ministére de l'Intérieur, Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletins quotidiens d'information, 820599, art. 36-44.
— Ministère de l'Intérieur, Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletins hebdomadaires d'information, 820599, art. 75.
— Ministère de l'Intérieur, Direction générale de la Police nationale, renseignements généraux, bulletins mensuels d'information, 820599, art. 89.
— Ministère de l'Intérieur, Maintien de l'ordre, Manifestations et conflits sociaux, 860581, art. 25.
— Ministère du Travail, Direction générale du travail et de l'emploi, Accords de Grenelle, 860561.
— Ministère du Travail, Conflits du travail, Ministère d'État Chargé des Affaires Sociales, 760122.
— Ministère de l'Éducation, Direction des collèges, 790793.
— Ministère de l'Industrie, des Postes et Télécommunications, 810484.
Archives de la Préfecture de Police [APP], París.
— Bibliotèque Nationale [BN], París.
— École des Beaux-Arts, documents originaux.
— Tracts de mai 1968.
Groupement des Industries Métallurgiques [GIM], Neuilly.
Musée d'histoire contemporaine, Bibliotèque de documentation

internationale contemporaine [BDIC], Nanterre.
Rectorat de Paris, París.
Henri Simon Oral History Project, entrevistas con trabajadores (1994), París.

Fuentes primarias impresas

1. Periódicos y revistas

Aujourd'hui
L'Anti-Mythe
Antoinette
L'Aurore
Cahiers de Mai
Le Canard enchaîné
Combat
La Croix
Les Échos
Esprit
L'Express
Le Figaro
France-Forum
L'Humanité
Informations Correspondance Ouvrières [ICO]
L'Internationale situationniste [IS]
Lutte Socialiste
Matériaux pour l'histoire de notre temps
Le Mnefomane
Le Monde
Le Nouvel Observateur
Paris Match
Le Peuple
Planning Familial
La Vie ouvrière

2. Libros

Atelier Populaire présenté par lui-même: 87 affiches de mai-juin 1968. París, 1968.

Bibliothèque Nationale. *Les affiches de mai 68 ou l'imagination graphique*. París, 1982.

Comité étudiant pour les libertés universitaires. *Pour rebâtir l'université*. París, 1969.

Débats de l'Assemblée Nationale: Seconde session ordinaire de 1967-1968. París 1969.

Gasquet, Vasco. *Les 500 affiches de mai 1968*. París, 1978.

Kravetz, Marc (ed.). *L'Insurrection étudiante*. París, 1968.

Liaison des Étudiants Anarchistes. *Anarchistes en 1968 à Nanterre*. Vauchrétien, 1998.

Mésa. *Mai 68: Les affiches de l'atelier populaire de l'ex-École des Beaux-Arts*. París, 1968.

Mouvement du 22 mars. *Ce n'est qu'un début, continuons le combat*. París, 1968.

Mouvement du 22 mars. *Mai 68 Tracts et Textes*. Vauchrétien, 1998.

Noir et Rouge. *Socialisme ou Barbarie: Organe de Critique et d'Orientation Révolutionnaire Anthologie*. Mauléon, 1985.

Perrot, Jean-Claude, Michelle Perrot, Madeleine Rebérioux y Jean Maitron (eds.). *La Sorbonee par elle-même*. Número especial de *Le Mouvement social,* núm. 64 (julio-septiembre, 1968).

Quelle université? Quelle société? París, 1968.

Schnapp, Alain, y Pierre Vidal-Naquet. *Journal de la commune étudiante.* París, 1969.

Sernin, André. *Journal d'un bourgeois de Paris en mai 1968*. París, 1988.

Union Nationale des Étudiants de France [y SNESup]. *Le livre noir des journées de mai*. París, 1968.

Fuentes secundarias

Adam, Gérard. «Étude statistique des grèves de mai-juin 1968». *Revue française de science politique,* núm. 1 (febrero 1970): 105-119.

Adam, Gérard, Frédéric Bon, Jacques Capdevielle y René Mouriaux.

L'Ouvrier français en 1970. París, 1970.
Agulhon, Maurice. *La République: Nouveaux drames et nouveaux espoirs (1932 à nos jours)*, 2 vols. París, 1990.
Andrieu, René. *Les communistes et la révolution.* París, 1968.
Andrieux, Andrée, y Jean Lignon. *L'Ouvrier d'aujourd'hui*. París, 1966.
Andro, Pierre, A. Dauvergne y L-M. Lagoutte. *Le mai de la révolution*. París, 1968.
Aron, Raymond. *La révolution introuvable*. París, 1968.
Artous, Antoine (ed.). *Retours sur mai*. Montreuil, 1988.
Auron, Yaïr. *Les juifs d'extrême gauche en mai 68*. París, 1998.
Azémar, Guy-Patrick (ed.). *Ouvriers ouvrières: Un continent morcelé et silencieux*. París, 1992.
Bachelard, Gaston. *The Psychoanalysis of Fire.* Boston, 1964.
Baecque, Antoine de. *La nouvelle vague: Portrait d'une jeunesse.* París, 1998.
Bailey, Beth. «Sexual Revolution(s)», en *The Sixties: From Memory to History*, ed. David Farber. Chapel Hill y Londres, 1994: 235-262.
Balestrini, Nanni. *Vogliamo tutto.* Milán, 1988.
Barrau, Grégory. *Le Mai 68 des catholiques*. París, 1998.
Bauchard, Philippe, y Maurice Bruzek. *Le syndicalisme à l'épreuve.* París, 1968.
Bauman, Zygmunt. «The Left as the Counter-Culture of Modernity», en *Social Movements: Critiques, Concepts, Case-Studies*, ed. Sanford M. Lyman. Nueva York, 1995: 356-370.
Baynac, Jacques. *Mai retrouvé*. París, 1978.
Becker, Jean-Jacques. *Histoire politique de la France depuis 1945.* París, 1988.
Belon, Hubert. «Les élections des 23 et 30 juin». *Revue politique et parlementaire*, núm. 790 (junio-julio 1968): 119-128.
Berger, Suzanne (ed.). *Organizing Interests in Western Europe*. Cambridge, 1981.
Berstein, Serge *La France de l'expansion: La République gaulliene, 1958-1969.* París, 1989.
Berstein, Serge, y Jean-Pierre Rioux. *La France de l'expansion: L'apogée Pompidou, 1969-1974.* París, 1995.
Bertaux, Daniel, Danièle Linhart y Beatrix Le Wita. «Mai 1968 et la

formation de générations politiques en France». *Le Mouvement social*, núm. 143 (abril-junio 1988): 75-89.
Bertolino, Jean. *Les trublions*. París, 1969.
Bevort, Antoine. «Le syndicalisme français et la logique du recrutement sélectif: Le cas de la CFTC-CFDT». *Le Mouvement social*, núm. 169 (octubre-diciembre 1994): 109-136.
Biard, Roland. *Dictionnaire de l'extrême gauche de 1945 à nos jours*. París, 1978.
Bisseret, Noëlle. «L'enseignement inégalitaire et la contestation étudiante». *Communications*, vol. 12 (1968): 54-65.
Blondeau, Yves. *Le Syndicat des correcteurs*. París, 1973.
Boissieu, Alain de. *Pour Servir le général 1946-1970*. París, 1982.
Boorstin, Daniel. *The Decline of Radicalism. Reflections on America Today.* Nueva York, 1969.
Bosc, Serge, y Jean-Marcel Bouguereau. «Le mouvement des étudiants berlinois». *Les Temps modernes*, núm. 265 (julio 1968): 1-69.
Boudon, Raymond. «La crise universitaire française: Essai de diagnostic sociologique». *Annales E.S.C.*, vol. 24, núm. 3 (mayo-junio 1969): 738-764.
— «Quelques causes de la révolte estudiantine». *La Table ronde*, núm. 251-252 (diciembre-enero 1968-1969): 169-183.
Bourdieu, Pierre. *Homo Academicus.* Stanford, 1988.
Bourdieu, Pierre, y Jean-Claude Passeron. *Les Héritiers: Les étudiants et la culture*. París, 1964.
Bourricaud, François. «Une reprise en main difficile». *Preuves*, núm. 218 (mayo-junio 1969): 38-48.
— *Universités à la dérive*. París, 1971.
Braudel, Fernand. *The Identity of France*, 2 vols. Nueva York, 1988.
Burel, Pierre. *La crise économique dans les événements de mai 1968.* Caudry, 1970.
Caire, Guy. «La situation sociale». *Droit social* (julio-agosto 1968): 451-467.
Campion-Vicent, Véronique. *La légende des vols d'organes.* París, 1997.
Capdevielle, Jacques, y René Mouriaux. *Mai 68: L'Entre-deux de la modernité, Histoire de trente ans.* París, 1988.
Capitaine, Ronan. *Dassault Saint-Cloud en mai-juin 1968.* Tesis doctoral, Université de Paris I, 1990.

Caron, Gilles. *Sous les pavés la plage.* Sèvres, 1993.
Carrot, Georges. *Le maintien de l'ordre en France au xxe siècle.* París, 1970.
Caute, David. *The Year of the Barricades: A Journey through 1968.* Nueva York, 1988.
Centre national d'information pour la productivité des entreprises. *Les événements de mai-juin 1968 vus à travers cent entreprises.* París, 1968.
Cercle Barbara Salutati. *Longtemps je me suis souvenu de mai 68.* Burdeos, 2002.
Certeau, Michel de. *La prise de parole: Pour une nouvelle culture.* París, 1968.
Chaffard, Georges. *Les orages de mai: Histoire exemplaire d'une élection.* París, 1968.
Chamboredon, Jean-Claude, y Madeleine Lemaire. «Proximité spatiale et distance sociale: Les grands ensembles et leur peuplement». *Revue française de sociologie,* vol. 11 (1970): 3-33.
Charrière, Christian. *Le printemps des enragés.* París, 1968.
Christiansen, Rupert. *Paris Babylon: The Story of the Paris Commune.* Nueva York, 1996.
Clark, Martin. *Modern Italy: 1871-1995.* Londres, 1996.
Confédération Générale du Travail de la R.N.U.R. [Régie Nationale des usines Renault]. *33 jours 34 nuits.* París, s. f.
Cohen, Maurice (ed.). *Le bilan social de l'année 1968.* París, 1969.
Cohn-Bendit, Daniel. *Le Grand Bazar.* París, 1975.
Copley, Antony. *Sexual Moralities in France 1780-1980.* Londres, 1989.
Corbin, Alain, y Jean-Marie Mayeur (eds.). *La barricade*. París, 1997.
Courtois, Stéphane. «Le joli mois de mai». *Communisme,* núms. 18-19 (1988): 224-235.
Coutin, André. *Huit siècles de violence au Quartier latin*. París, 1969.
Crouch, Colin, y Alessandro Pizzorno (eds.). *The Ressurgence of Class Conflict in Western Europe since 1968.* 2 vols. Nueva York, 1978.
Daniels, Robert V. *Year of the Heroic Guerrilla: World Revolution and Counterrevolution in 1968.* Nueva York, 1989.
Dansette, Adrien. *Mai 1968.* París, 1971.
Daum, Nicolas. *Des révolutionnaires dans un village parisien.* París, 1988.
Davezies, Robert (ed.). *Mai 68: La rue dans l'église.* París, 1968.
Debray, Régis. «A Modest Contribution to the Rites and Ceremonies of the

Tenth Anniversary». *New Left Review*, núm. 115 (mayo-junio 1979): 45-71.

Dejacques, Claude. *À toi l'angoisse, à moi la rage: Mai 68 Les fresques de Nanterre*. París, 1969.

Delale, Alain, y Gilles Ragache. *La France de 68.* París, 1978.

Dreyfus, Michel. *Histoire de la CGT: Cent ans de syndicalisme en France*. París, 1995.

Dreyfus-Armand, Geneviève, y Laurent Gervereau (eds.). *Mai 68: Les mouvements étudiants en France et dans le monde.* Nanterre, 1988.

Dreyfus-Armand, Geneviéve, Robert Frank, Marie-François Lévy y Michelle Zancarini-Fournel (eds.). *Les Années 68: Le temps de la contestation.* Bruselas, 2000.

Droz, Bernard, y Évelyne Lever. *Historie de la guerre d'Algérie.* París, 1982.

Dubois, Pierre, Renaud Dulong, Claude Durand, Sabine Erbès-Seguin y Daniel Vidal. *Grèves revendicatives ou grèves politiques?* París, 1971.

Dubost, Nicolas. *Flins sans fin.* París, 1979.

Duchen, Claire. *Women's Rights and Women's Lives in France 1944-1968.* Londres, 1994.

Dumontier, Pascal. *Les Situationnistes et mai 68: Théorie et pratique de la révolution (1966-1972).* París, 1990.

Duprat, François. *Les journées de mai 68: Les dessous d'une révolution*. París, 1968.

Durandeux, Jacques. *Les journées de mai 68: Rencontres et dialogues.* París, 1968.

Duteuil, Jean-Pierre. *Nanterre 1965-66-67-68: Vers le Mouvement du 22 mars.* París, 1968.

Ellul, Jacques. «La jeunesse force révolutionnaire?». *La Table ronde*, núms. 251-252 (diciembre-enero 1968-1969): 150-168.

«Enquête: Télémaque 1969». *Guerres et Paix*, núms. 14-15 (1969/4-1970/1).

Epistémon [Didier Anzieu]. *Ces idées qui ont ébranlé la France*. París, 1968.

Erbès-Seguin, S., C. Casassus y O. Kourchid. *Les conditions de développement du conflit industriel*. París, 1977.

Faure, Marcel. «Premières réflexions sur mai 1968». *Paysans* (mayo 1968): 6-14.

Feenberg, Andrew, y Jim Freedman. *When Poetry Ruled the Streets: The French May Events of 1968.* Albany, 2001.

Fermigier, André. «No More Claudels», en *Art and Confrontation: The Arts in an Age of Change.* Greenwich, Conn., 1968: 41-62.
Ferrand, Jérôme. *La jeunesse nouveau tiers état.* París, 1968.
Ferry, Luc. «Interpréter Mai 68». *Pouvoirs,* núm. 39 (1986): 5-13.
Ferry, Luc, y Alain Renaut. *68-86: Itinéraires de l'individu.* París, 1987.
Feuer, Lewis S. *The Conflict of Generations: The Character and Significance of Student Movements.* Nueva York y Londres, 1969.
Fields, A. Belden. *Student Politics in France: A Study of the Union Nationale des Étudiants de France.* Nueva York, 1970.
Filiu, Jean-Pierre. «Le gouvernement et la direction face à la crise», en *Mai 68 à l'ORTF.* París, 1987: 161-194.
Filiu, Jean-Pierre. «L'Intersyndicale durant le conflit», en *Mai 68 a l'ORTF.* París, 1987: 37-67.
Fink, Carol, Philipp Gassert y Detlef Junker (eds.). *1968: The World Transformed.* Cambridge, 1998.
Foccart, Jacques. *Le Général en mai: Journal de l'Élysée-II 1968-1969.* París, 1998.
Fourastié, Jean. *Les 40.000 heures.* París, 1965.
Frémontier, Jacques. *La forteresse ouvrière: Renault.* París, 1971.
Fukuyama, Francis. *The End of History and the Last Man.* Nueva York, 1992.
Gallaher, John C. *The Students of Paris and the Revolution of 1848.* Carbondale y Edwardsville, Ill., 1980.
Garrigues, Jean. *Images de la révolution: L'imagerie républicaine de 1789 à nos jours.* París, 1988.
Gascon, Roger. *La nuit du pouvoir ou le 24 mai manqué.* París, 1968.
Geismar, Alain, Serge July y Erlyne Morane. *Vers la guerre civile.* París, 1969.
Georgi, Frank. «Le Pouvoir est dans la rue: La manifestation gaulliste des Champs Élysées (30 mai 1968)». *Vingtième Siècle,* núm. 48 (1995): 46-60.
Gervereau, Laurent. *La propagande par l'affiche.* París, 1991.
Gilcher-Holtey, Ingrid. *Die 68er Bewegung: Deutschland-Westeuropa-USA.* Múnich, 2001.
Gildea, Robert. *The Past in French History.* New Haven y Londres, 1994.
Gillis, John R. *Youth and History.* Nueva York y Londres, 1974.

Ginsborg, Paul. *A History of Contemporary Italy: Society and Politics 1943-1988*. Londres, 1990.
Gitlin, Todd. *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*. Nueva York, 1987.
Goldstein, Marc. «Le Parti communiste du 3 mai au 6 juin 1968». *Les Temps modernes*, núm. 269 (noviembre 1968): 827-894.
Goldthorpe, John H., David Lockwood, Frank Bechhofer y Jennifer Platt. *The Affluent Worker: Political Attitudes and Behaviour*. Cambridge, 1968.
Gomez, Michel. *Mai 68 au jour le tour*. París, 1998.
Gordon, Daniel A. «Immigrants and the New Left in France, 1968-1971». Tesis doctoral, Universidad de Sussex, 2001.
Gorz, André. «Limites et potentialités du mouvement de mai». *Les Temps modernes*, núms. 266-267 (agosto-septiembre, 1968): 231-264.
Goudsblom, Johan. *Fire and Civilization*. Londres, 1992.
Grappin, Pierre. *L'Île aux peupliers*. Nancy, 1993.
Gregoire, R., y F. Perlman. *Worker-Student Action Committees: France May '68*. Detroit, 1991.
Grimaud, Maurice. *En mai, fas ce qu'il te plaît*. París, 1977.
Guerin-Gonzales, Camille, y Carl Strikwerda (eds.). *The Politics of Immigrant Workers*. Nueva York, 1993.
Guin, Yannick. *La commune de Nantes*. París, 1969.
Gullickson, Gay L. *The Unruly Women of Paris: Images of the Commune*. Ithaca, 1996.
Habermas, Jürgen. *Toward a Rational Society: Student Protest, Science, and Politics*. Boston, 1971.
Hamilton, Richard. *Affluence and the French Worker in the Fourth Republic*. Princeton, 1967.
Hamon, Hervé, y Patrick Rotman. *Génération*, 2 vols. París, 1987.
Hanley, D. L., y A. P. Kerr (eds.). *May 68: Coming of Age*. Londres, 1989.
Harmon, Chris. *The Fire Last Time: 1968 and After*. Londres, 1988.
Hassenteufel, Patrick. *Citroën-Paris en mai-juin 1968: Dualités de la grève*. Tesis doctoral, Paris I, 1987.
Hirsch, Ch.-A. «La police dans la tourmente». *Revue internationale de criminologie et de police technique*, núm. 3 (julio-septiembre 1968): 219-222.
Horne, Alistair. *A Savage War of Peace: Algeria 1954-1962*. Nueva York, 1987.

Horvath-Peterson, Sandra. *Victor Duruy and French Education.* Baton Rouge y Londres, 1984.
Howell, Chris. *Regulating Labor: The State and Industrial Relations Reform in Postwar France*. Princeton, 1992.
Isserman, Maurice, y Michael Kazin. *America Divided: The Civil War of the 1960s*. Nueva York, 2000.
Jackson, Julian. «De Gaulle and May 1968», en *De Gaulle and Twentieth-Century France,* ed. Hugh Gough y John Horne. Londres, 1994: 125-146.
Jappe, Anselm. *Guy Debord.* Berkeley, 1999.
Joffrin, Laurent. *Mai 68: Historie des événements.* París, 1988.
Johan, Michel. «La CGT et le mouvement de mai». *Les Temps modernes,* núms. 266-267 (agosto-septiembre 1968): 326-375.
Julliard, Jacques. «Syndicalisme révolutionnaire et révolution étudiante». *Esprit,* núm. 372 (junio-julio 1968): 1037-1045.
Kaiser, Charles. *1968 in America: Music, Politics, Chaos, Counterculture and the Shaping of a Generation*. Nueva York, 1988.
Katsiaficas, George. *The Imagination of the New Left.* Boston, 1987.
Keeler, John T. S. *The Politics of Neocorportatism in France*. Nueva York, 1987.
Kerbourc'h, Jean-Claude. *Le Piéton de Mai.* París, 1968.
Kergoat, Danielle. *Bulledor ou l'histoire d'une mobilisation ouvrière.* París, 1973.
Kertesz, Stephen D. (ed.). *The Task of Universities in a Changing World.* Notre Dame, Ind., 1971.
Kouchner, Bernard, y Michel-Antoine Burnier. *La France sauvage.* París, 1970.
Labro, Philippe (ed.). *Ce n'est qu'un début.* París, 1968.
Lacouture, Jean. *De Gaulle: The Ruler 1945-1970.* Nueva York y Londres, 1992.
— *Pierre Mendès-France*. Nueva York, 1984.
Lacroix, Bernard. «Á contre-courant: Le parti pris du réalisme». *Pouvoirs,* núm. 39 (1986): 117-127.
Lavabre, Marie-Claire. «Génération et Mémoire». Ponencia presentada en el congreso de la Association Française de Science Politique (22-24 octubre 1981).
—, y Henri Rey. *Les Mouvements de 1968.* Florencia, 1998.

Lefebvre, Henri. *The Explosion: Marxism and the French Revolution*. Nueva York, 1969.
— *Le temps des méprises.* París, 1975.
Lefranc, Georges. *Le Mouvement syndical de la Libération aux événements de mai-juin 1968.* París, 1969.
Le Goff, Jean-Pierre. *Mai 68, l'héritage impossible.* París, 1998.
Legois, Jean-Philippe. *La Sorbonne avant mai 68.* Tesis doctoral, Paris I, 1993.
Lemire, Laurent. *Cohn-Bendit*. París, 1998.
Le Roux, Hervé. *Reprise: Récit*. París, 1998.
Leuwers, Jean-Marie. *Un peuple se dresse: Luttes ouvrières mai 1968.* París, 1969.
Léveque, J.-J. «Les arts en colère». *La Galerie des arts,* núm. 56 (septiembre 1968): 3-4.
Levin, Miriam. «Democratic Vistas - Democratic Media: Defining a Role for Printed Images in Industrializing France». *French Historical Studies,* núm. 1 (primavera 1993): 82-108.
Lipovetsky, Gilles. «Changer la vie ou l'irruption de l'individualisme transpolitique». *Pouvoirs,* núm. 39 (1986): 91-105.
— *L'Ère du vide: Essais sur l'individualisme contemporain*. París, 1983.
Lipset, Seymour Martin y Sheldon S. Wolin (eds.). *The Berkeley Student Revolt: Facts and Interpretations.* Nueva York, 1965.
Lipset, Seymour Martin y Philip G. Altbach (eds.). *Students in Revolt*. Boston, 1970.
Lumley, Robert. *States of Emergency: Cultures of Revolt in Italy from 1968 to 1978*. Londres y Nueva York, 1990.
Magri, Lucio. «Réflexions sur les événements de mai». *Les Temps modernes,* núms. 277-278 (agosto-septiembre 1969): 1-45.
Magri, Lucio. «Réflexions sur les événements de mai». *Les Temps modernes,* núm. 279 (octubre 1969): 455-492.
Mai 68 à l'ORTF. París, 1987.
Mai 68 par eux-mêmes: Le mouvement de Floréal, an 176. París, 1989.
Mallet, Serge. *Essays on the New Working Class*. St. Louis, 1975.
Mandel, Ernest. «The Lessons of May 1968». *New Left Review,* núm. 52 (noviembre-diciembre 1968): 9-32.
Manel, Jean-Pierre, y Alomée Planel. *La crise de l'ORTF*. París, 1968.

Marcus, Greil. *Lipstick Traces: A Secret History of the Twentieth Century*. Cambridge, Mass., 1989.
Marcuse, Herbert. *An Essay on Liberation*. Boston, 1969.
Martelli, Roger. *Mai 68.* París, 1988.
Martinet, Gilles. *La conquête des pouvoirs*. París, 1968.
Martinotti, Guido. «Notes on Italian Students in Periods of Political Mobilization», en *Students in Revolt,* ed. Seymour Martin Lipset y Philip G. Altbach. Boston, 1970: 167-201.
Martos, Jean-François. *Historie de l'Internationale Situationniste*. París, 1989.
Marwick, Arthur. *British Society since 1945.* Nueva York, 1982.
— *The Sixties: Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States, c. 1958-c. 1974.* Nueva York, 1998.
— «Introduction: Locating Key Texts and the Distinctive Landscape of the Sixties», en *Windows on the Sixties,* ed. Anthony Aldgate, James Chapman y Arthur Marwick. Londres, 2000: xi-xxi.
— «Die 68er Revolution», en *Grosse Revolutionen des Geschichte,* ed. Peter Wende. Múnich, 2000: 312-332.
Massot, F. de. *La grève générale (mai-juin 1968).* París, 1968.
Massu, Jacques. *Baden 68: Souvenirs d'une fidélité gaulliste*. París, 1983.
Maupeou-Abboud, Nicole de. *Ouverture du ghetto étudiant: La gauche étudiante à la recherche d'un nouveau mode d'intervention politique (1960-1970)*. París, 1974.
Mauriac, François. *Bloc-notes,* 5 vols. París, 1993.
Michaud, Guy. *Révolution dans l'université*. París, 1968.
Miller, James. *Democracy Is in the Streets: From Port Huron to the Siege of Chicago*. Nueva York, 1987.
Minces, Juliette. *Un ouvrier parle: Enquête*. París, 1969.
Monchablon, Alain. *Historie de l'UNEF de 1956 à 1968.* París, 1983.
— «L'UNEF et mai 1968». Ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social de 1968. París (24-25 noviembre 1988).
Monneret, Jules. *Sociologie de la révolution.* París, 1969.
Morin, Edgar, Claude Lefort y Cornelius Castoriadis. *Mai 68: La Brèche*. París, 1988.
Moschetto, Bruno, y André Plagnol. *Le crédit à la consommation*. París, 1973.

Mouriaux, René. «Le mai de la CGT». Ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social de 1968. París (24-25 noviembre 1988).
Mury, Gilbert. *La société de répression.* París, 1969.
Noiriel, Gérard. *Les ouvriers dans la société française*. París, 1986.
Nora, Pierre (ed.). *The Realms of Memory,* 3 vols. Nueva York, 1996.
Notre arme c'est la grève. París, 1968.
Ouvriers face aux appareils: Une expérience de militantisme chez Hispano-Suiza. París, 1970.
Paillat, Claude. *Archives secrètes, 1968-69: Les coulisses d'une année terrible.* París, 1969.
Pascaud, Fernand. «La consommation des ménages de 1959-1972». *Collections de L'I.N.S.E.E.* (junio 1974): 20-33.
Passerini, Luisa. *Autobiography of a Generation*. Hanover y Londres, 1996.
Perret, Jacques. *Inquiète Sorbonne*. París, 1968.
Peuchmaurd, Pierre. *Plus vivants que jamais*. París, 1968.
Pinner, Frank A. «Western European Student Movements through Changing Times», en *Students in Revolt,* ed. Seymour Martin Lipset y Philip G. Altbach. Boston, 1970: 60-95.
Pompidou, Georges. *Pour rétablir une vérité*. París, 1982.
Poperen, Claude. *Renault: Regards de l'intérieur*. París, 1983.
Portelli, Hughes. *La Ve République*. París, 1994.
Preuss, Ulrich K. «The Legacy of 1968 in Domestic Politics». Ponencia presentada en «1968: The World Transformed». Congreso del Instituto Alemán de Historia. Berlín (mayo 1996).
Prévost, Claude. *Les étudiants et le gauchisme.* París, 1969.
Price, Roger. *The Second French Republic: A Social History*. Ithaca, 1972.
— (ed.). *Revolution and Reaction: 1848 and the Second French Republic*. Londres, 1975.
Prost, Antoine. «Quoi de neuf sur le mai français». *Le Mouvement social,* núm. 143 (abril-junio 1988): 91-97.
— «Les grèves de mai-juin 1968». *L'Histoire,* núm. 110 (abril 1988): 34-36.
Pyne, Stephen J. *World Fire: The Culture of Fire on Earth*. Nueva York, 1995.
Quattrocchi, Angelo, y Tom Nairn. *The Beginning of the End: France, May 1968*. Londres y Nueva York, 1998.

Rabinovitch, W. «Contribution à la sociologie des masses en mouvement». *Revue internationale de criminologie et de police technique,* núm. 3 (julio-septiembre 1968): 199-218.
Raimon-Dityvon, Claude. *Mai 68*. París, 1988.
Rajsfus, Maurice. *Mai 68: Sous les pavés, la répression (mai 1968-mars 1974)*. París, 1998.
Ravignant, Patrick. *L'Odéon est ouvert*. París, 1968.
Raynaud, Philippe. «Mai 68», en *Les Révolutions françaises,* ed. Frédéric Bluche y Stéphane Rials. París, 1989: 435-454.
Reader, Keith. *The May 1968 Events in France: Reproductions and Interpretations*. Londres, 1993.
Recent Social Trends in France (1960-1990). Frankfurt am Main, 1993.
Rémond, René. *La règle et le consentement.* París, 1979.
Reynaud, Jean-Daniel. «La nouvelle classe ouvrière, la technologie et l'histoire». *Revue française de science politique* (1972-1973): 529-542.
Rioux, Jean-Pierre. «À propos des célébrations décennales du mai français». *Vingtième siècle,* núm. 23 (julio-septiembre 1989): 49-58.
— *La France de la Quatrième République: L'Expansion et l'impuissance, 1952-1958.* París, 1983.
Rioux, Lucien, y René Backmann. *L'Explosion de mai*. París, 1968.
Roach, John, y Jürgen Thomaneck (eds.). *Police and Public Order in Europe.* Londres, 1985.
Robertson, Priscilla. *Revolutions of 1848: A Social History.* Princeton, 1952.
Rochet, Jean. *Cinq ans à la tête de la DST*. París, 1985.
Rose, Michael. *Servants of Post-Industrial Power? Sociologie du Travail in Modern France.* White Plains, N.Y., 1979.
Ross, George. *Workers and Communists in France*. Berkeley y Los Ángeles, 1982.
Ross, Kristin. *May '68 and Its Afterlives*. Chicago, 2002.
Roszak, Theodore. *The Making of a Counter Culture*. Nueva York, 1968.
Roumette, Sylvain. «Aide-Mémoire». *Les Temps modernes,* núm. 265 (julio 1968): 153-160.
Salini, Laurent. *Mai des prolétaires*. París, 1968.
Salvati, Michele. «May 1968 and the Hot Autumn of 1969: The Response of Two Ruling Classes», en *Organizing Interests in Western Europe,* ed. Suzanne Berger. Cambridge, 1981: 331-366.

Savon, Hervé. «Les événements de mai 1968 et leurs interprètes». *Guerres et Paix*, núms. 14-15 (1969-1970): 68-84.

Scardigli, Victor. «Les grèves dans l'économie française». *Consommation*, núm. 3 (julio-septiembre, 1974): 81-122.

Schalk, David L. *War and the Ivory Tower: Algeria and Vietnam*. Nueva York, 1991.

Schildt, Axel, Detlef Siegfried y Karl Christian Lammers (eds.). *Dynamische Zeiten: Die 60er Jahre in den beiden deutschen Gesellshaften*. Hamburgo, 2000.

Seale, Patrick, y Maureen McConville. *Red Flag Black Flag: French Revolution 1968*. Nueva York, 1968.

Servan-Schreiber, Jean-Jacques. *The Spirit of May*. Nueva York, 1969.

Shils, Edward. «Dreams of Plentitude, Nightmares of Scarcity», en *Students in Revolt*, ed. Seymour Martin Lipset y Philip G. Altbach. Boston, 1970: 1-31.

Silvera, Alain. «The French Revolution of May 1968». *The Virginia Quarterly Review*, vol. 47, núm. 3 (verano 1971): 336-354.

Singer, Daniel. *Prelude to Revolution: France in May 1968*. Nueva York, 1970.

Sirinelli, Jean-François. *Intellectuels et passions françaises: Manifestes et pétitions au xxe siècle*. París, 1990.

Souchier, Emmanuel (ed.). *Mai 68*. París, 1988.

Spender, Stephen. *The Year of the Young Rebels*. Nueva York, 1969.

Statera, Gianni. *Death of a Utopia: The Development of Student Movements in Europe*. Oxford, 1975.

Stéphane, André. *L'Univers contestationnaire*. París, 1969.

Stora, Benjamin. *Histoire de la Guerre d'Algérie 1954-1963*. París, 1993.

Sussman, Elisabeth (ed.). *On the Passage of a Few People through a Rather Brief Moment in Time: The Situationist International, 1957-72*. Cambridge y Londres, 1989.

Suzzoni, Monique. «Chronologie des événements à Nanterre en 1967-1968», en *Mai 68: Les mouvements étudiants en France et dans le monde*, ed. Geneviève Dreyfus-Armand y Laurent Gervereau. Nanterre, 1988: 284-303.

Talbo, Jean-Philippe (ed.). *La grève à Flins*. París, 1968.

Tarrow, Sidney. «Modular Collective Action and the Rise of the Social

Movement». *Politics and Society*, vol. 21, núm. 1 (marzo 1993): 69-90.
— *Power in Movement: Social Movements, Collective Action, and Politics*. Nueva York, 1994.
— «Social Protest and Policy Reform: May 1968 and the *Loi d'orientation* in France». *Comparative Political Studies*, vol. 25, núm. 4 (enero 1993): 579-607.
— *Struggle, Politics, and Reform: Collective Action, Social Movements, and Cycles of Protest*, Ithaca, 1991.
Tartakowsky, Danielle. «Le PCF en mai-juin 1968». Ponencia presentada en Colloque: Acteurs et terrains du mouvement social de 1968. París (24-25 noviembre 1988).
— *Le pouvoir est dans la rue*. París, 1998.
Touchard, Jean. *Le Gaullisme, 1940-1969*. París, 1978.
Touraine, Alain. *The May Movement: Revolt and Reform*. Nueva York, 1979.
Tournoux, Jean-Raymond. *Le mois de mai du général*. París, 1969.
Traugott, Mark. «The Crowd in the French Revolution of February, 1848». *American Historical Review*, vol. 93, núm. 3 (junio 1988): 638-652.
— (ed.). *Repertoires and Cycles of Collective Action*. Durham y Londres, 1995.
Tudesq, André-Jean. «La radio, les manifestations, le pouvoir», en *Mai 68 à l'ORTF*. París, 1987: 137-160.
Vaneigem, Raoul. *Traité de savoir vivre à l'usage des jeunes générations*. París, 1967.
Viénet, René. *Enragés et Situationnistes dans le mouvement des occupations*. París, 1968.
Vincent, Jean-Marie. «Pour continuer mai 1968». *Les Temps modernes*, núms. 266-267 (agosto-septiembre 1968): 265-295.
Weber, Henri. *Vingt ans après: Que reste-t-il de 68*. París, 1988.
Weiss, Louise. «Télémaque 1969». *Guerres et Paix*, núms. 14-15 (1969-1970).
Weisz, George. *The Emergence of Modern Universities in France, 1863-1914*. Princeton, 1983.
White, Edmund. *Genet: A Biography*. Nueva York, 1993.
Willener, Alfred, Catherine Gajdos y Georges Benguigui. *Les cadres en mouvement*. París, 1969.
Wilson, Sarah. «Martyrs and Militants: Painting and Propaganda: 1944-

1954», en *War and Society in Twentieth-Century France,* ed. Michael Scriven y Peter Wagstaff. Nueva York y Oxford, 1991: 219-246.

Winock, Michel. «Années 60: La poussée des jeunes», en *Études sur la France de 1939 à nos jours*. París, 1985: 304-322.

Wylie, Laurence, Franklin D. Chu y Mary Terrall. *France: The Events of May-June 1968: A Critical Bibliography*. Nueva York, 1973.

Yonnet, Paul. *Jeux, Modes et Masses: La société française et le moderne, 1945-1985*. París, 1985.

Zancarini-Fournel, Michelle. «Genre et Politique: les Années 1968», *Vingtième Siècle* (julio-septiembre 2002): 133-143.

Zegel, Sylvain. *Les idées de mai*. París, 1968.

Zolberg, Aristede, y Vera Zolberg. «The Meanings of May (Paris, 1968)». *Midway,* vol. 9, núm. 3 (invierno 1969): 91-109.

Título original:
The Imaginary Revolution: Parisian Students and Workers in 1968

Edición en formato digital: 2018

© 2004 Michael Seidman, de la edición inglesa de Berghahn Books, Nueva York/Oxford
© de la traducción: Miguel Ángel Pérez Pérez, 2018
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-167-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.alianzaeditorial.es